

Leyendas históricas árabes

Francisco Javier Simonet

LEYENDAS

HISTÓRICAS ÁRABES,

POR

D. FRANCISCO JAVIER SIMONET.

CATEDRATICO DE LENGUA Y LITERATURA ARABE EN EL ATENEO DE MADRID.

J. J. MARTINEZ, EDITOR.

MADRID:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ
calle del Arco de Santa María, núm. 7.
1858.

JUAN JOSÉ MARTINEZ, EDITOR.

ALMANZOR,

LEYENDA HISTORICA ARABE

POR

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

por

DON PEDRO DE MADRAZO.

MADRID:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ,
Calle del Desengaño, número 10.
1858.

AL ILLMO. SR. DON EUGENIO DE OCHOA,

DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA, É INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC.

Ofrece esta humilde produccion de sus estudios favoritos

Francisco Javier Simonet.

ALMANZOR

LEYENDA ÁRABE

POR

Dn. Franco. Javier Simonet

Juan José Martinez, editor

1858.

Lit. de J. J. Martinez, Madrid.

ALMANZOR,

LEYENDA HISTORICA ARABE.

«Durante su gobierno ejecutó por su persona »cincuenta y dos campañas, sin que jamás hubiese »de su parte enseña abatida, ni escuadron deshe»cho, ni ejército ahuyentado, ni caballería des»trozada.»

EBN-JALDÚN (1).

«E esto non era sinon por la saña de Dios, que »era muy grande sobre los christianos.»

CRÓNICA GENERAL, fol. 266.

INTRODUCCION.

Al evocar con ayuda de los historiadores árabes las memorias de ALMANZOR y de sus alcázares de AZZÁHIRA, no es nuestro propósito el recordar escenas amorosas y risueñas, como las que en otro tiempo vimos representarse en los de *Medina Azzahrá*, sino el describir en breve cuadro una época memorable y el famoso personage que con sus hazañas elevó á la mayor grandeza el imperio de Córdoba, así como redujo á los reinos cristianos de España á tal abatimiento y ruina, cual si tornasen de nuevo los infaus-

(1) Citado por *Almaccari*, tom. I, pág. 258 del texto árabe, edicion de Leiden, 1855. Véase el núm. I del Apéndice.

tos dias que sucedieron á la infeliz jornada del Guadalete. Dias de luto, de humillacion y de prueba para la iglesia y pueblo cristiano, al par que de soberbio gozo é insolente fortuna para los sectarios del islamismo, son los que vamos á recordar, para escudriñar, si es posible, los medios por donde la Providencia suele encaminar las cosas de los hombres á sus altos designios é inmutables decretos. Porque así acostumbra Dios castigar á los que ama para corregirlos, y ensalzar á sus enemigos para derribarlos desde mayor altura, hallando en el abuso de su prosperidad nuevos motivos para su escarmiento y reprobacion.

Triste es el cuadro que nos efrece nuestra historia al correr las dos últimas décadas del siglo décimo; los príncipes cristianos malogrando en funestas discordias civiles el valor y las fuerzas de que necesitaban para defenderse de sus poderosos enemigos los árabes; dos reyes de una pequeña monarquía, don Ramiro (1) y don Bermudo (2) disputándose con las armas el trono; sus vasallos divididos en parcialidades; Galicia y Castilla revueltas contra Leon; relajado el respeto á las leyes; desterrados del corazon de aquellos cristianos los sentimientos de religion, lealtad y patriotismo, los señores y altos hombres empleando sus armas y su valimiento en favor de la causa que mas halagaba á su ambicion y su codicia, sin importarles mucho el servir á la Cruz ó al Islam. Todo, en fin, ofrecia á los infieles ocasion oportuna para destruir á la cristiandad española y desarraigarla del estrecho recinto á que se miraba reducida. La misma Providencia, para despertar á los cristianos á vista de mayores peligros, de su afrentoso letargo, favoreció mas y mas á sus enemigos, suscitando contra los fieles grandes persecuciones y borrascas, en que probó su valor y purificó sus corazones. Con tales designios, y para azote de una grey y pueblo degenerado, puso en manos de Almanzor las armas del poder y la fortuna, y el nuevo Atila, conociendo en sí la mision á

(1) Ramiro el III de este nombre.
(2) Bermudo ó Veremundo II.

que era llamado, se propuso cumplirla con su natural saña para gloria de su soberbia y de la fanática creencia que profesaba. Los propios medios de que se valió el formidable Almanzor para alcanzar aquel poderío y engrandecer su nacion, demuestran tal intervencion de la Providencia, pues como veremos en nuestro relato, fueron los que ocasionaron la ruina de aquel poderoso imperio. Por eso los mismos autores árabes, puesto que admirando justamente el genio militar y estrañas proezas de aquel caudillo, retratan su carácter con rasgos odiosos, lamentando los males que su ambicion y su crueldad atrajeron sobre el pueblo árabe y la gloriosa dinastía que señoreaba á la sazon su trono.

En el cuadro histórico que vamos á bosquejar veremos, pues, en medio de las calamidades de la España cristiana, así la restaurada como la muzárabe, y de las grandezas y triunfos de la sarracena, alzarse la gigantesca y magnífica figura de un héroe, que con su nombre y sus hechos llena toda aquella época, alcanzando semejante gloria á la que en sus siglos y edades adquirieron Alejandro el Grande, Mahoma y el Cid. A la consulta de las crónicas cristianas y los historiadores árabes, debemos las noticias que se verán en el siguiente relato.

PRÓLOGO.

Puede aplicarse á la literatura en particular lo que de la ciencia en general dice el conde José de Maistre en una de sus sabrosas cartas al conde Juan Potocky, que es como una gran comida *á escote* á la que cada cual concurre con su plato, y donde si bien es ley *pro viribus* que todos los platos sean buenos, no lo es que pueda todo comensal suministrar toda clase de platos; bastando que quien llevó solamente huevos ponga su tortilla. No todos en verdad podemos ni debemos contribuir con los mismos medios al fin social, grande ó pequeño, de entretenernos inocentemente durante el breve espacio de nuestra permanencia en esta bolita tan revuelta y agitada que llamamos mundo. El que pasa la vida aserrando piedra ó madera, llena su destino tan bien como el pintor que cubre de fantásticas epopeyas los muros de un pórtico ó de una pinacoteca, como el que pasa largas vigilias formulando códigos para mejorar las costumbres de una nacion, como el que encanece investigando los arcanos de las ciencias naturales; y del mismo modo el que siendo maestro de escuela se emplea en desbastar y pulir con la cartilla y la gramática el adormecido entendimiento del niño, es tan útil á la sociedad como el que siendo moralis-

ta, ó historiador, ó dramaturgo, se esfuerza en excitar entre sus contemporáneos la noble sed de lo bueno y de lo grande por medio de elocuentes amonestaciones y ejemplos; y como el que siendo novelista, conspira á un resultado idéntico con sus ingeniosas invenciones. Pero si los esfuerzos de todos los que con buena intencion y talento se consagran á las letras son igualmente provechosos, no todos son igualmente meritorios: el que enseña deleitando es por regla general mas benemérito que el que solo divierte y no instruye. Cuando un célebre moralista francés decia á otro escritor contemporáneo á principios de este siglo: *procuremos divertir á los jóvenes para que no traten ellos de divertirse*, no era por cierto una paradoja lo que expresaba, sino una máxima profunda que no debieran olvidar nunca los hombres dedicados á la bella literatura.

Si se nos preguntara cuáles son entre los libros que enseñan deleitando los mas recomendables, sin titubear colocaríamos las novelas históricas al lado de las novelas ejemplares. El entretenido y difícil novelar sobre los hechos que constituyen la iniciacion de las naciones á la grande obra de la civilizacion, arte que tan gallardamente inauguraron en Castilla Perez de Hita y Tirso de Molina, y que han llevado á su perfeccion en el presente siglo dos escritores extranjeros, escocés el uno y el otro norte-americano, es una ocupacion altamente laudable que participa de los dos cargos del preceptor y del novelista.

Con este generoso propósito entra en nuestro palenque literario el jóven y ya erudito escritor don Francisco Javier Simonet, y el estadio que elige para el primer ensayo formal de sus fuerzas es el interesante, poco conocido y por lo tanto peligroso período de la cultura islamita en España. El peligro principal que en el estudio de tan memorable época descubrimos, consiste en la dificultad de apreciar á un tiempo mismo dos civilizaciones de tendencias diametralmente opuestas, que coexisten y por decirlo así, se compenetran, y conservar la imparcialidad debida para no dejarse arrastrar, como hasta ahora la mayor parte de nuestros historiadores, ya á una ciega reprobacion de todas las obras de la cultura árabe-hispana, ya á un sacrílego vituperio de la lenta civilizacion del occidente cristiano. Pero aun cuando el señor Simonet haya sabido evitar estos dos escollos en sus entretenidas leyendas y bajo este punto de vista nada tengamos que censurar en él, séanos lícito, ya que se nos brinda á dirigir cuatro palabras al lector por via de preparacion para estas instructivas historias, consignar aquí algunas ideas hijas de nuestras meditaciones sobre la España de los califas, las cuales contribuirán quizá á establecer un verdadero paralelo entre el estado social de los conquistados y el de los conquistadores. Ellas podrán al mismo tiempo servir de antídoto al dulce vene-

nillo del deleite, si por ventura el jóven historiador novelista arrebatado en las alas de su fogosa imaginacion, hubiere dado en algunos pasajes un colorido demasiado seductor al sensualismo islamita.

Siendo muy pocos los que se dedican al estudio de la historia y de la literatura arábigas, son muchos los que cediendo hoy á la fuerza de la reaccion, se lamentan y conduelen de la barbarie de la España cristiana levantada en armas por espacio de siete siglos para desarraigar y aniquilar la cizaña agarena, deplorando amargamente al parecer el que no andemos todavía los españoles vestidos á la usanza morisca y no estén aun nuestro suelo cubierto de mezquitas y nuestro pais gobernado por la ley del Corán. Si los moros hubieran continuado en España, dicen estos pseudo-críticos, otro seria hoy el estado de nuestra civilizacion: ellos habian trasformado en un Eden la tierra que habitaban: la agricultura, la industria y el comercio, todas las artes útiles; las artes liberales, las ciencias, la filosofía, la poesía, todo florecia bajo el cetro de oro de los califas. Un pueblo que se hallaba tan adelantado cuando la Europa comenzaba apenas á sacudir las mantillas de la barbarie, y que servia de maestro á los otros pueblos en todos los humanos conocimientos, debia ser un pueblo admirablemente gobernado y regido, y dotado de excelentes instituciones.

Ocurriósenos en un libro que el señor Simonet ha tenido la bondad de citar algunas veces (1), personificar los dos artes cristiano y musulman en los dos hermanos Castor y Pollux de la antigua fábula: igual personificacion puede hacerse de las dos civilizaciones que aquellos dos artes simbolizan. La cultura musulmana en España inició admirablemente su carrera al abrigo de las asiduas meditaciones de los primeros emires. ¿Cómo no habia de salir una cosa grande de un nido calentado por águilas caudales? Pero hé aquí reproducida la historia de los hijos de Leda, porque tambien la civilizacion cristiana comienza á desplegar vistosas alas cobijada por los Alfonsos y Ordoños, no menos respetables que los Abderrahmanes y los Hixemes, y esta lo mismo que su émula aspira á la inmortalidad. Las dos han sido engendradas en la hermosa reina griega, porque en realidad es la misma musa que inspiró á los filósofos y artistas del siglo de Pericles, la que revela ahora sus graciosos y nobles contornos bajo el tosco paludamento godo y bajo la abigarrada vestidura siria: las dos se jactan de haber sido producidas por un aliento divino; las dos se llaman hijas de Júpi–

(1) Tomo de Córdoba de la obra *Recuerdos y Bellezas de España*, cap. II, parte I, pág. 167 y siguientes.

ter, y efectivamente tan egregias dotes ostentan á porfía cada cual por su lado, que muchos dudan cuál sea la verdadera obra inspirada por la Divinidad. Y sin embargo, la una es Castor, y la otra es Pollux, es decir, la una es mortal y la otra nó. La cultura arábiga, formada por el consorcio de la sabiduría griega con la fantasía oriental, como Castor engendrado en la union de Leda con Tíndaro, perecerá lo mismo que pereció el héroe griego; al paso que la civilizacion cristiana, producto de la ciencia antigua desarrollada en Atica y Corinto y del espíritu fecundo que la gracia de Dios comunicó á la humana mente por mediacion del Verbo, durará cuanto dure el mundo, asi como es inmortal tambien el hermoso Pollux, engendrado en los amores de Leda con Júpiter. Los dos hermosos gemelos, pues, son aventajados en belleza: los dos crecen y se desenvuelven paralelamente ricos de medios y de seduccion, y ha de llegar el dia en que á fuerza de trato y de comunicacion se identifiquen tanto en sus gustos, que llore el uno con inextinguible llanto la prematura muerte del otro, asi como Pollux lloró la muerte de su hermano Castor, y le amó hasta el extremo de cederle la mitad de su inmortalidad para que los dioses le restituyesen por intérvalos á la vida.

Es muy curioso ver en las historias de la España árabe cómo se dispone el Castor musulman á disputar á su hermano y émulo la palma de la inmortalidad, mientras el Pollux cristiano crece casi ignorado, se desarrolla y vigoriza á su sombra. Tres colosales figuras descuellan á nuestra vista en el califato andaluz: Abderrahman III el Grande, que trae en una mano la cadena con que sujeta el Africa á la España, y en la otra el alfange con que sofoca las añejas rebeliones, dando unidad é independencia al imperio mahometano de occidente. Vienen despues del augusto cordobés, igualmente benéficos para su pueblo y ominosos á los cristianos, Alhacam II y Almanzor. Bajo el cetro de estos imperantes alcanza el Estado en Córdoba el grado de cultura y grandeza que habian soñado en su ardiente anhelo Abderrahman I y Alhacam I. Acabó la superioridad de Bagdad: la córte de Annaser brilla como brilló la de Harun Arraxid, y la misma capital del Imperio Griego envidia á la reina del Guadalquivir sus maravillas despues de haberla ayudado á crearlas! Pero detrás de esos tres colosos viene rápida la decadencia del califato, porque á ningun estado pagano le fué dado jamás clavar la estrella de su fortuna en el punto culminante de su órbita.

Mas en tanto que trascurren para los muslimes las bonancibles lunas de estos tres reinados, y para la España cristiana los dias de llanto y luto á que la condenan enconosas rivalidades y sangrientas excisiones; en tanto que el décimo siglo consuma su temida evolucion entre ruinas y siniestros presagios, en que la cristiandad acobardada lee la sentencia de muerte de la humani-

dad y del mundo (1): ¡qué de prodigios, qué de fantásticas escenas va á realizar la sabiduría sarracena! Como un misterioso nigromante que por arte satánico evoca de la region de las sombras, contrastando con el general espanto, deliciosos cuadros que mienten los placeres del paraiso, así las ciencias, las artes y las letras de la España árabe, asi ese Castor valiente é impostor, hace surgir, antes de entonar el califato su tremendo himno de muerte, creaciones incomparables, tales que despues de volverse á hundir en la sima de la nada las han de tener por fábulas las generaciones venideras!

Fábula nos parece hoy, en efecto, lo que los historiadores árabes nos cuentan de la sola ciudad de Córdoba en el cuarto siglo de la hegira; de esa Córdoba, madre de las ciudades, sultana del occidente, cúpula del Islam, con sus cuatro maravillas (2), sus véinte y ocho arrabales, sus tres mil alquerías, sus innumerables alcázares, jardines y sitios de recreo. Al pie de la quebrada sierra, al abrigo de los helados vientos del norte, y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una odalisca mimada y viciosa, nace consagrada al amor y á los placeres del mas ostentoso califa, la peregrina Medina Azzahrá: poblacion mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que puede la arquitectura con sus fábricas igualar las mas fantásticas descripciones de la poesía. Deciros lo que sus jardines, pabellones y alcázares encierran, seria cuento sin fin: referiros lo que por ella hicieron los mas grandes emperadores del mundo, convertidos bajo el prestigio dé sus encantos en joyeros de la nueva y hermosa sultana: narraros cómo las primeras dignidades de la iglesia Bética no se desdeñaron de ser para ella los traficantes y proveedores de maravillas del arte y del buen gusto, llevándole hoy de las playas del Bósforo, mañana de las orillas del Rin y del Danubio, primorosas esculturas y otros objetos preciosos de las artes imitativas, que admiran con mezcla de placer y escándalo

(1) La cristiandad veia con espanto acercarse el año mil: una especie de terror vago que se cernia como una negra nube sobre todas las naciones de Europa, hacia presentir al occidente una gran mudanza en el órden de cosas general, que era nada menos que la disolucion del mundo de Carlo-Magno en el caos para engendrar el feudalismo. Presentian las naciones la gran trasformacion y formulaban sus terrores prediciendo la venida del Ante-Cristo y el fin del mundo.

(2) Córdoba sobrepuja á todas las ciudades de la tierra por cuatro cosas, dice un doctor andaluz anónimo en la historia de Almaccari; por su puente romano tendido sobre el Guadalquivir, por su gran mezquita, por las ciencias que en ella se cultivan, y por su Azzahrá. Sobre las maravillas de la Córdoba árabe véanse las Leyendas págs. 7, 13, 191 á 198, 344 á 346 de este tomo.

los rígidos observadores del Corán, seria escribir en vez de un prólogo un libro. Por último, poneros ante los ojos á Medina Azzahrá en un dia de gran solemnidad, como cuando se revestia toda de ricas alfombras y vistosos guadamecíes, de velas, doseles y cortinages de joyante seda para la recepcion de un príncipe ó embajador extranjero, ó la jura de un califa; como cuando Annaser admitió á su presencia al enviado de Constantino Porfirogénito, ó cuando Alhacam II concedió el mismo honor al destronado don Ordoño de Galicia, seria exponerme á que me negaseis vuestro crédito, juzgando mi cuadro como un hurto hecho á las maravillosas escenas de las *Mil y una noches:* tales ejércitos de slavos y eunucos, blancos y negros, á pie y á caballo, habiais de ver tendidos en hilera por aquellas alamedas, terrados y salones; con correages de oro resplandecientes, túnicas blancas, yelmos sicilianos, escudos de colores: tal cortejo de ulemas, teólogos, catibes, maulis, poetas y empleados de todo género, wacires, cadíes, cubicularios y sirvientes, habia de saliros al encuentro en cuanto os hiciera poner el pie en aquella mansion encantada. Contentaos por ahora con saber que eran tales la magestad, la magnificencia, la grandeza, la hermosura y el placer que allí reinaban, que el mencionado rey Ordoño, no pudiendo resistir el vértigo de sus dulces emociones, estuvo á punto de perder el sentido.

No lejos de Medina Azzahrá, y formando con ella para el cinto de torres de la reina del *Andalús* como un broche de dos perlas gemelas, descollaba la deliciosa Medina Azzáhira, magestuosamente asentada en la ribera del Guadalquivir, rodeada de quintas y vergeles, que gozaban los wacires, catibes, generales y favoritos de Almanzor, como prenda de su fastuosa liberalidad. Azzahrá y Azzahira ocupan con la galana y soberbia Córdoba una extension de diez millas de tierra florida, en que brotan el azahar y la rosa, y esas diez millas de paraiso aparecen de noche iluminadas por una sola hilera de fanales, tan unidos entre sí, que forman una zona de deslumbradora luz. En estas dos poblaciones, representacion genuina de la magnificencia, del lujo y del sensualismo de Annaser y de Almanzor, y en todos los veinte y ocho suburbios de la gran capital, erígense como por encanto mezquitas, mercados, madrisas, bazares y baños, en que acumula el arte sus bellezas. En las casas de placer del sultan y de los ciudadanos poderosos, rivalizan con estas las de la naturaleza, y máquinas ingeniosas de juegos hidráulicos y otros entretenimientos, fingen un mundo fantástico y lleno de seducciones. La exaltada imaginacion de los poetas é historiadores árabes habrá quizás dado mucho relieve y colorido al cuadro de la felicidad y bienandanza que disfrutaban los andaluces bajo el reinado de aquellos dos grandes déspotas; pero en lo tocante al arte puede asegurarse que nada exageraron, porque los pe-

regrinos vestigios que de él nos quedan en el campo de la arquitectura y de la poesía (1), son testimonios fidedignos que no admiten contradiccion.

Los poetas y escritores de la España árabe, viviendo en el recinto de aquellos palacios y vergeles, inspirados por las escenas de tan magníficas córtes, y por las delicias de la naturaleza, entre flores, fuentes, bosques de granados, limoneros y arrayanes, frescas umbrías, produjeron páginas tan risueñas, tan ricas en imágenes, tan llenas de vida y de color, que no cede su bella literatura á la del último renacimiento que han logrado en Europa las humanidades. El estudio de la naturaleza física y moral les sugiere páginas que pudieran prohijar sin desmerecimiento Bernardin de Saint Pierre, Chateaubriand, Byron y Lamartine. En muchos de sus cuentos y leyendas hay trozos descriptivos y de sentimiento que rivalizan con los mas escogidos de Atala y Rafael. La historia de Timur (el Tamorlan), el libro de Antar, el poema elegiaco de Ebn Abdun de Evora que lamenta la caida de los reyes Aftasitas de Badajoz, las antiguas *moallacas*, y otras muchas obras que pudiéramos citar, presentan en el género épico preciosos modelos dignos de imitacion. En los libros de los árabes españoles y orientales desde el siglo XI de nuestra era se encuentran muchos puntos de contacto con las producciones de la moderna literatura. Escritas aquellas obras por sabios y poetas, que en los retiros de Córdoba y de Bagdad lloraban sus propios infortunios y la ruina de poderosas dinastías, resultado no solo de las revoluciones y discordias políticas, sino tambien de la misma insubsistencia de toda sociedad basada en una civilizacion materialista, buscando consuelo en los encantos de la naturaleza y en la calma de los solitarios campos, se halla en tales libros ese tinte melancólico, ese retraimiento del alma, esa aversion al bullicio del mundo, y ese ensalzamiento del *yo* que animan á las creaciones de la poesía actual. En las ruinas, recientes aún, de los mágicos alcázares de Medina Azzahrá, el poeta *Ebn Zeidun*, ministro mas tarde de los reyes Abbaditas de Sevilla, perseguido á la sazon por el soberano de Córdoba Ebn-Chehwar, mezcla á los pesares del ostracismo la amargura del amor no correspondido que le inspira la princesa y poetisa Wallada. El desconsolado amante llora su ausencia uno y otro dia, invoca por testigos de sus pesares á la aurora que le sorprende en sus insomnios y á las estrellas que alumbran sus desvelos; en aquellos alcázares, habitados algun dia por su amada, busca sus huellas á imitacion de los antiguos vates del desierto; laméntase de su desamparo; crece su tristeza escuchando á la tórtola que suspira en la enramada y al *bulbul* (ruiseñor) que

(1) Véanse los versos de poetas árabes contemporáneos de Almanzor en elogio de sus alcázares, que el señor Simonet ha traducido, págs. 84 á 89 de este libro.

exhala en fogosos trinos sus tristes amores. Desde aquel retiro dirige sus envidiosas miradas á la soberbia Córdoba, que encierra el tesoro de su amor, y no pueden divertir su pena ni los rayos del sol poniente que doran las descubiertas columnatas y relumbran en los tersos mármoles, ni las bandadas de garzas y palomas que pueblan la verde arboleda y las azules aguas (1). Estos sentimientos, en fin, producen en el arpa del poeta cantos tan dulces, tan melancólicos, tan impregnados en la magia de la naturaleza y de la soledad y en la vida íntima del corazon, que de seguro no parecerian exóticas en boca de *Eudoro* ó de *René*.

Nada digo de las incomparables obras de los arquitectos cordobeses. Con haber meditado años seguidos acerca de ellas, con haber vivido tantos y tantos dias, tantas y tantas semanas absorto en la contemplacion del monumento mas grande y bello que en la tierra existe de la época de los Umeyas (2); á pesar de haber encontrado, examinado, gozado, con asombro y frenesí los preciosos fragmentos que aún duran de aquella obra maravillosa tenida por fabulosa (3), y de haber pasado horas y horas en religioso silencio, pensado y casi pernoctado sobre aquellas amadas ruinas, oprimiéndolas con el peso de mi cuerpo en calurosas siestas, como para convencerme mejor de que no era una ilusion el tocar con mis pies y con mis manos las hermosas piedras labradas que habian formado un tiempo en gallardos arrabáas y en elegantes ajimeces la delicia y el encanto de la esclava mas agasajada del mundo; á pesar de todo eso, no me creeria en este instante capaz de emprender la descripcion de las bellezas de la arquitectura del califato. Sírvame de disculpa el haberlo ya verificado con toda amplitud en otra ocasion, y la consideracion de que muchas veces el retrato que mas facilmente se le frustra al pintor es el de la hermosa predilecta.

Pero no perdamos de vista el objeto principal de este prólogo. Tanta prosperidad material, tanta grandeza, tanta ostentacion y lujo, tanta sabiduría en las ciencias y en las artes *voluptuarias*, ¿cómo pudieron desaparecer tan pronto? Ah, sí: desaparecieron porque no era duradera la base sobre que descansaba el portentoso simulacro de civilizacion que los califas habian dado al mundo.

(1) Tales imágenes y tales pensamientos no deben considerarse como supuestos por mí para engalanar el asunto, pues se encuentran en las poesías del mismo Ebn-Zeidun, copiadas por Almaccari y otros autores de historia literaria de aquella época. (Véanse las págs. 401 y 402 de este libro).

(2) La mezquita de Córdoba.

(3) Los palacios de Medina Azzahrá, que muchos anticuarios creian tan fantásticos é imaginarios como los encantados alcázares de las fábulas persianas.

Dos principios contrarios, que aun no han producido sus lógicos resultados, pueden de pronto parecer idénticos, así como en su orígen nadie diferencia el manantial destinado á ser magestuoso rio del manantial que corre á perderse en un lodazal inmundo. Pero cuando esos dos principios han arrojado de sí todas sus consecuencias, cuando cada uno de ellos ha apurado, por decirlo así, el sueño de la crisálida para tender libremente sus alas á la luz, ya entonces no es posible que se amalgamen y confundan. El mahometismo desarrollado ha ofrecido al mundo como legítimo producto el mas refinado materialismo: su justicia es compatible con la mas sanguinaria intolerancia; sus costumbres no excluyen la inhumanidad; la prosperidad de su Estado no es obstáculo al envilecimiento del individuo; la crueldad y la sensualidad ocupan el puesto de la justicia y del amor:—aquellos dos maléficos instintos son los compañeros inseparables de la *razon de Estado* y como las cariátides del lecho en que duerme toda civilizacion prevaricadora. La cultura que afemina y adormece es la misma que endurece el corazon: del propio modo que el martillo que bate y limpia de escorias el hierro, es el que lo convierte en duro y liso acero. ¿Ha habido por ventura algun pueblo pagano en que no se haya verificado este mismo fenómeno, por cuya virtud los mas afeminados fueron siempre los mas descorazonados y crueles?

No es otra cosa la verdadera civilizacion que la lucha constante del gobernante y del gobernado contra las pasiones y malos instintos del individuo y del cuerpo social. Las naciones que cumplen con este alto fin tienen abierta una gloriosa y perdurable carrera en que no es posible retroceder nunca: porque el perfeccionamiento del hombre y del estado no tienen término en el inmenso campo de las conquistas morales. No asi los pueblos que limitan sus aspiraciones al reducido horizonte de la materia: su progreso está sujeto á un término fatal y dura mientras subsista inexplorado algun nuevo goce con que halagar los sentidos. La poligamia y la esclavitud son los dos resultados inmediatos y las dos facciones características del mahometismo: la poligamia es una vergonzosa concesion que destruye la familia; la esclavitud una asquerosa lepra que desmiente la divina regeneracion del hombre. Aquella tiene por tristes adherentes la deslealtad, la seduccion, el concubinato, el adulterio, el divorcio; esta lleva de acompañantes el envilecimiento del ser racional, las sediciones y el talion con su horrible desigualdad retributiva. Tal es la constitucion de la familia, principio y base del Estado, bajo esos califas tan ponderados por su cultura. La poligamia, destructora de todo órden doméstico, que produce la opresion de un sexo y la mutilacion del otro, que hace que el matrimonio no sea un vínculo ni la familia una sociedad, introduce costumbres totalmente contrarias á la naturaleza del hombre social: estas á su

vez originan hábitos opuestos á la naturaleza del hombre físico, y de este modo se verifica que una legislacion que prohija como innocuas las inclinaciones naturales corrompidas, condene á perpétua barbarie, á pesar de su deslumbrador antifaz de prosperidad material, al pueblo que la observa.

No retrocedemos ante las consecuencias lógicas de nuestra opinion: la misma Grecia, esa Grecia refinada y culta de Alejandro y de Pericles, que fué un tiempo la institutriz del universo y el privilegiado oriente del sol de la belleza y de la gracia para toda la antigüedad, fué una nacion bárbara comparada con la oprimida y abyecta nacion visigoda que sufria el yugo del arrogante conquistador sarraceno.

Digamos algunas palabras acerca de los *mozárabes*. En las entrañas mismas del estado cordobés íbase lentamente formando una poderosa escuela cuya trascendencia no habian previsto los sensuales dominadores al consentir que viviese amparada en los muros de sus ciudades. Era esta escuela la cristiana *mozárabe*, fiel á la sana filosofía de los Leandros é Isidoros, escuela á cuya cabeza resplandecian Eulogio y Alvaro de Córdoba, cuyas doctrinas habia robustecido una larga enseñanza, cuya fé habia depurado la contradiccion, cuya constancia habian comenzado á exaltar las persecuciones y martirios. La persecucion era forzosa, el martirio éralo tambien; porque cuando en el campo de la moral luchan la *verdad* y el *error*, si el Estado destruye la posibilidad del equilibrio, prestando al error su apoyo, el antagonismo necesariamente ha de formularse en persecucion; y cuando la verdad perseguida renuncia al derecho natural de la resistencia, el vencimiento se ha de formular necesariamente en *martirio*. Ahora bien, ¿podia el Estado no prestar su brazo al mahometismo, siendo este el que le habia formado? ¿y podia por otra parte el cristianismo no protestar de contínuo contra la funesta filosofía del Corán? ¿Habia de sancionar con su aquiescencia el retroceso del hombre al estado de imperfeccion de que le habia sacado el Evangelio? ¿Habia de contemplar la España cristiana con rostro sereno y ojo enjuto la ruina de todas las grandes conquistas de la ley de gracia: destruida la familia, desfigurada la santa nocion de la justicia, entronizado el despotismo del oriente pagano, consentida la servidumbre, exultante la mas odiosa potestad marital y dominical, glorificadas las mas vergonzosas pasiones, la concupiscencia de la carne y el orgullo de la vida, y condenadas como insensateces la abnegacion, la humildad, la castidad, la mortificacion de los sentidos y la sublime ley del sacrificio?

No son estas, nó, meras declamaciones sugeridas por una antipatía mas sentida que justificada. Quien quiera conocer á fondo la constitucion de la familia en los prósperos siglos del califato, no tiene mas que hojear el cuerpo

de legislacion musulmaná que regia en España (1). Este código religioso y civil se hallaba enteramente conforme con los principios consignados en el Corán, con la tradicion y la *Sunna*, con las doctrinas del rito malequí que se seguia en Africa y en la Península, y con la letra de otras compilaciones legales consideradas como exentas de todo error. En este código, pues, verá autorizadas las pasiones que mas degradan á la humanidad, y de su general contexto deducirá que á pesar de hallarse la religion de Mahoma basada, á imitacion de la de Jesucristo, en los tres deberes cardinales de la *oracion*, la *limosna* y el *ayuno*, ninguno de estos actos podia contribuir á la santificacion interior del hombre, no animándolos las virtudes que solo el cristianismo inculca. Allí verá que el que compra una sierva tiene sobre su cuerpo derechos *ilimitados*; que una esclava es una *cosa* de cuyo corazon y sensibilidad se prescinde, asi por el que la vende como por el que la adquiere; que el Profeta consiente al marido dar en el hogar doméstico hasta tres rivales á su legítima muger en la categoría de esposas, y todas las que él pueda mantener en la clase inferior de esclavas; que el poder marital se extiende hasta la pena de azotes y golpes; que el vínculo matrimonial puede disolverse por razon de esterilidad, y que la infeliz esposa que ha perdido la esperanza de concebir no tiene mas porvenir que el repudio; que el repudio le es permitido asimismo al marido que se cansa de su muger, aunque de ella tenga hijos, en cuyo caso los vínculos fraternales se despedazan tambien como los conyugales, puesto que los hijos varones se quedan con el padre y las hembras siguen á la madre infeliz; que en algunas ocasiones por último la ley musulmana excita á la muger á cometer cualquier delito para obtener el repudio ó el divorcio (2), y que la condicion de los hijos y de los siervos no es menos desgraciada que la de la esposa, puesto que se declara impune al padre que prostituye á la sierva de su hijo; impune tambien al que prostituye á la muger de su siervo; el due-

(1) *Tratados de legislacion musulmana*, publicados en Madrid por la Academia de la Historia, recopilados por el erudito orientalista don Pascual de Gayangos.

(2) Hay en las *Leyes morales de Mahoma*, coleccion de moralistas antiguos de M. Lefèvre, tomo III, parte 3.ª, artículo 1.º una prescripcion sumamente curiosa: «El que repu»die (dice) tres veces á una muger, no podrá volverla á hacer suya sino despues de pasar »por el tálamo de otro hombre que tambien la haya repudiado.» Como entre los mahometanos despues de la tercera *atalca* ó repudio no se admitia entre marido y muger la reconciliacion, sino que era menester que el divorcio se consumase, el legislador para facilitar la reunion de los cónyuges consentia que la muger volviese al tálamo del primero que la habia repudiado despues de un segundo divorcio. Así la esposa que conservaba amor á su primer marido á pesar de haber sido tres veces repudiada, cosa que en los arcanos del corazon humano es muy posible, no tenia para volver á unirse con él mas medio que pasar por los brazos de otro y hacerse repudiar despues.

ño casa á sus esclavos sin consultar su voluntad, como se une á los animales para que encasten, y la condicion de mercancía empieza para la muger en la misma infancia, dado que el padre casa á la hija desde niña sin contar con ella, y el tutor casa á su pupila, sí entiende que asi le conviene, prescindiendo de que ella entienda lo contrario.

¡Cuán de otra manera comprendia la humana perfeccion el despreciado pueblo mozárabe! El matrimonio nuestro, decian á sus sensuales y altivos dominadores, no es la promiscuidad de los irracionales, sino un consorcio indisoluble, elevado por Jesucristo al carácter augusto de Sacramento, inviolable en su pacto, legítimo en su fin, vivificador por su pudicicia. Lejos estamos de la perfeccion que como un deber se nos señala, porque la perfeccion se halla en el complemento natural de las cosas, y nosotros empezamos á vivir: la perfeccion de la simiente es la planta, la perfeccion del crepúsculo está en la luz, la perfeccion del hombre ignorante está en el hombre civilizado. Pero ¿cómo habeis de civilizaros vosotros mas de lo que vuestra ley exige? Tolerad que os enseñemos lo que no sabeis, y sino matadnos en buen hora; pero nosotros no podemos menos de advertiros que vais descarriados, porque es tambien deber nuestro indeclinable amaros como á nosotros mismos, aunque nos aborrezcais. Podia en verdad el imperfecto paganismo, vanaglorioso de la virtud altiva de Arístides y Caton, satisfacerse con que estos se abstuvieran de los infames juegos de Olimpia y de Flora; pero el cristianismo no se contenta con la tolerancia del pagano, ni con el olvido del levita, sino que exige la caridad ardiente y solícita del samaritano.

No se ha hecho bastante aprecio de las generosas y santas aspiraciones de los mozárabes, contra quienes tanto se encruelecieron los mas grandes califas. El indiferentismo religioso de principios de este siglo no podia comprender la abnegacion y el celo de los mártires de Córdoba, y no acertando á explicarse cómo el hombre sea capaz de dar gustoso la vida por el triunfo de la verdad, por el bien de sus semejantes y por el verdadero progreso del mundo, atribuyó ese noble sacrificio á un rapto de fanatismo. De fanatismo ¡pobres filósofos racionalistas! Los que siguen vuestra triste escuela leen la historia y no la entienden, no sacan fruto alguno de sus graves lecciones, ven pasar los sucesos sin advertir los sincronismos que la lógica providencial produce en la tierra.

Terminemos nuestro paralelo y reasumamos las ideas que hemos apuntado sobre las dos civilizaciones coexistentes en el siglo de Abderrahman III y de Almanzor.

La civilizacion que en los árabes andaluces tanto nos deslumbra no era propia, sino prestada, puesto que la agricultura la aprendieron de los grie-

gos (1); de los mismos heredaron sus conocimientos en ciencias naturales y filosofía; la arquitectura la tomaron de los persas y de los bizantinos, y así todos los demás ramos prácticos y especulativos. El suponer á los árabes introductores é implantadores de la civilizacion en nuestro pais, es desconocer completamente la historia de la gente agarena y el estado social de sus razas cuando invadieron la península, é ignorar la historia del pueblo visigodo, que cabalmente caminaba á su ruina entonces por exceso de cultura y de molicie.

No hay duda que los árabes andaluces, depositarios de los conocimientos que sus padres de la Siria y del Yemen habian amontonado, como parte del botin arramblado en su rápida y tremenda correría desde el Eufrates al Estrecho de Hércules, alcanzaron un alto grado de prosperidad en los revueltos y turbulentos siglos que duró la gran prueba impuesta por Dios á los cristianos del occidente; pero eso no fué debido á la constitucion civil y religiosa de sus razas; menos aún á sus naturales inclinaciones y costumbres. Duró la cultura árabe en España mientras perseveraron los gérmenes de vida inoculados en la bárbara ley del Corán por otras civilizaciones extrañas; asi es que, cuando estos se gastaron, se desvaneció aquella. Es además un error gravísimo suponer que la Europa de la edad de hierro dormia el sueño de la barbarie: en aquellos mismos prodromos de la era moderna, en aquella misma penosa edad media vémos resplandecer las colosales figuras de un Carlo-Magno, de un San Eulogio, de un Alcuino, de un don Alfonso el Casto, de San Remigio, de Frodoardo, de Hincmaro, de San Anselmo, de San Bernardo, de Hildebrando, de San Luis y de San Fernando. La civilizacion del cristianismo se desarrollaba lenta pero progresivamente, como tierna planta que se convierte en árbol lozano, pomposo y gigantesco, mientras la cultura arábiga lucía en el crepúsculo de aquellos tiempos á modo de llama fosfórica, incierta y vacilante emanacion del gran cadáver de la sabia antigüedad. Lo que era ageno y prestado, deslumbró en el Estado sarraceno: lo que era propio, esencial y constitutivo, no produjo al desaparecer aquello mas que el estancamiento, la parálisis, la consuncion: miserable término como el que está hoy amenazando á otros pueblos obstinados en el respeto del Corán, sino se apresuran á romper las ligaduras que los hacen estacionarios. Finalmente, muchas de las dotes que admiramos en los árabes de Córdoba y de Granada, son verdaderas adquisiciones debidas á la comunicacion y roce que tuvieron con los pueblos del occidente: su espíritu caballeresco, su noble galantería con los seres dé-

(1) Confiésanlo ellos mismos. Véase á Almaccari, *Historia de las dinastías muslímicas en España*, traduccion de don Pascual de Gayangos, tomo I, cap. I.

biles, con las mugeres y con los vencidos, son reflejo de las costumbres cristianas en la época del feudalismo: fuera de que, siempre será en todo caso un crasísimo disparate confundir el respeto y amor á la muger nacido de una alta y sincera estimacion del bello sexo, con la empalagosa galantería dimanada de un sensualismo egoista.

El objeto que el señor Simonet se ha propuesto al describir la época memorable en que á impulsos de un nuevo Atila temen los reinos de la España cristiana su completa desolacion y ruina, es, como él mismo lo declara, escudriñar las vias por donde la Providencia suele encaminar las naciones hácia sus altos designios é inmutables decretos. Este propósito es grande y noble. Para conseguirlo mejor, ha echado mano el jóven novelista de los dos elementos que mas autoridad podian dar á su relato: una gran fidelidad histórica, y un sano juicio. Solo el primero supone largas, asiduas é ímprobas tareas, y embarazosísimas excursiones por un campo tan enmarañado cuanto peligroso. Y en prueba de que el autor no se ha limitado á revestir con nuevas y brillantes galas novelescas noticias ya investigadas por otros y sabidas, véanse las numerosas citas de poetas é historiadores arábigos que hace en sus leyendas; ideas y pensamientos, ya en gran manera útiles por su valor literario ó científico, ya simplemente bellos, bebidos originalmente en las peregrinas é ignoradas fuentes de aquellos escritores. En esta parte histórica, que es la principal en la leyenda titulada ALMANZOR, ha relatado y esclarecido el señor Simonet muchos hechos, ó bien pasados en silencio ó bien desfigurados por don José Antonio Conde en su *Historia de los árabes en España* y por los demás que le han seguido. Tales son el de la muerte que Almanzor hizo dar al príncipe *Almoguira*, hermano del califa Alhacam II, para asegurar la elevacion al trono de su sobrino Hixem (págs. 37 y 38): hecho importante, del que Conde no dá la menor noticia; la muerte de *Ghaleb* en una batalla por maquinacion de su yerno Almanzor (págs. 71 á 73), siendo asi que Conde le supone muerto en desafío años antes (1); la muerte que mandó dar el *hagib* á su propio hijo Abdallah y al wali de Zaragoza Abderrahman por conspiradores (págs. 112 á 115 y 218 á 219); la memorable expedicion á Santiago de Galicia, de que el citado historiador solo dijo cuatro palabras (2). Este suceso tan capital se refiere prolijamente en el cap. XI de la leyenda (págs. 137 y siguientes), deteniéndose el autor en señalar la correspondencia de los lugares de que se hace mencion en el itinerario de aquella empresa: trabajo tan curioso como difícil. Nada tampoco habia dicho Conde de la fun-

(1) Página 500 del tomo I de la primera edicion.
(2) Pág. 530 del mismo tomo. Conde pone equivocadamente este suceso en el año 384 de la hegira (A. D. 994).

dacion de Medina Azzahira, residencia del prepotente hagib y teatro de sus intrigas, sangrientos castigos y venganzas, con ser uno de los sucesos mas importantes de su historia. Igual silencio se le advierte con respecto á la memorable entrada dé Almanzor por tierra de Castilla (que se refiere desde la págiua 22 de la novela) y de que habia hecho ya mencion en su *Historia de los árabes* el arzobispo don Rodrigo. El señor Simonet, en fin, presenta con claridad, aunque brevemente, los notables acontecimientos ocurridos en Córdoba despues de la muerte de Almanzor y caida de su dinastía, las batallas de Jabalquinto y Acaba Albacar: sucesos muy embrollados en Conde.

A continuacion del Almanzor hallarán los lectores en este mismo tomo tres leyendas mas del señor Simonet, que tienen por objeto ilustrar otros períodos históricos de la España árabe, y que no ceden á la que ya hemos examinado en el interés de los asuntos, amenidad de la narracion, pureza y primor del estilo. Estas leyendas se titulan Meriem, Medina Azzahrá, y Cámar, y á ellas se puede aplicar cuanto dejamos dicho á propósito del Almanzor. Por lo mismo solo añadiremos algunas palabras acerca de la Meriem, la cual aumenta algunas páginas tan gloriosas cuanto nuevas á la siempre interesante historia de nuestros mozárabes. En ella describe su autor un memorable alzamiento llevado á cabo por aquel heróico pueblo en el siglo IX de nuestra era, y realza la grandiosa figura de su caudillo *Omar Ebn-Hafsun*, que por su ilustre linage godo, su esfuerzo y hazañas en pró de la restauracion cristiana, compite dignamente con los Teodomiros y Pelayos.

Pero donde principalmente brillan la laboriosidad y exquisita conciencia del jóven historiador-novelista, es en sus *Apéndices*. Allí se vé, como en el interior de un vasto taller, todo el cúmulo de ingenios, máquinas y materias primeras que han concurrido á la elaboracion de estas bonitas leyendas. Consultadlos, lectores graves y estudiosos, y quedareis plenamente satisfechos de las garantías que ofrece un tan considerable capital de raras y curiosas noticias.

Autor amigo: al darte el parabien por tu primera obra histórica, modestamente disfrazada con el nombre de *Leyendas*, permite á mi desautorizada pluma pagarte con una expresion consoladora los buenos ratos que me ha proporcionado su lectura: *el mayor crímen que puede cometer un hombre*, ha dicho M. de Bonald, *es componer un mal libro*; *porque este crímen no tiene término*. Yo, á propósito de tu obra, establezco la proposicion inversa, y digo: que un buen libro es una buena accion que tampoco tiene fin.

Madrid 29 de noviembre de 1858.

Pedro de Madrazo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Córdoba durante el califato de Hixem.—La almunia de Ghâleb, y memoria de este caudillo.—Retrato de Ismá.—Nacimiento, estudios y primeros pasos de Almanzor.—Su amor á Ismá.

Aunque desde el reinado de Abderrahman III el Magnánimo, la floreciente Córdoba, cabeza y silla del imperio árabe de España, habia crecido sin cesar en poblacion y magnificencia, ya sin embargo no se gozaban en su recinto la alegría y el encanto que habian fomentado en ella con sus amores y placeres el fundador de Medina Azzahrá y su hijo el amante de la *Estrella feliz* (1). No cumple ahora á nuestro propósito el investigar la causa de esta novedad, puesto que baste para explicarla el haber venido el poder y gobierno de aquel Estado á manos de varones ambiciosos, muy distantes, por su nacimiento y por sus inclinaciones, de la magnanimidad y pasiones generosas propias de un monarca. El que se elevó á mayor altura entre estos magnates, fué el famoso *Mohammed Ebn-Abi-Amer*, llamado despues *Almanzor*, que desde la

(1) Alhacam II, padre de Hixem II y el apasionado de *Radhia*, á quien llamaba la Estrella feliz.

muerte del califa Alhacam II, acaecida en 366 de la hegira (1) 976 de nuestra era, tenia á su cargo con la tutela del nuevo emir Hixem II, niño todavía, una parte muy principal en la administracion y regencia de aquel imperio. Lo que sí nos interesa apuntar es, que al terminar la luna de Dzulhecha del mismo año 366 de la hegira, es decir, á principios de agosto del año 977 de nuestra era, en uno de los dias menos enojosos de aquella estacion, extraordinaria animacion y regocijo sacó por momentos á los moradores de la gran ciudad del letargo de tristeza en que empezaban á yacer. El *Walilmedina*, ó gobernador de aquella ciudad, acababa de recibir la noticia de una nueva conquista alcanzada por aquel caudillo en las fronteras de Castilla, y de un momento á otro se aguardaba en Córdoba la vuelta del vencedor. Por lo tanto el Walilmedina habia dispuesto que la fausta nueva se anunciase públicamente, para satisfaccion de los buenos muslimes, en todas las mezquitas de Córdoba y sus contornos, que las banderas y *liwáes* (2) del Islam se enarbolasen en la cima de todas las torres, y que la gente de guerra, con todo aderezo y pompa militar, se preparasen á recibir dignamente al conquistador.

Con esta ocasion, gran muchedumbre de aquellos habitantes, deseosa de distraccion y de salir á victorear al ilustre caudillo, abandonó la ciudad, yendo á solazarse en las ameníisimas praderas que riega el Guadalquivir entre jardines, olivares y alquerías. Desde el punto en que se recibieron las alegres noticias, empezaron á cubrirse aquellas riberas y campos vecinos con vistosas tiendas y pabellones, que alternando con las almunias (3), huertos y caseríos, presentaban la perspectiva mas pintoresca.

(1) Esta hegira empezó en 29 de agosto del año 976 de J. C.
(2) Enseñas, estandartes.
(3) Almunia es una voz árabe que significa quinta ó posesion de recreo y corresponde con propiedad á la italiana *villa*. En nuestro país se conservan algunos pueblos de este nombre. En la crónica del emperador D. Alfonso el VII se vé usada esta palabra en el sentido de huertas y sitios de recreacion, pues refiriendo la entrada que hizo aquel conquistador en tierra de Sevilla, dice que pasando el Guadalquivir, devastaron sus soldados la comarca, *«et multas almunias Regum, quæ erant ex utraque parte fluminis fecerunt incidi.» Florez:* Esp. Sagr. XXI: 335.

Y por cierto que era cuadro delicioso el que ofrecian á la vista aquellas riberas del Guadalquivir. Sobre la orilla derecha, y al pie de la pintoresca sierra, la ciudad de Córdoba abarcaba en un vasto recinto de almenados muros mas de sesenta mil entre casas y palacios, en donde vivia la gente principal y cortesana, y mas de mil y seiscientas mezquitas coronadas por altos alminares (1). En torno de la altiva ciudad, y como una turba de gentiles esclavas á los pies de la sultana, su señora, se tendian vistosamente sobre una inmensa alfombra de verdor, veinte y siete arrabales (2) con mas de ciento y trece mil casas habitadas por el vulgo, y sobre mil mezquitas. Cerca de estos arrabales, y todo en derredor de Córdoba, como un sartal de perlas sobre el cuello de una hermosa, se contemplaban desde las faldas de la sierra hasta las márgenes del Guadalquivir, numerosos alcázares y casas de placer (3), donde se solazaban los emires y magnates de aquel pueblo espléndido y sensual.

A la parte de Sudoeste de aquella corte y saliendo por *Bab-Ixbilia* ó puerta de Sevilla, el ilustre alcaide *Ghâleb-Annasseri* poseia una almunia ó alcázar entre vergeles, en la orilla derecha del gran rio (4). Esta posesion encerraba en su recinto muchas delicias del arte y de la naturaleza, pues su señor el alcaide Ghâleb, habiéndose grangeado el afecto y los favores del difunto califa Aihacam con sus señalados servicios y militares hazañas, habia llegado á adquirir poder y riquezas. No eran las prendas del linaje las que mas enaltecian á este Ghâleb, pues habiéndose contado en su primera juventud, entre los mancebos slavos que asistian en el servicio y guardia de los califas, despues por sus merecimien-

(1) Sobre los edificios de Córdoba, sus puertas y circuito en aquella época, véase el apéndice núm. II.

(2) Véase el núm. III del apéndice.

(3) Sobre estos alcázares que embellecian los contornos de Córdoba, véase el número IV del apéndice.

(4) Los dos nombres con que los árabes llaman al antiguo Betis, á saber: *Nahr alatdím y Wadilquebir*, tienen la misma significacion de rio grande.

tos logró que el emir Abderrahman-Annasser, padre de Alhacam, le declarase su *mauli* ó liberto (1). Consagróse Ghâleb por particular aficion á las armas, y señalándose en ellas, Alhacam al principio de su reinado, le envió á hacer una gazua ó espedicion por tierra de cristianos. Marchó Ghâleb á la plaza fronteriza de *Medina Selim* (2), y entrando desde allí con su hueste por la comarca de Castilla, donde era señor el conde *Ferdeland-Ebn-Gundisalbi* (3), desbarató un ejército de cristianos y estragó la tierra. Estableció Ghâleb en Medina Selim su plaza de armas, y ejecutando desde allí muchas entradas contra los cristianos vecinos, penetró por sus tierras hasta apoderarse de Calahorra en el pais de los Vascones. Por tales servicios, Alhacam le concedió el señorío de Medina Selim, y él por corresponder á esta gracia dilatando las fronteras, en el año de 354-965 entró con otros caudillos por tierra de Castilla (4) y dentro de ella edificó la fortaleza de Gormáz (5), que los años adelante cayó en poder de los cristianos. En el año 362-972, como le enviase el mismo emir Alhacam para sosegar grandes alteraciones que se habian levantado en sus dominios de Africa, Ghâleb cumplió tan felizmente su encargo, que allanando á Fez y otras ciudades rebeldes, y tomando prisionero al caudillo de la rebelion *Alhasan Ebn-Canun*, en 362-974 le trajo á Córdoba, en donde entró con pompa triunfal.

Así empleó Ghâleb lo mejor de su vida en las obras meritorias del algihed (6) y otras empresas de armas, y como el ánimo liberal del califa le premiase con justas y grandes mercedes, el caudillo se consideró feliz pudiendo emplear su opulencia en labrar la dicha de una hija que le concedió el cielo. Para ofrecerla un reposo dulce y tranquilo lejos del bullicio de la córte, Ghâleb fundó aquel al-

(1) Por eso Ghâleb tomó el sobrenombre de Annasseri.
(2) Hoy Medinaceli.
(3) Así llaman los autores árabes al conde Fernan Gonzalez.
(4) *Alaba* dice el historiador árabe (Almaccari), I, 248.
(5) Mas bien debe decirse que la reedificó.
(6) La guerra santa contra los cristianos.

cázar y vergeles, en donde iba á reposar á su lado de los afanes y fatigas de la guerra. En lo mas retirado de los jardines se alzaba un *cobba* ó pabellon labrado de mármoles, asentado en medio de una raudha ó vergel, y lujosamente decorado, en donde el opulento señor habia querido representar un oasis. Elegantes y esbeltas columnas en forma de palmas rematando en sútiles y caprichosos arcos festoneados de ligero follage, sostenian una alta cúpula, abriéndose entre lós arcos calados ajimeces cubiertos de celosías. En medio del aposento brotaba un saltador sobre una pila ó fuente de alabastro, semejando un manantial que se derramaba de una gruta. Las paredes y el techo se miraban adornados de esmaltado foseifesa (1) sobre fondos de brillantes colores, y el pavimento de mosaico con lujosas alcatifas. En las cuatro puertas de la estancia, de las cuales se abria una en cada costado, colgaban tapices y cortinages de seda, representando cuadros y paisages del campo, y que agitándose á veces al soplo de la brisa, daban paso á los aromas del vecino jardin, como si los exhalasen las flores allí pintadas.

En tan poético retiro, y reposando sobre un mullido diwan, se hallaba á la sazon el señor de Medina Selim entregado á graves pensamientos, cuando entró su hija la hermosa y tierna Ismá, no menos preocupada y absorta en sus propios cuidados. Algunos suspiros lanzados de su pecho distrajeron de sus meditaciones al alcaide Ghàleb, que levantándose para abrazarla, causó gran sorpresa y confusion á la doncella, que hasta entonces no habia reparado en su presencia.

Pero antes de proseguir adelante, queremos trazar el retrato de la hermosa Ismá, tal como la hemos hallado en un autor árabe: La naturaleza, dice, pródiga de sus encantos con Ismá, la habia dotado de un cuerpo esbelto, flexible y gentil, que se movia con gracia como la rama del ban, de una voz armoniosa como los suspiros de

(1) *Foseifesa,* que los diccionarios árabes latinos traducen *opus tessellatum* ó taracea, es el elegante ornato de preciosas labores con que se vé decorado el interior de muchos edificios árabes, como la capilla del *Mihrab* en la catedral de Córdoba. Es voz peregrina en el árabe, como tambien su uso imitado de la arquitectura bizantina.

la brisa en un bosquecillo de palmeras, ó como el murmullo de una fuente en medio del silencio de la soledad. Su rostro fresco, blanco y sonrosado asomaba entre su copiosa y negra cabellera como la aurora cuando rompe las tinieblas de la noche. Pero al adornar en este solemne dia su frente virginal y sus torneados cuello y brazos, con sartales y axorcas de preciosas perlas, su bellísimo semblante semejaba á la luna, cuando en una noche serena aparece rodeada de un séquito de brillantes astros. Realzaba la hermosa doncella su airoso cuerpo con una marlota de damasco verde labrado de oro; colgaba de sus torneados hombros una ancha y flotante *amruna* (1) bordada de flores de brillantes matices y medio velaba su rostro un *cambux* (2) de finísimo cendal con que semejaba á la luna cuando asoma apenas entre los pliegues de trasparente nube. Tal era la jóven hija de Ghâleb, que por el atractivo sin par de sus gracias, alcanzando gran fama en aquella tierra, justificaba su nombre de *Ismá* ó la renombrada.

La angustiada jóven, recobrada un tanto de su sorpresa, echóse con efusion en los brazos de su padre, quien enterneciéndose la habló así:

—No creas que se me oculta la causa poderosa del dolor que hace largo tiempo te entristece y atormenta. Yo bien se que le ocasiona un amor infortunado, pues amas al hombre que menos puede labrar tu ventura.

—Lo temo, ¡oh padre y señor mio! ¡pero le amo tanto!

—Esa es tu desgracia. Pero el amor suele morir cuando reconociendo indigno de tal sentimiento al objeto que nos le inspira, acaba la ilusion y el engaño. Hoy me resuelvo, hija mia, ya que puede redundar en bien tuyo, aunque al principio te cause pesar,

(1) y (2) Véanse sobre estos y otros vestidos el Vocabulista arábigo del *P. Alcalá* y á *Mr. Dozy* en su Dictionnaire detaillèe des noms des vetements chez les árabes. El P. Alcalá y los autores árabes entienden por *amruna*, toca de muger; por *cambux*, velo ó antifaz que cubre el rostro; y por *mallotha* ó marlota, vestido recamado de muger.

á revelarte quien es el hombre que amas, pues creo que conociéndole acabarás por aborrecerle.

—¡Jamás, padre mio!

—Así lo creo ahora. Pero escúchame con atencion, pues para que sepas quien es el ídolo de tu ciega pasion, voy á referirte su historia sin olvidar lo que concierne á tu amor, pues todo lo ha observado mi cariñoso celo de padre.

—Habla, padre mio, dijo Ismá temblando.

—Ismá dejóse caer con aire indolente sobre la alcatifa, apoyando su cabeza sobre las rodillas de Ghâleb, el cual empezó de esta suerte su relato:

«Ya sabes que su nombre es *Abu-Amer-Mohammed-Ebn-Abdallah-Ebn-Abi-Amer*, y que por su padre *Abdallah-Abu-Hafss* pertenece á la familia y linage de *Maafir* (1), y desciende directamente de los antiguos *Himyaritas* del Yemen (2). Sin embargo, muchos de sus aficionados, por ensalzar mas su linage, emparentándole con el del Profeta (á quien glorifique Allah), le hacen oriundo de la tribu de *Coraix* (3), aunque esta como descendiente de Ismael por *Adnan* cuenta un orígen menos antiguo. La madre de nuestro Mohammed fué *Foraiha* (4) hija de *Yahya Ebn-Zacaria*, conocido por *Ebn-Borthal* de la prosapia y tribu de Temim. Un guerrero y capitan señalado de la estirpe de Maafir, llamado *Abdelmelic Abu-*

(1) Hé aquí la genealogía de Almanzor segun el Bayan *Almoghreb II* 273 y *Almaccari I* 178, Abu-Amer-Mohammed, hijo de Abu-Hafss-Abdallah hijo de Amer, hijo de Abu-Amer-Mohammed, hijo de Alwalid, hijo de Yezid, hijo de Abdelmelic-Ebn-Amer el Maafiri ó de la tribu de Maafir, descendiente de Himyar. (Véase el núm. V del apéndice).

(2) Sabido es que los árabes descienden de dos patriarcas *Cahtan é Ismael*. Los Himyaritas que poblaron el Yemen ó Arabia feliz, descendian de *Himyar*, que fué hijo de *Saba*, este de Yaxob, este de Yarob y este de *Cahtan*, que es el *Yectan* de la Biblia (*Génesis* cap. X). Yectan fué hijo de Heber ó *Eber* hijo de *Salch*, hijo de *Arfacsad*, hijo de *Sem* hijo de *Noé*. (Véase á *Mr. Noel Desvergers: Arabie*, pág. 50 y 51).

(3) Por eso fue conocido tambien Almanzor con el sobrenombre de *Alcoraixi* ó el Coraixita, que nuestros cronistas escriben Alcoraxi y Alcorrexi.

(4) La ingeniosa. Otros la llaman *Boraiha*.

Amer, entró con el caudillo Thárec en estas regiones del occidente y se distinguió gloriosamente en su conquista (1). Los hijos de Abdelmelic se establecieron en Algezira Aljadra (2), en donde ha permanecido su casa hasta nuestros dias, aunque el lugar venturoso en que ha visto la primera luz su descendiente Mohammed, es *Torrox* (3), alegre alquería en la amelia (4) y al oriente de Málaga.

»Nació Mohammed en el año 327 de la hegira (938 de J. C.) el mismo en que las huestes muslímicas, capitaneadas por el poderoso califa Abderrahman Annaser, sufrieron la gran derrota de *Aljandic* (5). Sin duda el omnipotente Allah, que hace nacer la luz de las tinieblas y la alegria del pesar, quiso que en el mismo tiempo que sufrian los suyos tan funesto revés, naciese quien habia de vengarle con tantas victorias arrancadas á los cristianos (6).

»Aunque los antepasados de Mohammed se habian señalado por su celo y hazañas en el algihed, no vieron medrar su fortuna á causa de la mucha liberalidad de que todos ellos han usado. Abdallah, el padre de nuestro héroe, hombre docto y esforzado, mereció muchos honores al califa Abderrahman Annasser, de ilustre memoria, pero codicioso salamente de atesorar buenas obras, pasó al Oriente para hacer su *alhich* (7) y á la vuelta murió, segun se

(1) Rindió á Cartago.

(2) La isla verde: Algeciras.

(3) El historiador árabe *Abdelwáhed* el Marroquí dice que nuestro héroe nació en Torrox, alquería de la jurisdiccion de Algeciras cerca del rio Guadiaro (pág. 18 de la ed. de Dozy en Leiden: 1847), pero creemos que en este punto aquel autor africano haya cometido un error de geografía, pues no se sabe que hubiese ningun Torrox sobre el Guadiaro, y además todas las noticias que sobre la alquería de este nombre dan los árabes, convienen al moderno Torrox, pueblo considerable y cabeza de partido en la provincia y al E. de Málaga.

(4) Jurisdiccion.

(5) Esta fué la famosa jornada de Zamora ó de la hoya, en que Ramiro II derrotó al califa Abderrahman III.

(6) *Ebn-Alabbar*, pág. 150 y 151 del texto árabe publicado en Leiden por el orientalista Mr. Dozy.

(7) La peregrinacion á la Mecca.

dice, en *Tarábolos* (1) de Africa. Así fué como al morir este varon piadoso, no dejó otra herencia para su hijo Mohammed y dos hijas que algunas yugadas de tierra. Mohammed, que era de pocos años pero ya de nobles pensamientos, y que se sentia llamado por Allah para cosas grandes, como viese que con aquella fortuna apenas podian sustentarse con estrechez él y sus hermanas, resolvió dejarla toda á estas para que viviesen mas holgadamente. Tomó, pues, su báculo de peregrino, y con algunos pocos dinares (2), con algunos libros de su aficion y con inmensas esperanzas, se puso en camino para la ciudad de las cuatro maravillas (3), sultana del Occidente, madre de las otras ciudades del Andalús (4), corte y asiento del Islam.

»Llegado á Córdoba en sazon que ocupaba el trono de los Benu-Umeyas el alto emir Alhacam-Ebn-Abderrahman, devoró con los ojos y con el alma las grandezas y magnificencia de aquella ciudad, el suntuoso alcázar de los califas y la soberbia aljama. Como era Mohammed varon muy aficionado á las letras, empezó al punto á frecuentar las famosas madrisas de Córdoba, donde se instruyó en la ciencia de los alfaquíes (5), en la filosofía, la historia y la amena literatura, llegando en poco tiempo á sobresalir entre sus condiscípulos, saliendo muy versado en las tradiciones, crónicas y gloriosos sucesos de los árabes y muslimes y en las sutilezas de la dialéctica, y lo que es mas apreciable, excelente lector é intérprete del Coran. Adquiriendo así algun nombre y aplausos, empezó á tomar vuelo su espíritu ambicioso y alentado para altas empresas.

»Entre tanto Mohammed comenzó á sufrir apuros y estrecheces, pues como no pudieron durarle mucho los pocos dinares con

(1) Trípoli.

(2) Especie de moneda de oro.

(3) Estas cuatro maravillas, que los autores árabes celebran en Córdoba, eran la prodigiosa aljama ó mezquita mayor, el puente romano sobre el Guadalquivir, las famosas madrisas ó academias y los portentosos alcázares de *Medina Azzahrá*.

(4) Así llamaban los árabes á Córdoba entre otros títulos ostentosos.

(5) El derecho y teología musulmana, llamados por los árabes *alfiqh*.

que entró en Córdoba, mientras se proporcionaba sin tasa el alimento de la inteligencia, le fué escaseando el pan. Pero no por eso desmayó un solo instante, pues encontrándose tan instruido en las letras y poseyendo además un carácter admirable de escritura, logró primero procurarse con la enseñanza y la copia de escritos algunos recursos, y despues estableció una escuela de humanidades y una oficina de alcatib (1), en la misma puerta del alcázar. Aquí se le aumentó el trabajo y la ganancia con dar lecciones de varia enseñanza á algunos slavos de la servidumbre y guardia del califa y copiar de buena letra las cartas y documentos que le traian. Es ciertamente notable el que desde su entrada en Córdoba, apenas se apartó Mohammed del alcázar régio, que le deslumbraba, así como ciertas flores giran siempre en torno del sol, y luego que pudo, vino á establecerse en sus puertas, como presagiando los grandes destinos que allí le aguardaban (2).

»Estando aquí, quiso su buena fortuna que el noble wacir Abdelmelic Ebn-Xoheid, que habia sido hagib de Abderrahman Annasser, y que privaba mucho con el actual califa Alhacam, le llamase á su casa para encargarle la copia de ciertos códices. Pues como el wacir quedase muy pagado de la hermosa letra de Mohammed, y conversando con él, echase de ver su ingenio y sabiduría, le tomó cariño, le procuró otros trabajos semejantes, con cuya recompensa remediara sus necesidades, y le prestó, en fin, tales favores y ayuda en aquellos malos tiempos, que fueron en verdad mucha parte y el cimiento para su engrandecimiento futuro. Sin embargo, Mohammed en su prosperidad no ha correspondido á tales beneficios con todo el agradecimiento que fuera justo, porque el reconocimiento se conserva dificilmente en el corazon de los ambiciosos.

»Ebn-Xoheid entre otros beneficios que á porfía le prestaba, le recomendó muy eficazmente á cierto señor rico y principal, que movido de aquellos elogios, quiso que Mohammed le trasladase algu-

(1) Escribiente, copista.
(2) Véase el núm. VI del Apéndice.

nos códices y le solazase recordándole las historias y excelencias de los árabes, llamándole para esto á su alcázar situado deliciosamente en las orillas del Guadalquivir.»

Al llegar aquí, Gháleb suspendió su relato como para tomar aliento, y su hija dejando escapar del pecho profundos suspiros, le dijo asi:

—Oh, señor, empiezas á contar la parte de esa historia que me toca mas de cerca: yo te suplico que la continíes sin disimulo, pero con indulgencia, ya que tu cariño paternal ha sondeado lo mas oculto de mi corazon.

—Tienes razon en creerlo así, y estoy satisfecho de no haber hallado en tal investigacion motivos de vergüenza, aunque sí de pesar.

—«Te contaba pues, la ocasion con que se presentó Mohammed en este alcázar. Aquí empieza el amor á añadir mas interes y á animar de mayor colorido la vida de nuestro héroe. Su corazon ardiente era el mas dispuesto para las grandes pasiones: su ambicion le estimulaba tambien á ello, poniéndole ante los ojos un mundo de amor y gloria, y bien pronto el destino quiso que conociese en tí una muger que pudiese halagar su imaginacion ambiciosa. En este aposento fué en donde le viste por vez primera. Tú, instigada de la curiosidad tan natural, pero tan dañosa á vuestro sexo, te habias colocado detrás de esas celosías por donde se comunica esta cobba con una de las estancias que habitas. Mohammed, á quien acababa yo de recibir en este lujoso pabellon, le contemplaba absorto, pues nunca viera en derredor de sí tal riqueza y tan bello ornato. De repente volviendo la vista á sus viejos zaragüelles y raido alquicel, dejó espresar un sentimiento de vergüenza y confusion, cuando yo queriéndole animar y apartarle de áquellos pensamientos, le dije:

«Oh descendiente de los árabes y docto en su poesía ¿te parece que he realizado en esta cobba algunas de las descripciones maravillosas y fantásticas de nuestros poetas y rawies (1) del Oriente?»

(1) Narradores.

«Por Allah, me respondió Mohammed, yo te digo, señor mio, que esta mansion parece transportada desde el Eden por mano de algun genio, y que el aire embalsamado que en ella se respira, no es sino el aliento de alguna celeste hurí que embellece y regocija las horas de tu existencia.»

«En aquel punto Mohammed, alzando maquinalmente sus miradas hácia el techo de esta cobba, vió á través de la celosía brillar tus negros ojos, y oyó resonar un suspiro, porque sin duda tu escuchaste sus palabras.»

—Es cierto, padre mio, dijo Ismá cubriéndose sus mejillas de pudoroso carmin; yo las oí, y el elogio que involuntariamente me tributó, empezó á interesarme en favor suyo.

—¡Cuán fragil, prosiguió Ghâleb, es el corazon de las mugeres! ¡Cómo se pagan de un requiebro, de una flor y de una niñería! Pero volviendo á la historia, Mohammed embelesado tambien por la magia de este lugar delicioso, se sentia dispuesto al amor, y asi es que al escuchar aquel suspiro, una llama de pasion, sino una idea ambiciosa, animó su mente.

«En tanto pedí á Mohammed que me contase algun *haditz* (1) ó *quissa* (2) curiosa, propia para entretener agradablemente la siesta en aquel lugar de deleite. El catib empezó á referirme la peregrina historia de los amores de *Antara* y *Abla* (3). Contó en poético estilo y con inspirada fantasía como Antara, alentado por sus pasiones de amor y gloria, y á fuerza de valor y sufrimiento, con la espada y la lira, venció la adversa suerte que le cobijó desde su misma cuna. Encareció como el hijo de *Xeddád* desde el establo en donde guardaba como humilde esclavo los camellos de su padre, llegó á conseguir libertad, renombre, poder y fortuna, y despues de grandes persecuciones y contrariedades, logró al fin, á pesar de su color atezado, la mano y el amor de la bellísima y noble don-

(1) Tradicion, historia.
(2) Cuento, novela.
(3) Son los héroes de un poema histórico, famoso entre los árabes.



C. Mugica dibº y litº. Lit. de J.J. Martinez Madrid 1858.

Yo te digo, señor mio, que esta mansion parece transportada del Eden por mano de algun genio.

cella Abla, venciendo á su rival el gentil Omara. La semejanza que hallaba el recitador entre su fortuna y deseos de entonces con los primeros pasos, gloriosos pero amargos, del héroe del desierto, animaba su imaginacion y prestaba mayor elocuencia á sus palabras. Mohammed por su pobreza, su valor, la fé que tenia en su talento y en el porvenir, soñó ser otro Antara, mientras la jóven y cándida doncella que escuchaba detrás de la celosía su interesante relato, participando de aquella fascinacion, no contemplaba, sino á través de una nube de esplendor y gloria, el pobre hábito y humilde apariencia del recitador.

—Lo confieso, padre mio, la magia de aquella historia y la voz inspirada del narrador turbaron mi espíritu».

CAPÍTULO II.

Retrato de Almanzor.

Continuando Ghâleb en su relacion, dijo así á la tierna doncella que le escuchaba conmovida.

—«Pero antes de proseguir en mi discurso de los hechos y proezas de nuestro héroe, quiero trazarte algun retrato del carácter y cualidades del hombre que estaba llamado á tan alta fortuna y á sojuzgar tu corazon tan poderosamente, apuntando de paso, para añadir rasgos mas cabales á su fisonomía, algunas noticias y anécdotas que de él publica la fama. El Criador de todas las cosas, que en sus inmutables decretos le destinaba para mandar á los hombres, le ha dotado de singulares prendas de alma y de cuerpo, y puesto que conoces su persona, solo añadiré acerca de ella que Mohammed Abu-Amer ha realzado la aventajada estatura y majestuosa presencia de su padre Abdallah, con cierta gracia y aspecto seductor de su madre Foraiha. En cuanto á las dotes del alma, conocida es por sus mismos hechos la superioridad y grandeza de corazon con que emprende y ejecuta las cosas mas arduas,

poniendo en todos sus negocios extraordinaria atencion, constancia y empeño, y dirigiéndolos por sí mismo, por muchos, graves y espinosos que sean.

»Mas si en lo tocante al gobierno es sobremanera laborioso é infatigable, adonde atiende con mayor celo y diligencia, alcanzando lauros mas envidiables, es á las cosas de la guerra, así en los aprestos y marchas para las gazúas (1), como en ordenar las batallas y demás trances de algihed. Apenas vuelve de una expedicion cuando ya se prepara á otra, sin que cosa alguna pueda distraerle de este empeño; y puesto que nunca descuida el salir á ejecutarlas en primavera y otoño, suele detenerse en ellas durante lo mas riguroso del estío y del invierno. A tal punto llega esta su aficion militar, que le ha sucedido salir á las oraciones y preces públicas en la gran aljama, y asaltándole de improviso el deseo de emprender la gazúa, no ha vuelto á su alcázar, sino que al concluir la oracion, se ha puesto en marcha, como si de propósito hubiese salido ya preparado para el algihed. Sus soldados y capitanes, que ya conocen esta costumbre, marchan en pos de él unos tras otros, y allegándosele las taifas (2) que halla á su paso en las ciudades y fronteras, no llega al primer lugar de cristianos sin ver congregada ya cuanta gente necesita para la empresa (3).

»Entre otros ejemplos de esta diligencia y constancia del Amerita en los negocios de la guerra, es muy notable uno que vamos á referir. Acaeció en una de sus primeras gazúas, que entrando por la frontera cristiana de Castilla, pasó entre dos montes muy elevados, y siguiendo adelante, se internó en aquella tierra por espacio de dos jornadas. Mohammed segun su costumbre, fué quemando y asolando cuanto hallaba, á diestra y siniestra, sin que ningun cristiano le saliese al encuentro; pero al volverse con la

(1) *Gazúa:* expedicion militar, principalmente para conquistar alguna plaza, ú otro hecho de importancia.

(2) Turbas, escuadrones.

(3) Abdelwahed el Marroquí, pág. 25 del texto árabe, edicion de Leiden, por Mr. Dozy.

presa, halló que gran muchedumbre de ellos, congregados en hueste, guardaban y defendian el paso de aquellas estrechas gargantas que se abrian entre los dos montes. Empeñarse en pasar era poner la hueste en peligro de ser destruida por el enemigo que señoreaba las alturas, y el desalojarlos de puesto tan ventajoso, no era empresa fácil ni breve. Aumentábase la dificultad y el peligro con entrarse ya el invierno, pues empezando á caer grandes nevadas, dejaban intransitables los caminos para la gente árabe, sirviendo por el contrario á los rumies de mayor reparo y defensa. Pero Abu-Amer acudió á estos inconvenientes con una resolucion inspirada por su prudencia militar, que fué volverse atrás y escoger un lugar llano á propósito para acamparse en él con su hueste. Allí, mostrando determinacion de permanecer largo tiempo, hizo fabricar cuarteles y casas á manera de poblacion, y con unos bueyes que habia apresado mandó arar y labrar los campos vecinos, sembrándolos despues.

»Entre tanto enviaba cada dia sus escuadrones y turmas de caballos, los cuales derramándose por la tierra, talaban los campos de los cristianos, mataban y cautivaban á cuantos podian, desolaban los lugares abiertos y aun expugnaron algunos castillos. Pues como hiciesen cada dia gran matanza de cristianos, iban arrojando sus cadáveres á aquel paso ó garganta entre los montes, y así prosiguieron hasta que saliendo los escuadrones muslimes, no encontraron ya por muchas leguas que destruir ni despojar, sino toda la region desierta y devastada.

»Entonces los rumíes (1), que guardaban los montes, viendo por una parte el daño de la tierra, y por otra que la resolucion del caudillo musulman era no moverse de allí hasta forzarlos á rendirse por el hambre y la falta de socorro, le enviaron á proponer por medio de un mensagero, que ellos le dejarian franco el paso si queria soltar los cautivos y presas. Mohammed, que no podia contentarse

(1) Los árabes llamaron rumies primeramente á los griegos y despues á todos los pueblos cristianos que habian formado parte del antiguo imperio romano.

con tan pequeñas ventajas, se negó á tales propuestas, y como los cristianos le importunasen mucho con repetidos mensages, él les respondió astutamente:

«Yo quisiera poderos conceder lo que me suplicais, pero mis compañeros que se encuentran bien aquí, rehusan la fatiga de volver á nuestras tierras, cuando ya con la primavera viene el tiempo de ejecutar otra gazúa: dicen, pues, que aquí aguardarán hasta entonces y despues que cumplan con su obligacion, se volverán satisfechos á sus hogares.»

«Viendo los cristianos la resolucion de Mohammed, y considerando su peligro, le enviaron á decir nuevamente que le dejarian salir con todos los cautivos y despojos; pero no contentándose todavía el caudillo muslim, les impuso otras condiciones mas duras, á saber: que le pagasen los gastos hechos en el laboreo y siembra de los campos, que le diesen acémilas en que trasportar hasta la frontera los cautivos y el botin, así como tambien provisiones suficientes para poder llegar á su tierra, y por último, que despejasen por sí mismos los campos y gargantas, por donde habian de pasar, de los cadáveres cristianos que los cubrian. Forzados por la necesidad, aceptaron los rumies condiciones tan duras y afrentosas, y cumpliéndolas con toda diligencia, lograron que saliese de sus comarcas tan terrible enemigo (1).

»Como el número de cristianos que cautiva Mohammed en sus incesantes expediciones es tan considerable, suele aprovecharlos en acrecentar sus ejércitos, logrando conciliarse su aficion y fidelidad, merced al buen trato y largueza que usa con ellos, lo cual es cosa muy singular y no practicada antes por ningun caudillo muslim. Pero Mohammed no solamente es hábil en saber aprovechar el

(1) Así lo refiere el arzobispo D. Rodrigo en su *Historia Arabum* y mas extensamente *Almaccari*, pág. 392, T. I, de la edicion de Leiden. El arzobispo omitiendo la mayor parte de estas condiciones, dice que Almanzor accedió á la demanda de los cristiauos por clemencia y no por necesidad; pero el hagib no merece este elogio, pues impuso á los castellanos condiciones harto duras, como se ve en nuestro relato fundado en la autoridad del referido historiador árabe.

servicio de estos rumies cautivos, de los cuales muchos suelen renegar de su ley, sino que tambien atrae á su servicio en calidad de auxiliares á muchos señores y caballeros cristianos, gracias á la generosidad con que los recompensa y cortesía con que los trata, persuadiéndoles que los estima en mas que á los mismos árabes. Ello es cierto que para no descontentar á esta laya de gente, á quien aprecia por su valor y por las noticias que les dan de las cosas cristianas, usa con ellos de notable indulgencia en lo tocante á la disciplina militar, y sucediendo á veces que árabes y rumies hayan levantado algun tumulto ó sedicion, mas bien ha ejecutado el castigo en los musulmanes que en los infieles (1).

»Pero sabido es que el Amerita por fiar menos de la gente árabe, de cuyos mayorales y altos varones siempre ha recelado que le disputen el poder, los ha perseguido y persigue aun, separándolos del gobierno y del ejército, poniendo en su lugar á slavos, berberies y elches (2). Por cierto que ha sido grave error de su política el reemplazar con los de gente estraña y venal los buenos y leales servicios de los valerosos hijos de aquellos árabes que sojuzgaron estas regiones, como yo mismo lo confieso, á pesar de mi linage extranjero. Así, anteponiendo sus intereses particulares á los públicos, no dará al imperio árabe del Andalus sino una gloria momentánea y efímera, y minando los cimientos que le sostenian, vá preparando su hundimiento y ruina.

»Por lo demás, él por su celo y actividad en el algihed parece destinado á retraer á los rumies á la aspereza de sus montañas como en los tiempos de su antepasado Abdelmelic. Tan solícito y minucioso es en todo lo tocante á la guerra, que en las tierras del Estado hace sembrar cada año mil modios de cebada para las acémilas y bestias de que se sirve en las huestes, y al volver de sus expediciones, una de sus primeras diligencias es llamar al Saheb-aljail (3), y enterarse por él de las caballerias que hubie-

(1) El arzobispo D. Rodrigo y el Silense en su Cronicon.
(2) Infieles, renegados.
(3) Caballerizo mayor.

ren muerto y de las que aun vivieren. La propia atencion consagra á la reparacion de muros y fortalezas, pues al propio tiempo llamando al prefecto de las obras públicas (Saheb-alebnia), le pregunta muy por menor si han sufrido algun deterioro, así los muros, fortalezas, alcázares y otros edificios del Estado como los suyos particulares (1).

»En el campo de batalla recorre una por una todas las taifas y banderas, y como es su memoria tan excelente que conoce para siempre todos los soldados que ha visto una vez, los exhorta y arenga por sus nombres, y recordando los que mas se distinguen en la pelea, los convida despues á su mesa y les hace otras honras muy señaladas. Este caudillo ha renovado la costumbre de obsequiar á los soldados despues de las victorias con espléndidos banquetes que los alivien de la pasada fatiga. Tambien tiene la costumbre singular de sacudir de sus vestidos el polvo que recogen en el campo de la pelea y guardarlo en una cajita, que siempre lleva consigo, diciendo que al morir quiere ser cubierto con aquel polvo en su sepultura.

»Los despojos de las gazúas, así de cautivos como de la demas presa, los reparte entre su gente de guerra segun los méritos de cada uno, reservando el quinto para el califa, y para los demas caudillos la *estafa* ó derecho de elegir los cautivos y ganados que mas les placieren, contentándose él casi únicamente con la gloria del buen suceso.

»Su celo, en fin, por la guerra santa y el exterminio de los cristianos es tal, que suele pedir á Allah en sus oraciones la gracia de morir en el algihed.

»A los negocios del gobierno atiende con igual eficacia, siendo verdaderamente notable que pueda acudir casi á un tiempo á tan diversos y tan graves cuidados, cuando estos y aquellos son igualmente difíciles y espinosos, logrando no obstante, en los unos destruir á los enemigos de afuera con victorias y conquistas; y en los

(1) Almaccari: I, 384.

otros prevalecer con igual fortuna contra los enemigos de adentro mas temibles todavía, destruyéndolos y manteniendo en paz la tierra. Tantos negocios, le obligan á vivir siempre agitado y cercenarse el tiempo necesario para el sueño y el reposo. Me ha contado *Xoala*, uno de sus wacires, que entrando en su megles (1) una noche y viendo que velaba hasta mas tarde de lo ordinario, le advirtió el quebranto que con ello causaba á su salud. Mohammed, le respondió estas notables palabras: «El que gobierna debe velar »mientras duerme el pueblo. Si yo descansase todo lo necesario, »¿cómo habian de recorrer mis dormidos ojos region tan dilatada »como la puesta á mi cuidado?»

»En la administracion de la justicia usa *Abu-Amer* de tanta equidad cuanto rigor, ejerciéndola igualmente con los poderosos y con los humildes, sin guardar consideracion, ni á lo elevado de la persona ni á otro respeto de amistad ó favor. Cuéntase que en una ocasion vino á quejarse un hombre del pueblo de cierto agravio que le habia hecho el *Saheb Addarca* (2) *Abderrahman-Ebn-Fothais*, uno de los altos funcionarios de la corte y á quien Mohammed profesaba mucha estimacion. Escuchó Mohammed benignamente la queja del villano, y mostrando al principio cierta duda de que hombre tan principal hubiese cometido aquel desafuero, mandó examinar la verdad del caso por el Saheb almotdalim (3), y como resultase culpable, le separó de su cargo. Tambien se refieren otros casos en que hizo se cumpliese la justicia con el gefe de sus eunucos llamado el *Mayorquí*, que era el mayordomo de su casa y muy privado suyo, y con Mohammed su tebib ó médico, á quien tenia mucha aficion.

»Esta severidad, si bien se considera, proviene de la poca humanidad de su índole, pues como no toma á nadie verdadera aficion, sino en cuanto puede servir á sus miras y manejos, con facilidad reniega de este cariño interesado y castiga con mas ó me-

(1) Megles: aposento.
(2) Prefecto de la adarga, es decir, escudero mayor ó armigero.
(3) Pesquisidor, juez de injurias,

nos justicia al que llama su mejor amigo. No quiero mencionarte ahora las muchas crueldades ejecutadas por Mohammed á sangre fria y por particulares resentimientos y venganzas, pues tales noticias corren de boca en boca, y ojalá te sirviesen de escarmiento para huir de su amor.

»Tambien, aunque raros, se refieren de Mohammed algunos casos en que su natural riguroso y fiero se ablandó hasta usar de clemencia y piedad (1). Asimismo, en la guerra usa de piedad con los vencidos y no consiente que se cause daño á la gente pacífica y desarmada.

»Pero en lo que raya mas alto este insigne varon es en la perspicacia, sutileza, disimulacion y astucia con que sabe grangearse la aficion de sus mismos enemigos, así muslimes como cristianos, inspirándoles una engañosa confianza, y lo que es mas, el librarse de tantas persecuciones, odios y asechanzas como se han dirigido contra él por motivos de venganza, envidia y rivalidad.

»Entre los ejemplos que se refieren de su perspicacia, es curioso y celebrado el siguiente: «Un mercader de joyas que vivia en la ciudad de Aden en el Oriente, habiendo oido celebrar mucho la esplendidez y magnificencia de Mohammed, pasó á estas partes de Andalucía para presentarle muchas y preciosas perlas. Abu-Amer, despues de tomar las que mas le agradaron, dió en pago al joyero su bolsa de piel llena de oro, con la cual se despidió aquel muy contento, tomando al volverse el camino de la Rambla ó arenal en las riberas del Guadalquivir. Era un dia muy caluroso, de suerte que el mercader, llegando á la mitad de aquel camino, no pudo sufrir mas el bochorno del sol y queriendo refrescarse en el rio, se despojó de sus vestidos y los dejó con la bolsa en la orilla. Cuando de improviso llegó un milano, y creyendo que la bolsa de piel era carne, la apresó con sus garras y se remontó con ella por los aires hasta perderse de vista. El mercader, viendo arrebatada su fortuna y no pudiendo estorbarlo, se afectó tanto que le sobrevino

(1) Véase el núm. VII del Apéndice.

una congoja y se retiró á su posada muy abatido y doliente. Pensando en su infortunio, al cabo de dos ó tres dias vínole á la memoria lo que habia oido decir de la gran sagacidad de Mohammed, y volviendo á presentársele le contó lo ocurrido.

—»¿Por qué al punto que te sucedió el caso, le dijo Mohammed, no viniste á mí con la nueva, y te hubiese dado remedio? Mas ¿observastes por ventura hácia qué parte dirigió el ave su vuelo?

—»Pasó (respondió el mercader) volando hácia el Oriente, sobre la cima de ese monte de la Rambla, inmediato á tu alcázar. Entonces Mohammed llamó á los slavos de la *Axxortha* (1) que asistian de continuo cerca de su persona, y les dijo:

—»Traedme luego á los xeques y mayorales de la gente de la Rambla.

»Marcharon los slavos y como volviesen de allí á poco con los xeques, dijo á estos Mohammed.

—»Dadme noticia al punto de ciertas personas de vuestra vecindad que han salido de repente del estado de pobreza en que vivian.

»Los ancianos se miraron confusos por algunos momentos, y al fin uno de ellos respondió:

—»Oh, señor mio: solo tenemos noticias de un varon de los mas pobres de nuestra gente, pues él y sus hijos siempre vivieron del trabajo de sus manos y han ido á pie con sus cargas, por no poder adquirir un jumento; y hoy no solo le han comprado, sino que él y sus hijos van vestidos con alquiceles de un precio mediano.

»Oido esto por Mohammed, mandó que al otro dia por la mañana, compareciese en su presencia aquel rústico, y encargó al mercader de joyas que volviese á verle á la misma hora. Llegados, pues, el uno y el otro á la hora que se les mandó, el Amerita dijo al rústico, estando presente el mercader:

(1) Axxortha: la guardia de policía y seguridad que para mantener el órden habia en las ciudades principales.

—»Sábete que yo he perdido lo que tú te has hallado, ¿qué has hecho de ello?

»El rústico respondió: aquí está, señor mio; y dándose un golpecito en el zaragüel, dejó caer la bolsa, á cuya vista el mercader dió un grito de alegría, y no le faltó mucho para enloquecer de contento.

—Cuéntanos cómo ha pasado esto; dijo Mohammed al rústico, el cual respondió:

—»Trabajaba yo en mi huerto debajo de una palma, cuando pasando un buitre, dejó caer á mis pies esa bolsa. La recogí, y admirándome de su primor, dije para mí: «Acaso el ave la habrá arrebatado del alcázar vecino.» Guardéla, pues, con intencion de restituirla, pero mi pobreza me incitó á tomar de la bolsa diez mitzcales (1) para socorrerme con ellos, y aunque confieso que hice mal, me disculpé á mi mismo, reflexionando que esa cantidad sería lo menos con que la generosidad de mi señor me gratificaría por mi hallazgo.

»Admiróse Abu-Amer de lo que oia, y dijo al joyero:

—»Recoge tu bolsa, y examinándola bien, dime si lo que hay en ella es lo mismo que yo te entregué.

»Hízolo así el mercader, y dijo á Mohammed:

—»En verdad, señor mio, que nada falta de ello sino los dinares que él mismo confiesa haber tomado y que ya se los doy por regalados.

»Replicóle Mohammed:

—»Yo no puedo consentir que en este caso uses de largueza, ni quiero disminuirte un punto de tu alegría, sino que tu satisfaccion y el premio de la honradez de este buen hombre sean completos.

»Dicho esto, mandó que se diesen al mercader diez dinares en vez de los diez mitzcales que habia de menos en la bolsa, y otros

(1) El mitzcal es una moneda que vale 1 y 3/7 de la llamada dirhem, aunque tambien suele igualar en valor al dinar, que es un escudo de oro.

diez al hortelano en recompensa de su tardanza en gastar el rico hallazgo que la fortuna puso en sus manos, y añadió:

—»Si yo empecé por preguntarte lo que habias hecho con la bolsa, antes de averiguar si la habias tomado, fué para poderte dar mayor galardon, premiando tu buena fé.

»El mercader, tan satisfecho de haber recobrado su hacienda, cuanto admirado de la sagacidad de Mohammed, no se cansaba de darle gracias, y le dijo:

—»¡Por Alláh! oh, señor mio, que con ser tan celebrado tu nombre por todos los paises, aun no ha llegado á saberse en ellos toda la grandeza de tu gobierno, ni habia oido decir que tú mandas sobre las aves de tus señoríos como mandas sobre los hombres, y que ellas no esquivan tu poder, sino que respetan hasta tu vecindad.

»Rióse Mohammed al oir esto, y afectando modestia, dijo al joyero:

—»Modérate en tus palabras, y Alláh te perdone.

»Este ejemplo de la sagacidad y largueza de Mohammed ha sido muy celebrado, y por cierto causa admiracion que proceda en su gobierno con tal perspicacia y solicitud, que atienda y dé remedio á los negocios mas particulares y apartados de los cargos que ejerce (1).

»Por lo demás, para la administracion de los negocios públicos reune todas las semanas en su *megles* (2) á sus wacires (3) y cuanta gente de ciencia puede serle útil para consultar con ellos sobre el estado de las cosas y disposiciones que conviene tomar, especialmente hallándose en Córdoba (4).

»En lo tocante al saber y las buenas letras, no solo ha seguido cultivando estos conocimientos, primera base de su grandeza, en

(1) *Ebn-Hayyán* citado por Almaccari, ed. de Leiden, 1855, t. I, págs. 268 y 269. *Bayan Almoghreb*: II. 213.

(2) Aquí significa salon de consejo.

(3) Consejeros.

(4) *Adelwahed*, pág. 25, de la ed. cit.

cuanto se lo ha permitido la gravedad de tantos cuidados y negocios, sino que ha procurado fomentar la ilustracion pública, concediendo señalada proteccion á muchos sábios y poetas. Merced á su favor, florece en Córdoba la célebre Academia de literatura, en cuyo gremio se cuentan los ilustres ingenios *Husein-Ebn-Walid*, *Chehwar* el *Tochibi* de Almería, *Ibrahim-Ebn-Idris* el *Olawi*, *Mohammed-Ebn-Elyasa* y otros no menos famosos. Estos literatos suelen reunirse en el alcázar, cuando el hagib vuelve de sus gazúas, para competir en certámenes de ingenio, en los cuales la generosidad de su protector favorece con grandes premios á los que sobresalen en estas competencias. Tambien suele honrar con destinos señalados en la corte y cerca de su persona, á los literatos y poetas insignes, como lo ha hecho con *Ahmed-Ebn-Darrag* el *Castalli* (1), su alcatib, y *Abdelmelic-Abu-Meruan* su wacir, y otros muchos á quienes estima sobremanera y los lleva consigo á sus expediciones, para que á la sombra de las tiendas, celebren y canten en buenos versos sus hazañas y los triunfos del Islam.

»Sin embargo, ha oscurecido esta gloria del saber con la singular envidia y encono que ha profesado siempre á los hombres doctos en la filosofía, doctrinas religiosas, y astrología judiciaria, como si quisiera ser solo en estas ciencias, para imponer su imperio mas facilmente sobre gente ignorante y ruda. Baste decir, que ha hecho quemar todos los libros de cronistas, filósofos y otros alimes y doctores muy célebres que se guardaban en la biblioteca del ilustrado califa Alhacam, entre ellos las obras del *Assili*, de *Ebn-Dzacuán* y el *Zobeidi*, y él mismo les aplicó el fuego por sus manos (2). Si á pesar de esto proteje á algunos poetas, es para que pregonando sus victorias, lisonjeen su vanidad (3).

»Tal es, hija mia el hombre á quien amas, varon adornado de altas dotes, religioso, liberal, esforzado, sábio, sagáz, amante de la

(1) Es decir, el de Cazalla. Abu-Omar-Ebn-Darrag llamado el Castalli, célebre entre los poetas españoles, nació en 347-958 y murió en 421-1030.

(2) Bayan-Almoghreb. Parte II, pág. 314 á 315.

(3) Véase el número VIII del Apéndice.

gloria, emprendedor, afortunado, gran capitan, gran hombre de gobierno; pero ambicioso, disimulado, artero, rapaz, cruel y falto de todo sentimiento de verdadero cariño y ternura. Al proseguir en la relacion de su vida y hechos, verás puestas en ejecucion algunas de aquellas prendas y de estos defectos en que nada exagero á fé. Plegue al misericordioso Alláh el guardarte y curarte de amor tan desdichado. El amor de Mohammed, como nacido únicamente de sus cálculos y ambicion, es igualmente funesto que su ódio, y solo puede comparársele á la fascinacion de ciertas terribles serpientes, que atrayendo con su poderoso aliento ó con la magia de su belleza á alguna mansa é inocente avecilla, solo tratan de aprovecharse de ella y devorarla (1).»

(1) Véase el núm. IX del Apéndice.

CAPÍTULO III.

Amor y ambicion.—Mohammed es nombrado alcatib y protejido por la sultana Sobh.—Obtiene otros cargos distinguidos.—Su primer hecho de armas.—Es nombrado saheb Axxortha, y despues maestro y tutor de Hixem.—Mata á Almoguira; proclama á Hixem, y es nombrado walilmedina.—Persigue á los árabes y se ayuda de extranjeros y bereberes.—Declara la guerra á los cristianos, visita las fronteras y ejecuta varios hechos de armas.

Dando fin Gháleb al retrato de Almanzor, reanudó en estos términos la relacion de sus hechos.

«Despues de aquel dia memorable en tu história, mi pobre Ismá, en que viste por primera vez á Mohammed, tu pasion funesta fué tomando incremento en tu corazon. Prosiguiendo el alcatib en frecuentar mi casa para solazarme con sus narraciones y ocuparse en sus copias, supo que la doncella de negros y brillantes ojos que le habia fascinado á través de la celosía, era mi hermosa y tierna hija. La noticia de tus encantos, el hechizo de tu juventud y el brillo de tu clase y fortuna, halagaron la imaginacion de Mohammed, inspirándole tanto interes y tan irresistible inclinacion, que él mismo no hubiese podido darse cuenta si era la ambicion quien le ins

piraba tal sentimiento ó si procedia de mas noble motivo. La consideracion de la humilde fortuna que él á la sazon alcanzaba, le inducia á desconfiar de que su amor pudiese ser premiado; mas para no desmayar en su empresa, halló aliento en su gran corazon y en las muestras de interes que creyó observar de parte de la sencilla é inocente doncella, que desde su celosía asistia á las pláticas y entrevistas qne tenia conmigo Mohammed, como desde una atalaya de amor.

»Un alma grande como la suya y estimulada por las poderosas pasiones de la ambicion y el amor, no debia desmayar ante obstáculo alguno, hasta llevar á cabo las altas empresas que se proponia. Mientras que mis presentes y la recompensa de otros trabajos socorrian la escasez de Mohammed, su gran valedor Abdelmelic Ebn-Xoheid logró con su favor introducirle en el alcázar real, cuyas puertas ocupaba. Acaeció que la gran sultana y esposa predilecta del califa Alhacam, *Sobh* (1) la vascongada, que como princesa dotada de singular espíritu y discrecion, tenia gran parte en el gobierno del Estado, necesitó de un buen alcatib para emplearle en la copia de los albarás (2) y otros documentos que ella le dictase. Supo esto Ebn-Xoheid, y acordándose al punto de Mohammed, le recomendó con tal empeño á la sultana, celebrando su gallarda letra y su mucho saber, que Sobh le admitió para el desempeño de aquel oficio. Así Mohammed llegó á introducirse en el alcázar, en donde comenzando á desempeñar su cargo de alcatib, logró que la sultana prendándose de su hermosa escritura y gentileza de su persona, bien pronto empezase á honrarle y favorecerle, alcanzándole del califa un puesto distinguido en su regia servidumbre. Mohammed con sus dotes señaladas de ingenio y prudencia, no tardó en reunir al empleo de secretario las funciones de confidente y consejero, grangeándose así de dia en dia la estimacion de la sultana. Favorecióle ella con ricos heredamientos en Sevilla, y con el señorío

(1) *Sobh* quiere decir mañana, aurora. Otros han leido mal. Sobeiha y Sobheya.
(2) De aquí viene nuestra voz anticuada *albalá*.

de algunos lugares, le dió nobleza y autoridad y le colmó en fin de tales recompensas y honores, como jamás los obtuvo persona alguna de su servidumbre (1).

»Con tal valimiento y tales prendas, rápidos por demas fueron los ascensos de Mohammed, elevándole el califa por recomendacion de la sultana, de uno en otro puesto hasta los mas encumbrados. En el año 356 (967) le nombró inspector de la casa de la moneda (Darasseca); en muharram de 358 (969), secretario del tesoro y oficina de herencias (*Jetta almuwaritz*); en dzulhecha del mismo año, cadhi (juez) de Ixbilia y Libla (2); en 359-970, ayo del príncipe niño Hixem; en 361 (972) *saheb* de la *Axxortha Alwostha* (3), y en 362 (973) *saheb* de la *Axxortha* del *Algarbe* (4).

»Contando ya con distinciones y títulos con que presentarse mas dignamente á los ojos de la muger principal á quien amaba, buscó y halló ocasiones de confesarla su amor por cartas y versos que hizo llegar á sus manos. Ella, que le amaba antes de oir la declaracion de su cariño, la acogió con sencillo favor, y pasando adelante estas amorosas relaciones, la incauta doncella le proporcionó ocasiones para dejarse ver desde las ventanas y azoteas de este alcázar, vistas por cierto muy condenables, segun los preceptos del Coran.

—Perdónalo, padre mio, al exceso de mi pasion.

—Sí, por eso te disculpo, y por no haberte arrastrado á mayores desmanes tu pasion insensata.

—Nunca olvidé lo que debo á mi padre y á mí propia. Prosigue, pues.

»Entretanto Mohammed asegúrose mas y mas la aficion de la sultana, hasta llegar á adquirirse gran valer y poderío en su corazon y en el de su esposo Alhacam, con que fué creciendo en importancia,

(1) *Ebn-Said*, citado por Almaccari I, 259.

(2) Sevilla y Niebla.

(3) Es decir, prefecto de policía en las comarcas centrales de España.

(4) Dá estas curiosas noticias el autor del Bayan Almogreb. Parte II, pág, 263, á 268.

prosperidad y fortuna. En esto y en ganarse la estimacion y confianza de todos los magnates y personas de mas cuenta, usando con ellos de grandes cortesias, lisonjas y mentidas demostraciones de aficion y lealtad, dió ya pruebas irrecusables de su ingenio, disimulacion y astucia. Bien pronto dió tambien muestras de extraordinario valor y celo por la guerra santa, que debia alcanzarle mayores lauros de reputacion y grandeza.

»Fué la ocasion que los rumies de Leon y Castilla hicieron una poderosa incursion por nuestras fronteras, y como Mohammed solicitase marchar contra ellos, acaudillando las huestes musulmanas, el famoso wacir *Chafar-Ebn-Otzman-Almushafi*, gran favorito de Alhacam y que llevaba en su nombre las riendas del gobierno (1), no dudó en condescender con los ruegos de Mohammed confiándole la empresa. Marchó el caudillo amerita al encuentro de los cristianos, y ayudándole Alláh contra ellos, los venció, volviendo á Córdoba cargado de trofeos, despojos y cautivos, con lo cual su fama voló por toda la tierra del Andalus, y se granjeó el afecto de los buenos muslimes.

»El vacir Almushafi premió este buen servicio de Mohammed, dándole el mando de la Axxortha ó guardia de slavos que custodia la persona y el alcázar del califa. Mohammed sacó gran partido de este cargo, conciliándose con sus beneficios y grande liberalidad la aficion de aquel cuerpo de slavos, que si ya poderosos y temibles por su número é importancia, su nuevo caudillo procuró aumentarlos y favorecerlos mas y mas, para tener en ellos un fuerte apoyo en sus proyectos. Contando con este sosten y valiéndose de sus ardides y artificios, empezó á realizar los planes de su ambicion, persiguiendo á los que pudieran hacerle sombra y disputarle su engrandecimiento, apoyándose en unos para derribar á los otros, y derrocando á aquellos á su vez, desacreditándolos mañosamente con el califa y la sultana.

»Estos príncipes, haciendo cada vez mas confianza de Moham-

(1) Con el título de *wacir addaula* ó consejero del estado.

med, especialmente por su saber y severa moral que aparentaba, le encomendaron la crianza de su hijo el príncipe Hixem, cuando apenas salia de la infancia. Pero Mohammed, que en aquella confianza veia el medio de asegurar su grandeza, procuró desde luego inclinar al ilustre niño á la ociosidad y la molicie, llamando algunos mancebillos traviesos para que le acompañasen y le entretuviesen con incesantes juegos en los jardines del alcázar.

»Mas bien presto Mohammed sacó el mayor fruto de tantos afanes cuando el califa Alhacam, que ya habia encargado á su talento la educacion de su hijo Hixem, sintiéndose cercano á la muerte, le confió tambien la tutela de aquel príncipe su heredero y sucesor, que no contaba mas de nueve años de edad. Este cargo no dió en realidad á Mohammed derecho alguno para la administracion y gobierno del Estado, pues este debia quedar durante la minoría de Hixem en manos de su tio el emir *Almoguira*, hijo de Abderrahman Annasser, que ya en vida de su hermano Alhacam tenia alguna participacion en aquellos cuidados y negocios. Empero Mohammed, viéndose investido de cargo tan principal como la tutela del califa niño, no supo tener á raya su ambicion, y como no hallase otra manera de derribar al príncipe Almoguira del cargo que le pertenecia por su sangre, tramó su muerte villanamente.

»Un hecho de tanta gravedad, no podia llevarlo á cabo sin el beneplácito y ayuda de los otros altos personages del estado; pero resuelto Mohammed al horrible atentado, supo vencer todos los obstáculos, ejecutándole con la astucia y saña que solia. Como el caso requeria gran diligencia, al punto Mohammed con astutas persuasiones y promesas, procuró ganarse la aprobacion de aquellos excelsos varones de la córte y el Estado. Empezando por Chafar Almushafi, que como wacir addaula, era la persona mas allegada al gobierno, le atrajo á sus planes, halagando su ambicion y persuadiéndole que nunca, viviendo Almoguira, podria él subir al primer puesto del estado y cargo de hagib que le correspondia por sus dilatados servicios. Oponíanse muchos á aquella maldad, pero al fin Mohammed, con persuadir á los unos que Almoguira los

aborrecia y procuraba su perdicion, seducir á los otros con lisongeras y falsas promesas, aterrar á muchos con amenazas, y probar á todos que el emir abrigaba las miras de desposeer á su sobrino Hixem del trono de los califas, logró inclinarlos á sus deseos, conviniendo al fin en ejecutar la muerte de Almoguira. Tambien cuidó Mohammed, para evitar el escándalo del pueblo, de hacerle entender que el príncipe Almoguira, deseoso del poder supremo, tramaba el despojo y muerte de Hixem.

«Es cierto que algunos señores y oficiales slavos urdieron una conspiracion para elevar al emir Almoguira en daño de Hixem y apoderarse ellos del gobierno; pero tambien es cierto que el mismo Almoguira no tuvo parte alguna en ello, y aun se hallaba ignorante de todo; de suerte que murió víctima inocente de las ambiciones agenas. En cuanto á mí, confieso con vergüenza, hija mia, que si bien me repugnó el crímen, al cabo, por no ofender á tu amante, me obligué á no oponerme á la ejecucion de la trama, puesto que no quisiese ayudar á ella. Así he dado ocasion á que se me cuente entre las personas con quienes Mohammed se puso de acuerdo para la muerte de Almoguira, juntamente con Chafar Almushafi y los mayorales ó gefes de los slavos y servidumbre del alcázar, que lo eran *Faic* y *Chudzar*.

»Tramada así la conspiracion, al punto Mohammed marchó con cien mancebos de la guardia del sultan á la casa ó palacio en que vivia Almoguira, donde le halló, no solamente ageno de toda la trama, sino hasta de la muerte de su hermano Alhacam, que el amerita habia ocultado cuidadosamente. Allí, pues, le saltearon en su aposento y cruelmente le ahogaron; muriendo así lastimosamente aquel hijo y nieto de los califas, á los 27 años de su edad. Despues tomando su cuerpo, le colgaron del techo en un cuarto interior de la casa, y en seguida Mohammed hizo correr por la ciudad la voz de que el mismo Almoguira se habia ahorcado, lleno de despecho y envidia al saber que su sobrino Hixem iba á ser proclamado califa. Por tal manera, un espantoso crímen abrió á Mohammed las puertas del poder, que así suelen los hombres am-

biciosos atropellar para el logro de sus planes todo respeto de razon y justicia (1). Muerto Almoguira, al punto Chafar y Mohammed mandaron proclamar al niño Hixem por *emir almumenin* (principe ó soberano de los fieles).

»La proclamacion de Hixem se llevó á cabo con toda solemnidad y magnificencia, luego que terminaron las honras fúnebres de Alhacam, que fué al tercer dia despues de su muerte, asistiendo gran concurso de walíes, wacires, alcaides de las huestes, cadhíes, xeques y gobernadores de las coras (2) y demás altos funcionarios del Estado. Fueron llamados tambien muchos poetas, que recitaron elegantes versos en loor de Hixem y de Mohammed. Hixem fué elevado al sólio con el título regio de *Almowayed-Billah* (el ayudado por Dios), acaeciendo este notable suceso el lunes 5 de Safar de la hegira 366 (2 de octubre del año 976 de J. C.)

»Con esta proclamacion, el gobierno del Estado vino á manos de tres personas, que tuvimos la mayor parte en aquellos sucesos, á saber: á las de Chafar Almushafi, las de Mohammed y las mias, si bien alcanzando mayor importancia los que contábamos mas edad y servicios; Chafar y yo fuimos nombrados por el nuevo califa Hixem para los cargos de primeros hagibes, conservando además Chafar los honores del wacirato. Mohammed obtuvo los cargos importantes de *vvacir addaula* (consejero de Estado) y walilmedina ó gobernador de la ciudad, que unió á los que ya obtenia de saheb-axxortha (3) y gefe de los slavos del alcázar.

(1) Cuentan este suceso el Bayan-Almoghreb, P. II, págs. 278 y 279, Ebn-Jaldun citado por Almaccari I, 257, y otros historiadores árabes. Es extraño que D. José Antonio Conde en su «*Historia de la dominacion de los árabes en España.*» no haga mencion alguna de hecho tan importante.

(2) Comarcas, provincias.

(3) El cargo de *walilmedina* no debe confundirse con el de *saheb-axxortha,* llamado tambien en España *saheb-almedina*, porque á aquel como gefe superior pertenecia todo lo tocante al gobierno y administracion de la ciudad, así en lo civil como en lo criminal, y á este solo la policía y conservacion del órden público. Por el historiador Almaccari (I. 134.) sabemos que en Córdoba el gefe de la axxortha de slavos era llamado por el pueblo *saheb-almedina* ó señor de la ciudad, y tambien *saheb-*

»Pero esta concordia no debia durar mucho tiempo, pues no era hombre Mohammed para permanecer sosegado mientras no se arrogase enteramente el poder y el gobierno. Incitaba su ardiente ambicion el considerar que si una vez lograse ocupar el primer puesto cerca de la persona del califa, vendria á tener en sus manos el supremo poder y la soberanía, pues para ello ofrecia gran facilidad, primero, la corta edad de su pupilo Hixem, y despues su carácter, que si ya de suyo prometia ser débil y para poco, su ayo se proponia afeminarle con los placeres y sujetarle de modo que jamás saliese de tutela. Para llegar á este ansiado fin y quedarse solo en el poder, Mohammed se propuso desde luego apartar del califa y destruir á cuantos pudieran oponerse y disputarle su engrandecimiento. Con tal designio, á semejanza del leon de la fábula, lo primero que maquinó fué irlos separando con sembrar entre ellos odios y rivalidades, y despues los ha ido derribando de sus puestos, matándolos unos en pos de otros, y ayudándose de este para destruir á aquel. Para derrocar á Chafar, el mas poderoso y terrible de sus rivales, trabaja sin descanso y por cierto no tardará en destruirle. Yo en obsequio tuyo, le he ayudado mucho en este intento, aunque me temo con razon que despues la emprenda conmigo y me destruya para gobernar sin compañero en nombre de su real pupilo.

›Como en esta empresa de ambicion, forzosamente habia de provocar contra sí los odios y rivalidad de los magnates y xeques andaluces, aunque á muchos de ellos logró mañosamente atraerlos á sí, todavia para hacer frente á los demás, y deshacerse para siempre, si le es posible, de estos irreconciliables enemigos, ha buscado el apoyo de gente extranjera y advenediza. Ya desde que tomó á su cargo á los siclabies, que desde época anterior for-

alleil ó señor de la noche, sin duda por ejercer la vigilancia nocturna. El nombre y cargo de saheb-almedina se conservaron en muchas ciudades despues de la restauracion cristiana, como se vé por sus fueros, en donde á tales prefectos de policía se les llama corruptamente *zavalmedina* y *zalmedina*.

man la guardia de los califas, cuidó de asegurarse su afecto con sus mercedes y larguezas. Los recelos que le inspiraron siempre los altos hombres de sangre árabe, le han movido á valerse de aquellos extranjeros, mancebos cristianos adquiridos por negociacion de los judíos en la Esclavonia y otras partes de Afranch, y que por lo mismo no tienen en la corte de los emires mas vínculos ni mas intereses que los del señor que les paga. Aumentó, pues, su número, los dió grandes rentas y posesiones, asegurándolos cada vez mas en su aficion y lealtad, y aparte de la guardia del califa, ha formado para sí otra guardia de los mismos slavos, dándoles muchos honores y los mas altos puestos de la córte y el Estado. Por las mismas razones ha llamado desde el Africa grandes turbas de *Zenetes*, *Yafranitas*, *Benu-Birzal*, *Benu-Mecnesa*, *Benu-Sinhacha*, *Magrawitas* y otros bereberes, y va reemplazando con ellas las huestes, alejando á los árabes andaluces y dejándolos en sus hogares agenos á la profesion de las armas. Los almocaddemes (1) alcaides, almoratebes (2) y otros caudillos, los va sacando tambien del número de aquellas gentes africanas y hasta de esclavos y elches ó rumíes renegados, dándolos por gefes, no solo á las tropas berberiscas, sino tambien á las mismas taifas (3) y escuadrones que quedan de los árabes andaluces. Al propio tiempo que sublima á los extranjeros, esclavos y elches, posterga á los árabes y los arranca de sus puestos (4).

»Por tal manera Mohammed, como suelen los tiranos, se vale de extranjeros para oprimir á los naturales, y á pesar de sus triunfos, llegará á hundir el trono de los califas, sustentado hasta ahora por la aficion y lealtad de los buenos árabes, además de que dan-

(1) Es lo mismo que adelantado ó caudillo de gente de guerra. Este cargo militar fué conocido tambien en nuestros ejércitos, por lo menos hasta el siglo XIII. En Castilla solia escribirse almocaden y en el reino de Aragon almocaten.

(2) Ordenadores, sargentos mayores.

(3) Thaifa ó taifa quiere decir escuadron, compañía, division. Este nombre aun se usa en Andalucía.

(4) Refiere estos pormenores *Ebn-Jaldun*, citado por *Almaccari*; I. 258

do orígen á bandos y parcialidades de andaluces y bereberes, va sembrando la semilla de largas y funestas guerras civiles.

»Por lo demás, es indudable que él siempre fundó sus mayores esperanzas de gloria y fortuna en los merecimientos del algihed, y por lo mismo desde que tuvo parte en el gobierno, quiso declarar la guerra á los cristianos fronterizos. Contradijeron esta resolucion el hagib Chafar-Ebn-Otzman y otros magnates, porque en buena política no cumplia quebrantar las paces ajustadas por el califa Alhacam con los rumies, pues ellos las continuaban observando, mayormente que convenia acudir con las armas á los dominios de Almoghreb (1) en donde el señor de Sinhacha *Bolliquin-Ebn-Zeiri* fatigaba con guerras á los walíes de los Benu-Umeyas. Pero Mohammed, teniendo por lauros mas gloriosos y aceptos á los muslimes los que alcanzase contra los cristianos, ajustó un concierto de paz con el Zeirita y comenzó á hacer llamamientos de gentes en todo el imperio para la empresa de armas que intentaba.

»Entre tanto quiso visitar las fronteras del Andalus, y con este intento salió acompañado de alguna caballería, dirigiéndose á *Saracostha* (Zaragoza) capital de la frontera alta (2). Desde estos confines se encaminó por los de Alava y Castilla, siguiendo las riberas del Duero, que hasta las conquistas de Mohammed sirvieron de límites entre los estados árabes y rumies, hasta llegar á Leon y Galicia. Examinó el estado de los castillos y plazas fuertes, que tienen los muslimes en todas estas fronteras y ordenó á sus alcaides que tuviesen siempre dispuestas y apercibidas sus taifas, no solo para la guerra ordinaria de fronteras, sino para reforzar su hueste siempre que fuese necesario, pues tenia resuelto hacer cada año dos gazúas por tierra de rumies. Así, visitando las fronteras

(1) Los árabes dieron este nombre á las regiones occidentales, que sojuzgaron en Africa y España, pero particularmente á lo que hoy se llama Berbería.

(2) *Tzagr alali* ó frontera alta llamaban los árabes á sus fronteras contra Navarra, Aragon y Cataluña.

llegó hasta el Algarbe (1) en donde acudiéndole la gente de Mérida y otras comarcas vecinas, entró por tierra de Galicia, ejecutando algunas algaras y talando las campiñas.

»Hecha tal visita y reconocimiento, Mohammed no quiso dilatar el principio de sus gazúas, y así es que apenas volvió á Córdoba, hallando reunida mucha gente de guerra, salió con ella la vuelta de Castilla por el mes de Recheb de este año 366 (marzo de 977). Llegado á la frontera, cercó en ella el fortísimo castillo de Alhama (2) y aunque no pudo rendirle, entró y saqueó sus arrabales, tomando mucha presa y cautivos, é hizo grandes estragos en toda la comarca, volviendo á Córdoba á los cincuenta y tres dias de su salida (3).

»Al volver de esta gazúa, Mohammed que nunca descuidaba su provecho, supo sacar partido de su victoria, alcanzando del califa que le nombrase alcaide del ejército permanente que guarnecia la córte y salia á las empresas de mas importancia, debiendo quedar á mi cargo el de las fronteras. Entonces el califa se dignó nombrarme para el cargo de wacir, y como el mando de las huestes estaba repartido entre nosotros, se nos ordenó que acudiésemos juntos á las gazúas. Así llegada la alfitra (4) de este mismo año 366 (mayo de 977) viniendo yo de visitar la frontera baja (5) me junté en Medina *Magerith* (6) con Mohammed que venia de Córdoba, y entrando por tierra de rumies, expugnamos la fortaleza

(1) Las comarcas occidentales de España. Hoy se conserva este nombre en el Mediodía de Portugal.

(2) Aunque los autores árabes ponen este castillo en Galicia, debió estar donde hoy el despoblado de Alhama, en la provincia de Soria y partido de Almazan; pues segun sus geógrafos, Castilla formaba una parte de *Gialiquia* ó Galicia.

(3) Bayan Almoghreb II, 282.

(4) La pascua que viene en pos del ayuno del mes de Ramadhan.

(5) La de Castilla, cuyo walí era Ghâleb.

(6) Madrid.

de Mula (1) en donde tomamos muchos despojos y cautivos (2).

»Por este tiempo Mohammed cultivaba mi amistad con mas solicitud que nunca, para procurarse en mí un apoyo con que derribar á Chafar Almushafí de su cargo de hagib, que desempeñaba á la sazon con mucha aceptacion del pueblo, por el saber y prudencia con que dirigia los negocios como hombre viejo y experimentado. Mohammed, pues, para captarse mas y mas mi afecto y mi alianza, me declaró sus antiguos deseos de estrechar conmigo relaciones y vínculos mas fuertes, eligiéndote á tí para su esposa y sultana predilecta. Por este mismo tiempo el hagib Chafar Almushafi, y afuese por quererme tambien atraer á su partido, ó ya porque el mayor de sus hijos te amase por la fama de tu belleza, ello es que estando ya en la frontera, me escribió recordándome la antigua promesa que yo le tenia hecha de darte por esposa á aquel gallardo y noble mancebo.

»Yo mirando á tu bien, hubiese querido acceder á la peticion de Chafar, como se lo prometí cuando ignoraba todavía cuanto amabas á Mohammed, pues así me evitaba el emparentar con hombre tan pérfido como este; mas viendo tu obstinacion por él, no he querido violentar tus inclinaciones, sino que abatiendo mi cabeza, dije: «Cúmplase lo dispuesto por Allah, aunque acaso por este medio tiene decretada la ruina de mi pueblo.» Con esta resolucion, desairando los ruegos de Chafar, accedí á los de Mohammed y me interesé tanto por él, que dejándole todavía ocupado en la frontera, he dado la vuelta á Córdoba hace dos dias, como lo sabes, para celebrar delante del califa el esfuerzo y prendas militares de Mohammed, atribuyéndole toda la gloria del suceso. Con tal encarecimiento y solicitud, he logrado que Hixem le nombre su hagib y le conceda los honores del triunfo, que hoy tal vez recibirá al volver con la hueste vencedora.

(1) Creemos que sea la *Muela*, lugar en la provincia de Soria, á seis leguas de esta capital y cuatro de Osma.

(2) Bayan II, 283.

—¡Cuánto agradezco, padre y señor mio, las finezas y aun sacrificios que haceis por mí!

—Ojalá con ellos pueda labrar tu dicha. Mucho en verdad me duele entregar la mansa paloma al sacre (1) feroz. Pero como el mal es irremediable, yo mismo procuro asegurarte el logro de tus deseos. Es menester por lo tanto, hija mia, que deseches del todo la tristeza que te aflije, pues parece llegada la hora de que el hagib cumpla sus ofrecimientos, y los regocijos que se preparan deben ser tanto mayores, cuanto que van á solemnizarse á un tiempo dos grandes sucesos, la última victoria de Mohammed y la union del gran señor con la hija del alcaide de Medina Selim.

—Si ahora no cumple lo ofrecido, yo me moriré de pena.

—No desesperes, lo cumplirá, porque aun me necesita.

(1) El gavilan ó halcon: es voz árabe.

CAPÍTULO IV.

Entrada triunfal de Mohammed en Córdoba.—El hagib Chafar agravia á Mohammed y venganza de este.—Alianza de Mohammed con Ghâleb.—Noticia y versos sobre la Alamería.—Bodas del nuevo hagib é Ismá.—Marcha de repente para la frontera.

Mientras el señor de Medina Selim consuela á su tierna hija en sus penas y temores, un mensagero que llega al alcázar del califa, anuncia que el caudillo Mohammed Ebn-Abi-Amer se acerca ya á Córdoba con el ejército vencedor. Con esta nueva, un grito universal de aclamaciones y regocijo se levanta de Córdoba y sus contornos, acudiendo gran tropel de la gente que aun permanecia en la ciudad, á la puerta llamada *Bab-Tolaitola* ó de Toledo, por donde debia de entrar el héroe islamita. Aunque el pueblo de Córdoba estaba acostumbrado á celebrar muchas entradas triunfales de los victoriosos caudillos muslimes, en esta ocasion el concurso y el festejo fueron mayores, porque dando un ejemplo desconocido hasta entonces, el califa niño debia salir á recibir al nuevo triunfador. Para esta solemnidad se levantaron varios y elegantes arcos triunfales, entretejidos de arrayan y flores, desde la mencionada puerta de Toledo hasta el alcázar del califa, tapizándose el suelo

con verdes ramas, y tendiéndose en toda la carrera, compartidos en dos órdenes ó filas, los lucidos escuadrones de slavos, la caballería de los negros, mucha de los zenetes, y otros bereberes, que habia alistado Mohammed y algunos cuerpos de la antigua milicia de andaluces. Estas tropas, que por su mayor parte eran de caballería, contenian apenas á entrambos lados del camino la inmensa muchedumbre, así de cordobeses como de otros moros forasteros y aun peregrinos de España y Africa, que habian concurrido para hallarse en aquella extraordinaria fiesta.

Por aquella bien guarnecida carrera, el emir y toda su corte salieron al encuentro de Mohammed en briosos caballos, llevando el niño Hixem á su derecha al hagib Chafar, á su izquierda al otro hagib y gran alcaide Ghàleb-Annasseri, y al lado de estos á los dos jefes de los slavos Faic y Chudzar. Delante del califa iban, segun costumbre, los abanderados con los liwáes ó estandartes del Profeta .Marchaban en pos los demás oficiales y guardias esclavones aderezados con ricos vestidos y armas, y por su órden todos los wacires, alcaides y altos hombres que á la sazon se hallaban en Córdoba invitados en nombre del califa y de Mohammed por el hagib Ghàleb. Tambien seguia á aquella vistosa cabalgata la hermosa hija de Ghàleb, conducida en una dorada litera por los esclavos de su padre y escoltada por muchos caballeros.

Tan lucido séquito, saliendo de la ciudad por la puerta de Toledo, y atravesando el arrabal septentrional llamado de la *Rusafa*, hizo alto enmedio de la almunia del mismo nombre, cuyo suntuoso alcázar y los frondosos jardines que le rodeaban, plantados de algunas palmas y otros árboles y plantas del Oriente, mantenian perenne el recuerdo de su fundador Abderrahman I, padre de la dinastía Umeya. Aquí, pues, el degenerado vástago de tan ilustre tronco, el califa niño Hixem II, entró en una lujosa tienda de campaña, asentándose en un rico trono preparado en ella al efecto, y á sus dos lados tomaron puesto en asientos inferiores los hagibes Chafar Almushafi y Ghàleb-Annasseri, rodeándole de pie sus slavos y magnates.

En aquel punto llegó el caudillo victorioso, seguido de un acompañamiento mas ostentoso y magnífico que el de su señor, pues además de rodearle sus wacires y un escuadron muy lucido de gente escojida entre los slavos y africanos, venia con él gran número de walíes y alcaides de las fronteras y de las huestes lujosamente vestidos y armados. Llegado el caudillo á la tienda del sultan, le hizo una humilde reverencia, postrándose en tierra, y le felicitó en breves pero elocuentes palabras por los aumentos de gloria y fortuna que Allah se dignaba concederle cada dia por el celo religioso y lealtad de sus vasallos. El califa, levantándose de su trono, abrazó á Mohammed y le hizo sentar á su lado derecho junto al otro hagib Chafar Almushafi.

Entonces por órden del triunfador, su séquito y hueste numerosa empezaron á desfilar en vistoso alarde (1) por delante de la tienda del califa, tributándole los saludos y honores militares segun iban pasando. Cuando la tierna doncella Ismá, desde su litera dirigió los ojos á la hueste vencedora, su corazon se oprimió dolorosamente. Vió que sus delanteros llevaban ensartadas en los hierros de sus picas y rayas (2), innumerables cabezas de cristianos, que el hagib para mayor trofeo de su victoria y acaso para inspirar terror á sus enemigos, traia de su sangrienta gazúa y que mandó enarbolar en sus hastas sobre el arco de la puerta y todo en derredor de los muros de Córdoba. Venian despues muchas banderas y pendones enhastados, tomados á los rumíes en aquella gazúa, como tambien muchas armaduras, pabellones de campaña, caballos, preseas de oro y plata robadas en los templos y en las casas de los magnates y ricos-hombres, é innumerables cautivos, ganados y otras riquezas. Despues de los trofeos pasaron los escuadrones de caballería é infantería, lanceros, escudados y arqueros, así andaluces como bereberes y negros, todos con el mejor órden, aderezados con sus brillantes armas y vestidos de gala y tremolando en los aires las victoriosas enseñas de los Umeyas y Ameritas.

(1) Revista, muestra: es voz árabe.
(2) Especie de banderas ó señas.

Con tan vistoso espectáculo, deslumbró Mohammed durante algunas horas los asombrados ojos del califa y sus cortesanos, y por cierto no sin despertar en estos la terrible saña de la envidia y la emulacion. Al concluirse aquel magnífico alarde, algunos slavos de los que acompañaban al caudillo vencedor, se presentaron ante la tienda, conduciendo algunos cautivos, pocos, pero apuestos, y algunas hermosas cristianas, con un número escaso de caballos, armaduras y otras preseas.

—Hé aquí, alto señor, lo que pertenece á tu grandeza por el *jamis* (1); dijo Mohammed á Hixem presentándole aquellos despojos.

Entonces el hagib Chafar Almushafi, que asistia junto al califa, hallando ocasion para satisfacer los resentimientos que abrigaba contra Mohammed, le dijo maliciosamente:

—En verdad que esta vez no tiene motivo nuestro señor el califa para agradecerte la oferta, pues cuando tan rica presa has hecho pasear ante sus ojos, tan mezquina porcion has reservado para el emir.

—Es cierto que esta vez has sido corto conmigo, dijo el califa á Mohammed con acento de dulce reconvencion.

—Señor, replicó Mohammed enojado; como he creido que premiando á tus fieles y valerosos guerreros, se asegura la prosperidad y gloria de tu imperio, he querido ser generoso en remediar las necesidades de mis caballeros y alcaides, que hartos apuros y fatigas sufren en el algihed.

—Vos sabeis, señor, dijo Chafar dirigiéndose al emir, que siempre me opuse á estas guerras con los rumíes, pues consideré peligroso el querer saltear á esos leones en sus cavernas. El resultado ha venido á confirmar mi juicio, pues estas empresas de armas, costando mucha pérdida de gente, son mas gloriosas que útiles al Estado, y por mejor decir, son gloriosas á Mohammed y perniciosas á vuesto pueblo.

(1) *Jamis* era el quinto que se pagaba al califa de todas las presas que se hacian.

—Basta, Chafar, repuso Mohammed con cólera, eres un mal muslim, pues te importan poco las glorias y acrecentamiento del imperio y del Islam, que nuestro *Annabi Mohammed* (1), impuso como el mas estrecho deber á los soberanos y gobernantes.

Ofendido el hagib Chafar de que se le llamase mal muslim, desnudó su espada, y acometiera allí mismo á Mohammed, sino le detuviera el respeto del califa presente. El mauli Gháleb y otros circunstantes, calmaron á duras penas el enojo de los dos altos varones. Disimulándole por entonces, acompañaron al califa hasta el régio alcázar, recibiendo Mohammed los víctores y aplausos de la numerosa poblacion de Córdoba.

Llegados al alcázar, Chafar se despidió del emir, no pudiendo desechar el enojo de verse ultrajado por aquel que debia á su proteccion gran parte de su actual fortuna, y así empezó á procurar con sus amigos y aficionados el perder si pudiese al nuevo hagib, avivando los rencores de los señores árabes y otros agraviados por aquel ambicioso. Al principio pareció ponerse de su parte el maulo Gháleb, que viendo tambien con desagrado el desmedido poder de Mohammed y ofendido de la dilacion que daba á su prometido enlace con Ismá, fomentó disimuladamente el descontento y aun las conspiraciones de los otros adversarios del nuevo hagib, amenazando convertirse igualmente en su declarado ó implacable enemigo.

Pero Mohammed, en cuyo corazon habia mas saña, entendiendo con su sagacidad y penetracion que no podia hacer frente á un tiempo contra dos adversarios tan temibles, resolvió procurarse á todo trance la cooperacion del señor de Medina Selim, para destruir por este medio á Chafar, el mas terrible de sus rivales, y á quien no podia perdonar el que hubiese osado censurar su conducta delante del sultan. Reservándose, pues, el intentar semejante ardid contra Gháleb, si necesario fuese, echó mano del único medio que podia servirle, para grangearse su confianza y favor.

(1) El profeta Mahoma.

Le anunció su relacion de llevar á cabo sin mas tardanza la proyectada union con su hija Ismá, á quien destinaba para muger y sultana predilecta, pretextando que otros cuidados y azares de su agitada vida le habian impedido hasta entonces el cumplir aquel propósito, que era desde mucho tiempo antes el objeto de su mayor afán. Para mostrar lo sincero de sus intenciones, mandó al punto disponer todo lo necesario para celebrar luego aquellas bodas y con la magnificencia y esplendor que á su persona correspondia.

Con esta resolucion pidió al califa Hixem que le señalase uno de sus alcázares ó almunias donde celebrar aquellas fiestas, y como el califa quisiese usar con él de real munificencia, le regaló, como para presente de boda, una deliciosa almunia que poseia cerca de los alcázares de Medina Azzahrá, fundacion de su abuelo Abderrahman-Annaser. Entonces Ghaleb, viendo la buena resolucion del hagib, y conociendo que con prestarle el servicio que le pedia, no solo lograria cumplir los ardientes deseos de Ismá, sino que él mismo se aseguraria la alianza y amistad del que en otro caso seria para él un terrible enemigo, no dudó favorecerle en aquel trance con todas sus fuerzas.

Así Mohammed-Abu-Amer, consiguió al fin sus deseos de destruir á Chafar Almushafi con ayuda de Ghaleb y de los esclavones del alcázar, tan aficionados suyos y que aborrecian á Almushafi, porque este, deseoso de ensalzar á los árabes, perseguia á los elches, bereberes y otros bárbaros, mientras que Mohammed los protejia por cifrar en ellos su principal apoyo. Las maquinaciones de Abu-Amer y de Ghaleb produjeron al fin el resultado de perder á Almushafi, como lo veremos mas adelante.

Cerca de los prodigiosos alcázares y vergeles de Azzahrá se levantan, como ya lo apuntamos, otros tambien magníficos y deliciosos, que al recibirlos Mohammed de la liberal mano del califa Hixem, los llamó con el nombre de *Almunia Alameria*, ó posesion de recreo de los Ameritas, para perpetuar en este monumento la memoria de *Amer*, uno de sus progenitores. Los opulentos y magníficos emires de Córdoba habian fundado este alcázar y sitio de pla-

cer en un lugar que por lo frondoso de sus arboledas, abundancia de sus aguas y por mirarse resguardado de la inclemencia de los vientos por la falda de la inmediata sierra cubierta de espesos bosques, era en todo tiempo grato y apacible (1). Embellecieron mas y mas aquel paraje, de suyo delicioso, con risueños jardines, copiosas fuentes y maravillosos aposentos, decorados con todas las galas del arte y de la riqueza, sin duda para ofrecer allí un plácido retiro y alegre morada á alguna hermosa favorita. El famoso poeta cortesano *Saed* el Logawi, oriundo de Bagdad, entrando un dia á visitar á Mohammed en la Alamería, la celebró con estos versos ingeniosos:

«Ved como la fecunda el manso arroyo, arrastrándose como una serpiente.

»Y como las aves entonan su cántico de gracias (al Criador) sobre las cimas de las ramas.

»Y como la arboleda ostenta su viciosa frondosidad, embriagada con su misma pompa.

»¡Cuán plácidamente sonrie el jardin con su rostro guarnecido de flores, mostrando á manera de sonrisa las blancas camelias!

»El narciso recien abierto contempla fijamente á la mejilla de Noman, como enamorado de ella (2).

»El aura suave y tranquila esparce los perfumes de las flores y plantas aromáticas.

»Plegue á Alláh que disfrutes aquí largos años de alegria y seguridad.»

Venida la fiesta del *Neiruz* (3), ó sea el primer dia de la luna de

(1) El poeta árabe Ebn-Abilhobab visitando á Almanzor en esta almunia, compuso en su elogio una elegante poesía, que empieza así:

«Jamás llegó para mi un dia tan deleitoso como este que paso en la Alamería rica en aguas y sombras.

»Su ambiente en toda estacion es sereno y benigno.» (Almaccari I. 383.)

(2) Esta flor es la anemona, llamada así en memoria de *Noman*, antiguo rey árabe, que fué muy apasionado de ella.

(3) *Neiruz* es la fiesta de año nuevo, que empieza en 1.° de Muharram. Señala est fecha á las bodas de Mohammed é Ismá el Bayan: II. 285.

Muharram del siguiente año 367 de la hegira que coincide con el 16 de agosto del 977 de nuestra era, celebráronse las bodas de Mohammed é Ismá en aquel alcázar y deliciosos jardines de la Alamería, que sonreian con una eterna primavera. Hubo en ellas grandes banquetes, zambras y otros festejos, en que el hagib hizo gastos tan espléndidos y fué tanto el concurso y el regocijo, que estas walimas, como dice un autor árabe, fueron celebradas y famosas en las regiones del Andalus (1). Cuéntase que la novia fué paseada por la ciudad en una yegua bizarramente enjaezada, y ella ricamente engalanada con seda, oro y aljófar (2), acompañándola muchas nobles doncellas sus parientas y amigas, radiantes todas con el lujo de sus trages y gentileza de sus personas, por mas que el velo encubria las gracias de sus rostros. Delante de la desposada iban el cadhí mayor de Córdoba, los testigos y algunos xeques y varones principales, cerrando la marcha muchos jóvenes caballeros y amigos de los esposos. Despues la novia fué á reposar en el vistoso pabellon nupcial, que tenia aparejado en medio de aquellos vergeles, donde se cuenta que las esclavas mas gentiles, armadas de bastones de marfil y oro, guardaron á su señora todo el resto del dia y la noche siguiente.

Llegada esta, los jardines y bosquecillos aparecieron deliciosamente iluminados, reflejándose vistosamente mil fanales y antorchas sobre el brillante cristal de las fuentes, arroyuelos, estanques y cascadas. Asi continuaron los festejos hasta la siguiente aurora, resonando bajo las bóvedas de follage y sobre los bateles que surcaban las albercas y lagos, suaves músicas y cantares, que en elogio de los desposados entonaban los poetas y alimas (3).

Estos festejos nupciales dieron ocasion al hagib Ebn-Abi-Amer para usar de su generosidad, repartiendo ricas armas y vestidos á sus slavos y alcaides, regalando espléndidamente á los

(1) Almaccari I, 260.

(2) Esta palabra viene del árabe Alchauhar, que significa perlas.

(3) Alimas ó almées son unas mugeres que ejercen entre los árabes la profesion de tocar, danzar y cantar versos en las bodas y otras fiestas. Quiere decir sabias.

poetas que cantaron á sus bodas y distribuyendo muchas limosnas á las aljamas, zawias (1) y hospitales.

En tanto Ismá, rebosando en regocijo por ver cumplidos los sueños de su felicidad despues de tantos sufrimientos, dudas y temores, bendecia su suerte; y el maulí Ghâleb, despojándose de todo resentimiento contra el hagib, se congratulaba por la ventura de su querida hija. Asi ella como su padre, aunque con diferentes sentimientos, aguardaban impacientes que llegado el otro dia, se sellase y consumase tan codiciada union, solemnizándose con todos los ritos de la religion musulmana.

Cuando las voces de los muedzines resonaron desde los alminares, llamando á los fieles á la oracion de la nueva mañana, el nuevo hagib con Ghâleb é Ismá, y gran acompañamiento de sus parientes y amigos cabalgaron en sus corceles, y desde la Alamería se encaminaron por los extramuros de Córdoba hasta entrar por la puerta de Sevilla, dirigiéndose desde aquí á la vecina aljama. Pues como todos ellos entrasen en aquel santuario para orar y cumplir con las últimas ceremonias que la ley musulmana prescribe á los desposados, estos con su padre Ghâleb tomaron puesto en el recinto reservado de la *Macsura* (2) en donde asistía el Imam con los almocríes (3) alfaquíes y otros ministros. De improviso llegó un caballero, que era confidente de Mohammed, y acercándose, le dijo al oido estas palabras:

—Vengo de la frontera, y en ella he averiguado que aquella hermosa cristiana que tanto deseas conocer, se halla en Medina-Salamanca con su padre, nombrado alcaide de su fortaleza.

—Pues al punto, le respondió Mohammed, haz correr entre

(1) Monasterios, ermitas donde moran los santones.

(2) La Macsura era el lugar privilegiado inmediato al Mihrab ó santuario, en donde solo podian entrar, fuera de los ministros de la aljama, el califa, su familia y los altos personages del Estado. El recinto de la Macsura estaba cercado por una verja labrada por dentro y fuera con gran primor y coronada de almenas, que tenia por objeto apartar al emir de la vista del pueblo.

(3) Los lectores de la mezquita.

mis caballeros la órden de que me sigan, pues sin mas detencion marcho á aquella frontera.

Dicho esto, se levanta, saluda ligeramente á Ismá y Gháleb, como si luego hubiese de volver á su lado, sale de la aljama, pide su caballo y sus armas á los esclavones que le aguardaban en la puerta, y viendo allí reunidos á algunos alcaides de sus huestes, que le habian acompañado á la assalá, les dice:

—El algihed nos llama. Que todo buen muslim siga mis huellas, marchando á las fronteras de Galicia, en donde Alláh apercibe algun triunfo señalado en favor de sus creyentes.

El nuevo hagib salió sin detenerse por la puerta de Córdoba llamada *Bab-Liun* ó de Leon (1) aumentándosele á medida que caminaba su acompañamiento de gente de armas, pues como gustaba de emprender estas expediciones repentinas, sus alcaides y soldados siempre se hallaban prevenidos para ellas.

Ismá, aunque al principio nada comprende, se siente poseida de la mas viva inquietud, y como pregunte á su padre si sabe la causa de aquella inesperada salida de Mohammed, y si tardará en volver, Gháleb la responde:

—Todavía tardará, pues segun su costumbre, hija mia, sin dignarse de coronar el regocijo de estas bodas, se ha dejado arrebatar de su furor de muslim para salir en una gazúa á la frontera.

—¡Y me abandona! ¡tan presto me abandona, y prefiere al reposo en los brazos de su nueva esposa los peligros de la guerra! ¡Y acaso le perderé en ella! ¡Sin él voy á quedar en soledad espantosa!

—No, Ismá; aun te queda tu padre.

(1) Por otro nombre *Bab-Thalabira* ó puerta de Talavera.

CAPÍTULO V.

Salamanca.—Cristianos que toman partido en la hueste de Mohammed.—Entrada furtiva de este caudillo en Salamanca.—Retrato de Elvira.—Entrevista de Mohammed y la cristiana.—Aparicion inesperada de Ismá.—Cerco y resistencia de la ciudad.—Vence Mohammed en batalla al rey Ramiro de Leon.—Mata al antiguo hagib Chafar y ejecuta varias gazúas.—Empieza á edificar á Medina Azzahira.

Enmedio de un ancho recodo, que forma en su márgen derecha el rio Tormes, tiene su asiento la ciudad de Salamanca, ceñida de antiguos muros, que á pesar de sus nuevos y fuertes reparos, ofrecen las huellas de muchos cercos y expugnaciones. Perdida y recobrada hartas veces por los cristianos, como plaza muy avanzada en la frontera de los moros y situada mas acá del Duero, habia quedado desolada y desierta, cuando en el año 939 de J. C. la repobló y restauró el rey don Ramiro II de este nombre, despues de la venturosa jornada de Aljandic (1) Desde entonces se habia conservado, segun parece, en poder de los reyes de Leon, pero á costa de muchos esfuerzos y de encomendarse su defensa á los caudillos y soldados de mas cuenta y valor. Por los años de 977 á

(1) Véase la pág. 12.

que se refiere nuestra historia, asistía en ella por gobernador y alcaide de la frontera don Rodrigo Gonzalez, capitan gallego, que por su señalado esfuerzo y militar pericia, habia recibido tan difícil cargo del rey don Ramiro III.

En el otoño de este año 367 de la hegira y en los últimos dias de la luna de Safar (1) llegó el hagib Mohammed á vista de Salamanca, poniendo sus reales en la orilla izquierda del Tormes. Aunque el caudillo muslim habia salido de Córdoba con muy poca gente de su guardia de slavos y africanos, conforme se fué divulgando la noticia de su marcha á la nueva gazúa, se le habian ido allegando unos en pos de otros, segun marchaba, numerosos escuadrones y taifas, hasta mirarse cuando llegó á las riberas del Tormes rodeado de razonable hueste de á pié y de á caballo.

Al pasar por Toledo se le habia juntado con la milicia andaluza el caudillo Ghaleb, que á pesar de sus enojos con Mohammed no habia querido faltar á su obligacion de *alcaid alquebir* (2) ayudándole en aquella gazúa.

Era costumbre de Mohammed al proponerse la conquista de alguna plaza, pasar mas adelante por la tierra enemiga para amenazar á otra, y revolviendo de improviso sobre la primera, expugnarla mas facilmente, hallándola desprevenida. Asi fué, que levantando su campo, pasó el Tormes con la hueste, y atravesando vastas comarcas desoladas con el contínuo estrago de las guerras de frontera, llegó á las riberas del Duero. Asentando aquí su real, mandó publicar por medio de sus espias, en los lugares circunvecinos, que daria grandes sueldos y recompensas á los cristianos que quisiesen alistarse en su hueste, y que además á los condes y señores que acudiesen á unírsele con la gente de guerra de sus vasallos, les preservaria sus tierras y posesiones de ser taladas y destruidas.

(1) Este mes empezó en 17 de setiembre del año 977 de J. C.
(2) Generalísimo de los ejércitos.

A este pregon, no tardaron en acudir muchos malos cristianos, así nobles como pecheros, que seducidos por las ofertas del caudillo moro, reforzaron su hueste, sirviéndoles de guias y auxiliares. Entonces Mohammed, mas alentado con este auxilio para emprender el cerco de Salamanca, se vino á grandes jornadas sobre esta ciudad, ocupó el famoso puente romano que se alza sobre el Tormes, y asegurando así la retirada, puso sus tiendas en la orilla derecha del rio.

Como el caudillo moro, con semejantes medios se proporcionaba muchas inteligencias entre los cristianos, sucedió que al llegar esta vez sobre Salamanca, le salieron al encuentro dos caballeros de aquella tierra, los cuales, aunque le representaron como empresa dificil el apoderarse de la ciudad, obligáronse á darle entrada furtivamente dentro de ella, para que examinase, si le placia, el estado de sus fortificaciones. Preguntándoles el caudillo por la hermosa doncella cristiana que tanto habia oido celebrar, le respondieron que debia ser la llamada *Geloira* ó Elvira, que era hija del senior ó gobernador don Rodrigo.

Con esta noticia, Mohammed ardió en deseos de ver á la bella cristiana, y como á su singular esfuerzo ninguna empresa parecia difícil ni temeraria, rogó á aquellos traidores que le guiasen adonde pudiese ver á la hija del senior. Prometiéronle ellos cumplir sus deseos aquella misma noche, y para mayor seguridad le entregaron dos hijos de pocos años, que como en rehenes quedaron en el real de los moros.

Merced á la perfidia de aquellos viles cristianos, llegada la noche, el hagib entró en la ciudad con algunos de sus mas valientes alcaides y caballeros, sin que les dificultasen la entrada los guardas de las puertas, por ir vestidos á la usanza cristiana y estar versados en su lengua.

Favorecido por las tinieblas de la noche, protectoras de los crímenes y de las empresas de amor, y guiado por los cristianos traidores, llegó el hagib á la casa del senior don Rodrigo Gonzalez, que se miraba en un confin de la ciudad y al pie del castillo. Allí

Mohammed y sus compañeros descubrieron algunos caballeros cristianos, que velaban guardando la morada del gobernador; pero los moros guiados por los espias crístianos evitaron su encuentro, y por un jardin inmediato á la casa lograron introducirse en ella, ayudándoles la profunda oscuridad y letargo del sueño en que yacía Salamanca.

Sin embargo, en medio del reposo universal velaba la hermosa y tierna hija de don Rodrigo, que acongojada por un triste presentimiento, procuraba calmar el febril ardor de su frente con el regalado soplo de la brisa nocturna, que penetraba por las abiertas ventanas perfumada con las flores del vecino jardin. La luz que trémula ardia en su aposento, sirvió de guia al hagib, para que llegando á aquella casta mansion, hallase á la bella cristiana, reconociendo que era su hermosura superior á todo encarecimiento.

Elvira, la hija del senior, aunque apenas entrada en la juventud, era ya notable por las gracias de su persona, y mas todavía por la extremada discrecion y virtud, con que formaba el encanto de su buen padre, é inspiraba admiracion y aprecio á cuantos la conocian. Puesto que dotada de extraordinaria hermosura, era su aspecto triste y meláncolico, como el de una cristiana orando en las Catacumbas en los primeros tiempos del cristianismo. Por lo delicado y esbelto de su persona, por la dulcísima expresion de ternura, que animaba sus azules ojos y su rostro pálido, pero de purísimas líneas, y por cierto encanto celestial que aparecia en toda ella, mas bien semejaba un ángel, cual suelen representarlos ciertas pinturas cristianas, que no criatura terrena.

Indecible sentimiento de terror y sorpresa turbó en aquel instante á la tierna Elvira, que al ver de improviso en su presencia la figura colosal y terrible del moro, empezó á temblar como una gacela sorprendida en su gruta por el cazador. Pero su sorpresa y su espanto subieron de punto cuando Mohammed resuelto á apoderarse de ella, pero queriendo dar alguna razon de su violencia, la dijo quien era, afirmándola que la ciudad estaba en poder de los moros, y que no le quedaba á ella otro remedio que seguirle á Cór-



C. Mugica dib.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez, Madrid 1858

Tembló como una gacela sorprendida en su gruta por el cazador.

doba, en donde premiaria su belleza con grande amor y soberanas delicias.

—Yo te daré para morada, la dijo, alcázares entre jardines, y te rodearé para hacerte feliz de todas las delicias y bienes de la tierra, que eso y mas te dará mi amor.

—Y yo, respondió resueltamente Elvira, antes me dejaré matar bajo este techo paterno, pues muriendo mártir alcanzaré las delicias y bienes del cielo, únicos que debo codiciar como cristiana.

—No consentiré que mueras, repuso Mohammed, sino que te llevaré de grado ó por fuerza á Córdoba, en donde al cabo las finezas de mi cariño y los deleites de que sabré colmarte con mis riquezas, vencerán tu obstinacion. Esta conducta que ahora juzgarás cruel, es hija de la profunda pasion que ya me inspiras. Llamado aquí por la fama de tu hermosura, me he arrancado yo mismo de los brazos de una muger bellísima con quien acabo de desposarme y que me ama con frenesí. He caminado ochenta leguas, y aun caminaria ochenta mil por venir á buscarte, pero con tal resolucion y acompañado de hueste tan numerosa, que no hay plaza fuerte en estos reinos, que yo no combatiria y expugnaria hasta encontrarte y llevarte conmigo.»

Elvira, que al fin era muger, asombrada del poder de aquella pasion, alzó la temerosa vista al moro, y no pudo menos de admirar la soberana, aunque siniestra belleza, que relucia en aquel semblante animado por el amor. La gentileza de Mohammed, su colosal estatura, el continente magestuoso, adquirido con la costumbre de mandar, sus altivos y penetrantes ojos, la facilidad y gracia con que se expresaba en el lenguaje de los cristianos, y el ascendiente de su poderío y fortuna, le rodeaban de cierta fascinacion peligrosa para una muger. Pero la virtuosa doncella cristiana, si pudo concebir algun sentimiento involuntario de inclinacion en presencia del apuesto tirano, debió ahogarle avergonzada en el fondo de su pecho.

Viéndose Elvira en tan cruel trance, empezó á invocar los dulces nombres de la Vírgen María y su padre don Rodrigo, tornan-

do al cielo sus dulces ojos en ferviente súplica. Algunos domésticos, acudiendo á sus voces, quisieron darla auxilio; pero el hagib llamó á los moros y cristianos que habian entrado con él en la casa, los cuales venciendo la resistencia de aquellos pocos, echaron mano á Elvira para llevarla por fuerza segun las órdenes de Mohammed.

Mas de repente entra con precipitacion en la estancia una muger, que si bien disfrazada con trage cristiano, revela en el fuego de sus negros ojos y en su morena tez, la raza árabe á que pertenece. Mohammed reconoció en ella con asombro á su esposa Ismá, que desamparada por él en el mismo dia de sus bodas, y amándole demasiado para poder sufrir tan pronta separacion, habia venido en su busca, á pesar de los consejos de su padre. Al llegar al campo de su esposo, como no le encontrase allí y concibiese algunas sospechas al saber su entrada en Salamanca, procuró y halló medio de introducirse tambien en la ciudad. Ismá, fijando su vista en Mohammed y la cristiana, comprendió lo que sucedia, confirmándose en los recelos que allí la habian traido. La celosa cordobesa disimuló su pesar, y dulcificando como pudo su voz, dijo al hagib:

—Esposo y señor mio: no vengo á reconvenirte por tu infidelidad sino á salvarte. Abandonada por tí en Córdoba, seguí tus huellas, y como llegando al campamento, supiese tu entrada en la ciudad, asustada por el peligro que aquí pudieras correr, me he apresurado á buscarte. Los moros y cristianos que entraron contigo en Salamanca, acaban de ser descubiertos y aprisionados, y los nassaries (1) de esta ciudad, como fieras que olfatean su presa, sospechando que has entrado en esta casa, acuden á cercarla para que no puedas escapar de sus manos. Huyamos pues.

Sonando entonces gran estrépito y ruido de armas no lejos de aquel aposento, añadió Ismá:

(1) Los cristianos: nombre derivado del de *Nassari* ó Nazareno, con que tambien los musulmanes apellidan á Jesucristo.

—Somos perdidos, vas á ser descubierto, pues ya se oye á los cristianos que han entrado en esta casa.

Y luego echándose á los pies de doña Elvira, la dijo con acento suplicante.

—Aunque seais una rival, yo os ruego rendida que le salveis.

—Tu nos has descubierto, ¡ay de tí! exclamó el hagib mirando á Ismá con expresion terrible.

—Yo no, replicó la mora, sino Alláh que castiga tu deslealtad. Pero salvadle, señora mia, salvadle; yo os lo suplico por el Dios á quien adorais los cristianos.

—Y no le invocas en valde, respondió Elvira con dulzura. Venid: yo os conduciré á una puerta extraviada del jardin, que sale al campo, y por allí podreis escapar.

—Sin tí, bellísima nazarena, dijo Mohammed delirante de amor, no quiero huir. Huye conmigo y te asentaré en un trono.

—Jamás, salvaos.

—Para perderte á tí mas vale que pierda la vida á tus pies.

—Huid, y Dios os ilumine con la luz de su verdad para que salveis algun dia vuestra alma.

—¡Te niegas á mi amor y quieres sin embargo salvarme! A un tiempo me matas y me quieres dar la vida. Pero yo no acepto tu favor. Si me reconocen los cristianos á pesar de mi disfraz, yo lidiaré con ellos, y verán quién es el leon de Córdoba.

Diciendo así, salió Mohammed despechado, acompañándole Ismá con los demás moros y cristianos que habian entrado con él en la casa. Los caballeros de Salamanca que venian en su busca, sospechando quien era, se lanzaron contra él, pero el hagib y sus compañeros, que todos eran hombres valerosos, cerraron tan reciamente con ellos, que matando á unos y amedrentando á otros, se abrieron camino, y gracias á las tinieblas de la noche, llegaron en salvo á un portillo que daba salida á la ciudad por la parte del rio. Uno de los africanos que acompaban al hagib, que era hábil arquero, derribó de un golpe de flecha al único guarda que velaba en el portillo, y luego lanzándose todos sobre otros pocos guardas

que yacian dormidos, los degollaron, y abierto el portillo salieron al campo. Asi volvieron á su real, escapando maravillosamente del peligro.

Si la hermosura de la cristiana despertó en el hagib antes de conocerla tan vivo sentimiento de interés y aficion, despues de haber admirado por los propios ojos sus hechizos, sintió inflamarse su corazon con amorosa fiebre. Por lo tanto emprendió al punto el cerco de Salamanca, deseoso de arrebatar por fuerza el tesoro de hermosura que encerraban sus muros. Cercó en derredor la plaza con muchas estancias y trincheras, asestó contra sus murallas y torres numerosas *dabbabas* (1) *y almanxaniques* (2), y fatigó largos dias á los defensores con incesantes rebatos y embestidas. Pero la heróica resistencia del senior don Rodrigo y sus valientes soldados frustró los esfuerzos del moro, que desesperado al fin de expugnar plaza tan fuerte y bien defendida, ordenó levantar el sitio. Acaso contribuyó á este mal suceso el enojo de Ghâleb, que en obsequio á su hija, no querria esforzarse para que ganada la ciudad, cayera Elvira en manos de Mohammed.

Sin embargo, esta expedicion fué funesta á los cristianos, pues Mohammed entró y saqueó los arrabales de Salamanca, ganó dos castillos fronterizos, devastó la tierra, é hizo mucha matanza, presas y otros daños. Contentándose con esto por entonces, el hagib Mohammed levantó su campo, aunque con el propósito de volver á la empresa en mejor ocasion y con mayor poder. Despidió, pues, hasta la siguiente gazúa á los cristianos auxiliares, no sin premiar sus servicios con harta generosidad y ricos presentes, y acompañado de Ghâleb é Ismá dió la vuelta á Córdoba con la hueste vencedora. Allí atestiguó el buen suceso de su tercera gazúa con el gran botin de que iba cargado el ejército y con innumerables cabezas de cristianos que hizo colgar segun su costumbre, para san-

(1) Ciertas máquinas de guerra, á cuyo abrigo los sitiadores socavaban los muros.

(2) Ingenios ó máquinas de batir con que se lanzaban grandes piedras. Nuestros antiguos cronistas escriben este nombre *almaxaneques y almaxanequis*.

griento trofeo, en derredor de los muros de la gran ciudad (1).

Apenas llegó la primavera del mismo año 367 de la hegira (978 de J. C.) cuando el hagib volvió á salir con su hueste la vuelta del reino de Leon, acudiéndole en la frontera los señores cristianos auxiliares, que habian quedado muy satisfechos de su liberalidad y fiel cumplimiento de sus promesas. La cólera de Dios, irritada entonces mas que nunca contra los nuestros, los habia reducido á tal flaqueza y deslealtad para con su rey y natural señor, que parecia acercarse la hora del completo exterminio de la cristiandad española. En vano su valeroso príncipe el rey don Ramiro (2), temiendo que el caudillo muslim viniese á arrojarle de su misma córte, le salió al encuentro con su hueste. Es verdad que en el primer choque las haces de los infieles empezaron á cejar y á retraerse en desórden hácia sus reales; pero entonces el hagib avergonzado al ver el pavor sin causa de su gente, se derribó en el suelo, y arrojando de sí el turbante ceñido con una diadema de oro que cubria su cabeza, la mostró desnuda á los dardos de los enemigos. Entonces los muslimes corridos de su desmayo á vista de aquella demostracion, volvieron tan briosamente á la arremetida que deshicieron los escuadrones cristianos y los pusieron en torpe fuga. Seguíanles los moros el alcance matando á muchos, y todos hubieran sucumbido al golpe de las espadas islamitas, si una tempestad que sobrevino muy recia de vientos y nieves no obligase á los infieles á desistir de su persecucion.

Vuelto Mohammed á Córdoba, la gloria que se habia alcanzado en estas victoriosas expediciones, al par que le dió aliento para emprender mayores cosas, concitó mas y mas contra él la envidia y saña de muchos xeques y varones principales de la córte, al verle arrogarse todo el poder supremo, como se lo permitia la mocedad del califa y su carácter apocado. Pero el hagib con sus astu-

(1) Menciona esta jornada el Bayan II. 285.

(2) Ramiro III hijo de Sancho I, que reinó desde 967 á 984. Los autores árabes le llaman Radmir-ebn Sanch.

cias y sordos manejos, supo afianzar el próspero resultado de sus ambiciosos planes, triunfando completamente de sus rivales y adversarios. Por este tiempo, merced á sus maquinaciones y las de su suegro Ghâleb, seguíase causa por el *cadhí alcodha* (1) de Córdoba contra el hagib Chafar Almushafi, acusado por aquellos sus rivales de delitos contra el Estado y seguridad pública. Sobornado el cadhí por el oro de Mohammed, pronunció contra Chafar sentencia de perpetua prision y confiscacion de sus bienes. Entonces el califa, prevenido ya contra Chafar por las pérfidas sugestiones de Mohammed, le separó del hagibato á mediados de Xaban de este año 367 (julio de 978), y le mandó que se cumpliese en él la sentencia del cadhí. Así se ejecutó por los satélites de Mohammed, que echando mano á Chafar, á sus hijos y á un sobrino suyo, llamado Hixem, los encerraron en las mazmorras de Medina Azzahrá, aplicándose sus bienes al fisco. Pero Mohammed no se contentó con tenerle preso, sino que temiéndose de él mientras viviese, le mandó matar en su encierro sin sentencia alguna judicial, siendo estrangulado y segun otros, muerto con ponzoña (2). Tan miserable fin tuvo aquel hagib y poderoso señor, sin otra culpa que la de haber ayudado á Mohammed en sus tramas ambiciosas y delitos. El sobrino de Almushafi llamado Hixem fué muerto asimismo en la prision por mandato de Mohammed, el cual con estos nuevos crímenes, se afirmó en el poder, no compartiéndole ya sino con su suegro Ghâleb. Sin embargo, receloso de este caudillo, alcanzó del califa que le mandase ir á Medina Selim para cumplir con sus deberes de alcaide y walí de aquella frontera, con cuyo pretexto le alejó por algun tiempo de Córdoba.

Entre tanto no descuidaba la guerra contra los rumíes, en que cada dia ganaba mayores lauros y se aseguraba mas la aficion del ejército y de los muslimes fanáticos. En el otoño del mismo año 978 de nuestra era, ó sea 368 de la hegira (3), entró Mohammed

(1) El juez supremo.
(2) Bayan II: 285 á 291.
(3) Esta hegira empezó en 8 de agosto del año 978 de J. C.

en tierras de Galicia con las milicias africana y andaluza y la gente de Mérida, y venció en un encuentro á los cristianos, haciendo en ellos cruel matanza y tomándoles muchos despojos y cautivos. En la primavera siguiente (979 de J. C.), acometió las fronteras orientales, hizo en ellas notables estragos y recogió gran presa que repartió liberalmente entre sus alcaides y soldados.

A principios de este mismo año 368 de la hegira empezó Mohammed á edificar el magnífico alcázar y poblacion murada, á que dió el nombre de *Medina Azzáhira* (la ciudad florida). Emprendió el hagib esta obra para su retiro y seguridad, porque despues de la muerte de Chafar-Almushafi y otros rivales, se temió con harta razon que la venganza y encono de sus agraviados y émulos podria llegar hasta darle muerte alevosa en el mismo alcázar de Córdoba, cuando asistía cerca de la persona del califa (1).

(1) *Ebn-Jaldun* citado por Almaccari: I. 380 y el Bayan II. 294.

CAPITULO VI.

Mohammed conquista á Gormaz.—Entra y vence en Galicia.—Hace matar á Ghâleb.—Medina Azzahira.—Lugar de su fundacion.—Sus edificios y solemne inauguracion.—El hagib recibe en ella al califa Hixem y á los señores cristianos.

Mientras hacia ejecutar con gran diligencia la obra de Medina Azzahira, tampoco se olvidaba Mohammed de fatigar á los cristianos con sus gazúas de costumbre.

En la primavera del año 369 de la hegira (1) 980 de nuestra era, volvió á entrar por las fronteras de Castilla y despues de correr y devastar la tierra, segun acostumbraba, con sus algaras y corredores, llegó hasta el castillo de Gormaz, que despues de su fortificacion por Ghâleb, habia caido en poder de los castellanos. Empeñado el hagib en recobrarle, le sitió con su numerosa hueste compartida en diversas estancias y le combatió tan reciamente, que á pesar de la valerosa defensa de la guarnicion cristiana, entró por fuerza en el castillo, degollando y cautivando gran muchedumbre de sus moradores. Logrando esta conquista en principios de julio, el caudillo sarraceno cargado de presas y cautivos, dió la vuelta

(1) Empezó en 28 de julio de 979 de J. C. y acabó en 15 de julio del 980.

10

á Córdoba, adonde llegó entrado ya el año 370 de la hegira (1).

En el otoño del mismo año 370-980 Mohammed entró con su hueste por tierra de Galicia, en donde segun se cuenta, le salió al encuentro un ejército numeroso de leoneses y castellanos auxiliares, que en ayuda del rey Don Ramiro enviaba el conde Garci-Fernandez. Resueltos á la batalla cristianos y muslimes, empezaron á escaramuzar. Cuéntase que entonces salió del real cristiano un caballero muy bien armado que cabalgaba en un brioso corcel, y empezó á dar voces á los moros, desafiándolos para lid parcial. Aceptó su reto un alcaide muslim, pero fué vencido y muerto por el cristiano, cabiendo igual suerte á otros dos que osaron medirse con tan esforzado caballero. Aplaudíanle los cristianos y admirábanle confusos los moros, cuando el caballero, deseoso de proseguir sus hazañas, entró en su real y sacando otro caballo no menos generoso y cubierto con una piel de fiera, volvió á provocar á los infieles. Empero saliendo esta vez de la hueste musulmana un ginete muy animoso llamado Mushafi, trabó con el cristiano reñido combate, y al fin, como él venia de refresco y el cristiano estaba ya fatigado, logró matarle. Cortó Mushafi la cabeza al cristiano, y entre los víctores de la morisma se la presentó al hagib, que le celebró mucho por su proeza y le ofreció premiársela. Entonces el hagib mandó dar con los añafiles y atabales la señal de la batalla, con que empezó de ambas partes una pelea muy reñida y sangrienta que duró todo el dia. La noche que sobrevino separó á los combatientes; pero viendo los cristianos que habian muerto muchos de los suyos, se retiraron á favor de la oscuridad y el hagib se volvió para Córdoba con muchos trofeos y cautivos.

Pero este año 360 de la hegira (970 á 971 de J. C.) es famoso además en la historia de nuestro héroe por dos sucesos de grande importancia que vienen á poner el sello á su carácter ambicioso y tirano. Fueron tales sucesos la muerte que hizo dar á su suegro Ghâleb Annasseri y la terminacion del alcázar y fortaleza de Medina

(1) Empezó en 16 de julio de 980.

Azzahira, con que el hagib Mohammed subió á la alteza de poder que codiciaba. Hé aquí la relacion de tan notables hechos, segun se halla en los historiadores árabes.

Despues que Mohammed Ebn-Abi-Amer mató á Chafar Almushafi con ayuda de Ghâleb, habian quedado los dos caudillos administrando el gobierno con el cargo de hagibes; pero mal podia sosegar el espíritu ambicioso del Amerita, mientras no quedara enteramente solo y árbitro del poder. Puesto que desde su casamiento con Ismá, le uniesen á Ghâleb vínculos tan inmediatos de parentesco, mirábale siempre con recelo y suspicacia, por ser hombre que alcanzaba gran consideracion por sus altas prendas y antiguos servicios. Señalábase Ghâleb entre todos los caudillos y capitanes árabes de aquel tiempo por sus hazañas y sus conocimientos en la ciencia militar, con que habia logrado muchas victorias y conquistas, así en España como en Africa, mereciendo los cargos y títulos de Xeque de los maulies, señor de Medina-Selim y la frontera baja (1) y *Alcaid alquebir* ó generalísimo de los ejércitos. Sobre todo era extremado en las gentilezas de cabalgar y arte de la gineta (2) que le valieron el título de *Fares Alandalus*, ó el caballero andaluz por excelencia. Envidiábale por lo mismo Mohammed, el cual, segun dice un historiador árabe (3), alcanzaba todavía poca destreza en estas habilidades del arte militar, que tanto apreciaban aquellas gentes, y así procuró perderle, por no tener quien le hiciese sombra. Lo que menos cuidado daba á Mohammed era el romper los vínculos que la necesidad, y no el afecto, le obligara á estrechar con Ghâleb; pero como la misma bajeza y villanía de tales propósitos le forzasen á llevarlos á cabo disimuladamente, empezó con su acostumbrada astucia á suscitarle enemigos y rivales. Para ello se valió primeramente del walí de Toledo Abdallah

(1) *Saheb-tzagr-aladani*. Los árabes llamaban frontera cercana ó baja á la de Castilla á diferencia del tzagr alalí ó frontera alta que era la de Navarra, Aragon y Cataluña.

(2) *Ilm* alforusia.

(3) El Bayan Almogreb: II. 298.

Piedra-Seca, á quien despues mandó que rompiese abiertamente contra Ghàleb, con pretexto de que infringiendo las órdenes del califa habia vuelto de Medina-Selim á Córdoba. Sometiose Ghàleb por respeto á la autoridad del emir, volviéndose á la frontera, pero mal hallado con aquel destierro, no tardó en tornar á la córte, y oponerse en ella al desmesurado poder, que con menos títulos y merecimientos se habia arrogado Mohammed. Entonces este hagib supo valerse contra Ghàleb de otro caudillo muy ilustre tambien, y el único que en la ciencia militar podia competir con Ghàleb, que era el alcaide *Chafar-Ebn-Ali*, llamado por otro nombre *Ebn-Alandalusi*, el cual siendo de los Zenetes que obedecian al emir Hixem, mantenia en aquellas partes la autoridad del califa como su general y walí. Mohammed, pues, le llamó á España con muchos escuadrones de aquellos africanos, ofreciéndoles grandes ventajas para establecerse en el Andalus, por tener en ellos un firme apoyo contra los alcaides y altos varones andaluces. Estas gentes, pasando aquende el mar, se fueron congregando en la plaza llamada *Alcazar Alocab* ó castillo del Aguila (1) hasta llegar á exceder en número á las huestes de moros españoles. Entonces Ghàleb entendió lo que se urdia contra él, y procurando evitar que aquellas turbas viniesen á Córdoba, envió sus escuadrones andaluces para que las tuviesen á raya. Pero como se levantasen reyertas entre los unos y los otros, y viniesen á las armas, le fué forzoso acudir en persona á hacer valer su autoridad de gran alcaide de los ejércitos muslimes. Cabalmente era esto lo que deseaba el caudillo Chafar-Ebn-Ali, el cual, rompiendo abiertamente contra Ghàleb, marchó á su encuentro y le presentó la batalla con sus bereberes. La pelea fué de ambas partes muy reñida y dudosa, hasta que sobreviniendo un escuadron de gente cristiana con el mismo Mohammed á su cabeza, el valor de estos auxiliares inclinó de su parte la victoria.

(1) Acaso sea lo que hoy se llama Torre de Alocaz, cortijo en la provincia de Sevilla, y partido de Utrera, donde se hallan muchos vestigios de poblacion y fortificaciones antiguas.

En esta refriega pereció el ínclito caudillo Gháleb Annasseri, que fué encontrado muerto en el campo de batalla; quién dice que le asestó alevosamente el golpe mortal algun traidor vendido á Mohammed, y quién que cayendo derribado en medio del tropel de la caballería, se dió tal golpe en la cabeza contra el arzon de su caballo que murió en el instante. ¡Sabe Dios la verdad! Sin duda el astuto amerita hizo propalar sobre este suceso las voces que mas le convinieron, para apartar de sí la sospecha de su infamia (1).

De tal manera se deshizo Mohammed del rival mas poderoso y temible que tenia entonces, quedando por único hagib y dueño absoluto del poder. Mas adelante veremos como inspirándole recelos el mencionado caudillo bereber, le hizo matar tambien con sus contínuas maquinaciones y ardides.

Con la muerte de Gháleb recibió un golpe terrible la infeliz Ismá, pues perdió el apoyo y los consuelos que en el cariño de aquel buen padre hallaba contra los desdenes de Mohammed. Sin embargo, siempre dulce, generosa y apasionada de su ingrato esposo, jamás creyó á la voz popular que le imputaba la muerte de Gháleb. Su resignacion y sufrimiento fueron parte para que el terrible hagib jamás la repudiase, antes bien la distinguiese con su estimacion entre sus demás mugeres, puesto que jamás la concediese el cariño y pasion, que solo pudo inspirarle la hermosa Elvira.

Con la muerte de Chafar y Gháleb comenzó Mohammed á ser temido y acatado por todos. Al propio tiempo para sustraerse á la venganza y persecucion de sus enemigos, logró ver terminada á fines de este mismo año la soberbia obra de Medina Azzahira, que

(1) D. José Antonio Conde dice que Gháleb fué muerto en desafío por el walí de Toledo Abdelmelic-Ebn-Ahmed y que Almanzor lo sintió mucho; pero esta es una de tantas equivocaciones en que incurrió aquel autor, por haberse dejado llevar de conjeturas cuando no hallaba documentos bastantes que ilustrasen los hechos. Por lo demas, nuestro relato se funda en la autoridad del *Bayan Almoghreb:* II 298 á 299. Advertiremos tambien que Conde pone la muerte de Gháleb en 368–978, mas de los autores árabes se colije que aquel caudillo fué muerto poco antes del año 371 y probablemente hácia fines del 370 de la hegira. Véase á Mr. Dozy; *Recherches*: I. 274.

con inaudita magnificencia aunque en el breve espacio de dos años, llevó á cabo á fuerza de oro y de esplendidez.

Como una bandada de palomas, que vino á posarse acaso sobre un árbol de frondoso ramage, asi alza sus blancos edificios la nueva poblacion de Medina Azzahira, en medio de una verde pradera que se dilata al sudoeste de Córdoba (1), sobre la orilla derecha del Guadalquivir, y en un parage llamado en lo antiguo Bales (2), inmediato á la llanura y monte nombrados de la *Rambla* (3). Por el nombre de estos alcázares, se echa de ver que los fundó Mohammed como para competir con Medina Azzahrá, la fundacion maravillosa de Abderrahman el Grande, llevada á cabo en mas de cincuenta años y á costa de inmensos tesoros. Escojió

(1) Siguiendo la autoridad del historiador árabe *Ebn-Baxcual*, citado por Almaccari: I. 304, que cuenta á Azzahira entre los arrabales orientales de Córdoba, y otro testimonio que se halla en el mismo colector: I. 299, creimos primeramente que estos famosos alcázares estuvieron situados en la Axarquia ó parte oriental de aquella ciudad. Sin embargo, razones que creemos de mas fuerza, nos han persuadido despues de que la posicion de Azzahira debió ser á la parte de sudoeste. Como Almanzor nunca sacó al califa del alcázar de Córdoba, por mas que lo hiciese custodiar con gran solicitud, no es verosímil que fuese á residir y poner las oficinas del gobierno al oriente de la ciudad á tanta distancia del alcázar; que como todos saben, estaba al extremo contrario entre mediodía y occidente. En cuanto al testimonio de los autores mencionados que ponen á Azzahira al oriente, podemos oponerle otro que creemos mas autorizado y es del *Bayan Almoghreb* (Parte II pág. 285) donde se dice expresamente que Medina Azzahira fué edificada en un campo llamado antes *Balax* ó *Bales*, al occidente de Córdoba.

A esta autoridad añaden gran fuerza los fragmentos de elegante arquitectura árabe que nuestro amigo el distinguido escritor y arqueólogo D. Pedro de Madrazo asegura haber encontrado en aquella parte. Como otros historiadores árabes, entre ellos *Ebn-Jaldun*, citado por Almaccari: I. 381, afirman que Almanzor fundó á Azzahira en las orillas del Guadalquivir, es forzoso buscar su antiguo asiento en aquella parte de entre occidente y mediodia, donde hoy están las eras y campo de la Salud.

(2) Así lo aseguran el *Bayan Almoghreb* en el lugar antes citado, Annuwairi y otros hstoriadores árabes. La palabra *bales* parece corrupcion de la latina *vallis* ó valle, porque aquel debió ser terreno bajo y dominado, como veremos despues, por un monte ó cuesta.

(3) Así parece colegirse de un pasage de Almaccari (I. 268) donde se lee que el alcázar de Almanzor estaba inmediato á dicho monte y llanura de la Rambla y esta sobre las orillas del rio. Aunque Rambla significa arenal, en el mismo pasage se habla de huertas y de hortelanos que poblaban aquel terreno.

el hagib para su asiento este lugar de Bales, asi por lo llano y espacioso del terreno, como por ofrecer la ventaja de poderse comunicar fácilmente con la ciudad y el alcázar del califa por el camino y puerta de Sevilla, teniendo asimismo fácil salida y escape á otras comarcas por el famoso puente llamado de *Caisar el Rumi* (1) y otros caminos inmediatos, en el caso de algun motin ó alzamiento que le obligase á huir. Llamando para esta obra á los artífices mas excelentes de España y del Oriente, y prodigando para ella sus tesoros, logró que se terminase, como queda dicho, en el corto espacio de dos años, puesto que con tal suntuosidad y magnificencia que rayaban en lo maravilloso. En medio de aquel terreno hizo levantar un alcázar de prodigiosa fábrica con las habitaciones necesarias para su morada y la de su familia, su servidumbre y guardia de siclabíes, y para las oficinas del Estado y diwanes ó tribunales, mirándose todos estos aposentos decorados con gran magnificencia y con vistas á deleitosos jardines, que ya se ostentaban amenos y floridos. El terreno inmediato á su alcázar lo repartió con sus wacires, hagibes, alcatibes y alcaides, pues quiso rodearse de los mismos servidores y aparato que un monarca, y casi que el califa su señor; y ellos labraron allí elegantes casas y alcázares, en cuyo centro descollaba magestuoso el del hagib. Fundó tambien una aljama muy suntuosa, para las oraciones y cultos religiosos de aquellos muslimes, fábricas y almahacenes de armas, á que hizo llevar todas las que habia en el alcázar del califa. Haciendo venir por largos conductos y acequías, el agua de las sierras, llenó la nueva poblacion de fuentes que la abasteciesen y fertilizasen sus huertos y jardines. Entre las casas de placer que encerraba Medina Azzahira sobresalia por su ornato y amenidad la almunia de *Assorur* ó de los placeres, con su elegante alcázar. A la entrada de la poblacion, estableció los *alfolíes* ó graneros públicos (2) copiosamente henchidos de granos, y en

(1) Julio Cesar.

(2) Los árabes formaron de la latina *horreum* la palabra *hori* ó *alhori*, corrompida despues en *alfolí*, que es ya voz anticuada.

varios lugares zocos ó mercados, que mandó proveer de bastimentos. Allí, en fin, dispuso todo lo que creyó necesario para la comodidad de los habitantes, y para poder administrar desde aquel retiro los negocios de guerra y de paz, como único soberano. Para atender á su seguridad, cercó todo aquel recinto de fuertes muros, de suerte que Medina Azzahira era ya un baluarte y plaza de armas. Aunque atendiendo juntamente á su placer, plantó allí vistosos huertos y jardines, sembrando en ellos y en el alcázar todas las delicias de la naturaleza y el arte, con toda la magnificencia de la generosidad y el poder, sin embargo, la tiranía de su señor oscurecia á manera de opaca nube el cielo que cobijaba á Azzahira y el aire que allí se respiraba, oprimia el corazon.

Como al propio tiempo, muchos aficionados ó dependientes del hagib, deseosos de habitar cerca del gefe del Estado, edificasen fuera de los muros nuevas casas para su morada y placer, acrecentóse tanto la poblacion, que en derredor de su principal recinto se formaron grandes arrabales, que no tardaron en juntarse con los que tiene Córdoba en aquella orilla del Guadalquivir, y todos sus contornos se veian yá poblados de jardines, huertas y casas de recreo (1).

Entre tanto, vuelto el hagib á Córdoba, tuvo al poco tiempo la satisfaccion de ver concluida aquella gigantesca obra que el *fiat* de sus poderosas órdenes habia improvisado en aquellas orillas del Guadalquivir, tan embellecidas con los encantos de la naturaleza y los prodigios de las artes muslímicas. Celebróse la solemne inauguracion de Medina Azzahira, segun puede calcularse, á fines de aquel otoño (370-980). Cuéntase que Mohammed, para celebrar aquel suceso con mayor pompa y grandeza, invitó al califa Hixem y á todos los altos personages de la córte á que visitasen aquel nuevo prodigio de la arquitectura, y por cierto no se desdeñó la magestad del emir de ir á visitar la morada de su ayo y preceptor, siguiéndole todos los magnates, que fueron disimulando el enojo y envidia que les inspiraba el hagib.

(1) Almaccari I. 380, 381 y 385.

El califa, pues, seguido de aquellos altos hombres, pero rodeado de cerca por sus esclavones, que antes le servian de guardas y carceleros que de escolta de honor, salió de su alcázar por los jardines y huertas inmediatas, dirigiéndose por la puerta de Sevilla á Medina Azzahira. Dobles filas de caballería ceñian por ambos lados el camino, robando á la vista de los curiosos, con sus espesas y enhiestas lanzas, la augusta persona del emir y el lucido séquito que le acompañaba.

El hagib habia hecho coronar los muros y puertas de Azzahira con innumerables cabezas de cristianos, cercenadas en la última gazúa, y enarboladas en luengas picas, ya fuese por ofrecer un agradable espectáculo á los celosos muslimes, ó ya fuese por inspirar espanto á sus enemigos.

Desde la puerta principal de Medina Azzahira, adornada además de las cabezas, con muchas banderas y trofeos rumíes, se habian formado hasta la del alcázar principal todos los ginetes negros y gran muchedumbre de los slavos que tenia para su guardia el hagib, adornados todos con lujosos vestidos y lucientes armas y armaduras. En medio de ellos pasó el califa Hixem, no sin admirarse á pesar de la irreflexion propia de sus años y su carácter, al ver rodeado á su ministro de una guardia no menos lucida que la suya.

Pero la sorpresa del niño Híxem subió de punto cuando, subiendo las escaleras del alcázar con el hagib y comitiva, se halló á la entrada del salon que Mohammed tenia destinado para sus audiencias y recepciones. Allí miró ordenados delante de lujosos asientos y estrados los caballeros de su axxorta ó guardia particular, ricamente vestidos y armados, y en medio de ellos un walí ó presidente que ocupaba un asiento mas rico y elevado (1). Dentro del salon, magníficamente decorado, descollaba un *serir almalic* ó trono real de extraordinaria riqueza, y todo en fin, ostentaba la misma pompa y grandeza que se usaba en el sólio del califa.

(1) Almaccari I. 381.

El hagib llegando con Hixem al pie del excelso trono, le invitó á sentarse en él, como lo hizo, ocupando Mohammed un estrado á su izquierda y asentándose en otros inferiores los wacires, walíes, alcaides de las huestes y demás altos personajes de la córte.

Entonces delante de aquella grey de árabes el emir Hixem, prevenido ya para el caso por su hagib, declaró en breves palabras cuán venturoso se consideraba, asi como tambien á su pueblo, por estar el gobierno en manos de un varon tan celoso por la gloria del Islam y bien de los muslimes, y que habiéndole ya autorizado para tener el gobierno universal mientras que á Alláh pluguiese, le consentia asimismo rodearse de la misma pompa y grandeza que si fuese un rey, como convenia á sus merecimientos y autoridad.

El concurso oyó estas palabras con el respetuoso temor que le inspiraban las razones del hagib, pues no podian dudar de que él las hubiese sugerido.

Despues de esta ceremonia fueron admitidos en la real estancia algunos mensajeros del Oriente y del Africa, que en nombre de varios walíes, emires y soberanos, asi musulmanes como rumíes, traian al hagib ricos presentes de espadas damasquinas, corazas y armaduras yemenies, caballos generosos y alfombras de Persia, perfumes y esencias, marfiles, aves raras y muchas alhajas y preseas de gran valor.

Presentáronse luego en el salon, despues de obtenida la licencia del hagib, ciertos magnates y señores cristianos de Leon y Castilla, entre ellos el conde *don Vela de Nágera y Alava* y sus hijos mancebos, los cuales venian á felicitar á Mohammed por la dedicacion de Medina Azzahira y á ofrecerle nuevamente sus servicios. El hagib recibió á aquellos rumíes con mucha cortesía y aceptó con grandes muestras de estimacion los presentes de armas y otras preseas que le traian, añadiendo que estimaba tanto mas aquellas ofrendas cuanto mayor era la aficion que él tenia á las cosas cristianas, como lo atestiguaban los trofeos rumíes que adornaban aquellos alcázares.

Así Mohammed humilló disimuladamente á aquellos condes traidores, mostrándoles para su confusion y mayor admiracion de su poder las presas cristianas, que cogidas en sus gazúas, se veian por donde quiera en aquel palacio. Ellos aterrados mas y mas, le ofrecieron y aun le rogaron vilmente que contase siempre con su ayuda para las entradas que hiciese por tierra de cristianos, suplicándole solo que respetase sus heredamientos y señoríos. Prometiólo el hagib y los despidió regalándoles ciertas *hollas* ó túnicas de honor, que para vestidura de ignominia les hizo vestirse allí mismo sobre el acero de sus armaduras, prometiéndoles que pronto se avistaria con ellos en las fronteras de sus estados.

Si la vista de aquellos trofeos ganados en la guerra contra los cristianos puso mayor espanto en el corazon flaco y cobarde de los condes traidores, no fué menor la confusion y el miedo que probaron muchos altos hombres del estado cordobés al mirar adornados tambien los suntuosos aposentos de aquellos alcázares con muchas preseas y alhajas de gran estima, que el hagib, declarándolas bienes del estado, se habia apropiado de la confiscacion de sus enemigos árabes. Asi la magnificencia y riqueza que ostentaba en su casa el tirano, siendo igualmente odiosas á moros y cristianos, en todos provocaban sentimientos de odio ó de miedo y consternacion.

CAPÍTULO VII.

Bellezas de Azzahira.—Versos en loor del hagib y de Azzahira.—Mohammed encierra al califa en su alcázar y se arroga todo el poder.

Despachados aquellos y otros negocios, el hagib levantó la *macama* ó sesion pública, despidió á los xeques y magnates y condujo al califa á los vergeles que rodeaban el soberbio alcázar, acompañándole algunos eunucos y otros mancebos slavos, únicos que trataban de cerca á Hixem y eran admitidos á sus entrevistas con Mohammed. Entonces se presentaron, seguidas de sus doncellas, algunas mugeres del harem del califa invitadas para estos festejos, y con ellas la hermosa Ismá, que en aquel instante, encontrando risueño y benigno el rostro del hagib, olvidaba todos sus pasados dolores.

En compañía de estas jóvenes beldades se asentaron el emir y su ministro en medio de una excelsa y espaciosa cobba ó templete labrado de jaspe y pórfido con recamos de oro, que se reflejaba vistosamente en el líquido cristal de una albuhera. En medio de esta cobba se admiraba el raro prodigio de un juego de agua, que figuraba una fuente rodeada de naranjos artificiales, cuyas ramas

y follage eran de plata y los frutos de oro. En las ramas de estos árboles se veian posadas multitud de aves de los mismos metales preciosos esmaltados primorosamente de varios colores, las cuales dejando caer de sus picos cristalinos raudales de agua sobre la anchurosa taza de jaspe donde brotaba la arboleda, formaban, merced al ingenio del artífice, varios y cadenciosos gorgeos. Semejante portento se admiraba en algunos leones de metal recostados magestuosamente en los umbrales de varias puertas, con tal artificio, que al abrirse las hojas dejaban escapar de sus bocas cierto rugido amenazador, como si fuesen vivos y amenazasen devorar á los que quisiesen entrar por fuerza en aquel recinto (1).

La cobba que dejamos descrita con el maravilloso y rico juego de agua, se alzaba en medio de un patio del alcázar, ceñido en cada costado por una galería de ligeras y esbeltas columnas, alzándose encima otros arcos con ventanas y agimeces, por donde diversas mansiones de aquel palacio recibian luz, aire y los aromas de las flores, que en vistosos cuadros y dibujos embellecian el patio. Aquel lugar deleitoso era el destinado para el harem, y allí tenia ya su morada Ismá, como la escogida por el hagib para sultana y predilecta entre sus demas mugeres.

En las extremidades de aquellas galerías abríanse puertas custodiadas por los celebrados leones, y cuyas hojas cubiertas con planchas de oro purísimo primorosamente cincelado, se abrian bajo quiciales labrados tambien del mismo precioso metal. Las paredes de los aposentos contiguos se veian cubiertas, parte con estrellas plateadas sobre fondo azul, parte con otras elegantes labores, y los techos representaban en sus preciosas y brillantes pinturas cuadros de la naturaleza, como paisages del campo y de los jardines, con sus flores, fuentes, aves y escenas de cacerías. Con estas y otras maravillas de la riqueza y el arte oscurecian aquellos alcázares la celebridad de los que el rey *Annoman* erijió cerca de Hi-

(1) Véanse los versos que traducimos despues.

ra (1), y de los mismos que Harun Arraxid y Zobeida, la del precioso collar, fundaron en Bagdad, y que eran tan famosos entre los árabes (2).

Ismá, sentada al lado de Mohammed bajo la elegante cobba, contemplaba con embeleso aquellas maravillas que añadian encanto á los sueños de su amor, cuando el hagib ordenó que entrasen los *xaires* ó poetas, los *rawies* ó narradores de cuentos, las muchachas cantoras y los gentiles mancebos escanciadores, para celebrar con himnos de júbilo aquel dia venturoso. Entonces el gefe de los escanciadores, alto funcionario del alcázar, puso en manos del hagib una copa de genoroso vino, que por su encendido color se creyera exprimido de las mejillas del gentil mancebo que lo presentaba (3). El hagib tomó la copa en sus manos y alzándola dijo:

—Nuestra ley y sunna nos prohiben el uso de esta bebida embriagadora, que á veces causa un delirio consejero del vicio ó del crímen. Pero el *Rasul* de *Alláh* (4) nós permitió gozarnos en los despojos ó presas de los enemigos, y este añejo y generoso licor, sino mas bien bálsamo que cura al alma, ha sido tomado en las comarcas de Peralta y de Burdal (5) en tierra de Afranch, para que alterne con los de Malaca y Xerix (6). Regocijémonos, pues, con su piadosa bebida para remision de nuestras culpas, y tú, excelso emir almumenin, danos el ejemplo como conviene á tu grandeza.

El califa mancebo, recibiendo la copa de manos de Mohammed, la apuró hasta el fondo, porque su ayo y hagib le tenia acostumbrado á cuanto pudiera inclinarle al vicio. Despues el mismo Mohammed pasó la copa otra vez colmada á manos de Ismá, que velada en rosados cendales, asistia trémula á aquella fiesta. La

(1) Los famosos palacios *Jawarnac* y *Sedir*, de que hablaremos mas adelante.

(2) Véanse sobre estas riquezas y preciosidades de los alcázares de Almanzor los versos de poetas contemporáneos que cita Almaccari y que nosotros traduciremos en este mismo capítulo.

(3) Es imágen de un poeta árabe.

(4) El apóstol de Dios: Mahoma.

(5) Burdeos,

(6) Málaga y Jerez.

tierna beldad, por mandato de Mohammed, alzó apenas el flotante cambux que la velaba el rostro, dejando ver una parte de su bellísima faz, que demostraba sin embargo, la completa hermosura de que la dotó el Criador. Así suele mostrarse en el cielo la reina de la noche, escondiendo parte de su brillante rostro en las apiñadas nubes del horizonte. Las copas rodaron, en fin, repetidas veces en derredor de aquella alegre concurrencia, apurándose gran cantidad de generosos vinos. Entonces un ilustre poeta cortesano que allí asistia, llamado *Saed* el *Logawi* (1), venido de Bagdad en el Oriente, dirigió al hagib estos versos:

«Oh rey victorioso: ¡qué bien muestras tu ilustre orígen del Yemen, tú que penetras con tus victorias por el corazon de las haces apiñadas, alimentándote de la matanza y conversando familiarmente con las lanzas y las espadas penetrantes!

»Mas aquí ostentas obras mas risueñas: esa fuente que corre sobre mármoles tersos y resplandecientes y que derramándose en el prado, le fecunda y hace florecer.

»Tú la mandaste brotar y se levantó lanzando copioso raudal, como tú te alzaste para esparcir el riego de tu generosidad sobre los árabes y los bárbaros.

»En esas abundosas aguas, que rizadas se deslizan, cree ver la imaginacion las lorigas y broqueles de que se despojase un numeroso ejército.

»En derredor plantaste alineada una arboleda frondosa y florida, que ostenta hojas de plata cuando sus frutas son de oro.

»Esta maravilla y soberano portento, cuanto asombra y fatiga la mente del que le contempla, tanto atrae y llama á visitarle al que oye hablar de él, como de un sublime prodigio.

»¡Oh! nunca vendrán ya tiempos tan venturosos en que se vuelva á ver semejaute portento (2).»

(1) Llamábase *Saed Abulalá* el *Logawi*, el Bagdadi: dicen que era oriundo de Bagdad y nacido en Mosul. Almanzor le nombró su wacír. Murió en Sicilia en 410—1019.

(2) Versos copiados por Almaccari, texto árabe de la mencionada edicion, pág. 382 del tomo I.

El califa, el hagib, y los demás convidados aplaudieron estrepitosamente al poeta, y animándose otro con la buena acogida del anterior, empezó así:

«¡Cuán hermoso es, oh victorioso caudillo, este regio alcázar y cuán propio de tu grandeza! ¡Cómo su ilustre morada resplandece con tu gloria!

»La luz que brilla en este alcázar es tal, que si pudiesen ungirse con ella los ojos de un ciego, volvería á su casa gozando ya de la vista.

»El céfiro que en él sopla, nace de la misma esencia de la vida y es capaz de reanimar el polvo de los sepulcros.

. . . .

»Aventaja en excelsitud al *Jawarnác* y al *Sedir* (1) y su magnificencia es tal, que comparándola con la del mismo *Iwán* (2), nada se hallaría en este palacio, con ser tan famoso, que parezca digno de celebrarse.

»Obra de arquitectura tan maravillosa, no hubiesen acertado á ejecutarla aquellos antiguos persas, tan peritos en levantar fábricas gigantescas cuanto en su traza y ornato.

»Largos siglos pasaron sobre romanos y griegos, y no fundaron para sus monarcas edificio semejante á este, ni siquiera que pueda comparársele.

»Nos recuerdas el paraiso cuando nos muestras estos cenadores de excelsa extructura y estos salones grandiosos y magníficos.

»Los hombres piadosos, al reconocer en ellos las gracias y dones de Alláh, multiplican sus buenas obras y se confirman en la esperanza de los jardines del Eden y de las vestiduras de seda (que allí les están destinadas).

»Los mismos pecadores (con este espectáculo que hace presen-

(1) Famosos alcázares fundados cerca de Hira, ciudad del Irac ó Caldea, por el emir árabe Noman I, por los años 400 de J. C. Dirigió su fábrica un célebre arquitecto persa llamado Sennamar.

(2) Magnífico palacio fundado en la ciudad de Ctesifon, por el célebre rey de Persia *Josrú Parwiz ó Cosróes*, que murió en 628 de J. C.

tir el paraiso) se dirigen por la senda del bien, y con acciones virtuosas, expian sus culpas.

»Este palacio, aunque es un cielo, desdeña á los que ilumina la luna en su mayor brillo y plenitud, porque en él resplandece tu astro victorioso.

»Por tanto, yo imagino que he sido transportado en sueños al paraiso, al contemplar su magnífica y real grandeza. . . . . .

»Leones de metal muerden los llamadores de sus puertas, y al sonar, parece que sus bocas repiten estas palabras: *Alláh acbar* (¡cuán grande es Alláh!). . . . .

»Los mármoles que pavimentan este alcázar, parecen alfombras de polvo utilísimo perfumado con alcanfor.

»Sus filigranas son de perlas, y la tierra parece de suave almizcle; tan fragante es el olor que exhala.

»Su esplendor, en fin, podria volver la luz de la mañana cuando el dia empieza á declinar y oscurecerse (1).»

Así cantó el poeta. El hagib muy complacido de sus versos, le dijo:

—Bello elogio, aunque algo exagerado, has hecho de estos alcázares: luego mandaré á mi tesorero que te cuente cien dinares. Pero además te regalaré una de mis bellas esclavas, si aciertas á celebrar toda la hermosura de estos leones y aves que arrojan el agua en medio de los verjeles. Aunque nuestra ley apenas consiente tal género de arquitectura, yo he querido imitar el ejemplo de lo que hizo Abderrahman Annasser en Medina Azzahrá, con quien deseo que compita mi Azzahira.

—Tu grandeza y tu generosidad, respondió el xair, me suministran ya las inspiraciones que deseas. Oyeme pues:

«Los leones que reposan magestuosamente en esta régia morada, dejan resonar, en vez de rugidos, el murmullo del agua que se derrama de sus bocas.

(1) Estos versos y los que siguen los hemos traducido del texto árabe de *Almaccarí*, que copia *Juan Humbert* en su *Chrestomathie árabe*. París 1819, pág. 96 á 108.

»Sus cuerpos parecen cubiertos de oro, y en sus bocas se liquida el cristal.

»Aunque en realidad descansan estos leones, parece que se agitan y que provocados se enfurecen. Creeríase que recuerdan sus pasadas carnicerías y que se vuelven rugiendo para embestir.

»Al reflejarse el sol en la superficie de su bronce, parece que son de fuego, y que sus lenguas pendientes son llamas que despiden.

»Mas al ver que es agua lo que sale de sus bocas, se dirá que vomitan espadas, que derritiéndose, aunque sin fuego, se llegan á confundir con el cristal del estanque.

»El céfiro, rizando su undosa superficie, la asemeja á una cota de malla, cuyos anillos ha enlazado con justa medida y engarce.

»En derredor de una arboleda cargada de frutos maravillosos, contemplan mis ojos un mar tempestuoso de prodigios (1).

»Esa admirable arboleda de oro inclina á el alma á un encanto que deja en ella hondos vestigios.

»Sus ramas encorvadas parece que se doblan al peso de las aves que sostienen.

»Y es que las aves, deseosas de permanecer en el ramage, rehusan abrir sus alas para remontarse en el espacio.

»Ved como del pico de cada una corre el agua límpida á manera de un caño de plata.

»Aunque mudas estas aves, debeis contarlas en el número de las mas elocuentes, pues con el agua que vierten modulan gorgeos, sones y silbos.

. . . .

(1) Por este y otros rasgos semejantes que abundan en estos fragmentos de poetas árabes, se vé que adolecen del estilo conceptuoso é hinchado propio de la poesía oriental. Pero como tales defectos se ven compensados con la belleza y novedad de muchas imágenes, no hemos dudado dar cabida á aquellos versos en este cuadro histórico, donde además tienen lugar oportuno por ser de autores contemporáneos á los sucesos que referimos.

»Al caer el agua sobre el estanque en gotas argentinas, dejan ver sobre el jaspe azul un rocío de perlas (1).

»La hermosura de estas fuentes, en fin, te sonrie, oh señor, dejando aparecer á manera de dientes el brillo de los astros que reflejan.»

Estas descripciones de los maravillosos juegos de agua y fuentes, complacieron sobremanera al hagib, que mandó llamar al punto al guarda de su harem para que entregase al poeta la esclava que eligiese; pero el cantor, dejándose arrebatar de otra inspiracion, le replicó:

—Esperad, señor, que celebre otras bellezas de vuestros alcázares, y volvió á recitar:

«Los umbrales de estas puertas son de oro purísimo, y todas sus hojas se ven adornadas con preciosas labores hechas á cincel.

»Los clavos ó botones de oro que sujetan las láminas, resaltan graciosamente como los pechos de las huríes del paraiso de sin par belleza.

»El sol cubre estas puertas y sus labores con un velo de resplandor que rechaza la vista embotada.

»Al tornar la vista á los peregrinos dibujos de los techos artesonados, vemos con asombro un florido vergel suspendido en el cielo.

»No puedo mirar sin admiracion esas golondrinas de oro, que parecen volar en derredor para fabricar en la altura sus nidos.

»Con tal habilidad han acertado los artífices á manejar allí sus buriles y pinceles, que han representado hasta la sombra del animal que huye del cazador.

»No parece sino que el sol, reflejando allí sus brillantes rayos, prestó á los artífices sus tintas y colores para formar esas pinturas doradas y esa variedad de follages.

(1) Donde la niebla en perlas se deshace
Y las perlas en plata cristalina.
Cantó Zorrilla celebrando los alcázares y verjeles de Granada.

»Oh rey de la tierra, á quien el rey del cielo ha querido dar mil victorias contra sus enemigos.

»¡Cuántos alcázares de los reyes que te han precedido, deben menospreciarse si con los tuyos se comparan!

»Tu los has fundado y en ellos gozas del supremo poderío y grandeza, destruyendo completamente á tus adversarios.»

Con estas y otras composiciones, inspiradas por las maravillas de aquellos alcázares, celebraron los poetas cortesanos la inauguracion de Medina Azzahira, recibiendo en recompensa espléndidos regalos de la generosidad de Mohammed. Uno de ellos, el que mas satisfizo al hagib con la descripcion de los maravillosos leones recibió, segun su promesa, una hermosa doncella cristiana, cautivada en la gazúa de Galicia. Tambien en este dia envió Mohammed de regalo al xeque Abdelmelic Ebn-Xoheid, que le habia favorecido en sus malos tiempos, cuatro cautivas cristianas, cojidas en aquella expedicion. Entre ellas habia una mas encantadora y principal entre su gente, á quien iban sirviendo otras tres menos señaladas en hermosura y linage, y con ella mandó el hagib una carta en verso que empezaba así:

«Te envio esas hermosas cautivas semejando la mas bella al sol del mediodia rodeado de tres soles de la mañana.»

Con menos exajeracion celebra otro cronista árabe este presente, diciendo que Mohammed envió á su antiguo valedor una preciosa doncella cristiana que semejando en belleza y majestad á la reina de la noche, iba acompañada de otras tres que parecian astros (1).

La inauguracion de Medina-Azzahira, fué celebrada con muchos festejos y regocijos públicos de toros, cañas, zambras y otros que no describimos por no dilatar demasiado nuestra relacion. Al punto Mohammed fijó allí su residencia, pasando á vivir á aquellos alcázares con su familia, guardia y servidumbre. Allí trasladó tambien todas sus oficinas y las principales del Estado; hizo llevar las

(1) Almaccari I. 385 y alibi.

arcas del real erario con todos sus tesoros, y mandó por sus mensages á las provincias del Andalus y de Africa, que acudiesen á aquel alcázar con sus tributos, en vez de enviarlos, como era costumbre, al alcázar del califa en Córdoba (1).

Viéndose ya libre de muchos enemigos, y fuerte y poderoso en Medina Azzahira, de buena gana hubiera llevado consigo al emir Hixem, pero no queriendo dar ante el pueblo el escándalo de sacarle del palacio de sus mayores, creyó mas prudente el tenerle allí como encerrado, poniéndole bajo la custodia y vigilancia de ciertos oficiales slavos, que profesaban al hagib particular aficion por sus singulares larguezas y beneficios. Estos le guardaban, no solo con sus personas, sino con ayuda de otros slavos y negros armados y muchos porteros que le custodiaban y observaban dia y noche (2), no consintiendo que persona alguna entrase á verle ni comunicarle á excepcion de walí ó prefecto de los hagibes (3) oficial muy afecto á Mohammed. A los mismos wacires ó consejeros, cuyos títulos habia conservado el hagib, pero quitándoles la realidad de sus cargos é intervencion, no les permitió desde entonces que entrasen en su presencia sino en ciertos dias señalados, en que venian á saludarle como por ceremonia y luego se retiraban (4).—«Por este tiempo (añade un historiador árabe) el hagib »cercó de un muro el alcázar del califa é hizo abrir en todo su »circuito un ancho foso, poniendo además guardas y velas que cus»todiasen las puertas. Apartó al califa de la vista de todos, mandó »á sus porteros que ni permitiesen entrar persona alguna en su »presencia ni que recibiese la menor noticia de los negocios pú»blicos. Así tenia á su señor como preso en sus manos é ignorante »de cuanto sucedia; pues encargó á una persona de su confianza »que observase hasta los movimientos del sultan (5).» Tambien por consejo de Almanzor, el emir Hixem dejó de acudir á la aljama

(1) *Almaccari I.* 256 y 381.
(2) *Almaccari I.* Pág. 382.
(3) El mayordomo mayor.
(4) *Almaccari I.* 388.
(5) Bayan II. 298.

para los ejercicios y prácticas religiosas, sino en la Pascua y otras grandes fiestas. Pero aun en estos casos el califa era conducido á la mezquita por cierto camino encubierto, y cuando entraba en ella, tomaba puesto en lo mas recóndito de la macsura, ó recinto cercado de espesas verjas inmediato al mihráb, y de la cual no salia hasta que todo el gentio despejaba el templo. Entonces se volvia á su cercano alcázar por el mismo camino oculto y rodeado de sus siclabies y guardas, de suerte que con dificultad era visto de persona alguna del pueblo. El califa en fin, llegó á no salir de su encierro (1) sino para visitar á su ayo en Azzahira y acudir á sus placeres, y entonces le sacaban á caballo confundido entre la comitiva de sus mugeres, y envuelto en un albornoz semejante al que ellas usaban, de manera que no era posible distinguirle entre aquella muchedumbre. En el momento de salir con tales ocasiones Mohammed mandaba por un pregon que se apartase la gente y despejase la calle ó camino por donde habia de pasar. Al principio y estando el hagib en la córte, hacia salir algunos dias á Hixem en compañía suya, cabalgando con los ginetes slavos; pero despues para acostumbrar al pueblo á que se pasase sin ver al califa, discurrió otro medio de hacerle salir siempre encubierto con las mugeres, prestándose á ello la rara docilidad de aquel mancebo.

(1) Almanzor habia cuidado de que aquel encierro fuese lo mas deleitoso posible, para que el califa no echase de menos la libertad de que carecia. Los dilatados vergeles y huertos que rodeaban el alcázar, embellecidos con toda gala y magnificencia por órden del hagib, ofrecian á su pupilo el retiro y morada de delicias, que muchos siglos despues celebró en los siguientes versos nuestro poeta *Arolas*, inspirado por la musa de la historia.

«Cisnes de oro purísimo labrados
»sobre conchas de pórfido en las fuentes,
»enmedio de jardines regalados
»derramaban las linfas transparentes.
»Los limpios baños de marmóreas pilas,
»dó el agua pura mil esencias toma,
»cercaban lirios y agrupadas lilas
»de tintas bellas y profuso aroma.
»Damascos y alcatifas tunecinas
»del palacio adornaban los salones
. . . .
»y las fuentes de plata reflejaban
»del alcázar los altos minaretes.»

Cuando el hagib marchaba con el ejército, los esclavones encargados de su custodia le guardaban tan estrechamente que al salir á pasear por los jardines, aunque iba rebozado con el traje femenil, por si acaso era conocido, no dejaban que persona alguna se llegase á él, ni le llamase la atencion, ni aun los eunucos y guardas del harem (1). Este envilecimiento y oscuridad en que Mohammed sumió al califa, fueron causa, como observa un autor árabe (2) de que el imperio Umeya fuese desarraigado de España. Mas extraño todavía debe parecer lo que cuenta cierto historiador cristiano (3) á saber; que tambien le fué vedado á aquel pobre califa el trato con la sultana su muger, sin duda porque la suspicacia del hagib se recelaria que ella pudiera hacerle volver en sí y rebelarse contra el tirano que le esclavizaba.

Pero el inexperto é imbecil mancebo, corrompido con los placeres, no se curaba de recobrar sus derechos y autoridad, sino que encerrado en su alcázar permanecia indiferente á todo, ignorando cuanto pasaba en su imperio. El pueblo por su parte se hubo de acomodar á recibir las leyes que en nombre de Hixem les imponia el hagib. «A ninguno era permitido (dice un historiador cristiano) el acercarse al califa, sino que el hagib y sus slavos decian á todos: así lo ha mandado Hixem, y era forzoso creer á tales medianeros (4).» Todavía Mohammed, respetando el título y autoridad del califa, aunque teniéndole encerrado, lo gobernaba todo en su nombre. Esto dió ocasion á que un ingenio de la córte compusiera ciertos versos satíricos que corrieron por Córdoba, y que criticando la sujecion en que vivia Hixem, concluian de esta suerte:

«El mundo se gobierna con su nombre y el mismo nada tiene en su mano (5).»

(1) Bayan Almoghreb II, 298. Almaccari I. 388 y 389. Don Rodrigo Ximenez en su *Historia arabum*.
(2) *Almaccari*: Ibid.
(3) El mismo arzobispo don Rodrigo.
(4) El mismo arzobispo.
(5) Bayan Almogreb II. 299 á 300.

CAPÍTULO VIII.

Descripcion de Zamora.—Su cerco por el hagib.—Consejo del senior y otros magnates cristianos.—Hace el hagib grandes estragos en el reino de Leon.—Levanta el cerco de Zamora.—Vuelto á Córdoba toma el título de Almanzor.—Sube á la cumbre del poder y destruye á sus enemigos y rivales.—Conquista á Gormaz y Simancas.—Famosa entrada por Afranch, y expugnacion de Barcelona.—Conquista de Coyanza y Sepúlveda.

Pero en medio de tan graves negocios, no descuidaba el hagib las empresas de armas ni borraba de su pecho las huellas del amor. Entrada ya la primavera del año 371 de la hegira, 981 de nuestra era, como le llegase la noticia de que el senior de Salamanca don Rodrigo Gonzalez habia pasado á ejercer el mismo cargo en Zamora, marchó la vuelta de esta ciudad con numerosa hueste de á pié y de á caballo. Llevábale sin duda el deseo de apoderarse de la hermosa Elvira, cuya empresa intentára en vano cuando el cerco de Salamanca (1).

(1) Es de creer que Salamanca fuese en este intérvalo tomada por los moros ó desamparada por los nuestros, como plaza de difícil conservacion por estar situada de esta parte del Duero. Sea de ello lo que quiera, don Rodrigo debió con tiempo enviar á su hija á lugar mas seguro para librarla de la persecucion del hagib.

En la orilla derecha del rio Duero, que con su larga y undosa corriente sirve de límite y valladar entre la España cristiana y la sarracena, se levanta la ciudad de Zamora, fortísimamente defendida por los leoneses como plaza fronteriza y llave de aquel reino. Por la parte del norte y occidente la defienden los montes, por la de sudoeste un fuerte castillo, por la del mediodia el rio Duero, y además circuyen todo su recinto, por donde no lo impide la fragosidad del terreno, siete órdenes de robustos y torreados muros. Para mayor defensa, al rededor de estas fortificaciones se abren otras tantas líneas de fosos, por donde, en caso necesario se vacían las aguas del Duero, de suerte que la ciudad queda aislada é inaccesible (1), con que no es maravilla que resistiese muchos y largos cercos de los moros fronterizos.

Ya hacia mucho tiempo que la derrota sufrida por Abderrahman el Grande entre aquellas murallas y hoyas en el año 327-938, tenia bastante escarmentados á los moros para que esquivasen el cerco de tan fuerte ciudad. Por eso el caudillo Mohammed, conociendo lo difícil de esta empresa á que le incitaba su amoroso afan, había acudido á ella con numerosa hueste, en que se distinguia por su lucido y marcial aspecto, la caballería de Toledo, que acaudillaba el walí de esta ciudad *Abdallah-Ebn-Abdelaziz* (2). El hagib hizo alarde de su gente en la orilla izquierda del Duero, y como quedase satisfecho de su número y buenos ánimos, les ordenó que pasando á la otra ribera plantasen sus tiendas y estancias en derredor de Zamora, cercándola estrechamente. Ejecutóse así, asentando los moros muchas máquinas de expugnacion contra los muros y torres de la ciudad, y combatiéndola reciamente por muchas partes. Al mismo tiempo Mohammed envió sus algaras á correr y talar los campos de todo el contorno, en donde hicieron grandes estragos. Entonces aconsejados por su flaqueza y des-

(1) *Almaccari I.* 228.

(2) Este Abdallah era llamado por los cristianos *Piedra Seca*, á causa tal vez, de la dureza de su carácter ó de su avaricia.

lealtad, algunos condes y señores cristianos de los aliados del hagib, entre ellos el conde gallego don Rodrigo Velazquez, acudieron á ofrecerle sus servicios y á suplicarle que librase las tierras de sus propios señoríos de la desolacion y el despojo.

Entre tanto el senior de Zamora don Rodrigo Gonzalez, su hermano don Guillen y otros magnates y caballeros cristianos reunidos en la fortaleza de la ciudad, deliberaban sobre el negocio de su defensa. Don Rodrigo, que á las prendas de su alto linaje y singular esfuerzo reunia notable prudencia y saber en las cosas de la guerra, despues de escuchar los consejos y dictámenes de los otros señores allí congregados, habló asi:

«El riesgo de esta invasion enemiga es mayor por los azares y »peligros que aqui dentro se han suscitado. Galicia se ha levanta»do contra Leon, y pronto dos reyes se disputarán el trono de »esta monarquía. Los condes y altos hombres gallegos, exaspera»dos por la altivez y aspereza con que los empezó á tratar el rey »don Ramiro, como mancebo imberbe y sin prudencia, le niegan »el vasallaje debido, y se dice que tratan de alzar por rey, con la »autoridad que les dá su mucho poder, al príncipe Veremundo, »hijo como sabeis, de Ordoño III. Tales son las noticias que he »podido alcanzar de estas maquinaciones, que á pesar de urdirlas »mis deudos y naturales, no puedo menos de reprobarlas y lamen»tarlas en los dias calamitosos, que por el inmenso poder de la »morisma corren para nosotros. Don Ramiro, avisado ya del caso, »marchará al punto desde Leon para someter, si puede, á los re»beldes de Galicia, pero dificulto que lo consiga, y entretanto, »¿cómo acudir á la guerra de los moros y guarda de la frontera, »estando así discordes los cristianos, cuando acordes y congre»gados apenas son bastantes? El conde de Castilla Garci Fernan»dez, aunque tan falto de fortuna como sobrado de esfuerzo, pu»diera valernos mucho con su ayuda; pero tambien le tiene eno»jado don Ramiro, y asi todo su afan se cifra en hacerse inde»pendiente. La ciudad, cuya defensa tenemos á nuestro cargo, es »por demás fuerte, y sus muros y fosos oponen siete barreras á

»las embestidas de los infiéles; pero la plaza está enteramente »cercada, y como no hay esperanzas de que nos venga socorro, »por mas que resistamos un largo cerco, al fin nos veremos estre»chados por el hambre. No hay, pues, otro medio de salvacion »que usar de la audacia, y á riesgo de vencer ó morir, lanzar»nos sobre el enemigo. Nuestra salida puede llevarse á cabo fácil»mente esta misma noche por los puentes prevenidos al intento, »y con saberlos retirar en caso de que nos persigan los enemigos, »bastará para que perezcan anegados los infieles en las aguas, que »como una serpiente enroscada en siete anillos, se agitan entre los »muros al pie de nuestra ciudad.»

Aprobado este parecer, los defensores de Zamora, acaudillados por su gobernador, salieron aquella noche de la plaza y dieron un poderoso rebato sobre el real de los moros. Pero el hagib que siempre tenia á su gente sobre las armas, rechazó valerosamente á los cristianos, prohibiendo sin embargo á los suyos que persiguiesen á los zamoranos por los puentes y fosos, en donde en tiempo de Abderrahman III habian perecido lastimosamente tantos muslimes. (1).

De tal suerte prosiguió por algunos dias el cerco de Zamora, resistiendo tenazmente sus esforzados defensores las recias embestidas de los moros. Viendo, pues, el hagib que por la mucha fortaleza de la ciudad se dilataba la conquista y temiendo que se dificultase mas con algun socorro que recibiesen aquellos cristianos, quiso llamar á otra parte la atencion de los leoneses. Con tal intento dejando sobre Zamora al caudillo Abdallah con alguna gente, él con el grueso del ejército se entró mas adentro por el reino de Leon, amenazando acometer á esta misma ciudad. Esta diversion prudujo en parte el efecto que ansiaba el caudillo moro; pues asustado el rey don Ramiro, envió á llamar alguna gente de la que presidiaba á Zamora para que acudiese á defender aquella córte, y con ella al conde don Guillen Gonzalez, hermano de don

(1) En la batalla de Aljandic.

Rodrigo. No se atrevió Mohammed á penetrar hasta Leon, pero ejecutó grandes talas y estragos, y como revolviese de improviso sobre Zamora, halló que los cristianos habian suplido con nuevas fortificaciones y reparos la mengua de defensores. No por ello dejó de estrechar nuevamente la plaza con muchos combates y tratando de reducirla por hambre y por terror, corrió toda la comarca, arrasó las campiñas, desoló hasta mil alquerías y lugares abiertos, abatió muchos castillos de la frontera, é hizo, en fin, grandes presas, matanzas y cautiverio de los moradores. Pero los de Zamora oponian la mas viva resistencia, sobre todo los que defendian la alcazaba ó fortaleza principal, haciendo mucho estrago con sus tiros y sus frecuentes espolonadas en los reales enemigos. Al cabo el hagib, viendo desalentada su gente y desconfiando de poder lograr por entonces su designio, porque conocia que la ciudad era inexpugnable, resolvió aplazar la empresa para otra campaña, volviendo á ella con mayores fuerzas (1).

Alzando, pues, los reales, emprendió la vuelta de Córdoba, llevando cuatro mil cabezas de cristianos y otros cuatro mil cautivos cogidos en aquella expedicion, para atestiguar con ellos su ventajoso resultado, ya que no fuese tan fausto como se lo habia prometido. Deseando Mohammed preparar los ánimos de los cordobeses para un alto fin que se proponia, ordenó que el walí Abdallah entrase con alguna anticipacion en Córdoba con la *mocaddama* ó vanguardia de la hueste y aquellos sangrientos trofeos de la última gazúa. Con este espectáculo, deseosos los cordobeses de saludar al ilustre caudillo, salieron á recibirle con gran alborozo y le aclamaron *Almanzor*, que en la lengua árabe significa el victorioso. Mohammed al oir estos clamores, alzó la voz y con fingida humildad dijo:

«Acepto ese dictado; pero no en el sentido que me le dais, sino en el de ayudado por Alláh (2).»

(1) Engáñase don J. A. Conde, al decir que en esta expedicion Almanzor y Abdallah tomaron á Zamora; pues segun el autor árabe *Ebn-Alabbar* citado por M. Dozy: *Recherches* I: 273, no llegaron entonces á conquistarla.

(2) La palabra *Almansur* ó *Almanzor*, tiene entrambas significaciones.

De aquí Mohammed tomó ocasion para llamarse con el pomposo dictado de *Almansur* ó Almanzor (1), asemejándose con esto á los califas y soberanos, que solian tomar al subir al poder tales ostentosos títulos. Entonces, para que el nombre del califa Hixem se fuese borrando de la memoria de los hombres, mandó que con el suyo se autorizasen todas las escrituras, memoriales y documentos públicos. Y aunque al principio solia encabezar los albarás (2) y edictos con el nombre del califa, despues sustituyó en su lugar estas palabras: Del *hagib Abu-Amer Mohammed Ebn-Abi-Amer* etc. (3).

Y puesto que no osase tomar el título soberano de emir ó califa, sus aficionados ó aduladores solian llamarle el *Malic* ó el rey, con cuyo nombre es conocido tambien por algunos historiadores (4). Cuéntase tambien que los moros, sin duda los parciales y aficionados de Almanzor, trataron muchas veces de alzarle por rey ó soberano; pero que él lo rehusó siempre por no destronar á Hixem. Sin duda procedió así por prudencia, pues no faltándole para ser monarca mas que el nombre, no quiso arriesgar para la satisfaccion de esta inútil vanidad su poder y fortuna, si escandalizados los árabes llevaban á mal que un hombre nuevo como él ocupase el solio de los califas, destronando á los Benu-Umeyas.

Desde entonces empezó para Mohammed, ó llámesele ya Almanzor, la época de su mayor engrandecimiento, pues fué cuando se arrogó todas las prerogativas reales, no dejando al califa mas pree-

(1) Con mas gloria Alahmar el de Arjona, que en el siglo XIII fundó el reino de los *Naseritas* en Granada, rehusó el dictado de *Ghâleb* ó vencedor que por sus victorias le querian dar sus soldados, replicándoles elocuentemente *La Ghâleb illa Alláh*: solo Dios es vencedor. Sabido es que Mohammed Alahmar y sus sucesores en el reino de Granada, adoptaron aquella frase para divisa de sus banderas, para apellido militar y hasta para inscripcion de sus monedas.

(2) Diploma, carta de privilegio, de donde se deriva nuestra palabra anticuada *albalá*.

(3) Bayan II. 299 á 300 Almaccari I. 250.

(4) El célebre historiador *Ebn-Said*, citado por Almaccari I. 259, empieza la biografía de Almanzor con estas palabras: *El rey grande Almanzor Abu-Amer, etc.*

minencia que la de un vano título, y de que su nombre era el que se grababa en las monedas y se pronunciaba ante el pueblo reunido en las aljamas, en las saláes ú oraciones públicas. Pero aun de estas vanas distinciones se arrogó Almanzor alguna parte, haciendo grabar tambien su nombre en las monedas (1) y que se pronunciase desde los mimbares en las rogativas y preces despues del nombre del califa (2). Almanzor en fin, se hacia tratar por sus subalternos y servidumbre con el mismo respeto que si fuera el emir, pues jamás entraban en su presencia sus wacires sin que le besasen reverentemente la mano (3).

Proseguia en tanto el hagib en la obra empezada de destruir y exterminar á cuantos xeques y señores, por lo ilustre de su linage, sus riquezas ó alteza de los puestos que habian ocupado, le infundian recelo de que pudieran algun dia disputarle el poder. Con tales miras en el año 372 (982 á 983) tramó y llevó á cabo la muerte del ilustre caudillo Zenete Chafar Ebn-Alí, conocido por Ebn-Alandalusi, de quien se valiera los años pasados para matar á su suegro Ghâleb. Para este fin se valió de *Ebn-Abdelwadud*, de *Ebn-Chehwar*, de *Ebn-Dzinnun*, y principalmente de los caballeros *Tochibitas Maan Abulahwas* y *Abderrahman*, que hicieron matar alevosamente al caudillo Chafar Ebn-Alí, en la noche del 28 de Recheb, de la hegira 372 (4). Mas adelante, y segun su costumbre, cuando ya no necesitó de estos auxiliares, antes bien le inspiraron recelos, los hizo matar (5), como lo ejecutó sucesivamente con los antiguos wacires, walíes de provincias y alcaides de huestes, bastándole para su cruel ejecucion la menor sospecha de enemistad ó descontento, y sobre todo su valér y ascendiente con el pueblo.

(1) En efecto, hemos leido el nombre de Mohammed en muchos dirhemes de Hixem II, debajo de la profesion de fé. El primero en que se advierte esta circunstancia es del año 387–997.

(2) El mismo don Rodrigo Ximenez y Almaccari I. 258.

(3) Bayan Almoghreb II. 299 á 300.

(4) Tres dias por andar de la luna de Xaban dice el autor árabe, es decir, el 15 de enero del año 983 de J. C.

(5) Cuentan estos sucesos Almaccari I. 257 y 258. *Bayan Almoghreb* II, 299 á 300.

Mohammed en fin, para librarse de cuantos pudieran hacerle sombra y oponerse á su engrandecimiento ó contrarrestar su tiranía, no respetó siquiera el linage y familia real de los Benu-Umeyas, antes se ensañó contra ellos particularmente, para que el pueblo no supiese de su boca, como gente allegada al trato del califa, la opresion en que le tenia y las cautelas que empleaba contra él. Llevaba tambien el designio de que si algun dia cansados los árabes de su tiránica dominacion y de la flaqueza de Hixem, derribaban al uno del gobierno y al otro del sólio, no hubiese un personage bastante autorizado por pertenecer á aquella gloriosa y régia estirpe, á quien pudiese elegir para su califa y señor. Así despues que mató, como queda dicho, al emir Almoguira, se cebó en la persecucion de los demás emires y altos varones del linage Umeya, despojando á los mas temibles de la vida y á los otros de sus puestos, fortuna y esplendor heredado, obligándolos con sus persecuciones á huir del alcázar y de la córte, y dispersarse por la tierra, retirándose á lugares apartados y ocultos, refugiándose muchos en cavernas y bosques y emigrando otros á diversas regiones, hasta no quedar de ellos quien pudiese aspirar al waliato ni restaurar los derechos de su familia. Y lo mas odioso é infame es que todo esto lo ejecutó en nombre y como por mandato del califa Hixem, y por mano de la Axortha ó guardia de slavos, como si se tratase de gente criminal y facinerosa.

Los pueblos y tribus moras sufrieron tales injusticias por la admiracion y ascendiente que merced á sus victorias alcanzaba con ellos Almanzor, y porque tambien el miedo que por todas partes inspiraba el terrible y vengativo hagib, ni aun les dejaba pensar en alzarse contra su tiranía. Solo algun poeta, cuidando empero de ocultar bien su nombre, se atrevió á censurar la conducta de Almanzor en estos versos, que se divulgaron entre los andaluces, pero que nunca se repetian sino á media voz y con recelo.

«¡Oh, hijos de los Umeyas! ¿En dónde están aquellos de vuestra estirpe que eran lunas en las tinieblas y en dónde el esplendor de sus astros y luceros?

«Ausentáronse vuestros leones de sus cavernas, y por eso se apoderó del imperio esta zorra (1).»

Pero los cuidados del gobierno y los manejos de su tenebrosa política no robaban al hagib el tiempo necesario para emprender sus gazúas. Su actividad y diligencia, que eran maravillosas, sabian acudir juntamente á tan varias y gravísimas ocupaciones, sin descuidar jamás el algihed ó guerra de frontera, pues con los triunfos que en ella alcanzaba, aumentando cada vez su reputacion, anhelaba, sino justificar, hacer que se tolerasen sus demasías y desafueros. Prosiguiendo en su costumbre de salir con sus huestes al entrar cada primavera y otoño, para romper por tierra de cristianos, entre otros hechos de menor importancia, en 373-983 expugnó el castillo de Gormaz, que parece habia vuelto al dominio de los castellanos (2). En el de 374-984 cercó y ganó con igual fortuna la plaza fuerte de Simancas, degollando á la gente cristiana que la guarnecia, con lo cual, segun dice un historiador, dejó camino abierto para otras invasiones, por ser entonces aquella ciudad como puerta y entrada para todo el reino de Leon (3). No se sabe, sin embargo, que intentase de nuevo el sitio de Zamora, porque sin duda á pesar del amor que le inspiraba Elvira, no se atrevería por entonces á correr el riesgo de salir desairado en tan difícil empresa.

A fines del mismo año 374 de la hegira y corriendo ya el 985 de nuestra era, teniendo Almanzor bastante escarmentados á castellanos y leoneses, quiso probar sus armas contra la gente de *Afranch* (4) libre hasta entonces de sus gazúas y estragos. Para

(1) Almaccari I. 389.

(2) En aquellos tiempos de incesante lucha, las plazas fronterizas tan presto se ganaban como se perdian por moros y cristianos, y así no es de extrañar que en esta historia de Almanzor suenen algunas plazas como ganadas por este caudillo una y otra vez en breve intérvalo de años.

(3) Esp. Sagr., tom. XXXIV, pág. 295.

(4) Segun los geógrafos árabes, las regiones de *Afranch*, con cuyo nombre designan los pueblos francos y otros septentrionales, empezaban en España por Cataluña, pais donde dominaron algun tiempo los reyes de Francia.

esta, que fué la XXIII de sus expediciones, ordenó que se congregasen grandes fuerzas de caballería y demás gente de armas en las fronteras orientales, y que la flota del Algarbe fuese á guardar las marinas de Barcelona. Hechos tales preparativos, salió de Córdoba con sus escuadrones escogidos, el dia 13 de la luna de Dzulhecha, 15 de mayo de 985, acompañándole el ilustre poeta *Umeya-Ebn-Ghaleb-el-Morori*, destinado á celebrar el triunfo que Almanzor se prometia en la nueva gazúa. Enderezó el hagib su camino hácia el oriente, pasando por Elvira, Baza, Lorca y Murcia, capital de la comarca de *Todmir*, en donde el alcaide *Ahmed-Ebn-Jatthab*, le obligó á detenerse para obsequiarle y regalarle, como lo hizo espléndidamente por espacio de trece dias (1).

Desde Murcia, llevando consigo la gente de guerra de aquella provincia, prosiguió su camino, pasando por Valencia y Tortosa hasta llegar á Tarragona, última plaza de los muslimes en aquella costa y frontera. Reuniéndosele aquí la caballería y demás milicias de aquellas comarcas y fronteras, el hagib entró por el condado de Barcelona. Entonces el conde don Borrell (2), señor de esta tierra, á quien los árabes nombran rey de Afranch, habiendo juntado de tropel mucha gente de guerra de todo el condado, la metió en Barcelona para su defensa, y él con los mas animosos marchó al encuentro de los árabes, resuelto á disputarles el paso. Pero trabada la pelea cerca del castillo de Moncada, el esforzado caudillo muslim con sus numerosos y aguerridos escuadrones, desbarató á la gente colecticia de Afranch, obligando al conde á huir y refugiarse en Barcelona con el resto de su hueste. Almanzor le siguió el alcance y llegando sobre Barcelona, emprendió el cerco de esta ciudad el miércoles 1.° de julio del mismo año 985, ó sea el dia 9 de la luna de Safar de la hegira 375. Al mismo tiempo llegando la armada sarracena á las marinas inmediatas, empezó á combatir la ciudad por aquella parte con muchas armas arrojadi-

(1) Véase el núm. X del Apéndice.
(2) Gobernó desde el año 967 al 993 de J. C.

zas y tiros de fuego (1). Resistiéronse los barceloneses con mucho esfuerzo durante algunos dias; pero como sus defensores eran por la mayor parte gente nueva en las armas, y los moros, además de muchos, muy diestros combatientes, sucedió que al quinto dia el conde don Borrell, desesperado de poder defender la plaza, huyó de noche por mar, escapando por gran dicha de las naves enemigas que guardaban la costa. Todavia los barceloneses defendieron la ciudad un dia, pero al séptimo quebrantadas sus fuerzas con los muchos combates y asaltos de los moros, se rindieron á discrecion. El dia 7 de julio entró Almanzor en Barcelona con su hueste, que hizo allí terrible estrago, pues si la gente ciudadana rescató sus vidas y personas con grande suma de oro, los soldados y defensores fueron todos muertos ó cautivados por los infieles, que saquearon además la poblacion, apresando muchas riquezas y asolando cuanto pudieron.

Satisfecho Almanzor con tanta gloria y ganancia y porque ya el calor era excesivo, no quiso pasar mas adelante por aquella tierra consternada, sino que asegurando á Barcelona con algun presidio de gente escogida, dió licencia á los demas soldados para que se fuesen á descansar á sus casas el resto del estío. Al dar esta vez la vuelta desde tan apartado confin, visitó las fronteras y las ciudades de mas importancia de la España oriental (2), mandando hacer en ellas muchas obras de defensa y comodidad pública. Esta gazúa de Almanzor, la mas gloriosa que acometiera hasta entonces, acrecentó notablemente su nombradía militar, ensalzándole mas y mas á los ojos de los muslimes (3). Sin embargo tal conquista no se conservó mucho tiempo por los infieles; pues de allí á poco (4) el conde don Borrell, allegando mas gente de guer-

(1) Este es el fuego llamado griego.

(2) Los árabes llamaban *Axxarq* á estas comarcas del Oriente, así como nombraban *Algarb ó Algarbe* á las de Occidente.

(3) Hablan de esta expedicion los autores árabes y la Esp. Sagr. tom. XXIX, página 204 á 205.

(4) Otros dicen que el conde don Borrell no recobró á Barcelona del poder de los moros hasta el año 988.

ra de sus estados, recobró á Barcelona, reparó el daño de sus muros y casas, y la aseguró con suficiente guarnicion, de suerte que no volvió á caer en manos de los moros. Acaso el mismo Almanzor, considerando su mucha distancia de Córdoba, no pondria gran empeño en conservar aquella plaza, contentándose con desolarla en cuanto pudo, como lo hizo mas adelante en otras ciudades igualmente apartadas que conquistó en el occidente de España.

En el otoño de este mismo año 375-985 entró Almanzor por tierra de Galicia, y despues de correrla y estragarla, vino sobre la ciudad de Coyanza (1), la entró espada en mano y derribó sus muros. En la primavera siguiente 375-986 entró por los estados del conde Garci Fernandez y conquistó á Sepúlveda, plaza muy importante y la primera en la frontera de Castilla.

(1) Hoy Valencia de don Juan, cabeza de partido en los confines de las provincias de Leon, Zamora y Valladolid.

CAPITULO IX.

Guerra civil entre leoneses y gallegos.—Retrato del rey don Veremundo el II.—Conquista Almanzor á Zamora y á Coimbra.—Obras públicas que hace ejecutar.—Su almunia en Valencia.—Mata al walí de Zaragoza y á su propio hijo Abdallah.—Vence en batalla al conde de Castilla y toma á Atienza, Osma, Alcoba y otras plazas.

Pero antes de proseguir relatando las grandes conquistas de Almanzor, dirijamos una mirada al reino de Leon y Galicia, para buscar en el quebranto de aquel firme baluarte de la cristiandad española la poderosa causa del acrecentamiento y pujanza de los infieles.

Grandes disturbios y alteraciones habian trabajado á aquel reino desde el memorable sitio de Zamora, que en otro capítulo dejamos descrito. Estallando al fin el alzamiento intentado por los ricos hombres de Galicia, estos señores habian proclamado por su rey al príncipe don Veremundo, criado bajo su tutela, coronándole solemnemente en la iglesia de Santiago de Compostela el dia 15 de octubre del año 982. Entonces el rey don Ramiro, acudiendo aunque tarde, á remediar el daño, quiso sofocar con las armas aquella rebelion. Con tal designio desde Leon marchó á la cabeza de su hueste la vuelta de Galicia, en donde habia puesto su córte don

Veremundo, encendiéndose así una guerra intestina harto calamitosa para los cristianos, cuando aun concordes y unidos fueron pocos para resistir al gran poder de Almanzor. Pero la Providencia no permitió que tales discordias durasen largo tiempo. Don Ramiro con sus leoneses vino á las manos con don Veremundo ayudado de sus gallegos, en un lugar llamado la *Portella* ó *Puerto de Arenas* en la primavera del año 983. Aunque la pelea fué muy reñida, combatióse por leoneses y gallegos con tal igualdad de valor que no pudiendo vencerse, despues de larga refriega en que murieron muchos de ambas partes, resolvieron unos y otros retirarse. Don Ramiro dió la vuelta á Leon y don Veremundo á Galicia, pero aunque estos reyes y caudillos no volvieron á buscarse en batalla campal, prosiguió una guerra intestina entre leoneses y gallegos, en que murió mucha gente de una y otra parcialidad hasta la muerte de don Ramiro acaecida en su córte á fines del año 984 (1). Entonces don Veremundo se vino desde Galicia para Leon y entrando en esta ciudad con beneplácito de sus habitantes, puso en ella su córte.

Don Veremundo, ó como otros le llaman don Bermudo, hijo del rey don Ordoño el III de este nombre, fué un soberano en quien prendas y cualidades muy señaladas se juntaron con notables defectos. El Silense traza su retrato, diciendo que era príncipe amante de la piedad y de la justicia, esforzado, prudente y protector celoso del órden y las leyes, por lo cual confirmó las góticas de Wamba y ordenó que para la reforma legislativa se consultasen los cánones eclesiásticos, que como es sabido, se distinguian por la equidad de sus disposiciones. Sin embargo, deslució mucho estas prendas propias de un rey con sus desórdenes y singularmente con su demasiada lascivia; pues aparte de otras favoritas tuvo á un tiempo con escándalo público dos concubinas,

(1) Dicen algunos, que despues de la batalla de la Portella no se volvieron á romper las hostilidades entre Leon y Galicia, sino que ambos reyes gobernaron en paz sus estados, tal vez en virtud de algun concierto. Pero nosotros hallamos mas verosímil lo que dice el arzobispo don Rodrigo, es decir, que prosiguió la guerra por espacio de dos años con gran exterminio de los cristianos asi divididos.

que eran hermanas entre sí, y además con poco intérvalo dos mugeres en calidad de legítimas y de reinas. Repudiando á la primera llamada *Velasquita*, tomó en su lugar á otra nombrada *Geloira* ó Elvira, y aunque este enlace se consideró como ilícito, no se llegó á disolver, antes el príncipe que de él nació, vino á suceder en el trono á su padre don Bermudo.

A favor de aquellas discordias y revueltas intestinas habia cercenado Almanzor las fronteras de aquel reino, tomando á Coyanza y otras plazas importantes, sin que el valor de los cristianos enflaquecido con la guerra civil pudiera resistir á los poderosos invasores. Solamente la ciudad de Zamora, merced á la heróica defensa de su gobernador, contrastaba todavía las fuerzas de Almanzor, oponiendo una firme barrera á sus formidables gazúas.

Entre tanto el hagib, acosado sin cesar por el amor de Elvira y por el deseo de rendir aquella plaza que hasta entonces habia burlado todos sus esfuerzos, no se descuidaba en hacer sus preparativos para emprender aquella conquista con seguridad de llevarla á cabo. Terminados pues, los aprestos necesarios y sabiendo que la ocasion era oportuna, por el desconcierto en que vivian aquellos cristianos despues de sus largas disensiones, resolvió no dilatar mas un hecho que tanto interesaba á su propio corazon y á su honra militar. Con esta determinacion salió de Córdoba entrado ya el año 396 de la hegira (1) 986 de J. C. Para sorprender mas á los de Zamora, no aguardó á que llegase el otoño, sino que anticipó algun tanto la expedicion, marchando hácia la frontera con numerosos escuadrones de á pie y de á caballo y con todo pertrecho y aparato de guerra. Llegado Almanzor sobre Zamora, despues de atravesar el Duero, ciñó la ciudad en derredor con su formidable hueste compartida en diversas estancias, enviando al propio tiempo otros escuadrones que talasen los contornos y destruyesen lo poco que se habia preservado de la pasada desolacion ó se habia restaurado despues.

(1) Esta hegira empezó en 12 de mayo de 988.

Aunque la guarnicion de Zamora era en extremo esforzada, como la imprevista llegada de los moros no les hubiera permitido hacer los suficientes acopios de provisiones y bastimentos, y Almanzor los fatigase con grandes combates y asaltos, al fin retraidos de muralla en muralla y de baluarte en baluarte; no teniendo gente bastante con quien reemplazar los muchos que perecian, despues de muertos los mas, fué forzoso á los restantes rendirse á discrecion. Entrando en la plaza el caudillo vencedor, dirigióse luego á la casa del senior; pero supo con despecho que don Rodrigo, receloso sin duda de sus intentos de amor, habia enviado á su hija á Leon mucho tiempo antes para librarla de los amores y persecucion del moro y que el mismo caballero, viéndolo todo perdido, habia escapado de Zamora con algunos otros cristianos.

—Por Alláh, exclamó el hagib con rabia, yo marcharé en otra gazúa contra la misma corte de Leon, y conquistándola arrancaré á la muger que amo del asilo que en ella ha buscado. ¿Por ventura ha creido su padre que hay muro ni baluarte en tierra de cristianos en que pueda guarecerse cosa alguna contra mi persecucion?

Entre tanto irritándose con aquel enojo su carácter cruel y vengativo, hizo en Zamora terrible estrago de matanza, saqueo y desolacion, despoblando la ciudad, pues aparte de los muertos, todavía tomó diez y nueve mil cristianos cautivos, con que dió la vuelta á Córdoba, entrando en ella con aparato de triunfo (1).

Allanada aquella plaza fronteriza, quiso Almanzor rendir y desolar igualmente otras de aquellos confines para facilitar asi la gran entrada y empresa que se proponia contra Leon. Entrada la primavera del año siguiente 377-987, marchó contra Galicia por la parte del Algarbe y ganó espada en mano la plaza fuerte de Coimbra que tenia en su señorío el rey de Leon como presidio y frontera avanzada contra los moros de Portugal (2). Almanzor que se

(1) Asi lo refiere *Ebn-Aljathib*, texto árabe copiado por *Casiri* en su *Bibl. Hisp. Arab. Esc.* II. 202 y otros autores árabes.

(2) Entró Almanzor en Coimbra el 25 de junio de este año 987.

proponia dejar al descubierto las fronteras de Leon y Galicia, arrasó la ciudad, llevando cautivos á sus habitantes, de suerte que quedó desierta por algunos años hasta que fué reedificada por los mismos infieles, conservándola en su señorío por mas de setenta años.

En el año siguiente, 378-988, por mandato de Almanzor se empezó á edificar un puente sobre el rio Guadalquivir, que no se terminó hasta mediados del 379-989, y fué obra tan excelente, que su costo ascendió á ciento y cuarenta mil dinares. Cuenta á este propósito cierto autor árabe un hecho que queremos apuntar como rasgo del carácter espléndido y liberal de Almanzor. Fué el caso, que al empezarse la fábrica fué menester aprovechar para dar al puente la dimension necesaria, un pedazo de tierra que allí poseia cierto pobre xeque ó anciano. Ordenó Almanzor á sus amines ó peritos que tasando aquella propiedad en su valor, todavía fuesen á tratar con el xeque, y le dijesen de su parte, que necesitando comprar aquel pedazo de tierra, señalase el precio en que lo quisiese vender, en la inteligencia de que no se le daria sino lo que fuese justo. El xeque, como le costase trabajo desprenderse de aquella posesion, quiso ponerle un precio muy alto, y asi declaró que no saldria de su dominio en menos de diez dinares de oro. Los amines, aunque juzgaron que el xeque malbarataba su propiedad, como él no les exigía mas, le pagaron lo que pedia, recogiéndole un recibo. Hecho esto, dieron conocimiento del caso á Almanzor, el cual se rió de la ignorancia del viejo, y doliéndose de su engaño, mandó que se le diesen diez tantos de lo que pidió. Con esto se llevó á cabo la venta del terreno, recibiendo el xeque cien dinares de oro, con los cuales poco faltó para que enloqueciese de alegría, y se deshizo en dar gracias á Almanzor y pregonar su beneficio por todas partes. Merced á esta accion, que fué muy celebrada, creció mas y mas la fama de generoso que se habia grangeado Almanzor (1).

(1) Almaccari I. 266.

Por este tiempo debió ser tambien cuando el hagib hizo ensanchar por la parte de oriente la aljama de Córdoba. Emprendió esta obra, porque habiendo crecido sobremanera aquella poblacion con las muchas cabilas que hizo venir de Africa, no hubo ya suficiente espacio en la gran mezquita para la multitud de fieles que concurrian á las solemnes oraciones del *Chuma* (1). Para este aumento de la aljama, que fué considerable y que igualó en magnificencia al resto de la fábrica (2), compró el hagib y pagó con largueza muchos edificios inmediatos. Cuéntase que entre los dueños que fué preciso expropiar para tal ensanche, hubo una anciana que vivía allí cerca en una casita donde se alzaba una palmera, y que teniendo grande aficion á esta especie de árbol, se negó á ceder su casa á precio alguno, como no se le diese otra en que hubiese tambien su palma. Almanzor, respetando este capricho, mandó que á toda costa se le comprase á la vieja una casa con palmera, como así se hizo.

Muchas fueron las obras que emprendió y llevó á cabo el celo del hagib en beneficio del ornato y comodidad pública. Tambien fundó, aunque se ignora la época, otro puente sobre el rio Xenil cerca de Ecija, para lo cual fué necesario allanar asperezas, abrir caminos y vencer grandes dificultades del terreno (3).

Además de las obras públicas, sabido es que el poderoso hagib edificó para descanso de sus árduas fatigas, sino para el fausto y la vanidad, muchos alcázares y casas de placer. Aparte de la maravillosa poblacion de Medina Azzahira y de otras moradas de recreo menos notables que poseía cerca de Córdoba, merece especial mencion por la amenidad de sus jardines y lo suntuoso de su alcázar, la almunia que fundó en Valencia. Un árabe principal contemporáneo y amigo de Almanzor, cuyo nombre no hemos po-

(1) Viernes, dia festivo entre los musulmanes.

(2) Véase acerca de este ensanche de la aljama, el excelente trabajo histórico-artístico sobre Córdoba, publicado por el *Sr. D. Pedro Madrazo* en los «Recuerdos y Bellezas de España» pág. 192 y siguientes.

(3) Almaccari: I.-266.

dido averiguar, nos ha dejado la siguiente curiosa descripcion de aquel sitio de recreo. Dice así:

«Hace algunos años que al volver el hagib de una gazúa, que »ejecutó en las fronteras de Afranch, me invitó á pasar con él un dia »de solaz en los vergeles de aquella almunia. Condescendiendo con »sus deseos, fuí á visitarle allí cierta apacible mañana en que el sol »naciente doraba apenas las cimas de sus alminares, en que la tier»ra se vestía con su túnica de flores y las arboledas erguian sus »pomposos pabellones, y el rocío humedecía aun los cálices de las »flores. En medio de los jardines habia un suntuoso aposento, cuyas »puertas se abrian á las raudhas ó vergeles y sus paredes se veian »tapizadas con tapices y cortinages recamados de oro. El pavimen»to de mosaico parecia sembrado de brillantes margaritas, arro»yos de agua cristalina corrian en derredor, semejando sables des»nudos, y espesas enramadas extendían sobre él apacibles sombras. »Además de los convidados acompañaban á Mohammed algunas »hermosas esclavas y hasta cien gallardos mancebos, los cuales »nos escanciaron un vino generoso que semejaba á líquidos ru»bíes, cuyas llamas y vapores subiendo á nuestras cabezas, nos »trasportaron por algunos momentos á las moradas celestiales. »Inspirado por estas libaciones un poeta, que se hallaba con nos»otros, improvisó los siguientes versos:»

«Bebamos alegres, pues los jardines se visten con un trage de »flores que borda y abrillanta el rocío.

»En este aposento, semejante al cielo, en donde los mismos »rayos de la luna palidecen de vergüenza cuando vuelve hacia él »su rostro resplandeciente.

»Ya el sol penetrando en su mágico recinto, relumbra sobre »sus labores de oro, y fuera de él ostenta la tierra sus verdes »tapices.

»¡Cuán bello es contemplar (durante la noche) este arroyo don»de se reflejan los brillantes astros á manera de compañeros que »se juntan para beber (1)!»

(1) Imágen aunque exagerada, muy propia de la poesía árabe.

«Allí pasamos un dia dulce y deleitoso, cual si estuviésemos »en los vergeles del Eden, y como se presentase la noche no me»nos deliciosa, apartamos el sueño de nuestras pestañas para go»zar de su calma y serenidad y continuar en nuestros brindis y »regocijos. Jamás olvidaré aquella noche tan clara y serena que »parecia una aurora anticipada: las estrellas resplandecian en el »firmamento como una luz tan brillante, que pudiera comparársele »á una pradera cubierta de blancas flores. En efecto, al retratar »el arroyo la vía láctea sobre su cristalina superficie al lado de la »frondosa espesura de los jardines, no se podria distinguir si »aquella era un florido cuadro del vergel ó un velo sembrado de »perlas, que el poder de algun genio habia creado bajo las aguas. »Algunos poetas aduladores del hagib, para lisongearle con la »memoria de sus ascendientes, suelen decir que aquellos jardines »son el paraiso de delicias habitado en otro tiempo por los patriar»cas Cahthan y Yarob (1).»

Entre tanto no cesaban las persecuciones y venganzas de Almanzor ni las maquinaciones de sus enemigos y agraviados. Como el terrible hagib inspiraba temor y odio hasta en el mismo recinto de su hogar, en donde usaba de su tiranía con su propia familia y deudos, allí mismo se le suscitaron enemistades y rencores. Ello es, que el walí de Zaragoza y la frontera alta Abderrahman-Ebn-Motharrif el Tochibita, entendiendo que Almanzor procuraba per-

(1) Véase á Almaccari I. 436, etc. Esta famosa almunia de Almanzor en Valencia, tan celebrada por los autores árabes, es la misma que despues se llamó de *Ebn-Abdelaziz* en memoria del gran wacir y príncipe *Abu-Becr Ebn-Abdelaziz*, biznieto de Almanzor, y en quien acabó la dinastía Amerita que reinó en Valencia, como lo diremos mas adelante en lugar oportuno. El historiador *Ebn-Jacán* la celebra diciendo que era de los sitios mas encantadores del mundo. En la *Crónica General* se hace mencion de esta almunia con el nombre algo alterado de huerta de *Abenalhazys*, y se lee que el Cid, preparándose para la conquista de Valencia, la pidió y obtuvo del cadhí de esta ciudad *Abenjaf* (léase *Ebn-Chahhaf*), y entrando en ella con su hueste, se apoderó del arrabal inmediato. Parece que dicha almunia ó huerta, estuvo situada cerca de la puerta llamada Bab-Alhanex ó de la culebra, y en el terreno en donde hoy se vé el jardin del Real Patrimonio en la orilla derecha del rio Guadalaviar.

derle por motivos de rivalidad y recelos, á causa del mucho poder que le daba aquel importante puesto, quiso á su vez prevenirse y volver, si pudiera, mal por mal. Con tal intento el ilustre Tochibita trabajó tanto que halló medio de atraer á su partido á un hijo del mismo Almanzor, llamado *Abdallah* (1). Tratóse entre los dos conjurados, que despojando del gobierno á Almanzor, se repartiesen el señorío de la España árabe, reinando Abdallah en Córdoba y mediodia del Andalus, y Abderrahman en Zaragoza con toda la frontera alta y parte septentrional de la península. Apercibióse de estos tratos el sagaz hagib, y disimulando el enojo, se apresuró á sofocar la rebelion antes que estallase, castigando á los culpables con el rigor que solia. Con tal resolucion, á principios del año 379-989, marchó con su hueste hácia las fronteras de Castilla, y con pretexto de emprender alguna expedicion contra aquellos cristianos, envió á llamar en su auxilio al walí de Zaragoza Abderrahman. Este, no recelándose del engaño, vino á juntársele con su gente de guerra en Guadalajara; pero entonces el hagib, alegando algunos pretextos para volver á Córdoba, le llevó consigo á aquella ciudad, y llegando con él á sus alcázares de Medina Azzahira, satisfizo su rencor haciéndole degollar á su presencia.

Restábale el castigar al otro cómplice, y acaso con tal designio llevó consigo á su hijo Abdallah al partir poco despues con su hueste para poner cerco sobre la plaza fuerte de Santisteban en las fronteras de Castilla. El mancebo Abdallah, que desde el castigo de Abderrahman andaba receloso de su padre, sospechando que éste hubiese descubierto sus inteligencias y tramas con aquel walí, encomendó su salvacion á la huida, escapándose del campo de Almanzor, cuando mas ocupados se veian en el cerco de Santisteban, y se acojió al amparo del conde García Fernandez, señor de Castilla. Entonces el hagib, levantando el sitio de Santisteban,

(1) Este por su edad, pues era ya mozo, no pudo ser hijo de Ismá sino de otra sultana con quien casára antes Almanzor.

enderezó con la asseifa ó hueste en busca del conde de Castilla, requiriéndole que le entregase á su hijo, y como el conde se negase, le provocó y forzó á medirse con él en un encuentro campal. Trabada la pelea entre los dos caudillos, Almanzor derrotó á su adversario y le puso en fuga, haciendo además grandes estragos en la tierra; pero el conde, resuelto á no entregar al mancebo acojido á su amparo, á pesar de estas y otras pérdidas, hizo frente por algun tiempo al enojo y saña del hagib.

Aunque tales motivos eran suficientes para que el terrible é inexorable Almanzor se ensañase en trabajar y destruir con su poder á los cristianos de Castilla, todavía la desdicha que parecia pesar sobre la cristiandad en aquella lastimosa época, hizo que algunos caballeros y señores castellanos añadiesen aceite al fuego y encendiesen mas el enojo y rabia del hagib. Los hijos del conde don Vela, señor de Nágera y Alava, fueron los que impulsados de antiguos rencores de familia (1), empeñaron mas y mas á Almanzor á que persiguiese y destruyera si fuese posible, al conde García Fernandez. Es de creer que estos condes, que largo tiempo antes se habian refujiado en Córdoba, estando aquí á principios de este año, empeñaron á Almanzor para que dirijiese sus gazúas contra el señor de Castilla. Ello es que el hagib, ora cediendo á sus instancias, ora por los otros motivos antes indicados, ó por ambas razones, hizo este año mayores daños que nunca en tierra de Castilla, tomando primero á Atienza, venciendo despues en una batalla al conde García Fernandez y tomándole en el mes de agosto la plaza fuerte de Osma, y en el de octubre la de Alcoba, pues Almanzor, obstinado en vencer la resistencia del castellano, no le dejaba reposar con sus armas. Esta guerra entre Almanzor y Gar-

(1) La causa de estos odios fué, segun la Crónica General, la ofensa que hizo el conde Fernan Gonzalez, padre del García Fernandez, al conde don Vela de Alava, desposeyéndole de sus estados por no guardarle la preeminencia que le correspondia en Castilla, ó por turbar la paz de los cristianos con rencillas y discordias. Don Vela viéndose desposeido, se pasó á los moros para vengarse ó recobrar con su ayuda lo perdido; pero no consiguiéndolo él mismo, sus hijos heredaron sus deseos de venganza.

cía Fernandez duró con breves interrupciones hasta fines del verano siguiente, á cuyo tiempo viendo el conde que no podia resistir mas á tan poderoso enemigo sin correr el riesgo de perder todos sus estados, vino al fin en entregarle á su hijo, como precio de la paz de que tanto necesitaba. Triste cosa por cierto que un príncipe cristiano por la desdicha del tiempo no pudiese cumplir con las leyes sagradas del amparo y asilo que habia otorgado.

La venganza de Almanzor no dejó de cumplirse cruelmente sobre su infeliz hijo; pues si bien tuvo la piedad de no hacer ejecutar el castigo en Córdoba ni en su presencia, antes de partir á su córte, dejó sus órdenes á un siervo ó slavo llamado Sad para que le hiciese matar en los términos de Castilla. El infeliz mancebo fué degollado por mano de un *xorthí* ó esbirro llamado *Ebn-Jafif* en las riberas del Duero, sufriendo aquel duro trance con la serenidad que dan á los musulmanes sus creencias en el fatalismo (1).

En el año 378 de la hegira (2) que concuerda con el 998 de nuestra era, Almanzor marchó con su hueste á las fronteras orientales, venció en un encuentro á los cristianos de Afranch y volvió á Córdoba con grande presa.

En el otoño del 380-990 (3) continuando el hagib sus preparativos para la grande empresa de Leon, entró por Galicia, y al dar la vuelta en los primeros dias de diciembre rindió por fuerza de armas á Montemayor, plaza marítima que conservaban todavía los cristianos por la parte de Lusitania (4).

En el año siguiente 381-991 (5) nombró para sucederle en el waliato y cargo de hagib á su hijo mayor Abdelmelic, premiando con este honor su señalado esfuerzo y servicios militares que ha-

(1) Bayan Almoghreb. II. 303 y 304. Dozy: en sus Recherches. I. 20. Véase el número XI del Apéndice.

(2) Esta hegira empezó en 20 de abril de 988.

(3) La hegira 380 empezó á contarse en 30 de marzo de 990.

(4) Otros autores ponen esta conquista de Almanzor en el año 1000. Nosotros seguimos al Cronicon Lusitano.

(5) La hegira 381 empezó en 19 de marzo de 991.

bia prestado en la guerra de Africa. Al propio tiempo nombró wacir á otro hijo llamano Abderrahman (1). En este mismo año el caudillo *Zeiri-Ebn-Athia*, que capitaneaba allende el mar los ejércitos de Almanzor, le envió la nueva de una victoria alcanzada por él con sus africanos y andaluces contra los enemigos del califa *Hixem* y con el mensage un riquísimo presente de cien caballos generosos, cincuenta camellos, muchas acémilas cargadas de arcos, aljabas y alfanges, con gran número de fieras y aves raras de aquellos desiertos.

En 383-993 se dice que el hágib entró por las fronteras orientales y que en la comarca de Lérida dió una batalla á los cristianos de Afranch, haciendo en ellos gran matanza y persiguiendo á los que quedaron con vida hasta retraerlos á sus montes.

De tal suerte continuaba siempre en aumento la fortuna de Almanzor así en España como en Africa. En los capítulos siguientes veremos crecer su gloria con hechos mas ilustres y señalados.

(1) Bayan II. 315.

CAPÍTULO X.

Marcha el hagib la vuelta de Leon.—Vence en las orillas del Ezla al rey don Veremundo.—Suceso maravilloso en la iglesia de San Claudio.—Lastimosa retirada del rey don Veremundo y sus cristianos á las montañas de Asturias.—El conde García Fernandez.—Conquista Almanzor algunas plazas en Castilla.—Memorable derrota del conde de Castilla entre Alcocer y Langa.—Vuelve el hagib contra Leon.—Descripcion de esta córte.—Sitio y conquista de Leon por los moros.—Muerte heróica del conde don Guillen.—Prision de Elvira.—Toma el hagib á Astorga, Coyanza, y Sahagun y otras plazas.

Entramos ya en el período mas importante de nuestra historia, cuando rompiendo al fin el dique tantas veces combatido, las poderosas olas de la morisma se derramaron por la España cristiana, sin que se salvasen apenas de esta inundacion sino algunas plazas y castillos puestos sobre peñascos inaccesibles, como en los tiempos del rey don Rodrigo.

Conocidas son las causas que incitaron al formidable campeon moro para intentar en los años 994 y siguientes sus afortunadas empresas contra Castilla y Leon. Veia con satisfaccion allanada la barrera de dos fortalezas tan principales como Simancas y Zamora, gastadas las fuerzas de los leoneses y gallegos con las guerras y disturbios pasados, y desavenidos siempre los príncipes de Leon y

16

Castilla, sin quererse ayudar en sus mutuas necesidades y peligros; y ardia por último en deseos de cautivar á la hermosa Elvira, que sabia hallarse en Leon con su padre don Rodrigo. Por lo mismo Almanzor, que tenia hechos grandes aprestos de guerra, no quiso dilatar mas la ejecucion de sus altivos pensamientos. Entrada apenas la primavera del año 384-994 (1) hizo alarde de sus ejércitos acampados en las llanuras inmediatas á Medina-Azzahira, y como hallase inmensa muchedumbre de á pie y de á caballo entre andaluces, bereberes y renegados, enderezó con ellos la vuelta del reino de Leon.

Entre tanto el rey don Veremundo, avisado de los formidables aprestos del infiel, sin dejarse arredrar por lo calamitoso de las circunstancias, hizo las prevenciones que pudo, llamando á las armas á los cristianos leales y echando del reino á los traidores y sospechosos, que no tardaron en pasarse á Almanzor. Reunióse con esto una hueste mas aventajada por los ánimos que por el número de la gente, y aunque el rey don Veremundo se veia muy aquejado por la gota, resolvió arriesgar su salud por el bien del reino, marchando en persona con aquel ejército en busca del poderoso enemigo. Almanzor que no podia imaginarse que el rey cristiano le osara salir al encuentro, caminaba mas despacio y descuidado, cuando al llegar á las orillas del rio Ezla junto al confluente de los rios Bernesga y Torío, le alcanzó la hueste cristiana. Acababa Almanzor de vadear el rio con su gente y empezaban los moros á asentar sus tiendas en la otra banda, cuando presentándose de improviso el rey don Veremundo con sus bien ordenados escuadrones, tan esforzada y reciamente acometió á los moros, que del primer ímpetu los desbarató, y les forzó á tomar la fuga, repasando muchos el Ezla. Seguíanles los cristianos el alcance, haciendo mucho estrago en la hueste amedrentada de los moros, que por su misma muchedumbre no podia desplegarse ni tomar una ordenanza á propósito para resistir, de suerte que se iban derramando

(1) Esta hegira empezó en 14 de febrero del año 994.

por toda la campiña, y no pudiendo lograr que se recobrasen de su espanto, el mismo Almanzor les mandó, mal de su grado, que se retirasen hácia Zamora. Pero acaeció que los ñuestros, seguros ya de la victoria, comenzaron á desordenarse para hacer presa en el real de Almanzor. Echó de ver el hagib la imprudencia de los nuestros, y con la cautela y sagacidad militar que le distinguia revolvió al punto contra ellos á la cabeza de algunos escuadrones escojidos de slavos y africanos que no se habian deshecho, y como se rehiciesen al punto las demás bandas de á pie y de á caballo, recobradas de su terror, cayendo de presto sobre los cristianos derramados, hicieron en ellos grande matanza. Entonces don Veremundo, viendo perdida la victoria por la temeridad de su gente, comenzó á retirarse hácia la ciudad de Leon, siguiéndole el alcance los moros hasta que le encerraron en aquella plaza.

En esta ocasion debió acaecer un curioso suceso que refieren nuestras crónicas. Despues de obligar á los cristianos á guarecerse dentro de sus muros, corria Almanzor aquellos contornos, talando y destruyendo lo que podia, cuando llegado al monasterio é iglesia de los santos mártires Claudio, Lupercio y Victorico situada en las afueras de Leon, supo que en ella estaba encerrada mucha gente principal, que yendo á celebrar cierta fiesta, habia sido sorprendida por la llegada de los moros. El hagib, deseoso de cautivarlos, mandó quebrantar las puertas del santuario y quiso entrar dentro de él á caballo, segun venia, pero apenas llegó al atrio cuando reventó el corcel en que cabalgaba. Espantado el infiel de este azar, que le pareció un prodigio del cielo, pidió noticia sobre aquel santuario, y como le dijesen que era tenido en mucha veneracion por las santas reliquias que encerraba, tan arrepentido se mostró de su anterior irreverencia, que no solo dejó de cautivar por respeto al templo á los cristianos en él guarecidos, sino que él mismo ofreció por dones á los santos mártires su rica tienda de campaña y otras preseas que durante largo tiempo se mostraron alli en memoria del portento.

La pérdida considerable que sufrió Almanzor en el primer en-

cuentro de la batalla del Ezla le resolvió á desistir por entonces del cerco de Leon, dándose por satisfecho con haber convertido aquella derrota en triunfo y reservando la empresa para otra campaña.

A pesar de la retirada de Almanzor, bien se le alcanzó á don Veremundo y sus capitanes que el terrible caudillo no tardaria en volver con mayores fuerzas para emprender el cerco y conquista de Leon. El terror que infundia el hagib con sus perpétuas victorias y espantables estragos, tenia tan consternado á aquel reino, que todos se consideraban por perdidos si el hagib volvia en la campaña siguiente á cercar á Leon, pues no habia ya plazas fuertes ni ejércitos razonables que oponer contra las muchedumbres enemigas. Por lo mismo los moradores de aquella y otras ciudades comenzaron á retirarse á las montañas de Leon y la mayor parte á las de Asturias, llevando á sus hijos y mugeres con lo mas precioso de sus bienes y preseas. El mismo rey don Veremundo, viendo la consternacion general, y no mirándose con fuerzas bastantes para defender la cabeza de sus estados, dió sus órdenes para que las reliquias de los Santos que habia en aquella ciudad fuesen llevadas á cierto monasterio situado en una montaña de aquel reino, que por su mucha aspereza no ofrecia peligro de ser invadida por los árabes. Don Veremundo se retiró á Oviedo, como puesto mas seguro situado tambien entre montes, llevando consigo los cuerpos de los reyes sus progenitores que yacian sepultados en Leon. Triste cosa fue por cierto para los cristianos de Leon y Galicia el emprender aquella retirada, que les recordaba la que dos siglos y medio antes habia hecho el príncipe don Pelayo con sus godos despues de la desastrosa batalla del Guadalete, pareciéndoles que la monarquía y grey cristiana corrian igual peligro de verse reducidas al recinto de las montañas de Asturias.

Mientras que tal turbion de calamidades descargaba sobre el reino cristiano de Leon, un nuevo y lastimoso golpe vino á herir á los castellanos, cuyo estado, como poderoso antemural, defendia de las irrupciones de los moros al reino de Navarra por el occiden-

te, y por el oriente al de Leon y Galicia. Gobernaba á la sazon en Castilla, casi como príncipe soberano, el conde Garci Fernandez, hijo del famoso Fernan Gonzalez que con su mucho valor, á pesar de lo azaroso de la época, supo mantener la independencia de su señorío contra el rey de Leon y rechazar repetidas veces con feliz suceso las irrupciones de los moros, fortificando muchas plazas y castillos en las fronteras y dilatando los confines de sus estados hasta las márgenes del Carrion. Sin embargo, los progresos y fortuna de sus armas no correspondieron á lo que prometian sus grandes prendas de capitan, porque las funestas disensiones que se le suscitaron con el rey don Veremundo de Leon, por negarse á serle feudatario y hasta con su propio hijo Sancho García, no le permitieron acudir con todo empeño á la guerra con los moros; antes el astuto Almanzor supo mas de una vez sacar partido de aquellas discordias para destruir á los cristianos así divididos. En la primavera del año 385-995 (1) marchó Almanzor á las fronteras de Castilla con numerosa y escogida hueste, pero con tal presteza que antes que supiesen aquellos cristianos su salida de Córdoba, ya entraba por sus comarcas. Ejecutó en ellas el hagib grandes talas y estragos, y á mediados del mes de junio se apoderó por fuerza de armas de Clunia y Santisteban de Gormaz (2), plazas muy importantes de aquellos confines, quemándolas y arrasándolas, si bien perdonó á algunas ciudades y lugares abiertos obligando á sus moradores á pagarle grandes tributos.

Entretanto el conde don García, á quien aquella entrada de los moros no habia encontrado bastante prevenido, envió á pedir algunos socorros de tropas al rey de Navarra don García el Trémulo (3). Envióle en efecto este soberano algunos escuadrones, y con

(1) El año 385 de la hegira empezó en 4 de febrero de 995.

(2) Nosotros seguimos la autoridad de los Anales Toledanos que ponen las perdidas de estas plazas en la era 1033, año 995 (Florez, *Esp. Sagr.* tomo XXIII, p. 383) aunque otras crónicas señalan otras fechas.

(3) Este don García, llamado el Trémulo ó tembloso, entró á reinar en 994 y murió hácia el año de 1000.

ellos y sus castellanos, el conde García Fernandez marchó en busca de los infieles con mas ánimos que fuerzas, impaciente por venir á las manos con el soberbio enemigo y estorbar la destruccion de sus estados. Llegó el conde con su ejército cerca de la orilla derecha del Duero sin tener todavía noticias ciertas de los moros, cuando estos por un ardid de Almanzor, saliendo á ellos de improviso en un campo entre Alcocer (1) y Langa (2), los forzaron á la batalla. García Fernandez resistió con denuedo el primer ímpetu de los moros, pero echando de ver su inmensa muchedumbre, se retiró con buen órden hasta ocupar ciertas alturas desde donde pudiera pelear con alguna ventaja. Almanzor no quiso atacarlos allí á pesar de los deseos de sus alcaides, aguardando prudentemente á que bajasen á la llanura, en donde podia arrollarlos con su numerosa caballería. Mas como permaneciesen en su puesto hasta el amanecer del siguiente dia, Almanzor ya no quiso dilatar la batalla, esperando todavía hacerlos bajar de sus alturas con algun ardid.

Así pues, luego que los muslimes hicieron su *assala assobh* ú oracion de la mañana, el hagib los sacó al campo y ordenó sus haces, repitiendo sus instrucciones á los capitanes y sus exhortaciones á toda la hueste, con que al punto sonaron los atabales y añafiles dando la señal de acometer. Entre tanto el conde ordenó convenientemente sus haces en aquel altozano, esforzando á su gente con alentadas razones, y como presto viniesen sobre ellos los enemigos lanzando atronadora gritería, resistieron esforzadamente su choque, favoreciéndoles para ello las ventajas del lugar. Entonces los moros, empezaron á ceder y retirarse como si no pudiesen sufrir la recia carga de los cristianos. Este movimiento engañó de tal suerte á los cristianos, que creyendo flaqueza lo que era ardid de Almanzor, empezaron á bajar hácia lo llano, y como todavia

(1) Hoy se llama Alcozar y es un pueblo á cuatro leguas del Burgo de Osma y una de Langa.

(2) Este lugar conserva su nombre y dista cinco leguas del Burgo y una de Alcozar.

los moros aparentasen terror, fingiendo cejar y derramarse, los nuestros se precipitaron animosamente en medio de ellos. Pero en aquel punto la caballería mora de entrambos cuernos, reforzada de una y otra parte con la que venía en la zaga, de tal manera se desplegó en derredor de los cristianos, que los envolvió completamente y con sus sables y lanzas empezó á hacer en ellos grandísimo estrago y carnicería. Los cristianos en tan apurado trance, se defendieron como valientes matando á muchos de los moros; pero como estos eran innumerables, dentro de poco muerta la gente cristiana que rodeaba al conde García Fernandez, se vió este acometido de todas partes por las lanzas enemigas. Todavía resistió algun tiempo por su extremado valor, alejando de sí á fuerza de tajos y mandobles á la muchedumbre mora, pero al fin, herido de muchas lanzadas, cayó en tierra desfallecido y los moros le tomaron cautivo presentándole á su señor. Pereció en este combate la mayor parte de la hueste cristiana, pues solamente algunos pocos pudieron salvarse escapando á la persecucion de la caballeria árabe (1).

Tal fué el triste suceso de esta batalla reñida en las orillas del Duero entre Langa y Alcocer el dia 24 de julio del año 995 de nuestra era (2). Satisfecho Almanzor con haber dejado á Castilla sin señor y sin fuerzas con que defenderse en lo sucesivo, emprendió la vuelta para Córdoba. Llevaba consigo al conde prisionero, y ya fuera por humanidad ó ya por el deseo de mostrarle vivo en Córdoba, para mayor trofeo, habia mandado á sus tebibes ó médicos, que le curasen con gran esmero sus heridas; pero agravándosele mucho al pasar por Medina Selim, falleció en esta plaza al quinto dia de la batalla, ó sea el 29 de julio. Almanzor llevó su cadáver á Córdoba para atestiguar con él y otros trofeos y con riquísima

(1) Véase el núm. XII del Apéndice.

(2) Algunos autores modernos dicen que esta batalla acaeció el 25 de mayo, y la muerte del conde el 30 del mismo mes; pero nosotros hemos adoptado las fechas de ambos sucesos que señala el P. Florez con la autoridad de varios cronicones antiguos. (*Esp. Sagr.* tomo XXIII, pág. 297).

presa que llevaba, todo lo grande y glorioso de las conquistas y victorias que acababa de alcanzar. Entró Almanzor en Córdoba con soberbio aparato de triunfo, despoblándose la ciudad para victorearle.

Entendida por los mozárabes de aquella ciudad la llegada de Almanzor con el cuerpo del conde de Castilla, al punto su *almitran* ú obispo (1) y otros personages distinguidos de aquella grey cristiana, pasaron á suplicar á Almanzor que les entregase el augusto cadáver para darle honrada sepultura, segun se usaba en su religion. Condescendió el hagib á sus súplicas, mandando que se les entregase el cuerpo del conde, pero no sin colocarle antes envuelto en ricas telas de seda y oro, dentro de un magnífico ataud lleno de alcanfor y otros esquisitos perfumes. Entonces el almitran hizo llamar á todos los mozárabes de aquella ciudad, que tomaron en hombros el ataud, y con muchas hachas y gran pompa funeral, le llevaron á la iglesia llamada de los Tres Santos (2). Allí celebraron en honor del conde solemnes exequias y tuvieron su cuerpo en depósito hasta que poco tiempo despues llegaron á Córdoba muchos caballeros castellanos enviados con ricos presentes por su hijo el conde don Sancho García para rescatarle. Cuéntase que Almanzor, como liberal y magnánimo que era á veces, desechando el precio del rescate, devolvió á los mensageros el cuerpo de García Fernandez, agasajándolos mucho y enviando con ellos una escolta de honor que los acompañase hasta la frontera. El cadáver del conde fué llevado á sepultar al célebre monasterio de San Pedro de Cardeña por mandado de su hijo y sucesor Sancho García, que si bien en vida le habia sido algo rebelde, quiso en la muerte honrar su memoria.

Al fin llegada la primavera del siguiente año 386-996 (3), par-

(1) Véase el capítulo XII de esta leyenda.

(2) Este era el templo llamado tambien de los Tres Mártires. Véase el capítulo XII de esta leyenda. «*Et sepultus in Sanctos Tres*» dicen los Anales Comps. Florez, t. XXIII, pág. 319.

(3) La hegira 386 empezó en 24 de enero del año 996 de J. C.

tió Almanzor de Córdoba la vuelta de Leon, resuelto á llevar á cabo en esta jornada la conquista de esta ciudad, que tan deseada tenia y con ella la completa ruina de aquel reino. Llegado á Zamora con grandes turbas de africanos y andaluces, reuniósele allí la gente de armas de las plazas fronterizas. Juntarónsele tambien al llegar aquí algunos condes cristianos, que teniendo señoríos en aquella tierra, habian sido echados por el rey don Veremundo por sediciosos y desleales, y traian consigo alguna gente armada de sus parciales y vasallos. No necesitaba por cierto Almanzor de este refuerzo, pues llevaba mayor ejército que nunca, cubriendo la tierra y campos por donde pasaba á manera de inmensas nubes de langostas. Con esta hueste y con muchos almaxaneques y otras máquinas de batir, que habia mandado preparar en Zamora para este intento, caminó resueltamente el hagib la vuelta de Leon, llevando por todas partes el terror y el espanto.

A pesar de la retirada de los cristianos á Oviedo, la ciudad de Leon no quedó enteramente desamparada, porque si bien todos reputaban por imposible su defensa contra la formidable hueste de los sarracenos, todavía quisieron encargarse de la difícil empresa dos caballeros muy valerosos naturales de Galicia, que eran su gobernador don Guillen Gonzalez y su hermano don Rodrigo, que tenian consigo un puñado de valientes. Estos caudillos, recojiendo en la ciudad los bastimentos y provisiones que pudieron, y reparando en lo posible las fortificaciones, se prepararon resueltamente, mas bien que á defender la ciudad, á morir como buenos entre sus ruinas. No tardó el hagib en llegar sobre Leon con su campo, asentando sus tiendas en las espaciosas y risueñas llanuras inmediatas, libres hasta entonces de sus talas y estragos.

Tiene su asiento la antigua ciudad de Leon en medio de una vasta y deliciosa llanura, que se dilata por espacio de algunas leguas, presentando á lo lejos por la parte de nordeste y ocaso altas montañas cubiertas de perpetuas nieves. Los rios Torio y Bernesga, pasando cerca de la ciudad, aquel por la banda de oriente, y

este por la de occidente, hasta reunirse por la del mediodia, la convierten en una deleitosa isla, ciñéndola con sus fecundantes aguas de un amenísimo valladar de huertos, bosquecillos y praderas. En medio de este delicioso paisage descollaba magestuosamente, como descuella todavía, la soberbia catedral gótica, aventajando en suntuosidad y gentileza con sus excelsas torres, sus ojivas y filigranas, á todos los templos de España. Fundóla el rey don Ordoño el II de este nombre, que embelesado de la hermosura y amenidad de aquel terreno, habia escojido á Leon para corte de sus estados, y al volver en 916 de su jornada victoriosa á Santisteban de Gormaz, agradecido á los favores del cielo, ordenó la fund acion de aquel santuario, cediendo para ello el mismo real palacio en que habitaba. Ceñian esta ciudad fortísimas murallas de veinte pies de espesor y prodigiosa altura, construidas todas de piedras cuadradas y labradas hermosamente, cuya fabricacion se atribuia á la legion romana Séptima Gemina, que al fortificar allí su campo para la defensa y conservacion de aquellas comarcas por la manera laboriosa y sólida que acostumbraban los romanos, vino á fundar una ciudad con el nombre de *Legio* ó Legion, corrompido mas tarde en Leon. Estas murallas formaban en derredor de la plaza un ámbito cuadrado, abriéndose en sus cuatro costados otras tantas puertas labradas de ricos mármoles y guarnecidas con gruesas y gigantescas torres, que miraban á los cuatro puntos cardinales y se correspondian con las calles principales. En un extremo de la ciudad y cerca de la puerta oriental se alzaba un fortísimo alcázar, y todo su recinto ofrecia por la solidez de los muros y torres, grandes ventajas para defenderla y rechazar los esfuerzos y combates del enemigo.

Pero el caudillo sarraceno, conquistador de muchas plazas, no se dejó arredrar por la fortaleza de Leon, antes considerando que la guarnicion cristiana era insuficiente para defender todo su recinto, mandó cercarla estrechamente con muchas estancias y combatirle por todas partes á un tiempo. Los almaxanaques lanzaban grandes piedras, que parte herian los muros y parte caian dentro

de la ciudad; las dabbabas protejian á los moros que socavaban el muro, y hasta se cuenta que le batian con los romanos arietes, de manera que con tanto golpe y combate presto aportillaron por muchas partes la muralla. Sin embargo, la valerosa guarnicion cristiana dirigida por su gobernador don Guillen y por otros valientes caudillos, resistia esforzadamente los combates y asaltos de los moros, haciendo contra ellos muchos rebatos y espolonadas, y rechazándolos siempre con pérdida. Como el ejército infiel era tan numeroso, jamás interrumpia sus asaltos y combates, pues reemplazándose unas taifas á otras, hasta en medio de la noche, daban contra los cercados muchos y fuertes rebatos. Pero los defensores, prevenidos siempre, apenas dormian, en especial don Rodrigo Gonzalez y su hermano el gobernador don Guillen, cuyo trabajo, diligencia y maravilloso valor sostuvieron la ciudad tan prodigiosamente por espacio de cerca de un año.

Agotábanse al fin las fuerzas de los defensores, y don Guillen con las largas vigilias, el mucho trabajo y las heridas que recibió cumpliendo con su cargo, vino á caer gravemente enfermo. Aunque su hermano don Rodrigo atendia con igual solicitud á la defensa de la ciudad, acudiendo siempre con oportuno socorro á la parte donde el enemigo acometia con mas poder; al fin, como los infieles eran innumerables y oponian gente de refresco á los cristianos rendidos de fatiga, lograron forzar la puerta occidental, haciendo por ella su primera entrada en la ciudad. Logró don Rodrigo rechazarlos esta primera vez, pero como cuatro dias despues, diesen otro rebato mas poderoso, entrándose por la puerta del mediodia y escalando sus torres y las almenas inmediatas, los cristianos se consideraron por perdidos, tanta fué la morisma que cargó por aquella parte. Supo esto don Guillen, y aunque yacía muy doliente, deseando morir antes que ver la pérdida de la ciudad, se vistió de sus armas y se hizo llevar al parage del peligro. Allí rodeándole sus soldados, los exhortó á morir como leales por la fé y la patria, antes que rendirse á sus infieles enemigos para sufrir justamente la esclavitud y la afrenta. El mismo, alentado por sus pro-

pias palabras y para dar á los otros un ejemplo de sublime heroismo, olvidándose del mal que le aquejaba, se arrojó sobre los enemigos, acompañado de los demás valerosos cristianos, entre ellos su hermano don Rodrigo. Resistió su ímpetu la muchedumbre mora con una espesa lluvia de mezraques y otros dardos, pero aunque habia veinte moros contra cada cristiano, estos se defendieron valerosamente, no dejándose matar sin vender muy caras sus generosas vidas. Allí cayeron traspasados por innumerables tiros, don Guillen y todos sus soldados, confundiéndose sus desfigurados cadáveres entre la multitud de los sarracenos que sucumbieron á sus fuertes brazos, hasta que del todo desfallecidos habian soltado las espadas.

Salvóse tan solo, aunque herido gravemente, el hermano del conde don Rodrigo, el cual, si rehusó compartir allí la suerte de sus compañeros, fué porque teniendo en el alcázar á su hija Elvira, á quien no habia podido enviar con tiempo á parte mas segura, trató entonces de ponerla en salvo, huyendo con ella á los montes. Pero el fiero Almanzor, avisado de que Elvira estaba en el alcázar, al punto se apoderó de ella como del trofeo mas preciado de su victoria y el desventurado padre quiso todavia conservar la desdichada vida con la esperanza, sino de salvarla, de vengarla al menos, huyendo entre tanto.

Exterminada así la guarnicion cristiana, los moros señorearon la ciudad, enarbolando en el alcázar y en otras torres las victoriosas banderas y pendones del Islam. Saquearon los moros la ciudad, tomando lo poco que habia quedado en ella, y al punto, por mandado de Almanzor, derribaron y arrasaron desde los cimientos todas las murallas y fortificaciones, entregando lo restante á las llamas. Reservóse tan solo de la destruccion una torre que se conserva todavia y que mira á la parte del norte, y el fuerte alcázar á la parte de oriente, ordenándolo así Almanzor con el fin de que aquella torre, y baluarte solitario quedasen como monumento de la conquista, indicando á la posteridad cuán fuerte plaza habia expugnado. Aconteció este memorable suceso en la

primavera del año 997 al cabo de un año de tan horroroso sitio (1).

Por el mucho tiempo que duró este cerco y conquista de Leon, es de presumir que Almanzor, ó no volvió á Córdoba, como tenia de costumbre al terminar la primavera ó el otoño, ó si tornó allá, fué por poco tiempo y dejando la mayor parte de su hueste en el sitio. Como era tan hábil capitan, luego que rindió á Leon, aprovechando la consternacicn de los cristianos, acometió á las otras plazas de alguna importancia que quedaban en aquel reino, apoderándose por fuerza de armas de Astorga, Coyanza, hoy Valencia de don Juan, Sahagun y otras, saqueándolas primero y desolándolas despues. Sin embargo, no pudo tomar la fortaleza del Vierzo (2). Entonces, viendo conquistado todo aquel reino, engreido con sus victorias, el caudillo infiel determinó entrar por Asturias, para despojar á los cristianos de aquel último asilo y retrincheramiento. Pero toda aquella comarca se miraba ceñida por castillos fortísimos fundados por los primeros reyes restauradores, para la defensa de sus fronteras, entre ellos Luna (3), Alba (4), Gordon (5), Arbolio y otros, en donde hallando el hagib gran resistencia por estar muy bien defendidos, se retiró burlado en sus intentos. Mas ni la gloria de Almanzor ni los desastres de la cristiandad española, dejaron de ir en aumento, pues como el hagib se volviese por tierra de Castilla, se apoderó en el mes de julio de Osma, Atienza, Berlanga, Alcocer y otras plazas (6) dándolas al saco y la desolacion.

(1) Nosotros ponemos el principio de este cerco en la primavera de 996, y la conquista de Leon en la de 997, siguiendo al P. Risco. *Esp. Sagr.* tomo XXXIV, p. 306 y 311, aunque no todos los autores convienen en estas fechas.

(2) Debe ser Villafranca del Vierzo, hoy villa y cabeza de partido á 19 leguas de Leon en los confines de esta provincia y la de Lugo.

(3) Antigua cabeza de un concejo en el reino de Leon y partido de Murias de Paredes en los confines de Leon y Asturias.

(4) Alba: esta fortaleza no existe, pero se conservan en aquella comarca dos feligresías de este nombre, en la provincia de Lugo: Santiago de Alba á 6 leguas de aquella capital y San Juan á 5.

(5) Gordon: antes cabeza de concejo en la provincia de Leon y partido de la Vecilla.

(6) Asi lo dice el arzobispo don Rodrigo en su *Hist. Hisp.*: Algunas de estas plazas habian sido restauradas poco antes por los cristianos.

CAPITULO XI.

Cautividad y dolor de Elvira.—Ismá visita á la cristiana.—Amorosas instancias de Almanzor.—Emprende el hagib la memorable expedicion de Santiago: conquista y destruye muchas plazas de cristianos.—Respeta el sepulcro del Apóstol.—Los cristianos pican la zaga de la hueste mora.—Elogios de Almanzor.—Versos en que él se elogia.

Vuelto á Córdoba el hagib despues de su gran conquista de Leon, á principios de junio de 387—997, llevó á su hermosa prisionera á la deliciosa almunia *Alameria*, que ya conocemos, donde destinó para su morada todo el suntuoso alcázar, y la rodeó de numerosas esclavas, que juntamente la guardasen y como á señora la sirviesen y festejasen.

Aquí pues, retirada en lo mas apartado del suntuoso alcázar, da rienda suelta á su dolor inconsolable la infortunada cautiva de Almanzor, hallando un infierno donde él quiso ofrecerla un paraiso. Triste es por cierto la suerte que ha cobijado á la bella y virtuosa hija de don Rodrigo. ¿Cómo ha de hallar placer aun en medio de aquel fausto y riqueza, la tierna doncella que perdió su padre y su familia y que vió su patria entregada al hierro, al fuego y á la ruina por aquel mismo que la miente amor? En vano busca con sus ojos á través de los calados ajimeces el dulce albergue

paterno, en donde vivió hasta entonces en el cariño y la virtud, ni las cúpulas y torres de aquellos templos, desde donde el misterioso toque de la campana la llamaba á recibir los consuelos de la religion ante los altares del verdadero Dios. Ahora solo alcanza á ver moradas deleitosas, que convidan á la voluptuosidad y al vicio, ofendiendo su pureza, y á lo lejos descubre toda una inmensa ciudad sometida á la tiranía y á los caprichos de un malvado. ¡Cuánto aterraria esta idea su corazon débil, si el Dios de sus padres, mirando con misericordia su inocencia y su desamparo, no la fortaleciese con los dones y consuelos de su gracia! Cautiva en tierra extraña y enemiga, la infeliz Elvira maldice su hermosura, don funesto que inspiró tal pasion al terrible moro, y maldice el infausto momento en que la vista de su magestad y gentileza disminuyeron en su sencillo pecho el horror que debia inspirarle la maldad y tiranía del bárbaro infiel. Pero al fin la doncella cristiana, reprimiendo las pasiones de terror y de involuntario afecto, que combaten á un tiempo su débil corazon, se resigna á la voluntad del Todopoderoso, y siente un consuelo inefable, reconociendo que tal vez el cielo quiere realzar su cándida sien con la corona del martirio. Las lágrimas y oraciones de Elvira, recogidas por el ángel de su guarda, suben al cielo para volver á bajar desde el trono del Altísimo, como un rocío de gracia y de perdon, sobre la nacion depravada é infeliz que la contó entre sus hijas.

No se detendrá nuestra pluma en referir los indecibles esfuerzos que hizo el moro para seducir el inocente corazon de la cristiana, ofreciéndola en premio de su amor todos los halagos, todas las delicias y bienes de que podia disponer el árbitro del estado mas poderoso del mundo. Solo diremos, que Elvira lo despreció todo con incontrastable entereza, mostrándose inaccesible lo mismo á sus ruegos que á sus amenazas. Y en verdad que la infamia y tiranía del moro debian ayudar mucho en su ánimo á las prescripciones de su conciencia, para que desechase con despecho todo sentimiento de inclinacion que á pesar suyo pudiese sentir hácia él.

Pero en tanto que ella sufria y lloraba en su soledad sin otra ayuda ni consuelo que el de Dios, habia dos personas de mas poder y mas ánimo, á quienes el deseo de vengar aquel ultrage y librar á Elvira del peligro, no dejaba reposar un solo instante. Por una parte el desventurado don Rodrigo atormentaba su honrado pensamiento con la idea del cautiverio y deshonra de su única hija, y por otra la sultana Ismá, celosa como muger enamorada y ardiente hija del mediodía, sentia desgarrarse su corazon con las finezas y afecto que su amado esposo Almanzor prodigaba á la bella cautiva. Aquella muger dulce y apacible en otro tiempo, habíase trocado con otros desaires de Almanzor y con la infidelidad de entonces, en terrible hiena anhelante de sangre y de venganza.

Incitada por tales estímulos, salió cierto dia de los alcázares de Medina Azzahira, adonde apenas acudia ya su alto esposo sino para despachar los negocios del Estado, olvidándose enteramente de ella, y se dirigió á la Almunia Alamería, adonde bien sabia que iba Almanzor con toda la frecuencia que le consentian los cuidados de la guerra y los del gobierno. Hallábase ausente á la sazon el hagib por haber ido á holgarse algunos dias con el emir su señor en los vergeles de Azzahrá, cuando Ismá acompañada por un eunuco slavo de su confianza entró en el alcázar de la Alamería y se presentó delante de la desconsolada Elvira.

—Hermosa cristiana, la dijo con dulce acento; por tu belleza y por haberme robado el cariño de mi esposo, desde que te vió en Zamora, debiera yo aborrecerte. Pero antes creo hallar en tí motivos de amarte, pues veo por tu amargura y los surcos que el llanto va abriendo en tus megillas, que no pagas con tu amor el extremado que te profesa Almanzor, porque tierna paloma presa del gavilan, suspiras por la libertad querida y el dulce nido del hogar paterno que miserable perdiste.

—Tus palabras, ilustre sultana y señora mia, respondió Elvira enterneciéndose, traen algun consuelo á mi angustiado corazon. Harto te dice mi dolor que yo no le amo, que solo ansío mi libertad y el cariño de mi buen padre y que maldigo la obstinacion con

que tu noble esposo desconoce los encantos y gracias que te adornan, para fijarse en mí, humilde cristiana, sin hermosura ni amor que ofrecerle.

—Creo en la sinceridad de tus expresiones, y en prueba de que deseo tu bien, siquiera porque va unido al mio, ya que no puedo arrancarte, como quisiera de este cautiverio, he querido ofrecerte el consuelo de que puedas ver en él á tu padre. Sagaz y diligente, como muger celosa, he indagado cuanto podia interesarnos, y ya por medio de persona segura y de mi confianza he enviado á tu padre don Rodrigo un salvo-conducto para que venga aquí á procurar tu libertad. Si hay riquezas, por grandes que sean, suficientes á tu rescate, yo se las ofrezco desde ahora, y nada tienes que agradecerme, pues todo lo hago por mi propio interés.

—Permite, sultana y señora mia, que rendida á tus plantas te demuestre con mi sumision el agradecimiento profundo de mi alma. Quiera Dios que el hombre á quien amas, reconociendo su error, vuelva á buscar la felicidad en tu cariño, premiándole como se merece. ¿Con qué podré yo pagarte tus beneficios?

—Oyeme, cristiana, yo solo deseo y solo exijo de tí que no me disputes el cariño del hombre á quien adoro. Júralo por tu Dios, y yo agradecida haré que en esta ciudad, asiento del islamismo, no te falten los consuelos de tu religion.

—Y yo con tan grave y solemne motivo no dudo en prometerte, invocando por testigo al Dios único que crió el cielo y la tierra, que no daré la menor acogida al afecto de Almanzor, aunque peligre mi cabeza; excluyendo de mi juramento el caso en que pudiese peligrar la del autor de mis dias.

—No lo temas: yo en esta ciudad velaré por su salud. En pago del bien que me proporcionas, mientras continúe ausente mi señor, yo misma te conduciré á los arrabales de Córdoba, llamados la Axarquia, donde los cristianos mozárabes celebran en sus templos los misterios de vuestra religion.

—¡Cuánto te lo reconocerá mi alma!

—Todo favor que yo pueda hacerte me parecerá poco con tal que no me robes el cariño de mi señor.

Segun la promesa de Ismá, don Rodrigo Gonzalez recibió en un lugar del reino de Leon el mensaje y salvo-conducto que le envió la sultana, y tomando consigo no pocos cristianos valerosos y aventureros que halló derramados por la tierra, de resultas de la pérdida de aquella y otras ciudades, concertó con ellos como habian de entrar en los estados del califa con apariencia de mercaderes, de refugiados y aun de árabes, pues muchos sabian esta lengua, debiendo todos juntarse en Córdoba para cierto dia y cierto plan convenido secretamente entre ellos.

Pasáronse entretanto algunos dias, y el hagib volvió de Medina Azzahrá con el califa, el cual solo en compañía de su perpétuo ayo emprendia tan largas excursiones. Al punto Almanzor llevado de su amoroso afan, vino á los alcázares de Alamería, en donde al requerir de amores con mayor fuego á la hermosa Elvira, la halló mas constante y enemiga que nunca. Era que las prácticas religiosas y los augustos sacramentos recibidos en una iglesia de la Axarquía de los prelados mozárabes, la confirmaron mas y mas en su fé y castos propósitos.

—No te esquives, bellísima nazarena, á mis amorosas instancias, la decia Almanzor, y serás mi sultana favorita, tanto que sería capaz de despojar de su régio sólio al califa mi señor, para asentarte en él y hacerte reinar en el alcázar de Córdoba.

—Yo, señor, respondió Elvira, prefiero una cabaña en las floridas márgenes del Miño, donde se meció mi cuna, ó la oscura celda de un monasterio cristiano á esa pompa y grandeza. Devolvedme á mi patria y al Dios de mis padres, y mi corazon podrá profesaros un puro y casto sentimiento de cariño, harto mas poderoso y eterno que ese amor liviano y sensual que en vano me exijís.

—Pues tanta es tu obstinacion, repuso irritado el hagib, antes que dejarte volver á aquel suelo patrio, no dejaré en él piedra sobre piedra, para que entiendas que no te queda en el cielo ni en la tierra otro valedor que yo. El poderoso Alláh te ha puesto en

mis manos, como una de las celestiales huríes con cuyas caricias premia á los creyentes celosos, cual yo lo soy, en la guerra santa y acrecentamiento de su religion.

—Compadezco vuestra ceguedad, pues ni Dios premia las buenas obras con tan miserables placeres, ni debeis presumir tanto de vuestro poder, que el Dios de los cristianos no pueda librarnos á mis hermanos y á mí de tus manos vengativas.

—En vano confias en él: diez y ocho años hace que en mis contínuas entradas por vuestra tierra, tengo profanados y destruidos la mayor parte de vuestros templos, de manera que he arrancado su culto de comarcas enteras. Tu me haces recordar que en los últimos confines de Galicia, en donde todavía ningun muslim puso su planta, hay un santuario tenido por los vuestros en tanta veneracion como por los nuestros la Caba (1). Yo iré allá con mis vencedoras huestes, y veremos si el hijo de Maria (2) y de Yusuf el carpintero (3), es poderoso para evitar la desolacion de su templo, frecuentado hasta ahora por peregrinos, no solo de Afranch sino hasta del Egipto y la Nubia (4).

Incitado por su soberbia, no tardó el poderoso hagib en llevar á cabo sus blasfemas amenazas, mandando publicar que iba á emprender la cuadragésima octava de sus gazúas, á cuyo llamamiento acudió gran muchedumbre sarracena. Como hábil capitan, para concertar mejor la empresa, ordenó que la gran armada del Algarbe, se reuniese al punto en el famoso puerto conocido con el nombre de *Cassr* ó alcázar de *Ebn-Abi-Dánes* (5) en las marinas

(1) *Bayan Almoghreb* II. 316.
(2) *Isa-Ebn-Meriem* ó Jesus hijo de María, llaman los árabes á Jesus.
(3) *Yusuf Annachar* es decir, San José.
(4) Así lo refieren los mismos autores árabes.
(5) De este nombre arábigo se formó por corrupcion el de *Carsabodenes* que se halla en algunos documentos de la edad media. Hoy se llama *Alcázar do Sal*. (la antigua Salacia). Impórtanos advertir que aunque el autor árabe dice que la armada se apresto en el alcázar de Ebn-Abi-Dánes, este no era el verdadero puerto, pues Alcázar do Sal se halla á algunas leguas de la costa, sino Setubal que los árabes, entre ellos el geógrafo *Idrisi*, llamado el *Nubiense*, nombran *Xethawir* ó *Setuwir*. Sabido es que Setubal comunica con Alcázar do Sal por el rio llamado *Caldão* y que la espaciosa bahía que forma el mar Océano, penetrando en la costa entre Setubal y Troya, es muy á propósito para el aparejo y armamento de una flota.

occidentales de España, y que provista abundantemente de hombres de mar y tierra, víveres y armas, navegase hasta los confines de Galicia, en donde iria á encontrarse con ella el ejército muslim. Entretanto, reuniendo numerosa hueste de á pie y de á caballo, Almanzor salió de Córdoba un sábado, postrer dia del mes de Chumada, el segundo del año 387 de la hegira ó sea el 8 de julio del año 997 de nuestra era. Caminando la vuelta de Galicia, llegó por sus jornadas á la ciudad de Coria, y de esta á la de Zamora (1). Al llegar aquí, salió á recibirle gran muchedumbre de condes y señores cristianos de aquellas comarcas, que siendo ya aliados y vasallos de Almanzor, venian á recibir nuevamente sus órdenes y ayudarle en la empresa. El hagib los recibió con mucho agasajo, y les ordenó que marchasen delante de la hueste para servirle de adalides ó guias dentro de Galicia. Entretanto la flota del Algarbe, saliendo de Cassr Ebn-Abi-Dánes, navegó para Portogalo (2) en la boca del rio Duero, y entrando largo trecho por el rio que á la sazon era navegable, echó al fin áncoras junto á un puente inmediato á cierto castillo asentado en aquellas orillas (3). Entendida por Almanzor la llegada de las naves, marchó á su encuentro y ordenó que la mayor parte de la gente que en ellas venia, se reuniese con su ejército, y que se distribuyesen en él las vituallas que traian, sin perjuicio de allegar mayor copia de víveres, corriendo la tierra enemiga.

Conservaban todavia los cristianos algunas plazas y lugares entre Portugal y Galicia, porque si bien sometidas por los moros y por el mismo Almanzor en otras entradas, sus moradores, como

(1) El autor árabe á quien seguimos, dice *Medina Galisia*; mas por un pasage de *Ebn-Hayan* que cita el distinguido orientalista D. Pascual Gayangos en sus notas á la traduccion inglesa de *Almaccari*, se ve que en efecto los árabes llamaban á Zamora *Medina Galisia*, como si quisieran decir la capital de Galicia, por ser despues de Leon la ciudad mas importante de aquel reino.

(2) *Bortocal* entre los árabes, antiguamente *Portus Gallus*, hoy Porto ú Oporto en la embocadura del Duero y sobre su márgen derecha.

(3) Es verosímil que esta fortaleza sea la llamada hoy *Castel-melhor*, poblacion de Portugal, en la orilla izquierda del Duero, y á 5 leguas de Castel Rodrigo.

hombres fieros y amantes de su independencia, se habian rebelado nuevamente contra el yugo sarraceno, restaurando en ellas la religion cristiana y el señorío del rey de Leon. Pareció prudente al hagib el sojuzgar estas plazas antes de dirigirse á Santiago, para no dejar enemigos á la espalda, y por lo tanto, entrando por aquella parte hasta llegar cerca de la costa, redujo á su obediencia, sin gran trabajo, las ciudades de Viseo, Lamego y Braga (1). Dejó en estas plazas suficientes presidios para su conservacion, y aumentando con sus despojos los bastimentos y provisiones del ejército, pasó adelante camino de Galicia. El terror que se apoderó del pais con estas conquistas fué tal, que ningun caudillo cristiano se atrevió á oponérsele, antes bien salian los señores de las villas y lugares á recibirle y proveer de vituallas su ejército, procurando á esta costa que los preservase de la muerte y de la desolacion de sus hogares.

Así prosiguió su camino el caudillo sarraceno la vuelta de Santiago, y como la aspereza de la tierra y los muchos rios que la surcan, opusiesen gran dificultad á su marcha, buscó camino menos embarazoso, siguiendo las riberas y ensenadas del mar Océano, á quien los autores árabes llaman por aquella parte el mar Verde (2). De tal suerte esguazando muchos rios (3), entró con la

(1) Es de notar que los autores árabes (el Bayan y Almaccari), á quienes hemos consultado para la relacion de la gazúa de Santiago, nada dicen de que Almanzor conquistase en su marcha para aquella ciudad ni en la vuelta las plazas de Viseo, Lamego, Braga y la de Tuy de que hablaremos despues; pero nosotros suplimos el silencio de los árabes con las noticias de varios historiadores cristianos, entre ellos *Ferreras*: *Hist. de Esp.* tom. IV, pág. 377, los cuales ponen estos sucesos en el propio tiempo y año de 997. Es muy verosímil que el mismo Almanzor en persona no allanase aquellas plazas, sino que enviaría contra ellas desde Coria algunas taifas de su gente, pues sabiendo la formidable hueste que llevaba Almanzor, no se atreverian aquellos cristianos á hacer gran resistencia.

(2) *Bahr Alajdhar.* Tambien le llamaban *Bahr Almotdalim* ó mar tenebroso, y *Bahr Almohith*, ó mar profundo.

(3) El rio Tamega, el Cavado, el Lima y otros.

hueste por las dilatadas llanuras de *Faltarex* (1), donde halló campos cultivados y monasterios; pero tropezando despues con un monte empinado y bravo (2), que les cortaba el camino, mandó que se abriese en él una senda, como se logró á fuerza de brazos y de picos. Pasando al fin á la otra parte del monte, descubrieron los moros el rio Miño, que corria entre vastas y fértiles llanuras, y atravesándole, acometieron y rindieron la plaza de Tuy, cuya fortaleza la habia librado hasta entonces de los intentos de los infieles. El hagib mandó derribar sus muros y arrasar la poblacion, para dejar mas descubiertas por aquella parte las fronteras de Galicia. Algunos escuadrones que iban á la descubierta, llegaron al monasterio de *San Constante* y campo de *Balbanot* (3) sobre el mar Océano, y tomaron por fuerza de armas el castillo de *San Pelayo* (4), saqueándole como de costumbre. Pasaron desde aquí á una isla (5) que no lejos de aquellas marismas se vé en el Océano, cautivando á muchos cristianos que se habian refugiado en ella.

En tanto el grueso de la hueste subió al monte de *Morasia* (6) rodeado en gran parte por el mar, y ahuyentó sus moradores, robándoles cuanto tenian. Despues atravesando el canal ó estrecho llamado Luriqui (7) y mas adelante el rio Ulla (8), salieron á las

(1) Debe ser el término de S. Miguel de *Baltar* lugar de Portugal, á 4 leg. de Porto.

(2) Debe ser la montaña llamada del Jerez y que baja de N. á S. por la provincia portuguesa de entre Duero y Miño, y es continuacion de la de San Mamed en Galicia.

(3) Otros escriben *Balambo*. Por la posicion del lugar, mas que por la semejanza del nombre, creemos que el autor árabe habla de Bayona, hoy villa sobre la costa del Océano á 3 leguas de Tuy y 9 de Pontevedra.

(4) Este lugar es el llamado hoy *Puente San Payo* ó *San Pelayo* (Santa María de) á 2 leguas de Pontevedra y en las orillas de la ria de Vigo.

(5) Debe ser una de las islas llamadas antes de Bayona y hoy de Vigo, situadas en la desembocadura de la ria de este nombre y á 3 millas de la costa de Bayona.

(6) La península de Morazo en las costas de Vigo.

(7) Debe ser la ria de Pontevedra que se forma en las cercanías de esta capital y punto donde confluyen los rios Lerez, Alba y Tomeza, ensanchándose entre las feligresías de Salcedo y Lourizan, pues sale al mar cerca de la península de Morazo. El nombre *Luriqui* parece conservarse con alguna alteracion en *Lourizan* (San Andrés de) que es una feligresía á media legua de Pontevedra sobre la ria de Marin.

(8) Rio que nace en el partido de Chantada, provincia de Lugo, y desagua en el Océano occidental, formando la ria de Arosa, en árabe *Maalahmar* (el agua roja) poco mas arriba de la de Pontevedra.

campiñas abiertas y cultivadas de *Unoba* (1) y *Corgitha* (2) y llegaron al monasterio de *Santa Maria* (3). Prosiguiendo sus jornadas, llegaron los muslimes á Ilia (4), la antigua *Iria Flavia*, célebre por haber arribado á ella la nave que condujo á España el cuerpo del Apóstol Santiago y por el santuario y sede episcopal que en memoria de aquel suceso se erigieron allí. Instigado Almanzor de su saña é impiedad, ordenó que asi la poblacion como el santuario fuesen desolados enteramente (5), continuando luego su marcha para Santiago, adonde llegó un miércoles, segundo dia del mes de Xaban, que coincide con el 10 de agosto del mismo año 997 de J. C. Aunque á riesgo de ser prolijos, hemos querido apuntar todo el itinerario y relacion de este viaje, cuyos curiosísimos datos hemos hallado en un autor árabe (6).

En medio de un sombrío recinto de colinas mas ó menos empinadas, pero altas y amenazadoras por su mayor parte, se ve la ciudad de Santiago ó Compostela, recostada de tal suerte sobre el declive de una eminencia, que deja ver en pintoresca variedad el laberinto de sus calles y plazas, la amenidad de sus jardines y arboledas, la magestad de sus templos, los caprichosos recodos

(1) Acaso será Vilanova de cuyo nombre hay varias aldeas en la misma provincia de Pontevedra y sus confinantes.

(2) Parece *Cortegada* (Santa María de) feligresía á 8 leguas de Pontevedra y 4 de Lalin.

(3) Acaso este monasterio estaria situado en donde hoy Santa María de Oin, iglesia parroquial del pueblo de este nombre á 1|4 de legua del Padron. Por lo demás cerca de esta villa hay varias iglesias parroquiales con la advocacion de Santa María.

(4) Hoy el Padron villa y cabeza de partido á 3 leguas de Santiago en el confluente de los rios Ulla y Sar. Sobre la diócesis Iriense, llamada tambien Iliense, véase el *P. Florez*. Esp. Sag., tomo III, pág. 390 y 892.

(5) Es verdaderamente curioso el siguiente pasage del autor del Bayan en que refiere la llegada de Almanzor á Iria Flavia. Dice así: «Desde el monasterio de Santa María prosiguiendo su marcha llegaron á Ilia, que es otro de los santuarios de Yacub (Santiago) y donde asimismo se ve un sepulcro de su nombre, aunque vacío. Este santuario es tenido tambien en gran veneracion por los rumíes que acuden á él desde sus términos mas apartados y hasta del Egipto, la Nubia y otras regiones remotas.»

(6) Bayan Almoghreb II. 316 á 319. Almacari I. 270, 271 y 272.



C. Mugica dibº y litº. Lit de J.J. Martinez, Madrid 1858

Reconociendo ser aquello un prodigio del cielo.

de sus murallas guarnecidas por algunos torreones y su fértil vega regada por los rios Sar y Sarela. Segun el relato de los mismos autores árabes, encerraba aquella ciudad muchos edificios de bella y sólida fábrica; pero aunque los muros participasen de la misma solidez, como el caudillo sarraceno venia destruyendo á sangre y fuego cuanto hallaba á su paso, los moradores no osaron esperarle.

Almanzor, entrando con su hueste en la ciudad desierta, se dirigió al punto al templo del Apóstol Santiago para ejecutar en él sus amenazas. Cuéntase que para profanarle metió en él sus caballos y que llegando á la capilla y sepulcro donde se veneraba el cuerpo del Santo Apóstol, quiso cumplir en él algun acto de señalado ultraje. Pero no permitiéndole tanto la voluntad del Todopoderoso, aunque enemiga entonces á los cristianos, en aquel punto cayendo un rayo á los pies del moro y cegándole por algunos momentos, de tal suerte le aterró que reconociendo ser aquello un aviso del cielo, no pasó adelante en su mal propósito. Postróse pues, rendidamente ante el venerable sepulcro, implorando el perdon de Alláh, y para preservarle del desacato y profanacion de los suyos, puso soldados que le guardasen, como lo confiesan sus mismos historiadores.

Estos sin embargo, cuentan el notable suceso de otra manera, que manifiesta todavía la veneracion, que ya fuese por miedo ó ya por el respeto que tributan los musulmanes á Jesucristo y sus Apóstoles, mereció el santo sepulcro á aquel fanático caudillo á pesar de sus amenazas. Dice, pues, un historiador árabe que llegado el hagib á Santiago, no halló en toda la ciudad otra persona que un viejo ermitaño sentado sobre el sepulcro. Preguntándole Almanzor ¿quién era y qué hacia en aquel lugar? le respondió: «Yo soy un familiar de Santiago,» y entonces el hagib por respeto á Yacub (1) mandó que nadie le hiciera daño (2).

(1) Este es el nombre que dan los árabes al Apostol, cuyo nombre verdadero era, como sabido es, el de Jacob.

(2) Bayan Almoghreb II. 319.

A pesar de estas muestras de veneracion, el hagib deseoso de llevar de Santiago algun señalado trofeo que atestiguase en Córdoba el buen resultado de aquella memorable expedicion, mandó descolgar las campanas menores de aquel santuario y que en hombros de esclavos cristianos se llevasen á la mezquita mayor de aquella ciudad para colocarlas en ella como lámparas. Tambien hizo llevar á Córdoba las puertas del templo de Santiago para que se clavasen por trofeo en las vigas de la Aljama, donde dicen que las vió todavía el célebre *Ambrosio de Morales*. Aunque preservó de la destruccion la capilla y sepulcro del Apóstol Santiago, cuentan los árabes que mandó desolar el resto de la iglesia, asi como toda la ciudad, cuya demolicion se ejecutó con tal diligencia por la muchedumbre del ejército, que en el espacio de dos dias desapareció aquella hermosa ciudad como si nunca hubiese existido.

El historiador de esta famosa expedicion cuenta, que asolada la ciudad de Santiago, mandó el hagib arrasar todos sus contornos y comarcas y que poniéndose despues en marcha con la hueste, llegó á la península llamada *Sant Manicas* (1) sobre el mar Océano, término apartado, adonde jamás llegara antes de él musulman alguno, ni otro conquistador. Desde aquí emprendió la vuelta, y pasando por los estados de aquellos condes cristianos que iban en su compañía, ordenó que fuesen libres de toda vejacion y daño. Prosiguiendo, pues, su camino hácia el mediodía, llegaron todos al castillo de *Balico* ó *Vallicos* (2), y allí Almanzor, no necesitando ya del auxilio de los condes, los despidió para sus tierras, no sin darles en premio de su ayuda muchos y ricos presentes, entre ellos suntuosas vestiduras de honor de varias clases de brocados y telas de seda y oro, para que las vistiesen como traje de ignominia. Desde Vallicos despachó el hagib un correo para que llevase á Córdoba el parte de su victoriosa expedicion, y sin

(1) Parece ser San Cosme de Mayanca, feligresía compuesta de varias aldeas en la costa oriental de la ria de la Coruña y vecina á la playa, á dos leguas de esta ciudad y nueve de Santiago.

(2) Vallicos es hoy un despoblado á 3 cuartos de legua de Ciudad-Rodrigo.

mas tárdanza tomó con su ejército la vuelta de aquella ciudad en donde entró con pompa de triunfo, seguido de cuatro mil cristianos cautivos, que por su mayor parte eran jóvenes de ambos sexos y gran convoy de presa.

Segun los autores cristianos (1) esta vuelta de Almanzor fué tan precipitada como infeliz, pues dicen que enviando Dios á los moros una terrible pestilencia en castigo de haber profanado el santuario del Apóstol, pereció con aquella plaga gran muchedumbre de infieles. Al propio tiempo el rey don Veremundo, sabedor de la calamidad que trabajaba á los moros, bajó de sus montañas con los cristianos allí retraidos, y recogiendo otros que andaban fugitivos por Leon y Galicia, vino picando la zaga (2) ó retaguardia de la hueste sarracena hasta muy adentro de sus tierras, causándoles algunos daños. Acaso esta jornada de don Veremundo contra Almanzor sea la que mencionan algunos de nuestros historiadores como ejecutada victoriosamente por aquel monarca en los postreros años de su vida, ayudado del rey de Navarra don García el Tembloso y del conde de Castilla don Sancho Garcés (3). Sin duda otorgó el cielo al rey don Bermudo aquel buen suceso en premio de la enmienda que hizo de sus anteriores desórdenes en sus últimos años, esforzándose tambien en remediar los males con que afligian á aquel reino las contínuas irrupciones de los moros y reedificando en mucha parte los muros asolados de Leon. No sobrevivió mucho don Veremundo á aquella victoria, única que el gran poder de la morisma le permitió ganar en los diez y siete años de su reinado, pues entrado el de 999 murió en el Vierzo de su antiguo mal de la gota, á que debe él ser conocido en la his-

(1) El arzobispo don Rodrigo, la Crónica general, y otros.

(2) Es palabra árabe.

(3) Algunos confunden esta jornada con la de Calatañazor; pero en nuestro concepto no puede sostenerse tal opinion, pues esta acaeció en 1002, que fué el mismo año en que murió Almanzor vencido en ella, reinando ya don Alonso el V en Leon y Galicia.

toria con el sobrenombre del Gotoso. Sucedióle su hijo don Alonso, que fué el V de este nombre, y que alcanzando mejores tiempos, logró dilatar algun tanto su cercenado reino.

Sea lo que quiera de aquella jornada del rey don Veremundo contra Almanzor, ello es que los autores árabes celebran mucho la gloria que alcanzó el hagib penetrando hasta aquellos apartados confines de la España cristiana, adonde no habia llegado antes de él ningun rey ni caudillo islamita y destruyendo las ciudades y santuarios que defendieran hasta entonces, juntamente con el valor de los moradores, la aspereza del pais y la fortaleza de las plazas fronterizas. «Llegó Almanzor con sus victorias y conquistas (dice »un historiador árabe) hasta lugares y fortalezas que habian sido »inaccesibles á todos sus predecesores. Con tales hazañas llenó el »Andalus (la España árabe) de ricas presas y cautivos, arrebatando »á los rumíes sus mugeres, hijos é hijas. En su tiempo apenas hubo »varon andaluz que no aumentase sobremanera su fortuna (con el »botin de las victorias), y que no abasteciese á sus hijas con vesti»dos, aderezos y collares de gran valor, todo ello adquirido á poco »precio, como tomado á las hijas de los rumíes (1).»

Sin duda la expedicion de Santiago debe considerarse como la mas gloriosa de las empresas militares de Almanzor. Despues de haberla referido, bien podemos decir que tan valeroso é infatigable guerrero tuvo razon cuando celebrando sus propios hechos, compuso los versos siguientes, pues tambien fué poeta:

«Jamás cosa por grande ó terrible pudo amedrentarme. Yo mismo me he buscado los peligros, y en arrostrarlos he alcanzado generosidad y nobleza.

»Y no he tenido otro compañero ni auxiliar que mi buen ánimo, las lanzas aljatties (2) y las espadas destructoras.

»He sojuzgado á las gentes de todos los señoríos y he combatido por la gloria hasta no hallar con quien combatir.

(1) Abdelwahed p. 25: véase el Apéndice núm. XIII.

(2) Estas lanzas famosas entre los árabes por su excelente acero, tomaron su nombre de *Aljatt*, lugar y puerto de la Arabia adonde las traian de la India.

»Mis obras han terminado con mayor grandeza y esplendor el edificio de gloria que empezaron á levantar Abdelmelic y Amer.

»Yo, en fin, he ensalzado mas y mas con nuevos blasones los antiguos de mi estirpe que de padres á hijos me han venido en herencia desde Maafir (1).»

(1) Ya digimos que Maafir, Ámer y Abdelmelic eran progenitores de Almanzor. Cita estos versos de Almanzor Ebn-Said copiado por *Almaccari I*. 259.

CAPITULO XII.

Iglesia y pueblo mozárabe de Córdoba.—Conjuracion de don Rodrigo Gonzalez con los mozárabes y moros andaluces enemigos de Almanzor.—Arrepiéntese Ismá y descubre la conjuracion.—Prision de don Rodrigo y ejecuciones sangrientas en Medina Azzahira.—Dolor y muerte lastimosa de Elvira.—Presagios de Almanzor.—Saca á Hixem de su encierro y le pasea por Córdoba.

Como rosa entre espinas, ó como el lirio entre zarzas, que celebra el autor del Cantar de los Cantares (1), así en medio de la poblacion sarracena de Córdoba florecia desde el tiempo casi de los Apóstoles, una iglesia y grey cristiana, porque á pesar de la conquista y de las contínuas persecuciones de los moros, el fuego de la fé y de la caridad, que Dios mantenia en sus corazones, prevalecia contra las olas de la tribulacion (2). El Eterno obrando allí un prodigio semejante al que obrára en otro tiempo en la Roma pagana, habia querido para enaltecer la religion cristiana, que esta iglesia y culto echára hondas raices allí en donde tenia su corte y asiento el imperio musulman y estaba arraigada mas profundamente la supersticion mahometana.

(1) «Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.» *Cant. Cant.* II., 2.

(2) «Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.» Ibid. VIII. 7.

Manteníase aquella iglesia por las virtudes y cristiana paciencia de sus fieles, que sufrian con ánimo invencible cuantas vejaciones y tributos se les imponian; pues solo por este respeto de poderles exigir mayores servicios é impuestos que á la restante poblacion, habian consentido los emires y señores moros en conservar en sus ciudades á aquellos enemigos de su secta (1).

Pero en cambio de estas exacciones y de estar mas estrechamente obligados que los demás á respetar las leyes civiles y religiosas del pueblo moro, aquellos cristianos llamados *mozárabes* por vivir mezclados con los árabes, gozaban del derecho de profesar públicamente su religion y regirse, así en lo civil como en lo espiritual, por magistrados sacados de entre ellos mismos por eleccion. Para el gobierno temporal tenian varios magistrados que ejercian en ellos la jurisdiccion civil y criminal, conforme á sus fueros ó leyes particulares, siendo entre ellos los mas principales el *Conde* ó Gobernador, un *Censor* ó juez y un *Exceptor* ó administrador de hacienda.

El gobierno espiritual estaba á cargo de un obispo, á quien los moros solian llamar almitran (2), asistido de los otros sacerdotes y clérigos necesarios para la administracion de los sacramentos y celebracion del culto. No hemos podido averiguar con certeza el nombre del prelado que regia á la sazon aquella iglesia; pero es verosímil que lo fuese todavía el obispo Juan II de este nombre, que sabemos vivia en el año de 998, y que consagrado antes para la silla de Cartagena, habia sido promovido á la de Córdoba por sus virtudes y ciencia. Consta por algunos testimonios de autores árabes (3) que tambien solia residir en aquella ciudad

(1) Por regla general los cristianos mozárabes pagaban doble tributo que los moros; pero en tiempos de persecucion padecian mas vejaciones y se les echaban nuevos tributos sobre los ordinarios.

(2) El nombre *Almitran* con que los árabes llaman á los obispos, segun los diccionarios está corrompido de la voz metropolitano; pero parece mas bien derivado del nombre *mitra* con el artículo árabe *al*, como si quisiesen decir el mitrado.

(3) Sabemos por aquellos autores, que en tiempo del califa Alhacam II residia en Córdoba un almitran de Toledo llamado Obeidallah-Ebn-Alcassim, que fué uno de los personages mozárabes que acompañaron al rey de Galicia don Ordoño el Malo, cuando fué recibido en audiencia de aquel califa.

el arzobispo de Toledo, como hoy en Madrid, porque ejerciendo ciertos derechos de primacía, le importaba á veces dirigir desde aquella córte los negocios de las iglesías mozárabes de España. Estos prelados y ministros eclesiásticos solian vestir el trage é insignia clerical correspondiente á sus grados y órdenes, á diferencia de los seglares que desde mediados del siglo IX vestian ya como los árabes; pero de presumir es, que aquellos prelados, al menos para asistir á los actos civiles, llegasen á adoptar el trage de los conquistadores, como adoptaron hasta sus mismos nombres (1).

Para los ejercicios y prácticas de su religion concurrian los mozárabes á sus templos públicamente, y al tañido de las campanas, cuyos armónicos toques, que tan varios y profundos sentimientos suelen despertar en el corazon humano, resonando en el ámbito de aquella ciudad infiel, ensordecian á veces los destemplados gritos que alzaban los muedzines desde las *assomas* ó torres de las mezquitas. Los cultos y fiestas religiosas celebrábanse en el recinto de aquellas iglesias y santuarios con toda pompa y magestad, solemnizándose con músicas y cánticos (2). Las mugeres cristianas acudian á los templos con las cabezas y rostros tapados, no por imitar á las moras, sino conforme al antiguo precepto del Apóstol San Pablo (3).

El número considerable de los templos en que profesaban su religion los mozárabes, prueba lo floreciente que se hallaba la

(1) Véase la nota anterior.

(2) Un autor árabe, citado por *Almaccari*, cuenta como escandalizado que asistió en la iglesia de Santa María (de que haremos mencion despues) á una fiesta nocturna de los cristianos, que segun la describe, debió ser una misa de madrugada y acaso la da Noche-buena. Dice que el santuario se miraba adornado con gran magnificencia y cuajado de luces, el pavimento cubierto de verde arrayan, los sacerdotes revestidos de rico tisú, y que toda la funcion se celebraba con gran pompa y solemnidad. (Vease la mencionada obra del *Sr. Madrazo*, pág. 386.)

(3) Esta era la costumbre; pero sucedió á veces que por confesar su fé distinguiéndose de las moras, algunas cristianas fueron á los templos con el rostro descubierto, recibiendo por premio de este valor la palma del martirio.

cristiandad en la capital del imperio muslim, pues por los escasos documentos que nos quedan pertenecientes á aquellos cristianos, todavía conocemos los nombres y otras noticias de siete iglesias situadas en aquellos tiempos dentro de la misma ciudad y sus arrabales y nueve en los contornos y sierra vecina. Entre los templos situados dentro de Córdoba era muy notable la iglesia llamada de los *Tres Mártires* y tambien de los *Tres Santos*, donde se veneraban los cuerpos de los Santos *Fausto*, *Yanuario* y *Marcial*, que con sus virtudes y martirio habian ilustrado en otro tiempo aquella ciudad. Esta iglesia tomó despues la advocacion de San Pedro, y segun se dice, fué la antigua catedral en que residia el obispo. Tambien era muy insigne y venerada la basílica de *Santa María* (1) consagrada por aquellos cristianos á la Reina de los Angeles. Las iglesias de la ciudad parece que estaban situadas, sino todas, las mas de ellas en los arrabales de la parte oriental llamados la *Axxarquia*. Como los árabes solian destinar un barrio aislado ó suburbio en cada poblacion de importancia para la residencia de la gente cristiana, sucedió que en Córdoba señalaron para ello alguno de los muchos arrabales de aquella parte oriental, que segun consta por algunos historiadores eran en número de siete, dilatándose desde la puerta de Algeciras en la ribera del Guadalquivir hasta la de Toledo. Aquella poblacion cristiana enclavada en la sarracena, sufrió muchos azares y vicisitudes; pero aunque disminuida por el tiempo y las persecuciones, jamás desapareció del todo de su antigua morada en la Axarquia (2) hasta el tiem-

(1) Por el pasage de Almaccari citado en una nota anterior, se ve que los árabes hacen memoria tambien de esta basílica, y aun el mismo añade que era la principal de los cristianos cordobeses y que acudian á visitarla peregrinos de lejanas tierras.

(2) Sabido es, que en la famosa entrada de don Alfonso el Batallador por Andalucía (año 1125) diez mil mozárabes huyendo de Córdoba, se unieron con la hueste de aquel monarca y se establecieron en sus Estados. Enojados los moros por su fuga, se ensañaron en la persecucion de los que quedaron, dieron muerte á muchos, deportaron á otros al Africa, encerraron á no pocos en eterna prision y despojaron á los mas de sus bienes. Pero todavía quedó razonable número de gente cristiana en los arrabales del oriente hasta la conquista, pues vemos por un curioso pasage del autor del Carthas,

po venturoso en que la ciudad de Córdoba fué restaurada por el ínclito rey San Fernando (1).

Así en el recinto de Córdoba, como en las cercanías, y sobre todo en la Sierra, habia diferentes monasterios y ermitas, en donde crecido número de varones y mugeres, practicaban bajo sus especiales reglas y votos, la vida religiosa y las austeridades de la penitencia. En los monasterios de religiosos, florecian además el estudio y enseñanza de las ciencias y artes liberales, juntamente con las disciplinas eclesiásticas. Allí recibian su educacion moral y literaria los hijos de los mozárabes; allí florecieron varones eminentes en santidad y letras, entre ellos el obispo San Eulogio y el abad Samson, y allí por lo tanto acudian de toda la España sarracena y aun de la cristiana, los fieles que deseaban instruirse en muchas ciencias y doctrinas. De tal manera aquella ciudad de Córdoba, con sus monasterios mozárabes y madrisas arábigas, era un sol y lumbrera de ilustracion, que desde allí derramaba los rayos del saber por todo el mundo, así cristiano como musulman (2).

Aquellos cristianos mozárabes acogian siempre con afectuosa hospitalidad á los otros fieles que con diversas ocasiones y motivos solian pasar á Córdoba y que con gran placer encontraban allí los auxilios de la fraternidad y los consuelos de la religion. Tales satisfacciones probó don Rodrigo Gonzalez cuando el llamamiento de Ismá, y sobre todo, el empeño de vengar su agravio, le condujeron á Córdoba.

Acaeció la llegada de don Rodrigo á aquella corte, en tanto

(pág. 183 del texto árabe, ed. de *Tornberg* y 302 de la version de Moura) que cerca de Córdoba por San Fernando, fueron aquellos cristianos los que dieron la entrada en la Axarquia al ejército sitiador, resultando de allí la pérdida mas pronta de la ciudad. Así fué, que desde el tiempo de los romanos y godos nunca se apagó la fé ni cesó la cristiandad en la ciudad de Córdoba, á pesar de ser durante la dominacion sarracena el santuario de Islam y la sultana del occidente.

(1) Año do 1236, mas de quinientos despues de la conquista por los moros.

(2) Sobre la Córdoba mozárabe, véase al P. Florez: *Esp. Sagr.* tomo X, pág. 251 y sig. y al Sr. Madrazo, pág. 341 á 386 de su obra ya mencionada.

que el hagib ejecutaba su memorable expedicion de Santiago. Por el mismo tiempo, y poco á poco, los demás cristianos con quienes se habia concertado aquel caballero, fueron llegando á Córdoba alojándose todos en las casas de los mozárabes establecidos, como queda dicho, en la Axarquia. Ismá por consolar á Elvira y por llevar adelante ciertos planes de amor y de venganza, favoreció cuanto pudo con dinero y otros auxilios á don Rodrigo y sus cristianos. Alentado con este favor el padre de Elvira, concibió y trató primeramente con los otros cristianos leoneses y mozárabes, una conspiracion para dar muerte al poderoso hagib, y como despues viese el descontento y odio que Almanzor se habia grangeado con sus crueldades y ambicion entre los mismos árabes, pensó tambien en valerse de estos para destruir por completo á aquel azote de propios y extraños. Comunicando estos designios con la cautela y sigilo necesarios, logró hallar muchos que de la mejor voluntad se ofreciesen á ayudarle en la empresa. Reunidos, pues, en un palacio de la Axarquia los cristianos advenedizos y mozárabes con muchos señores de raza árabe que eran los mas perseguidos por Almanzor, se acordó entre ellos despojar del poder y de la vida á este hagib, devolver al califa Hixem el mando y autoridad soberana que le habia sido usurpada, y confiar los cargos del gobierno á los altos varones y xeques árabes, destituyendo á los bereberes y otros intrusos, y conceder en fin á los cristianos que vivian en Córdoba ó que viniesen á morar en ella, en recompensa de su ayuda, cierta proteccion, franquezas y privilegios para el mas libre ejercicio y culto de su religion. Este alzamiento y revolucion debian estallar al volver el hagib de su empresa á Santiago, en donde á pesar de sus grandes y dilatadas conquistas, habia deslucido acaso mucha parte de su gloria con la peste que segun cuentan diezmó desastrosamente su ejército.

Ya hemos dicho que al volver de Santiago una hueste de cristianos, parte bajados de sus montes, parte reunidos de los dispersos, vino persiguiendo al hagib hasta muy dentro de los estados de Córdoba. Este hecho que algunos ponen en duda, se acomoda

sobremanera á los documentos en que se funda nuestro relato, segun los cuales aquel ejército, acercándose á Córdoba, debia cooperar á la ejecucion del plan concertado entre árabes y cristianos.

Llegado pues Almanzor, preparáronse los conjurados á ejecutar su intento. Reunidos en una postrera junta, acordaron que tan luego como la hueste cristiana, caminando disimuladamente por parages encubiertos y extraviados, se acercase una noche á Córdoba, entonces acudiendo á las armas cristianos y árabes, ya prevenidos al efecto, debian parte caer sobre el alcázar de Almanzor en Medina Azzahira, y parte saliendo á recibir á aquella hueste, darle entrada en Córdoba para consumar todo el hecho. Don Rodrigo Gonzalez se encargó de salir al encuentro á la hueste cristiana, y en el caso de que hubiese llegado cerca de la ciudad, segun lo convenido, traer la nueva á los conjurados de Córdoba para dar principio al alzamiento. Antes de emprender el peligroso intento, quiso el buen anciano disfrutar nuevamente el consuelo de ver á la tierna Elvira en el alcázar de la Alamería, para despedirse de ella, si por ventura frustrado el temerario plan, hallaba en él la muerte. La cariñosa hija le abrazó una y otra vez entre llanto y sollozos, tan conmovida como si presagiara que no volvería á estrecharle entre sus filiales brazos.

Desprendiéndose de ellos al fin, partió don Rodrigo á su hecho con las primeras tinieblas de la noche, la cual se presentó tan oscura y lluviosa que pareció la mas apropósito para la ejecucion de aquella empresa. Ya todo parecia funesto para Almanzor, cuando la sultana Ismá, entendiendo que las tramas de los cristianos llegaban mas adelante de lo que ella deseaba y que aquella noche iba tal vez á morir su esposo, víctima de su amorosa venganza, llamó á una esclava berberisca de quien mucho fiaba, y la refirió todo el caso, pidiéndola consejo para aquel apuro. La esclava, que era por demás astuta, inspirada por los genios del infierno, amigos y valedores de Almanzor, respondió á su señora:

—Sin mas tardanza enviad á nuestro señor el hagib noticias del peligro que le amenaza y salvadle, puesto que le amais.

—Sí, eso deseo á todo trance; pero me parece infame el perder á tanto árabe y cristiano, como alentados por mi ayuda han tomado parte en esa couspiracion.

—Dejaos ahora de tales escrúpulos. Entre esos cristianos se encuentra segun me habeis dicho, el padre de vuestra rival y no hay duda que si Almanzor castiga con la muerte su delito, la hija cobrará tanto odio al hagib que jamás accederá á sus amorosas instancias, pues sino muere con la pena le aborrecerá de muerte, y nuestro señor conociendo tarde el mal que la habrá hecho, renunciará del todo á sus amores.

—Tienes razon, Zebiba: eso es lo mismo que yo sentia: que todos perezcan porque él se salve y viva solo para mi amor.

Era ya cerca de la media noche cuando Almanzor, que velaba muy agitado en su aposento de Azzahira, como si presintiese el mal que le amenazaba, recibió por una carta anónima que le envió Ismá, el anuncio de la rebelion tramada, con sus pormenores mas importantes. Al punto llamó á uno de sus slavos de á caballo y le dijo:

«Marcha sin detencion al inmediato camino de *Theliares* (1) y al primer hombre que encuentres traémele al punto.»

Marchó el slavo á obedecer la órden de su señor, y llegado al indicado camino, no halló á nadie; pero deseoso de cumplir con lo mandado, aunque hacia una noche muy rigurosa de frio, viento y lluvia, permaneció allí algunas horas sobre su caballo. Nadie parecia; pero al fin hácia la madrugada vió venir á un viejo al parecer decrépito envuelto en un pobre albornoz, y cabalgando sobre un asno, donde llevaba ciertas herramientas, como para cortar leña en el monte. Detúvole el caballero y le preguntó: «¿Adónde te encaminas, oh anciano?» y él respondió: «Voy como ves, en

(1) *Theliares* era el nombre de un lugar de aquellos contornos cerca de Azzahira. Es muy verosimil que el nombre Theliares, extraño á la lengua árabe, se formase por corrupcion del latino bárbaro *tegulares*, porque en aquel lugar habria desde lo antiguo algunos tejares.

busca de una carga de leña.» — Entonces el ginete pensó para sí: «Este es un pobre viejo que va al monte para recojer un haz de »leña, y no es posible que mi señor quiera nada con él.» Pensando así, le dejó apartarse un poco, mas luego, reflexionando sobre las palabras de Almanzor y temiendo su enojo, volvió á llamar al viejo y le dijo:—«Ven conmigo para que te presente á nuestro se»ñor Almanzor.» Replicó el anciano:—«No es posible que el excel»so hagib quiera nada de un pobre viejo como yo: por tanto te »suplico por Alláh que me dejes buscarme mi sustento.» — «No lo consentiré» repuso el caballero, y llevó al viejo mal de su grado á la presencia de Almanzor, al cual halló sentado aun en su despacho sin haber dormido en toda la noche. Cuando Almanzor miró ante sí al viejo, luego conoció por su rostro, aunque lo disimulaba el traje, que era un cristiano leonés disfrazado; pero sin detenerse en investigaciones de menos importancia, ordenó á los slavos de su guardia que registrasen sus vestidos. Hiciéronlo así, pero no hallaron cosa alguna que diese indicios de la conspiracion tramada. Entonces dijo Almanzor: «registrad la albarda de su jumento.» Registráronla pues, y hallaron en ella una carta escrita en latin, cuyo contenido en resúmen era de este tenor.

«Los cristianos mozárabes de Córdoba y sus hermanos venidos »de Leon á los otros hermanos, que acuden en hueste para salvar»les, salud: pues el cielo favorece nuestro intento y contamos con »la ayuda del bando árabe, enemigo del hagib, llegaos mañana á »la noche á la puerta del arrabal de la Axarquia, adonde saldre»mos á recibiros. Los alcaides y guardas de los castillos inmedia»tos, allegados tambien á nuestra parcialidad, os dejarán acercaros »como hasta ahora lo han hecho los demás. Consumemos, pues, en »esa noche la destruccion del tirano y el alivio y salvacion de to»dos. Dios os guarde de mal. En la Axarquia á 20 de octubre de »la era 1035 (1).»

El mismo Almanzor, que era perito en la lengua de los cristia-

(1) Año de J. C. 997.

nos, tradujo esta carta con la que fué sorprendido don Rodrigo Gonzalez, cuando caminaba á llevar aquel aviso á la hueste cristiana. Descubierta la conspiracion al punto, el hagib tomó sus medidas para frustrarla. Inmediatamente empezó á hacer en la Axarquia numerosas prisiones, así de árabes como de cristianos, y mandó que al punto, reuniéndose muchos escuadrones de á pie y de á caballo, saliesen de Córdoba en persecucion de aquel ejército cristiano que tan temerariamente habia osado penetrar hasta el corazon de aquellos estados con mengua de los muslimes y del invicto caudillo que los habia conducido á tantas victorias. Pero un espía de los árabes enemigos de Almanzor llevó al punto á aquellos cristianos la nueva de lo que sucedia, y aunque el hagib ordenó que se levantase para exterminarlos toda la tierra, ellos con su diligencia y esfuerzo y favorecidos además por los enemigos del hagib, lograron retirarse en buen órden y sin gran pérdida la vuelta de Leon. Cebóse empero la saña de Almanzor en los conjurados de Córdoba, pues aquella misma mañana á cuantos pudo descubrir, que por la mayor parte fueron cristianos, los mandó degollar á las puertas de su palacio y que despues ensartadas sus cabezas en picas se expusiesen en los muros de Medina Azzahira, para terrible escarmiento de sediciosos (1). Mas adelante fué ejecutando otras venganzas en los árabes y cristianos, de quienes llegó á concebir la menor sospecha de que hubiesen tomado parte en la conspiracion. El noble gallego don Rodrigo Gonzalez fué decapitado con los demás y expuesta su cabeza sobre las mismas puertas de Medina Azzahira, sucumbiendo así el valeroso padre de Elvira víctima de su celo por la religion y la patria.

Tales páginas de sangre se hallan á cada paso en la historia de Almanzor, como en la de todos los tiranos, porque las rebeliones que provocan con sus crueldades y opresion, son sofoca-

(1) El autor árabe Ebn-Hayyan, citado por el del Bayan II. 312 y Almaccari I, 268, cuenta el descubrimiento de la referida conspiracion y su eficaz remedio como un ejemplo de la gran prevision y perspicacia de Almanzor.

das y vengadas por ellos mismos con mayor inhumanidad hasta que llega el dia de forzosa ruina en que siempre viene á parar la tiranía.

La nueva de esta conjuracion abortada y del cruel castigo, cundió al punto así en Córdoba como en sus alrededores, pues por todas partes los satélites del tirano ejecutaban prisiones y venganzas. Ismá despertándose en su blando lecho rodeado de delicias, donde sin embargo la atormentaba el demonio de los celos, se levanta gozosa al saber la noticia y corre á abrazar y besar los pies de su señor; pero éste la rechaza con despecho y mientras que los conspiradores sufren la pena capital, sale para la Alamería, deseoso de encontrar allí un solaz contra la amargura en que le han puesto aquellos descubrimientos.

Cuando llega á la Alamería, encuentra casi á sus puertas á Elvira toda sobresaltada y llorosa, pues tambien á su retiro habian llegado los rumores de las prisiones hechas, y como ella sabia que toda la conjuracion fué urdida por su padre, ya le llora muerto por la venganza de Almanzor. Pero al ver á Almanzor, que se le acerca, procurando sonreirla y que la saluda con amable galantería, su corazon respira un poco.

—¡Ah! ¡no le habeis muerto! exclamó con viveza. ¡Es cierto, mi señor, que no habeis muerto á mi padre!

Al escuchar estas palabras se turba Almanzor, pues comprende que el padre de Elvira fué uno de los sediciosos y acaso en aquel instante ha sufrido la pena de muerte con los demás. Pero arrastrado á su pesar por el amor, reflexiona que tal vez no ha muerto todavía, y dice á Elvira.

—No conozco á tu padre, ni aun sabia que fuese de los que tramaron mi muerte. Pero vuela al punto conmigo y le podré salvar. Si dichosamente vive, desígnámelo tú entre los destinados á la muerte, y por amor á tí le perdonaré.

—¡Oh magnánimo señor, dijo Elvira, luchando entre el temor y la esperanza. Llevadme allá y os juro por mi Dios, que si le salvais, premiaré vuestro beneficio con un eterno amor.

Hablando así Almanzor coloca con sus robustos brazos á Elvira sobre una fogosa yegua africana, sube él mismo á la grupa, y mas veloces que el viento vuelan hácia las puertas de Medina Azzahira.

Pero al llegar allí, alzando la infeliz Elvira sus anhelantes ojos á las cabezas enarboladas en picas, que adornan ya las puertas de Azzahira, reconoce entre ellas la de su padre, que recien cortada aun, conserva los rasgos de su fisonomía.

Este horrible espectáculo turba su cabeza, desvanece sus ojos y á no sostenerla Almanzor, cayera derribada de la yegua. Viéndola insultada, apéase con ella, la conduce en sus mismos brazos al alcázar y la coloca allí sobre su mismo lecho, llamando con gran priesa á su tebib ó médico para que la asista. Pero Elvira no vuelve ya de su mortal sueño, sino que hiriéndola en él con su fatal espada el mismo ángel del dolor, vuela su alma inocente á las mansiones del Empíreo. Cuando viene el tebib, la halla muerta. Almanzor se enfurece con la desesperacion, é imputando á los cristianos la causa de aquella muerte, jura vengarla en ellos con nuevos males y estragos. Los imames y alfaquíes atizan el fuego que ardia en su corazon, representándole aquellas desdichas y amor desventurado como castigo de Alláh por haber amado á una cristiana.

Los mozárabes de Córdoba se atreven á reclamar de Almanzor el cadáver de Elvira con el de su padre y los otros cristianos, para tributarles los honores fúnebres propios de su religion. El hagib despues de alguna resistencia se los concede, haciendo colocar antes el cuerpo de Elvira en un riquísimo ataud, y los mozárabes, despues de celebrar en uno de sus templos solemnes exequias por ella y los demás cristianos, les dan honrada sepultura en la *macbara nassarania* ó sea el cementerio cristiano de la Axarquia.

Tal fué el terrible y lastimoso suceso que hemos querido relatar con la brevedad posible. Desde este dia, una amarga tristeza empezó á devorar á Almanzor, y la sultana Ismá, en vez de verle volver á sus brazos, le miró cada vez mas extraño y enemigo. Pa-



C. Mugica dib.º y lit.º — Lit. de J. J. Martinez Madrid 1858

Reconoce entre ellas la de su padre..

seabase solitario y melancólico por los jardines de Medina Azzahira, y con sus acciones y palabras daba á entender que él mismo sentia ya próximo el fin de su vida. Cuéntase que un dia recorriendo todos aquellos vergeles y casas de placer, pasó largo tiempo contemplando melancólicamente sus arboledas, juegos de aguas y otras maravillas, como si pronto las hubiese de perder. De repente se detuvo, se oscureció su semblante con nubes de pesar, y agolpándose lágrimas á sus ojos esclamó:

—¡Ay de tí, Azzahira! ¡Cuán otra era tu belleza cuando la luz del amor me alumbraba en tus alcázares y vergeles! ¡Mas ay de tí, que aun esta belleza que ostentas todavia, pronto se borrará del todo. Ojalá pudiera yo conocer al pérfido que ha de ejecutar por su mano tu destruccion y ruina para confundirle ahora con mi poder.

Oidas tan extrañas razones por algunos slavos, sus familiares, que iban en pos de él, le dijeron:

—¡Oh señor! ¿qué significan esas palabras que jamás oimos de vuestra boca? ¿y qué mal pensamiento asalta ahora á vuestra razon?

—Ya vereis cumplido lo que presiento, pues así como mi persona y grandeza, pronto se marchitarán las bellezas de Azzahira; sus aposentos maravillosos serán abrasados con el fuego de la guerra civil, sus tesoros y preseas serán robados y desaparecerán sus vestigios hasta caer en completo olvido (1).

No tardaremos en ver como el tiempo y los altos decretos de Dios cumplieron estos temores y pronósticos de Almanzor.

Aunque abatida ya su alma fiera y altiva, los cuidados del gobierno de que nunca levantaba mano, le distraian con frecuencia de sus imaginaciones y volvia á recobrar su natural vigor y energía. Y fuerza le era dominarse así, pues si bien su diligencia habia sofocado la terrible conspiracion de cristianos y árabes, quedaron de ella muchos vestigios en el descontento del pueblo. Ofendido este por verle tan apoderado del gobierno y de la mis-

(1) Almaccari: I. 387.

ma persona del califa, que no hallaba á quien acudir para librarse de sus vejaciones y tiranías, comenzó á dar acogida á cuantos rumores y noticias podian perjudicarle, y presto cundió en él la voz de que el hagib habia asesinado al califa su señor. Daba fundamento á esta suposicion el largo encierro en que tenia al califa hacia muchos años, sin que jamás le viera el pueblo, y la notoria maldad con que apelaba á todos los medios para conservar el poder que se tenia arrogado.

Pero al sagaz hagib le fué fácil confundir á los que esparcian aquellos rumores. Sacó, pues, del alcázar al califa Hixem, y acompañado de un lucidísimo séquito de sus caballeros slavos, le paseó por todas las calles y plazas para que fuese visto de todo el pueblo. Almanzor iba tambien acompañando al califa, pero no con la magestad y pompa que solia, sino que caminando á pie, llevaba de las bridas el corcel que cabalgaba su señor, aparentando con esta falsa sumision y modestia, que siempre habia respetado los derechos y autoridad de su soberano. Tal espectáculo produjo el efecto que se prometió Almanzor, pues asombrado el pueblo de la humildad que demostró en aquel trance el que tantas veces al volver de sus victorias, habia entrado en Córdoba con soberbia pompa triunfal, rompió en víctores y aplausos, aclamándole por el defensor del Islam y llamándole á porfia con el nombre de Almanzor, que ya le habia dado en otro tiempo, y que quiere decir el invencible y el ayudado por Dios. Tal es el ascendiente que los grandes capitanes y conquistadores suelen alcanzar entre sus pueblos, por mas que sus tiranías desluzcan mucha parte de su gloria. Sosegado con esto el descontento popular, Almanzor prosiguió ejerciendo sin rival el mando supremo, y volvió á sumir al califa en su retiro y vergonzosos placeres, de donde no salió hasta la muerte del hagib y de su hijo y sucesor Abdelmelic.

CAPITULO XIII.

Noticia de Mudarra Gonzalez.—Ultimas gazúas del hagib.—Es derrotado en la famosa jornada de Calatañazor.—Muere en Borg-Alcoraxi y es enterrado en Medina Selim: Anécdota acerca de su sepulcro.

Antes de entrar en la relacion de las últimas campañas de nuestro héroe, queremos hacer alguna memoria de un curioso suceso de que hablan nuestros cronistas, pues con ellos añadiremos un dato mas á los que hasta ahora dejamos apuntados sobre las relaciones que mediaban entre cristianos y moros en aquella época.

Segun la Crónica general (1) monumento muy autorizado de nuestra historia, por este mismo tiempo, es decir poco despues de haber destruido á Santiago, el hagib armó caballeros en Córdoba á doscientos moros de su parentela, entre ellos á un mancebo, que decian ser su sobrino, el cual, aunque no pasaba de los diez años de su edad, se miraba ya tan crecido en el cuerpo como en los

(1) Edicion enmendada por el maestro Florian de Ocampo.

ánimos y el valor. Todo en este mancebo era singular y extraño, pues aunque nacido entre los moros y emparentado con Almanzor, se nombraba *Mudarra Gonzalez* y era hijo de *Gonzalo Gustios*, caballero castellano principal y padre de los siete hermanos llamados de Salas ó de Lara, famosos por su esfuerzo y por su trágica muerte. Diez años hacia que un alto varon de la casa de Lara, llamado *Ruy ó Rodrigo Velazquez*, grandemente enemistado con Gonzalo Gustios, no solo habia hecho matar en Castilla por mano de los moros á los siete infantes, hijos de este caballero, sino que á él mismo le envió á Córdoba con una carta engañosa, para que fuese muerto por Almanzor de quien era él muy amigo. Pero Almanzor, que habia oido celebrar el esfuerzo y buenas partes de Gonzalo, no le quiso matar, sino que se contentó con encarcelarle por entonces, y despues utilizó en Córdoba sus servicios, empleándole en la Axxortha y guarda de su persona. Mientras Gonzalo estuvo preso, cuentan que una hermana del hagib tuvo ocasion de verle, y prendándose de su gentileza, tomó á su cargo el asistirle en su encierro, con que estrechándose entre ambos vínculos de amor, resultó de ello que la mora dió á luz un hijo, á quien los muslimes llamaron Mudarra, y él en memoria de su padre, tomó el apellido de Gonzalez. Entre tanto Gustios recobró su libertad, volviéndose á Castilla, y como creciese su hijo, educado por la hermana de Almanzor, empezó á mostrar gran esfuerzo é inclinacion á las armas. La memoria de los agravios hechos á su padre y hermanos por Ruy Velazquez incitó mas su natural valor con el deseo de vengarlos, y asi es, que tan luego como el hagib le armó caballero, le pidió licencia para ir á tierra de cristianos, sin disimularle las razones que le movian á ello. Almanzor, conociendo sus ánimos, le dió su permiso y juntamente gran haber y muchos caballeros moros para que le acompañasen, celebrando hallar esta nueva ocasion para fomentar reyertas y discordias entre los cristianos. Llegado á Castilla el rencoroso mancebo, tuvo la satisfacion de abrazar á su padre don Gonzalo, y despues la mayor de vengar el ultrage de este y las muertes de

sus hermanos los infantes de Salas, matando á Ruy Gonzalez (1). Mudarra se distinguió desde entonces por sus proezas, y en él tuvo su orígen una de las casas mas nobles de España (2).

Pero volviendo ya á los hechos de armas del hagib, diremos que desde la gazúa de Santiago, que fué la cuarenta y ocho de sus expediciones, ejecutó contra los cristianos otras cuatro hasta completar el número de las cincuenta y dos que celebran sus historiadores (3). De estas postreras gazúas, las tres primeras fueron de poco efecto, y la última tan desventurada como lo veremos bien pronto: parecia en verdad que desde la profanacion del templo de Santiago, la fortuna militar habia desamparado á Almanzor.

Escasas por demás son las noticias que hallamos en los autores, asi árabes como cristianos, sobre las tres expediciones que precedieron á la de Calatañazor. A fines del otoño del mismo año 387-997, dice una crónica que el hagib tomó á los cristianos la plaza fuerte de Aguilar situada en la ribera de Sousa en la Lusitania (4).

En el año 390 de la hegira, 1000 de nuestra era, hizo Almanzor una entrada por Castilla en que llegó hasta *Hisn Cervera*, ó sea el castillo de Cervera de Rio Alhama (5). Salió á su encuentro el jóven y valeroso conde de Castilla, Sancho García, con otro caudi-

(1) *Crón. Gen.* fol. 265 vuelto y 266.

(2) El ilustre linage de los Manriques.

(3) Es lástima grande que se haya perdido la obra histórica del famoso *Abu-Meruán-Ebn-Hayyan* titulada *Almaátzir-Alameria*, ó hazañas de los Ameritas, que cita el historiador moderno *Abdelwahed* el *Marrecoxi*, pág. 26 de la ed. de Leiden, pues en ella se relataban, segun este autor, las 52 gazúas de Almanzor, y sin duda con la exactitud y prolijidad que se echan de ver en algunos trozos sacados de aquel libro, que copian el Bayan Almoghreb y Almaccari.

(4) *Cronicon Conimbricence*: *Esp. Sagr.* XXIII. 337. Otros ponen este suceso en el año 995, *E. S.* XIV. 404.

(5) La circunstancia de haberse hallado en esta batalla el conde de Castilla Sancho Garcia, nos obliga á creer que la plaza en cuyas cercanías se dió fué Cervera del Rio Alhama en los confines de las provincias de Soria y Logroño, y no Cervera la de Cataluña.

llo llamado García Gomez, á la cabeza de razonable hueste. Empero el número muy superior de los moros y sus mayores alientos y destreza militar adquiridos en tantas campañas y victorias, les alcanzaron un nuevo triunfo en esta jornada, huyendo desbaratado el conde. A estas noticias que dá un Cronicon cristiano (1) añaden los autores árabes que Almanzor despues de vencer la batalla destruyó algunos castillos, quemó algunas poblaciones no muradas é hizo otros estragos en la tierra, y volviendo á Córdoba fué recibido en ella con aclamaciones y pompa de triunfo.

Despues de la jornada de Cervera, no hallamos en los historiadores noticia alguna sobre los hechos de armas del hagib hasta principios del año 392 de la hegira (2) 1002 de nuestra era. Sin duda debió atender en este intérvalo, además de los cuidados del gobierno, á los preparativos de otra mayor empresa que aprestaba contra los cristianos. Los recuerdos de sus amores, cuyas desventuras achacaba á los rumíes, sus ideas fanáticas avivadas por las exhortaciones de los alfaquíes, y por último el deseo de asegurarse mas y mas con sus victorias el afecto de los muslimes, fueron los poderosos motivos que inflamando su antigua saña y rencor contra los que profesaban la ley del Crucificado le resolvieron á ejecutar por tierra de Castilla otra nueva y mas terrible expedicion. Con tal designio hizo nuevos llamamientos de armas en todo el imperio del califa y mandó venir del Africa grandes fuerzas de caballería, que ya no eran necesarias en aquellas provincias, por haberlas pacificado su hijo Abdelmelic. Llegadas estas y otras taifas, el hagib salió de Córdoba la vuelta de Castilla en la primavera de dicho año 392 de la hegira, 1002 de nuestra era. Al pasar por Toledo, que era el punto de convocacion señalado por el hagib á la gente de guerra de casi toda la España árabe, se

(1) Los *Anales Complutenses* copiados por *Florez. Esp. Sag.* XXIII. 312 dicen así: «Era MXXXVIII. (año 1000) fué la arrancada de Cervera sobre el conde Sancho «García y García Gomez.»

(2) La hegira 392 empezó en 19 de noviembre del año 1001 de J. C.

incorporaron á su hueste numerosos escuadrones, entre ellos la caballería del Algarbe y milicias de Mérida y Badajoz capitaneadas por el caudillo *Farhún* walí de Santaren. Reunida con esto una hueste mas lucida y poderosa que nunca, el hagib prosiguió con ella su marcha hasta llegar á las orillas del Duero por la parte en que confinaban los estados de Leon y Castilla. Atravesó por aquí el rio y subiendo por su márgen derecha, devastó con grandes estragos toda aquella frontera hasta los límites orientales del condado de Castilla. Devastados aquellos confines, el hagib movió con su campo para las navas de Clunia y Osma, en donde le asentó no sin ejecutar iguales estragos en la comarca vecina, y amenazando destruir completamente aquellos estados hollados tantas veces por sus huestes vencedoras.

Pero al fin el Eterno, apiadado de tanta ruina y exterminio de su grey escogida, empezaba á levantar la mano del duro castigo, y las largas calamidades, que como terrible prueba y saludable escarmiento de la Providencia, habian afligido á los cristianos, purificaron sus almas, despertando en ellas los apagados sentimientos de virtud y lealtad. Por lo tanto, dando al olvido sus antiguos resentimientos y arreglando sus mútuas diferencias en bien de al cristiandad y de ellos mismos, los príncipes cristianos resolvieron unir sus armas contra el enemigo comun. Las mismas asonadas y ruidos que levantó Almanzor con sus formidables aprestos, fueron la estrepitosa voz de alarma que avisó á los cristianos á prevenirse con tiempo para hacer frente al peligro. El conde de Castilla don Sancho Garcés, que por su mocedad era mas ardiente y alentado, y que deseaba además vengar la muerte de su padre Garci Fernandez y tantos daños recibidos de los infieles, fué quien mas hizo en concertar la alianza de los príncipes, coligándose con el rey de Leon don Alonso el V, y con el de Navarra que lo era ya don Sancho García, apellidado el Mayor (1). Estos soberanos llamando

(1) Don Sancho García ó Garcés III de su nombre entró á reinar en Navarra año de 1000 por muerte de su padre don García II el Tembloso.

las huestes de sus respectivos señoríos, acordaron acudir con ellas reunidas adonde cargasen los moros en su próxima invasion. Pues como el hagib, pasando el Duero se dirigiese contra Castilla, haciendo en esta frontera grandes daños, acudió á esta parte el ejército confederado compuesto de gallegos, astures, navarros y castellanos. Marchaba esta hueste distribuida en tres grandes trozos, el primero de leoneses acaudillado por el conde don Melendo Gonzalez en nombre y lugar de su rey don Alonso, niño á la sazon de ocho años; el segundo de navarros que llevaban á su cabeza á su rey don Sancho el Mayor, y el tercero de los castellanos á quienes capitaneaba el conde don Sancho García (1). Este, al propio tiempo, como el mas versado en la guerra y acaso el mas animoso de los dos príncipes que acudian á la jornada, venia desempeñando las funciones de principal caudillo. Avisados estos capitanes de que Almanzor habia puesto su campo entre Clunia y Osma, marcharon á su encuentro, y no tardaron en descubrir la formidable hueste infiel que venia hácia ellos con los mismos ánimos dividida en dos grandes taifas, compuesta la una de la milicia andaluza y la otra de la africana.

En los últimos dias de julio ó primeros de agosto de este año 392-1002 las huestes cristiana y sarracena vinieron á encontrarse á cuatro leguas de Osma, y al pie de *Calatañazor*, castillo fundado por los árabes sobre una peña muy elevada, de donde tomó el nombre de Calatannossor, que en aquella lengua quiere decir el castillo de los buitres (2). Allí asentando sus reales los unos á vista de los otros, despues de algunas escaramuzas, se resolvieron á batalla campal. Dicen los autores árabes que los cristianos tenian distribuida su numerosa hueste en tres grandes *al-*

(1) Algunos historiadores ponen á la cabeza de leoneses y navarros á los reyes don Veremundo y don García el Tembloso, pero ya hemos dicho en otro lugar que habiendo muerto el 1.º en 999 no pudo hallarse en esta jornada de Calatañazor, acaecida en el año 1002. En cuanto al rey de Navarra, tampoco pudo hallarse en aquella batalla, pues murió dos años antes.

(2) Hoy villa á 6 leguas de Soria y 4 de Almazan.

mohallas (1) ó reales, cubriendo los campos como espesas bandadas de langostas. Cuentan asimismo que al descubrir los muslimes aquel campamento tan dilatado, se estremecieron de pavor, considerando la muchedumbre de sus enemigos; pero que Almanzor con animosas razones los alentó á la batalla. La incertidumbre y la inquietud por el temeroso trance que les aguardaba, no dejaron dormir ni sosegar aquella noche á moros ni cristianos. Al despuntar la siguiente aurora, el estruendo que se levantó de ambas partes con los añafiles y bocinas, hizo retemblar los ecos de los valles y montes vecinos y hasta los mas esforzados corazones. Los cristianos se prepararon á la pelea asistiendo devotamente á la misa que en medio de sus reales celebró un prelado, y por su parte el hagib rezó con su hueste la salá de la mañana. Al punto los unos y los otros ordenaron sus haces en diversos escuadrones convenientemente distribuidos. El conde don Sancho García cuidó de presentar los escuadrones cristianos con el mayor frente posible, para no ser envueltos por la inmensa muchedumbre de los moros, y para que en el caso de una fuerte embestida, las haces se pudiesen abrir y desviarse entre sí, sin ser desordenadas, ni atropellarse unas filas con las otras. Los mismos autores árabes celebran el lucido y formidable aspecto que presentaban los cristianos en este dia; dicen que sus caballeros se miraban vistosamente armados de luciente acero; que bajo su muchedumbre se estremecia la tierra, y que sus caudillos sobre fieros corceles encubertados de hierro discurrian animándoles de una en otra haz. Formaron los nuestros tres haces, por ser otros tantos sus príncipes, aunque extendidas todas en una misma línea, y los moros cinco segun su costumbre (2).

(1) Esta palabra corrompida en *almofalla* se ve puesta en uso en el mismo sentido de campamentos por algunos escritores castellanos de la edad media.

(2) La ordenanza de batalla suele constar entre los árabes de estas cinco partes: *mocaddama* ó vanguardia; *calb*, centro ó cuerpo de batalla, los dos *chenahes* ó las alas derecha é izquierda, y por último la *saca* de donde ha venido nuestra voz zaga, ó sea la retaguardia.

Ordenadas las haces, Almanzor que cabalgaba aquel dia en un bravo corcél árabe, semejante en su fiereza á un leopardo, recorrió sus innumerables escuadrones en que tremolaban al aire los liwaes y rayas del Islam. Dirigióles su alentada voz, animándoles á no desmerecer de la gloria adquirida en tantos triunfos y conquistas, representándoles á sus enemigos como gente flaca, discorde y envilecida, y recordándoles en fin los deleites y venturas celestiales prometidos por el Profeta á los que mueren en la guerra santa. El rey don Sancho de Navarra y el conde Sancho García exhortaron á los suyos á morir como buenos por la fé y por la patria, cuya última esperanza de salvacion estaba en sus manos.

Terminados tales razonamientos, dióse la señal del combate, resonando de ambas partes con terrible estrépito las trompetas, atabales y añafiles, acometiendo la gente cristiana al grito de ¡*Santiago*! y los moros al estruendo de sus atacabiras (1) y clamores, ruido que hacian mas formidable los relinchos de la innumerable caballería.

Venidos á las manos con iguales alientos y furor de ambas partes, emprendieron la batalla mas obstinada y sangrienta que hasta entonces se habia reñido entre moros y cristianos, pues si aquellos eran como siempre muchos y valerosos y peleaban por su fé y por no perder su antigua reputacion y gloria, estos eran mas numerosos y alentados que hasta entonces y combatian por su Dios y por sus hogares y por la postrera esperanza de su salud. Bien se les alcanzaba á los cristianos que agotados sus recursos en aquel supremo esfuerzo, ya no quedaba otra barrera que oponer á las conquistas de los poderosos infieles, ni aguardaban á sus patrias y familias otro destino que ruinas, sangre y llanto. Estas consideraciones que encendian mas y mas el valor de sus generosos pe-

(1) Son los gritos de *Alláh acbar* (¡gran Dios!) con que los musulmanes suelen empezar las peleas.

chos, y el favor del Dios de las batallas, propicio ahora para premiar su arrepentimiento y hermandad, les alcanzaron en breve tal ventaja sobre los moros, que matando gran muchedumbre de ellos empezaron á clarear sus espesos escuadrones. Los moros sin embargo no cejaban, porque si bien comenzó á embargarles un terror pánico, los contenia la presencia de Almanzor, el cual hacia prodigios de esfuerzo, y dicen que cabalgando en su feroz corcél y á la cabeza de un escuadron escogido de caballería andaluza, atropelló y rompió por una haz de cristianos. Pero estos se rehicieron al punto, rechazando al enemigo, y así á pesar de las proezas de Almanzor y sus alcaides la mortandad de los moros fué en aumento, pues los cristianos encorvando los cuernos de sus dilatadas haces, empezaron á estrechar y coger enmedio los escuadrones infieles. Ayudó tambien á los cristianos un torbellino muy espeso de aire y polvo que se levantó dando en cara á los moros, y como los nuestros á su favor se encarnizasen en el exterminio de los contrarios, estos resistian como les era posible, pero sin retraerse jamás, no conociendo en medio de aquella confusion el estrago de su gente. De tal manera duró la batalla hasta que cerrando la noche sin declararse la victoria por los cristianos, se retiraron los moros á sus reales. Animada la gente cristiana por el feliz suceso de aquel dia, no por eso se entregó á un anticipado júbilo; sino que todos ellos permanecieron aquella noche sobre el campo de batalla con las armas en la mano y ordenados en sus filas y escuadrones.

Entretanto Almanzor retirado en su tienda, daba reposo á su cuerpo fatigado con las muchas heridas que habia recibido, é impaciente por no saber con certeza el suceso de la batalla, aguardaba que se le presentasen como de costumbre sus alcaides y capitanes para consultar con ellos lo que debia hacerse al otro dia. Pues como pareciesen pocos, por estar los mas muertos ó heridos, y muy alarmado mandase hacer alarde de los que quedaban en el campamento, halló que habian perecido de su hueste hasta setenta mil de á pié y cuarenta mil de los caballeros. Espantado el

hagib al saber el gran destrozo de su gente, no quiso esperar á sufrir en el campo la afrenta de una completa derrota. Así, pues, antes de amanecer, se puso en salvo con las reliquias de su ejército, caminando hácia la frontera con el mejor órden posible y con la presteza que le permitieron el cansancio y las heridas que aquejaban á los mas de los suyos.

Al mismo tiempo los caudillos cristianos aguardaban que la nueva aurora les mostrase toda la mortandad de los moros, pero con resolucion de renovar la pelea con mayores ánimos hasta vencer ó morir. Al romper el dia dirigiendo su vista á los reales de Almanzor, los hallaron desiertos y grandes montones de cadáveres moros tendidos por el campo. Seguros entonces de su victoria, se concertó entre los caudillos cristianos que el conde don Sancho con el grueso de la hueste fuese en persecucion de los moros, quedando el resto de la gente ocupada en despojar los reales enemigos de los muchos bastimentos y bagaje que con su precipitada huida habian abandonado allí los infieles. El conde don Sancho caminando á la ligera con su gente alentada por el triunfo, alcanzó á la hueste fatigada de Almanzor, haciendo en ellos tal matanza, que solo pudieron escapar las taifas de la caballería con el hagib que iba á su cabeza. Sin embargo, los autores árabes dicen que los nuestros no hicieron en los moros el mayor estrago, porque tambien estaban rendidos y habia muerto de ellos mucha gente.

Tal fué el suceso de esta famosísima victoria de los cristianos, que con la antigua gloria y fortuna de Almanzor, dejó muy quebrantados á los árabes, empezando á menguar desde entonces su fortuna y su poder.

Al mismo tiempo un suceso prodigioso se cumplia por la permision del Omnipotente, en la capital del mundo sarraceno. Cuéntase que en el mismo dia de la batalla de Calatañazor, un humilde pescador discurria por las riberas del Guadalquivir á noventa leguas del sitio del combate, recitando en son lúgubre unos versos, ya en árabe ya en latin, que juntamente daban pavor á los moros

y alegría á los mozárabes que los escuchaban. Las estrofas concluian con este estribillo:

«En Calatañazor perdió su atabal Almanzor.»

«Otros dicen que aquellas voces eran los lamentos de los genios infernales, que mostraban su sentimiento por la pérdida de los infieles (1). Nosotros sin negar ni defender el prodigio, creemos mas verosímil que aquellas endechas fueron pronunciadas por algun mozárabe de Córdoba, que se regocijaba por la derrota del gran perseguidor de la religion y del imperio cristiano.

En tanto el hagib con las reliquias de su hueste, repasando el Duero, caminó la vuelta de Medina Selim para tomar algun descanso en esta poblacion, que solia ser su plaza de armas y centro de sus operaciones militares en aquella frontera. Empero su ánimo afectado ya con otros pesares, se dejó abatir tanto con la vergüenza y el despecho de verse vencido el que siempre habia sido invencible, que desde el dia de la derrota se privó de todo sustento. Sobrevínole con esto una fuerte dolencia del estómago, por lo cual y por sus heridas no pudiendo ir á caballo, le llevaban en una silla de madera. Así caminó, segun dicen, catorce leguas, hasta que agravándosele mucho sus males, le fué necesario detenerse en una fortaleza situada cerca de un valle entre Berlanga y Medina Selim. Esta fortaleza es conocida en la historia con el nombre de *Borg Alcoraxi* (2), así como el valle y arroyo inmediato con el de *Wa-*

(1) Véase al *P. Mariana* en su *Hist. Gen. de España*. Lib. VII, cap. 9.°, y la *Esp. Sagr.*, tomo XXX, pág. 1 y 2. El P. Mariana refiere que como los moros quisiesen echar mano á aquel pescador, no pudieron asirle y se les fué como sombra.

(2) In valle *Borge Correxi* dice el arzobispo don Rodrigo. La Crónica general, aunque copió en este y otros pasages, el relato del arzobispo, corrompió aquel nombre en el de *Begalcorax*. D. J. Antonio Conde escribe *Walcorari*, pero es yerro manifiesto, pues si quiso significar el valle, debió escribir *Wadilcoraxi*. El verdadero nombre es *Borg Alcoraxi*: es decir, torre ó castillo del *Coraixita*, como se colige de las palabras del arzobispo y del nombre de *Bordecorex*, que hoy dia conservan el pueblo y arroyo inmediato. Por lo demás, sabido es que todavia se conserva entre nosotros el nombre arábigo de *Borg*, torre ó fortaleza en algunos pueblos, como en el *Borge*, lugar de la provincia de Málaga.

dilcoraxi, todo en memoria de Almanzor, que como lo tenemos dicho en otro lugar, fué llamado el Coraixita, aunque en realidad no era oriundo de aquella tribu. Allí dicen que vino á encontrarle su hijo Abdelmelic enviado por el califa Hixem ó por su propio cuidado, á tomar noticias de Almanzor. Abdelmelic le halló moribundo y apenas tendria lugar para recibir de él algun consejo ó leccion de política, cuando le vió fallecer en sus brazos el lunes 25 de Ramadhan de la hegira 392 ó sea el dia 6 de agosto del año 1002 de J. C. á los sesenta y cuatro años de su edad y veinte y siete no cumplidos de su gobierno (1). Todavia despues de ocho siglos, aquel lugar conserva el recuerdo del ilustre héroe que en él terminó sus dias, pues aun existe allí un pueblo llamado *Bordecorex* (2) nombre corrompido del árabe *Borg-Alcoraxi*, aunque no podemos determinar si aquel castillo tomó tal nombre por haberle edificado Almanzor ó por acaecer allí su muerte.

Los autores árabes, aunque disimulan el desastre de Calatannossor, esquivándose de imputar una derrota al que parecia destinado á vencer siempre, convienen en que murió al volver de aquella jornada de una dolencia del vientre (3), y añaden otros pormenores que vamos á apuntar. La muerte del famoso caudillo fué sentida cuanto es imaginable por aquellos soldados que tantas veces habia conducido á la victoria. Cuando la voz de su fallecimiento se divulgó por la hueste, todos prorumpieron en lamentos y alaridos y exclamaban: «¡Perdimos á nuestro padre, á nues-

(1) Señalan esta fecha Almaccari, traduccion de don Pascual Gayangos II. 197 y 198; *Ebn-Alabbar* el valenciano, pág. 151 del texto árabe publicado en Leiden por M. Dozy. *Alhomaidi* y otros. En el mismo año conviene otro autor árabe citado por *Almaccari* I. 261 de la edicion de Leiden, el historiador granadino *Ebn-Aljathib*; los *Anales Compostelanos* (*Esp. Sagr.* XXIII-319), el *Cronicon Burgense* (Ib. 308) y otros documentos históricos. Engáñanse por lo tanto los que ponen en el año 998 la batalla de Calatañazor y la muerte del hagib. Las palabras con que nuestras crónicas relatan este suceso, prueban el odio que le tenian los cristianos, pues dicen así. *Era MXL mortuus fuit Almanzor et sepultus est in inferno.*

(2) Bordecorex, lugar situado á la falda de un otero y cerca de un arroyo á 8 leguas de Soria y 3 de Almazan.

(3) *Abdelwahed*, pág. 25.

tro caudillo y á nuestro valedor!» Su hijo Abdelmelic tomó el mando del ejército, y deseoso de celebrar el entierro de su padre, como convenia á su vida militar, ordenó, que colocado en su silla de madera fuese llevado en hombros de sus alcaides á la plaza fronteriza de Medina Selim, como así se ejecutó, acompañándole toda la hueste con pompa guerrera (1). Sepultáronle en esta plaza en memoria de las muchas veces que de vuelta de sus expediciones habia entrado en ella vencedor, y como si esperasen con fanática creencia que sus restos inanimados defenderian aquellas fronteras que tanto dilatára viviendo. Enterráronle con sus propios vestidos y le cubrieron, segun sus deseos, con el polvo que habia recogido cuidadosamente en sus cincuenta y dos gazúas contra los cristianos. Murió pues, como un héroe y con la satisfaccion de acabar su vida en el algihed, como tantas veces lo habia pedido á Alláh en sus oraciones, por creer como ferviente muslim que asi moria mártir y con merecimiento para alcanzar el paraiso. Erigiósele en Medina Selim un modesto sepulcro, que fué visitado durante mucho tiempo por los moros, hasta que perdieron aquella plaza, y en su lápida se grabaron los siguientes dísticos:

آثاره تُنبيك عن اخباره   حتى كأنّك بالعيان تراهُ
تاللهِ لا ياتى الزمانُ بمثله   ابدًا ولا يحمي الثغور سواهُ

«Aunque ya no existe, tan vivos se conservan los recuerdos «de sus hazañas, que por ellas podrás conocerle como si le con-«templases con tus ojos.

«¡Por Alláh! que no aparecerá en tiempo alguno otro héroe

(1) Almaccari I. 261-Ebn-Alabbar. 151.

«que pueda comparársele, ni habrá ya quien defienda las fronte-«ras como viviendo él (1).»

Cuando la nueva de su muerte llegó á Córdoba y demás ciudades del Andalus, hubo en ellas público luto y afliccion, pues todos olvidaron, como suele suceder, sus tiranías para recordar solo sus prendas y victorias. Ismá, que tanto habia sufrido de él, le lloró amargamente, y cuentan que desde Córdoba vino á morir en Medina Selim cerca de su sepulcro. El califa Hixem sintió en extremo la muerte de su ayo y opresor, y como muriese de allí á poco, acabada por los años, su madre la sultana Sobh, estremecióse aquel apocado monarca, al ver privado el imperio de una princesa y un ministro de tanta valía. Mas no faltó sin embargo, quien al punto abrumase con nuevas cadenas á aquel príncipe tan bien hallado con su esclavitud, y que no salió de ella mas adelante sino para probar mayores adversidades y borrascas.

(1) Almaccari I. 259. *Ebn-Alabbar* 151. A propósito del sepulcro de Almanzor se lee en el mismo Almaccari la siguiente anécdota, que no hemos querido incluir en el texto, porque sin duda es una patraña inventada por los árabes para ensalzar á su héroe. Cuenta pues aquel autor que cierto *Xochá* maulí del rey *Almostain Ebn-Hud* (*Ahmed II Almostain Billah*, que reinó en Zaragoza desde 1085 á 1110 de J. C.) vino á ver, sin duda con algun mensage de su soberano, al rey Alfonso (Alfonso I de Aragon llamado el Batallador, que reinó desde 1104 á 1134) y le encontró en Medina Selim sentado en su trono sobre el sepulcro de Almanzor, y á su lado la reina su muger. Cuando el rey Alfonso vió al árabe, díjole así: «¡Oh Xochá! ya ves como he señoreado «la tierra de los muslimes y tengo encumbrado mi sólio sobre el sepulcro de su rey.» Enojóse el moro al oir estas palabras y replicó al rey cristiano:—«Si reviviese el due-«ño de este sepulcro, á fé que no osarias hablar así, ni permanecer en este lugar.»—Montó el rey en cólera al oir esto y quiso matar al mensagero; pero la reina su muger intercedió en favor suyo, y cuando vió mas sosegado al rey le dijo así: «Confiesa que «este moro tiene razon en lo que ha dicho. ¿Por ventura puede vanagloriarse un «hombre como tú con un hombre como el que reposa aquí?» (Almaccari, ibid). Pero estas mismas palabras prueban lo absurdo de este relato, pues no es verosímil que un monarca y conquistador tan ilustre como Alfonso el Batallador fuese despreciado por su misma muger comparándole con Almanzor. Importa asimismo tener presente que este monarca fué quien rescató á Medinaceli del poder de los moros. «*El rey don Alfonso* (dicen los Anales Toledanos I. *Esp. Sagr*. XXIII. 386) *prisó á Medinacelim* «*en el mes de julio, era MCXLII.*» (año 1104 de J. C.)

CAPITULO XIV.

(CONCLUSION.)

Gobierno de Abdelmelic hijo de Almanzor.—Destruye á Leon.—Le sucede su hermano Abderrahman.—Bandos de andaluces y bereberes.—Alzamiento en Córdoba y muerte de Abderrahman.—Proclamacion de varios emires.—Viene á Córdoba el conde Sancho García y batalla de Gebal-Cantix—Desagravios que la Providencia concede á los cristianos.—Destruccion de Medina Azzahira.

La autoridad y el poder de Almanzor pasaron como en herencia á sus hijos Abdelmelic y Abderrahman, que le habian acompañado á sus gazúas y compartido con él los lauros de sus victorias. El mayor y mas aventajado de ellos, Abdemelic, por sobrenombre *Almutdaffar*, famoso ya por sus prendas militares y por sus triunfos en Africa, despues de tributar en Medina Selim los honores fúnebres á su ilustre padre, vino á Córdoba y con el beneplácito del califa se encargó del gobierno de aquel estado, segun lo dispuesto por Almanzor y con el mismo título de hagib. Este Abdelmelic, como dicen los historiadores árabes, siguió por los caminos de su padre, así en la astucia y demás artes necesarias para conservar el poder, como en el celo por el algihed y expediciones contra

los cristianos. Entrando por sus tierras, hizo en ellas muchos estragos y alcanzó algunas victorias, justificando su título de Almutdaffar que significa el vencedor. En una de sus entradas llegó hasta la ciudad de Leon desolada en otro tiempo por él y por su padre, y como la hallase restaurada en mucha parte por los cristianos, la combatió reciamente hasta rendirla, haciendo en ella grandes estragos, y abriendo muchos portillos en los muros nuevamente reedificados, para que los rumíes no la volviesen á poblar (1). Despues concertó una tregua con los cristianos, tal vez en virtud de algun tributo que estos le pagarian ; mas concluido que fué el término estipulado, en el otoño de 398-1007 (2) volvió á entrar por el reino de Leon, derribó algunos castillos levantados nuevamente por los nuestros en aquellas fronteras y taló la comarca. Mandó desolar los muros de Avila y Salamanca para que los cristianos que allí moraban no se atreviesen á levantarse; entró por la parte de Portugal hasta Galicia, y dando la vuelta por las orillas del Duero, expugnó y allanó las fuerzas de Osma y Gormaz, tornando vencedor á Córdoba con muchos cautivos y ganado.

En la primavera siguiente (398-1008) entró en Galicia con la caballería africana y andaluza, acompañado del príncipe *Ebn-Almaan* hijo del walí de Fez y de los walíes de Toledo y Badajoz, desbaratando del primer choque una hueste de cristianos que le salió al encuentro. Retiráronse los nuestros á ciertas alturas fortificándose en ellas, y como los infieles los volviesen á acometer allí deseosos de acabar con ellos, las ventajas del lugar y las fuerzas de la desesperacion favorecieron tanto á la gente cristiana que hicieron mucho estrago en los moros. La noche que sobrevino, puso fin á esta encarnizada pelea, que ninguna de las dos partes se atrevió á renovar en el siguiente dia, sino que escarmentado cada cual con su propia pérdida, los unos se retiraron á sus montes y

(1) *Esp. Sagr.* XXXIV-311.

(2) La hegira 398 empezó en 16 de setiembre del año 1007 de J. C.

los otros repasando la frontera, desde allí se encaminaron por Toledo á Córdoba (1).

Durante el tiempo de las treguas y el acostumbrado reposo de las gazúas, residió este hagib Abdelmelic en Medina Azzahira y mantuvo encerrado al califa á imitacion de su padre, conservando así el poder durante siete años hasta su muerte acaecida en la luna de Muharram de la hegira 399 (2) ó sea en el mes de setiembre del año 1008 de nuestra era.

Muerto Abdelmelic, recogió aquella herencia de poder su hermano Abderrahman, que para grangearse la aficion de los muslimes mas fanáticos, tomó el sobrenombre de Almamun, que significa el Creyente, y el pomposo título de *Annasser ledin Alláh*, ó sea el defensor de la ley de Dios, que en otro tiempo habia llevado el gran califa Abderrahman III. Sin embargo, como sus prendas desmerecian mucho de tan arrogantes títulos, el vulgo le llamaba por desprecio *Sanchul* ó Sanchillo (3). Este hijo de Almanzor empezó por imitar la conducta de su padre y hermano en tener al califa como preso é inaccesible á todo trato, y envilecido en su magestad. Pero si bien en talento político era muy inferior á aquellos hagibes, su ambicion fué tan desmesurada que osó pretender del califa y de los xeques ó magnates de Córdoba, á quienes correspondia el derecho de aconsejar al emir en los negocios de mayor importancia (4), que se le nombrase *walilahdi* ó sucesor y heredero de la corona. Ni el débil califa, acostumbrado á sufrir por tantos años el yugo de los ameritas, y que no teniendo hijos, tampoco tenia interés en asegurar en persona alguna la su-

(1) Así lo afirman los árabes; pero segun los autores cristianos, Abdelmelic sufrió una grave derrota en aquella batalla, quedando bastante escarmentado para no volver á invadir aquel reino.

(2) Almaccari I. 276 y 277.

(3) La palabra *Sanchul*, extraña á la lengua árabe, parece diminutivo de Sancho en castellano como Sanchillo ó Sanchuelo. Los historiadores árabes mencionan aquel apodo (Alm. I, 387 y otros) pero sin dar razon de su significado. El arzobispo don Rodrigo escribe *Sanciolus*, y dice que llamaban así á Abderrahman por escarnio.

(4) Véase el núm. XIV del Apéndice.

cesion de su trono, ni el consejo de los xeques ganados por el hagib, se opusieron á aquella pretension. Así el califa Hixem declaró solemnemente á Abderrahman Almamun, como su walilahdi, ordenando á los wacires, cadhíes, alcaides de las huestes y demás altos hombres del Estado que por tal le aceptasen y confirmasen con sus rúbricas su nombramiento (1). Conseguido esto, empezó á hacer grandes preparativos para llevar la guerra á los cristianos, soñando tambien en su ambicion y fanatismo con que no solo mantendria la reputacion de su padre y hermano en aquellas guerras, sino que la ensalzaria mas y mas hasta borrar de España el señorío y nombre cristiano.

Pero ya con la muerte de Almanzor se habia eclipsado el astro venturoso de los ameritas, pues ni Abdelmelic consiguió contra los cristianos conquista ni empresa de gran importancia, ni podia subsistir por mas tiempo aquel estado de violencia y opresion, en que una escasa familia ayudada por bárbaros y extranjeros tenia á una inmensa nacion. Tambien el Arbitro de los imperios y de la victoria, habia levantado ya de los cristianos su mano airada, y con el triunfo de Calatañazor habia empezado para ellos una era de respiro y restauracion. Como la Providencia para ordenar y dirigir sus altos designios suele contar con las acciones y yerros de los humanos, habia dispuesto que la misma prepotencia de Almanzor acompañada de tanta gloria pasajera, viniese á hundir aquel estado. La persecucion de los Umeyas y otros árabes y el engrandecimiento de los bereberes y slavos, de que se valiera Almanzor para alzarse con el poder soberano, y no solo para conservarle sino para trasmitirle á sus hijos, fueron como ya observamos en otro lugar, la causa y orígen de grandes enconos, que dividiendo á los moros en bandos y parcialidades, dieron al fin por resultado funestas discordias civiles. La mayoría del pueblo y nacion, naturalmente afecta á los árabes, sus legítimos hermanos, solo aguar-

(1) Almaccari I. 277 y 278.

daba una ocasion para romper el yugo que sobre ella pesaba. La elecccion de Abderrahman para sucesor de Hixem en el trono de los califas, fué la ocasion oportuna para el rompimiento, pues no pudieron sufrir los árabes que un aventurero se atreviese á querer ocupar el trono donde se asentaba por espacio de dos siglos y medio el augusto linaje de los Benu-Umeyas. Acababa de partir Almamun á la frontera de Galicia, muy embriagado con su eleccion de walilahdi, cuando aprovechando su ausencia y la de su hueste, estalló al fin en Córdoba el rencor popular. Los ciudadanos que seguian la parcialidad de los árabes y que eran el mayor número, acometieron de sorpresa al alcázar del califa, en donde los oficiales de Almamun custodiaban al soberano, mataron al *Saheb Axxortha* ó prefecto de su guardia, que hallaron sentado en la puerta del alcázar, y creyendo á Hixem indigno de reinar, le destronaron ignominiosamente. En su lugar proclamaron al emir *Mohammed Ebn-Hixem Ebn-Abdelchabbár*, primo del califa Hixem y que como biznieto del emir almumenin Annasser ledin Alláh, alcanzaba entre ellos gran consideracion, y le dieron el título régio de *Almahdi Billah*, que significa el dirigido por Dios. Pues como la fama de estos sucesos llegasen al hagib Abderrahman en la frontera de Galicia, alarmado con tan infaustas nuevas, al punto se volvió para Córdoba; pero fué tal su mala estrella, que en el camino se le empezó á desertar mucha de su gente, entre ellos los mismos caudillos de los bereberes, en quienes debia prometerse mayor lealtad y ayuda. Ello fué que estos caudillos, no resolviéndose por temor ó por cálculo, á sostener la causa de su general contra los cordobeses, apenas entraron en la ciudad cuando proclamaron tambien por emir á Mohammed Almahdi, y llegaron tan adelante que uno de ellos echó mano al hagib su caudillo, y cortándole la cabeza la presentó á Almahdi. Paseáronla despues á vista del pueblo, el cual prorumpió en gritos de júbilo al ver rodar la cabeza de aquel tirano. «Así, observa sentenciosamente un historiador árabe, feneció »el poderoso estado y dinastía de los ameritas, como si nunca hu»bieran existido, que á Dios pertenece el fin y remate de todas

»las cosas (1).» Acaeció este suceso el martes 17 de Chumada, el 2.° de la hegira 399 que coincide con el dia 15 de febrero del año 1009 de nuestra era.

Aunque los bereberes se unierou con los árabes como acabamos de ver, reconociendo á Almahdi, pronto se arrepintieron, sin duda porque no hallarían en el nuevo emir todo el favor que se prometieran por premio de su adhesion, antes se recelaron que aquel califa los queria destruir como en venganza del mal que habian hecho en otro tiempo á los amigos de los Umeyas. Entonces los alcaides y caudillos bereberes resolvieron alzar un emir que los capitanease y protegiese, y al efecto proclamaron por tal al príncipe *Hixem Ebn Suleimán* que era tambien del linage real de los Benu-Umeyas como nieto del califa Abderrahman Annasser. Pero Almahdi que ya se habia fortalecido en el imperio, logró apoderarse de las personas de Hixem y un hermano suyo llamado *Abu-Becr* que le ayudaba en sus intentos, y los mandó degollar. Este castigo no intimidó á los feroces bereberes, sino que mas irritados, eligièron por su caudillo á cierto *Suleiman*, sobrino de los muertos, proclamándole solemnemente con el título régio de *Almostain Billah* ó sea el auxiliado por Dios. De tal suerte Córdoba y la España árabe quedaron divididas en dos poderosos bandos de andaluces y de bereberes, que por largo tiempo se disputaron el poder con las armas en la mano y á costa de harta sangre y estrago.

(1) *Ebn-Jaldun* citado por Almaccari I. 278. Aunque con la muerte de Abderrahman Almamun acabó la dinastía amerita en Córdoba, sin embargo á la caida del imperio Umeya un hijo de este Abderrahman llamado *Abdelaziz* fundó en Valencia uno de los reinos llamados de *taifas*, restaurando el antiguo poder de los *Alameries ó Ameritas*. Abdelaziz se alzó con aquel señorío en 412-1021 y en 457-1065 le sucedió su hijo *Abdelmelic*. Este fue destronado por el rey de Toledo Almamun, y como volviese á recobrar la corona, la dejó en herencia á su hijo *Abu-Becr*; mas este príncipe fué tambien desposeido en 478-1085 pasando el trono de Valencia á manos de *Yahya Alcader* hijo de Almamun, en cuyo tiempo el Cid conquistó aquella ciudad. Tan azarosa fué la dominacion de los ameritas en Valencia, eclipsándose así el postrer rayo de gloria de aquella familia, cuando la aparicion de los almoravides venia á imponer nuevos y mas poderosos señores á la España sarracena.

De tales disensiones y guerras intestinas, se colije que habia llegado el momento señalado por Dios en sus eternos designios para la destruccion de aquel poderoso imperio, que á tal aprieto tenia reducida á nuestra iglesia y grey cristiana. Era inevitable el que aquellas discordias y calamidades de los enemigos favoreciesen á los nuestros y que de los mismos infieles empezase á nacer la salvacion y nueva fortuna de los cristianos, así como asoma la aurora del seno de las tinieblas nocturnas. Mohammed Almahdi, para vencer la oposicion de muchos que rehusaban obedecerle viviendo todavia el califa Hixem, aunque confinado en lo mas recóndito de sus alcázares, fingió astutamente que habia muerto, y para dar mas color al engaño, ocultando mas y mas á Hixem, hizo matar á un esclavo cristiano que se le parecia mucho, y ordenó que se le enterrase con gran aparato fúnebre como si fuese el propio califa. Con esta traza Almahdi se aseguró en el poder, y como su contrario Suleiman, caudillo de los bereberes, viese que no podia prevalecer contra él, acudió á un remedio desesperado. Marchó, pues, á la frontera de Castilla, y desde allí envió sus combajadores al conde don Sancho García, príncipe ya ilustre por haber conquistado de los moros á Molina y otras plazas, solicitando que le enviase algun socorro de gente cristiana con que hacer frente á su competidor, obligándose él á pagarle en premio de su ayuda gran suma de oro. No desagradó al discreto conde aquella ocasion de mezclarse en las disensiones de los moros, para acrecentarlas en perjuicio de ellos mismos; pero queriendo sacar de su ayuda todo el partido posible, exigió que si Suleiman con su auxilio lograba vencer á su rival, habia de entregarle varias plazas de aquella frontera, que en otro tiempo Almanzor le habia tomado á su padre García Fernandez, siendo las principales Santisteban, Clunia, Osma y Gormaz. Despues de varias contestaciones de una y otra parte, Suleiman vino en acceder á las demandas del conde. No tardó el valeroso caudillo en aprovechar esta ocasion de emplear sus armas con tanta utilidad. Allegando, pues, en sus estados una hueste tan lucida como numerosa, pasó con ella de esta

parte del Duero, y juntándose con Suleiman, partió con él la vuelta de Córdoba, corriendo todavia el año 399 de la hegira (1009 de nuestra era). La hueste confederada, pasando por Toledo se dirigió á Córdoba.

Almahadi no quiso esperarlos en la capital, sino que congregando un numeroso ejército de los árabes andaluces y otros de su bando, salió en busca del enemigo. El dia 5 de noviembre de este año de 1009 se encontraron las dos huestes enemigas junto al monte llamado *Gebal Cantix* hoy Jabalquinto (1) á diez y ocho leguas de Córdoba. Trabada la pelea, como la gente de Almahdi era por su mayor parte colecticia y poco acostumbrada á la guerra, y el conde don Sancho con sus cristianos hiciese prodigios de valor, al fin derrotados los de Almahdi huyeron desapoderadamente. Tan completa fué la derrota de los árabes andaluces que dejaron tendidos en el campo veinte mil hombres lo mejor de su hueste, y así Almahdi no se atrevió á volver á Córdoba, sino que marchando hácia Medina Selim, se refugió en aquella plaza, implorando desde allí por sus mensageros la ayuda de los condes Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel. Entre tanto, el conde don Sancho y Suleiman llegando á Córdoba, no hallaron resistencia en sus moradores, pues siempre las aficiones del pueblo suelen cambiarse en favor del que vence, y así es que los dos caudillos entraron en aquella ciudad con aparato de triunfo á la cabeza de sus huestes.

De tal manera trocóse la fortuna en breve espacio de años, que los cristianos entraron vencedores en aquella poderosa ciudad y cabeza del imperio árabe, donde tantas veces habian entrado sus cautivos y truncadas cabezas, y pusieron allí rey de su mano. Suleiman, proclamado califa por los cordobeses, puso su residencia en el alcázar y allí le acompañó durante algun tiempo el conde su salvador, con que recibieron gran júbilo y contento los cristia-

(1) Javalquinto es hoy una villa puesta sobre una eminencia á 3 legs. de Baeza, media de Bailen é igual distancia de la orilla derecha del Guadalimar.

nos mozárabes de aquella ciudad, aliviándolos Suleiman por dar placer al conde de la opresion en que yacian. Aunque la hueste cristiana se alojó fuera de la ciudad, á excepcion de la guardia del conde, no pudo evitarse que entraran en ella con frecuencia y que causaran muchas vejaciones á sus habitantes (1). Entonces Suleiman, por no hacerse mas odioso á los cordobeses, despidió al conde don Sancho y sus cristianos, pagándoles las grandes sumas estipuladas, haciéndoles otros ricos presentes y enviando sus órdenes á los walíes de la frontera, que debian ser gente de su parcialidad, para que le entregasen las plazas que se habian pactado como principal recompensa de su poderosa ayuda. Cumplióse así, algun tiempo despues y corriendo el año 1011 de nuestra era, en el cual entregaron los moros al conde de Castilla las plazas confinantes de Santisteban, Clunia, Osma y Gormaz (2), dándole además cincuenta rehenes por Berlanga y otras plazas de las siete ú ocho que se habian pactado y que sin duda no les convino dar por entonces.

Los cronistas cristianos celebran mucho y con harta razon esta entrada del conde don Sancho García por tierra de moros, venciendo á Almahdi y poniendo en Córdoba emir de su mano (3). Los resultados conseguidos por el valeroso conde fueron, como se ha visto, aumentos considerables de frontera y lo que vale mas de gloria y reputacion militar, con que la gente cristiana volvió á levantar la cabeza de su abatimiento y ruina. Por el mismo tiempo (en junio del año 1010) los condes de Barcelona y Urgél que por semejantes razones acudieron en defensa de Almahdi, vencieron en la batalla de *Acaba-Albacar* (4) á su contrario Suleiman,

(1) El arzobispo don Rodrigo en su *Historia Arabum*. Cap. XXXIII.

(2) Algunos autores son de opinion que el conde don Sancho no obtuvo aquellas plazas de Suleiman, sino de su competidor Almahdi, en cuyo auxilio vino dos años despues.

(3) Véase el número XV del Apéndice.

(4) Debe ser el lugar llamado hoy castillo del Bacar, como á 4 leguas de Córdoba y en el camino que conduce de esta ciudad á Villanueva del Rey y Fuente Ovejuna.

y así fué en aumento cada dia la gloria y nombradía de los cristianos.

No cumple á nuestro propósito el trazar todo el relato de estas guerras civiles, que fomentadas por los cristianos y con varios sucesos, duraron largo tiempo todavía, prevaleciendo alternativamente uno de los competidores (1). Solamente diremos que muertos violentamente en estas alteraciones Almahdi y Suleiman, como tambien el antiguo califa Hixem II que saliendo de su encierro, recobró un instante su autoridad (2), al fin, despues de veinte años de guerra intestina, se hundió y desapareció la gloriosa dinastía de los Umeyas, y con ella el califato de Córdoba, dividiéndose el imperio árabe de España en los diversos estados y señoríos que se llamaron reinos de taifas. Desde entonces la fortuna de los cristianos fué siempre en aumento, y no se pasó aquel siglo sin que despues de otras muchas conquistas por tierra de infieles, nuestro ínclito monarca don Alonso el VI ganase la insigne ciudad de Toledo (3). A mediados del siglo siguiente, despues de pasar Córdoba y toda la España sarracena por grandes alteraciones, el ilustre capitan y emperador don Alonso el VII castigó las profanaciones cometidas por Almanzor en la iglesia de Santiago, pues entrando vencedor en Córdoba el 18 de mayo de 1146, los caballeros cristianos penetraron en la gran aljama, arrojaron á sus pies con vilipendio el venerado Alcoran, que se custodiaba en el Mihrab y ataron sus bridones á las columnas de la Macsura. Tan ciertos son los desagravios y reparaciones de la Providencia que

(1) Sobre estas guerras civiles véase á *Almaccari* I. 276 á 280; á *Abdelwahed*, página 27 á 29; á *M. Dozy* en sus *Recherches*. I. 238 á 249; al arzobispo don Rodrigo, cap. XXXII á XXXVIII de su *Hist. Arabum.* y particularmente la excelente memoria que el ilustre escritor y orientalista D. Serafin E. Calderon tiene escrita para esclarecer todo lo tocante á las relaciones de moros y cristianos en la edad media y que verá la luz en el tomo IX de las Memorias de la Academia de la Historia.

(2) El arzobispo D. Rodrigo dice que Hixem II huyó á Africa; pero Abdelwahed, página 28, ed. cit., indica que fué muerto en la entrada de Suleiman en Córdoba, año de 403-1013.

(3) Año 1085.

ni el transcurso de los siglos ni el olvido del ultraje hecho pueden evitar su ejecucion.

Entre los muchos estragos que lamentó Córdoba en el encarnizamiento de aquellas guerras civiles entre andaluces y africanos, fué uno de los primeros la desolacion de Medina Azzahira, que el pueblo cordobés por odio á la memoria de los ameritas y deseoso de pillage, se apresuró á despojar y destruir. Un historiador árabe hace memoria de este suceso con las siguientes notables palabras:

«Fué destruida Azzahira, y pasó como el dia de ayer que ya «feneció: faltaron de ella los estrados reales y los mimbares (los «púlpitos de las mezquitas) y apoderóse el robo de todo su ajuár, «tesoros y armas. Su altivo poder vino á parar en vileza y no que-«dó para ella esperanza de restauracion, sino que fué completa-«mente arruinada, tornándose en dias de tristeza sus tiempos de «alegría y serenidad. Cuéntase que cierto varon de las edades an-«teriores pasó por ella (poco antes de su destruccion) y detenién-«dose á contemplar su fábrica excelsa á maravilla y sus edificios «altivos y suntuosos, la dirigió este apóstrofe: «¡oh casa, en la que «hay algo de todas las casas! Tambien Alláh llevará algo de tí á «todas ellas.»—Y en verdad apenas pasaron algunos dias de la «plegaria (ó conminacion) de aquel varon piadoso, cuando fue-«ron robados los tesoros y alhajas (de aquellos alcázares), y todo «lo demás fué destruido y saqueado, de suerte, que no hubo casa «en el Andalus en que no entrase alguna cosa de su despojo en «mas ó menos cantidad. Así quiso Alláh que se cumpliese la invo-«cacion de aquel varon, el cual entiendo que ha sido glorificado «por su Señor. Tambien se refiere que ciertas casas robadas allí «fueron vendidas en Bagdad y otras partes de Oriente. Dénse, «pues alabanzas á aquel cuyo poderío jamás fenece, y cuyo reina-«do nunca tendrá fin: no hay mas Dios que él (1).»

Así acabó como un sueño brillante, pero pasagero, la gloria de

(1) Almaccari I. 387 y 388.

Almanzor y su dinastía. Su grandeza y fortuna adquiridas por malos medios y odiosas á los mismos árabes, ni pudieron dejar monumentos perdurables, que atestiguasen su gloria á las generaciones futuras, ni produjeron otro resultado que el funesto de arrastrar en su caida el poderoso imperio de los califas de Córdoba.

FIN.

APÉNDICES DE ALMANZOR.

APÉNDICE NÚMERO PRIMERO.

Pocos conquistadores han podido merecer el elogio que los historiadores árabes tributan á Almanzor, segun se vé en el pasaje que hemos puesto por epígrafe de nuestra leyenda. Pero la perpetua fortuna que disfrutó el hagib, sin que jamás hubiese de su parte enseña abatida, ni escuadron deshecho, ni hueste ahuyentada, como pondera *Ebn-Jaldun*, solo debe entenderse hasta la jornada de Calatañazor, en que los cristianos derrotando funestamente al invencible caudillo, alcanzaron cumplida reparacion de los inmensos estragos con que los afligiera por tanto tiempo, como se verá en la relacion de aquella memorable batalla. En este dia las rayas, liwaes y otras enseñas de Almanzor no se desplegaron como otras veces al viento de la victoria, sino que abatiéndose ante el estandarte de la Cruz, vinieron á servir de glorioso trofeo á los cristianos vencedores.

Nos ha sujerido estos pensamientos el hallazgo de una bandera de Almanzor, que despues de haber ondeado con gloria al frente de sus ejércitos, vino á depositarse en una iglesia cristiana, en don-

de oculta por algunos siglos, se ha descubierto recientemente para atestiguar los triunfos de nuestros cristianos progenitores. En Santa María del Rivero, iglesia parroquial de la antigua plaza de San Esteban de Gormáz, tan famosa por las muchas conquistas que sufrió del hagib, fué en donde al derribar un muro, se encontró dicha bandera depositada dentro de una caja morisca. Remitida por el párroco de aquella iglesia y por mediacion del actual señor obispo de Osma á la Academia de la Historia, hemos tenido la satisfaccion de verla en el Museo arqueológico de esta ilustre corporacion.

Es de presumir que esta enseña cayese en poder de los cristianos en la jornada de Calatañazor, única en que se puede asegurar que fuese derrotado el caudillo de Córdoba, y que fuese expuesta ó guardada como trofeo en la iglesia de San Esteban de Gormáz. Su hallazgo detrás de una pared supone, en nuestro concepto, que alguna persona amante de estas preseas la encerraría allí para preservarla de la destruccion á que durante mucho tiempo entregaron nuestros españoles los restos y monumentos de los árabes, llevados de un excesivo odio contra sus antiguos opresores. Tambien los libros árabes sufrieron igual persecucion y exterminio en aquellos tiempos, como si el conservar tales trofeos de un pueblo ingenioso, sábio y valiente, no importase á la gloria de sus vencedores.

Como monumento, pues, de nuestras antiguas glorias y por su importancia para nuestro asunto, hemos querido celebrar aquí la mencionada bandera, mientras la ilustrada Academia de la Historia publica de ella una descripcion mas minuciosa y exacta. Esta enseña ó pendon, bastante deteriorado por el tiempo, se ve adornado con una franja vistosamente labrada de seda y ceñida por una y otra parte con una inscripcion cúfica. Enmedio de la franja se cuentan de un extremo á otro hasta trece escuditos ó medallones, que contienen ciertas figuras de dibujo muy incorrecto, que representan aves y animales extraños y cuatro imágenes humanas, dos de ellas de muger, sin que esto de las figuras deba admirar, pues ya hemos visto en mas de un lugar de nuestra leyenda, que los ma-

hometanos españoles quebrantaron muchas veces la prohibicion que les imponia su ley de no representar en las obras de sus artes séres animados.

En la inscripcion trazada en elegantes caractéres cúficos que festonea la bandera por su parte inferior, se leen el nombre del califa Hixem II y las fórmulas religiosas usadas por los árabes. Reducida á caractéres modernos es como sigue:

بسم الله الرحمن الرحيم البركة من الله واليمن والدوام للخليفة
الامام عبد الله هشام المويد بالله امير المومنين *

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso: que Dios »bendiga y conceda felicidad y permanencia al califa y soberano »siervo de Dios Hixem *Almowayed Billah* (el ayudado por Dios) emir »almumenin (príncipe de los fieles).»

NUM. II.

Segun cierto autor árabe citado por Almaccari I. 355, el recinto de Córdoba en su época de engrandecimiento, comprendia un circuito de treinta mil codos. El célebre historiador cordobés *Ebn-Baxcual* (Ibid. 303) dice, que solo el muro que ceñia aquella ciudad, es decir, la parte principal llamada *Almedina*, pues los arrabales quedaban fuera, medía catorce millas. En cuanto á sus edificios, otro autor citado por el mismo Almaccari (I. 355) afirma que en tiempo de Almanzor habia en Córdoba ciento y trece mil setenta y siete casas habitadas por el pueblo, y sesenta mil tres-

cientas por la gente principal y allegada á la córte del califa, y hasta ochenta mil cuatrocientas cincuenta y cinco oficinas y tiendas. Solamente en el recinto del gran alcázar de Córdoba encerrábanse mas de cuatrocientas y treinta casas. Por varios pasages de los mismos historiadores parece que la mayor parte del vulgo y gente pobre se alojaba en los arrabales, y por eso sin duda, los califas cuidaron de cercar la poblacion mas noble y principal llamada *Almedina* del muro mencionado, el cual, en tiempo de revolucion se circunvalaba con un foso para defender la ciudad de los intentos del populacho y gente revoltosa. (Véase á Ebn-Baxcual, loc. cit.).

Ebn-Hayyan cuenta, que en tiempo de Almanzor habia en Córdoba 1,600 mezquitas y 600 baños; pero otros autores aseguran que en sus tiempos de prosperidad (y lo eran entonces mas que nunca), Córdoba encerraba 3,877 mezquitas, de ellas 18 en el arrabal llamado de *Xocunda* ó *Secunda*, resto considerable de la Córdoba romana, y que por mirarse ceñida de muros se llama tambien Medina ó ciudad.

En aquel vasto circuito murado de treinta mil codos ó catorce millas se abrian, segun el mismo Ebn-Baxcual, nueve puertas, cuyo órden de situacion caminando de S. á E., N. y O. era el que sigue:

I. *Bab-Alcantara* ó *Bab-Alwadi*. (Puerta del puente ó del rio) hoy llamada del Puente, al mediodía.

II. *Bab-Algezira-Aljadra* ó de *Algeciras* sobre el rio: debe ser la llamada hoy del Sol.

III. *Bab-Alhadid* ó *Bab-Saracostha*. (Puerta de hierro ó de Zaragoza). Acaso la llamada hoy de la Misericordia.

IV. *Bab-Tholaithola* ó *Bab-Ebn-Abdelchabbar*. (Puerta de Toledo llamada despues de Ebn-Abdelchabbar en memoria de este emir). Acaso la actual del Colodro ó la de Plasencia sobre el camino de Madrid.

V. *Bab-Arrumia*. (Puerta de Roma ó de los Rumíes). Acaso la moderna del Osario.

VI. *Bab-Thalabira* ó *Bab-Liun*. (Puerta de Talavera ó de Leon), quizás la actual de Gallegos.

VII. *Bab-Amer-Alcoraixi*. Llamábase así porque salia cerca de la macbara ó cementerio de Amer el Coraixi.

VIII. *Bab-Alchauz* ó *Bab-Bathalius*. (Puerta del Paso ó de Badajoz). Tal vez la moderna de Almodovar.

IX. *Bab-Alatharin* ó *Bab-Ixbilia*. (Puerta de los Perfumistas ó de Sevilla). Conserva hoy el nombre de puerta de Sevilla.

Además de estas nueve puertas, mencionan los autores árabes la de *Bab-Coria*, que acaso era la misma de Amer el Coraixi, la de *Bab-Genan*, ó de los Jardines, la de *Bab-Yehud* ó de los Judíos, inmediata al arrabal del mismo nombre, y la de *Bab-Aljama*, aunque esta parece que estaba en el muro del alcázar por donde salian los califas para ir á la aljama ó mezquita mayor. (Almaccari I. 303).

NUM. III.

El célebre historiador Ebn-Baxcual citado por *Almaccari I*, 304, cuenta alrededor de la ciudad de Córdoba veinte y un arrabales por el órden siguiente. Dos á la parte del mediodia y sobre la orilla del rio: el arrabal de *Xocunda* ó *Secunda* y el de la Almunia.

Nueve á la parte del occidente: el *Rabdh-Hawanit-Arraihan* ó el arrabal de las tiendas de perfumes: *Rabdh-Raccaquin* ó el de los esclavos; *Rabdh-Meschid-Alcahf* ó el de la mezquita de la Cueva; el del Palacio de Moguitz; *Rabdh-Meschid-Axxefá* ó el de la mezquita de los Remedios; *Rabdh-Hamam-Elbira* ó el del baño de Elvira; *Rabdh-Meschid-Assorur*, el de la mezquita de los misterios ó de

los placeres; el de la *Raudha* ó el del vergél y *Rabdh Segen-alcadim* ó el de la cárcel antigua.

Tres á la parte del norte: *Rabdh-Bab-Ayehud* ó arrabal de la puerta de los judíos; *Rabdh-Omm-Selma* y el de la *Rusafa*.

Y por último, siete en la parte de oriente ó Axarquia; el de *Xablar* ó *Salar*; el del Horno de Barril; el del *Borg* ó del baluarte; el de la *almunia* de *Abdallah*; el de la *almunia* de *Almoguira;* el de *Azzahira* (debió estár al S. O.), y el de *Medina Alática* ó la ciudad antigua. Este arrabal, así como el de Secunda, era parte de la Córdoba romana, que se llamaba ciudad antigua, á diferencia de la ciudad nueva; ó *Medina-Alchadida* que llamaban los moros á la Córdoba árabe.

Pero este número de arrabales debe referirse á una época anterior, pues en tiempo de Almanzor, segun el Bayan-Almoghreb P. II. pág. 248 eran ya veinte y ocho, contándose entre ellos la poblacion de Azzahrá y la de Azzahira de que tratamos mas adelante. Las grandes turbas de bereberes y otros africanos que Almanzor hizo venir de Africa para los planes de su política, acrecentaron sobremanera la poblacion de Córdoba en este tiempo, pues como el hagib quisiese alojarlos cerca de su persona, fué forzoso para ello que recibiesen gran ensanche y aumento los arrabales de aquella ciudad.

NUM. IV.

Admirábanse por la parte del norte de Córdoba los famosos jardines y alcázar de la Rusafa, fundados por Abderrahman I y en la pendiente de la sierra Medina Azzahrá y la *Alamería,* de que hablamos en lugar oportuno; por el oriente las almunias de *Abdallah* y de *Almoguira* que daban nombre á dos arrabales; por el medio-

dia otra almunia y el alcázar llamado del *Bostan* ó del huerto junto á la puerta de *Ixbilia*; y por el occidente el antiguo palacio de *Moguitz* el Conquistador, el alcázar y almunia de *Dar-Annaora* que solia darse por alojamiento á los príncipes extranjeros que venian á Córdoba, el alcázar de *Assorur* ó de los placeres, los vergeles de la *Raudha* y el poético sepulcro de *Amer* el *Coraixi*, cercado de jardines. Tambien son célebres en las historias árabes de aquel tiempo otros alcázares, cuya situacion se ignora, como el famoso llamado de Damasco, el *Azzaher* ó florido, el *Almaxuc* ó del enamorado, el *Attach* ó de la corona, el *Albedi* ó el prodigioso, la almunia *Almushafia* y otros muchos.

Además de estos alcázares, animaban y embellecian aquellos contornos 4300 axarafes, ó sean cortijos y haciendas de campo, tres mil alquerías, cada una con su mezquita y alfaquí, contándose hasta el número de doce mil los lugares y caseríos que poblaban las riberas del Guadalquivir desde aquella corte á Sevilla.

NUM. V.

Abdelwahed el Marroquí (1) y otros autores árabes encarecen mucho el que Almanzor era de una casa ilustre y de antigua nobleza. Sabido es que estos historiadores son muy diligentes en las investigaciones de linages y de líneas genealógicas, como que dan gran importancia á la nobleza de orígen y á la descendencia de las antiguas tribus de la Arabia.

Por eso el ilustre poeta Ahmed Ebn-Darrag el Castallí, uno de los ingenios favoritos de Almanzor, compuso en su elogio los siguientes versos.

(1) Pág. 18 de la ed. de Leiden.

«Por su noble linage de Temim y de Yarob han cruzado sobre él sus rayos los soles que resplandecen en la altura y las lunas llenas (1).

»¡Cuánta generosidad hay en su prosapia! pues si de una parte viene de los Himyaritas, cuyas manos son nubes fecundas en rocio, por otra desciende de los Temimitas que son mares en la largueza (2).»

Otro poeta de los protegidos por Almanzor llamado *Mohammed Ebn-Husein*, y muy nombrado entre los ingenios andaluces, compuso en elogio del hagib los siguientes versos (3) alusivos á la nobleza y gloria militar de sus ascendientes:

«Tu has derrocado el trono de todos tus enemigos y todas las victorias te han abierto sus puertas.

»Bien muestras que desciendes de Abdelmelic el que tiene por blason la conquista y despojo de Cartagena.

»Tambien las alcanzó tu antepasado Abu-Meruan, para quien era cosa familiar el herir prestamente de punta y de tajo.

»Puesto que tu has querido asemejarte á él en las conquistas, emprendiendo tantas otras, disfrutarás igual remuneracion (de gloria).»

Citaremos por último los versos de *Ebn-Alarif*, poeta muy distinguido de aquella corte, el cual visitando á Almanzor en el alcázar de la Alamería (4), quiso celebrar al propio tiempo aquel sitio de recreo y el linage de su señor con una poesía que empieza así.

«La Alamería brilla y florece sobre todos los prodigios de la arquitectura.

»Y tu resides en ella como Seif en el Gomdan (5).»

(1) Es decir que era noble é ilustre por ambas líneas, paterna y materna.

(2) Hemos traducido estos versos libremente, pues de otro modo hubieran resultado incomprensibles en nuestro idioma.

(3) Bayan II. 273.

(4) Véase el cap. IV, pág. 52 y 53.

(5) En este verso alude el poeta al famoso alcázar fundado cerca de Sanaa por los

NUM. VI.

Los autores árabes refieren varias anécdotas que prueban que Mohammed Almanzor en el tiempo de su humildad y pobreza sentia ya en sí el convencimiento y confianza de la extraordinaria grandeza á que debia encumbrarse, como sucede siempre á los hombres llamados por la Providencia á elevados destinos. El célebre historiador Alhomaidi, citado por Abdelwahed, el Marroquí (1), cuenta á este propósito, entre otras, la siguiente curiosa anécdota:

Concurria Mohammed en Córdoba, á las madrisas ó escuelas de ciencias sagradas y profanas, cuando juntándose á conversar un dia con tres de sus compañeros de estudios, les dijo:

—Elija cada cual de vosotros el cargo que desee alcanzar cuando yo suba al poder.

Al oir estas palabras, los condiscípulos de Mohammed creyeron que se chanceaba, y uno de ellos le respondió:

—Me harás gobernador de la cora de Raya (2), pues me gustan sobremanera los higos que de allí se traen.

antiguos reyes Himyaritas del Yemen, de cuyo linage descendia Almanzor. Aunque su construccion se atribuye á un príncipe de aquella dinastía llamado *Lixrah Yahsob*, parece por el verso mencionado, que en él residió otro emir del mismo linage, llamado *Seif Ebn-Dzi-yazan*, el cual, con ayuda de los persas, conquistó á Sanaa y recobró el Yemen de sus invasores los habisinios por los años 622 de J. C. Este alcázar ó palacio de *Gomdán* es muy celebrado por los poetas árabes como un prodigio de arquitectura, y es probable que fuese edificado por artífices persas como los alcázares de Jawarnac y Sedír de que hablamos en otro lugar.

(1) Pág. 18 á 19.

(2) A saber: Málaga y su jurisdiccion, dice el autor árabe á quien traducimos: los higos y brevas de Málaga son famosos desde la antigüedad, y en tiempo de los árabes, se exportaban hasta la China.

—Me nombrarás, dijo otro, contador del mercado, para que pueda regalarme á mi placer con los sabrosos buñuelos que allí se venden.

—Cuando llegues á gobernar, dijo un tercero, sin duda por mofa, manda que me paseen en derredor de Córdoba sobre un asno, con el rostro vuelto á la cola y todo mi cuerpo untado con miel para que se junten sobre mí las moscas y abejas.

Dicho esto, se separaron, y cuando años despues Mohammed vió realizados los sueños de su ambicion, alzándose con el gobierno, cumplió los deseos de aquellos sus antiguos condiscípulos segun lo que cada cual tenia solicitado. Excusado es decir que uno de ellos, paseado en un burro por Córdoba y expuesto á los insultos de moscas y abejas, pagó cara con esta pesada mortificacion la burla ó incredulidad con que habia recibido las predicciones de Mohammed.

NUM. VII.

Al trazar en el capítulo II el retrato de Almanzor, nos pareció conveniente para darle mas interés y realce, juntar allí varias anécdotas, hechos y rasgos que los autores árabes refieren de nuestro héroe, sin guardar el órden cronológico de cada suceso, dado que algunos de ellos acaecieran en años posteriores y cuando Almanzor era ya hagib. Sin embargo, por no llevar al extremo tal licencia y no dilatar aquel capítulo, juzgamos oportuno el reservar para este apéndice las siguientes anécdotas que nos recuerdan los mismos autores como raros ejemplos de la clemencia de Almanzor.

Hubo en Córdoba (dice uno de aquellos autores) cierto varon literato, cuya fortuna habia venido á menos por descuidar su ha-

cienda mientras que se consagraba con ardor al estudio y cultivo de la inteligencia. Viéndose en estrechez, solicitó y obtuvo un destino en la hacienda pública; pero parte por su incuria y parte por su disipacion, malgastó tanto dinero del haber que administraba, que al ajustársele cuentas se halló que debia al erario la gran suma de tres mil dinares (unos nueve mil duros). Informado de ello el hagib, le llamó á su presencia, y como interrogándole viese que confesaba su culpa, le dijo con enojo.—«Oh, malvado: no te se lo»grará la rapiña que has ejecutado contra la hacienda del Sultan.» —El literato le respondió: «La fatalidad vence al consejo, y la po»breza destruye la fidelidad.»—Estas palabras conmovieron á Almanzor, pero como era inflexible para el cumplimiento de la justicia, dijo al literato:—«Es forzoso que tu castigo sirva de escar»miento á otros.» Entonces mandó que le pusiesen grillos y le llevasen á la cárcel donde fuese tratado con dureza. Cuando el literato se halló en la prision, abatióse su espíritu, y entre sollozos compuso y repitió estos versos:

«¡Ay de mí! ¡ay de mí! Al considerar cada instante mi triste estado, no puedo menos de repetir piadosamente al par que renuevo mis ayes:

»No hay poder ni fuerza que valgan á remediar mi desdicha: el poder y la fuerza pertenecen á Alláh (1).»

La noticia de estas querellas llegó al hagib, el cual por respeto á las plegarias religiosas del preso, le mandó traer de nuevo á su presencia y le preguntó:—«¿Por ventura tal digiste?»—Y como el literato respondiese que sí, ordenó Almanzor que le librasen de los grillos. Entonces el literato empezó á decir en verso dirigiéndose á los circunstantes:

«Pues veis la indulgencia de Abu-Amer (2) no es creible que me reserve ya castigo alguno.

(1) Sentencia del Coran: *alhaul walcuwaa lillahi* que repiten mucho los árabes en su conversacion, en sus escritos y hasta en sus monedas.

(2) Nombre de Almanzor.

»Porque este egregio varon es como Alláh, que cuando perdona á su siervo, le dá entrada en el paraiso.»

Esta ingeniosa y lisonjera comparacion complació tanto al hagib que al punto mandó poner en libertad al literato, perdonándole el haber que adeudaba y prohibiendo expresamente que se le persiguiese por ello (1).

Sin duda debió ser mucha parte para esta indulgencia de Almanzor su antigua aficion á las letras y el recuerdo de que ellas fueron en su juventud la base de su futura prosperidad.

Tambien movido de una súplica muy ingeniosa en verso, que le dirigió el poeta *Casim Ebn-Mohammed el Meruani*, que estaba preso por el Cadhí de Córdoba, le concedió la libertad.

Otro rasgo que se cuenta de su piedad es, que al volver de una gazúa vino á él una muger muy afligida y le dijo:—«Oh Almanzor, escucha la voz de mi ruego y así vivas en la dicha y el placer, como yo en la amargura y el llanto,»—Preguntóle Almanzor la causa de su pesar, y ella le respondió que tenia un hijo cautivo en cierto lugar, que le nombró, con lo cual no vivia de pena, temiendo que le perdería. Para mas conmoverle, dirigióle la muger este verso:

«¡Oh rey grande y excelso
no hay consuelo para mi dolor!»

El hagib mostró enternecerse con aquellas súplicas, y prometiendo á la muger que procuraria consolarla, tan bien lo cumplió que al otro dia salió con su hueste la vuelta de aquella ciudad en que estaba prisionero el hijo. Llegado á ella, le puso cerco tan apretado que la rindió, dando libertad á cuantos moros encontró cautivos, entré ellos el hijo de aquella muger.

Tambien merece referirse otro hecho semejante que refieren los autores árabes para demostrar juntamente la solicitud de Almanzor en libertar á los moros cautivos y el respeto y sumision de los reyes cristianos hácia él. Cuenta el historiador Ebn-Jacán (2)

(1) *Almaccari I*. 273.
(2) Citado por el autor del Bayan; II. 320.

que cierto moro principal á quien el hagib solia enviar por su embajador á los reyes cristianos vecinos, pasó en una ocasion á la corte de García hijo de Sancho, señor de los vascones (1) y siendo recibido de este príncipe con mucha honra, no hubo lugar de recreo ni confin de aquellos estados que no se le permitiese visitar. Pues como llevado de la curiosidad entrase tambien en muchas iglesias de aquel reino, en una de ellas encontró una mora anciana que al reconocer por su rico traje que era embajador, se arrojó á sus pies exclamando:

—¿Por ventura esta infeliz cautiva que ha encanecido en la esclavitud, podrá merecer que la piedad de Almanzor ponga remedio á su desventura y la vista con el alegre traje de la salvacion?

Al decir esto, rasgó sus vestidos, y manifestando al mensajero que llevaba ya muchos años de cautiverio en aquella iglesia, le obligó con juramento á que descubriese su historia al hagib y alcanzase de él que procurase su libertad.

No pasó mucho tiempo sin que el embajador, volviendo á Córdoba terminada su legacion, refiriese al hagib el caso de la mora cautiva. Enojóse mucho Almanzor con el mensajero, porque no habia descubierto antes un suceso tan afrentoso para los musulmanes, y al punto mandó aprestar el algihed ó expedicion militar para librar á la cautiva del señor de los vascones. Inmediatamente hizo alarde la gente de guerra que habia en Córdoba, escogió para la empresa á la mas ágil y desembarazada, y la siguiente aurora le encontró cabalgando sobre su corcel camino de aquella frontera. Llegado que fué á los estados del rey García, le envió un mensaje, reprendiéndole porque en menosprecio de los tratados y de la sumision que le debia, tenia allí una mora en prisiones.

—Decid á García (añadió Almanzor dirigiéndose á sus mensajeros) que se ha obligado conmigo á no tener en sus reinos cautiva ni cautivo moro, aunque se lo llevasen en sus garras los buitres.

(1) El rey de Navarra don García II el Tembloso, hijo de don Sancho Abarca II de este nombre.

Tengo entendido que fulana está destinada al servicio de una iglesia, y por Alláh no he de retirarme de su tierra hasta dejarla despojada y yerma.

No quiso el rey cristiano aguardar al cumplimiento de estas amenazas, sino que al punto le envió á la anciana con otras dos moras que allí tenia en cautiverio. El autor árabe exagera la sumision del rey cristiano, diciendo que al enviar este las moras cautivas, protestó que ni él las habia visto ni oido hablar de ellas, y para borrar hasta la memoria de aquellas prisiones haria derribar la iglesia donde estuvieron detenidas las moras; por lo cual viendo Almanzor satisfecho el agravio y humillado al rumí, se retiró á su tierra.

A propósito de la liberalidad de Almanzor y del respeto y favor que dispensaba á los hombres religiosos y de ciencia, cuenta el autor árabe Ebn-Alabbar (1) la siguiente curiosa anécdota:

Cuéntase que entró un dia á visitarle, estando ya en su grandeza, el célebre recitador ó rawia *Abu-Abdalláh-Mohammed* el *Bachi* (2) varon señalado entre la gente de religion, y compañero que habia sido de su padre Abdalláh en el estudio de la teología, y le saludó con estas palabras:

—Que Alláh te colme de paz y dicha y te guarde y favorezca con su proteccion, ¡oh hagib!

Recibióle Almanzor con mucha afabilidad y cortesía, y haciéndole grande honra, le hizo sentarse á su lado. Despues de los cumplidos, Abu-Mohammed recordó al hagib la estrecha amistad que le habia unido con su padre é hizo gran elogio de su celo por el servicio de Dios y desprendimiento de las cosas terrenales.

—Pero tu ¡oh poderoso hagib! (añadió), ¿no has imitado al autor de tus dias, pues lanzándote al abismo del mundo, has codiciado sus bienes y buscado sus efímeros aplausos con detrimento

(1) Pág. 151 á 152.

(2) Es decir, natural de *Bacha* ó Beja en Portugal. Fué excelente jurisconsulto y murió en Sevilla año 378-988.

de tu alma? ¿Crees por ventura, ¡oh engañado! que grande gloria te está reservada?

—¡Oh alfaqui! (respondió Ebn-Abi-Amer con mansedumbre) así es el hombre del mundo que fácilmente mezcla el bien con el mal, y ya hace un beneficio, y ya comete una iniquidad. Pero Alláh se torna propicio al ruego de los hombres, amparando á quien quiere con su misericordia.

Entonces el Bachi le pidió que eximiese los bienes que él poseia en Sevilla del tributo que pagaban, á cuya demanda no solo accedió el hagib, sino que le regaló además la cuantiosa suma de diez mil dirhemes, (unos dos mil duros), y una pieza de tela para que pudiese hacerse con ella un vestido completo.

En otra ocasion regaló trescientos dinares de oro al poeta *Said-Ebn-Otzman* el *Coraixi* llamado *Ebn-Bilitha* en recompensa de una cassida ó poema muy ingenioso que compuso en su elogio, celebrando sus empresas de armas y victorias.

Otro poeta de los mas favorecidos por la generosidad de Almanzor fué el célebre *Saed-Abulalá* el Bagdadi, de cuyas poesías en elogio del hagib hacemos mencion en varios lugares de este libro. Pero de la proteccion que dispensaba el hagib á los poetas hablaremos á propósito en el número inmediato de este apéndice.

NÚM. VIII.

El gobierno de Almanzor en Córdoba fué tan favorable para la poesía como contrario para muchas ciencias, pues si aquel hagib miraba con cierta saña á los que se dedicaban á estos estudios, en los cuales no queria tener rival, protegia á los poetas y literatos para que fuesen pregoneros y encomiadores de sus militares glo-

rias. El célebre historiador *Alhomaidi* (1) dice que Almanzor honraba mucho á la gente de saber y frecuentaba sus casas. *Abdelwahed* el Marroquí (2), tantas veces celebrado por nosotros, asegura en su elogio que era muy amante de las letras y extremado en honrar y favorecer á los que se dedicaban á tales estudios, acercándolos á su persona, acompañándose con ellos y dispensándoles muchas mercedes. En *Addhabi* (3) y otros historiadores se lee, que mientras permanecia Almanzor en Córdoba celebraba reuniones semanales á que asistian los sábios y poetas y en donde si solia discutir á veces con sus consejeros algunas cuestiones del gobierno y utilidad pública, se verificaban tambien con frecuencia certámenes poéticos, y se leian las nuevas producciones de aquellos ingenios.

El mencionado Abdelwahed nos ofrece algunos curiosos pormenores sobre aquellas sesiones literarias, y nos muestra reunidos en ellas, no solo á muchos poetas y literatos andaluces, sino á otros venidos de Africa y Oriente, que acudian á la fama de la mucha liberalidad con que premiaba el hagib á los que sobresalian entre los demás por su saber é ingenio. Segun los autores árabes que traduce don José Antonio Conde en su historia, la fama de los ilustres sábios y academias que á la sazon florecian en Córdoba bajo la proteccion de Mohammed Almanzor traia á esta ciudad en busca de saber muchos ingenios, no solo de Africa, Egipto, Siria, el Irac y la Persia, sino hasta de Galicia y Afranch. Con frecuencia en estas conferencias literarias dominaba el espíritu del elogio y la adulacion, compitiendo los literatos en celebrar con mayor encarecimiento las victorias y grandes hechos del hagib.

Los autores árabes celebran una sesion de la academia de literatura verificada en el dia 12 de la luna de Ramadhan del año

(1) Códice M. S. de su obra sobre los varones ilustres de la España árabe. El célebre historiador Alhomaidi fué natural de Mallorca y murió en Bagdad, año 488.

(2) Pág. 20 de la ed. cit.

(3) Códice M. S.

381 de la hegira (21 de noviembre del año 991 de J. C.) en que se leyó con gran aplauso una *cassida* ó poema del célebre Ebn-Billitha compuesto en elogio de las campañas y triunfos de Almanzor. Esta poesía le valió al autor la crecida suma de trescientos dinares que al otro dia le envió el hagib, deseoso de recompensar no tanto su mérito de poeta como el panegírico y la lisonja. Tambien los mismos historiadores hacen mencion señalada de un certámen poético celebrado en la academia de literatura en la noche del dia 3 de la luna de xawal de la hegira 382 (1) con asistencia de Almanzor y de los ingenios mas aventajados que por entonces residian en Córdoba. El tema de las poesías fué rendir elogios al califa Hixem y á su hagib, en lo cual se lucieron á porfía leyendo magníficos versos. Los aplausos y principales premios recayeron en Ahmed Ebn-Darrag y Abu-Meruan, como autores de las mejores poesías, y el hagib les mandó dar cien dinares de oro, que era el premio que les correspondia segun los estatutos de la academia.

Otras veces las conferencias y polémicas versaban sobre crítica literaria, y vemos en Abdelwahed (2) al famoso poeta de oriente Saed Abulalá y otros ingenios exponer y comentar á *Xammaj-Ebn-Dherar* y otros antiguos poetas del Arabia, cuyos versos, como es sabido, eran para los árabes los modelos y fuentes de su poesía clásica.

Aunque el mismo Almanzor solia presidir aquellas sesiones académicas, cuentan que el director literario y el que hacia la propuesta de los asuntos que debian tratarse en cada una, era el xeque *Ibrahim Ebn-Nassr* el *Saracosthi* ó Zaragozano, uno de los muftíes (3) mas sábios de la aljama de Córdoba. Entre los ingenios que asistian á ellas mencionan los autores árabes además de los que ya van celebrados á los siguientes:

Abu-Abdallah Ebn-Abbad, noble andaluz vecino de Sevilla.

(1) 1.° de diciembre del año 992 de J. C.

(2) Pág. 24, ed. cit.

(3) Intérpretes del Coran.

Said Ebn-Raxic llamado *Abu-Otzman* natural de Córdoba, varon muy religioso y erudito.

Said Ebn-Otzman Ebn-Meruan el *Coraixi*, conocido por *Ebn-Billitha.*

Obada Ebn-Abdallah llamado *Abu-Becr*, natural de Málaga y uno de los mejores poetas y literatos de aquel tiempo.

Abu-Omar Ahmed Ebn-Darrag, natural de Cazalla en la provincia de Jaen y poeta muy distinguido.

El wacir *Abu-Meruan* de Algeciras.

Mohammed Ebn-Alyasa, excelente poeta y favorito de Almanzor.

Ziyadatallah Ebn-Ali, autor del Quitabalhimam ó libro de la muerte, eminente poeta.

Ibrahim Ebn-Mohammed el *Axarafi*, sevillano.

Ismail Ebn-Abderrahman el *Coraixi*, cordobés muy sábio.

Ebn-Abilhobab, filósofo y poeta muy nombrado, favorito de Almanzor.

Ibrahim Ebn-Idris Alhasani el *Olawi* llamado *Mubal*, tambien poeta elegante y favorecido del hagib.

Yila Ebn-Ahmed Ebn-Yila, poeta y caudillo muy señalado.

Ghâleb Ebn-Umeya Ebn-Ghâleb, natural de Moron.

Ebn-Alarif, poeta distinguido y amigo de Almanzor.

Chehwar el *Tochibi* llamado *Ebn-Floriso* de Almería y otros, cuyos nombres omitimos por no ser difusos.

Ya hemos dicho tambien que en sus expediciones y campañas solia Almanzor llevar consigo poetas que las celebrasen. A la gazúa de Castilla en que venció y mató al conde Garci-Fernandez, le acompañaron Abdelmelic-Abu-Meruan y Saed-Abul-Alá; á la de Barcelona Ghâleb el Morori; y á la de Santiago, Abdelmelic el Harizi y Ebn-Darrag.

Además de los magníficos presentes con que la liberalidad de Almanzor premiaba á los buenos poetas y letrados, les colocaba con preferencia en cargos honrosos y principales, empleando á muchos en los destinos de su alcázar. Al sábio escritor y célebre jurisconsulto *Ebn-Ibrahim* el *Assili*, natural ú oriundo de Medina-Sidonia, le

nombró del mexuar ó consejo de justicia y despues cadhí de Zaragoza (1). Al docto literato cordobés *Ahmed Ebn-Said Ebn-Hazm*, le nombró su wacir, y dicen que tambien cadhí de Toledo; al célebre poeta Saed Abulalá, de quien muchas veces hicimos ya mencion, le hizo aljathib ó predicador en la mezquita de la poblacion de Medina-Azzahira; al ilustre poeta Ahmed-Ebn-Darrag su alcatib ó secretario, y á Abu-Meruan su wacir. De todo lo dicho se colige que el hagib Almanzor concedió una proteccion señalada á los hombres de letras, y que en particular la poesía floreció notablemente durante su gobierno; aunque empleada con frecuencia en la adulacion y en la lisonja, desmereció de aquella grandeza y dignidad de que la vida libre y aventurera del desierto habia revestido á la poesía clásica de los antiguos árabes anteriores á Mahoma. En el discurso de nuestra leyenda, y aun en algunos de estos apéndices, hemos insertado varias traducciones de los cantos y poemas que en elogio de Almanzor, compusieron sus poetas favoritos, así como tambien algunas poesías del mismo Almanzor.

En cuanto á los autores de aquellos libros que fueron condenados al fuego por Almanzor y que ocupaban un puesto distinguido en la rica biblioteca del difunto califa Alhacam, solamente hemos podido hallar noticia de los dos siguientes.

Abu-Mohammed Abdalláh llamado el *Assili* por ser natural ú oriundo de Arzilla en Africa (y que no debe confundirse con otro *Assili* favorito de Almanzor que celebramos mas arriba). Murió en 329-941.

Mohamed Ebn-Alhasan Ebn-Beer llamado el *Zobeidi*, natural de Sevilla: fué doctísimo en la lengua y gramática árabe y compuso el célebre diccionario titulado *Alain* (la fuente). Murió en Córdoba en 330-942.

(1) Murió en 392 de la hegira (1002 de J. C.)

NÚM. IX.

Para completar el retrato del grande héroe, cuyo carácter, prendas y hazañas nos hemos propuesto esclarecer hasta donde han podido alcanzar nuestras fuerzas, nos parece oportuno apuntar aquí algunos testimonios que de él nos ofrecen los historiadores así árabes como cristianos, y que servirán juntamente para documentos y comprobantes de nuestro relato.

Y empezando por los árabes, el célebre historiador *Abu-Beer Alcodhai Ebn-Alabbar* el Valenciano (1) en la excelente biografía que escribió de nuestro héroe (2), además de otras curiosas noticias que ya dejamos aprovechadas en nuestro relato, nos dice acerca de Almanzor lo siguiente:

«Fué hombre maravilloso en la manera con que subió á grandeza y llevó á cabo sus ambiciosos planes. Supo hallar el principio de su fortuna en el cargo que le confió Sobh, la madre de Hixem, de administrador é inspector de sus prédios y haciendas. Con su esfuerzo y fortuna elevóse de dia en dia hasta que muerto (el califa) Alhacam, pasó el califato á Hixem, niño de pocos años. Pues como este suceso alterando los ánimos del pueblo inspirase temores de peligrosas revueltas y el (hagib Chafar) Almushafi se viese sin fuerzas ni recursos para sosegarlas, Mohammed Ebn-

(1) Murió en el año 656 ó 658 de la hegira (1257 ó 1259 de J. C.)

(2) En su obra titulada *Alholla-Assiyara* en que trata de los árabes ilustres que en España cultivaron la poesía; pág 147 á 153 del texto árabe publicado en Leiden por *M. Dozy*: 1847 á 51.

Abi-Amer aprovechó la ocasion en beneficio suyo. Prometió á la sultana Sobh que él tranquilizaria las cosas y alejando todo temor aseguraria el reino para su hijo Hixem, con tal que se le premiase con mayores aumentos de fortuna y poder, confiándole el mando del ejército y poniendo en sus manos los demás cargos principales. Así se hizo y él con la fuerza de su carácter y su felicidad consiguió la victoria en aquella y otras altas empresas que llevó á cabo despues... Llegó pues, á ser dueño y árbitro del gobierno: todas las provincias del Andalus se sometieron á su autoridad sin que osara nadie levantarse contra él durante el resto de su vida, á causa de su buena administracion y del temor y reverencia que supo inspirar... Destruyó á sus enemigos, y al califa Hixem no dejó mas parte de su soberanía que su régio título. Igualmente afortunado en mas de cincuenta expediciones que ejecutó contra los cristianos siempre con victoria, abatió de tal suerte á sus reyes que solicitaron (aunque en vano) estrechar con él vínculos de alianza y parentesco. En todo esto se vió la ayuda de Alláh que le favorecia.

«Cuando Almanzor se aseguró en su poder y tuvo por amiga á la victoria, dirigió estos versos al señor del Egipto conminándole:

«El deseo de contemplar lo que es ilustre y autorizado no consiente á los ojos que gusten el sueño.

»Yo tengo en el oriente un consejo para juzgar á los hombres que visitan en las solemnidades la Casa Santa (1).

»Los que cumplieren con su deber verán logrados sus deseos: pero si obraren de otra manera, ya fueren esclavos ó ya príncipes,

»Dentro de poco verás á la caballería de Hixem que atravesando el Nilo pasará adelante hasta el Xam (2).»

Tambien compuso Almanzor los siguientes versos (imitacion de la antigua poesía árabe):

(1) *Alharam* y mejor dicho *Beit Alharam*, el templo de la Mecca.

(2) La Siria.

«¿No veis como he ocupado un alto puesto con la generosidad del ánimo y he hallado mis delicias y mi defensa en los veloces caballos?

»He preferido al brillo del oro y la seda (1) el orin de las armaduras aferradas con clavos.

»Bien han visto que yo soy un varon que defiendo á los que se acojen á mi proteccion y amparo, cuando encontrándose las huestes emprenden la batalla.

»Yo soy el hagib Almanzor de la gente de Amer, y con mi espada atravieso las cabezas debajo de los almofares (2).

»Familiar y siervo del emir almumenin, soy tambien su vasallo mas leal, como lo tengo atestiguado en el dia de la gloria (3).

»Y no penseis que dejo de trabajar un solo instante en procurar vuestro bien, pues tengo jurado á Alláh el exterminio de los infieles.»

Del distinguido autor árabe *Ebn-Aladzari* en su *Bayan Almoghreb*, pág. 274 y siguientes del texto árabe publicado en Leiden por *Mr. Dozy*, tomamos las siguientes noticias, además de las apuntadas en nuestra leyenda.

El caudillo Abdelmelic, uno de los mas ilustres progenitores de Almanzor, vino á España con el conquistador Tharec y se estableció en Algeciras, donde se multiplicó su descendencia. Muchos de este linaje se distinguieron por sus prendas y hazañas y merecieron ser llamados á Córdoba por los califas, que los emplearon en su servicio y favorecieron con cargos muy principales. En este número se contó Mohammed Abu-Amer Ebn-Alwalid, á quien todos los de esta familia debieron ser conocidos con el apellido de

(1) Literalmente al azafran y su aroma.

(2) Esta es una voz ya anticuada, que se deriva del árabe *almigfar*, y significa casco ó armadura de la cabeza y cierto gorro de tela que se ponia debajo.

(3) Como si digésemos en el campo del honor.

Alameríes ó Ameritas. Despues alcanzó la misma supremacía entre su parentela su hijo Amer, que fué adelantado por los califas á altos puestos y fué walí ó director de obras públicas, muriendo en Córdoba. Con el nombre de este Amer (observa el mencionado autor) hizo Mohammed (Almanzor) esculpir las monedas y recamar los pendones.

Mohammed Almanzor, el héroe de nuestra leyenda, fué señalado desde su juventud por la belleza magestuosa de su rostro, que daba indicios del señorío para que estaba destinado... En aquella ciudad se dedicó al estudio de los hadices ó tradiciones del Profeta, al de la literatura y al de las lenguas, teniendo por maestros á Abu-Ali-el-Bagdadi y Abu-Becr-Ebn-Alcuthia. En los hadices recibió la enseñanza de Abu-Becr-Ebn-Moawia el Coraixita, y de otros ulemas de los mas famosos entre los orientales, aventajando en tales estudios á todos los de su tiempo, cercanos y apartados.

Cuando se grangeó el favor de la sultana Sobh, y por ella el del califa Alhacam, cuidó mañosamente de ir preparando las cosas para alzarse con el poder, ya averiguando por sus confidentes y espías todo lo que podia importar al emir, ya mostrándose afable y accesible con todos, asi los de alta como de humilde condicion, de suerte que todos le buscaban y se valian con preferencia de él para sus pretensiones y negocios. Entonces, favorecido por la sultana con altos destinos y pingües rentas, empezó á ostentar fausto, labrando para su morada y recreo una casa cerca de los jardines de la Rusafa (1) y rodeándose de muy lucida servidumbre. Aquí daba espléndidos banquetes en obsequio de sus amigos y gente principal, y tenia siempre la mesa puesta para todo el que visitaba su casa, adonde, como situada en parage tan delicioso, acudian muchos, ya por necesidad, ó ya por holgarse. Mientras que asi adquiria mayor número de aficionados, frecuentaba con gran

(1) Este era un sitio de recreo al N. de Córdoba, de que ya hemos dicho algo en el cap. IV. Hoy se conserva su nombre y se encuentran sus restos en el monasterio de San Gerónimo de la Arrizafa.

asiduidad el trato del wacir Chafar Almushafi, gran valido del califa Alhacam, adulándole y dándose por su mejor amigo y mas fiel servidor: todos los dias acudia á su casa de mañana, y le acompañaba con frecuencia como un page á su señor.

Sobrevino en tanto la muerte del califa, y como se temiese un tumulto por no estar acordes los ánimos en la eleccion de su sucesor, Mohammed-Ebn-Abi-Amer propuso á Chafar que hiciese sacar á caballo por la ciudad con gran acompañamiento de los slavos de la guardia y otra milicia al príncipe heredero Hixem, para interesar en su favor al pueblo y amedrentar á sus enemigos. Así se hizo saliendo el niño Hixem del alcázar con muy lucido séquito, acompañado de los wacires, alcaides, xeques y otros magnates, y entre ellos Mohammed, que marchaba delante de su señor vestido con suntuoso trage. En este dia, que fué el 10 de Safar del año 366 (7 de octubre de 976), el nuevo emir, mandó suprimir el derecho que pagaban en las puertas de Córdoba el aceite y las olivas, el cual era muy aborrecido, y como este beneficio se atribuyese al consejo de Mohammed, se cobró gran aficion entre el pueblo.

Al apoderarse del gobierno Mohammed, supo abatir el gran poder que alcanzaban los slavos ó esclavones de la guardia del califa, y que ellos ejercian con altivez y desafuero. A la muerte de Alhacam, dice el autor á quien seguimos, eran tantos y tan poderosos los siclabies, que creian que nadie podria contra ellos y que el reino estaba en sus manos. Su principal caudillo, que era á la sazon *Faic-el-Nitdami* (1) prefecto del guarda-ropa, y su compañero *Chudzar*, prefecto del guarda-joyas, que le seguia en autoridad, ocultando la muerte del califa Alhacam á su wacir Chafar, tramaron el proyecto de elevar al solio de los califas al emir Almoguira, hermano del difunto, despojando de él al príncipe heredero Hixem y asesinando al wacir Chafar. Con esto se hubiesen hecho señores del Estado; pero Mohammed y Chafar desbarataron sus proyectos,

(1) El ordenador, maestro de ceremonias.

como lo dejamos dicho en la leyenda. Desde entonces quedaron los siclavies enconados con Chafar y Mohammed. Uno de ellos, llamado *Dorri* el *Fati* (el mancebo eunuco) pequeño en el cuerpo, pero grande en la osadía, quiso matar á Mohammed. Reñian los dos cuando llegando los hijos de *Birzal*, hombres valerosos que Mohammed habia hecho venir de Africa para su servicio, se lanzaron sobre Dorri, y á pesar de la ayuda que le dieron algunos andaluces de su aficion, le mataron á estocadas. Este hecho dividió los ánimos de la servidumbre del alcázar en bandos de árabes y bereberes; pero Mohammed prevaleció contra sus contrarios, echando de allí los slavos principales, entre ellos á Faic, que se retiró á las islas *Xarquia* ó Baleares, en donde murió.

Destruidos estos enemigos, Mohammed, deseoso de gobernar solo, resolvió derribar al hagib Chafar, en cuyo servicio era antes tan diligente como humilde. Pero en este tiempo la fortuna se habia trocado, pues Mohammed no necesitaba ya de Chafar, y para librarse de este rival terrible supo procurarse la ayuda del wacir Gháleb-Abu-Temmam-Annasseri, señor de Medina Selim y de la frontera baja, y hombre muy poderoso y autorizado, merced á sus largas hazañas y servicios. Para captarse la aficion de este Gháleb, usó Mohammed del servil agasajo y adulacion con que se granjeara en otro tiempo el afecto de Chafar, y como, para asegurarse mas la aficion de aquel magnate, proyectára casarse con su hija, dice el autor del Bayan, que en la gazúa del año 366, le fué sirviendo en el viaje con tal solicitud y fineza que se hizo dueño de su corazon. No es necesario repetir en este lugar lo que ya queda dicho sobre el trágico y lastimoso fin de Chafar, ni sobre las infamias que ejecutó despues Mohammed. deshaciéndose de Ghálcb y de todos los demás personajes de algun valer é importancia.

Debemos empero añadir, con respecto á los desafueros de Mohammed, que despues de valerse del caudillo africano Chafar-Ebn-Alandalusi, para destruir á Ghaleb, se deshizo con otra alevosía del nuevo auxiliar, ayudándose para ello de Man-Abulahwas el Tochi-

bita. Con este designio convidó á cenar y beber en su casa á Ebn-Alandalusi y á Man, con otros caballeros. Los siervos de Mohammed, cuidaron por órden suya de hacer saborear al africano tantos licores generosos, que á fuerza de bríndis cayó en la embriaguez. En tal estado se retiraba á media noche, cuando al salir de la casa de Mohammed, le asaltó Man con una taifa de los andaluces, cuyo caudillo era, y así murió Ebn-Alandalusi cosido á puñaladás sin que su cuerpo pesado con la embriaguez le permitiera defenderse.

Otra perfidia que los autores árabes censuran en Almanzor, fué la que ejecutó con el príncipe africano *Hasan-Ebn-Canun-el-Xarif*. Este emir rebelado en Africa contra el califa de Córdoba, cuyo vasallo era, como se viese estrechado por los alcaides enviados contra él por el hagib, se rindió á ellos, pero bajo seguro de la vida, que le otorgaron en nombre del califa. Con esta seguridad no dudó en pasar con ellos á España para ofrecer sus homenajes y sumision á su soberano Hixem, pero Almanzor, sin tener en cuenta que la palabra de sus alcaides era la suya propia, ni tampoco la nobleza y alto linaje de aquel emir, no le quiso guardar el seguro y le hizó matar en el camino.

Mohammed empero, logró completa impunidad en todos sus atentados, porque aficionándosele el pueblo por la gloria que supo alcanzar en la guerra contra los cristianos, le perdonó el que sacrificase á su ambicion la vida y fortuna de los magnates. Tan notable y extraordinaria fué su felicidad (observa el autor del Bayan) en sus empresas de armas, que nunca tuvo mal suceso en ninguna expedicion que intentára, ni jamás se vió obligado á huir, ni volvió del campo de batalla sino triunfante, con ser muchas las guerras que emprendió y los enemigos con quienes tuvo que combatir. Asistian en sus huestes y servidumbre hombres de toda laya, es decir, esclavones, cristianos, bereberes y andaluces, cosa que jamás sucedió á ningun rey islamita, como tampoco hubo quien le aventajase en poder, fortuna, generosidad y magnificencia. En todo esto fué la admiracion de su siglo y mayormente, porque (sin

ser de linaje real), se enseñoreó del real solio y sobre él se desplegó el estandarte de la felicidad (1).

A los citados testimonios de los historiadores árabes añadiremos algunos de cronistas cristianos, por los cuales se vendrá en conocimiento de que los primeros no exageran mucho en los elogios que tributan á su héroe, pues los nuestros no realzan menos las grandes prendas que asistian al caudillo de Córdoba.

El *Silense*, en su Cronicon, dice que las conquistas del hagib por tierra de cristianos eran mas rápidas por el ascendiente que alcanzaba entre ellos, debido á la esplendidez con que recompensaba á los cristianos que entraban á militar en sus huestes, y á su mucha rectitud y justicia, por la cual era amado hasta de los nuestros; y concluye diciendo que en aquel tiempo, por las continuas victorias y conquistas de Almanzor, acabó en España el culto del verdadero Dios, y los cristianos perdieron toda su gloria y honra.

El arzobispo don Rodrigo, en su historia de los árabes (capítulo XXXI) se espresa así:

«Siendo niño Hixem, sus magnates le dieron por ayo á un varon esforzado, diextro y prudente, que se llamaba por propio nombre *Mohammed-Ebn-Amer*, y luego recibió el título de *hagib*, que significa regente. Despues le llamaron *Almanzor*, porque siempre venció en las batallas... Su poder duró veinte y seis años; en ellos hizo con su ejército cincuenta y dos expediciones contra los cristianos fronterizos y les causó grandes males, y fué tan amado de los suyos, que muchas veces quisieron elevarle al trono real; pero él nunca quiso despojar á Hixem.»

La *Crónica General* atribuida al rey don Alfonso el Sabio, dice hablando de Almanzor:

(Fol. 260). «E este *Almanzor* era ome muy sábio é esforzado é alegre é franco é mucho ardid é muy sotíl, asi que sabíe falagar los

(1) Pág. 307 á 308.

moros é christianos, é averlos á todos de su parte, é bien semejaba á ellos que los amaba mas que á los moros é facíales tanta de honra que ellos trabajaban cuanto ellos mas podian de facerle servicio...»

(Fol. 266). «E siempre diera guerra este *Almanzor* á los christianos, é siempre les quebrantara las tierras é les ficiera mucho mal é daño, é metió muchas tierras so el su señorio é siempre vencíe. E esto non era sinon por la saña de Dios que era muy grande sobre los christianos.»

NÚM. X.

Este suntuoso hospedage con que el gobernador de Murcia Ahmed Ebn-Jathâb obsequió al hagib á su paso para la gazúa de Barcelona, es muy celebrado por los autores árabes, porque sabido es cuanta estimacion dan estas gentes á las virtudes de la hospitalidad y la munificencia.

Hé aquí algunas curiosas noticias que á este propósito ofrecen varios historiadores muslímicos recopilados por el célebre Ebn-Alabbar (1):

Ahmed Abu-Amer Ebn-Jathâb conocido con el sobrenombre de *Aljazen* (2) descendiente de una antigua y generosa familia de árabes llamados los de Azd, reunia con extraordinarias riquezas mayor grandeza de alma, liberalidad y desinterés. Estando de amil ó gobernador en Murcia, con un hijo llamado *Musa Abulasbag*, fué cuando tuvo ocasion de hospedar en su casa á Almanzor, usan-

(1) Pág. 251 y sig. de la ed. de Leiden.
(2) El tesorero, el opulento.

do en ello de tal magnificencia, que llegó á ser proverbial. Durante los trece dias que permaneció el hagib en Murcia, no solo trató espléndidamente á este caudillo, sino á sus alcaides, wacires, servidumbre y á todos los caballeros y peones de su hueste, á cada uno segun su clase y dignidad. Cada dia regalaba á Almanzor con diversidad de deliciosos manjares y frutas, siendo lo mas admirable que no obstante su variedad, jamás le hizo servir viandas semejantes á las que ya le hubiese presentado otro dia. La misma esplendidez se notaba en los platos y bajillas que cada dia eran diferentes como los manjares. Asimismo le hacia bañar en agua de rosas, y acostar en riquísimo y perfumado lecho, no faltando quien asegure que obsequiaba tambien con estos regalos á sus wacires, alcaides y caballeros principales.

A los soldados y gente menuda, les habia hecho preparar posadas muy cómodas, y diariamente les hacia distribuir á la puerta de su casa sus correspondientes raciones de pan, carne, frutas, legumbres y cebada para los caballos. Todos, en fin, eran mantenidos y obsequiados por Ebn-Jathább desde el wacir hasta el soldado raso (como dice el autor árabe) sin que ninguno de ellos tuviese que gastar de su bolsillo en todo aquel tiempo ni un miserable mitzcal. Así sucedió hasta la partida de Almanzor, el cual estaba maravillado de ver lo que hacia con él Ebn-Jathább, por pura atencion y sin necesidad alguna, gastándose todo el producto de sus haciendas solo por acrecentar mas la fama que ya tenia de espléndido y generoso. El mismo Almanzor al darle las gracias por su hospitalidad le censuró su extraordinaria largueza con que dilapidaba su hacienda, cuando pudiera emplearla mas meritoriamente en obras de piedad. Por lo mismo encargó á sus demás amiles ó gobernadores en la comarca de Todmir que procurasen tener á raya la demasiada prodigalidad de Ahmed y atendiesen por todos medios al beneficio y conservacion de su fortuna. El hagib, queriendo mostrar su reconocimiento á Ahmed Ebn-Jathább, eximió de tributos sus heredades para toda su vida, y aun dicen que convidándole á venir á Córdoba á la vuelta de su expedicion, le obse-

quió mucho en ella, regalándole además una de sus mas bellas esclavas, y confirmándole en su amelia de Todmir.

Cuéntase que al despedirse Almanzor de Ebn-Jathâb para seguir su camino hácia Barcelona, dijo á sus alcaides:

«A fé que tan magnífico huésped no sabe alojar gente de guerra, y así tendré buen cuidado de no enviar por esta ciudad caballeros ni personas que vayan de gazúa ó frontera, cuyas galas deben ser las armas y su regalo el pelear.»

La esplendidez hospitalaria de Ebn-Jathâb fué celebrada en armoniosos versos por el poeta *Umeya Ebn-Ghâleb* el Morori (1) uno de los ingenios que acompañaron al hagib en esta expedicion.

NUM. XI.

Segun el autor del Bayan Almoghreb (2) Abdallah se rebeló contra su padre Almanzor, enojado de que teniendo él dadas mas pruebas de esfuerzo, inteligencia y destreza en el arte de la equitacion que su hermano Abdelmelic, su padre preferia á este en todo y le encargaba las empresas de mas honor y gloria. Parece por otro pasage de aquel historiador, que el hagib trataba de tal manera á su hijo Abdallah por enojos que tenia con su madre, hasta el punto de dar á entender en una conversacion que tuvo con cierto noble bereber llamado *Zatarzun*, que aquel mancebo era fruto de una infidelidad de su madre, y á este propósito recordó el siguiente adagio oriental: «bien dicen, que un vientre perverso corrompe su prole.»

(1) Es decir el natural de Moror, hoy Moron, en la provincia de Sevilla.

(2) Pág. 303 y siguientes.

Sea de esto lo que quiera, ello es que Abdallah se puso de acuerdo con muchos magnates de Córdoba, así de la corte como del ejército para derribar á Almanzor del poder, concertándose principalmente con Abdallah Ebn-Abdelaziz, saheb ó gobernador de Toledo y con Abderrahman *Ebn-Motharrif* el Tochibita, walí de Zaragoza. Pero Almanzor supo atajar con tiempo esta terrible conspiracion. Marchó á Zaragoza con su hueste, depuso á su gobernador Abderrahman y volviendo con él á Córdoba, le hizo matar ante sus ojos en su alcázar de Medina Azzahira. Despues hizo matar á su hijo Abdallah en las orillas del Duero, como queda relatado por mano del *xorthi* ó corchete E*bn-Jafif* y envió su cabeza al califa con el parte de la expedicion. Sin duda con este escarmiento verificado en su mismo hijo, quiso aterrar á los sediciosos y amigos de novedades, y ciertamente logró su deseo, pues dice el autor del Bayan que con aquella ejecucion se aumentó el miedo que Almanzor inspiraba. El mismo autor da á entender que el hagib se arrepintió al cabo del riguroso castigo, pues dice que tomó despues tanto odio al esclavo Sad y á Ebn-Jafif, de quienes se valiera para ejecutar aquella muerte, que no paró hasta matar á entrambos (1).

En cuanto al gobernador de Toledo, este caudillo llamado por los árabes *Alhechar* y por los cristianos *Piedra Seca*, de la familia real de los Umeyas, habia tomado parte en aquella conjuracion, porque conociendo la suerte que reservaba el hagib á todo hombre principal y que pudiera hacerle sombra, quiso prevenirse con tiempo y volver mal por mal á aquel cruel y ambicioso ministro.

Descubierta la trama por la sagacidad de Almanzor, Abdallah Piedra Seca fué depuesto de su cargo, y temiéndose el castigo, huyó ocultamente de Córdoba, refugiándose en la corte del rey don Veremundo.

Pero este príncipe no fué mas afortunado en dar amparo á

(1) Dozy: Recherches, I, 277 y sigs.

Abdallah Ebn-Abdelaziz que lo habia sido el conde de Castilla en el asilo dado al otro Abdallah el hijo de Almanzor. Forzado don Veremundo por las amenazas del hagib, y harto débil para despreciarlas, por el mes de Xawal de la hegira 385 (noviembre de 995) no solo entregó á Piedra Seca á los mensageros de Almanzor, sino que se obligó á pagar un tributo al califa Hixem.

Llegado á Córdoba el desdichado Piedra Seca, Almanzor quiso hacer en él un terrible escarmiento y le hizo sacar á la vergüenza por las calles de la ciudad montado en un camello y precedido de un pregonero que gritaba:

—Ved á Abdallah Ebn-Abdelaziz que desamparó á los muslimes para pasarse á sus enemigos y ha dado auxilio á los infieles contra los creyentes.

—Mientes, Almanzor, esclamó Piedra Seca montando en cólera; si huí fué por evitar tu persecucion; si hé aspirado al poder ese es mi delito, pero no el de la infidelidad ni la apostasía.

Terminado este afrentoso paseo, Abdallah fué encerrado en una oscura mazmorra; mas no pasó adelante la saña del hagib, pues como Piedra Seca fuese gran poeta y le dirigiese algunos versos muy ingeniosos para impetrar su clemencia, logró que le perdonase la vida. El caudillo Abdelmelic, hijo de Almanzor, procuró tambien alcanzar de su padre que sacase de la prision al infortunado nieto de los Umeyas; pero el hagib no se dejó ablandar hasta ese punto, de suerte que Piedra Seca no recobró su libertad hasta la muerte de Almanzor, es decir, en el año 392-1002. Su amigo Abdelmelic, entrando á ejercer el cargo de hagib, le sacó de su mazmorra y le nombró su wacir; pero Abdallah no disfrutó mucho de su nueva fortuna; pues un año despues, acompañando á Abdelmelic en su primera gazúa que hizo contra los cristianos de Afranch, murió en Lérida (año 393-1003) siendo enterrado en la mezquita de esta ciudad.

NÚM. XII.

Los historiadores árabes, que son muy aficionados á referir pronósticos de los grandes sucesos, cuentan (1) que en la tarde que precedió á esta batalla campal, el poeta *Saed-Abulalá* presentó á Almanzor un ciervo sujeto con un lazo y unos versos en que presagiaba su triunfo y decian así:

«¡Oh señor! tú que eres el refugio de todo el perseguido, y el asilo de todo el desterrado y la gloria de todo el abatido.

»Tú que amparas con tu favor no solo á el que ves en desventura sino tambien á sus familias y allegados y que derramas tus gracias sobre cuantos esperan en tí.

»Semejante á fecunda nube, que bañándolo todo con su rocío, iguala en sus beneficios al miserable y desvalido con el favorecido de la fortuna.

»Bien se ve que tienes por tu protector á Alláh: él te favorece y asiste con su direccion, y te aparta del engaño y el extravío.

»Jamás vieron mis ojos (y es inútil encarecerlo) personaje que te lleve ventaja en lo excelso é ilustre de tus progenitores.

»Hoy levantas tu sonora voz (enmedio de tus escuadrones) cabalgando en esa generosa yegua, que semejante en la ligereza á un lobo del desierto, se lanza animosa en la pelea entre remolinos de polvo.

»Oh señor mio, solaz de mi peregrinacion, tu me libertas de las garras de mis adversidades y me amparas como inexpugnable fortaleza.

»Hoy este servidor, cuyas manos colmaste de mercedes, se atreve á regalarte un ciervo.

(1) Abdelwahed, p. 24 y 25.

»Le he puesto por nombre García y te lo presento con un lazo para que puedan cumplirse en él mis pronósticos.

»Si lo recibieres con agrado, esto solo dará valor al presente con que yo obsequio al que es por excelencia liberal y espléndido.

»Que siempre lluevan sobre tí los placeres, y que una nube de prosperidad riegue los contornos de tu morada con benéfico raudal».

»Y Alláh en sus altos designios (añade el autor árabe que cita estos versos) dispuso que García Ebn-Sancho (1) príncipe cristiano que hasta entonces fuera mas inaccesible que una estrella, fuese cautivado en este dia y aprisionado con el mismo lazo que Saed enviára á Almanzor con el ciervo á quien habia nombrado García presagiando aquel suceso.»

NÚM. XIII.

Además de las conquistas que dejamos referidas como alcanzadas por Almanzor en la España cristiana, parece colegirse de algunos autores árabes, que llevó á cabo por su persona otros hechos y empresas de armas en las regiones de Africa, que sometidas antes á los califas de Córdoba, habian sacudido el yugo de estos señores. El célebre geógrafo *Idrisi* llamado el *Nubiense*, (pág. 15 de la edicion de D. J. A. Conde: Madrid. 1799), dice que cuando Mohammed-Ebn-Abi-Amer, es decir, Almanzor, pasó desde el Andalus al Africa, quiso trasladar la ciudad de Ceuta á la cima del monte inmediato llamado *Gebal-Almina* que confina con ella por la parte

(1) Debió decir García Ebn-Ferdeland ó García Fernandez.

de oriente. Con tal intento hizo edificar allí una poblacion que se llamó Almina por el monte en que estaba situada y la mandó rodear de un muro. Pero como terminada apenas esta obra muriese Almanzor, los habitantes de Ceuta rehusaron mudar su domicilio á aquellas alturas, y así la Almina, antes de poblarse vino á quedar arruinada. Nosotros sin embargo, sospechamos que el Nubiense se equivocó en esta noticia, atribuyendo al mismo Almanzor un hecho que acaso se ejecutó por su hijo Abdelmelic, á quien envió mas de una vez al Africa; pues en ningun otro autor hemos hallado que el hagib pasase allende el estrecho. El historiador Ebn-Jaldun parece confirmar nuestra opinion, pues dice que Almanzor enviando sus ejércitos á la otra parte del mar, forzó á obediencia y sumision á los reyes zenetes y bereberes, allanando á Fez y otras cindades (cit. por Almaccari I. 258). Debemos notar, que el monte *Almina* de que habla el Nubiense, es el llamado hoy el *Hacho* de Ceuta, y que aquel nombre se conserva todavía en el puerto de aquella ciudad: en efecto *Almina* significa en árabe el puerto.

NÚM. XIV.

La soberanía de los califas de Córdoba no era tan absoluta que para los negocios de gran trascendencia no necesitasen consultar y obtener la aprobacion de los xeques ó cabezas de las tribus árabes, que formaban un diwan ó consejo de estado, y que segun costumbre de los pueblos orientales ejercian per propio derecho gran autoridad y participacion en el gobierno. En tiempo de Almanzor habia desaparecido de hecho aquel poder, pues el tirano hagib para gobernar arbitrariamente habia destruido á muchos de aquellos magnates, dejando á los demás así como al mis-

mo califa, solo una vana sombra de autoridad. Pero su derecho subsistia siempre, y por lo tanto cuando el hijo de Almanzor Abderrahman aspiró á suceder al califa Hixem en el sólio de Córdoba, no pudo menos de acudir con su desmedida pretension al diwan ó consejo de los xeques. Por lo demás esto no era mas que rendir un vano tributo de respeto á la autoridad de aquel senado, pues bien sabia Abderrahman que no dejaria desairada su pretension, contando como contaba con la aficion de sus individuos, sobre todo, de su presidente el cadhí Ebn-Dzacuan y su secretario Ebn-Bard. Así lo cuenta el tantas veces celebrado Ebn-Alabbar, cuyo pasage vamos á copiar para esclarecer este asunto: en él veremos á los xeques resolviendo la cuestion, no solamente como hombres de estado sino como teólogos, pues la religion mahometana habia impreso tambien aquel carácter en la autoridad de suyo civil y política de aquellos magnates. He aquí el mencionado pasage. (1).

«Sorprendiendo Abderrahman con engaños al apocado Hixem, »solicitó que le nombrase su heredero en el principado para po»derle suceder en toda su soberanía. Sometido este negocio á la »consulta de los xeques y ulemas de Córdoba, concedieron su »aprobacion á la solicitud de Abderrahman, fundándose para ello »en este dicho de aquel á quien Alláh honre y glorifique (es decir »de Mahoma):

»No pasará mucho tiempo sin que aparezca un varon de Cah»than que sacudirá á los hombres con su báculo.»

»Y como por (su padre) Ebn-Abi-Amer era Maafirita del linaje »de Cahthan, sacaron esta consecuencia: Es muy verosímil que »sea este varon el prometido por el apóstol de Alláh, á quien él »honre y glorifique.»

»Señaláronse en este hecho detestable el cadhí *Abulabbás Ebn-Dzacuan* y el catib *Abu-Hafss-Ebn-Bard*, por lo cual dijo de ellos (el poeta) *Ebn-Abi-Yezid* el Egipcio:

(1) En su biografía de Almanzor.

»Ciertamente Ebn-Dzacuan y Ebn-Bard han violado la religion, que es guarda y defensora de la lealtad y se han apartado de la verdad y la justicia enalteciendo á su amigo Sancho (1), por *walilahdi*.»

NÚM. XV.

El arzobispo don Rodrigo en el capítulo XXXIII de su *Historia Arabum*, refiriendo estas alianzas y venida del conde don Sancho en auxilio de Suleiman, añade:

«Suleiman alcanzó la victoria merced al gran esfuerzo con que »peleó el ejército del conde don Sancho y murieron hasta treinta »y seis mil sarracenos de la parte de Almahdi. Entonces los cris»tianos acometiendo un arrabal de Córdoba, le saquearon, mata»ron á muchos, y cautivando á los demás, le dejaron devastado... «Despues Suleiman recompensándoles por su ayuda, les dió licen«cia de volverse, y ellos con grandes riquezas se tornaron para »Castilla.»

Otros muchos documentos confirman este relato, y aun encarecen mas los daños causados en Córdoba por los cristianos del conde. «Era MXLVII (año 1009 de J. C.), dicen los *Anales Compostelanos* (*Esp. Sagr.* t. XXIII, pág. 319) y el *Cronicon Burgense*, (Ib. 308) destruxit Comes Sanctius Cordubam.»

Los *Anales Toledanos* dicen así: «En el mes de noviembre en»tró el conde don García en tierra de moros hasta Toledo é fué »hasta Córdoba é puso de su mano rey Zulema en el regno de »Córdoba é con gran vengancia tornóse á Castiella.»

(1) Ya digimos que á este Abderrahman, hijo de Almanzor dieron los moros por escarnio el sobrenombre de *Sanchul* ó Sanchillo, tal vez comparándole desventajosamente con el valeroso conde don Sancho que á la sazon gobernaba en Castilla. En este pasage el poeta obligado por la medida escribió *Sanchol* en lugar de *Sanchulu*.

FIN DE LOS APÉNDICES.

MERIEM.

LEYENDA HISTORICA ARABE.

J. J. MARTINEZ, EDITOR.

MERIEM.

LEYENDA HISTORICA ARABE

POR

D. FRANCISCO JAVIER SIMONET.

MADRID:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ,
calle del Arco de Santa María, núm 7.
1858.

AL SR. D. ENRIQUE HEREDIA,

CABALLERO DE LA ÍNCLITA ORDEN DE SAN JUAN DE JERUSALEM, ETC.

Las glorias del héroe de esta leyenda interesan á los hijos de nuestro suelo. Por eso la ofrece á V. como tributo de afectuosa amistad.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid: junio de 1858.

MERIEM.

LEYENDA HISTORICA ARABE.

«Las guerras y hechos de Omar llega-
»ron á ser el asunto de las pláticas noc-
»turnas de los caballeros y el cuento de
»las conversaciones.»

EBN-ALJATHIB (1)

CAPITULO PRIMERO.

La Alcazaba de Málaga.—El walí Amer y la cristiana Meriem.

En la parte oriental de la ciudad de Málaga, famosa desde los tiempos mas antiguos por su comercio y la excelencia de sus frutos (2), y en la pendiente del monte llamado *Gebalalfar* (3) se levanta sobre una cuesta un magnífico alcázar, residencia del walí, que bajo la dominacion muslímica gobierna en aquella capital y su comarca. Este alcázar eleva al cielo sus cobbas (4) y alminares á través de un bosque de limoneros y granados y ostenta sus ajimeces tapizados con cortinajes de flotantes jazmines y sultanas de los

(1) En su biografía de Omar Ebn-Hafsun códice M. S. de la Bibl. del Escorial.
(2) Véase el núm. I del Apéndice de esta leyenda.
(3) El Monte del Faro: hoy Gibralfaro.
(4) Pabellones, aposentos abovedados.

montes (1) como si por gala ó competencia, hubiese querido mostrar la esbeltez y gentileza de su fábrica junto á los encantos y delicias de la naturaleza. Desde sus altas azoteas descubre la vista el mas risueño y variado horizonte, que limitan de una parte las azules olas del Mediterráneo, y de otra un pintoresco recinto de elevados montes sembrados de viñas y casas de campo, abarcando en medio la blanca y hermosa ciudad, mil huertos y jardines y una inmensa y feracísima vega que se dilata entre los rios Guadalmedina y Guadalhorce. La primavera, que reina constantemente sobre aquel Eden, tapiza su suelo con aromosas flores, y su horizonte y cielo con sonrosadas tintas, regalándole con un ambiente siempre templado y benigno, asi como el mar toma á su cargo recrearle con frescas y suaves brisas en la estacion de los calores.

En tan deliciosa ciudad, y en aquel prodigioso alcázar, pasaba por la primavera del año 267 de la hegira (880 de la era cristiana) la interesante escena que dá principio á la presente leyenda. Doraba apenas el sol naciente las altas torres y almenas del alcázar, cuando un caballero moro, todavía jóven y de gallarda presencia, y vestido con rico alquicel y albornoz, se encontró en medio del frondoso jardin con una hermosa doncella, que contra la costumbre de las damas moras, llevaba el semblante descubierto, y desde la cabeza á los pies se envolvia en un anchuroso manto negro. Esta muger, á pesar de lo sencillo de su trage, mostraba ser dama principal en la magestad y garbo de su persona y en el respeto con que la venian sirviendo dos jóvenes esclavas.

El apuesto árabe era *Amer Ebn-Amer*, walí ó gobernador de la cora de *Rayya* (2) por el califa de Córdoba Mohammed I de este nombre; y en cuanto á la dama tenia con él las relaciones que se verán por el siguiente diálogo.

Cuando Amer descubrió á la dama, su rostro que expresaba antes la impaciencia, manifestó un sentimiento involuntario mez-

(1) *Sultana agbal*: así llaman los árabes á la madreselva.

(2) Así se llamaba bajo la dominacion árabe la comarca cuya capital era Málaga, y que abarcaba con poca diferencia el territorio que hoy forma esta provincia.

clado de alegría y pesar; mas luego procurando serenarse y sonreir, dijo así á la dama con acento de persuasion.

—Bellísima nazarena: tu debiste nacer hija de árabes; tus mejillas son un vergel de rosas y tu boca un oloroso clavel; tu rostro ha robado la luz al sol, ó por mejor decir, siempre descubierto, es un sol ó luna sin nubes que encubran su belleza. En tu cuello torneado y dulzura de tus ojos semejas á la gacela; pero si en estas gracias puedo compararte sin mucho agravio á las beldades musulmanas de mi harem, las aventajas en lo magestuoso de tu estatura, que no acostumbrada á temblar de miedo y reverencia como ellas, se eleva erguida y altanera como la palma.

—¡Oh, señor! replicó la dama; ese lenguaje florido y sensual no es comprensible para una doncella cristiana, que si bien te parece altiva, porque no sabe inclinarse en actitud de adoracion sino ante Dios rey del cielo, aparta empero sus ojos de las galas de la naturaleza y de la poesía por evitar sus pérfidas seducciones.

—¡Ay Meriem! para nosotros es difícil el contener los impulsos del corazon y la mágia que entra por los ojos, y como dice un adagio: «adonde se inclina nuestro corazon allí se inclina nuestro pie;» he madrugado con el alba, y al aspirar en este jardin el primer perfume del azahar he dicho: acaso es el aliento de Meriem que pasea entre las flores; pero ya habias volado de tu nido. Ya segun tu costumbre, para cumplir los preceptos de tu religion, habias partido á las lejanas riberas de Guadalmedina, sin tener en cuenta ni tus propios riesgos ni el decoro de mi casa.

—Respeta, señor, esta costumbre; allí sufrieron el martirio por mi fé hace siglos los bienaventurados jóvenes *Ciriaco* y *Paula* (1), y allí en medio de los añosos olivos, en donde pendieron sus cuerpos como fruta bendecida por el cielo, se eleva el modesto santuario, adonde de niña solia acudir con mis padres para oir la misa del alba, uso que yo conservo desde entonces. Yo te suplico que sigas dispensándome esta licencia y beneficio.

(1) Patronos de Málaga.

—¡Cuánto no te he dispensado! Hija de un varon virtuoso y amigo mio, aunque mozárabe, cuando al morir te confió á mi cuidado, le prometí protegerte, y yo á semejanza de los antiguos árabes del desierto, hospitalario y valedor de las mugeres, lo he cumplido y te he tolerado que en medio de los islamitas adores, como tantos otros, á *Isa-Ebn-Meriem* (1) á quien Alláh glorifique. Pero tú debieras seguir los usos de tu albergue y patrono,, y no saliendo de este retiro evitar las murmuraciones del vulgo ofensivas á tí y á mi casa.

—Los cristianos nada temen cuando su conciencia está tranquila, y atendiendo sobre todas las cosas al juicio de Dios, les importa poco el de los hombres.

—Tu hermosura puede atraerte peligros: puede hacerte sensible á la pasion que inspires, y una pasion es mala consejera.

—No lo es para el cristiano, que siempre está en vela contra sus pasiones.

—No hay alcázar por fuerte que sea, que no rindan largos y contínuos combates, ni muro donde la astucia no abra al fin con su sordo batir alguna brecha, ni árbol por robusto que sea que, expuesto en una altura al ataque de los vientos, no venga al fin á tierra. Mejor te estuviera imitar el recogimiento de mis damas, las cuales encerradas de grado ó por fuerza, evitan todo riesgo en su honra y su reposo.

—Las cristianas no son buenas por fuerza, sino por voluntad y conviccion. Además ya ves que madrugo para evitar encuentros y miradas indiscretas, y por cierto que me hace buena falta contra tus licenciosos y livianos muslimes.

—Por lo mismo quiero que evites su encuentro... ¡Ay Meriem! fuerza es decírtelo, tú misma has indicado una razon muy poderosa que me hace aborrecible tu libertad: porque te amo, llenas mi corazon de contínuas inquietudes (2). Tu sabes con qué favor te he acogido desde que en la niñez perdiste á tus padres; sabes que

(1) Jesus hijo de María, á quien los muslimes no mencionan sin respeto.
(2) Proverbio árabe citado por el célebre *Meidani*.

pudiendo mandar en tí, y sujetarte á las leyes de mi hogar donde impero como xeque (1) y padre de familia, te dejo seguir tus gustos é inclinaciones.

—Que en nada ofenden la pureza ni el decoro.

—Cierto que sí... pero si en realidad tus costumbres agenas á las mias no mancillan mi honra, abres por otro concepto en mi corazon profundas heridas con las saetas irresistibles de tus ojos, y ni la gratitud ni otro sentimiento favorable te inclinan á curarme con el bálsamo de tu amor. Yo sufro tus desdenes, y sin embargo siempre que vuelves de estas matinales salidas que tanto me afligen, te veo aparecer con el mismo gozo con que el peregrino descubre en el desierto en medio de la noche, el fuego que le dirige al asilo hospitalario y benéfico (2) ó como el árabe desde su tienda contempla el nacimiento del sol.

—No es la primera vez que injuriándote tu mismo, me manifiestas esos sentimientos que no merece tu protegida y tu esclava.

—Los sentimientos que me inspiras rompen á pesar mio la débil valla que les oponen otras consideraciones. ¡Oh Meriem! mas de una vez te he indicado que si quisieras abrazar mi religion, serias mi sultana predilecta y que desde este alcázar entronizado en las nubes, contemplarias como tus dominios y propiedad todo lo que la vista alcanza en ese magnífico horizonte, que se despliega ante tus ojos, sembrado de esta parte por veleras naves sobre un manto azul, y de aquella por alcázares y jardines, cortijos y viñas sobre una alfombra de verdor: aquel velo y este tapiz serian tu rica vestidura de boda.

—Por todos los bienes del mundo no haria traicion á mi fé y al Dios de mis padres.

—Pues bien: el amor que te profeso, aun hará por tí mayor fineza; si tú condesciendes á pagar mi cariño y darme tu mano co-

(1) Anciano, cabeza de una familia, tribu ó aduar.

(2) Alusion á la costumbre de los antiguos árabes, entre los cuales los varones ricos y principales encendian fuego por las noches en los collados vecinos á sus tiendas para avisar á los peregrinos y extraviados de que allí tenian refugio y hospitalidad.

mo esposa, yo sin violentarte en tus gustos y costumbres, te permitiré profesar tu religion disimuladamente.

—El cristiano adora á Dios en público, pues bien sabe que solo el que reconociere y proclamare á Dios delante de los hombres, merecerá ser reconocido por él ante los ángeles del cielo.

—Yo te lo consentiré todo con tal de que seas mi esposa, aunque corra por tí el peligro que corrió *Abdelaziz* por la cristiana Ayyela (1).

—Señor, mucho tengo que agradecer á tu bondad para no desear obedecerte en todo lo que no se oponga á mi religion... Pero no debo engañarte: yo no tengo ya por desgracia un corazon libre que consagrar á tu amor, puesto que sin merecerle me lo concedas. Debo confesarte fielmente la verdad: amo á otro.

—¿Tal escucho? ¿y á quién?

—A un varon de mi raza y creencia y á quien la voluntad del Omnipotente parece reservar altos destinos (2).

—¡Su nombre! preguntó con cólera Amer.

—Si juras no ofenderle, te lo revelaré.

—Yo te lo juro con tal que no me ofendas en otra cosa.

—Omar-Ebn-Hafsun es el hombre á quien amo.

—¡A ese nieto de elches (3) y mal musulman!

—Profesando la religion de sus antepasados, protesta contra la apostasía de su bisabuelo Chafar.

—¿Y no sabes que en eso comete un grave crímen digno de ejemplar castigo?... Pero además es vicioso y desalmado, solo conocido por su irreverencia con la religion y las leyes. Desde niño sus desmanes y mala condicion le hicieron aborrecible á sus padres y hermanos (4), y por no dejarse corregir desamparó su casa.

(1) Así llaman los árabes á Egilona, la viuda de D. Rodrigo último rey godo de España: sabido es que el casamiento con Egilona costó la vida á Abdelaziz; pues haciéndose odioso á los muslimes fanáticos, murió á manos de ellos.

(2) Véase el número II del Apéndice.

(3) Elche quiere decir infiel.

(4) Omar tuvo dos hermanos llamados Ayub y Chafar.

Entonces se juntó con gente como él díscola y revoltosa, y así ha venido haciendo la vida mas licenciosa y criminal, riñendo con todo el mundo y agraviando particularmente á los muslimes, por cuya razon tuvo que abandonar tambien aquella comarca donde ni las autoridades ni los particulares podian ya sufrirle.

—Tu odio exagera sus defectos. Tiene otras cualidades dignas de elogio: es varon humano y caritativo, así con mozárabes como con muslimes. Aunque altanero y desmandado con el poderoso y el opresor, es humilde con el débil y defensor del oprimido, y en lo demás yo espero que se enmiende.

—Es inferior á tí, pues á mi lado ocupas el puesto de una hija.

—Mi ley ordena la igualdad y no despreciar á ninguno por bajo ó pobre. Pero él además es de linage ilustre entre los cristianos. Su progenitor el *conde Alfonso* (1) que tambien lo es mio, era varon juntamente noble y piadoso y hombre principal entre los mozárabes de Málaga.

—Hija mia, yo aborrezco á Omar, porque es de espíritu inquieto y rebelde, pero es asimismo hombre de valor y resolucion y le concederia tu mano con dos condiciones: la primera que jurase servirme con fidelidad, y la otra que te dotase espléndidamente, como corresponde á la muger que me tiene por patrono.

—Las mugeres cristianas se estiman en mucho para venderse por un dote crecido.

— Pues por Alláh no te ha de obtener á otro precio.

—En aquel momento un africano de la guardia del walí le anunció que un caballero deseaba hablarle.

—Que entre aquí, dijo Amer: Tú, Meriem, apártate á meditar lo que mas te conviene.

—Poco tengo que meditar, señor mio, respondió Meriem retirándose, mi resolucion me parece inspirada por el cielo.

(1) Sobre los progenitores de Omar, véase el número III del Apéndice. Que Alfonso era conde, consta por Ebn-Hayan citado por Ebn-Jaldun (códice 1350 de la Bibliot. de Leiden) el cual le nombra *Adefunx* el *Cumes*, esto es, el conde Ildefonso ó Alfonso.

CAPITULO II.

Retrato de Omar.—Cuéntase como allegó la dote de Meriem y cómo la recibió Amer. —Castigo y prision de Omar.—Visítale Meriem en la mazmorra.—Consejos de Meriem.—Propósitos de Omar.—Meriem le pone en libertad.

Retiróse Meriem, cuando se presentó ante el walí Amer un mancebo de alta estatura y gentil continente: sus ojos eran de un ligero azul, sus cabellos rubios, largos y rizados, su barba poblada; y en fin, el color mas blanco de su tez y su fisonomía septentrional revelaban, á pesar del trage morisco que llevaba, la raza gótica á que pertenecia. Al parecer en presencia del poderoso walí, el mancebo se inclinó apenas, sin moderar la expresion ordinaria de altivez que se retrataba en su frente y en sus ojos.

—¿Quién eres? le preguntó el walí sin dignarse apenas fijar en él la vista.

—Yo soy, respondió el mancebo, Omar-Ebn-Hafsun, nombre que ya habrá llegado á oidos de tu grandeza. Vástago de una familia ilustre y rica en otro tiempo, he llegado á tal pobreza que solo poseo hoy dia mi lanza y mi espada y un brazo á propósito para manejarlas. Por lo mismo no dirijo muy alto mis vuelos en punto á fortuna; pero deseoso de tomar esposa, he elegido una

que me conviene, porque es de mi propio linage y rica en virtudes. Yo vengo á pedirte la mano de Meriem tu protegida.

—Nieto de elches, le dijo Amer con altivez y aspereza, ¿sabes lo que pretendes?

—Ella es mi igual, repuso Omar conteniéndose, pues encierra la misma sangre que yo en sus venas, y si yo estoy pobre es que los odios y persecuciones que sufrieron mis abuelos de los muslimes de Ronda, de tal suerte pesaron sobre ellos que arruinaron su hacienda, viéndose además obligados á abjurar la religion cristiana para salvar sus vidas.

—Basta, replicó el walí con cólera; la muger recibida bajo mi patrocinio solo pasará á tu poder dotada con cien mil dirhemes (1).

—Yo te traeré esa dote; pero te ha de pesar. Así dijo Omar irritado y marchó al punto.

Amer ofendido por la amenaza y por la irreverencia, mandó á sus soldados que prendiesen á Omar; pero este saliendo con ímpetu, cabalgó en su yegua *Rihana* que émula del viento de quien tomó el nombre (2) voló con él camino de Ronda.

Llegado á esta ciudad, Omar se puso en inteligencias con algunos mozárabes de ella y de su comarca, gente que agraviada por los muslimes fanáticos, se veia obligada á veces á tomar las armas para vengar sus ofensas y ganar la vida cuando eran despojados de sus bienes. De Ronda pasó al castillo llamado de *Hisn Autha* (3) y de aquí á la alquería inmediata de Torrichela ó Torrecilla, residencia de su familia desde tiempo antiguo. En ambos lugares allegó alguna gente aventurera y levantisca, hijos ó nietos de cristianos convertidos al Islam, y por lo mismo poco firmes en la nueva creencia y en la sujecion á las autoridades musulmanas, puesto que los cristianos mozárabes se gobernaban por magistrados y leyes propias.

(1) Unos veinte mil duros.
(2) Rihana, significa ligera, voladora, cosa de viento.
(3) Hoy Parauta ó tierra de Auta, villa á dos leguas de Ronda y 11 de Málaga.



Lit. de J. J. Martinez, Arco de Sta. Ma. nº 7. Madrid

He aquí los cien mil dirhemes que te entrego por la dote de Meriem!

Formada de esta gente y la de Ronda una taifa ó partida, luego á su cabeza entró en varias aldeas y pueblos de la comarca y despojó las casas y haciendas de los muslimes, de quien él ó los suyos tenian recibidos agravios y persecuciones. Tomada así gran presa, marchó á guarecerse con ella en compañía de cuatrocientos hombres á un monte inaccesible llamado *Bobaxter*, situado entre Ronda y Antequera, que por lo empinado y enhiesto de su cima y por las ruinas de un castillo romano que le coronaban, solia ofrecer abrigo á los salteadores de la tierra.

Pero Omar no se detuvo en Bobaxter sino el tiempo necesario para edificar allí con las viejas ruinas un baluarte suficiente para el refugio de su gente en caso de apuro. Dejando allí algunos defensores, luego con los mas animosos marchó la vuelta de Málaga. Sabedor de que el walí Amer se holgaba á la sazon en compañía de Meriem en una casa de campo que poseia cerca de aquella ciudad en las alturas de Olias (1) se encaminó allí con sus compañeros y amaneciendo un dia en aquel lugar, sorprendió al walí en conversacion con Meriem, á quien requeria, aunque en vano, de amores.

Omar se adelantó con aire altivo á Amer, y sacando una gran bolsa llena de monedas de oro, la derramó á sus pies diciendo:

—He aquí los cien mil dirhemes que te entrego por la dote de Meriem y con los cuales compro de tí su mano, puesto que con mi amor tengo hace tiempo grangeado su corazon.

—Perro infiel, le dijo Amer con odio y desprecio; ya habia llegado á mí la noticia de tus desafueros y te aguardaba aquí para que sufrieses el justo castigo; esa es la hacienda de mis muslimes á quienes has despojado.

Meriem, al oir esto, dejó expresar en su semblante un profundo sentimiento de pesar y dijo á Omar con indignacion:

—No seré yo la esposa de un bandolero, que asi ofende á Dios y la ley de sus ascendientes.

(1) Olias significa en árabe alturas, y de aquí viene el nombre de este pueblo que se halla dos leguas al E. de Málaga.

Dicho esto se retiró, dejando á Omar atónito y desesperado. Su despecho y confusion se aumentaron cuando Amer le dijo:

—Mira desde la cumbre de este collado: vé como mis guerreros apostados en la garganta del valle, aprisionan y desarman á los facinerosos que vinieron contigo.

Omar reconoció la triste verdad, y cuando el estupor embargaba su mente y su brazo fué de improviso acometido y atado por los guerreros que guardaban la persona del walí. Mandó este que reuniesen á Omar con sus compañeros y que allí en presencia y por mano de los muslimes fuesen afrentosa y reciamente azotados.

Así se ejecutó hasta quedar los criminales bañados en su sangre. Despues Amer volviéndose con ellos á su alcázar de Málaga, los mandó encerrar en seguras y lóbregas mazmorras.

En una de ellas despertó Omar, al volver del desmayo ocasionado por el doloroso y sangriento castigo. He aquí (reflexionó con abatimiento) el resultado de mi amor y de mi audacia: medio muerto por los crueles azotes y pronto acaso á pagar mi atentado con la horca ó la cruz. ¡Visiones brillantes de mi ambicion, que tan vivas y hermosas os representabais á mi imaginacion juvenil, cuán cruelmente me habeis burlado!

Pero aun ideas mas amargas le venian á atormentar en su lastimoso estado. En medio de la fiebre que abrasaba su cabeza, veia la imágen querida de Meriem, que entonces enojada y enemiga, parecia maldecirle y afrentarle.

Empero así como de la agonía de la muerte suele pasar el justo á los goces del cielo, Omar de improviso sintió en medio de la noche abrirse las puertas de su prision, y vió entrar por ellas, juntamente con los rayos de la luna y con el aroma de las flores de los jardines vecinos, una figura celestial de muger, que acercándosele, aplicó á sus labios un cáliz lleno de calmante y benéfico licor.

Omar apuró la copa del suave néctar, y reanimándose de repente su cuerpo y serenándose sus ojos, reconoció á su hermosa y

adorada Meriem, que como ángel del bien le traia el consuelo y acaso la libertad. Ella desató los grillos que oprimian sus pies, curó sus heridas con apacible bálsamo y sonrió alegre con la esperanza de que recobraría presto su salud.

Omar se deshacia en palabras de agradecimiento, pero ella le rogó que no se agitase y fuese prudente si queria salir de sus males y encierro. Prometióle que volveria en la mas pronta ocasion á dispensarle sus cuidados, y que en tanto velaria por él, apartando de su cabeza la venganza del walí.

Cumplióle Meriem su palabra, haciéndole servir y regalar en su prision por su mismo calabocero, á quien ganó con una generosa recompensa, y volviendo á mitad de la noche siguiente á visitarle. Con gran satisfaccion suya, Meriem encontró á Omar ya casi del todo restablecido, y entonces le habló así:

—Vengo por segunda y postrera vez á cuidar de tí y á procurarte la libertad, porque si bien ofendo en ello al hombre que hace conmigo las veces de padre, de no hacerlo, su rencor te daria una muerte segura. Huye pues, á favor de las sombras de la noche y guiado por algunos esclavos á quienes he seducido con dinero; refúgiate en parte segura, y pasado el enojo del walí, algun dia podrás conseguir el perdon: aquí tienes dinero para que vivas honradamente, pues quiero que te aproveches del escarmiento.

—Meriem, ángel mio; no quisiera huir de tu lado sino al perder la vida, pero pues tu me perdonas, soy menos desgraciado: antes de que tu vinieses á traerme la salud y la libertad, la idea de tu odio y desprecio era mi tormento mayor; mas te juro que no fué mi intencion ofenderte.

—Forzoso era que me ofendiese tu conducta, indigna del que aspira á llamarse cristiano.

—Conozco y maldigo lo soberbio é indómito de mi carácter, pero me exijian un precio por tu mano, y ¿por ventura no te bastaba el despojo de los muslimes nuestros opresores?

—No; yo solo quiero en tí acciones cristianas y que al volver á esta ley la profeses con pureza y rectitud. El Evangelio manda res-

petar el poder constituido y cumplir con el César las obligaciones que se deben al César, y con Dios las que se deben á Dios. Si tú no te apartas de tan mal camino y te deshonras con la rebeldía y el robo, huiré para siempre de hombre tan malvado. Si te enmiendas tendrás en mí una hermana cariñosa y leal.

—¿Y no te mereceré mas que esa caridad que se debe al prójimo y al desgraciado? ¿Y habré perdido para siempre tu amor? No, antes quiero morir, pues era tu amor quien alentaba mi ánimo á grandes y difíciles cosas.

—No quiero que mueras, sino que llegue presto el dia en que yo pueda amarte sin vergüenza ni remordimiento.

—¡Oh Meriem! si llego á merecer tu amor, habré conseguido la empresa mas alta á que aspiran mis ambiciosos pensamientos. Pero antes y ahora tu amor, á pesar de tus consejos, me incita á buscar un porvenir de gloria... Yo bien sé que tu patrono quisiera elevarte al puesto de señora y sultana, rodeándote de delicias y grandezas, pero yo sabiendo que no lo aceptarías, anhelaba que reinases conmigo en nuestro pueblo libertado de la opresion mahometana.

—Omar, el cristiano no debe aspirar á los reinos y grandezas del mundo, sino á reinar con Cristo en el cielo segun sus promesas. Yo tampoco quiero que tú, levantando alteraciones y encendiendo la guerra civil en este suelo, hagas mal al hombre á cuyo amparo debo yo tantos bienes.

—Yo te juro que nunca atentaria contra su vida ni sus intereses, perdonándole sus agravios.

—Esos propósitos te honran. Entonces, pues, si Dios te alienta y ayuda para tan sublime y santa empresa, como restablecer la religion cristiana y la libertad de los adoradores de la Cruz en esta tierra donde abundan los mozárabes fieles á sus antiguas creencias, no debo yo disuadirte de tu glorioso empeño. El llamamiento y mision de Dios son superiores á toda otra consideracion y deber. Si tu lo intentas y llevas á cabo por nobles medios, apartándote del robo y la matanza, yo seré dichosa algun dia en disfrutar á tu lado,

no del poder, sino de los goces de la virtud. Si eres, no malvado, sino infeliz en tu empresa, yo iré á compartir contigo las amarguras del destierro y la miseria.

—Tienes, Meriem, un alma grande: yo me haré digno de tí.

—Hé aquí, añadió Meriem, algunos mozárabes que te han de ayudar para tu fuga y que te traen tu yegua Rihana á quien tambien he logrado libertar, sacándola de las caballerizas de mi señor el walí. Huye pues sin pérdida de tiempo.

—Quiera el cielo que algun dia mi amor te premie tantos favores.

Así diciendo Omar, cabalgó en su yegua favorita con mas brio del que le permitían sus heridas apenas cicatrizadas, y se despidió de su amada Meriem, prorumpiendo ambos en sentidos adioses.

En el capítulo siguiente veremos como aquel hombre extraordinario dirigió los planes de sus altos intentos animado por el amor y por la ambicion.

CAPITULO III.

Encuentro desdichado de Omar.—Emigra al Africa.—Vaticinio del xeque.—Vuelve Omar á Andalucia y levanta el estandarte de la rebelion.—Acomete al walí Amer.—Es acometido por el califa y llevado prisionero á Córdoba.—Entra á militar en las huestes muslimes y ejecuta algunas hazañas en la frontera.—Persuasiones ó desabrimientos que le obligan á rebelarse nuevamente.—Descripcion del famoso castillo de Bobaxter.—Su situacion.—Proclamas de Omar.

Alejábase Omar en alas de su voladora Rihana, pero, ¿quién puede escapar al veloz alcance de la mala fortuna que le persigue? Al llegar cerca de cierta alquería llamada Alhaurin, notable por la pintoresca amenidad de su fructífera campiña, le alcanzaron algunos ginetes que el walí Amer enviaba en su persecucion.

Omar se defendió valerosamente, como pudiera un leon acosado por cien cazadores, dió y recibió numerosas heridas y como sobreviniese la noche y cayese desmayado con la fatiga y pérdida de sangre, sus adversarios, creyéndole muerto, le abandonaron en el campo, con intencion de recoger su cadáver al siguiente dia y volverse con él á Malaga.

Pero Omar volvió de su desmayo con el frio de la noche,

y levantándose con trabajo, se refugió en una casa del pueblo en donde pidió hospitalidad. El dueño de la casa, liberal y benéfico con el peregrino y el refugiado, como buen árabe, le curó y amparó durante dos dias, ocultándole á sus perseguidores. Pero al fin viéndose comprometido, al saber que la gente del walí le andaba buscando, por no haber encontrado su cuerpo, le pretextó que no era bastante para protegerle mas tiempo, y así, dándole alguna provision de alimentos y unos cuantos dirhemes, le despidió una noche.

Omar vióse abandonado, aun doliente de sus heridas, y para mayor desgracia, sin su generosa yegua y sin el dinero recibido de su buena Meriem. Dejándose abatir por tantos infortunios y temiendo sucumbir á la persecucion del walí de Raya, resolvió abandonar estas regiones y pasar allende el mar. Dejando, pues, el camino de Ronda adonde se dirigia, se volvió hácia la costa y llegando por caminos extraviados á Marbella, halló por fortuna una nave que se daba á la vela para Africa. Pagó su flete con los dirhemes recibidos del vecino de Alhaurin, y atravesando el mar, se consideró mas seguro en la costa africana.

Pero pobre y desvalido, ¿qué fortuna le aguardaba en aquella region extraña? Recordó que en cierto pueblo de aquella comarca llamado Tahart (1) habitaba un alfayate (2) á quien habia conocido en otro tiempo en la comarca de Raya, de donde era tambien natural. Omar, pues, pasó á Tahart y rogó á su antiguo amigo que le admitiese como aprendiz de su oficio, dándole por su trabajo un pedazo de pan y un albergue.

Admitióle benévolamente el alfayate; y como un dia Omar trabajase con él en su tienda, hé aquí que entró un xeque ó anciano con una pieza de tela para que le cortasen un vestido, y reparando en el mancebo Omar, le llamó la atencion su fisonomía y

(1) Tahart ó Teihart, parece que es la ciudad llamada hoy Tugurt en la region y 25 leguas al S. O. de Túnez.

(2) Sastre: voz anticuada corrompida del árabe aljayath.

expresion de su rostro. Contemplóle algunos momentos con curiosidad, y luego dirigiéndose al alfayate, le preguntó:

—¿Quién es este mancebo que trabaja en tu tienda y oficio?

—Es un paisano y antiguo vecino que conocí en otro tiempo en la provincia de Raya, respondió el maestro.

Volvióse el xeque á Omar, y le preguntó:

—¿Hace mucho que faltas de Raya?

—Hace cuarenta dias, respondió Omar.

—¿Y conoces el monte llamado Bobaxter?

—Vaya si le conozco, como que me he criado en sus faldas.

—¿Y sabes qué novedades ocurren allí?

—Al presente lo ignoro.

El xeque cada vez mas interesado en la conversacion, contemplaba á Omar atentamente, y al cabo de un rato le volvió á preguntar:

—¿Has conocido en aquel lugar á un hombre llamado Omar, hijo de Hafsun?

Al hacer esta pregunta, el xeque fijó en Omar una mirada tan profunda y escrutadora, como si quisiese leer en los ojos del mancebo la respuesta que esperaba de sus labios.

—Yo soy, respondió Omar como obligado á aquella confesion por las miradas del anciano.

Omar clavó á su vez la vista en el xeque, y despertándose en su mente los dormidos pensamientos de su ambicion, le dijo:

—Si en efecto eres adivino, como lo pareces, mal pudiera yo disimularte la verdad de mi persona y triste estado; mas dado que Alláh te haya inspirado la ciencia de lo oculto y lo porvenir, podrás hacerme algun pronóstico de mis futuros destinos?

—¡Oh, infeliz! le respondió el xeque: ¿qué mal consejo te ha traido aquí á luchar con la pobreza? vuélvete á tu pais y llegarás á dominar á los Benu-Umeyas y poseerás un gran reino.

Esta profecía de tal suerte enalteció el ánimo de Omar, que se levantó al punto y sin tomar mas viático que un pan que metió en la manga de su aljuba, se despidió del maestro y del xeque, em-

barcándose para Andalucía (1). Luego que arribó á estas costas, dirigió su camino para la comarca de Ronda, en donde encontrándose con un tio suyo llamado Motdahir, hombre rico y principal en la tierra, halló acogida en su casa. Pues como Omar le refiriese el vaticinio del xeque de Tahart, Motdahir dando crédito á su prediccion, le proporcionó recursos con que armar una taifa de soldados escojidos entre sus allegados y parientes (2). Con ellos Omar osó presentarse de nuevo en el campo, empezando á hacer mal á los muslimes que guarnecian los castillos vecinos, y refugiándose, cuando era necesario, en el mencionado monte de Bobaxter.

Avisado el walí Amer de la venida y nuevo alzamiento de Omar, envió á pedir auxilio al califa para castigar á aquel incorregible rebelde, y él entretanto con la gente de armas que tenia consigo en Málaga, marchó en busca de los alterados. Llegando Amer cerca de Ronda asentó su campamento al pie del monte donde se alza la fortaleza de Autha. Desde allí envió un escuadron de su gente en busca de Omar; pero este, avisado de todo por sus espías, habíase puesto en emboscada con su gente en un hondo y enramado valle cercano al real de Amer, y como viese pasar aquel escuadron destacado de la hueste del walí, le acometió de sobresalto y lo deshizo por completo. Entonces revolviendo contra el campo de Amer, le embistió briosamente con los compañeros de su alteracion, valerosos todos como leones, y matando muchos de sus contrarios, forzaron á los demás á huir amedrentados.

Amer huyendo, abandonó en poder de los vencedores su tienda y ajuar de campaña, siendo aquel pabellon, como observa un autor árabe (3) el primero que abatió y apresó Omar.

Pero cuando este caudillo se volvia para el monte de Bobax-

(1) Hemos leido esta anécdota en el historiador Ebn-Aljathib en su ya mencionada biografía de Omar, refiriéndose al cordobés Ebn-Alcuthia.

(2) Ebn-Alcuthia en su historia de la conquista de España por los árabes: códice M. S.

(3) Bayan Almoghreb. Parte II, pág. 96

ter con su gente muy animada por el venturoso suceso de aquel dia, hé aquí que al rayar la siguiente aurora, se apareció de improviso á su vista entre nubes de polvo una numerosa hueste de á pie y de á caballo capitaneada por el califa Mohammed en persona. Omar quiso huir; pero pronto él y su escaso escuadron se vieron rodeados por la caballeria del emir, que reconociendo á los rebeldes, se lanzó sobre ellos.

Omar y sus compañeros, subiendo en una peña inaccesible á la caballería, se defendieron allí largo rato contra la gente de á pie, derribando y matando á cuantos osaban trepar á ella y acometerles. Esta defensa de doscientos hombres apenas contra un formidable ejército duró mas de una hora, hasta que con los cuerpos sin número de los que morian en su asalto se formó una especie de escalera ó pendiente, por donde subiendo otros igualmente animosos, pusieron en grande aprieto á Omar y á los suyos.

Entretanto llegó al califa Mohammed la noticia del arrojo y extraordinario valor con que un puñado de hombres resistia á tan poderosa hueste. Deseoso Mohammed de observar por sí mismo el desigual y prodigioso combate, pasó á reunirse con los suyos que expugnaban la peña. Contempló con grande admiracion el denuedo y bizarría con que peleaban Omar y los suyos, y viendo que iban á morir como fieras acorraladas por mil cazadores, mandó á sus soldados que diesen tregua al combate. Hecho esto, envió á uno de su guardia á Omar para que de su parte le dirigiese estas palabras:

—El excelso emir estima en mucho á los valientes, y compadecido de vosotros como tales, no quiere que murais: rendid, pues, vuestras espadas al califa y además de salvaros la vida, os admitirá con honra en su guardia y ejército.

Escucharon Omar y su gente esta proposicion, y como de no aceptarla considerasen su muerte inevitable, resolvieron entregarse al califa con el seguro que les concedia.

Mohammed los recibió muy bien y señaladamente hizo mu-

chas honras á Omar, á quien nombró caballero de su guardia llevándole á la córte con los compañeros de su sumision (1).

Omar pasando á Córdoba, sirvió algun tiempo en la guardia del emir. Poco despues vinieron á la córte nuevas de una entrada de los cristianos confinantes por la parte del Duero y como desease Mohammed escarmentar á aquellos invasores, envió para ello una hueste de los soldados mas escogidos y valerosos, nombrando por caudillo á cierto Haxem, general acreditado, y enviando con él á Omar por alcaide de aquella compañía esforzada que con él se habia rendido.

La eleccion no pudo ser mas acertada: Haxem y Omar marchando apresuradamente á la frontera alcanzaron á los cristianos en cierto lugar llamado *Fontecorb* (2) y acometiéndolos reciamente los derrotaron y pusieron en huida. Con esta victoria y otras hazañas que ejecutó Omar en aquella expedicion acrecentó la fama que ya tenia de valiente y hábil capitan.

Pero al volver á Córdoba, esta misma reputacion provocó contra ella envidia de otros alcaides y gente cortesana, los cuales no teniendo otra cosa en que zaherirle, infamábanle con el dictado de muladí ó descendiente de renegados y le acusaban de mal muslim. Omar refrenó la lengua á muchos de aquellos maldicientes, obligándoles á sostener sus acusaciones con la razon de la espada y escarmentando á muchos en justo duelo con el valor de su brazo.

Empero los muslimes no perdian ocasion de mortificarle y así cada dia le era mas difícil á Omar el vivir en la córte. Entre sus émulos se contaba el sahebalmedina llamado *Ebn-Ghanem* el *Bo-*

(1) Segun Ebn-Jaldun, quien venció en esta ocasion á Omar y le llevó preso á Córdoba, no fué el mismo califa sino uno de sus generales, el wacir Haxem-Ebn-Abdelaziz de quien hablaremos mas adelante. Entre los compañeros de Omar que fueron llevados con él á Córdoba por Haxem cuenta Ebn-Alcuthia á dos capitanes llamados Lobb-Ebn-Moradzant y Ebn-Abi-Xoara que habiéndose alzado en el monte de Algeciras habian acudido á unirse con Omar.

(2) Acaso sea Pancorbo, lugar á 3 leguas de Miranda de Ebro en la provincia de Búrgos.

raani, el cual teniendo á su cargo el proveer de raciones á la gente de guerra, reservaba las de peor calidad para Omar y su compañía. Enojóse un dia Omar y yendo á ver al sahebalmedina, le dijo en son de queja:

—Alláh te perdone. ¿Te parece razonable, que hombres como yo y mis compañeros se mantengan con pan tan malo?

Al oir esto el sahebalmedina Ebn-Ghanem, miró de hito en hito á Omar, y como admirándose de su queja, le dijo con desprecio:

—Y tú, hijo de Xaithan (1) ¿quién eres para despreciar el sustento que se digna darte nuestro alto señor el emir?

Esta injuria puso el colmo al descontento é indignacion que desde tiempo ántes guardaba el corazon de Omar. Temblando de ira, aunque sin resolverse á tomar la venganza en moro tan principal como el sahebalmedina, fué á verse con el caudillo Haxem que desde la expedicion á la frontera distinguia á Omar con su estimacion y amistad. Enterado Haxem del suceso é irritado con razon de los ultrajes que se hacian á tan valiente caballero como Omar, le dijo:

—Puesto que el califa, á quien sirves, no te protege contra los agravios de su gente, desampara su bandera. Vuélvete luego á tu castillo de Bobaxter; pues yo te pronostico que nadie podrá desalojarte de él mientras vivas, y que no morirás sin sujetar antes con tu espada parte considerable de la Andalucía y sin llegar con tus vencedoras huestes hasta las mismas puertas de Córdoba (2).

Animado por estas razones, y recordando el vaticinio que en otro tiempo le hiciera el xeque de Tahart, el hijo de Hafsun sintió resucitar en su mente sus antiguos proyectos de ambicion, y así fué que reuniéndose al punto con sus compañeros, les habló de esta suerte:

—¿Qué os parece mas digno de vuestros esforzados pechos? El

(1) Satanás.

(2) Cuenta estos sucesos Ebn-Alcuthia en su mencionada historia.

seguir devorando tantas afrentas en el servicio de nuestros opresores los árabes con tan poca honra y provecho nuestro como daño de la cristiandad española, contra quien no es forzoso llevar nuestras desnaturalizadas é impías armas, ó levantar de nuevo la enseña de nuestra libertad y restauracion en medio de nuestros naturales y amigos de la cora de Raya?

—Si tú nos acaudillas, respondieron todos, preferimos la libertad pobre y perseguida, pero con esperanzas de venganza y fortuna, á comer entre afrentas el pan de la esclavitud, comprándole además con la sangre de nuestros hermanos.

—Tal consideracion, añadió Omar, debe desvanecer en nuestros alentados pechos todo escrúpulo por violar la fé jurada al califa. Ni nuestra conciencia puede acusarnos de desleales á una causa, á que nos obligó la fuerza, ni contra fines tan altos como los que nosotros nos proponemos, deben respetarse vulgares reparos. Acudamos pues, á donde nos llaman la libertad, la gloria y los intereses y vínculos santos de nuestros hermanos en sangre y religion.

Así dijo Omar y condujo su gente la vuelta de Bobaxter, cuyos riscos le ofrecian inexpugnable refugio.

Bien presto al rumor de su venida y á la noticia de sus proezas, alterándose los muladíes ó moros nuevos y los agemíes, es decir, los mozárabes de aquella comarca, acudieron á reunírsele, aclamándole todos por su caudillo. Acudieron asimismo á la fama de su valor muchos de los mismos muslimes, gente aventurera, rebelde y facinerosa, que no conocia mas ley ni religion que la espada y el interés del despojo, con lo cual viendo Omar reunido razonable escuadron, marchó con ellos al monte de Bobaxter, que escogió por su plaza de armas y centro de su rebelion.

El nuevo castillo de *Bobaxter* empezado á edificar por Omar Ebn-Hafsun, mirábase como ya lo apuntamos, sobre una inaccesible cumbre, tan alta que las nubes en vez de coronar su cabeza, se amontonaban á sus pies y bajo sus riscos derramaban sus raudales las lluvias. El lugar era inexpugnable y fortísimo por natu-

taleza, pues si de una parte solo tenia acceso por una estrecha senda abierta entre matorrales y peñascos, por las demás le rodeaban riscos inaccesibles, y al pie de un inmenso tajo miraba correr entre lirios y adelfas las impetuosas y murmurantes aguas del caudaloso rio *Guadibinnas*, llamado así por las viñas que tapizan las inmediatas laderas (1).

Sobre la vasta mesa que se forma en aquella cumbre, formidables lienzos de murallas que allí se conservaban, restos sólidos todavía de un antiguo y fuerte castillo romano, habian aprovechado á Omar poco tiempo antes para la obra de una nueva fortaleza. El walí de Raya, no recelándose la vuelta de Omar desde que habia entrado al servicio del emir, se habia contentado con reforzar el castillo con algunas obras nuevas y enviar á él un escaso presidio de gente, que presto fué desalojado en un asalto repentino que le dió la gente de Omar. Este con mejor consejo levantó en aquella altura grandes y fuertes torres, fundó un alcázar, abrió algibes y aseguró, en fin, aquel lugar con todo apresto de defensa (2). Así Bobaxter llegó á ser como dice un autor árabe (3) el mas fuerte é

(1) El lugar que describimos llamado bajo la dominacion árabe *Bixter*, *Borbaxter* y mejor *Bobaxter*, es conocido hoy con el nombre de las *mesas de Villaverde*, que distan como legua y media al occidente del moderno pueblo de Carratraca. Las mesas de Villaverde forman la cumbre de un altísimo y escarpado monte, que allanándose algun tanto hácia el rio, presenta los restos de una gran muralla que ceñia en lo antiguo toda la poblacion de Bobaxter. A la derecha y en el paraje mas elevado se conservan en parte los muros del antiguo castillo, que dominan una inmensa profundidad, por donde al bajar la vista estremecida se descubren las espumosas aguas del inmediato rio que circuye gran parte del monte, haciéndole así mas inaccesible. A la izquierda y á lo lejos alcanza la vista el pintoresco y magnífico Torcal de Antequera y mas cerca las ruinas de la antigua y célebre Nescania. Esta noticia sobre la situacion de Bobaxter, que debo á las investigaciones del Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon, consignadas en la parte árabe de su excelente *Historia de la Milicia española*, se comprueba mas y mas por el itinerario de Córdoba á Bobaxter, que hallará el lector en el cap. VII de esta leyenda. En cuanto al rio *Guadibinnas*, que celebran los historiadores árabes, nombre compuesto del árabe *wadi*, rio, y el latino *vineas*, debe ser el llamado hoy Guadalhorce, que naciendo entre Loja y Archidona y entrando por el término de Antequera, pasa entre el monte de Villaverde y otro frontero, siguiendo despues su curso hácia el S. hasta desaguar en el Mediterráneo cerca de Málaga.

(2) Segun Ebn-Alcuthia, dirigió las obras de Bobaxter un alarife llamado el *Tachubi*, el cual tenia una esclava nombrada por su señor la *Tachubia*, de la cual prendándose Omar la tomó á su amo, y de ella tuvo á su hijo Abu-Suleiman.

(3) *Bayan Almoghreb II.* 108.

inexpugnable castillo de todo el Andalus y el seguro asiento y capital del nuevo estado que se proponia fundar el hijo de Hafsun.

Desde Bobaxter envió Omar sus emisarios y espías por toda aquella comarca y las demás de Andalucía con mensajes que incitasen las gentes á la rebelion, ofreciendo á los muladíes protejerlos contra la altivez y demasías de los antiguos musulmanes; á los mozárabes y agemíes hacer respetar sus propiedades y derechos concedidos por los árabes conquistadores, librándoles de la opresion de los magnates y señores de la tierra; á los mismos xeques árabes ayudarles para recobrar la autoridad é imperio que á cada uno correspondia en su tribu y cabila y les habian sido usurpados por los emires y walíes nombrados en Córdoba. Por último, ofrecia dar amparo á todos los agraviados y perseguidos y concluia sus proclamas (1) con semejantes razones.

—Yo á nadie fuerzo á seguir mi bandera ni quiero ser rey, pero sabré ser valedor y patrono de cuantos se acojan á mi inexpugnable castillo de Bobaxter y á las comarcas, que pobladas por hombres de diferentes razas y religion, quieran disfrutar bajo mi gobierno de una ley equitativa é igual con todos y de la paz y reposo que hoy no gozan bajo el imperio de los califas.

Tambien despachó otros mensajes á los cristianos fronterizos de Galicia (2) y Afranch llamándolos á su auxilio, representándoles como aliciente y recompensa, además del servicio que prestarian á Dios ayudando á la emancipacion de sus hermanos, notables y ciertas ganancias de gloria y de fortuna que hallarian en la division y guerras intestinas del estado árabe.

(1) Véase el núm. II del Apéndice, en donde traducimos literalmente el texto de la proclama de Omar.

(2) Por este tiempo reinaba en Galicia el insigne y victorioso monarca D. Alonso III el Magno, á quien sin duda las revueltas que levantó Omar en la España árabe ayudaron mucho para el notable progreso que dió á la restauracion de los cristianos, conquistando muchas plazas.

CAPITULO IV.

Se apodera Omar de algunos castillos.—Hace alarde de su gente.—Amer se aconseja de Sidi-Ibrahim.—Sufrimientos de Meriem.—Omar entra por sorpresa en Archidona.—Su entrevista con Meriem y Amer.—El emir Mohammed le despoja de su conquista y de Meriem.

Con tales llamamientos, de todas partes empezaron á acudir auxiliares en favor de Omar, así aventureros como sediciosos, rumíes como muslimes, y sobre todo los muladíes y mozárabes de toda el Andalucía. Con ellos se fué apoderando, ya por fuerza, ya por astucia, de muchos pueblos y lugares de aquella comarca, entre ellos el castillo de Autha, el de Mixas (1), llave de una gran sierra, y la fortaleza de Comares (2) con que ya amenazaba á Málaga, capital de aquella region.

Logradas estas empresas en breve tiempo, y sin que el walí Amer supiera atajar el naciente fuego de la guerra civil, Omar deseoso de llevar á cabo mayores conquistas, quiso reconocer sus fuerzas y para ello hizo alarde de sus tropas ya escogidas y numerosas. Omar para mantener en ellas el órden y la disciplina,

(1) Hoy villa y poblacion considerable al pie de la sierra del mismo nombre, á 5 leguas de Málaga.

(2) Villa situada sobre un risco á 4 leguas de Málaga.

las habia distribuido en diferentes cuerpos, segun la raza á que cada cual pertenecia, y así parecieron en el alarde y revista bajo la mano de los siguientes caudillos:

Haretz Ebn-Hamdun que capitaneaba á los *Benu Rafaa* y otras cabilas y soldados árabes.

Ixun, caudillo de los muladíes, en cuyo número se contaban los *Benu Mathruh*, cuyos capitanes eran *Harb*, *Aun* y *Thalut*.

Hafs Ebn-Almareh, y *Mohammed Ebn-Yahia Ebn-Bozail*, alcaides de los agemíes ó mozárabes, y por último:

Servil, caudillo de un pequeño escuadron de caballeros cristianos venidos de allende la frontera, hombres aventureros y aguerridos en las campañas contra los moros.

Con estos alcaides y escuadrones que formaban una hueste de tres ó cuatro mil hombres entre peones y ginetes, marchó Omar con direccion á la plaza fuerte de *Hisn Arxiduna*, hoy Archidona, asentada en los montes que dominan la cora de Raya. Omar mas seguro de lograr su intento por ardid que no por cerco formal, á causa de la mucha fortaleza de la plaza, condujo allí á su gente á favor de la noche y de caminos extraviados.

Hé aquí la causa de la atrevida empresa de Omar. El walí de Raya Amer, por estar mas cerca del teatro de la rebelion y evitar que su fuego se corriera á comarcas mas septentrionales, habia trasladado su residencia desde Málaga á la plaza fuerte de Archidona, llave de aquella region y capital que habia sido en otro tiempo de Raya.

Consigo habia llevado á su pupila y adorada Meriem, cuyo amor habia tomado mayor imperio en su corazon desde que sintió el aguijon de los celos y el despecho por su indiferencia. Ya el walí Amer rompiendo el dique de su antigua indulgencia y moderacion, irritado al ver que Meriem le posponía á un hombre de tan humilde linage y condicion como Omar, empezaba á valerse de los medios de la fuerza y el rigor, para vencer el rebelde corazon de la que amaba. El profundo enojo de no haber podido acabar con tan desigual adversario y de verle presentarse nuevamente á la cabe-

za de un terrible alzamiento, se aumentaba mas con la sospecha de que Meriem le habia puesto en libertad; y así el amor y el resentimiento le incitaban juntamente contra su desdichada protegida.

Un resto de sus sentimientos humanos y religiosos indujo á aquel muslim recto y honrado hasta entonces, á aconsejarse en el caso de un alfaquí que andaba en olor de santidad. Pero este, que era un africano fanático llamado *Sídi Ibrahim*, le declaró que sin escrúpulo de conciencia podia obligar á Meriem á que fuese su esposa y satisficiese su liviana pasion, puesto que Mahoma consideró los bienes y presas de los infieles rebeldes, sin excluir á sus mugeres é hijas, como el justo galardon y trofeo debido al musulman que trabajaba en el algihed.

—Si esa muger, le dijo Ibrahim, en ofensa tuya dió libertad á un perro renegado y todavia haciendo este armas contra tí, le quiere por esposo, no debes ya guardar consideracion con ella, sino mirándola como una presa del enemigo, destinarla para tu regalo y solaz. Porque si bien es cierto que nuestros usos y leyes prescriben la tolerancia con los conquistados y sometidos, esto no se entiende con los traidores, rebelados y apóstatas. Yo en nombre de Alláh excelso te eximo del vínculo y deber de hospitalidad y proteccion con que te obligaste en favor de Meriem, y en su nombre tambien te la entrego como un despojo de la guerra.

Amer incitado por su delirante amor y tranquilizado en sus escrúpulos por los consejos del santon, empezó desde aquel dia á acosar á su infeliz pupila con sus amorosas instancias, usando á veces de la persuasion y las promesas mas incitadoras, y como estas eran inútiles, dejándose llevar con mas frecuencia á los extremos del rigor y las amenazas. Meriem sufria estas persecuciones con la resignacion y paciencia de una cristiana, manteniendo siempre en su corazon la constancia y fidelidad amorosa jurada á Omar, y en su mente la esperanza de su libertad y la de su pueblo mozárabe, que, como ella, gemia en la opresion y cautiverio.

Animada de una pasion juntamente tierna y heróica; amaba en Omar al hombre elegido por su corazon desde la niñez y al que consideraba como futuro libertador de su raza y grey esclavizada, y por lo mismo le profesaba un sentimiento sublime y santo que no dudaba en encomendar á Dios en sus fervientes oraciones.

La noticia de sus padecimientos llegó á Omar, y así para procurarle la libertad, arrancándola del poder del walí, se resolvió á intentar la difícil conquista de Archidona, la fuerte y antigua reina de los alcázares (1).

Segun su plan, el caudillo muladí, habiendo caminado toda la noche por sendas extraviadas, aunque de él y los suyos bien conocidas, llegó con su gente al pie de Archidona, cuya poblacion y alto castillo envueltos en las nieblas de los montes, apenas se dejaban ver á la primera luz del alba. Omar ordenó que tres de sus escuadrones diesen el asalto á la plaza por tres partes distintas, y él con el trozo escogido que capitaneaba en persona, encaminándose á la puerta principal, ganó con escalas una torre inmediata. Los guardas de la puerta desprevenidos y abrumados por el sueño fueron acometidos y degollados en breves momentos por la gente de Omar. Animado con tan buen suceso, mientras los otros escuadrones entraban en la poblacion por diferentes puntos y se reunian en sus calles, Omar acometió al fuerte alcázar en donde residia el walí bien ageno del peligro que le amenazaba. Ayudándose tambien de escalas, Omar y sus valientes ganaron las almenas del castillo, donde despertándose con susto el walí Amer y su guardia, se levantó de improviso gran estruendo y alboroto. Los gritos de las mugeres, el estrépito de las armas, los alaridos de los moros espantados y las voces animosas de Omar y los suyos ensordecian los aires.

Omar discurre frenético por el alcázar en busca de Meriem y la encuentra en fin, que se levantaba pavorosa y trémula con el es-

(1) El nombre árabe Arxiduna, hoy Archidona, es corrupcion del latino *Arx udomina:* la fortaleza señora ó la reina de los alcázares.

truendo, y clamoreo. Abrumada por largos padecimientos, aterrada siempre con las amenazas y arrebatos del enamorado moro, despues de largas noches de insomnio, acababa de lograr el beneficio de un sueño reparador, cuando despertándose sobresaltada, la infeliz creyó llegado el trance de mayores desdichas. Pero como un lirio del valle, cuando mas fatigado con el ardiente rayo del sol deja caer marchitas sus hojas, si por ventura pasajera nube le regala con benéfica lluvia, vuelve á erguir su mustia corola y se muestra rejuvenecido y sonriente, asi Meriem al ver junto á sí al hombre á quien amaba y mirarle á la cabeza de sus soldados con la satisfaccion del triunfo y buscando al objeto de su amor, pareció despertar á una nueva vida de alegria y felicidad.

—Bien hallada seas, Meriem, la dijo Omar con inexplicable júbilo: si hasta ahora te hallas hecha un mar de amarguras, justificando tu nombre (1), desde hoy á mi lado libre, adorada y reina de mi corazon, quiero que disfrutes tal felicidad y consuelos que te hagan olvidar los pesares que por mí has sufrido. Héme aquí que puesto á la cabeza de la gente cristiana de esta comarca, he emprendido la obra difícil pero gloriosa de su restauracion, y fuerte ya y apoderado de muchas plazas, he podido venir á librarte de la esclavitud y sufrimientos en que vivias.

—Mi amor te lo premiará: mas ya que Dios te concede la victoria, hazte digno de ella, aprovechándola en bien y honrándola mas con la moderacion y la clemencia. Que los cristianos restaurados vean en tí, no un sultan ó un rey, sino un padre.

—Tales son mis propósitos, y tú verás como lo cumplo si Dios me otorga que vea lograda la alta empresa á que aspiro.

En este momento el walí Amer aprisionado por la gente de Omar, era traido á la presencia de su caudillo. El pesar de verse comparecer vencido y preso ante aquel á quien en otro tiempo habia tratado con rigor y afrenta, no debió mortificar tanto á Amer

(1) *Meriem* significa mar de amargura, por derivarse este nombre de *mer y yem* que en hebreo y árabe significan amargura y mar.

como el mirarle dueño de la muger que con tan frenética pasion adoraba.

La buena y generosa Meriem dirigió sus miradas al desdichado Amer, y compadeciendo su triste situacion, olvidó los dolores con que la habia abrumado. Movida de este sentimiento, dijo á Omar con acento persuasivo:

—Por el Dios de indulgencia á quien adoramos, yo te suplico que no veas en este hombre á tu enemigo de ayer y á tu prisionero de hoy, sino al que humano y benigno fué durante largo tiempo mi padre y valedor.

—¡Oh Meriem, hija mia! exclamó enternecido Amer: tu eres tan indulgente y noble conmigo, como yo fui contigo duro y tirano, queriendo injustamente obligarte á mi amor. Hoy sin embargo eres mi abogada y patrona: que Alláh te lo premie. Y luego dirigiéndose á Omar añadió:

—Hé aquí al que en otro tiempo tu walí y señor, hoy se vé obligado á reclamar tu indulgencia... Alláh lo quiere, y, ¿qué puede el hombre contra sus altos decretos? Si tu me concedes la vida y libertad por la intercesion de la muger á quien amas y por los sentimientos de misericordia de que os gloriais los cristianos, yo te aclamaré por el mas generoso de los hombres.

—Los títulos que invocas para mi indulgencia, son suficientes para que olvide todos tus agravios. Vida, libertad y hacienda, todos estos bienes te los reservo: marcha á disfrutarlos donde gustes. Quiero que tu hagas entender á todos los muslimes que yo no intento despojar á ninguno de sus bienes ni oprimirle é imponerle un imperio forzoso, sino que todos, así cristianos como musulmanes, gocen bajo mi gobierno de iguales derechos y libertad.

Pero aun no era llegado el momento destinado por Dios para aquel gran resultado y la emancipacion de su pueblo oprimido. En tanto que Omar apoderado de Archidona, recibia los homenajes y sumision del walí de Raya, el poderoso califa y emir del imperio árabe de España, el glorioso é ilustre vástago de los Umeyas, *Mo-*

hammed Ebn-Abderrahman, se presentó á vista de aquella plaza á la cabeza de una numerosa hueste de infantería y caballería muslímica.

El emir, muy alarmado por los progresos de aquella temible sublevacion dirigida por Omar, habia juntado sus ejércitos para acudir al peligro, y cómo le avisasen sus espías de que el caudillo muladí intentaba acometer á Archidona, habia caminado la vuelta de esta plaza con sus escuadrones, llegando pocas horas despues de la entrada de Omar. La gente de este caudillo, ocupada todavía en combatir á los moros de la plaza, no pudo defenderla contra la poderosa hueste del califa, que entrando en Archidona, pronto con la inmensa superioridad de su número logró arrancar á Omar su conquista.

El alcaide del castillo de Archidona acababa de traer las llaves de la plaza para entregarlas á Omar, cuando entre el alboroto del combate nuevamente renovado, los estandartes del Islam, que solian preceder al califa, aparecieron en manos de los *hamel-liwás* (1) en la entrada del salon principal del alcázar y luego se presentó el augusto emir ante los asombrados ojos de Omar y de Amer.

—Los loores sean dados á Alláh, dijo el califa con voz solemne é imperiosa, que me permite llegar á tiempo para salvar esta plaza de la mano de los infieles. Tú, flaco y cobarde Amer, cesas desde hoy en el cargo de walí de la comarca que no has sabido defender, el cual confiero desde hoy al noble y valeroso alcaide y buen creyente *Abdelaziz Ebn-Alabbás*.

Amer que iba á poner las llaves de la plaza en manos de Omar, avergonzado y confuso, las presentó con mano trémula al emir Mohammed, el cual las entregó á Abdelaziz que venia á su lado.

—¡Oh Abdelaziz! le dijo el califa: procura no imitar la flaqueza de tu antecesor, y antes que sucumbir á los infieles y rebeldes ar-

(1) Porta-estandartes ó abanderados.

rostra la muerte por mi fé y obediencia, con lo cual lograrás el paraiso y las huríes de negros ojos.

Dicho esto, fijó sus miradas en la hermosa Meriem, que atribulada y confusa temblaba como la paloma ante el halcon, y mostrándose admirado de su belleza, dijo á Amer:

—Ya sé que esta preciosa doncella es una cristiana encomendada á tu amparo, y puesto que no has sabido defenderla como á la plaza y comarca fiada á tu gobierno, yo tambien te privo de ella. Su hermosura la hace agradable á mis ojos y yo la acojo bajo mi proteccion: ella como flor peregrina y preciada dará ornato al jardin de mi harem.

El historiador de este suceso no halla palabras bastante expresivas para pintar los diferentes sentimientos que en este instante agitaban á los actores de aquella escena. Baste á su insuficiencia referir su resultado. El emir, asegurada la plaza bajo su señorío y dejándola bien guarnecida, dió la vuelta á Córdoba con la hermosa Meriem y la mayor parte de los guerreros de Omar cautivos; Amer se retiró á ocultar en un oscuro rincon de la comarca su dolor y su vergüenza, y Omar no pudiendo salvar por entonces á Meriem, escapó como pudo con las reliquias de su hueste, volando á refugiarse en Bobaxter.

Cuentan que Omar Ebn-Hafsun al llegar á aquel castillo, envió al emir Mohammed una carta con estas razones:

«Guárdate, poderoso emir, de agraviar á esa doncella cristiana Meriem, pues el menor ultrage en su honra ó en su vida seria vengado por mí con torrentes de sangre árabe. Si en la gazúa de Archidona me has arrancado dos presas de gran valía, bien sabrás que la fortuna de las armas está en manos del Dios de los ejércitos. Atiende pues, mis razones: si devuelves á los mozárabes y demás cristianos de tus reinos sus antiguos derechos y consideraciones, yo seré el mas humilde de tus vasallos. Si por el contrario, los vejas y maltratas, todos conmigo se alzarán contra tí; y acaso esa opulenta y corrompida Córdoba será arrastrada por el torrente despeñado de este monte salvage. Pero si la fé en tu ley y

tú causa te retrae de hacer justicia á los mios y fias en tu valor y la razon, yo te provoco á que en el tiempo y ocasion que mas te placieren, midas conmigo tus altivas armas, y triunfando el que sea mejor de nosotros, se ahorre sangre y ruina. Alláh te guarde.»

Tales eran los alientos de Omar en los mismos dias de su infortunio.

CAPITULO V.

Notables aumentos y conquistas de Omar. —Desafía al califa Mohammed. —Le vence en combate parcial. —Es derrotada su hueste al pie de Hisn-Bolay. —La rehace y marcha contra Córdoba.

Los nuevos golpes de la enemiga fortuna no habian sido bastantes para abatir el invencible ánimo de Omar, sirviendo por el contrario para que escarmentando de sus antiguos desafueros y desórdenes de su mocedad, procurase ser tenido, mas que por un capitan de bandoleros, por el caudillo de un pueblo y el defensor de una creencia. Al abrigo de la inexpugnable fortaleza de Bobaxter, Omar tuvo tiempo para restaurarse de la pérdida sufrida, reemplazando las bajas de sus escuadrones con nuevos refuerzos de mozárabes, muladíes y cristianos que á él acudian sin cesar.

Con ellos Omar Ebn-Hafsun bajaba frecuentemente del castillo, acometia las plazas y lugares sujetos á la obediencia del califa, y recogiendo la presa, la repartia equitativamente con todos sus soldados, á quienes trataba con gran generosidad, amor y llaneza, sin distinguir mas que á los valientes, diestros y virtuosos. Asi Omar se aseguraba el afecto y lealtad de sus subordinados, é incitaba á muchos para que se alistasen en sus banderas.

El esfuerzo y buenas prendas de Omar volvieron á inclinar en su favor á la caprichosa fortuna, aumentándose de cada dia sus fuerzas y poder, creciendo el número de sus auxiliares y apoderándose de muchos lugares y castillos, parte tomados por fuerza de armas y parte por avenencia; por estar poblada la mayor parte de aquella cora de mozárabes y muladíes.

El califa, viendo las gigantescas proporciones que tomaba aquella sublevacion, envió grandes refuerzos al formidable castillo de Ronda, al de Sajra Gauzan (1), al de Estepa, al de Cámara, de Antequera, y otros baluartes cercanos, como tambien á sus alcaides con numerosos escuadrones para que combatiesen al rebelde en sus fortalezas ó le atrajesen á batalla campal. Empero Omar, asistido del valor y la pericia militar, aunque sin atreverse á un combate en el campo, fué acometiendo y ganando las plazas vecinas, y de allí pasando á expugnar las mas apartadas, siendo una de las que rindió la de Archidona, en donde puso por alcaide al valeroso Ixun, caudillo de los Benu Mathruh.

Conquistada Archidona, dirigió Omar sus intentos contra la cora ó territorio de Elvira (2). Entrando por esta comarca, á la cabeza de seis mil combatientes, llegó hasta Montexicar (3), castillo muy fuerte situado en el clima de Borgiela Cais; y como le saliese al encuentro un alcaide del emir, llamado Ali Yahya Ebn-Sucala, le venció en un combate y se apoderó del castillo (4).

Sabida por el emir Mohammed la derrota de Alí, envió en su

(1) La roca de Gaucin, hoy pueblo considerable y cabeza de partido en la provincia de Málaga, á 8 leguas de esta capital y 6 de Ronda.

(2) Nombre corrompido del antiguo Iliberis. Desaparecida esta ciudad en los primeros siglos de la dominacion árabe, solo el nombre de Elvira quedó en aquella comarca, cuya capital vino á ser Granada.

(3) Hoy villa del partido de Hiznallóz, á 4 leguas de esta poblacion y 9 de Granada.

(4) Asi lo cuenta Ebn-Aljathib. Segun otros, Montexicar se ganó por dos renegados llamados *Nail y Xomais*, que servian como capitanes en la hueste de Omar.

lugar con el título de walí de Elvira á un capitan distinguido llamado Chad. Pero Omar, con igual fortuna le derrotó en una batalla, y Chad rendido, le reconoció por su señor, tomando las armas en su servicio.

Entonces el califa nombró un tercer caudillo para que defendiese la comarca de Elvira contra Omar, que fué un capitan muy valeroso y emir de los árabes moradores de aquella cora, nombrado *Sawar Ebn-Hamdun*, el Caisi, el cual como se hubiese sublevado en *Mont Xacund* ó monte segundo, plaza fuerte de aquella tierra, el emir le perdonó y atrajo con grandes mercedes á su servició para oponerle á Omar. Sawar llamó á las armas á la gente árabe de las dos coras de Jaen y Elvira, y reuniendo numerosa hueste presentó la batalla al hijo de Hafsun.

En este encuentro, Omar llevó la peor parte y se vió obligado á huir; pero al cabo en otro combate reñido en los campos de Elvira, logró desbaratar al caudillo árabe, poniéndole en huida. El alcaide Chad, que militaba en la hueste de Ebn-Hafsun, corrió en persecucion de Sawar, y haciéndole prisionero le cortó la cabeza, enviándosela á Omar.

Con la derrota y muerte desastrada de Sawar, el caudillo muladí se apoderó fácilmente de todas las plazas mas importantes de aquella cora, hasta llegar á Baza y entró con pompa de vencedor en *Medina Garnatha* (1). Aquel dia Omar, para escarmiento de sus enemigos, hizo elevar sobre una pica la cabeza de Sawar sobre la puerta principal de la Alhambra, fuerte y magnífico alcázar que aquel noble emir habia empezado á edificar como regia corona para adornar la frente de aquella ciudad de flores y delicias (2). Despues hizo llevar aquel sangriento trofeo á su fortaleza de Bobax-

(1) Hoy Granada, ciudad fundada poco antes cerca de la antigua Iliberis.

(2) Dice Ebn-Aljathib que Sawar edificó la Alhambra de noche y á la luz de antorchas, y que por esto se llamó Alhambra, que significa la roja. Nosotros creemos mas verosímil que la Alhambra debió este nombre al que la aumentó y embelleció mucho sino es que la fundó, que fué el célebre Alahmar (el rojo) padre de la dinastía Nasserita.

ter, para terror de los árabes sus adversarios. Además, irritado contra la gente de Elvira por su larga resistencia, impuso á sus naturales grandes garramas y otros tributos.

Sometida la cora de Elvira, Omar nombró por walí de ella á su capitan Hafs Ebn-Almareh, y luego marchando hácia la de Raya, cercó y tomó espada en mano la plaza fuerte de Alhama (1). Desde aquí revolvió sobre la comarca llamada de la Vega (2), y como le saliese al encuentro su gobernador *Abdallah Ebn-Samaa*, le venció en un combate, con lo cual se le rindieron las plazas y lugares de aquella region.

Para asegurar su dominacion en aquella comarca, reparó y guarneció bien sus castillos y edificó ó restauró con grandes fortificaciones para que sirviesen como de plazas de armas y llaves de aquellas regiones, los castillos de *Xubiles* (3) y *Monterrubio* (4) asentados en las mas empinadas cimas de las Alpujarras. Sojuzgadas las tres coras de Raya, Elvira y Vega, y no teniendo ya quien se le opusiese en aquella tierra, resolvió dilatar sus conquistas por las comarcas de Jaen y Córdoba.

En estas empresas fué igualmente afortunado, pues rindió á Baeza y á Ubeda, fortaleza poco antes construida por Sawar en la cumbre de una loma, y como se alzasen en su favor los cristianos mozárabes de *Castoluna*, hoy Cazlona (5), Alcabzic, hoy Alcaudete (6), y otras poblaciones, en poco tiempo redujo á su dominacion la mayor parte de la cora de Jaen.

Pero lo mas calamitoso para el soberano de Córdoba, y que no

(1) Hoy ciudad y cabeza de partido á 7 leguas de Granada y 7 de Málaga.

(2) Este nombre derivado del árabe *becaa*, campo, fué aplicado por los árabes de España á las comarcas que se extienden desde el mediodia de Granada hasta Almería en las faldas de las Alpujarras y Sierra-Nevada.

(3) Hoy lugar de las Alpujarras á 12 leguas de Granada y 4 de Albuñol.

(4) Dice el Bayan que era un monte fortificado entre las coras de Jaen y Elvira sobre el camino de Pechina.

(5) Hoy sólo se hallan las ruinas de esta poblacion que fué la antigua Castulo, una legua al sur de Linares en la provincia de Jaen.

(6) A 6 leguas de Jaen y 9 de Granada.

le permitió desplegar todas sus fuerzas para reprimir la rebelion de Omar, fué que al ejemplo de este, otros muchos caudillos y hombres poderosos se alzaron en diferentes comarcas contra la autoridad del califa, aclamándose emires ó príncipes independientes (1). Algunos de ellos, inducidos por la fama y poder de Omar, le ofrecieron su amistad y alianza, aumentando así sus fuerzas y recursos (2).

Con tales ventajas, Omar Ebn-Hafsun, viéndose ya dueño de parte considerable de la Andalucía, sin que las huestes y capitanes del emir fuesen suficientes para contener el torrente que inundaba sus estados, creyó llegada la hora de cumplir sus amenazas contra el califa Mohammed y libertar á la infeliz Meriem de la esclavitud en que yacia.

Con tal resolucion, reunido numeroso ejército, entró á su cabeza por la cora de *Cambania* (3), marchando contra la misma ciudad de Córdoba, cabeza del imperio árabe y silla de sus emires. Acometió á Cabra, ciudad y fortaleza importante de aquella comarca, la

(1) Para no llenar el texto de nombres extraños y embarazar la accion de la leyenda, reservamos para esta nota los nombres de los emires que se alzaron por este tiempo á semejanza de Omar. Los mas dignos de mencionarse, además de Sawar ya referido, son:

Daisam Ebn-Ishac que se alzó en Murcia.

Obeidallah Ebn-Umeya, en Jaen.

Abderrahman Ebn-Meruan, en Mérida y Badajoz.

Abdelmelic Ebn-Abichumaa, en Beja y Mértola (en Portugal).

Mohammed Ebn-Abdelquerim, en Alcalá alward, hoy Alcalá de los Gazules.

Becr Ebn-Yahya en Santa María de Ocsunoba, hoy Faro en Portugal.

Suleiman Ebn-Mohammed el *Siduni*, en Xerez y Medina-Sidonia.

Abu-Yahya, el *Tochibí*, en Zaragoza, y así otros varios en diversas comarcas de la España sarracena.

(2) Estos, que estrecharon alianza con Omar Ebn-Hafsun, fueron:

Ibrahim Ebn-Hachag, que se alzó con los árabes de Sevilla, y uniéndose con aquel caudillo, conquistaron juntos algunas plazas del califa.

Jair Ebn-Xaquer, que se habia rebelado en Xodar de Jaen.

Said-Ebn-Hudzeil, en Monteleon, castillo de Jaen.

Said-Ebn-Mastana, señor de Luque, en la Vega, con los castillos de Alia, Riberas y otros. Hállanse estas noticias en el Bayan Almoghreb II. 138.

(3) Nombre derivado del latino *campus*; hoy la campiña de Córdoba.

entró espada en mano, y pasando de allí al fortísimo castillo llamado *Hisn Bolay* (1), la combatió y ganó con igual fortuna.

Desde esta plaza distante solo siete leguas de Córdoba, Omar envió un mensaje al califa Mohammed, encareciéndole los progresos de sus armas é intimándole que le entregase á su amada Meriem, ó de lo contrario saliese á medirse con él en el campo, pues de otro modo estaba resuelto á marchar á cercarle en su mismo alcázar de Córdoba..

Este mensaje halló al califa en los jardines de su alcázar, en donde requeria de amores, aunque inútilmente, á la cristiana Meriem. Dios que se complace en probar á los justos, como oro purísimo, en el crisol de los infortunios para hacerlos despues merecedores de mayor gloria, permitió que apenas libre de la opresion de Amer, la infeliz doncella pasase á sufrir iguales y aun mayores amarguras y persecucion en poder del soberano de los infieles. Destinada al harem, quiso su desgracia, ó tal vez su fortuna, que aun tiempo concibiesen por ella la mas ardiente pasion el emir Mohammed y su hijo Almondzir, príncipe valeroso y que se señaló mucho en estas guerras con Omar.

Almondzir, viendo al califa su padre enamorado perdidamente de Meriem, refrenó al principio su naciente amor; pero conociendo al cabo que ella le desdeñaba, quiso tentar fortuna, y con esperanza de merecer el afecto de la hermosa nazarena, la defendió encubiertamente contra lás persecuciones de su padre.

Ya hemos dicho que el califa Mohammed recibió el mensaje provocador de Omar, mientras tierno y galante como buen árabe, procuraba captarse el afecto de Meriem. Aquel reto no tenia otra respuesta que salir al campo con la hueste y aceptar el combate; pues de otro modo Omar, ya dueño de Hisn Bolay, en su valor y audacia, no tardaria en presentarse ante las murallas de Córdoba. Mohammed, pues, dió sus órdenes para que al punto se

(1) Hoy Aguilar de la Frontera, villa y cabeza de partido, 7 leguas al sur de Córdoba. Otros cuentan que Omar edificó aquel castillo como frontera contra los califas de Córdoba.

reuniese en el *Fahs-assoradie* ó campo de los pabellones toda la gente de guerra que habia en la corte y en las comarcas vecinas.

Allegada asi poderosa hueste, el emir marchó á su cabeza camino de Bolay, en donde debia pelear por su imperio, por la gloria de los califas, por la religion musulmana y hasta por la muger de su amor, pues todo se hallaba amenazado por Omar. Celoso Mohammed de su hijo Almondzir, le envió entre tanto á cercar el fuerte castillo de Alhama (1) que guarnecia Haretz Ebn-Hamdun, caudillo de los Benu-Rafaa al servicio de Ebn-Hafsun,

Semejante á una inmensa bandada de langostas, el ejército musulman vino á cubrir los campos que domina la fortaleza de Bolay, retemblando la tierra bajo los ferrados cascos de la numerosa caballería y ensordeciendo los aires el clamor de los soldados muslimes ansiosos de victoria y venganza. Desde las almenas del fuerte descubrió Omar la formidable hueste del califa, cuyos cascos, escudos y lanzas al reflejar los rayos del sol poniente, semejaban una inmensa selva de fuego, que parecia destinada á abrasar al castillo y á sus defensores.

Pero Omar no se arredró: al otro dia por la mañana sacó al campo el grueso de sus escuadrones, dejando emboscadas muchas de sus compañías en ciertos hondos barrancos y espesas arboledas que se extienden al pie del alto castillo.

El emir Mohammed y sus alcaides arremetieron valerosamente al ejército de Omar, el cual despues de alguna resistencia aparentó ceder al mayor número de los contrarios, y empezó á desbandarse por el campo. El califa, dejándose llevar de una confianza prematura, mandó á los muslimes que persiguiesen á los fugitivos y no dejasen entre ellos persona con vida. En tanto con la flor de sus escuadrones, marchó á cercar el castillo, pero cuando se me-

(1) Esta Alhama no es la de Almería como creyó el historiador Conde: I, 317, sino la de Granada, entonces sujeta á la jurisdiccion de Málaga; hoy es ciudad á 7 leguas de Granada y otro tanto de Málaga.

tian temerariamente entre las enramadas y barrancos, salió Omar con su gente emboscada y los acometió tan briosamente que los desordenó é hizo en ellos gran matanza.

En medio del tumulto y confusion de la pelea, Omar buscó al califa Mohammed, y rompiendo á fuerza de lanzadas el muro de valientes árabes que le rodeaba, logró llegar hasta él.

—¡Oh! poderoso emir, le dijo: harto trabajo y tiempo me ha costado el hacerte acudir al duelo á que te provoqué, para satisfacer los rencores que guardaba contra tí mi corazon desde el dia memorable de Archidona. Pero antes de que un combate á muerte haga rodar una de nuestras cabezas, dime qué es de la infortunada Meriem á quien me llevaste cautiva.

—¡Oh! perro Omar, maldígate Alláh: si es permitido al califa y emir del Andalus, responder al reto y á las demandas de un miserable rebelde, yo te diré que Meriem es feliz bajo mi patrocinio y con los cuidados y delicias de mi amor. Ahora bien, las palabras son ociosas en este trance: desnudemos las espadas, pues quiero reparar con tu muerte el daño que has causado en mi hueste con tu villano ardid, ya que no osaste resistirla en la llanura.

—Usando de un ardid, replicó Omar, no he quebrantado las leyes de la guerra. Pero ahorrando palabras, encomendemos á nuestros aceros la satisfaccion de nuestros agravios; pues yo te juro que aunque Meriem vencida por tu violencia haya admitido tu amor, que Dios maldiga, no has de gozarle.

A una señal del califa y otra de Omar, los caballeros muslimes y cristianos que asistian junto á ambos caudillos apartáronse, dejando en medio un ancho círculo para que los dos rivales pudiesen satisfacer su cólera y sus resentimientos.

—Por Alláh, por los muslimes y por Meriem, exclamó el califa desnudando una espada forjada en Damasco, tan tersa y brillante que parecia un canal de agua cristalina.

—Por Dios, por los cristianos y por María, gritó Omar desenvainando su tizona, presea de gran precio que le habian regalado los mozárabes de Toledo.

Como un arroyuelo se precipita bullente sobre el vasto cristal de un lago, rizando mas sus olas ondeadas por la brisa, asi pareció la espada de dos filos del emir, cuando movida por un brazo poderoso, hirió en la escamosa armadura de Omar. Pero este reparó los golpes del enemigo con calma y maestría, y le asestó por su parte tajos tan tremendos que harto trabajo le costó á Mohammed el repararlos con su ancho escudo.

Impetuosas, veloces y brillantes como los rayos, primero las espadas y despues las lanzas de los dos combatientes surcaron repetidas veces el aire, penetrando á veces, no sin graves lesiones, tras las escamas y anillos de las corazas y en los lomos de los corceles. Pero asi como repetidos golpes de los relámpagos hienden al fin las opacas nubes, las espadas y lanzas rechazadas apenas por el acero de las armaduras, se hundieron una y otra vez en los cuerpos de los oscuros bridones (1), que cayeron al fin, dejando en pie á sus ginetes.

Hasta entonces la fortuna habia sido igual para los dos contendientes, pero al renovar la pelea á pie, Omar que era de mas aventajada estatura y mas tenaz é incansable, permaneciendo firme é impertérrito contra el califa ya fatigado y vacilante, le derribó al suelo de una estocada mas tremenda. La sangre brotó como saltadora fuente de la profunda herida que recibió Mohammed en el hombro derecho, inhabilitando su brazo para el combate y desmayándose su cuerpo como si le abandonase la vida.

Durante esta pelea, los escuadrones muslimes, recobrándose del terror y desórden en que los habia puesto la emboscada de Omar, habian vuelto á la lid con nuevos brios, y aunque la gente de Omar les resistía valerosamente, al fin prevaleció contra el esfuerzo de aquellos pocos la gran muchedumbre de sus contrarios. Cuando Omar, vencedor del califa, miraba con gozo abatida en el suelo la gloria del imperio árabe, reconoció con espanto que sus

(1) Estas imágenes, aunque algo oscuras y exajeradas, son propias de la poesía árabe, y se encuentran en las del famoso Antara.

valientes pero escasos guerreros cedian ante el gran poder del enemigo, y que arrebatándolos el viento de la fuga, se cebaban en ellos las sedientas espadas y lanzas.

En vano Omar, desechando la fatiga del largo y penoso combate que habia sustentado, corría entre los desbandados escuadrones de su gente, exhortándolos con esforzadas razones á morir honradamente con él en el campo, antes que á ceder una victoria que ya casi habian logrado. Sus gritos é increpaciones se perdian entre los ayes de los moribundos, el estruendo de las armas y los relinchos de la innumerable caballería sarracena.

—¡Ved que el califa yace muerto á mis manos! exclamaba el caudillo muladí; pero estas voces solo aprovecharon para encender en los muslimes mayor encono y deseo de venganza.

Sin embargo, la derrota de la hueste de Omar no fué tan considerable, porque puesto ya el sol, las sombras nocturnas se iban dilatando al pie de los altos montes y bajo las arboledas, y así los musulmanes, renunciando á perseguir á los fugitivos, se contentaron con el honor de la victoria y de quedar dueños del campo. Entonces tomando el cuerpo de su emir, á quien todos creian muerto, lo llevaron al alcázar de Bolay, desamparado por Omar.

Tal fué la famosa jornada de Bolay, que acaeció en el año 273 de la hegira, 886 de nuestra era (1) á los seis años del primer alzamiento de Omar, y cuyo resultado no fué tan ventajoso para los muslimes, pues como hemos visto, la derrota de los cristianos apenas los pudo consolar del afrentoso espectáculo de ver á su ca-

(1) El historiador Ebn-Aljathib en su biografía de Omar Ebn-Hafsun dice que la batalla acaeció en el año de la hegira 277; pero sin duda él ó sus copistas incurrieron en un error de fecha; pues el califa Mohammed que aquel mismo autor refiere haberse hallado en aquella pelea, murió en 273. Mas verosímil nos parece lo que dice Ebn-Jaldun en su noticia sobre Omar, á saber: que en esta batalla de Bolay, quien se halló fué el califa Abdallah, que en efecto reinaba en el referido año 277. Mas como quiera que al presente no contemos con datos bastantes para resolver esta duda, lo reservamos para un estudio puramente histórico sobre Omar Ebn-Hafsun, de que, Dios mediante, nos ocuparemos algun dia.

lifa vencido y herido de muerte por Omar. Así es, que si la nueva del costoso triunfo alcanzado por Mohammed, hizo que Ecija y otras plazas se apartasen de la obediencia de Omar, éste no tardó en hallar el desagravio de tales desaires de la fortuna.

Deseoso de que la noticia de aquel revés no le enagenase los ánimos de sus parciales, Omar envió á los castillos y plazas de su señorío pomposos mensages en que se atribuia el lauro de la victoria, blasonando de haber vencido y muerto al emir de Córdoba. Y así, mientras los muslimes segun su costumbre pregonaban aquel nuevo triunfo del Islam desde los mimbares (1) de todas sus mezquitas, Omar ordenó que la victoria de que presumia se anunciase desde los púlpitos de todas las iglesias cristianas y en ellas se diesen á Dios las debidas gracias por aquella nueva y señalada muestra de su favor, pidiéndole tambien su auxilio para la conquista de Córdoba en que meditaba.

Con tales artificios le acudió mucha gente cristiana de toda el Andalucía, y tambien algunos escuadrones moros de sus auxiliares y aliados, y así él viendo reunida bajo sus banderas numerosa y lucida hueste, se mostró como siempre invencible y arrojado, marchando con ella hácia la poderosa capital del imperio árabe de occidente.

(1) Púlpitos.

CAPITULO VI.

Omar sienta su campo sobre Córdoba.—Muere el califa Mohammed y es proclamado su hijo Almondzir.—Omar entra de sorpresa en Córdoba y en el alcázar del emir.—Inquietud de Meriem.—Omar roba á la sultana Leila.—Mensage de Omar á Almondzir.—Omar prendado de la hermosura de Leila.

Llegado á vista de la gran ciudad, Omar asentó su campamento en la orilla izquierda del Guadalquivir, cerca de los arrabales de la parte oriental llamados la Axarquía, poblados por gran número de cristianos mozárabes. Allí recibió dos nuevas importantes: fué la primera que el califa Mohammed, trasladado desde Bolay á su alcázar de Córdoba, acababa de sucumbir por efecto de las heridas que recibiera en aquella jornada; y la otra que su hijo y sucesor el príncipe Almondzir, avisado del peligro que corrian la capital y la vida del emir, acudia á esta ciudad, levantando el cerco de Alhama (1).

Regocijado con estas noticias, Omar desde su tienda dirigía sus

(1) Conde dice que Almondzir se hallaba en los baños de Alhama; pero es un error pues consta por el Bayan, parte II, págs. 116 y 117, que se hallaba combatiendo á la gente de Omar que defendia á Alhama (la de Granada, no de Almería). Por lo demás, son tantas las contradicciones que se notan entre nuestro relato de todos estos sucesos, fundado en los autores árabes y el de Conde, que sería prolijo y enojoso á los lectores el notarlo á cada paso.

ansiosas miradas á la vasta y pintoresca ciudad, que parecía ofrecérsele como una riquísima presa, y buscaba con los ojos los alminares del alto alcázar, donde sin duda gemía cautiva Meriem, el ángel de sus amores. Nunca el esforzado y ambicioso varon se creyó cercano á mayor grandeza, ni tuvo ante los ojos de su cuerpo y de su mente espectáculo mas sublime é incitador.

En el ardor de su amor y de su ambicion, Omar Ebn-Hafsun se resuelve á acometer aquella populosa y bien defendida ciudad, y para facilitar la empresa, envia un mensaje á los mozárabes de la Axarquia, encareciéndoles sus fuerzas y pidiéndoles su ayuda contra los muslimes de Córdoba. Regocijados aquellos cristianos con la esperanza de su libertad, buscan armas, se previenen para acudir en socorro de Omar, y pasando uno de ellos á visitarle en su campo, le promete en nombre de los demás darle entrada en aquellos arrabales de la Axarquia, en medio de la noche siguiente.

En tanto el príncipe Almondzir, volviendo de Alhama y hallando muerto á su padre Mohammed, es saludado por emir y califa, ocupando el real solio de los Umeyas. Aunque al principio los cordobeses le reciben con frialdad por venir desairado del cerco de Alhama, el nuevo emir logra al cabo el favor y aplauso de todos sus súbditos, repartiendo generosamente grandes sumas entre la gente militar y copiosas limosnas á los pobres, y eximiendo al pueblo de Córdoba de todo tributo é impuesto por espacio de un año (1).

Dos grandes cuidados llamaron la atencion del emir Almondzir al subir al trono: el uno fué la terrible y poderosa sublevacion de Omar Ebn-Hafsun, la cual deseando sofocar, llamó á Córdoba á los capitanes y gente de guerra de todos los confines de la España árabe, ofreciéndoles aumentos de sueldos y otros notables premios por los buenos servicios que prestasen en la guerra contra aquellos rebeldes.

Otro cuidado no menos importante para su corazon fué el visitar á la cristiana Meriem en el retiro del alcázar. Como la muerte

(1) Bayan II. 117.

de Mohammed libraba á Almondzir de un poderoso rival, creyó el enamorado príncipe que ya nada se podria oponer para el logro de sus amantes deseos.

Pero sus palabras y persuasiones de amor no pudieron hallar peor acogida en el corazon de la infeliz cristiana, que apenas libre de una persecucion se veía objeto de otra no menos temible, y que apartada siempre del hombre á quien amaba, solo veia en los otros amantes odiosos opresores.

El califa Almondzir, al verse tan mal recibido de la hermosa cristiana, sintió luchar en su corazon dos sentimientos contrarios de amor y de rabioso enojo; porque siendo él jóven galan y soberano, mal podia prometerse tal desvio y desaire. Su amor propio ofendido le instigó por un momento á cumplir de grado ó por fuerza en la que adoraba sus amorosos deseos; pero un suceso que sobrevino, le impidió llevar á cabo por entonces su mal designio.

Esta escena entre el emir y Meriem, pasaba en la misma noche en que Omar de acuerdo con los mozárabes de Córdoba, tenia resuelto entrar de sorpresa en la ciudad. Y en efecto, estando en aquella conversacion, se oyó resonar tal alboroto en el alcázar y en la ciudad, que el califa alarmado ya con la cercanía del enemigo, acudió á indagar la causa de aquel repentino tumulto. El caso era para sobresaltarse, porque Omar, á favor de la noche y con ayuda de los cristianos y mozárabes, desde los arrabales de la Axarquia en donde ellos le habian admitido, habia penetrado en la ciudad sepultada en las tinieblas y el sueño; y con su gente animosa como él, se presentaba arrogante á la puerta del alcázar, derribando con hachas sus ferradas hojas.

El emir Almondzir, puesto á la cabeza de sus alcaides y caballeros de su guardia, resistió valerosamente en el zaguan del alcázar la embestida de la gente de Omar. Pero mientras él con los mozárabes y alguna otra gente resuelta de sus capitanes y escuadron escogido, habia llegado por la parte de la Almedina (1), el

(1) Es decir la parte principal de la ciudad, nombre que aun se conserva en algunas poblaciones desde la dominacion árabe.

grueso de su hueste atravesando el gran rio por el puente de Alcántara, habia llegado por la puerta llamada Bab Ixbilia ó de Sevilla, y forzándola con muerte de sus descuidados centinelas, se presentó al pie del alcázar.

Esta temeraria entrada de Omar habia sembrado la confusion y el espanto en la gran ciudad, tanto que los muslimes atónitos creyeron llegada la hora de su pérdida y destruccion. Los mozárabes de la Axarquia se derramaron por toda la ciudad, aclamando por su rey á Omar, y pregonando el nombre de Jesucristo despues de algunos siglos de silencio y sumision. Sus mugeres, reuniéndose en sus santuarios bajo la presidencia de los sacerdotes, elevaban al cielo sus oraciones pidiendo que protegiese la santa causa de la libertad por la que sus padres y esposos iban á arriesgar la vida. Los moros por su parte, empezando á recobrarse del primer espanto acudian á las armas, y á la predicacion de sus alfaquíes y los ruegos y llanto de sus mugeres, corrian á salvar sus vidas y bienes de aquel gravísimo peligro.

Entretanto Omar, con su valor acostumbrado, arrolló á los muslimes que defendian las puertas del alcázar y ansioso de salvar á su adorada, la buscó por todas partes hasta llegar al harem. Allí quebrantó las vedadas mansiones de todas las sultanas y mugeres del califa, pero sin hallar á Meriem. Era que Almondzir, no olvidando en el riesgo los cuidados de su amor, sacó á la cristiana del harem y la llevó á lo mas fuerte del alcázar, en donde apostó para su defensa á la gente mas valerosa de su guardia.

Meriem, sabiendo que la causa del tumulto era la entrada de Omar en el alcázar, rogaba ardientemente á Dios desde lo íntimo de su pecho que le tragese á su retiro para sacarla de su esclavitud. Con tal impaciencia, se asomó á una ventana de aquel aposento como si desease dilatar su sobrecogido pecho, respirando aire mas puro, y en realidad con el deseo de descubrir al hombre á quien adoraba. Cabalmente aquella ventana daba vistas á los jardines y moradas del harem, por donde discurria Omar en busca de la cristiana.

Almondzir, que ya sabia la pasion de Meriem por Omar, conoció en la expresion de su semblante la emocion y deseos que la agitaban. Dejándose llevar del despecho, la dijo:

—Meriem, no aguardes con loca confianza que Omar llegue á arrancarte de mi poder y de mis manos, en donde á pesar tuyo quiero hacerte feliz. Mira como mis valientes muslimes, ya recobrados de su espanto y sorpresa, acuden á rechazar á los invasores, y no han de dejar uno con vida.

Meriem le oia temblando, sin tener que responderle y dirigia sus miradas con devorador afan por el horizonte que se descubria desde la ventana. Al fin en los jardines alcanzó á ver á Omar, que huía presuroso, llevando en sus brazos una dama mora desmayada, mientras gran turba de muslimes iba en su persecucion. El caudillo Omar, viendo la gran muchedumbre de moros que acudian á defender el alcázar, habia conocido que no podia permanecer mas tiempo en él sin arriesgar su vida y la de todos sus compañeros, y asi no encontrando á Meriem, se apoderó despechado de una de las mugeres mas hermosas del califa y como en rehenes la llevó consigo.

—He ahí á tu pérfido Omar (dijo Almondzir á Meriem) que me roba á una de mis esclavas, y sin duda con ella va mas satisfecho que si te hubiese libertado á tí.

Meriem al ver á Omar que llevaba á la mora en sus brazos, dejó escapar un grito de dolor. Pero de repente el califa se inmutó casi tanto como Meriem y exclamó:

—¡Alláh acbar! (1) ¡Si la que roba es mi sultana favorita! ¡Leila! ¡mi pobre Leila!

—El te la devolverá, le dijo Meriem, á cambio de esta pobre cautiva.

—No, no, yo se la arrancaré, replicó con rabia el emir. Desgra-

(1) ¡Gran Dios! exclamacion que usan los árabes en los trances supremos de desesperacion ó júbilo.

ciada, ¿aun crees que Omar ha entrádo en busca tuya y no de mis mugeres y tesoros?

—Le juzgas mal; él te la devolverá, te repito, si me devuelves á él.

—Jamás: si yo no la puedo recobrar, me consolaré contigo.

Dicho esto con furor, el califa mandó á sus guardias que custodiasen la persona de Meriem, y él corrió á reunirse con su demás gente de armas para perseguir á Omar. Pero el valeroso caudillo muladí escapó de Córdoba con igual fortuna que habia entrado, dejando postrada con el hierro gran muchedumbre de los muslimes que osaron oponérsele.

Satisfecho Omar con el daño hecho en Córdoba, y no pudiendo mantener el campo contra la inmensa muchedumbre de moros que acudian de toda la España árabe, se retiró para su fuerte castillo de Bobaxter. Inquieto siempre el enamorado caudillo por la suerte de la desdichada Meriem, luego desde Bobaxter envió un mensage al califa Almondzir concebido en estas expresiones:

«Al príncipe de los muslimes Almondzir Ebn-Mohammed, Omar Ebn-Hafsun, alcaide de los muladíes y mozárabes salud. Al llevarme cautiva á tu sultana Leila, me propuse vengar en ella los agravios que en poder tuyo pudiese sufrir la cristiana Meriem, cuyo amigo y valedor soy. Si tú amas á Leila, y deseas que te la restituya, apresúrate á devolverme á Meriem, y de lo contrario te reto y desafío á medir conmigo tus armas en el campo, donde como buenos y valientes fiemos al combate las satisfacciones de nuestros mútuos agravios. Si te precias en algo, no lo dilates ni eches en olvido que por resistirse á entregarme á Meriem, tu padre el emir Mohammed recibió de mi mano la humillacion y la muerte en las llanuras de Bolay.»

Este altivo mensage provocó la cólera del califa, el cual le contestó con otro de este tenor.

«Perro cristiano, pues desprecio tus amenazas, ni te restituiré á Meriem, que reservo para esclava mia, ni sufriré que tengas mucho tiempo en poder tuyo esa prenda de tu torpe venganza. Pronto

en el combate humillaré tu soberbia, y arrancándote á Leila vengaré en tí sangrientamente cualquier ultraje que de tí hubiese sufrido.»

Gran enojo recibió Omar con esta respuesta sin reparar en que él mismo la habia provocado con el insolente mensage que enviara al soberano de los muslimes. Pero Omar no sabia tener á raya su cólera, é incapaz de la moderacion y la templanza, siempre se precipitaba en los extremos.

—Bien, morirá á mis manos como el emir su padre, exclamó Omar en su despecho: sino le puedo haber á las manos en el campo y me presenta como reparo y escudo toda la gente árabe, yo presentaré contra él toda la gente cristiana del Andalus y de allende las fronteras, y en este combate supremo se decidirá de una vez la suerte de las dos naciones que pueblan la España, aniquilando la que venza á su contraria.

Exasperado mas aquel corazon impetuoso con la idea de las amarguras que sufriria Meriem en poder del califa, así pensaba en su desesperacion:

—Pues Almondzir está apasionado de Meriem con tal extremo que se niega á obtener con su entrega la libertad de Leila ¿quién duda que abusando de su poder, obligue con amenazas á la débil cautiva á aceptar su amor y servir á sus torpes placeres?

Poseido de tan atormentadora idea, se le presenta acaso ante los ojos la figura encantadora de la sultana Leila, la cual resignada con el nuevo estado á que la han traido los inmutables decretos del destino, y sometiéndose al poder de la fatalidad, como hija de muslimes, no parece sentir mucho el haber cambiado de señor.

Como el corazon humano despues del dolor y la pena mas aguda, suele á veces por el instinto de la conservacion buscar alivio y solaz en la cosa mas frívola, así Omar sintió calmarse su desesperacion al contemplar el hermoso y sereno rostro de Leila.

—Bella musulmana, la dijo: ¿cómo en la ausencia y el cautiverio muestras tu rostro impasible y las nubes del dolor no empañan el brillo de tus ojos?

—Oh señor, respondió Leila ¿por qué he de entristecerme? Lo que Alláh tiene decretado eso ha de ser (1). Pluguiera á su misericordia restituirme á mi estado y fortuna de antes; pero si las gracias del semblante me granjearon el amor del califa, ¿por qué he de ajarlas con el llanto para perder así la hermosura, único mérito que los hijos de mi pueblo reconocen en la muger? Obligada á dispensarle mis caricias desde que compró mi cariño con una espléndida dote, mi amor hácia él no fué en aquel encierro un gusto y una inclinacion sino una necesidad.

—¿De suerte que la separacion rompe fácilmente ese vínculo estrechado únicamente por el interés y la fuerza?

—Sin duda, y ya mi señor Almondzir habrá puesto su corazon en otra.

—Ya comprendo por qué no consiente en la propuesta que le he hecho de restituirte á él con tal que me devuelva una cristiana que tiene en su poder y que yo amo mucho.

—Ya sé de quien hablas: la cristiana Meriem, cuya hermosura le apasionó lo bastante para que su antiguo amor hácia mí se convirtiese en desden, y eso que yo era la mas querida de sus mugeres. Pues él la adora, no perdonará medio para vencer la resistencia que halle en su corazon.

—¿Tal crees, Leila? Pero si yo concibo en él esta conducta, me prometo que ella fiel á mi amor resista cuanto pueda.

—Los cristianos que haceis mas libremente vuestra eleccion, sois mas constantes en el cariño, y como dais otra consideracion á la muger y no compartís con varias vuestro afecto, es ella mas fiel á el amor que por voluntaria aficion os ha otorgado. Ojalá yo naciera en vuestra patria, y entre vosotros hubiese hallado un amante y esposo que me estimase en mas.

Al hablar así, Leila dirigió á Omar una mirada amorosa y provocativa, que no dejó de hacer impresion en su corazon juvenil.

—Oh Leila, díjola Omar, tu eres hermosa y digna de ser ama-

(1) Sentencia árabe.

da, y tambien te ves agraviada como yo: concédeme tu amor, y vengaremos las ofensas que recibimos del califa..

Tal fué la resolucion que formó Omar, incitado primeramente por el despecho y despues por la extremada belleza de la mora. No sabiendo resistir á aquella seduccion, y recelando que la virtud de Meriem sucumbiese al invencible poder de la fuerza, se empezó á entregar al nuevo sentimiento de aficion que le inspiraba Leila, y como ella le correspondiese, el corazon de Omar fué infiel al cabo á la muger objeto de sus primeros amores.

CAPITULO VII.

El califa Almondzir acepta el reto de Omar.—Entrevista de Almondzir con Meriem y juramento de esta—Expedicion de Almondzir á Bobaxter—Duelo entre Omar y Almondzir—Es vencido y muerto el califa—Sus últimas palabras.

Han transcurrido cerca de dos años desde las escenas descritas en el capítulo anterior. Omar continuando en la gloriosa guerra que sostiene hace años contra el poder de los califas, consagra sus ocios al amor de Leila; pero sin embargo la imágen de Meriem suele aparecérsele en sueños enojada para maldecir su deslealtad. La antigua y sólida virtud de Meriem (piensa Omar) ha resistido acaso á todas las sugestiones del emir, y quizás algun dia me acusará por ingrato é infiel.

Acosado Omar por este remordimiento, medita siempre en el modo de arrancar á Meriem de las manos del califa. En cambio de ella le ofrece dos de los mejores castillos, que posee en los confines de sus estados; pero como Almondzir constante en el amor de Meriem, se niegue á todo partido, Omar le vuelve á retar de nuevo, amenazándole con que si no se atreve á venir á medir con él sus armas en los campos de Bobaxter, él irá como otra vez á Córdoba, y ya en combate parcial y frente á frente, ó si se niega, á traicion, le hará matar como pueda.

Recibe Almondzir este nuevo mensage, y ora sea por creer á Omar capaz de cumplir sus amenazas, ora por no aparecer cobarde á los ojos de su insolente rival, ello es que responde á su desafío con una carta del siguiente tenor:

«Aunque tenia á mengua el acceder á tu provocacion y venir contigo á las manos, no quiero que con mi negativa crezca tu soberbia, y así dentro de poco pasaré á tu cueva de Bobaxter para exterminar con tu persona la rebeldía y la irreligion que sustentas: Maldígate Alláh. De Córdoba el postrer dia de la luna de Muharram de la hegira 275 (13 de junio del año 888 de J. C.»

Formada esta resolucion y dispuesta su partida para Bobaxter, el califa Almondzir quiso despedirse de la hermosa Meriem, y puesto que la encontrase como siempre indócil y esquiva, gozar al menos el placer de contemplar y adorar su belleza. Dos años hacia que la tenia bajo su poder y que la amaba cada vez con mayor pasion; y sin embargo en todo ese tiempo no habia logrado obtener de ella el favor mas pequeño; porque la bella cristiana con sus gracias y su discrecion habia adquirido sobre él tal ascendiente y dominio, que su afecto jamás osó traspasar los límites del recato y de la esperanza. Almondzir, que antes de conocer á la cristiana solo habia sentido pasiones fácilmente correspondidas y premiadas, no llegó á conocer la fuerza y poderío de un amor irresistible y tirano, hasta que halló en Meriem prendas del alma que hasta entonces no encontró en muger alguna y una resistencia que cada dia avivaba mas la llama de su pasion.

Así fué como al presentarse en este dia delante de Meriem, su ardiente amor solo le permitió dirigirle respetuosa y tímidamente estas palabras.

—Si los sacrificios y finezas de amor hechos por una muger son buen título para aspirar á su correspondencia, creo, encantadora nazarena, que algo debia yo merecerte por la tolerancia y respeto con que durante tan largo tiempo te he probado que mi amor hácia tí no es una llama fugaz que presto se apaga, ni una pasagera seduccion de los sentidos, sino un afecto encarnado en mi ser, una

pasion verdadera y constante como no he podido sentirla por otra muger alguna.

—Yo, señor, contestóle Meriem, agradezco con toda mi alma á tu grandeza la moderacion y piedad que has usado conmigo. ¿Mas por qué obstinarte en que yo pague tu amor? Si solo codicias una buena amiga, en mí la tendrás; pero si anhelas otra cosa ¿por qué no la buscas en tanta hermosura amable y risueña como suspira por tí? ¿Por qué, señor, esa ceguedad y ese delirio en pedir frutos de placer á un árbol mustio y seco por el dolor?

—Oh Meriem, tu eres la primera muger que yo he amado de veras; por eso mismo ¿qué extraño es que el amor oscurezca mi razon, antes serena, y que vierta amargura en la copa de mi vida dulce hasta hoy? ¡Pero ay! el amor es una fascinacion que entra por los ojos, y los mios la han recibido de tu seductora belleza.

—Bien veo que te ciega un delirio indigno de tu noble inteligencia. ¿Pues qué encantos puede tu alteza hallar en este rostro surcado por contínuas lágrimas de dolor y ajado con la huella de tantos infortunios para concebir por mí una pasion tan vehemente? Además yo no puedo pagártela: abrumada por tan largas penas, ya ansío el reposo del sepulcro, y desengañada del mundo suspiro por el cielo con el ardor que el ciervo abrasado de sed en la soledad, suspira por la benéfica fuente. Deja pues, la flor marchita por los ardores del sol y gózate en la belleza de tanto capullo lozano como se abre en el jardin de tu harem.

—Mi corazon te prefiere á todas ellas, repondió el emir, y si injuriándote á tí misma te llamas flor marchita, yo espero verte florecer con nuevo esplendor al rocío fecundo de mi cariño y obsequio. Mi corazon que te amaba antes de subir al trono de los califas, solo celebró esta grandeza para ponerla á tus plantas y elevarte al puesto de mi sultana predilecta.

—Cuentan, señor, que los antiguos y generosos árabes, tus ilustres progenitores, tuvieron á mengua obligar á una muger á su amor, ni tomar por esposa á aquella á quien no lograsen inspirárselo con sus finezas y galanteria. Yo no puedo amarte, porque

amo á otro y ¿qué placer hallarás en brindarme unas caricias á que yo no sabré jamás corresponder?

—Hermosa Meriem: ya has visto que no quiero desmerecer de aquella noble y gloriosa conducta de mis ascendientes. Si es cierto que has amado á otro en tu tierra antes de venir al poder del califa, mi antecesor; como ya no has de volver á ella, te conviene á tí misma el resignarte y buscarte consuelo en tu nueva vida y destino, y yo me prometo que los obsequios y sacrificios de amor que sabré hacer por tí, inclinarán al cabo tu corazon en favor mio.

—No lo esperes: además yo no soy tu esclava: soy una cristiana mozárabe á quien tenia bajo su proteccion Amer, walí que fué de la cora de Raya, é invoco los derechos concedidos por tus progenitores á los mozárabes, para que me restituyas mi libertad y me dejes vivir en la religion y ley de los mios, casándome con un hombre de mi grey.

—Te amo demasiado para ello y confio en que con mejor acuerdo pronto variarás de opinion y preferirás la grandeza que te destino á la pobreza y humildad que fuera te aguardaría. Además yo te consentiré que vivas en tu religion: con ella y con mi amor verás satisfechos los deseos de tu alma y los de tu corazon.

—Jamás; los cristianos como yo creen ofender á Dios cuando faltan á la fidelidad jurada á los hombres; ya sabes que amo á otro.

—Si tanto te obstinas, me forzarás al cabo á romper la valla de mi respeto y consideracion, haciéndote indigna de él.

—¿De qué te podrá servir el poseer por fuerza mi cuerpo sino posees mi alma?

—Tienes razon: eres discreta como cruel é inexorable. Mas ¿por qué ese exceso de constancia y fidelidad por un hombre que sin duda te es infiel?

—¡Quién sabe! Pero su falta no excusa la mia.

—No tienes corazon de muger, pues no te dejas vencer por el sentimiento del rencor y de la venganza. Pero veo que te estimas en poco, guardando esa fé, que sin duda es pagada por Omar con el olvido y el ultraje.

—Bien sé que él ha vuelto á reclamar de ti mi libertad.

—Sí; pero ya no me ofrece como antes el devolverme á Leila: es que la ama, que goza su amor y que no quiere privarse de él. He aquí su último mensaje y verás como no te miento.

Meriem leyó el mensaje enviado por Omar al califa, y los celos no dejaron de hacer mella en su corazon. El califa conociendo por la expresion de su semblante que al fin habia tocado algun resorte en su pecho, la dijo con persuasion:

—Correspondiendo á mi amor vengarás la ingratitud de Omar hácia tí y la de Leila hácia mí.

—Señor, el cristiano nunca se venga: yo le perdono su deslealtad, aunque por ella renuncie á su amor.

Estas palabras animaron mas á Almondzir, el cual la dijo:

—¿Si tu te llegases á convencer de que él te olvida y ultraja tu memoria, y acaso Leila ocupa cerca de él el puesto de esposa, aun te considerarias obligada á guardarle amor y lealtad?

—Si yo lo viese por mis ojos, procuraria arrancar de mi pecho su amor.

—¿Y llegarias á amarme?

—Aun esa idea no puede alimentarse en mi mente.

—Júrame al menos que si él te falta ingrato y ha puesto su cariño en Leila, no llegarás á quererle por esposo.

—Si entretanto juras respetarme, yo haré ese otro juramento.

—Yo te lo juro por Alláh, cuya mirada penetra en las intenciones mas ocultas de los hombres.

—Pues yo por mi Dios, que tiene su tribunal en mi conciencia, te juro que si llego á descubrir con certeza que Omar ha faltado á sus antiguos juramentos, no seré esposa suya.

—Y en tal caso, mis sacrificios por tí, mi largo amor y mi generosidad, ¿obtendrán el premio de tu amor?

—Esa virtud digna de un cristiano, merece recompensa. Pero yo te prometo que si la infidelidad de Omar me aparta de él, fuera de tí no daria mi corazon á otro hombre.

—Ahora, pues, dulcísima Meriem: yo marcho hácia Bobaxter,

residencia de Omar, para contestar á su reto que no aceptado mancharia mi honor. Sígueme allá y averiguaremos la verdad de todo. Para que conozcas la sinceridad de mi amor y que solo deseo tu bien, te hago esta proposicion. Si Omar, leal á sus juramentos, te guarda la fé debida, yo te restituiré á él para que á su lado seas feliz. Si por el contrario, te falta infame y desleal, júrame que no serás suya, ni tampoco de otro hombre, sino mia.

—Yo te juro que en tal caso, solo seré esposa de Dios ó tuya.

—Y repetirás tu juramento ante un sacerdote de tus cristianos?

—Si tu me lo exijes, lo haré en tu obsequio.

El califa mandó llamar á un prelado de los mozárabes de la Axarquia, el cual recibió el juramento de Meriem.

Satisfecho con promesa tan formal, el emir Almondzir partió con su hueste camino de Bobaxter, llevando consigo á su adorada Meriem. De Córdoba pasó á Ecija, de aquí á Hisn Oxuna (1) de aquí á *Wadi Nexcania* (2) rio guarnecido de risueñas alquerías, de aquí á Wadibinnax (3) en las cercanías de Bobaxter, y por último asentó su almohalla ó real en otro paraje de estos contornos llamado Talachira (4). Desde este lugar Almondzir envió á Omar Ebn-Hafsun uno de sus alcaides invitándole á que bajo su real seguro viniese

(1) El castillo de Osuna, hoy cabeza de partido en la provincia de Sevilla, á 14 leguas de esta ciudad y 6 de Écija.

(2) Este es un arroyo que nace junto al valle de Abdalaziz y se reune con el Guadalhorce cerca de Alora. El nombre de *Nexcania*, que dan los autores árabes á este rio, se debe al antiguo municipio y pueblo importante de Nescania, cuyas ruinas aun se conservan en las inmediaciones de dicho pueblo del valle de Abdalaziz, distante 2 leguas de Antequera, como consta por las inscripciones que allí se han encontrado entre muchos fragmentos de arquitectura romana.

(3) Ya hemos dicho que el Wadibinnax es el rio Guadalhorce que entre profundos despeñaderos corre al pie de Bobaxter.

(4) No sabemos que se conserve en aquellos lugares el menor vestigio de este nombre. Nos hemos detenido en apuntar el itinerario del viaje que hizo el califa de Córdoba á Bobaxter, por lo que esto puede contribuir á fijar la situacion de éste lugar. Nuestros lectores nos dispensarán que con tales pormenores, demasiado prolijos, hagamos embarazosa la lectura, puesto que con ellos se ilustran los puntos históricos que tocamos.

á verle en su campamento. Omar tomó consigo á algunos de los caballeros cristianos y muladíes, á quienes por su valor estimaba en mas, y con ellos sin recelo pasó á visitar al emir Almondzir.

—Héme aquí, dijo á Omar el califa, que acudo á ventilar nuestros mutuos agravios con la espada y en combate parcial, como tu lo deseas, aunque bien pudiera, despreciando tus amenazas, venir á ejecutar el castigo de tus desafueros y desmanes. Mira las innumerables tiendas de mis muslimes sembradas vistosamente en este valle como bandadas de buitres, prontas á remontar su vuelo para desalojar á los tuyos de ese castillo de Bobaxter, infame y ominoso refugio de tu rebeldía.

—Excelso emir, le respondió Omar con ironía; la confianza en tu poder te ciega: Bobaxter es un castillo inaccesible á los mismos buítres, que no osan levantar su vuelo tan alto. Además, mira en derredor de tí y dilata tu vista por ese inmenso horizonte: descubrirás las torres y almenas de cien castillos encumbrados en enhiestos montes y guarnecidos por mis valerosos muladíes y nassaríes. Si cerca de nosotros Bobaxter suspende tu vista, por allí al occidente se descubren mis fortalezas formidables de *Sajra Chodzarex* (1) *Cannith* (2) *Alhanex* (3) y Autha; por allí al mediodia las de *Cártama* (4) y *Mixas;* mas adelante al oriente las de *Cámara* (5) *Comares* (6) *Santi Bethri* (7) *Dos amantes* (8) *Medina Belda* (9) y otras

(1) La roca de Chodzarex: acaso sea el fuerte morisco llamado hoy el *Castillon* que se mira sobre un monte á la parte O. de Carratraca y no lejos de Teba.

(2) Hoy Cañete la Real, villa tendida en la falda de un cerro á 4 leguas de Campillos y 6 de Ronda.

(3) El castilo de la Culebra: ignoramos su posicion.

(4) Villa en la provincia de Málaga, á 3 leguas de esta ciudad y 2 de Alora.

(5) Hoy despoblado que conserva su nombre en el campo de Cámara entre Antequera y Casabermeja.

(6) Villa sobre una roca, á 2 leguas del Colmenar y 4 de Málaga.

(7) Es un castillo hácia Alora, que aunque deshabitado, conserva el nombre de Santi-Petri, que tambien lleva el rio inmediato que corre en el término de aquella villa.

(8) Acaso sea el lugar llamado hoy Peña de los Enamorados, en las riberas del Guadalhorce y cerca del Torcal de Antequera.

(9) Poblacion y castillo cuya verdadera situacion ignoramos.

sin cuento que coronan todas las alturas y gargantas desde Archidona hasta llegar á las marinas que se dilatan entre Algecira y Málaga. Bien sabes que los castillos de Alhama y Torrox me abren paso por el poniente á las coras de Elvira y la Vega, sujetas en la mayor parte á mi jurisdiccion; que por el norte mi capitan *Mohammed Ebn-Yahya Ebn-Bozail* tiene á Baeza ; que los mozárabes de Castóluna se han sublevado en mi favor y tienen muy apretado al alcaide de su castillo *Obeidallah Ebn-Umeya*; y en fin, que por aquella parte he dilatado mis conquistas hasta *Hisn Caracoi* (1) y los montes Alboranos (2) que presidian mis capitanes *Ebn-Yamin* y *Ebn-Mauchul*, abriéndome así paso hasta la comarca de Toledo; á cuyos moradores alterados me importa dar fuerza y alientos en daño tuyo. Yo pues, admiro la imprudencia con que te has internado entre estos montes y valles, cuando á una señal dada desde mis atalayas de Bobaxter, los valientes que defienden tantas fortalezas (3) bajarian de todas partes sobre vosotros á semejanza de torrentes despeñados y aquí pereceria miserablemente la flor de los muslimes. Además ya acuden á mi llamamiento algunos de mis poderosos auxiliares, de esos caudillos que á semejanza mia se han levantado en diferentes comarcas de tus estados que se desquician. ¿Ves las nubes de polvo que se levantan entre aquellas lejanas gargantas? sin duda son las huestes con que acuden á darme socorro *Said Ebn-Naseh Ebn-Mastana*, señor de Luque, *Said Ebn-Hudzeil* (4) y *Jair Ebn-Xaquer*, caudillo de los muladíes de Xodar.

(1) El castillo de Caracuel, hoy lugar de la Mancha á 3 leguas de Almodovar del Campo.

(2) Sierra Morena, nombre corrompido por los árabes del latino (mons) Marianus.

(3) Además de las mencionadas, celebran los autores árabes las de *Hothrun*, hoy Jotron, monte y pago de viñas al E. de Málaga cerca de Olias, *Cardares*, *Bohares*, *Yamarex*, *Alchex*, *Axarex*, *Hisn Acuth* ó castillo agudo, *Gebalahachara*, ó monte de las piedras y otras, cuya situacion no hemos podido fijar, aunque las mas se hallaban cerca de Bobaxter; pues Omar habia procurado con tanta fortaleza y baluarte guardar los montes é impedir la entrada de los Cordobeses hasta su residencia.

(4) El 1.º era dueño de los castillos de Alia y Riberas en la Vega; y el 2.º de los de Monteleon y Fontichela ó Fuentecilla en la cora de Jaen: ignoramos la situacion de estos lugares que ya no existen.

En efecto, una hora despues aquellos caudillos dueños de varias fortalezas en tierra de Almería y de Jaen llegaron con sus huestes en ayuda de Omar, acampándose al pie de Bobaxter.

El califa Almondzir, que hasta entonces ignoraba todo el poder y fuerzas de Omar Ebn-Hafsun, reconoció el peligro á que se habia expuesto, penetrando hasta la capital de sus estados. Pero no encontrando ya remedio, disimuló su temor y dijo á Omar:

—Veo que es inútil el hacer alarde de nuestras fuerzas: en el trance en que nos vemos cúmplase lo concertado entre nosotros, y en combate parcial húndase con el que fuere vencido la causa que sustenta.

Este duelo memorable en la historia, se llevó á cabo aquel mismo dia en el valle de Talachira á presencia de las huestes enemigas, las cuales le contemplaron con impaciente curiosidad derramadas en las cumbres y faldas vecinas. Tambien la cristiana Meriem desde el real de Almondzir, presenciaba aquel espectáculo agitado su pecho por diversos sentimientos; pues si amaba á Omar, sin embargo, los recelos de su ingratitud y la generosa conducta que observara con ella el emir, le obligaban á no desear la muerte de este magnánimo príncipe.

Los dos rivales combatieron con extremado é igual esfuerzo por el poder, por la religion y por Meriem, objetos sagrados y queridos, cuya suerte iba á decidirse en aquel trance. Confiado cada cual en su razon y justicia, uno y otro hicieron prodigios de valor; pero la voluntad del Altísimo que resuelve siempre el resultado de los grandes sucesos, inclinó la fortuna en favor de Omar, y su adversario cayó mortalmente herido á impulsos de su acero, regando con su sangre la sedienta arena del valle.

Un inmenso grito de júbilo resonó entre la gente cristiana, que guarnecia una de las orillas del valle, mientras en la contraria la muchedumbre sarracena prorumpia en otro ahullido mas fuerte todavía de dolor y desesperacion.

Omar condolido por la mísera suerte del califa, tomó en sus

brazos su moribundo cuerpo y le llevó á su tienda con intencion de curarle si posible fuese. Tambien acudió á socorrerle su cautiva Meriem, anegada en llanto; tendió el califa en derredor de sí sus casi apagados ojos, y viendo á Omar y á Meriem y á muchos de sus capitanes que en vano acudian con sus remedios, les dijo con voz desfalleciente:

—¡Ya es tarde: la mano de Alláh me ha herido. Pero muero en el algihed como buen muslim, y presto las huríes del paraiso me concederán los favores que tú, Meriem, constante me has negado!... ¡Mas ya que compasiva lloras mi muerte, quiera Alláh hacerte dichosa con Omar á quien amas!

Así diciendo espiró el emir Almondzir en los brazos de Omar y Meriem.

—¡Alcaides y caballeros muslimes, gritó Omar, yo os entrego el cadáver de vuestro soberano!... ¡Llevadle en paz á enterrarle en el alcázar de Córdoba con sus mayores!... No quiero aumentar vuestra desventura, concitando contra vosotros á los cristianos de mis castillos. Retiraos libremente á vuestras comarcas.

Los alcaides y demás gente árabe, que oyeron las palabras de Omar, aplaudieron su conducta generosa, y mientras el grueso de la hueste musulmana se retiraba con el cuerpo del califa, algunas táifas se pasaron á Omar, exclamando:

—Nosotros, generoso Omar, te recibimos por nuestro caudillo y nos acogemos á tu poderosa proteccion.

Con tal suceso (1) llegó á su apogeo la gloria y poder de Omar, aclamándole de nuevo la gente de muchos pueblos y castillos de Andalucía.

(1) Esta memorable derrota y muerte del califa Almondzir al pie de Bobaxter aceçió en el año 275 de la hegira 888 de J. C.

CAPITULO VIII.

Remordimientos de Omar.—Sus explicaciones con Meriem.—Visita con ella sus estados.
—Encuentro de la anciana.— Recuerdos en Málaga.—Dolores ocultos de Meriem.

La muerte del califa Almondzir en su campo al pie de Bobaxter, llenando de pavor á los muslimes, aseguró el señorío de Omar Ebn-Hafsun en las comarcas de Raya, Elvira, la Vega, parte de Jaen y parte de la Cambania hasta el celebrado castillo de Bolay (1). Muertos dos califas en poco mas de dos años por el valeroso Omar, derrotados muchos caudillos y huestes árabes, y conquistadas las plazas y castillos de mas importancia que habia en el mediodia del Andalus, ya el caudillo muladí llegó á verse señor absoluto de una region dilatada y con el poder y autoridad de un rey. Las pocas tropas muslimes que quedaban en aquellas coras, se retiraron mas al norte, y los alcaides de los castillos y habitantes de las poblaciones, que aun reconocian al califa de Córdoba, se apresuraron á enviar á Omar sus homenages de obediencia y sumision.

(1) Véase el número IV del Apéndice.

Llegado Omar á la cumbre de su grandeza, vé asaltada su mente por mil graves pensamientos, que turban el júbilo y satisfaccion que debiera sentir al ver cumplidos los sueños de su ambicion.

Cuando la muerte del califa devolvió á sus manos á Meriem, el objeto de sus juveniles y apasionados amores, hallóse en su presencia turbado y confuso, pues en medio de la alegria que le inspiraba el verla ya libre de su larga esclavitud, acosaba su corazon un profundo remordimiento. ¿Cómo podria atreverse á recordar á Meriem sus antiguos juramentos de amor y constancia, pues mientras ella, venciendo heróicamente mil riesgos y seducciones, le habia conservado su fé en la separacion como lo habia confesado el emir moribundo, Omar instigado por un indigno sentimiento de despecho, habia inclinado su corazon á la mora Leila, á quien mantenia á su lado como amante y esposa?

Pero al mismo tiempo, la conciencia de las acciones grandes y heróicas que él habia llevado á cabo en aquella guerra de tantos años, sacando de su antigua cautividad á la grey cristiana de aquella region, le animaba para aspirar al perdon de Meriem. ¡Acaso, (se decia para sí mismo) ese ángel de bondad me perdone los agravios personales en obsequio á los sentimientos cristianos que atesora en su corazon! Si ella amaba mas al héroe que al amante, ¿qué importa que le haya faltado este, si aquel en nada ha desmerecido á sus ojos!

Vencido por estas consideraciones y por el amor de Meriem que nuevamente y con mayor ardor se encendia en su pecho, dirigió al fin sus palabras á la doncella cristiana, la cual, preocupada y triste, procuraba sin embargo disimular con una angelical sonrisa, que bañaba su semblante, la pena oculta que lastimaba su corazon.

—¡Oh Meriem, le dijo Omar con voz trémula, mi antigua hermana y amiga! ¡con qué placer vuelvo á verte por segunda vez desde aquella memorable noche que me sacaste de la mazmorra en donde me aguardaba la muerte; y con qué placer, vencedor de

nuestro enemigo, he recavado tu libertad! ¡Mas ay! ¿por qué esa nube de tristeza empaña el cielo de tu semblante?

—Omar, las personas que, como yo, han sufrido mucho, siempre conservan en medio de las mayores satisfacciones un resto de melancolía, vestigio indeleble del pasado dolor.

—Yo deseo que le deseches del todo: bien ves que despues de tantas adversidades, al fin amanecen para nosotros dias mas risueños. Aunque yo haya sido en mi proceder menos justo y leal que tú, dejándome arrastrar á extravios, hijos de mi exaltado carácter y no de mi mala voluntad, al fin he cumplido los deseos que me manifestastes en aquella memorable noche de nuestra despedida, y he llevado á cabo la santa y noble empresa de libertar de su antigua servidumbre á los cristianos de estas comarcas, desde Algeciras hasta cerca de Almería y desde las riberas del mar hasta cerca de Córdoba, cabeza de la España árabe.

—Tú has cumplido una grande mision, digna de la gratitud de los hombres y de las recompensas del cielo. Yo me doy el parabien de haberte alentado para tan glorioso intento, que tú has ejecutado á fuerza de heroismo.

—Aunque me movió á ello la voz oculta de Dios que resonaba en mi alma, tambien tu amor ha sido en lo humano el mayor ó el único estímulo, que me ha incitado y me ha sostenido hasta el dichoso fin que hoy tocamos, en medio de mil contrariedades y peligros. Pero, Meriem, tú permaneces triste... Tú sin duda has hallado en mi conducta motivos de ofensa y de odio quizás... ¡Oh! ¿no me lo perdonarás en los sentimientos cristianos de tu corazon?

—¡Yo aborrecerte, Omar!... nunca... si tú has podido agraviarme, yo, sofocando el enojo que haya sentido un momento, ya nada tengo que perdonarte...

—Sí, Meriem, lo confieso con vergüenza: yo olvidé tu amor, ó por mejor decir; apartado de tí, sentí por otra muger una llama de los sentidos, una fascinacion satánica que me indujo á caer en sus brazos... Pero vuelto ya de mi locura, acosado por el remordimien-

to, vuelvo á adorarte con mas delirio que nunca, y esa, aunque madre hoy de mis hijos, será tu esclava.

—Jamás; por el contrario, yo lo seré de ella: que se vuelva cristiana, y yo endoctrinaré á vuestros hijos en nuestra religion.

—Meriem, todas tus miras se dirigen al cielo; pero yo veo en tí un enojo, que aunque justo, me hará odioso hasta el triunfo y satisfaccion que me rodea.

—Omar, no me juzgas bien: yo te juro que ya todo te lo tengo perdonado.

—Pero al perdonarme, no lo haces tan completamente que me restituyas el antiguo amor... Tú ya no me amas...

—Sí, yo te amo... dijo Meriem, acampañando su confesion de un profundo y doliente suspiro.

—Amada Meriem, esas palabras me hicieran mas dichoso si las pronunciaran tus labios con mas expansion y mas alegría... Pero aun conozco que no soy digno de tí, y sin duda esa consideracion te retrae de entregar tu alma á mayor efusion y contento... Aunque hace tiempo que abjûré de la ley mahometana, todavía no he vuelto á entrar por las puertas del bautismo en la grey á que pertenecieron nuestros mayores. Mientras á cada instante me hallaba próximo á recibir el bautismo de sangre, no solicité el de agua, porque deseaba que mi brazo descansase algo del furor de los combates para ofrecer á Dios una mano y un corazon mas puros y humanos.

—Y has pensado bien, Omar; pero deseo que ya no dilates mas tu buen propósito.

Así lo tengo resuelto, y ojalá, Meriem, aquel dia vuelva yo por completo á tu gracia como á la de Dios. Pero como muchos de mis caudillos y gente principal de mi estado desean entrar igualmente á la profesion de la ley cristiana, hé resuelto que se celebren dentro de un mes sus bautismos y el mio con toda solemnidad en la iglesia principal de esta poblacion (1). Así daré lugar á que los nue-

(1) En Bobaxter habia varios templos cristianos, como consta de un pasage de Ebn-Jaldun, (que citaremos en la conclusion de esta leyenda), donde se lee que cuando Abderrahman III conquistó á Bobaxter, derribó todas las iglesias que allí habia.

vos cristianos se instruyan mejor por los sacerdotes en la doctrina y creencia del Evangelio y juntamente celebrando con pompa este suceso, vendrá á santificar é imprimir en este estado un carácter religioso que llamará á muchos al cristianismo.

—Veo con satisfaccion que todos tus pensamientos son dignos de la fé que profesamos.

—Yo deseo que mis acciones confirmen mas esa favorable idea que has formado de mí. Por lo tanto quiero que mientras llega el tiempo señalado para esa gran ceremonia, me acompañes por las comarcas que componen este nuevo y cristiano estado, para que reconociendo la paz, prosperidad y religion evangélica que en ellas florecen, te regocijes de la grande y benéfica obra que he llevado á buen término, inspirado por tu consejo y ayudado por el Omnipotente,

—Yo celebraré en extremo ver prosperar la mies del Señor en esta tierra marchita por las persecuciones y el fanatismo musulman.

—Vamos pues; ya retraidos los muslimes allende las sierras, se disfruta aqui de tal paz, que sin riesgo ninguno podemos recorrer estas dilatadas comarcas, sin excluir sus montes y valles mas ocultos, aunque solo lleve por comitiva de honor cuatro de mis caballeros. Tú irás como yo en una cabalgadura, pues en mis dominios no hay esclavos que pudieran conducirte en una litera.

—Esa medida te honra sobre todas, pues se vé por ella que has comprendido bien el espíritu de nuestra religion. Iré pues, á caballo, como lo acostumbré muchas veces siendo niña, para acudir en Málaga á la misa del alba en la iglesia de sus Mártires Patronos, y aunque fuese á pie lo celebraría mejor que en hombros de esclavos.

Montando, pues, en dos voladoras yeguas, Omar y Meriem se pusieron en camino, acompañados solamente de cuatro de á caballo y recorrieron de pueblo en pueblo, y de castillo en castillo toda la tierra de Raya y las comarcas vecinas. Los moradores de los lugares salian en tropel á saludar y bendecir á Omar, y en

especial los mozárabes le aclamaban por su libertador. Meriem con gran contentamiento de su alma cristiana visitó en compañía de Omar los templos nuevamente erigidos ó restaurados que hallaron en las poblaciones de mas consideracion, gozándose en asistir allí al culto del verdadero Dios, que solemnemente le tributaban los sacerdotes y pueblo cristiano.

Al bajar de la sierra de Ronda, y al trasponer una de sus gargantas, Omar y Meriem descubrieron una muger anciana bien vestida, que guiada por un rústico, caminaba sosegadamente sobre una mula, llevando encima un grueso fardo.

—¿Cómo caminas tan sola, buena anciana, le preguntó Meriem, por estos pasos y sendas tan solitarias y tan infestadas en otro tiempo por los salteadores?

—¡Oh señora mia, respondió la vieja: gracias al cielo, desde que Omar Ebn-Hafsun gobierna estas regiones, han desaparecido de ella los bandidos y nadie atenta contra el reposo ó la fortuna de sus semejantes, porque gobierna á los pueblos con leyes cristianas. Yo, señora, vivia con mi esposo en Antequera, y habiéndole perdido hace poco tiempo sin tener hijos de él, determiné retirarme á la aldea de Torrox, mi patria, donde aun me quedan algunos deudos. Con este designio, vendí algunos bienes que poseíamos en Antequera y pasando desde aquí á Ronda, donde nos quedaban otros, los vendí tambien, y recogiendo su precio y las alhajas de mas valor, me vuelvo con ello y con este criado á Torrox, sin recelo de que me sobrevenga riesgo alguno en tan largo viage!

—Y tienes razon en llevar esa confianza y seguridad, le dijo Omar: ¡ay del que se atreviese á salirte al encuentro y causarte el menor daño! Prosigue, buena anciana, tu camino, y cuando dentro de pocos dias Omar llegue á tu aldea de Torrox, ten cuidado de presentarte ante él, para que sepa si hasta llegar allí ha sido igualmente venturoso tu viaje.

—¡Sí lo haré, y tendré gran satisfaccion en conocer al protector de los cristianos y padre de su pueblo!

Así diciendo, la vieja se despidió de Meriem y de Omar, á quien habia tomado por uno de sus capitanes, y prosiguió su camino hácia Torrox, mientras el caudillo de los cristianos se detenia con Meriem en los pueblos del tránsito, visitando los castillos y fortalezas, y dando sus disposiciones sobre el gobierno civil y religioso de sus moradores.

De tal suerte llegaron á Málaga, la risueña y populosa capital de la comarca de Raya, en donde mozárabes y muladíes, y aun árabes, recibieron á Omar con grande júbilo, festejándole á competencia por algunos dias. Allí Meriem visitó con Omar la hermita de los Santos Ciriaco y Paula en las amenas márgenes de Guadalmedina, y allí los recuerdos dulces y religiosos de su primera juventud, enternecieron el corazon de los dos antiguos amantes.

—¡Oh, Meriem! la dijo Omar al salir de aquel santuario; ¡cuán feliz seria yo si en esta iglesia, en donde mancebo fuí testigo muchas veces de tus candorosas oraciones y devocion de niña, me otorgases al pie del altar la fé y afecto de un corazon que en nada ha desmerecido de aquella antigua pureza.

Al oir esto, Meriem bajó los ojos ruborizada y dejó escapar un hondo suspiro; pero su boca, contenida por una vivísima emocion, no prorumpió en una sola palabra, como si no pudiera responder nada favorable y halagüeño á los tiernos deseos de su adorador.

Durante algunos dias Omar recorrió con Meriem las pintorescas cercanías de aquella ciudad, recreando sus ojos con el espectáculo de sus inmensos jardines y frondosísimas enramadas, encantadas perspectivas que por oriente y mediodía terminan las azules olas del Mediterráneo. Allí en los verjeles perfumados por el azahar, el jazmin y la rosa, y en las risueñas orillas del mar, regaladas por el fresco soplo de las brisas, las seducciones del amor que ofrece aquella tierra privilegiada, turbaron el corazon de Omar y Meriem, aguardando y provocando aquel apasionado amante la respuesta de aquella pregunta que dirigiera á su ado-

rada junto al santuario de los Mártires. Pero un poder invencible selló los labios de Meriem, desesperando al impetuoso Omar, que con gran trabajo se dejaba contener por la casta expresion de aquel angelical semblante.

Pocos dias despues, pasando de Málaga á Torrox, Omar recibió los aplausos de los cristianos que poblaban aquella aldea, entre ellos la anciana viajera que habia encontrado dos semanas antes en la sierra de Ronda, y la cual le reconoció con tanta alegría como sorpresa, certificándole de haber llegado allí sin el menor obstáculo ni peligro, reuniéndose felizmente con su familia. Como Torrox era plaza fuerte y punto importante en la frontera oriental de aquellos estados, Omar mandó edificar allí una fuerte alcazaba y una hermosa iglesia para uso de los muchos cristianos que vivian en aquella poblacion y sus contornos.

Omar, en fin, recorrió con Meriem los sitios mas principales de las dilatadas provincias que formaban aquellos estados, entre las bendiciones y parabienes de sus habitantes. Estos, que eran por su mayor parte mozárabes y muladíes, le aclamaban por su libertador y rey, pero él rehusó este título y solo quiso aceptar el de su patrono y defensor.

Con gran satisfaccion de Omar y Meriem, estos generosos corazones, vieron florecer en aquellas provincias la paz, el bienestar y la religion cristiana. Pero lo mas admirable era la union y buena armonía con que vivian cristianos y muslimes, cada uno en su respectiva ley y religion, sin agraviarse ni perseguirse, tratándose como hermanos. Jamás, durante el reinado de los califas y con la dominacion del islamismo, entre aquellos elementos discordes pudo lograrse tan perfecta conformidad y amigable trato. Y en verdad que solamente los sentimientos de caridad, indulgencia y tolerancia que inspira la ley evangélica pudieran producir tan favorables resultados (1).

(1) Es verdad que las leyes muslímicas eran bien tolerantes con los cristianos sometidos al señorío de los árabes; pero es cierto tambien que estos solian abusar de su predominio, y oprimiendo á los mozárabes, los obligaban con frecuencia á renegar ó á rebelarse.

Meriem bendecia á Dios por tales bienes, y en sus fervientes oraciones le pedia que premiase con sus gracias y favores el celo con que Omar habia llevado á cabo tan noble empresa. Su amor hácia el caudillo muladí habia crecido con tales motivos de admiracion, hallando en fin en Omar todo el bello ideal de sus sentimientos amorosos y cristianos. Tal vez este mismo exceso de amor y ternura afectó dolorosamente su corazon cuando al llegar á Bobaxter le preguntó Omar:

—¿Estás satisfecha del estado en que dejas estas provincias?... he comprendido tus piadosos deseos y podré aspirar á que recibido dentro de pocos dias el bautismo, tu corazon me dispense del todo su gracia y la ventura que solo de él me atrevo á esperar?

—Señor, dijo Meriem con voz enternecida y turbada. Eres digno de las bendiciones de Dios y de que yo te ame y sirva como la esclava mas sumisa y fiel.

—Meriem, mi corazon te aclama por su reina y esposa, le dijo Omar tendiendo hácia ella sus brazos.

Dominada por su emocion, Meriem estuvo á punto de caer en los brazos de Omar; pero venciéndose con trabajo, se apartó y levantó sus ojos al cielo como pidiéndole valor y fuerzas.

—¿Sin duda rechazas al infiel? dijo Omar; pero dentro de poco el bautismo me hará digno de tí.

Meriem calló: su corazon sufria horriblemente: dirigiendo nuevamente sus miradas al cielo, desde el fondo de su corazon le alzó esta plegaria:

—Sosten, Señor, mi corazon débil en tan dolorosa prueba.

CAPITULO IX.

Solemnes bautismos en el templo de Bobaxter.—Resolucion de Leila.—Revelacion de Meriem.—Omar toma por muger á Leila.—Meriem profesa en un monasterio.—Ultimos hechos y muerte cristiana de Omar.

Grande regocijo reina en Medina Bobaxter. Al sonoro y alegre repique de las campanas, acuden cristianos de toda la comarca, para asistir á la solemne y ostentosa fiesta, con que se celebra en la iglesia principal de aquella poblacion el bautismo de Omar, sus magnates y caballeros. Colgaduras de damasco carmesí decoran las paredes del augusto templo, velas y flores adornan en vistosa profusion sus altares, el humo del incienso se extiende dentro de aquel recinto en copiosas y perfumadas nieblas, y la música religiosa resuena con celeste armonía bajo las altas bóvedas. Allí se siente, en fin, aquella emocion grave, solemne y espiritual, que nosotros los cristianos hemos probado mil veces en las fiestas de nuestras catedrales, y que despojando el alma de todo afecto terreno, la eleva hasta el solio de Dios y parece mostrarla ya abiertas las puertas del celestial paraiso.

Ya Omar y muchos de sus capitanes, que pertenecian á los muladíes ó árabes, han entrado en el seno de la iglesia cristiana

con la augusta ceremonia del bautismo, y postrados de rodillas, piden al cielo la gracia que les haga dignos del nuevo estado, cuando hé aquí que un piadoso suceso llama la atencion de aquellos fieles. Una muger de notable hermosura, y reconocida hasta entonces por la servidumbre de Omar como su princesa y señora, abandona el recinto del alcázar y llega á las puertas del templo, llevando en sus brazos dos niños de poca edad, vestidos ambos de blancos cendales. Esta muger era la mora Leila, antigua favorita del califa Almondzir, y ya madre de los hijos de Omar. Leila no cubre ya su rostro con antifaz á usanza de las damas moras, ni se engalana, como antes, con rica marlota de brocado, sino que vistiendo el blanco trage de las catecúmenas muestra el semblante descubierto, pero deja bajar sus ojos con modesta expresion.

En tal actitud, pide licencia humildemente á un ostiario para que la deje entrar en la casa del Señor. El ostiario avisó al prelado principal y á Omar de la pretension de aquella nueva catecúmena, y como el caudillo cristiano lleno de admiracion saliese á la puerta del santuario, le dijo Leila:

—Señor mio: hé aquí que accediendo con la mejor voluntad á los deseos que me has manifestado, traigo á nuestros hijos á que se regeneren en las saludables aguas del bautismo.

—Ya lo deseaba con impaciencia, dijo Omar, y no dudaba que tú, aunque educada en otra religion, consentirías en ello. Pero, ¿qué significa ese blanco vestido de que vienes adornada?

—Significa, señor, que yo quiero seguir en esto tu suerte y la de nuestros hijos, pues habiendo tenido siempre inclinacion á las costumbres cristianas, lo cual me indujo tambien á consagrarte mi amor en dias mas felices, hoy me ha determinado á ello una razon muy poderosa. Cuando al romper tú con el bautismo los efímeros lazos que te han unido á mí, vas á enlazarte con otra muger que te merece mas, quiero al menos que la comunidad de religion mantenga algun vínculo entre nosotros, y que no rechaces con doble repudio, por aborrecida y por infiel, á la muger que te

ha amado con lealtad y ternura durante tantos años, á la madre de tus hijos.

—Ya aguardaba yo esta escena, dijo Omar enterneciéndose á pesar suyo... Yo te juro por la gracia del bautismo, que acabo de recibir, que mi corazon se parte de dolor al contemplarte en este momento, y no poder aliviar tu pena.

—Yo, señor, nada vengo á reclamar de tí, caí en tu poder como esclava, y te dignaste concederme tu amor, yo te lo pagué... hoy tus nuevos destinos te apartan de mí: no debo ni quiero contrariar tus designios. Tu amas á esta buena y hermosa Meriem, compañera de tu infancia, y mártir casi por tu amor, tanto ha padecido en Córdoba por guardar su fé. Ella merece ser tu esposa, y pues has de ser feliz con ella, yo no daré un paso por evitarlo, antes lo deseo ardientemente, pues sobre todas las cosas, quiero tu bien y felicidad.

—Leila, tú me desgarras el pecho; si tuviera dos corazones, te ofrecería uno; pero el que tengo, desde la niñez reconoce otro dueño.

La cristiana Meriem, que asistía á esta escena pálida y melancólica como siempre, al escuchar las palabras de Leila, se acercó á Omar y le dijo:

—Señor, ella te merece... te ama de corazon, es madre de tus hijos y además quiere ser cristiana... haz que sea tu esposa... es un deber de justicia.

Omar quedó estupefacto con las palabras de Meriem, mientras Leila echándose á los pies de la cristiana, le dijo con acento enternecido:

—Señora mia: eres un ángel de bondad; pero yo no aspiro á tanto; si yo tengo algun derecho á su mano, lo renuncio contenta por aquel cuya felicidad estimo en mas que la mia. Quiero sin embargo entrar en la grey cristiana, para que me quede algun vínculo con él y con mis hijos, y si se digna concedérmelo, poder servir á vuestro lado, á tí de esclava, y á mis hijos de madre; derecho que tambien me concede la naturaleza. Quiero en fin, que

bautizados nuestros hijos, los declare por tales y les dé su nombre, y en la fuente regeneradora del bautismo, lavando la culpa de mis yerros, me dé la honra que voy á perder, puesto que segun vuestra creencia el ser cristiano es el mayor de los honores y prerrogativas, igualando casi al hombre con los ángeles del cielo.

—Tu eres desde hoy mi hermana, exclamó Meriem levantando á Leila y estrechándola en sus brazos; y dirigiéndose á Omar, le dijo con voz solemne:

—Leila es digna por sus sentimientos de ser cristiana, y por ellos y por ser madre de tus hijos debe ser tu esposa; hazle esta reparacion.

—¡Cómo, Meriem! exclamó Omar; ó es que tú me aborreces, ó que dejándote llevar de rencores indignos de una cristiana, desconoces cuanto te adoro, y que sobre todas las cosas de este mundo deseo tu amor y tu mano.

—Omar, fuerza es decirlo, replicó Meriem, esforzando su corazon vacilante; yo no puedo ser ya tu esposa... Hace tiempo que el califa Almondzir por disuadirme de tu amor, me contó tus ofensas y que tenias á otra muger en el puesto de esposa, y como yo rechazase tal idea con indignacion, me obligó á jurar que si en efecto yo descubria ser ciertos tus agravios, jamás te admitiría por esposo. Como Almondzir me acosaba con sus amorosas instancias, yo le ofrecí que haria aquel juramento con tal que él entretanto me respetase y me llevase á averiguar la verdad, como lo hizo. Con la esperanza de ganar así mi corazon, Almondzir se obligó á ello, y entonces llamando á un sacerdote de los mozárabes que habitaba en la Axarquia, hizo que ante él prestase yo solemnemente aquel juramento. Este sacerdote es D. Pelayo á quien ves aquí, y que como sabes vino de la Axarquia poco tiempo hace á cumplir sus ministerios en obsequio de estos cristianos.

Omar llamó al sacerdote, el cual preguntado sobre el caso, atestiguó ser verdad lo del juramento prestado ante él por Meriem.

—Ya ves, señor, prosiguió esta, que la fatalidad ordenó las cosas de este modo, pues por lo mismo que yo confiaba en tu lealtad

y que necesitaba oponer algun dique á los arrebatos del enamorado moro, no dudé hacer aquel juramento, obligándome en tal caso á ser esposa suya ó de Dios. Al llegar aquí con Almondzir, descubrí por desgracia ser cierto tu amor y union con otra muger, de la que hoy tienes dos hijos, y así por mucho que yo te ame, es forzoso respetar el solemne juramento.

Omar que parecia herido de un rayo con tal revelacion, exclamó:

—Reconozco en este golpe el castigo del cielo por mi deslealtad hácia tí: yo no te merecía, y por lo mismo Dios justo me ha negado este bien. Mas no sabré resignarme á tanta desventura: si he de perderte, en vano he trabajado, en vano he expuesto mi vida en cien combates. En los mayores peligros y en los intentos mas difíciles tu imágen, fija siempre en mi corazon, me animaba para no desmayar ni retroceder hasta lograr mis propósitos. Mas hoy sin tí, ¿para qué quiero mis grandezas? ¿para qué quiero la vida?

—Omar, injurias á Dios si lo que debiste hacer, y has hecho sin duda en servicio suyo y obedeciendo á la voz con que él habló á tu alma, lo atribuyes al impulso de mi amor. Aunque hoy ofuscado piensas de otro modo, sin duda tus fines fueron mas nobles y trabajaste para merecer mas gloriosa y digna recompensa de la que yo puedo ofrecerte. Hoy las bendiciones y gratitud de los cristianos y mañana los goces de la eterna bienaventuranza son el premio que Dios reserva á tu heroismo. No quieras, pues, desmerecer de esa honra, y por un injusto despecho y por un desengaño, de que á nadie puedes acusar, no quieras dejar perder los bienes inapreciables del alma, y caer miserablemente de la cumbre de la gloria.

—¡Oh, Meriem! si tu eres capaz de virtudes superiores á la flaqueza humana y solo propias de ángeles, yo no me considero con fuerzas para tanto. Concédeme tu amor y tu mano, y entonces tendré valor para arrostrar la muerte contento por la alta empresa que he tomado sobre mis hombros.

—Te engañas si piensas que ese valor has de hallarlo en los alientos de mi cariño antes que en la ayuda del cielo, única que

es poderosa é invencible: Los goces y felicidad de la tierra, mas afeminan el corazon que le confortan. No consientas pues, que yo, muger débil, te aventaje en fortaleza y resolucion, que si la frágil caña desprecia los embates del huracan, el tronco fuerte y robusto debe presentar su frente osada ante las tempestades... Además, ¿necesitas mi amor?... aunque despojado de las flaquezas mundanas, yo te lo conservaré inalterable hasta mas allá del sepulcro, y si con menos entereza de la que te conviene anhelas los goces de los sentidos, no debes buscarlos en otra parte sino en el casto cariño de esa esposa tierna, amante y bella, á quien ya conoces además como madre de tus hijos.

—Meriem, tú me haces avergonzar de mi flaqueza, conozco que tus persuasiones no proceden de resentimiento ni desvío hácia mí, y por eso hacen mella en mi corazon.

—Si yo prefiriese á otro hombre, no debieras creer en la sinceridad de mis palabras; pero ya no quiero ni puedo ser esposa sino solo de Dios, y bien debes comprenderlo, Omar, el amor grande aunque imposible que te conservo, no me permite ofrecer mi corazon á Dios con vocacion tan verdadera, cual debiera ser la mia. Pero es inevitable, y él me perdonará esta falta, ya que esfuerzo mi voluntad para consumar el sacrificio. Mas ya basta: yo voy á consagrarme al Esposo celestial... tu acepta por tuya á tu buena Leila y adopta sus hijos.

Omar no tuvo fuerzas para contestar á las persuasiones de Meriem: viendo que su determinacion era inmutable dijo tan solo:

—Sea, pues ella lo quiere. Y alargando su mano á Leila, le dijo:—Perdona si los desengaños me llevan á darte el nombre y los derechos de esposa mia, pues tú mereces mas, y solo un amor antiguo y arraigado en el alma ha podido disputarte mi corazon. Hoy mismo despues que tú y nuestros hijos hayais recibido el beneficio de esas aguas vivificadoras, en este mismo santuario á la faz de Dios y de sus ministros santificaremos nuestra union.

Así lo prometió Omar, y así lo cumplió. Meriem al dia siguiente cumplió tambien la religiosa promesa que hiciera á persuasion



Lit de J. J. Martinez, Arco de Sta Ma nº 7 Madrid,

Acepta por tuya á tu buena Leila y adopta sus hijos.

del califa Almondzir, y en manos del mismo prelado Pelayo hizo solemnemente sus votos de servir á Dios en el retiro de un claustro. Con esta resolucion entró en un monasterio de monjas que Omar habia fundado en Medina Bobaxter, y allí batallando aun con los vestigios de su antiguo amor y con los deseos de consagrarse exclusivamente al servicio divino, hizo la vida mas virtuosa y ejemplar, hasta su muerte acaecida pocos años despues. Sin duda los combates y sufrimientos de su alma, abreviaron sus dias; pero al fin los consumó en la práctica de las mas severas virtudes, y al morir sintió la inmensa satisfaccion de haber vencido al mundo y sus lisongeros engaños. Cuéntase que al morir, resonaron en su aposento músicas celestiales y que un resplandor de gloria bañó el modesto sepulcro que le mandó erigir Omar en el jardin del convento.

Omar en tanto, dominando esforzadamente su corazon, aplicó todo su conato á sustentar en paz, órden y felicidad el estado cristiano erigido por él. Acometido incesantemente por los poderosos califas de Córdoba, tuvo que sostener con ellos largas guerras, en que si bien la fortuna le fué á veces contraria, con mas frecuencia alcanzó insignes y gloriosos triunfos, abatiendo en muchas derrotas á aquellos fuertes enemigos y conteniendo sus invasiones. Los emires Abdallah y Abderrahman, que despues de Almondzir imperaron sucesivamente en la España árabe, aunque afortunados en algunos hechos de armas que ejecutaron contra Omar, fueron escarmentados en otras muchas ocasiones por su valor y prendas militares, y todo su poder y su conato no bastaron para reducirle á la obediencia y vasallage (1).

Así Omar Ebn-Hafsun empleó gloriosamente los restantes años de su vida hasta el de 305-917 (2) en que falleció de muerte na-

(1) Sin embargo *Ebn-Jaldun* dice que Omar reconoció al fin la autoridad y soberanía del califa Abderrahman III, gobernando bajo su dependencia aquellos estados.

(2) Ebn-Jaldun y Ebn-Aljathib en su biografía de Omar Ebn-Hafsun dicen que murió en el año 306; pero nosotros seguimos á el autor del Bayan Almogbreb, muy exacto en la cronología de aquellos sucesos, el cual señala el año 305 (parte II, página 178.)

tural (1) en su residencia de Bobaxter, reinando en Córdoba Abderrahman III el Grande. Murió como buen cristiano, siendo sepultado en aquella plaza con los ritos de nuestra religion y sucediéndole en el poder y gobierno de aquellos estados Chafar el mayor de sus hijos.

(1) Ebn-Aljathib dice que Omar falleció de resultas de una antigua hernia que llegó á ahujerearle la piel. Otros sin embargo dicen que murió de heridas que recibió combatiendo contra la gente del califa, y esto es mas glorioso para nuestro héroe.

CONCLUSION.

Breve noticia sobre la vida y hechos de los hijos de Omar. — Castigo postrero que Abderrahman III ejecuta en los restos de Omar y sus hijos.—Miserable estado á que vuelven los mozárabes con la muerte de aquellos héroes.

Dejó Omar tres hijos llamados Chafar, Suleiman y Hafss, los cuales imitando á su padre en valor y celo religioso, á semejanza de los Macabeos, sostuvieron esforzadamente la causa de los nasaríes en aquellas comarcas. Pero todavía no era llegado el momento señalado por el Arbitro de los imperios para la emancipacion del pueblo cristiano, á quien queria probar aun con largas calamidades y persecuciones, hasta que en la escuela del infortunio aprendiese á hacerse digno de los grandes destinos que le preparaba. Muertos sucesivamente los dos hijos mayores de Omar, Chafar (1) y Suleiman (2) durante la guerra contra los califas de Córdoba, al fin la morisma, como mar embravecida, á fuerza de combates hizo zozobrar la débil nave de la cristiandad.

El señorío, pues, de los cristianos levantados en la cora de Raya duró hasta el año 315-927, en que el califa Abderrah-

(1) Ebn-Jaldun cuenta que Chafar fué muerto por uno de sus familiares, instigado por su hermano Suleiman, y que este pereció guerreando contra el califa, alzando entonces los muladíes por su señor á Hafss, en cuyo tiempo Abderrahman III conquistó á Bobaxter.

(2) Bayan II. 208.

man III, cercando en Bobaxter á Hafss, último hijo de Omar Ebn-Hafsun, despues de muchos y largos asedios, se apoderó de aquella plaza, desarraigando de ella y enviando á Córdoba á la muchedumbre de los nassaríes que la poblaban y desolando sus iglesias (1). El emir perdonó á Hafss, y por sus prendas de buen capitan le admitió á su servicio en el ejército (2). Pero menos indulgente con la memoria de Omar y en ódio á nuestra religion, hizo abrir su sepulcro, como tambien el de su hijo mayor Chafar, que cerca de él yacía en Bobaxter, donde cuenta un historiador árabe que los hallaron tendidos boca arriba (3) segun el uso de los cristianos, pues habian muerto en su fé.

Este espectáculo irritó mas el fanatismo de Abderrahman, y por consejo de los alfaquíes que á él asistieron, mandó que los restos de Omar y Chafar fuesen sacados de sus sepulcros y llevados á Córdoba, exponiéndolos sobre la puerta llamada *Bab Assudda* ó puerta cerrada, junto á los despojos de Suleiman, otro hijo de Omar, muerto años antes por mano de los moros (4). Allí tan tristes trofeos alegraron los ojos de los celosos muslimes, así como entristecieron á los miserables mozárabes, que vueltos á mayor opresion y esclavitud, acudieron en el silencio de las noches á venerar las reliquias de sus héroes y mártires de su libertad (5).

(1) Ebn-Jaldun en su mencionada noticia sobre el alzamiento de Omar.

(2) Bayan II. 208.

(3) Los musulmanes eran enterrados con el cuerpo y rostro vueltos á la Meca.

(4) Bayan II. 209 y 210.

(5) Despues de la conquista de Bobaxter, todavía los mozárabes de aquella comarca de Raya conservaban en su poder algunos castillos que por su fortaleza habian podido resistir diferentes cercos y combates; pues como dice Ebn-Jaldun en el lugar citado, Hafsun y sus hijos poseyeron hasta treinta castillos en la amelia de Málaga. Pero Abderrahman se apoderó al fin de todos y los mandó demoler, entre ellos los de Santi-Petri, Jotron, y otros, y así como dice el Bayan II. 210, ya no quedó á los cristianos en estas comarcas, ni castillo en pie ni lugar fortificado, ni monte defendido.

FIN DE MERIEM.

APENDICES DE MERIÉM.

APÉNDICE NÚMERO PRIMERO.

Dado que la provincia de Málaga fué ilustrada en los apartados tiempos, cuya historia trazamos, con las grandes proezas de Omar Ebn-Hafsun, y en ella y su misma capital ponemos las escenas de nuestra leyenda, parécenos curioso para la mejor inteligencia de tales sucesos el dar aqui algunas noticias sobre la importancia que alcanzaba aquella ciudad, bajo la dominacion sarracena, en lo cual pagaremos juntamente un gustoso tributo al amor de la patria. Estas noticias, puesto que breves como acomodadas á los estrechos límites de un apéndice, tendrán acaso algun interes y curiosidad por ser menos conocidas y tomadas de escritores árabes muy autorizados.

Segun estos historiadores, *Málaga*, á quien ellos conservaron el nombre fenicio ó romano de *Malaca*, era una poblacion grande y considerable, *Medina cabira*, como la llama Ebn-Jallican en un pasage de sus *Islamitas ilustres* (1), y una ciudad por muchos conceptos sobresaliente y distinguida, *Medina xarifa*, como hemos leido en otro autor, cuyo nombre ahora no recordamos. Primeramente Malaca fué cabeza del waliato ó amelia de Raya, y por eso

(1) Edicion de París por *Slane*, pág. 392 á 393, del texto árabe.

Abdelwahed en su historia de los Almohades (1) dice que Raya es Malaca y su jurisdiccion; pues si bien en algun tiempo la capital de aquella comarca estuvo en Archidona, despues se fijó en aquella ciudad que celebramos. Cuando la caida del califato de Córdoba quebrantó en muchos pedazos el imperio árabe de España, Malaca vino á ser córte de emires ó régulos que dominaban en un dilatado territorio, y que extendieron á veces su señorío hasta Granada y otras ciudades del interior. Por eso el historiador Almaccari (2) cuenta á Malaca entre las capitales de reinos *cuwaid almemlaca* situadas en el mediodía del Andalus ó España árabe. Sabido es que en Málaga reinaron los emires *Idrisitas*, que empezaron en Idris I Almowayed Billah, elevado al trono en 427-1036, y acabaron en Mohammed II, séptimo príncipe de esta dinastía, por los años de 447-1055.

Los autores árabes celebran mucho á Málaga por la excelencia de sus frutos y especialmente de sus sabrosas brevas é higos, como se ve en el siguiente pasaje traducido del antes mencionado Almaccari (3).

«En Málaga se crian los higos, que por su bondad se han he»cho proverbiales y que se llevan hasta la India y la China; y se »dice que en el mundo no los hay semejantes á ellos.» Este mismo autor cita en elogio de los higos de Málaga unos versos, que no copiamos por no dilatar este apéndice; pero baste recordar á este propósito la anécdota que referimos en la leyenda de *Almanzor*, apéndice núm. VI.

El célebre viajero árabe *Ebn-Bathutha*, el de Tánger, en un pasaje citado por el mismo Almaccari (4), dice de Málaga lo siguiente:

«*Malaca* es una de las capitales del Andalus, reuniendo las

(1) Pág. 19 de la ed. de Leiden. Lo mismo se lee en Almaccari I. 194, y *Ebn-Jaldun* en su citado pasage sobre Omar.

(2) Tomo I, pág. 103.

(3) Tomo I, pág. 95.

(4) Ibidem.

»producciones mas preciadas de la tierra y del mar, y asi hay en »ella muchas cosas buenas, sobre todo en frutos. He visto vender- »se las uvas en sus mercados al precio de un dirhem pequeño (1) »por cada ocho libras. Sus granadas morasies (2) del color del ja- »cinto, no tienen iguales en el mundo. Los higos y almendras, así »de ella como de sus términos, se exportan para las regiones de »oriente y occidente (3).—En Malaca asimismo se fabrica una ad- »mirable porcelana dorada que se lleva á los paises mas remotos. »Su mezquita es de grande extension y muy célebres su alberca y »su patio, el cual no tiene rival en belleza y se ve plantado de »naranjos de maravillosa hermosura (4).»

Los historiadores árabes celebran mucho la Alcazaba y el castillo de Málaga, ponderando su altura que sobrepujaba á las nubes (5), y de la Alcazaba dicen que quien acabó su magnífica y fuerte obra fué el sultan *Badis Ebn-Habús el Sinhachi*, señor que fué de Granada y Málaga (6).

De su conquista dice el mismo Almaccari (7), que *Abdelala* hijo de Musa Ebn-Nosseir, fué el que sojuzgó la ciudad de Málaga, y la cora de Raya. Dicho historiador árabe cuenta á este propósito un hecho que nos parece curioso y del cual no sabemos que haya la menor noticia en ningun otro. Dice pues, que durante el cerco de Málaga por los muslimes, el príncipe ó gobernador de la ciudad, sobrado indolente y falto de consejo, para descansar de las fatigas de la defensa se fué á holgar en una huerta ó vergel de los extramuros, sin cuidarse de poner allí cerca centinelas ni atalayas. Pues como lo entendiese Abdelala, le puso una emboscada en un extre-

(1) Como un real de nuestra moneda.

(2) Morasies ó mursies: quiere decir murcianas, oriundas de Murcia.

(3) Como sigue sucediendo hoy.

(4) Aunque al edificarse la moderna catedral de Málaga junto á la antigua mezquita, no quedó de esta vestigio alguno, todavía el patio de los naranjos conserva su antiguo nombre, mirándose sombreado por aquellos árboles, aunque modernos.

(5) Ebn-Bassam copiado por Mr. Dozy en sus *Script. Arabum loci de Abbadidis* I. 301.

(6) Almaccari I. 121.

(7) Tom. I. pág. 174.

mo del jardin, en donde cayendo el incauto gobernador, fué aprisionado por los árabes, y así se facilitó la conquista de la ciudad por capitulacion, si bien se les permitió la presa que fué muy copiosa.

En Málaga y su comarca se estableció la gente árabe del *Ordan* ó tribus venidas de la region vecina al Jordan; pero quedó gran muchedumbre de mozárabes, como se ve por nuestra leyenda, hasta que fueron desarraigados por los moros y enviados al Africa por los años 1106 de nuestra era.

Los límites que abarcaba la jurisdiccion de Málaga bajo la jurisdiccion sarracena no pueden determinarse con entera exactitud, pues variando algun tanto la demarcacion de los climas y provincias en los diferentes reinados y épocas, hubo poblaciones en la comarca de Raya (como Ronda,) que á veces pertenecieron á otras coras y jurisdicciones. Los autores árabes cuentan en la amelia de Málaga los siguientes pueblos, para cuya enumeracion dividiremos esta comarca en tres partes; norte, oriente y occidente.

En la parte del norte: *Archidona*, la antigua *Arx Domina*, plaza fuerte de gran importancia; *Antequera* muy populosa y principal, las ruinas de *Nescania*, restos de un famoso municipio romano junto al valle de Abdalaziz; *Hisn Cannith*, hoy Cañete la Real, el celebérrimo castillo y poblacion de Bobaxter, capital de los estados de Omar Ebn-Hafsun, con todos los lugares y fortalezas de su distrito que dejamos mencionados en el cap. VIII de esta leyenda.

A la parte del oriente: *Balles* ó Velez-Málaga, abundante en uvas, brevas, y demás excelentes frutos como la capital (1); *Narigia* ó Nerja con amenas y fructíferas campiñas (2); la ciudad y castillo de *Alhama*, famosa por la fuente cálida que brota en la orilla de su rio (3) y á la cual debe su nombre la poblacion; la fortaleza de *Comares*; *Hiznate* ó los castillos; *Macharaviaya* ó el prado de los

(1) *Ebn-Bathutha* en sus *Viages*, tom. IV, pág. 373, ed. de París. Almaccari I, 103.
(2) Idem I. 109—110.
(3) Idem I. 103.

pastores; *Santo Pitar*, hoy pago de viñas (1), el castillo de *Alchex*, hoy Arches; *Batharxix*, hoy despoblado en el partido de Velez; *Torrox*, plaza fuerte y poblacion considerable; *Olias* ó las alturas, pueblo rico en viñas; *Rihana* ó la aromática, despues Riana; *Causin ó Alcausin* (los arcos); *Almayate* ó las aguas; el *Borge* ó la fortaleza; *Benagalbon*, *Benamocarra y Benihacq ó Benaque*, nombres de tribus; *Almachar* ó el prado; *Besliana*, hoy las ventas de Bezmitiana; el castillo de *Jotron*, hoy pago de viñas en el partido rural de Chapera y otros.

A la parte del occidente: *Ronda*, famosa por su alto y fortísimo castillo de que hacen pomposas descripciones los autores árabes (2); *Gauzan*, hoy Gaucin; *Alhozaina* ó el castilluelo; *Hisn Autha*, hoy Parauta; *Genalwacir* ó el jardin del ministro; *Cámara*, hoy despoblada; *Gaxara*, hoy Casares; el alcázar de *Casarabonela*; el castillo de *Mixas* sobre la sierra del mismo nombre; *Castro Dzacuan*, hoy Coin, edificado en 308-929 como frontera contra los castillos que poseían los hijos de Omar Ebn-Hafsun (3), lugar muy delicioso, abundantísimo en aguas, arboledas y toda clase de frutos (4); *Alhaurin* en medio de un ameníssimo valle; *Tolox*, nombrado por sus sabrosos higos; *Farajan* ó el deleitoso: *Benalmadena* ó la fábrica de la mina; *Marbella* y *Estebuna*, hoy Estepona, en las riberas del Mediterráneo; *Cartama*, la antigua Certima; la alquería y atalaya de *Sohail*, célebre por haber tomado su nombre de una estrella, porque segun dice Ebn-Jallican (5), un monte muy alto que domina á aquel pueblo, es el único punto de España desde donde se descubre el astro *Sohail* (el *Canopus* de los latinos)

(1) No debe confundirse con *Santi Petri* hoy castillo ruinoso cerca de Alora, aunque en árabe ambos nombres se escriben igualmente *Sant Bither*.

(2) Ebn-Jacan copiado por Mr. Dozy en sus *Script. Arabum loci de Abbadidis*, t. I. p. 55.

(3) Bayan Almoghreb, II. 189.

(4) *Ebn-Bathutha* en sus Viages, t. IV. 373.

(5) Tomo I. pág. 392 á 393 de la edicion del *Baron d' Slan*, al hacer mencion de un escritor célebre llamado el Sohaili, natural de aquel pueblo.

perteneciente al hemisferio austral (1); y en fin muchos lugares que conservan aun el nombre de las tribus árabes que los poblaron, como *Benadalil* ó los hijos del adalid; *Benalauria*, *Benarraba* ó los hijos de Rabbah; *Benahabis* ó los hijos del habisinio, *Benahojan* y otros.

Se vé pues, que la jurisdiccion de Málaga abarcaba bajo la dominacion árabe, el mismo territorio con poca diferencia que la actual provincia del mismo nombre, aunque se dilataba algo mas por el N. E. hácia Granada, confinando su comarca, llamada á la sazon Raya al O. con las coras de Algeciras y Sidonia, al N. con la de Cambania y al E. con la de Elvira. Tal es la region celebrada en todos tiempos por la riqueza, fertilidad y hermosura de su tierra, donde atraidos por tantos alicientes fenicios, cartagineses, romanos, godos y árabes, se establecieron sucesivamente con afan y que ilustraron con grandes obras y hechos. Entretanto resistiendo victoriosa á las ruinas y estragos de tantos siglos y dominaciones, su capital Málaga, siempre jóven y floreciente, ha conservado inalterable hasta nuestros dias su nombre, su prosperidad, y su importancia, bienes debidos mas que al favor de los hombres, á las dotes con que la enriqueció la naturaleza.

APÉNDICE NÚM. II.

Habiéndome propuesto en esta leyenda ensalzar los grandes hechos de Omar Ebn-Hafsun, ilustre hijo de la provincia de Mála-

(1) Por las noticias que acerca de Sohail se hallan en el célebre viajero Ebn-Bathutha, pág. 365 del tomo IV, parece probable que aquella alquería y castillo es el lugar llamado por los romanos *Suel* y hoy la Fuengirola, situado á una legua de Marbella y cinco á O. de Málaga al pie de la sierra de Mixas.

ga, he consultado detenidamente á los autores árabes (1) únicos casi por cuyo relato han venido hasta nosotros los sucesos y proezas de aquel héroe. Las noticias que doy sobre su carácter, vida y hechos están fielmente tomadas de aquellos historiadores, sin mas diferencia que yo he procurado á veces darles forma dramática, y que por no dilatarme he omitido algunos datos curiosos que pertenecen mas al dominio del historiador que del novelista. Pudiera sin embargo imaginarse que mi admiracion hácia aquel héroe ha exagerado las prendas y cualidades muy altas en verdad, que en él concurrian, aunque mezcladas con algunos defectos. Por lo mismo me ha parecido conveniente dar cabida en este apéndice al elogio que de Omar Ebn-Hafsun hace un autor árabe muy acreditado, y que por su carácter de muslim, no puede ser tachado de parcialidad en favor del caudillo de los muladíes. Este testimonio es del tantas veces celebrado autor del Bayan Almoghreb, el cual si bien en ódio á la causa cristiana que defendia Omar, suele acompañar á su nombre el dictado injurioso de *allain* ó el maldito, le hace sin embargo justicia y retrata su carácter en el siguiente fragmento sacado de su parte II, pág. 117 y 118:

«Luego que entendió Ebn-Hafsun la muerte del emir Mohammed, envió mensages á todos los castillos situados entre él y la costa, y sus moradores accedieron á su demanda, sometiéndose á su obediencia. Entonces marchó á la Vega y al monte de Xiba, en donde tomó lo que no se sabe de bienes y haciendas, todo esto sin violencia y no mucho en cantidad ni en número. Fué en verdad un azote y castigo con que Alláh afligió á sus siervos, aprovechándole lo revuelto de los tiempos, lo rebelde y corrompido de los corazones y la perversidad de los ánimos aficionados al mal y dados á la sedicion. Así cuando se rebeló, encontró hombres

(1) Estos han sido Ebn-Adzari autor del Bayan, edicion de Leiden. El cordobés Ebn-Alcuthia, Ebn-Aljathib en su biografía de Omar, que se halla en su grande obra, *Alihatha fitarij Garnatha* M. S. del Escorial, y *Ebn-Jaldun* M. S. de Leiden número 1350, tomo IV, en el cap. titulado *Alzamiento de Ebn-Hafsun en Bobaxter, Málaga, Ronda y Elvira.*

que se le sometieran y acudiesen á su ayuda por la semejanza y conformidad de sus miras é intenciones. Agregó así mucha gente, y él supo desde el principio introducirse en el ánimo de la muchedumbre, diciéndoles: «Harto tiempo hace que el Sultan os «maltrata y os despoja de vuestras haciendas y os abruma con »cargas superiores á vuestro sufrimiento. La gente árabe os hu-»milla y os fuerza á la servidumbre, y por tanto yo he resuelto »levantarme para vengaros y sacaros de vuestra esclavitud.» Y por cierto que no hubo persona á quien Omar dirigiese estas persuasiones que no condescendiese con ellas y le agradeciese su deseo, y de este modo rindióle obediencia la gente de los castillos. Siguiéronle asimismo los mas perdidos y malvados de los hombres, á quienes incitaba con la conquista de la tierra y su presa y despojo. Pero juntamente era muy amante de sus compañeros, llano y modesto con sus amigos, y á pesar de sus maldades é impiedad, era muy celoso en amparar á los suyos y evitar que hiciesen ni recibiesen ofensa ó agravio, con lo cual ganaba los corazones. Acontecia en su tiempo que una muger caminaba sola de una á otra comarca con sus bienes y alhajas, sin que nadie le saliese al encuentro para despojarla ú ofenderla. Su espada era el escarmiento de los criminales y procedia con tal equidad, quedaba crédito lo mismo á una muger que á un hombre, ó un niño, ó á cualquiera que viniese á querellarse contra cualquiera que fuese, sin pedir para el caso mas testigos que su queja y afliccion; y hacia justicia con sus mismos hijos. Era humano y benéfico con los hombres y honraba á los valerosos, y cuando podia mas que ellos y los vencia, los trataba con indulgencia. A los que mostraban mas esfuerzo en los certámenes y ejercicios de armas, les regalaba brazaletes, y preseas de oro, y todas estas cosas contribuían en su favor.»

Semejantes elogios se hallan en *Ebn-Alcuthia* y otros historiadores de aquellos tiempos.

El célebre historiador granadino Ebn-Aljathib, á quien ya dejamos citado en el epígrafe de la leyenda, pondera en su bio-

grafia de Omar Ebn-Hafsun como este caudillo desde tan humildes principios llegó á subyugar la fortuna y fundar un reino floreciente y glorioso, mostrando en la guerra su esfuerzo, abatiendo en el combate á los emires y á los mejores capitanes de su tiempo y llenando aquel siglo con la fama de sus proezas (M. S. mencionado de la Biblioteca del Escorial).

Hemos dicho que á los historiadores árabes se deben casi exclusivamente las noticias que tenemos de Omar Ebn-Hafsun, y en efecto no se halla mencion siquiera de este héroe en las escasas y diminutas crónicas cristianas que relatan los sucesos de aquellos siglos. El arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez, que como es sabido, no dejó de consultar á los historiadores árabes, nos da algunos datos sobre Omar y sus hechos, pero pocos y mezclados con errores. Todo lo que en él se dice de Omar es lo siguiente: que en el reinado de Abdallah se rebeló contra su autoridad *Homar Abenhazon* (Omar Ebn-Hafsun) uno de sus magnates ayudado de mucha gente. El califa marchando contra él, le redujo á la obediencia y le perdonó; pero Omar, alentado con la indulgencia y la impunidad, volvió á rebelarse, y entrando en Jaen mató al caudillo de su guarnicion y lo propio hizo en otras plazas y castillos. Y como el emir Abdallah le acosase con incesantes incursiones, Omar se vió obligado á recurrir á la ayuda de los cristianos, abrazando para ello su religion, aunque no con sinceridad, sino en apariencia, recibiendo así el b autismo y profesando la fé católica.

En este relato del Arzobispo (1) se notan varias inexactitudes y errores. 1.° Consta por los historiadores árabes que Omar Ebn-Hafsun no se levantó por primera vez en el califato de Abdallah, como dice el autor cristiano, sino en el de Mohammed I, continuando su rebelion en los de Almondzir, Abdallah y principios de Abderrahman III. 2.° Omar no fué magnate de la corte de Abdallah, como indica el arzobispo (*unus de principibus*) sino un aventurero, y como muladí ó moro nuevo, de la gente mas humilde

(1) Cap. XXIX de su *Historia Arabum*.

de aquel pais. 3.º Omar no se convirtió al cristianismo, por procurarse la ayuda de los cristianos, sino que antes consta por los autores árabes, que él como descendiente de mozárabes fué muy aficionado siempre á las cosas cristianas: Así se vé claramente por el siguiente pasaje del mencionado *Bayan Almoghreb*: parte II, pág. 143. «En el año 286, Ebn-Hafsun ayudó á los nas»saríes, y ya antes de esto se complacia en su trato y se aliaba »con los infieles y los honraba y favorecia, separándose de la »gente islamita y persiguiéndola.» Sin duda el arzobispo don Rodrigo no tuvo presente el linage de Omar y por ello no creyó en la sinceridad de su conversion al cristianismo. Por último, vemos que este autor en su concisa historia de los árabes calló la mayor parte de los grandes hechos de Omar, sus victorias, conquistas y nobles prendas que le adornaban.

Así pues, sucesos de tanta importancia no pudieron apreciarse hasta que el estudio de los autores árabes ha empezado á desvanecer las tinieblas de nuestra historia. D. José Antonio Conde, fundado en aquellos historiadores, ya dió algunas noticias no conocidas hasta entonces del memorable alzamiento de Omar, pero confusas y mezcladas con hartos errores; pues toma á Bobaxter por Barbastro y pone en las fronteras el teatro principal de aquellos sucesos que consta por los árabes pasaron en la comarca de Raya ó Málaga y en las vecinas. Donde se hallarán ciertamente pormenores muy exactos y copiosos sobre Omar, sus guerras y hazañas, es en la celebrada *Historia de la infanteria española*, parte árabe, pues su ilustrado autor el Excmo. Sr. D. Serafin Estévanez Calderon, ha disfrutado para ello de los mejores datos, consultando á Ebn-Alcuthia, el Bayan y otros autores árabes. ¡Lástima grande es que obra de tanto provecho é importancia aun no haya salido á luz, no siendo conocida del público sino por algunos breves pero preciosos fragmentos que de ella se han publicado!

APÉNDICE NÚM. III.

Tratándose de héroe tan famoso como Omar Ebn-Hafsun, creemos que nuestros lectores no verán con desagrado el que demos sobre él en este lugar algunas noticias genealógicas, para la mejor inteligencia de diversos pasages de nuestra leyenda.

Segun el célebre historiador *Ebn-Hayan* citado por el Bayan Almoghreb: II. 108, la genealogía de Omar era la siguiente: Omar hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar, hijo de Xatim, hijo de Dzobyan, hijo de Fergalux, hijo de Adefunx. Añade dicho autor que de estos ascendientes de Omar Ebn-Hafsun quien abrazó el islamismo, fué Chafar, hijo de Xatim y padre de Omar y Abderrahman.

Es de notar que el historiador *Ebn-Jaldun* (cod. 1350 de la Bibl. de Leiden, tomo IV, fol. 10 y 11) reproduce con alguna variedad el testimonio de Ebn-Hayan, pues refiriéndose á este autor dice que Omar era hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar. hijo de Damian, hijo de Fergalux. hijo de Adefunx, el cumes ó conde.

Segun el granadino *Ebn-Aljathib* en su biografía de Omar M.S. de la Bibl. del Escorial) fué este caudillo hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar el que islamizó, hijo de Cosmexam, hijo de Dzobyan, hijo de Fergalux, hijo de Arius.

Comparando las noticias algo diferentes de estos historiado-

res, puede formarse de Omar y su linage el siguiente cuadro genealógico:

El conde Alfonso ó Ariux (1). Nació por los años. . .	65—684.
Fergalux.	90—708.
Dzobyan ó Damian.	115—733.
Xatim ó Cosmexam.	140—757.
Chafar el Islami..	165—781.
Omar y Abderrahman.	190—805.
Hafsun y Mothahir.	215—830.
Omar (2), Ayub y Chafar..	240—854.
Chafar (3), Suleiman (4) Hafsun y Abderrahman (5).	265—879.

Si estas nueve generaciones se computan por veinte y cinco años, que es el mínimum que puede señalarse á cada una, resultará que el conde Alfonso nació por los años 65 de la hegira, 684 de J. C. y debió alcanzar á la conquista de España por los árabes, de suerte que la genealogía de esta familia se halla completa desde unos 28 ó 30 años antes de aquel suceso hasta muy entrado el siglo X de nuestra era. Es muy verosímil que Adefunx ó Alfonso fuese uno de los gobernadores que con el título de *comes* ó conde administraron aquellas comarcas en los últimos tiempos de la dominacion goda. Vemos, pues, que los hijos y nietos de Alfonso permanecieron durante tres generaciones profesando el cristianismo en medio de los infieles, hasta que su tercer nieto Chafar abrazó la religion mahometana, la cual abjuraron nuevamente Omar y sus hijos, volviendo al gremio de la iglesia cristiana, y proclamando la independencia del pueblo mozárabe en aquellas comarcas. Acaso

(1) Quizás Alfonso Arias.

(2) Murió año 305-917.

(3) Fué muerto á traicion año 308-920.

(4) Murió en un combate año 314-926.

(5) Además de los mencionados en nuestra leyenda, Omar tuvo otro hijo llamado *Abderrahman*, que rindiéndose á los capitanes del califa Abderrahman, pasó á Córdoba, en donde se estableció, ejerciendo la profesion de alcatib ó copista. (Véase á Mr. Dozy en su introduccion al Bayan Almoghreb, p. 35).

Hafs y Abderrahman, últimos hijos de Omar, al reconocer la soberanía de los califas musulmanes de Córdoba, volvieron á sumergirse á sí y á su linage en las dobles tinieblas de la oscuridad y la superstición muslímica.

APENDICE NÚM. IV.

Puesto que Omar con sus victorias y conquistas llegó á sujetar á su dominio dilatadas comarcas, paréceme conveniente determinar los límites y extension que tuvo el estado fundado por él, como punto importante para la historia de la lucha que sostuvo la cristiandad española con la morisma durante tantos siglos, y en particular para la de Málaga y su provincia, que fué el principal teatro de las proezas de aquel famoso caudillo. La cualidad con que me honro de ser hijo de aquel suelo, me ha inducido á dar mayor importancia á los memorables sucesos que forman la base de esta leyenda, mayormente siendo Omar uno de los héroes que mas honran aquella region de que tambien fué natural.

Aunque Omar Ebn-Hafsun acosado constantemente por los poderosos califas de Córdoba, no conservó todo lo conquistado y así sus dominios ya fueron en aumento ya en disminucion, poseyó sin embargo durante largo tiempo toda la comarca de Raya, cuya capital era Málaga, parte de la cora confinante de Algeciras, parte de la Cambania, que corresponde á la actual provincia de Córdoba, una parte considerable de las de Elvira y Vega, hoy Granada y Almería, y por último, otra parte de Jaen hasta los montes Alboranos ó sierra Morena. Tal se vé por las plazas, castillos y poblaciones de mas ó menos importancia que los historiadores árabes dicen clara ó implícitamente que fueron sojuzgados por Omar, y son los siguientes:

En la cora de Ronda y demás dependientes de la amelia ó jurisdiccion de Raya ó Málaga : esta capital, la plaza fuerte de Archidona, la de Ronda, la de Bobaxter, la de Alhama, entonces sujeta á Málaga, la de Connith, hoy Cañete la Real, la de Belda, la de Mixas, la de Torrox y los lugares y castillos de Calat Albanex ó castillo de la Culebra, el de Comares, el de Cámara, Sant Biter ó Santi Petri, Autha, Acuth ó Agudo, Dos amantes, Alchex (1), Cardarex, Hotrun hoy Jotron, Boharex, Yamares, Axarex, Axer y otros que no recordamos.

En la cora de Algeciras el castillo de Luza ó Loza y otros, pues dicen los historiadores que Omar sojuzgó esta comarca.

En la de Cambania, cuya capital era la misma Córdoba, las ciudades y las plazas fuertes de Cabra, Lucena, Ecija y el fortísimo castillo de Bolay, hoy Aguilar de la frontera.

En la de Elvira y la Vega que formaban lo que despues se llamó el reino de Granada: Baza, Montexicar, Ubeda de Elvira, los castillos muy fuertes de Xubiles y Monterrubio, Xalubina ó Salobreña, el monte de Xiba, Finiana y otras plazas hasta el interior de la moderna provincia de Almería.

En la de Jaen; Ubeda, Baeza y otros castillos y lugares hasta los pies de Sierra Morena en donde Omar estableció algunos presidios, y mas arriba la fortaleza de Caracoi ó Caracuel.

Vemos pues, que el principal asiento de la sublevacion y estado de Omar Ebn-Hafsun fué la cora de Raya (cuya capital fué algun tiempo Archidona, pero que al fin se fijó en Málaga), puesto que Ebn-Jaldun afirma que Omar y sus hijos poseyeron en aquella comarca treinta castillos. En los documentos que nosotros hemos consultado no consta claramente si Omar despojó tambien al califa del señorío de ciudad tan principal como Málaga; pero lo dá á entender Ebn-Jaldun, y además es muy verosímil

(1) Tal vez sea el lugar llamado hoy Archez en la provincia de Málaga, á 8 leguas de esta ciudad y 2 de Torrox. La correspondencia de los demás lugares ya la dejamos determinada hasta donde hemos podido en las notas de esta leyenda.

puesto que aquel caudillo se hizo dueño de tantas plazas y castillos inmediatos á ella, y además el gran número de mozárabes que allí habia debió facilitarle su conquista, como sucedió por semejante causa en otras muchas poblaciones. En efecto consta por otros documentos históricos que los mozárabes de Málaga eran bastante numerosos, puesto que á principios del siglo XII temerosos los moros de que intentasen algun alzamiento ó pasasen á unirse con los cristianos ya restaurados en algunas de sus invasiones, los desarraigaron de aquella ciudad, enviándolos sin duda al Africa: hé aquí como apuntan esta noticia los Anales Toledanos. Era MCXLIV, fué la hueste de Málaga, cuando existieron los mozárabes de Málaga. (*Esp. Sagr.* tomo XII, pág. 347).

Nos hemos detenido en esta consideracion, puesto que el notable progreso que tuvieron las conquistas de Omar se debió en gran parte á los muchos auxiliares que halló en los muladíes y sobre todo en los mozárabes que poblaban aquellas provincias.

FIN DE LOS APÉNDICES DE MERIEM.

MEDINA AZZAHRÁ.

J. J. MARTINEZ, EDITOR.

MEDINA AZZAHRÁ.

LEYENDA HISTÓRICA ÁRABE

POR

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

MADRID:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.
calle del Arco de Santa María, núm. 7
1858.

MEDINA AZZAHRÁ.

LEYENDA HISTORICA ARABE.

«Los reyes ilustres, cuando quieren
»dejar en pos de sí memoria de sus he-
»chos, los pregonan con las lenguas de
»la arquitectura.»

ABDERRAHMAN III.

CAPITULO PRIMERO.

Córdoba durante el califato de Abderrahman III.—Magnificencia de este emir.—Sus amores.—Peticion de la favorita Azzahrá.—Grandes preparativos para la obra de un nuevo alcázar y sitio de recreo.

El imperio árabe de España habia llegado á notable engrandecimiento bajo la dominacion de los califas Benu Umeyas de Córdoba, dinastía venturosa asentada en aquel trono por el esfuerzo y altas prendas del famoso emir *Abderrahman Ebn-Moawia* (1).

Pero todavia le estaba reservada á aquel imperio mayor gloria y prosperidad en el reinado del grande y magnánimo príncipe

(1) Fundó el imperio de Córdoba por los años de la hegira 138–756 de J. C., y murió en 172–788.

Abderrahman III Ebn-Mohammed titulado *Annasser-ledin Allah* ó sea el defensor de la ley de Dios, que subió al trono en la luna nueva de Rebi el 1.° de la hegira 300 (1) y le ocupó felizmente cincuenta años, el primero de su familia que tomó el glorioso título de *Emir-almumenin* ó soberano de los creyentes (2): aquel en cuya proclamacion cantaron los poetas:

«Comienza una luna nueva y un nuevo reinado de prosperidad: ¡oh tú que imperas por la gracia de Allah, dime si hay gloria que aventaje á la tuya (3)!»

En los dias de este monarca, la antigua y siempre célebre Córdoba llegó á ser la ciudad mas floreciente de Europa y del imperio muslímico. La famosa *Colonia Patricia*, la princesa de la Bética romana (4) convertida entonces en la sultana sin rival del occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento y setenta mil casas y numerosos alcázares y palacios, las cúpulas y *alminares* (5) con bolas de oro de sus tres mil ochocientas mezquitas, y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito. Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veinte y un arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos *axarafes* ó sean cortijos y haciendas de campo (6). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas

(1) En el mes de octubre del año 912 de nuestra era.

(2) Así lo cuenta el autor del *Bayan Almoghreb*: Parte II, pág. 161 del texto árabe publicado por M. Dozy en Leiden, 1848 á 51.

(3) Estos versos que cita el mismo autor del Bayan, son el principio de una casida ó poema de *Ahmed-Ebn-Abderrabbihi*, poeta cortesano y adulador de los califas de Córdoba, que nació en 246-860, y murió en 328-940, imperando Abderrahman III.

(4) El *P. Roa* escribió un libro para probar el principado de la Córdoba Romana sobre la Bética: *De Cordubæ in Hispania Bætica principatu.*

(5) Torres, propiamente faros ó lumbreras.

(6) Sobre estas curiosidades, número de casas, mezquitas y alquerías de Córdoba, véase á *Almaccari*, autor árabe, tomo I, págs. 96, 299, 355, 356 y 394 de la edicion de que hablaremos despues, y los apéndices de nuestro *Almanzor*, núms. 2, 3 y 4.

considerables de la España sarracena y cristiana (1), salian los numerosos y ordenados escuadrones de á pié y de á caballo, árabes y bereberes, que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar enarbolados los pendones del Profeta, con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas guarnecidos noche y dia por innumerables velas y guardas, veíanse con frecuente y sangriento espectáculo, coronados con millares de cabezas de cristianos, segadas como abundante cosecha por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de la lid y de la muerte. A ella acudian cada año las demas ciudades y provincias de la España árabe, depositando á sus régias plantas, como pecho y tributo, la inmensa suma de mas de seis millones de *dinares* de oro (2) sin contar las ricas párias, que pagaban al califa otros señoríos y estados feudatarios de aquende y allende el mar. A su *aljama* ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la *Caba* de la Meca, llegaban peregrinos sin cuento de oriente y occidente; y sus madrisas (3) ó academias, eran frecuentadas por los *talbes* (4) y *ulemas* (5) de todo el mundo sarraceno, que acudian á buscar allí la luz del saber, apagada á la sazon en el resto del orbe. Y no es extraño por cierto el que todo *muslim* (6) ansiase ver la ciudad, que segun cierto poeta árabe andaluz (7) encerraba cuatro maravillas; su soberbio puente sobre el Guadalqui-

(1) Los nombres de estas nueve puertas y el órden de su situacion eran como sigue: al S. la de *Alcántara* ó el puente y la de Algeciras; al E. la de Zaragoza, llamada tambien *Babalhadid* ó puerta de Hierro, y la de *Tolaitola* ó Toledo; al N. la *Rumia* ó de Roma, y la de Talavera ó de Leon; al O. la de *Amer* el *Coraixi* y la de Badajoz; y la de Sevilla, llamada tambien *Bab Alatharin* ó de los perfumistas, al SO., cerca del alcázar de los califas.

(2) Puede calcularse en 480.000,000 de reales.

(3) De la raiz árabe *Darasa*: estudiar.

(4) Thalbe ó Thaleb quiere decir lo mismo que filósofo ó amante de la filosofía; de la raiz árabe *Thalaba*: buscan con afan.

(5) Plural del nombre *alim*: doctor, sabio, principalmente en las tradiciones alcoránicas.

(6) El que profesa el islamismo ó ley de salvacion; de la raiz *salima*: salvarse.

(7) Citado por *Almaccari*, *I*, 96.

vir (1), su aljama, sus academias, y por último su prodigiosa *Medina Azzahrá* ó la ciudad floreciente, que nos proponemos como asunto principal de nuestras investigaciones.

En este emporio, pues, de las riquezas, el poder y la ilustracion del universo imperaba por la voluntad del Omnipotente Alláh, el noble, liberal y magnánimo califa Abderrahaman III, aventajándose en grandeza, fortuna y magestad á todos los monarcas de su época. Aquí, llamando á su lado á los hombres mas ilustres y honrados de sus reinos, *xeques* (2), *alimes*, *alfaquies* (3), *alcaides* (4) y poetas, se habia formado la córte mas brillante. Aquí mostraba su largueza y magnificencia, embelleciendo á Córdoba con suntuosos edificios, como mezquitas, alcázares y casas de placer con deliciosos jardines y copiosas fuentes, valiéndose para ello de los mas hábiles alarifes (5) é ingenieros, que hizo venir desde Bagdad y Constantinopla (6). De aquí salia para romper con sus poderosas huestes por las fronteras de los cristianos con frecuentes gazúas y algaras (7), y aquí tornaba de nuevo á reposar bajo las bóvedas de jazmines y rosales, y entre bosquecillos de naranjos y arrayanes, en donde las bellísimas *huríes* de su *harem* (8) le brindaban las delicias del amor.

Pero el poderoso sultan no era feliz. Hay un vacio en el corazon humano, que lo mismo se siente en la prosperidad que en la desgracia, á menos que venga á llenarle esa imágen celestial que nuestras almas buscan por instinto, y que hemos admirado en presentimiento en todo lo bello y amable que hemos hallado en la tierra. Hay una aspiracion á buscar la dicha en otro ser, de quien

(1) Lo edificó Julio César y fué restaurado por el califa Hixem I, que imperó desde 788 á 796 de J. C.

(2) Ancianos, cabezas de tribus.

(3) Teólogos.

(4) Capitanes y caudillos de tropa.

(5) Peritos y arquitectos.

(6) Así lo cuenta *Ebn-Jaldun* citado por *Almaccari, I,* 380.

(7) Entradas en tierra de enemigos para talar y robar.

(8) Lugar reservado para mansion de las mugeres; de la raiz árabe *harama:* vedar.

el nuestro parece como arrancado y que no puede vivir sin él, y hay una necesidad de unírsele con un sentimiento ardiente, poderoso, divino, independiente de los demás afectos del mundo, y de buscar en él una dicha agena á todos los placeres y bienes terrenales. Este ensueño, esta necesidad del alma, esta pasion, en fin, que no es mas que la aspiracion del hombre al Sumo Bien, nos lleva á veces por un error de nuestra condicion mezquina, á sacrificar cuanto somos y cuanto valemos en las aras de cualquier deidad seductora, aun la mas indigna de tal idolatría: con que poniendo en ella nuestro amor, nuestra fé y nuestra esperanza, llegamos, aunque tarde, al desengaño ó al arrepentimiento.

Tal fué la desdicha de Abderrahman Annasser. Afanoso el califa por desterrar de sí aquella íntima angustia, aquel inexplicable desabrimiento del alma que le daba tormento en su misma grandeza, derramaba sus tesoros para fundar vergeles y sitios de recreo, trasuntos del perdido Eden. Aunque ya sus mayores habian embellecido la ciudad y sus contornos con palacios y casas de placer sobremanera deliciosas, como lo eran, entre otros, los cuatro alcázares llamados, *Azzaher* (el florido), *Albahú* (el precioso), *Alcamel* (el perfecto) y *Almonif* (el eminente), Abderrahman, con ayuda de los mas insignes arquitectos orientales, hizo levantar otros mas risueños y magníficos. Rodeándose en tales paraisos de todas las delicias del arte y de la naturaleza, y acompañándose, como de otra Eva, de alguna hermosa sultana, en vano procuraba poblar con ella la soledad de su corazon, ni hallar en sus brazos la ventura celestial con que soñaba. Con tales vanos propósitos fundó, entre otros muchos, cerca del palacio Azzaher, el grande alcázar que nombró *Dar Arraudha* ó la casa del vergel, y despues la *Almunia* ó *Cassr Annaora* (huerta ó alcázar de la noria), los cuales hizo adornar con extraña magnificencia, cercándolos de floridos jardines, con aromosos bosquecillos, fuentes y arroyuelos, haciendo traer para ello gran caudal de agua de las sierras vecinas (1).

(1) *Ebn-Jaldun* en el lugar citado.

En estos y otros lugares de deleite, el corazon de Annasser rindió culto á varios ídolos, sin que alcanzára de ninguno de ellos la felicidad y calma de espíritu porque suspiraba. Pero al fin quiso su buena ó mala estrella que los encantos de la hermosa *Azzahrá* le inspirasen la pasion ardiente y poderosa, que solo podia albergarse en el pecho grande y genoroso del emir. Así lo permitió Alláh excelso. Mas para evocar estos recuerdos, fuerza nos es acudir á los textos de los historiadores árabes, cuando nos relatan uno de los sucesos mas importantes de este memorable reinado, que fué la fundacion de Medina Azzahrá, el mas famoso entre los alcázares y sitios reales de los califas de Córdoba.

Puesto que el relato que vamos á trazar mas se asemeje por lo maravilloso y florido de sus pormenores á la risueña amenidad de la novela, que á la severa descripcion de la historia, bastará tener alguna idea del gusto y genio literario de los árabes, para conocer que nosotros no hemos hecho otra cosa que traducir y concordar diversos pasajes de historiadores de aquella nacion. Estos han sido entre otros, los célebres *Ebn-Hayyan*, *Ebn-Jacan; Ebn-Jaldun* y *Sidi Mohieddin Alarabi*, citados por el autor del *Bayan Almoghreb* (1) *Almaccari* (2) y otros cronistas y colectores de historias arábigo-españolas, á cuya traduccion hemos querido consagrar algunas vigilias en gracia de lo importante y curioso de sus noticias; hélas aquí:

Abderrahman III, que poseia en alto grado la virtud propiamente árabe de la liberalidad, habia derramado grandes riquezas en las beldades de su harem. Al morir una de ellas, dejó de aquellas donaciones inmensa fortuna. Entonces Alláh, por medio de sus imames (3) y alfaquíes, inspiró al califa un santo consejo, que fué el de invertir aquellos tesoros en rescatar á los muslimes que

(1) *Ebn-Adzari* el *Marroquí*, que floreció en el siglo VII de la hegira XIII de nuestra era. Véase á *M. Dozy* en la introduccion á su edicion de esta obra.

(2) El xeij ó xeque *Abulabbás Ahmed Almaccari*, que floreció en el siglo XI de la hegira XVII de J. C. Nosotros hemos seguido el texto árabe de su primer tomo, publicado en Leiden 1855, por *M. William Wright*.

(3) Imam: sacerdote, ministro de la religion.

gemian cautivos en las partes de Afranch (1). El emir con esta resolucion despachó sus *rasules* ó embajadores á los reyes cristianos sus comarcanos. Pero el maldito Xaithan (2) que nunca descuida el daño de los hombres, deseoso de evitar aquel bien, inspiró al justo Annasser la mas frenética pasion por otra de sus mugeres, la bellísima *Azzahrá* (3), y á ella el sentimiento de la mas torpe codicia. Azzahrá, pues, corrompiendo á fuerza de oro á los mensajeros del califa, alcanzó de ellos que no cumpliesen fielmente su embajada, y al volver á la córte, declarasen no haber hallado muslim alguno cautivo en tierra de cristianos. Abderrahman Annasser, dando crédito á esta falsa nueva, se regocijó mucho, y con fervor de creyente acudió á la aljama mayor, fundacion de su ascendiente Abderrahman Ebn-Moawia, para dar gracias á Alláh por aquella gloria y ventura de su religion.

Cumplido este deber, el emir acompañado de sus wacires ó ministros, y su guardia de slavos (4) y negros vistosamente armados, volvióse á su alcázar situado á la parte de poniente de la ciudad. Como en las grandes alegrías, lo mismo que en los grandes dolores, el corazon del hombre necesita desahogar y comunicar sus sentimientos, mayormente si vive enamorado, Annasser, que lo estaba en extremo, quiso comunicar su alegría con la hermosa Azzahrá. Entró, pues, en su aposento, que era un pabellon del mismo alcázar con rejas y puertas á sus jardines, y como ella, sabedora ya de lo ocurrido, le recibiese con grandes muestras de cariño, luego que con sus tiernas caricias, dulces palabras y miradas penetrantes

(1) Los autores árabes designan con el nombre de *Afranch*, no solo á los pueblos francos, sino á los godos y otras gentes septentrionales, y en general á todos los cristianos.

(2) Satanás.

(3) La florida, la dotada de brillante hermosura.

(4) Estos eran mancebos germanos y esclavones, que los árabes en aquellos siglos, solian adquirir por medio de los judíos como esclavos, y de ellos los unos se destinaban al servicio del harem, y otros á la guardia del califa. (Véase á *Mr. Reinhart Dozy*, en sus *Recherches sur l' histoire pol. et litt. de l'Espagne pendant le moyen âge* I. 28.)

de gacela, le vió enteramente ciego y preso por el delirio del amor, le dijo:

—Quisiera que con esos tesoros edificases una ciudad de mi nombre, que sirviese para mi morada y para retiro de nuestros amores (1).

El enamorado sultan prometióle luego acceder á sus deseos, y desde entonces ningun otro pensamiento preocupó su real ánimo sino el de llevar á cabo aquella obra con la suntuosidad y magnificencia digna de él mismo, y que pudiese dar testimonio de la extraña pasion que alimentaba.

Annasser, pues, mostrando con tal ocasion toda la fineza de su generosidad, no solo consagró al gasto que debia ocasionar la fábrica proyectada las inmensas sumas que dejó su favorita, sino que para llevarla á cabo con toda esplendidez, abrió las arcas de sus tesoros y destinó al mismo propósito la tercera parte de los cuantiosos tributos que le pagaban sus vasallos y pueblos feudatarios, reservando de las otras dos una para el ejército y otra para el erario (2). Inmediatamente el poderoso califa envió sus órdenes y mensages á los walíes (3) de sus provincias y á los príncipes y señores de otros estados sus tributarios ó amigos, manifestándoles sus deseos de levantar un monumento que diese indicios de su grandeza.

Esto ordenó y escribió Abderrahman Annasser y muy luego tres partes del mundo se apresuraron á cumplir su voluntad soberana. La tierra ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innu-

(1) *Sidi Mohieddin Alarabi* citado por *Almaccari*, I, 344.

(2) *Bayan Almoghreb*. Parte II, 248 y siguientes:—Almaccari, I, 374. Este autor dice que las rentas recaudadas anualmente por los califas de Córdoba, ascendian á 5,480,000 dinares de oro de los tributos de las ciudades y provincias, y además 865,000 dinares de los derechos especiales impuestos sobre los *socos* ó mercados, y de lo que rendia el *mustalajes*, que como observa el citado orientalista *Mr. Dozy*, en su Glosario al *Bayan Almoghreb* (tomo I, págs. 13 y sigs.), eran las tierras y heredades del patrimonio particular de los califas.

(3) Gobernadores.

merables artífices que acudieron á explotarlas. La antigua Tarragona y Almería, el espejo de España (1), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos, y con variedad de colores y matices; la comarca de *Rayya* y su cabeza la fenicia Málaca preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opulenta Tunez, ricos jaspes rosados y verdes. Los mares se cubrieron de bajeles, que zarpando de los puertos de Africa, Siria y aun de Italia y Grecia, acudian con los tributos y presentes de sus príncipes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vientos soplaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y marinas de Tunez y Mehdia se dieron á la vela para la costa de Andalucía naves cargadas de las magníficas columnas de mármol y jaspes y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas ruinas de la iglesia cristiana de Sfax, y á las mas soberbias de la antigua y potente Cartago, que enviaban al emir almumenin sus walíes ó gobernadores en aquellas provincias (2).

Y no es solo la antigua señora de los mares la que envia por tributos y ofrendas las reliquias de sus artes y civilizacion al poderoso sultan, sino que tambien las otras dos ciudades que en los tiempos pasados tuvieron el imperio del mundo, acuden con sus dones y párias para esta grande obra rival de las suyas. Envióle Roma gran número de columnas y ricos mármoles, y el emperador de Constantinopla (3), entre otros presentes, le envió con Ahmed el filósofo y el obispo Rebi (4) una perla (*yatima*) de inestimable

(1) Espejo, significa Almería en la lengua árabe.

(2) El número de columnas venidas de Africa, fué el de mil y trece, y las trajeron los alarifes *Abdallah Ebn-Yunes*, *Hassan Ebn-Mohammed*, el Cordobés y *Ali Ebn-Chafar* el Alejandrino, á quienes el califa les pagó por cada mármol, grande con pequeño, diez dinares. Por tal manera empleando los árabes conquistadores las columnas y mármoles de las ruinas de Cartago en nuevas fábricas y edificios, no es extraño que hayan desaparecido los restos y huellas de aquella poderosa ciudad hasta el punto de ignorarse casi su antiguo asiento.

(3) Leon, padre de Constantino Porfirogénito.

(4) Este obispo parece que era uno de los prelados que rigieron la iglesia cristiana de Córdoba, que con el nombre de los *mozárabes* se conservó bajo la dominacion de los moros. Por los autores árabes sabemos que Annasser se valió de él para muchas embajadas, principalmente artísticas, con los soberanos de Oriente.

valor, y una fuente ó pila de pórfido, alhaja preciosísima por el primor de sus labores y adornos, que mas adelante tendremos ocasion de describir. Además de estas preseas, aquel emperador, grande amigo y aliado de Annasser, le mandó ciento y cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños y gran cantidad de *foseifesa*, especie de preciosa y elegante filigrana y mosáico esmaltado para el adorno de las paredes y artesonados (1). Todo esto consta por los historiadores árabes: tan prolijos acostumbran ser en sus relatos y noticias.

Mientras que asi se acopiaban los materiales para la construccion, Annasser hizo venir á costa tambien de grandes expensas á los mas excelentes arquitectos y geómetras de Bagdad y Damasco, asi como de Grecia y otras regiones de oriente y occidente. El cuidado de dirigir la obra teniendo bajo su mano á los arquitectos y otros artífices, lo confió á su mismo hijo y príncipe heredero de la corona el emir *Alhacam*. Para su planta escogió un paraje acomodado, asi por lo vasto de su recinto, como por lo variado y pintoresco de sus vistas y amenidad del terreno, que fué una espaciosa llanura en la falda y ladera meridional del monte llamado Gebal Alarús (monte de la esposa) á la distancia de tres millas al norte de Córdoba (2).

(1) Por el autor del Bayan (pág. 253), y por otros autores árabes sabemos que el emperador griego envió á Abderrahman grandes cantidades de este *foseifesa*, que se emplearon en decorar los muros de la aljama de Córdoba y los de Medina Azzahrá, enviándole al mismo tiempo aquel soberano un arquitecto para que dirigiera su colocacion y adiextrara en el modo de fabricarle á los artífices de Córdoba, que por cierto no tardaron en aventajar á sus mismos maestros. La capilla del *Mihrab*, en la catedral de Córdoba, se mira todavia decorada con aquel precioso ornato. Así fué como los árabes imitaron la arquitectura bizantina, que luego perfeccionaron y embellecieron mas y mas, como lo veremos mas adelante.

(2) Véase el apéndice de esta leyenda, núm. I.

CAPITULO II.

Edifícase Medina Azzahrá.—Sorpresa de la favorita al contemplar el suntuoso alcázar. —Su solemne inauguracion.—Descripcion de Medina Azzahrá.—Aposento del tocador.—Aposento del trono.—Aposento de la fuente de azogue.—Alcázar maravilloso del rey Almamun en Toledo.

Prosiguiendo con los autores árabes en relatar la fundacion y novelescas historias de Medina Azzahrá, diremos que el califa Abderrahman, con ayuda de los mejores arquitectos venidos del oriente, hizo levantar los planos de aquella grandiosa fábrica, ordenando la traza del alcázar principal para morada de su favorita, y las de otros edificios para su córte y servidumbre. Mandó asimismo que se fabricasen muchos *muntazehes* ó casas de placer repartidas por el monte y la llanura: hizo labrar la tierra, desmontar y allanar las asperezas, trazar y abrir los caminos, traer grandes caudales de agua desde parajes muy distantes y apartados de las sierras vecinas, y repartirlos artificiosamente para que surtiesen las fuentes de los alcázares y la ciudad y fertilizasen los prados, huertos y jardines (1). Empezóse la fábrica el primer dia de la lu-

(1) Almaccari, I, 374.

na de muharram del año 325 de la hegira (1) ó sea el 18 de noviembre del año 936 de nuestra era, porque sin duda el emir almumenin para solemnizar mas aquella fundacion, quiso que tuviese principio en el primer dia del año.

Para formarse alguna idea de la animacion, movimiento y bullicio que reinaba en aquella obra gigantesca, nos bastará recordar lo que sobre el caso nos cuentan los historiadores árabes. Dicen, pues, que trabajan en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios (2). De ellos á los unos pagaba el califa á razon de dirhem y medio diario, á otros á razon de dos y medio y hasta tres á algunos (3). Para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas del sultan, y que servian para conducir en sus viajes su ajuar y recámara. Gastábanse cada dia en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería. Cada tres dias venian á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva, aunque otros dicen que diez mil, y en toda la edificacion, en fin, se empleaban diariamente millares de brazos y sumas incalculables.

Con tal prodigalidad y magnificencia logró Annasser que en breve tiempo se llevase á cabo la parte principal de la fábrica, en particular el alcázar y lugares de recreacion y placer en que habia de morar la hermosa Azzahrá. El califa, siempre que los cuidados de la guerra, á que era muy aficionado, no le obligaban á marchar con su hueste, dirigia por sí mismo la obra, consagrándose á ello con tal empeño y actividad, que, segun cuentan los historiadores árabes, ocupado allí, dejó de asistir tres chumas ó viernes seguidos á la assalá ú oracion en la aljama de Córdoba con gran escándalo de los fervorosos muslimes. Añaden que como se presentase en la aljama el cuarto viernes, allí delante de todo el

(1) Ebn-Hayyan citado por Almaccari, I, 346.
(2) Almaccari, I, 373.
(3) Ib. 345 á 46. El dirhem es una moneda de plata, cuyo tamaño varía desde el de un real al de una peseta castellana.



Lit. de J. J. Martinez Arco de S.ta M.a n.o 7 Madrid.

La mostró el nuevo Alcázar y poblacion que habia fundado para ella.

pueblo, fué reprendido y conminado con las penas eternas por el imam y alfaquí Mondzir Ebn-Said, varon muy austero en materias de religion, que aquel dia cumplia con su cargo de aljatib ó predicador.

En tanto el emir deseoso de dar una grata sorpresa á su favorita, jamás permitió que fuese á ver la obra que se levantaba, sino que rodeándola de toda suerte de solaces y de delicias en el retiro de su harem, ó bien llevándola consigo en una dorada litera á sus expediciones militares, ó ya á otros sitios reales y moradas de placer, procuraba divertir su ánimo hasta que pudiera ofrecerla con cumplida perfeccion la joya y presente prometido.

Llegó por fin el dia suspirado, en que, viendo el califa conseguido en gran parte el fruto de sus largos afanes y dispendios, entró en el aposento de Azzahrá y llevándola desde allí á otro situado en la parte del norte de su palacio, la mostró el nuevo alcázar y poblacion que habia fundado para ella. Era la mañana de un dia muy sereno y brillante, por manera que Azzahrá dirigiendo sus ojos desde el ajiméz de aquella ventana á la parte que se le mostraba, vió que en la falda de aquel monte, antes inculto, aparecía ahora como por encanto la prodigiosa fábrica de su nombre, aquella nueva maravilla del arte, cuyos blancos edificios levantados á modo de gradería en la ladera, destacábanse notablemente sobre la negra breña y maleza sombría del monte. Este contraste contribuyó mucho á la admiracion y sorpresa de la jóven favorita, que dejando aparecer en sus labios sonrientes de amor y gratitud cierta expresion de ironía, dijo al emir:

—¡Oh, señor mio: qué bien parece la hermosura de esa jóven beldad sobre la negra tez de ese zingita (1)!

Abderrahman, muy pesaroso de que su favorita hubiese hallado aquel lunar en la belleza de tan soberbia fábrica, y deseando complacerla á todo trance, quiso que se allanase aquel collado. Pero como le disuadiesen de este propósito algunos de sus wacires y

(1) Etiope, negro.

cortesanos, contentóse con hacer que se cortase la maleza y ramage bravío que embarazaba el monte, plantándose en su lugar higueras y almendros, con que segun la hermosa descripcion de un historiador árabe (1), llegó á presentar aquel collado la vista mas risueña y encantadora en el tiempo en que se abren las flores y florecen los árboles.

Cuando Annasser hubo ofrecido por la primera vez á Azzahrá tan hermoso y nuevo espectáculo, la mandó que se adornase con sus mejores galas y joyas, y que acompañada de las numerosas y bellas esclavas, que asistian en su servicio, viniese en su compañía, pues queria celebrar con muchas alegrías y festejos la fundacion de Medina Azzahrá y la presentacion en ella de su bella favorita. Habíanse levantado, segun órdenes del califa, en todo el camino y arrecife (2), que conducia desde el alcázar de Córdoba hasta Medina Azzahrá arcos de verde y florido ramage, extendiéndose de unos á otros largos toldos para preservar á la concurrencia del bochorno del sol. La lucida guardia real de los slavos, vistosamente armados con sus espadas, lanzas y broqueles, y compuesta de seis mil mancebos (3) habíase formado en dos hileras desde el alcázar hasta las puertas de la ciudad; seguia despues la milicia de negros armados con arcos y adargas, y despues otros cuerpos y escuadrones que guarnecian y formaban una larga calle en todo el espacio que se contaba hasta llegar á las puertas de la ciudad de las flores.

Abderrahman Annasser, acompañado de sus wacires, caballeros y los alcaides ó capitanes de sus huestes, salió del palacio en un fogoso y negro corcel de raza árabe, y en pos de él salió Azzahrá rodeada y seguida de sus esclavas, encubriendo mal con el enojoso velo los encantos de su bellísimo rostro, aumentados singularmente aquel dia por la satisfaccion y júbilo de su alma. Este vis-

(1) Sidi Mohieddin, citado por *Almaccari*, I, 344.
(2) Es palabra árabe, y su significacion equivale á calzada ó camino.
(3) *Almaccari*, I, pág. 373.—Otros dicen que eran 3750. Id. pág. 372

toso y lucidísimo séquito salió de la ciudad por la puerta llamada *Bab Ixbilia* ó de Sevilla, hasta donde llegan los jardines y huertas del alcázar. Desde allí dejando á la izquierda el arrabal nombrado *Rabdh Hawanit Raihan* (1), enderezaron su camino hácia el norte, atravesando entre las filas de slavos y negros formados en el espacio libre que se dilataba entre el muro y los arrabales de occidente, hasta llegar cerca de la puerta de la ciudad llamada *Bab Liun* ó de Leon y prosiguiendo despues hasta Medina Azzahrá.

Toda esta parte de los suburbios de Córdoba y los campos inmediatos se miraban embellecidos con risueños jardines, suntuosos alcázares y otros monumentos notables, como el alcázar llamado *Bostan* ó del huerto junto á la puerta de Sevilla, el palacio de Moguitz (2), la mezquita de *Axxefa* ó de los Remedios, la de *Assorur* ó del placer, el famoso *Hemam* (ó baños de) Elvira, los vergeles de la *Raudha*, la *macbara* ó cementerio de *Amer* el *Coraixi* (3), el delicioso alcázar y sitio real ya celebrado con el nombre de *Dar Annaora* y otros edificios y lugares de recreo.

Pero todas estas bellezas de la naturaleza y el arte distaban mucho de poderse comparar con las que contempló Azzahrá, cuando llegó por fin á la risueña llanura que se extendia delante del alcázar y poblacion de su nombre. Allí se ofreció nuevamente á sus ojos, pero con todo el lleno de su hermosura, la risueña Medina Azzahrá tendida en forma de anfiteatro y gradería sobre la suave ladera del monte de Alarus, ofreciendo ahora á sus encantados ojos con sus blancos edificios mezclados entre vistosos vergeles, frondosísimas arboledas y corrientes de aguas, la imágen de una bellísima sultana que sorprendida en su lecho de flores por los rayos del naciente sol, se despertaba sonriente, descubriendo

(1) Es decir, el arrabal de las tiendas de aromas.

(2) Llamado así sin duda por haberle habitado el famoso Moguitz el Rumi, caudillo árabe que conquistó á Córdoba cuando la irrupcion sarracena.

(3) Todos estos monumentos daban su nombre á diversos arrabales de aquella parte de Córdoba, como puede verse mas por menor en Almaccari, I, 304, y en el apéndice de Almanzor núm. III.

sus graciosas formas á través del mal ceñido velo, y se disponia á adornarse con sus galas de brillantes colores (1). Al llegar á este parage, el emir despidió á sus cortesanos y guardias, y apoyando ligeramente su mano en el torneado hombro de Azzahrá, penetró con ella en la maravillosa fábrica. Sobre la ojiva puerta que daba entrada á aquel mágico recinto, obra de los genios, reconoció la favorita con grata sorpresa su hermosa imágen hábilmente esculpida sobre el mármol (2). Mas adelante en los adornos de verde boj que rodeaban una fuente, leyó tambien su poético nombre Azzahrá ingeniosamente dibujado, y por todas partes hallaba testimonios del inmenso amor que la profesaba Annasser.

Pasada aquella puerta, que era la llamada *Bab Alacabba* ó de las bóvedas, Annasser y su favorita se hallaron en el recinto de Medina Azzahrá propiamente dicha, que se miraba rodeado de un muro de poca altura, mas bien levantado para el adorno que para la fortaleza. Este muro encerraba el alcázar principal con diversos pabellones y aposentos para morada de la sultana, del califa y de su córte cuando le siguiese á aquel real sitio; otros pequeños palacios y casas de placer con sus *raudhas* y *bostanes*, ó sean jardines y huertos; la aljama ó mezquita para las prácticas y ceremonias de religion, y por último diferentes edificios para alojamiento de la guardia de slavos, negros y demas gentes de armas, xeques, alcaides y otras personas de cuenta, que seguian la córte del califa (3). Todo el recinto de Medina Azzahrá, ceñido por aquel muro

(1) Al pie de la quebrada sierra (dice el señor Madrazo en su descripcion de Córdoba, que forma parte de la obra titulada *Recuerdos y bellezas de España*) al abrigo de los helados vientos del norte y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una sultana viciosa y mimada, nace consagrada al amor y los placeres del mas ostentoso califa la peregrina Medina Azzahrá, poblacion mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que la arquitectura puede con sus fábricas igualar las mas fantásticas descripciones de la poesía (pág. 170).

(2) *Sidi Mohieddin*, citado por Almaccari, I, 344.

(3) Al trazar la descripcion de los monumentos y bellezas artísticas de Medina Azzahrá, segun el relato de los historiadores árabes, nos ha sido imposible el fijar con exactitud la posicion respectiva que ocupaba cada uno de aquellos lugares, por no

y asentado parte en la falda del monte y parte en la llanura, media dos mil y setecientos codos de longitud, contándola desde oriente á ocaso, y mil quinientos de anchura desde norte á mediodia (1). Como toda la fábrica se habia construido por la traza aérea, ligera y elegante, propia de la arquitectura arábiga, no parecerá extraño lo que dice un historiador, á saber: que en toda Medina Azzahrá mirábanse colocadas hasta cuatro mil trescientas y trece columnas, y se abrian quince mil puertas (2), contando sin duda en este número, no solamente las exteriores que daban salida á los alcázares y al muro, sino tambien las que servian para comunicarse interiormente los aposentos y las innumerables que formaban los muchos arcos, columnatas y galerías. Otro historiador, que es el célebre *Abu-Meruan Ebn-Hayyan*, dice que este número de quince mil lo componian las hojas de sus puertas entre pequeñas y grandes, y que todas ellas eran forradas de hierro y bronce.

Abderrahman y Azzahrá, despues de atravesar por muchos arcos de follaje y flores levantados de propósito para esta solemnidad, entraron por fin en el soberbio alcázar por la puerta llamada *Bab Assudda*. En ella y en el atrio que se extendia delante de aquel edificio, hallaron formada la lucidísima guardia de los gentiles mancebos slavos, aderezados con muy vistosas y ricas armas. Mirábanse formados en muchos órdenes y filas, y presentaban el mas brillante aspecto; pues su número pasaba de tres mil,

bastar á ello la concisa relacion de aquellos escritores. Nosotros supliremos este vacío con las congeturas que al mismo propósito apunta el señor Madrazo, y que son tanto mas plausibles cuanto que han nacido del exámen ocular del terreno. Dice así: «distribuyóse la obra en tres partes ó secciones: la que apoyaba en la misma montaña para los alcázares del califa..... La inmediata al mediodía para las viviendas de su servidumbre, eunucos y guardias..... La tercera y mas desviada de la montaña para jardines y huertos que dominaban los alcázares (pág. 408).»

(1) *Ebn-Jallican* en su vida del rey de Sevilla *Almotamid*, citado por *Almaccari*, parte I, pág. 343 de la edicion mencionada.

(2) *Ebn-Jallican, Ebn-Hayyan* y otros historiadores citados por *Almaccari*, parte I, pág. 344 y 372.—*Bayan-Almoghreb,* parte II, pág. 246.

y de seis mil segun otros, y en sus lucientes armaduras, espadas y hierros de las picas reverberaban los esplendentes rayos del sol, de manera que segun la elocuente expresion de un autor árabe, semejaban un espesísimo bosque y selva de fuego. Si tal pompa y aparato de servidores mostraba fuera del alcázar la grandeza de Abderrahman, todavia fué mayor la muchedumbre de esclavas hermosísimas y ricamente ataviadas que acudieron á recibir y servir á su señora por los diferentes corredores y galerías del regio alcázar, pues su número excedia de muchos miles (1).

El emir con gran complacencia fué mostrando á Azzahrá todas las maravillas encerradas en aquel mágico recinto, y ella á su vez procuraba por su parte corresponder á sus finezas, no escaseándole sus dulces sonrisas ni sus amorosas miradas.

Pero donde halló Azzahrá mayores pruebas del cariño y esplendidez de su regio amante fué en los aposentos del ala oriental del alcázar, que por destinarse á la habitacion de la favorita y del emir tomó el nombre de *Megles Almunes* (2). Entre los demás aposentos de este ala habia uno construido en forma de *cobba* ó sea una bóveda muy alta adornada, asi como tambien las paredes, con muchos relieves y mosáicos primorosamente dibujados sobre fondos de azul y oro y atravesados por diversas franjas y cartelones donde se leian en caractéres cuficos (3) diversos pasajes y sentencias del Alcoran segun el gusto de los árabes. Este aposento ó estancia se llamaba *beitalmenam*, que quiere decir, cuarto del sueño, porque en sus dos extremos ó costados, bajo dos pabellones muy elegantes sostenidos por delgadas y esbeltas columnas, se abrian las puertas de dos alcobas, ocupadas por riquísimos lechos

(1) *Ebn-Hayyan* dice, que el número de mugeres que asistia en el alcázar de Azzahrá entre esclavas y libres, jóvenes y ancianas, era el de 16,343.—En Almaccari, I, 372.

(2) *Almunes* quiere decir en arábigo lugar de habitacion, ó mas bien el lugar íntimo y reservado de la casa, donde habita la familia y no tienen entrada los extraños.

(3) Llámanse así estos caractéres por haberse introducido su uso primeramente en la ciudad de Cufa en la Siria.

destinados, el uno al califa, y el otro á la sultana. En medio de estos pabellones, y debajo de la alta cobba, dejábase ver una preciosa fuente á manera de concha para las abluciones y tocado de la favorita. Los autores árabes celebran mucho la hermosura de este *haudh* ó fuente, que era de jaspe verde esculpido con muchas y preciosas labores hechas á cincel y sobre un fondo ricamente dorado. Mirábase incrustado con riquísimas perlas, y lo que es mas admirable, le rodeaban doce figuras de animales de inestimable valor, colocadas con el siguiente órden: en uno de los frentes un leon, una gacela y un cocodrilo; en el frente contrario un dragon, un águila y un elefante, y en los dos costados una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre. Todas estas imágenes ó figuras eran de oro rojo trabajado con gran primor y engastado con riquísima pedrería, y de la boca de cada animal brotaba un caño de agua (1), viniendo todos á derramarse sobre una pila inferior de precioso jaspe que tocaba el pavimento, con que se esparcia la frescura en toda la estancia. Esta fuente dorada y esculpida la habia enviado desde Constantinopla el emperador griego con sus embajadores el obispo *Rebi* y *Ahmed* el *Yunani* (2), como presente digno del poderoso califa; pero las figuras de oro de tan preciosa labor las hizo Abderrahman trabajar á propósito en la *dársena* (3) de Córdoba, y dicen los historiadores árabes que fueron estimadas como maravillas del arte de la platería (4).

Pero lo verdaderamente prodigioso que habia en Medina Azzahrá era el pequeño alcázar llamado del *Califado* y tambien *Cobba Aljassussía* (5) y *Albahú* (6) de en medio que se alzaba sobre una

(1) Alm. I, 374.
(2) Es decir, el griego.
(3) En el testo árabe *Dar sanaa* (la casa de la fabricacion) de donde ha venido en castellano la palabra *dársena*.
(4) El Bayan y Almaccari. Ibid. En esta época gloriosa de su imperio y sus artes, los árabes de España no dudaron en recurrir á veces á la escultura para embellecer sus edificios á pesar de las prohibiciones del Coran, que condena la representacion plástica de los seres animados.
(5) Es decir, el pabellon particular del califa. De *cobba*, con el artículo árabe *al* ha venido nuestra voz *alcoba*.
(6) El aposento precioso.

elegante galería de columnas, en medio de la espaciosa azotea (1) cubierta de losas de mármol muy llano y terso que cobijaba todo el alcázar principal mirando hácia el mediodia (2). Este alcázar descollaba sobre el gran jardin llamado la *Raudha*, que segun algunos se miraba hácia su parte meridional, es decir al lado opuesto de la sierra (3) y por la parte contraria tenia una puerta que daba salida al campo y monte, por donde cuentan que el califa, al volver de sus cacerías, entraba á reposar en el alcázar del califado; parece que se componia de dos cobbas ó aposentos abovedados, superior é inferior, que competian entre sí en la hermosura y riqueza de su ornato. El inferior era fabricado de exquisitos mármoles de varios colores, con la techumbre y los capiteles de sus muchas y esbeltas columnas ricamente dorados. En medio cuentan que habia una fuente de jaspe que lanzaba sus cristalinas aguas por medio de un cisne de oro de labor maravillosa. Aquí se miraba el *serir almalic*, ó real trono, de extraordinaria riqueza y hermosura; y este era el lugar destinado para la proclamacion y alzamiento de los nuevos soberanos, por cuya razon toda aquella parte del edificio se nombraba *alcázar del califado* (4).

Sobre este primer cuerpo se levantaba, segun parece, otro á manera de cobba ó pabellon mas suntuoso y peregrino todavía. Los muros de este albahú eran de preciosos jaspes y pórfidos con

(1) Azotea es palabra árabe, que en este idioma se pronuncia *sath* y *soth*, como se halla en el *Vocabulista arábigo del P. Alcalá* al dar el nombre que corresponde en aquella lengua á nuestra palabra terrado.

(2) En esta azotea descollaban tres pequeños alcázares ó pabellones todos adornados con ricas labores de oro, uno en el centro, que era el del Califado, mirando al mediodía y otros dos en los extremos de oriente y occidente. Los historiadores árabes los llaman indistintamente *megleses* ó aposentos, *cobbas* ó *albahues* dorados, y con todos estos nombres los mencionamos en diversos pasajes de este episodio.

(3) Nosotros nos inclinamos á creer que este gran jardin de la Raudha estuvo situado á la parte contraria, esto es, hácia el lado del monte; pero luego hemos adoptado otra opinion por las razones expuestas en una nota anterior.

(4) Mas adelante volveremos á mencionar este aposento, al referir la solemne ceremonia con que allí fué alzado por califa el emir Alhacam, hijo y sucesor de Abderrahman.

variedad de aguas y matices, y adornados artificiosamente con muchas labores de oro. Su techo era tambien de bruñido mármol, esmaltado para mayor belleza de cierta tinta entre dorada y blanca; pero tan brillante que deslumbraba la vista cuando los rayos del sol filtrados por las ventanas le herian de rechazo. En cada costado de aquel aposento, que era cuadrado, habia ocho puertas que se abrian bajo arcos de marfil y ébano recamados (1) de oro y engastados con variedad de perlas, apoyándose en ligeras columnillas de jaspes de colores y cristal de roca muy terso y brillante. En medio de la estancia habia una fuente ó taza grande de jaspe llena de azogue, que brotando en medio fluia y refluia artificiosamente como si fuese agua. Los rayos del sol entrando por las muchas puertas de la cobba, venian á herir en el azogue y en el brillante mármol del pavimento y muros, reverberando despues en el blanco techo, de suerte que se delumbraba la vista de cuantos allí estaban, hasta el punto de no poder sufrir tanta copia y esplendor de luz.

Cuando Annasser entró allí con Azzahrá, uno de sus gentiles hombres slavos, avisado por una seña disimulada de su señor, movió el azogue y al punto apareció en la estancia como el resplandor de un relámpago. La favorita, no acostumbrada á tal espectáculo, sintió fascinada su mente, y creyó en medio de su vértigo que la cobba daba vueltas con ella; y sin duda cayera desmayada si Abderrahman no ordenase al slavo que parase el movimiento del azogue. Cuenta un historiador que Annasser solia usar de este artificio siempre que queria sorprender ó aterrar á alguno de su córte que allí entrase. Otros dicen que el dar vueltas el aposento no era ilusion de los deslumbrados por aquel espectáculo, sino que la cobba, por cierto ingenioso artificio, se movia y giraba alrededor de la fuente del azogue, siguiendo siempre el curso del sol (2). Para complemento del lujo y la magnificencia, el techo de

(1) De la raiz árabe *racama*: recamar.
(2) Ebn-Hayyan citado por *Almaccari*, I, 346.

aquella cobba se miraba cubierto con tejas de oro y plata, en que el califa gastó harta riqueza (1). Del centro de la bóveda hizo colgar Annasser una perla llamada *yatima*, de inapreciable valor por su gran tamaño y hermosura, que habia recibido entre otros presentes del emperador de Constantinopla (2). Aquel aposento, en fin, observa un autor árabe (3), no ha conocido rival por lo maravilloso de su fábrica, en los tiempos del paganismo ni en los del Islam, y particularmente por la abundancia del azogue de su fuente fué tenido en el mas alto precio y estima.

A propósito de este pabellon ó régio aposento de Annasser en Medina Azzahrá, recuerda un historiador citado por Almaccari, el que mucho tiempo despues edificó el rey de Toledo *Almamun-Ebn-Dzinnun* (4). Hé aquí vertidas al castellano las propias palabras con que el autor africano describe esta maravilla del arte:

«Lo que dejamos referido del pabellon de Annasser, nos trae á »la memoria lo que cuenta mas de un historiador del alcázar grande »que fundó en Toledo el rey Almamun-Ebn-Dzinnun, y en cuya »fábrica, que llevó á cabo con toda suntuosidad y magnificencia, »empleó grandes tesoros. En medio del alcázar hizo una albuhera »ó gran estanque, y en medio del estanque una cobba (ó pabe»llon) de cristal de colores labrado de oro (5). Sobre la cúspide de »esta cobba, con artificio de sus sabios ingenieros, hizo traer gran »caudal de agua, de manera que derramándose igualmente des»de aquella altura por los costados y envolviendo todo el pabellon »como en un manto cristalino, venia á mezclarse con la que llenaba

(1) Ebn-Hayyan en el lugar citado; *Abu-Nassr-Alfath* y *Ebn Hasan-Annabahi* en el libro de *Almatmah* citado por *Almaccari*, vol. I, pág. 377.

(2) El mismo Ebn-Hayyan en el lugar citado. Segun Conde, esta perla pendia del techo de la cobba ó aposento antes descrito sobre la fuente del Cisne.

(3) El mismo Ebn-Hayyan.

(4) *Yahya-Almamun-Ebn-Dzinnun*; llamado Almamon por nuestros historiadores y aliado que fué de Alfonso VI, reinó en Toledo desde 436—1045 á 469—1076 y fué uno de los príncipes mas poderosos de aquella dinastía.

(5) Dicen que este alcázar estaba deliciosamente situado sobre el rio Tajo, retratando en él su elegante fábrica y las iluminaciones de sus fiestas noc turnas.

»la albuhera. Almamun solia sentarse allí (por las noches) sin que »le tocase una gota de agua, y encendia por dentro antorchas con »que resultaba por defuera un espectáculo maravilloso. Pues como »cierta noche se solazase allí con sus mugeres, se oyó de improvi- »so una voz que cantó así:

«¡Oh! tú que por ventura has pretendido fundar un edificio de »inmortales (1), sábete que te resta muy breve plazo de vida.»

»Y ciertamente la sombra del *arac* (2) es suficiente para el que »llega cansado al fin de su jornada.»

»Este suceso turbó sobremanera al rey, que presintiendo su fin cercano, exclamó: «Nosotros de Dios somos y á él volveremos (3).» Y en efecto, su muerte no se tardó mas de un mes (4).»

Esta digresion de los historiadores árabes, habiéndonos dilatado mucho en nuestra relacion, nos obliga á suspender nuestro paseo con el sultan y su favorita, que proseguiremos en el capítulo siguiente.

(1) Es decir, una mansion donde se goce de perpétua vida y felicidad.
(2) Especie de espino que crece en los desiertos.
(3) Sentencia del Alcoran.
(4) Almaccari, I, pág. 380.

CAPITULO III.

Concluye la descripcion de los alcázares y vergeles de Medina Azzahrá.—Su mezquita.—Poblacion inmediata.—Festejos para solemnizar la fundacion de Azzahrá.—Dolor y oraciones de la gran sultana.—La aljama de Córdoba.

Despues que el califa mostró á la hermosa Azzahrá el ornato y riquezas de aquellos mágicos aposentos, recorrió con ella las demás estancias y pabellones del gran alcázar, en todos los cuales hallaba la vista nuevos motivos de admiracion y grata sorpresa. Puesto que el dar la descripcion minuciosa de cada una de estas deliciosas mansiones fuera cosa demasiado prolija y tampoco tengamos para ello los suficientes datos, bástenos decir que todas ellas, asi como los otros alcázares y casas de placer de Medina Azzahrá, mirábanse ricamente decoradas con el precioso foseifesa, enlazándose vistosamente sus caprichosos mosaicos y labores sobre el fondo dorado y azul de los muros y techos. Los pavimentos eran de ricos mármoles de varios colores, formando artificiosos cortes y dibujos, y las vigas y artesonados de las cobbas eran de madera de alerce primorosamente trabajada, asi como las hojas de sus puertas de ébano, cedro y otras maderas peregrinas y aro-

máticas. En muchos de sus aposentos y estancias, sobre conchas de pórfido y alabastro, brotaban copiosas y cristalinas fuentes, que derramándose ya por piñas y granadas, ya por bocas de animales de bronce y aun de metales mas preciosos, brindaban á los moradores de aquel Eden con la frescura mas deliciosa en las siestas del ardiente estío. Entre otras de estas preciosidades sorprendieron agradablemente los ojos de Azzahrá las figuras de un cervatillo y una cierva de bronce hueco, que decoraban dos fuentes colocadas en uno de los patios del alcázar, arrojando agua de sus bocas sobre pilas de mármol. Sin duda que en ellas quiso el escultor árabe dar forma á aquella hermosa imágen bíblica tan propia para ser concebida por un hijo del ardiente clima del Asia (1).

«Como el ciervo suspira por las frescas fuentes, asi mi alma suspira por tí, oh Señor (2).»

Los toldos, alfombras y cortinas de las diversas estancias con sus ricos tejidos de oro y seda, como que procuraban rivalizar con los jardines y bosques, representando hermosos paises con sus flores, arboledas, aves y animales, fuentes y arroyos; y hasta para aventajar en la fragancia de los aromas á las florestas y vergeles, suavísimas esencias quemadas en pebeteros de oro perfumaban el ambiente en aquellas moradas del deleite. Semejante esplendidez y riqueza contempló Azzahrá cuando la llevó el sultan á que recrease mas y mas sus ojos, visitando los otros alcázares y casas de placer, templetes y cenadores, casas de baños con sus pilas de alabastro en lugares muy amenos y á la sombra de árboles aromáticos, y en fin las demás delicias así del arte como de la naturaleza, que su industria habia derramado en toda la ameníSima falda de aquel pintoresco monte de Alarus.

Visitaron asimismo la casa de las fieras adonde el emir habia

(1) Sabido es, que así en la poesia como en religion, los árabes son discípulos é imitadores en mucha parte de los hebreos.

(2) El ciervo de bronce de que hablamos se halla hoy en el museo provincial de Córdoba, y su altura es de poco mas de un pié. La cierva, tambien de bronce, se llevó al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe.

hecho traer muchos leones, tigres y otros animales feroces y extraños de Africa, asi como tambien multitud de aves curiosas por su rareza y hermosura del plumaje, venidas de apartados climas. Estas fieras y aves ocupaban sus estancias separadas y sus jaulas defendidas con verjas de hierro y cubiertas con sus toldos contra el sol, teniendo ante sí cierta explanada para que sin riesgo pudiera disfrutarse de su vista (1). Para que nada faltase al gusto ni la curiosidad, habia dispuesto el sultan que se edificasen en medio de los lugares mas frondosos muchas *albercas* (2) y *albuheras* (3), que retrataban deliciosamente en el espejo de sus aguas las arboledas y flores, el cielo y las rosadas nubes del ocaso, y que se miraban pobladas por gran muchedumbre de peregrinos peces (4).

Despues de tan delicioso paseo, Abderrahman y su favorita tornaron al gran alcázar, en donde para celebridad del dia obsequió el soberano con un suntuoso banquete á toda su córte en la vasta azotea que coronaba el palacio entre las dos alas ó viviendas oriental y occidental y delante del alcázar pequeño del califado. Abderrahman Annasser, asistido por los gentiles mancebos slavos, comió con su amada en la misma cobba ó albahú dorado principal, en medio de las dulces músicas y canciones con que sus jóvenes esclavas procuraron solazarles.

Al ponerse el sol de este risueño y fausto dia, como resonase desde un alto alminar la voz del *muedzin* (5) llamando á los fieles á la oracion, el emir con Azzahrá y toda su córte entró para rezar la *assalá* del ocaso en la aljama, rival en magnificencia de la de Córdoba, que Annasser habia hecho edificar tambien en aquel sitio para uso de sus moradores. Esta mezquita de suntuosa y so-

(1) *Almaccari*, I, 380.

(2) Es palabra árabe.

(3) Es tambien voz árabe y significa en esta lengua mar pequeño.

(4) Dice un historiador árabe que gastaban todos los dias en cebar estos peces doce mil panes y además diez y seis cahices de garbanzos. *Almaccari*, I, 373.

(5) Llaman así los musulmanes al ministro de la mezquita que desde la assoma ó torre pregona las cinco horas de las assalaes ú oraciones.

berbia fábrica, medía noventa y siete codos de longitud desde el norte á la *quibla* ó mediodía, sin contar lo que ocupaba el *Mihrab* (1) y cincuenta y nueve de anchura. Constaba de cinco naves; la de en medio de trece codos de ancho y las demás de doce. Su patio, que medía cuarenta y tres codos de longitud y cuarenta y uno de anchura, se miraba enlosado de mármol rojo, y en medio de él, de una pila de alabastro brotaba una copiosa fuente. Su *assoma* (2) ó *alminar* era cuadrado y se elevaba cuarenta codos, y toda ella estaba lujosamente decorada con todos los primores que el arte árabe sabia ejecutar con el estuco, el oro y el azul; pero señalándose particularmente por su preciosidad y riqueza el mimbar ó púlpito (3).

Fuera de los alcázares y sitios de recreo, formaban el casco de la poblacion de Medina Azzahrá hasta cuatrocientas casas (4) para habitacion de los wacires, ulemas, poetas, alfaquíes, cortesanos, monteros y balconeros, por ser el califa muy aficionado al ejercicio de la caza, asi como tambien para los alcaides de las huestes, los eunucos y slavos de la guardia y servidumbre (5) y demas gente de armas y personas principales y allegadas á la córte del emir. En cuanto á las mugeres, que entre concubinas y esclavas llegaban á seis mil trecientas, habitaban en el mismo alcázar del califa en Azzahrá, en donde habia para ellas hasta trescientos baños (6).

Pondremos fin al relato de la fundacion de Azzahrá con las siguientes palabras de un autor árabe. «Cuando Annasser (dice) »llevó á cabo la obra del alcázar de Medina Azzahrá, extremado

(1) *Mihrab*: lugar reservado para morada ú oracion, y mas propiamente la parte del templo donde se asienta el imam y preside las oraciones y prácticas religiosas.

(2) La torre de la mezquita; de la raiz *ssamaa*, levantarse en cúspide.

(3) Véase el número II del apéndice.

(4) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 247.

(5) Dicen los historiadores árabes, que á los mancebos, eunucos y guardias slavos, se les pasaban diariamente hasta trece mil libras de carne, sin contar varias especies de aves y peces, pues llegaba el número de ellos á 13,750. Almacc. I, 372.

(6) Bayan: ibid.

»en magestad y magnificencia, convinieron los hombres en que los »islamitas no edificaron jamás monumento comparable á este. Y »entre las innumerables personas de tierras distintas y contrarias »religiones que acudieron á visitar aquella maravilla, con ser mu»chos de ellos príncipes, embajadores, mercaderes y hombres »notables y entendidos, todos fueron de un acuerdo en que jamás »vieron cosa semejante en hermosura. Ello es cierto, que solo la »espaciosa y llana azotea, que descollaba sobre la deliciosa Raudha »con su aposento dorado y cobba, hubiese bastado para que An»nasser lograra admirablemente su propósito de edificar un monu»mento en que brillase la sublimidad de la inteligencia y la hermo»sura del adorno (1).»

Para solemnizar la fundacion de Medina Azzahrá, el califa dispuso grandes festejos y regocijos públicos, que se celebraron en aquel dia y los siguientes, como lides de toros, corridas de cañas y sortijas, zambras y otros juegos y diversiones del gusto de los árabes. Gran muchedumbre de moros cordobeses y de otras comarcas y regiones acudieron á las fiestas, alojándose á la usanza oriental en tiendas y pabellones asentados en los vecinos campos, figurando diversos aduares y campamentos.

Por las noches hizo Annasser iluminar los palacios y jardines de Medina Azzahrá y las casas de placer y aduares esparcidos por las campiñas, cuyas luces, reflejándose sobre la multitud de estanques y arroyuelos ó partiendo sus trémulos rayos entre el verde follaje, presentaban un áspecto verdaderamente maravilloso y fantástico. En todo el recinto de Medina Azzahrá dispuso el califa que se ocultasen entre la espesura multitud de sus mancebos slavos y las jóvenes esclavas de su favorita, que ya alzaban poéticas canciones alusivas al objeto de las fiestas, ó ya formaban con sus añafiles, alilies, alaudes y otros instrumentos, armoniosos conciertos y músicas, á cuyo compás numerosos danzadores y baila-

(1) Almaccari, I, 372. (Sobre la ornamentacion y carácter artístico de aquellos monumentos, véase el número III del Apéndice)

doras triscaban sobre el verde césped que alfombraba la tierra. Mientras Annasser con sus mugeres y esclavas así se solazaba en los verjeles de Azzahrá, los alcaides, xeques y guerreros se juntaban á conversar á las puertas de sus tiendas, recordando los hechos y glorias de sus antiguos monarcas y héroes ó entonando los versos amorosos y caballerescos del famoso poeta *Antara* (1). Por tal manera, aquellos árabes gozaban muy á su placer de las veladas y diversiones que llamaban zambras, y tan antiguas entre ellos, que traian su orígen de las conferencias y solaces nocturnos que los beduinos del Hichaz y del Yemen celebraban reunidos á la luz de la luna en medio de sus aduares, en los desiertos, durante los siglos anteriores á Mahoma.

Mientras el alborozo y el placer reinaban en aquellos lugares venturosos, una muger desdichada acudia á la aljama mayor de Córdoba para implorar el perdon del Misericordioso en favor del califa, cuyo corazon seducido por los halagos y seducciones engañosas del mundo, habíase apartado de Alláh y de sus santos caminos. Esta muger desventurada era nada menos que la gran señora (2) é ilustre sultana de Córdoba *Murchana*, muger del califa, que desdeñada y aun casi olvidada por él desde su frenético amor hácia Azzahrá, vivia triste y retirada en un aposento solitario del alcázar de Córdoba. Murchana, como buena y amante esposa, lamentaba en su retiro los desdenes y abandono del real esposo; y como era tan infeliz que le adoraba, á pesar suyo, no hallaba en tan penosa soledad otro consuelo, que las visitas y caricias tiernas que solia recibir de vez en cuando de su hijo y príncipe heredero de la corona (3) el emir *Alhacam*.

(1) Por muchos historiadores árabes sabemos, que aquel célebre vate del desierto fué muy conocido y admirado entre nuestros árabes españoles. (Véase el número IV del Apéndice).

(2) *Sida Alcubra:* así llamaban los árabes á la sultana ó muger principal del califa ó soberano.

(3) *Walilahda* llaman los árabes al príncipe heredero.

La noche en que dieron principio estos festejos, Murchana mirando involuntariamente hácia Medina Azzahrá desde una ventana de su aposento que daba al norte, le pareció ver envuelta la deliciosa morada del placer en una nube sangrienta. La sultana aterrada con esta vision, consultó el caso con el anciano alfaquí y cadhí Mondzir Ebn-Said, el cual la respondió:

—¡Oh señora mia! vuestro noble esposo el califa ha provocado la cólera de Alláh, empleando en fundar ese asilo del deleite y la vanidad mundana las sumas con que debiera redimir á los cautivos muslimes que yacen aherrojados en las mazmorras de Afranch. Su adorada Azzahrá fué quien con sus seducciones y engaños le hizo caer en falta tan grave.

Esta revelacion dejó tan asombrada á la amante esposa, que temiendo para Annasser un pronto y terrible castigo de Alláh, se encaminó á la mezquita para desviar aquel peligro con sus oraciones y lágrimas. En el silencio, pues, de la noche solitaria, sin mas compañía que la de algunas esclavas cariñosas y fieles, acudió á la aljama aquel genio del bien á cumplir su mision bienhechora.

Difícil seria describir dignamente la emocion grave y religiosa que esperimentó la sultana en aquella noche bajo las majestuosas bóvedas de aquel templo, sostenidas por mil noventa y tres columnas de mármol y alumbradas con cuatro mil setecientas lámparas encendidas á la sazon para la assalá ú oracion nocturna. Su longitud era de seiscientos pies y de doscientos cincuenta su anchura. En su parte de alquibla ó sea en la fachada de en medio que mira al mediodia, se abrian diez y nueve puertas con hojas de bronce, además de la principal cubierta con láminas de oro; y en cada uno de sus costados de oriente y occidente se abrian otras nueve puertas. Sobre la cúpula mas alta se veian tres bolas, y sobre ellas una granada de oro. El número de sus naves era el de cincuenta y siete, y en toda ella se respiraba una suavísima fragancia de los muchos perfumes de ámbar y de aloé que se quemaban.

Tal era la famosa aljama de Córdoba, la mas suntuosa del oc-

cidente y rival de la Caba de la Meca, comenzada á edificar por el emir Abderrahman Ebn-Moawia, primer soberano de esta dinastía, en el año 170 de la hegira, 786 de nuestra era, y concluida por su hijo y sucesor Hixem I de este nombre. La sultana con sus esclavas ocupó un lugar reservado en la *macsura* inmediata al *mihrab* ú oratorio secreto que alumbraba una gran lámpara de oro, y allí permaneció largo rato con la cabeza inclinada, dirigiendo al cielo sentidas plegarias entre lágrimas y sollozos.

CAPITULO IV.

El cielo castiga á Abderrahman con la gran derrota de Aljandic.—Presuncion de Abderrahman y reprensiones de sus alfaquíes.—Fija su residencia en Medina Azzahrá.—Ostentoso aparato con que el califa Alhacam I recibe en estos alcázares al rey Don Ordoño el Malo.

Pero el pecado de Abderrahman, hijo de su torpe y desmedido amor, era demasiado grande para que mereciera facilmente el perdon de Alláh. El castigo no se tardó por cierto, pues de allí á poco, como el califa entrase con poderosa hueste de cien mil hombres por el reino de Leon y acometiese á Zamora, fue desbaratado lastimosamente por el rey de los cristianos *Radmir Ebn-Ordon* (1), que acudió contra él, en la famosa pelea llamada de *Aljandic* ó de la hoya. Esta jornada fué muy desastrosa para Abderrahman, pues en ella perdió cincuenta mil hombres, parte muertos á hierro y parte ahogados entre los siete órdenes de muros, separados por fosos llenos de agua, que ceñian aquella fortísima ciudad, año 327 de la hegira, 938 de Jesucristo (2). Tal fué la suerte que cupo por

(1) Es decir, Ramiro II, hijo de Ordoño II, que reinó desde 930 á 950 de Jesucristo.

(2) *Ebn-Jaldun* y *Almesudi*, citados por *Almaccari*, vol. I, pág. 228.

sus culpas al valeroso y afortunado emir que desde su elevacion al trono habia alcanzado de los cristianos muchas victorias y conquistas, contando entre los principales á quienes humilló con sus armas á Ordoño, hijo de Alfonso, rey de Leon y Galicia (1), á Sancho Ebn-García, señor de Pamplona y emir de los vascones (2), al conde de Castilla (3) y al de Barcelona (4), y por otra parte enviando sus huestes al Africa, habia señoreado á Ceuta, Fez y y otras ciudades y comarcas. Llenas están las historias árabes de los encuentros victoriosos, expugnacion de castillos y plazas, estragos y talas de campos y tierras, y otros hechos de armas memorables que este emir habia ejecutado por su propia persona en el algihed ó guerra santa, rompiendo por tierras de Galicia, Alava, Castilla y Navarra (5). Pero sus culpas oscurecieron gran parte de su gloria, y desde que se entregó en Medina Azzahrá á los placeres del amor, no volvió á salir jamás por su persona á las gazúas y algaras, sino que se contentó con enviar sus capitanes y huestes (6).

Los imames y alfaquíes, viendo como el califa corria á su perdicion, no dejaron de amonestarle, pero ya era demasiado tarde para que pudiera volver en sí del amor que le avasallaba, causa de todas sus flaquezas.

Los autores árabes refieren á este propósito algunas anécdotas, contando como Alláh por medio de varones santos y doctos, le reprendió, no solo por los yerros de sus amoríos, sino tambien por la vanagloria que sentia por haber edificado aquella maravilla del arte. Cuenta, pues, un historiador que cuando Annasser miró con-

(1) Ordoño II, hijo de Alfonso III, que reinó desde 914 á 924 de Jesucristo.

(2) Sancho Garcés, rey de Navarra, que reinó desde 905 á 925 de nuestra era.

(3) El famoso Fernan-Gonzalez ó su hijo y sucesor Garci-Fernandez.

(4) Este conde de Barcelona debió ser ó bien *Mirón*, hijo de Wifredo, que gobernó aquel estado del año 912 al 929 de Jesucristo, ó bien su sucesor *Suniario*, que murió en 950.

(5) *Almaccari*, I, 234 y 235.

(6) *Almaccari*, I, 233.

cluido aquel su prodigioso alcázar del califato que dejamos descrito, con su dorado techo y tejas de oro y plata, se sentó en él cierto dia, rodeándose de sus wacires y toda su córte. Vanagloriándose pues, de la excelencia de aquella obra por él dispuesta y costeada, dijo á sus cortesanos: —«Por ventura ¿habeis visto ú oido que rey alguno antes de mí haya fundado fábrica como esta ó haya podido fundarla?» — Los cortesanos adulándole le respondieron: —«No por cierto, ó emir almumenin: ni lo hemos visto ni ha llegado á nosotros su noticia.» Tales palabras le regocijaron, y como era tambien poeta improvisó estos versos:

«Los reyes ilustres cuando quieren dejar en pos de sí memorias de sus hechos, los pregonan con las lenguas de la arquitectura.

»¿Por ventura no veis como se conservan las pirámides egipcias y cuántos reinos yacen sepultados en el olvido por las vicisitudes de los tiempos?

»Ciertamente un edificio que se levanta sublime y magestuo»so, dá manifiestos indicios de la grandeza y poderío de su fundador.»

Asi se gloriaba Annasser con sus cortesanos, muy satisfecho por imaginar que ningun rey habia llegado á construir edificio semejante, cuando el cadhí y aljathib Mondzir Ebn-Said entró en la cobba con la cabeza baja y el rostro austero. Recibióle el califa con el respeto debido, como á persona que era muy autorizada en letras y religion, y luego que ocupó su asiento le hizo la misma presuntuosa pregunta que habia dirigido antes á los demas cortesanos, encareciendo la preciosidad del techo dorado. El cadhí al oir aquello, no pudo reprimir sus lágrimas, que corrieron hasta su barba, y dijo á Annasser:

—¡Oh emir almumenin! temo que Xaithan (maldígale Dios) te haya trastornado la razon, y no recelas que por muchas que sean las gracias y mercedes que te ha concedido Alláh, dándote imperio sobre el mundo, puede confundirte con los idólatras?

Abderrahman conmovióse mucho con estas palabras, y replicó al cadhí:

—Vea lo que habla y cómo Alláh ha de confundirme con los idólatras.

—Cierto que sí, repuso Mondzir. ¿Por ventura no ha dicho Alláh excelso: «Por que si todos los hombres no debiesen formar un solo pueblo (1), á la verdad daríamos á los que no creen en el Misericordioso techos de plata para sus casas... y de oro todo su ajuar y ornato (2).»

El califa al oir esto, entre airado y confuso bajó los ojos al suelo; pero al fin reconociendo su falta brotó el llanto de sus pupilas, y dijo á Mondzir.

—Alláh te ha confiado la mas alta mision, que es el hacer bien y predicar las doctrinas salvadoras del Islam: tus sentencias y máximas corren de boca en boca y has dicho la verdad.

Entonces se levantó de su asiento, y con humilde oracion imploró el perdon de Alláh, mostrando despues el arrepentimiento de su vanidad con hacer que se despojase aquel suntuoso techo de la cobba de todo el oro y plata que la enriquecia y darle otra forma y ornato menos ostentoso (3).

Asi Abderrahman, haciendo la enmienda posible de su yerro, logró detener en parte los castigos de Alláh; y aun alcanzó de su misericordia que concediese á sus capitanes y huestes algunas victorias contra los enemigos de su fé, que vengaron la derrota sufrida en Aljandic. En el año 344-955 *Ahmed Ebn-Yala* y otros alcaides de las fronteras dieron aviso de haber entrado en tierra de Castilla y puesto en derrota un ejército de cristianos que les salió al encuentro, enviando en su testimonio cinco mil cabezas de sus enemigos, que fueron suspendidas en derredor de los muros de Córdoba. Los alcaides de Badajoz, Talavera y de varias plazas

(1) Es decir, sino hubiese el peligro de que todos los hombres llegasen á formar una secta infiel. Asi lo entiende *Luis Marracci* en su excelente version latina y edicion del texto árabe del Alcoran (Padua, 1693).

(2) *Alcoran*, sura XLIII, aleyas ó versículos 32 y 33.—Pág. 834 del texto árabe y 636 de la version latina de la edicion mencionada.

(3) Almaccari, I, 378 y 379.

fronterizas alcanzaron tambien prósperos sucesos de armas en diversas incursiones por tierras de Galicia, Leon y Navarra. Edificose tambien por órden del califa la plaza fuerte de *Medina-Selim*, hoy Medina-Celi, como frontera contra la parte oriental de Castilla, año 335-947 (1). Los reyes y príncipes cristianos de España, por la desdicha de los tiempos, se humillaron á veces á pedirle la paz; y otros monarcas de toda Europa solicitaron asimismo su alianza y amistad, entre ellos Constantino, hijo de Leon, emperador de Constantinopla, Othon, rey de los slavos (2); el rey ó señor de los alemanes (3); Hugo (4) y Cárlos (5) reyes de Francia, y el señor de Roma: todos los cuales enviaban sus embajadores al emir almumenin, acompañando sus mensajes con ricos presentes (6) y él los recibia ostentosamente en sus alcázares de Medina Azzahrá.

Pero volviendo ahora á reanudar nuestro relato de la fundacion de Medina Azzahrá, cúmplenos decir que Abderrahman Annasser prosiguió aumentando aquel sitio real con nuevos paseos, jardines y casas de placer. Asimismo estableció allí fábricas de armas y de diversas telas y tejidos, en donde se hizo un toldo de gran tamaño para cubrir el patio de la aljama de Córdoba y defender asi de los rayos del sol la inmensa muchedumbre que allí se agolpaba para las assaláes y otras prácticas religiosas. Fundó tambien en Azzahrá la *seca* ó casa de la moneda, en donde aparecen acuñados dirhemes y dinares de este monarca y sus sucesores desde el año 338 hasta el 400 de la hegira (949 á 1010 de

(1) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 229.

(2) Es decir Othon el Grande, coronado emperador de Alemania en 936 de Jesucristo.

(3) Acaso Enrique, rey á la sazon de Germania.

(4) Hugo el Grande, de quien aquí se habla, no fué rey como dice equivocadamente el autor árabe, sino duque de Francia y de Borgoña, y el señor mas poderoso de aquellas partes: murió en 956.

(5) Cárlos el Simple, que reinó desde 898 á 923 de Jesucristo.

(6) Almaccari, parte I, págs. 234 y 235.

nuestra era) (1). Annasser fijó su residencia en el alcázar de Medina Azzahrá y desde allí administraba los negocios de paz y guerra, que unos y otros le alcanzaron notable gloria y prosperidad, y recibia, como se ha dicho, á los embajadores de otros soberanos que venian á traerle sus presentes ó solicitar su alianza. Este califa, en fin, no dejó de embellecer mas y mas aquel real sitio, usando en ello de tal magnificencia y prodigalidad, que destinaba cada año á aquel objeto la cuantiosa suma de 300,000 dinare, hasta el año 350-961 en que murió (2).

Los alcázares de Medina Azzahrá fueron teatro de grandes escenas, en que Abderrahman y los califas sus sucesores, con toda la pompa y lujo oriental, desplegaron á los ojos del mundo asombrado, la magnificencia, riquezas y poderío que Alláh dispensaba á aquellos soberanos. Alianzas y confederaciones con otros monarcas, tratados de paz y de guerra, proclamacion y alzamiento de califas, recepciones de grandes personajes, embajadas en demanda de auxilio ó en reconocimiento de vasallaje, justas y certámenes de ingenio; todo se celebraba allí con soberbio fausto y ostentacion. Los historiadores árabes, con su imaginacion privilegiada y su mágico pincel, trazan de estos sucesos tan fantásticas descripciones que en nada ceden á los cuadros maravillosos del libro de *Alf leila waleila* (3).

(1) En una de estas medallas que tenemos á la vista y es un dinar ó moneda de oro acuñada en el reinado de Alhacam II, hijo y sucesor de Abderrahman, se leen las siguientes inscripciones que nos parece no inconveniente copiar aquí como muestra del gusto de los árabes en numismática.

En el anverso se lee, pues, en tres líneas: «*No hay mas Dios que Alláh; es único, no tiene compañero.*»

En derredor: «*Mahoma es el apóstol de Dios que le envió con la doctrina recta y la ley de la verdad para que la hiciese prevalecer contra toda otra religion, á pesar de los asociados* (es decir, de los infieles).» ALCORAN, sura LXI, aleya 9.

En el reverso en cuatro líneas. «*El Imam Alhacam emir almumenin Almostansir Billah-Amer.*»

En derredor: «*En el nombre de Dios acuñose este dinar en Medina Azzahrá; año* 360 (de la hegira, 971 de Jesucristo.)

(2) Ebn-Hayyan citado por Almaccari, I, 373.

(3) *Las mil y una noches.*

Pero remitiendo la curiosidad del lector á aquellos autores y cronistas, para no alargar en demasía nuestro relato, solamente bosquejaremos aquí una de las grandes escenas representadas en el teatro de aquellos suntuosos alcázares, que fué la presentacion en ellos del rey de Galicia don Ordoño el Malo. Este príncipe, hijo de don Alfonso el Monge, merced al favor de su suegro el conde Fernan-Gonzalez, se habia alzado con el trono de Leon y Galicia en el año 959, despojando de él á su legítimo poseedor, que lo era su primo don Sancho, llamado el Craso. Don Ordoño no disfrutó mucho tiempo de la corona usurpada, pues don Sancho, procurándose la ayuda del poderoso califa Abderrahman III, volvió á recobrar su trono en 961. Pero como en este mismo año muriese Abderrahman, y le sucediese su hijo Alhacam, don Ordoño resolvió implorar el auxilio del nuevo califa, porque estos soberanos no hacian escrúpulo de ser inconsecuentes en sus alianzas y amistades con tal de atizar entre los cristianos el fuego de la guerra civil.

Llegado á Córdoba el príncipe cristiano, el califa le mandó dar un ostentoso alojamiento en el magnífico palacio llamado *Almunia ó alcázar Annaora* (1), que se alzaba en los extramuros de aquella ciudad por la parte de poniente. En el dia señalado para su solemne recepcion, segun la ceremoniosa etiqueta de aquella córte, pasó á comunicarle esta nueva en nombre del califa el célebre alcaide Ghâleb Annasseri, gran personaje de aquel estado (2). Este magnate le condujo á Medina Azzahrá, acompañándole tambien algunos condes y caballeros que le habian seguido desde sus estados y los varones mas principales escojidos entre los cristianos mozárabes, que con licencia de los califas vivian en tierra de moros conservando el ejercicio de su religion. Eran estos personajes *Walid Ebn-Jairun*, *cadhi* ó juez de los mozárabes de Cór-

(1) Sobre la magnificencia de este palacio ya antes mencionado por nosotros, véase á Almaccari, I, 371.

(2) Acerca de este personaje, véase la leyenda de *Almanzor*.

doba y *Obeidallah Ebn-Alcasim*, *almitran* ú obispo de Toledo (1).

Don Ordoño con su comitiva, todos lujosamente ataviados y á caballo llegaron á la puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas, en donde hallaron formada parte de la lucida guardia de los slavos ó esclavones, que se adelantaban á tributar los debidos honores al rey cristiano, y que al verle se apearon respetuosamente de sus caballos. Al llegar á la otra puerta interior llamada *Bab Assudda*, ó sea la puerta régia y principal del alcázar, por aviso de Ebn-Talmis, moro de cuenta que les servia de introductor, todo el acompañamiento de Ordoño desmontó, sin quedar en sus caballos mas que el rey y su introductor. Estos apeáronse tambien en la puerta del pabellon meridional del alcázar, donde despues de detenerse algunos momentos, se les ordenó que subiesen á la gran azotea, atravesando siempre entre las filas de la lucida guardia de slavos.

El emir almumenin Alhacam aguardaba al rey cristiano asentado sobre su trono en el pabellon oriental del terrado ó azotea llamado *Almunes*, rodeado de gran pompa y en medio de los príncipes sus hermanos, sus wacires, cadhíes, alfaquíes y demas personajes de su córte. Don Ordoño iba vestido con cierta vistosa túnica y albornoz blanco, pero en la cabeza, segun el uso cristiano, llevaba un elegante birrete adornado con algunas perlas. Al llegar el príncipe cristiano á la puerta del pabellon que ocupaba el califa, despojóse de su albornoz y descubrióse reverentemente la cabeza. Detúvose un momento en el umbral donde se postró con respeto; mas adelante se volvió á inclinar, y al llegar por fin al pie del real trono, dominando la profunda emocion y asombro que sentia ante tanta grandeza, alargó su mano al emir que la estrechó afectuosamente. Cumplidas estas y otras ceremonias, asentóse en un rico estrado que le estaba prevenido. Los demas altos perso-

(1) Los cristianos que moraban en tierra de infieles, puesto que conservaban su propia religion, en nombres, trages y otros usos, habian llegado á imitar á la nacion en cuyo seno vivian enclavados.

najes que acompañaban á don Ordoño, fueron admitidos á besar la mano al emir, ejecutando las mismas reverencias y postraciones, y se les concedió asimismo que ocupásen otros asientos inferiores á uno y otro lado del rey cristiano.

El emir Alhacam, con la afabilidad propia de la verdadera grandeza, animó al rey desposeido, que parecia tímido y absorto ante tanta magestad, dándole el parabien de su venida y de que hubiese acudido á él. Entónces el cadhí de los mozárabes Walid Ebn-Jairun, desempeñando el cargo de intérprete, manifestó al califa con respetuosas razones, como los deseos del príncipe cristiano eran acogerse á su poderosa proteccion y solicitar que le ayudase al cobro de su corona, obligándose, si asi lo hacia, á reconocerle perpétua obediencia y vasallaje. Para demostrar mejor la confianza con que ponia su suerte en manos del emir, y la fé que tenia en su poder y justicia, don Ordoño, por medio del intérprete, suplicó á Alhacam que constituyéndose en árbitro de las diferencias que mediaban entre él y su primo don Sancho, él decidiese á cuál de los dos asistia mejor derecho para el trono. El emir escuchó afablemente estas súplicas y demandas, y como las buenas razones que don Ordoño supo alegar en defensa de su causa ú otras consideraciones y miras de política le interesasen en su favor, accedió á lo que el rey cristiano le pedia, aceptando su vasallaje y ofreciéndole su ayuda para recobrar su corona. Don Ordoño demostró al califa su agradecimiento, aclamándole por el mas glorioso y liberal de los príncipes, y repitiendo sus reverentes saludos y postraciones se despidió de Alhacam.

Al retirarse el príncipe cristiano, los slavos le llevaron con su acompañamiento al aposento ó pabellon occidental, donde se miraba otro real trono, ante el cual él y los suyos tambien se inclinaron con veneracion. Despues los condujeron á otra estancia situada al norte de aquella, en que hicieron sentar al príncipe sobre un almohadon ricamente labrado de oro. Don Ordoño, deslumbrado con la vista de tantas riquezas y maravillas del arte, como se mostraban donde quiera en aquellos alcázares, se dejaba conducir de

una en otra parte, como el que embargado de un sueño se abandona al capricho de su imaginacion extraviada y delirante.

Permanecia en quel aposento el príncipe cristiano sin darse cuenta de lo que por él pasaba, cuando vino á presentársele el hagib *Chafar Almushafi*, alto personaje que privaba mucho con el califa Alhacam y desempeñaba el cargo de su primer ministro. Este, despues de dirigirle algunas palabras corteses, asegurándole de las buenas disposiciones y favor del califa, mandó que le trajesen una magnífica *holla* ó vestidura de honor que aquel le regalaba, y que se componia de una túnica y albornoz de riquísimo tisú y de un ceñidor de oro puro cuajado de rubíes y otras perlas preciosísimas por su gran tamaño y hermosura. Los historiadores árabes, al referir este suceso, encarecen mucho la sorpresa que mostró don Ordoño á vista de aquel presente, pues á pesar de su alto nacimiento, el rudo y pobre príncipe cristiano, jamás habia usado de tan ricos vestidos. Semejantes preseas regaláronse por mandado del sultan á los condes y varones principales que acompañaban á don Ordoño, segun la calidad de cada uno.

Cuando llegaron al pié del pabellon meridional, en donde se habia apeado el príncipe, presentáronle un soberbio corcel ricamente enjaezado con paramentos y freno labrados de oro, con que el califa quiso darle un nuevo testimonio de su grandeza y generosidad. Don Ordoño con su comitiva salió de los palacios de Medina Azzahrá sumamente pagado y contento del emir almumenin, tornándose despues al alcázar de Annaora, en que vivió hospedado mientras permaneció en aquella córte.

Alhacam cumplió á don Ordoño sus promesas; pues como se deja entender por los historiadores, no fué otra la causa de la expedicion que por este tiempo emprendieron sus capitanes, acometiendo con poderosa hueste las fronteras del reino de Leon y haciendo grandes estragos en aquella tierra. Don Ordoño sin embargo no logró sus deseos de recobrar la corona perdida, pues poco tiempo despues acabó su vida afrentosamente entre los infieles, sin duda porque la Providencia no permitió que en tiem-

pos tan azarosos para los cristianos, reinase sobre ellos un príncipe que por sus desafueros y vida depravada mereció el renombre de Malo.

Tal fué el suceso de este famoso recibimiento del príncipe don Ordoño por el poderoso califa Alhacam II, en los alcázares de la ciudad florida segun lo refieren los cronistas árabes. En el capítulo siguiente volveremos de esta nueva digresion al reinado de Abderrahman III, para recordar las demas historias de aquella prodigiosa fábrica que mas interesan á nuestro propósito.

CAPITULO V.

Anécdota del estornino.—Delirios de Abderrahman moribundo,—Le visita la gran sultana.—Muere Abderrahman.—Solemne pompa de su entierro.—Proclamacion de Alhacam II.—Entrevista de la sultana y de la favorita.—Alhacam II en Medina Azzahrá.—Varias memorias de este sitio.

Mientras Annasser en Medina Azzahrá consagraba su vida al placer y al amor, su muger la gran señora Murchana, siguió devorando silenciosamente el dolor de sus desdenes, en su solitario retiro del alcázar de Córdoba, del cual solo salia de tarde en tarde para ir á la aljama, donde pedia á Alláh con humildes oraciones que perdonase al desconocido é ingrato esposo, ya que no le trajese á sus brazos. Puesto que ella prefiriese el dolor de no ver á quien amaba, al mayor aun de verle en agenos brazos, todavia vino á Medina Azzahrá en dos ocasiones señaladas, á cuyo propósito los autores árabes cuentan algunas anécdotas que nos parece del caso recordar.

Acaeció la primera en ocasion que el emir adoleció de un grave accidente, y necesitando sangrarse, entró á visitarle su *thebib* ó médico, en el aposento llamado *albahú alausath* ó pabellon de en medio, que formaba parte del pequeño alcázar del califado, que

descollaba en lo mas alto de Medina Azzahrá. El thebib se armó de sus instrumentos y ligó la mano de Annasser; cuando hé aquí que entró por una ventana un estornino, y subiendo sobre el vaso de oro destinado á recibir la sangre del califa, recitó á manera de canto estas palabras:

«¡Oh tú, que sangras al emir almumenin! sángrale con suavidad; pues vas á cortar una vena en que está la vida de los mundos.»

El estornino repitió estas palabras una y otra vez con gran admiracion del califa, cuyo ánimo abatido se recreó de tal manera con aquella invencion, que muy en breve se recobró de su desfallecimiento y dolencia. Celebrándolo, pues, por invencion muy ingeniosa, preguntó á quién debia aquel solaz; y le dijeron que á la *Sida Alcubra* Murchana, madre de su hijo el príncipe heredero Alhacam. El regio esposo no llevó su agradecimiento hasta el punto de devolver á Murchana su antiguo cariño, pero reconocido, la dió gran muestra de su liberalidad enviándola un regalo que le costó treinta mil dinares de oro (1).

La otra ocasion en que Murchana dió á Abderrahman nuevos testimonios de su constante afecto, fué en la grave y postrera enfermedad que le asaltó en medio de tales negocios y placeres. Cuentan los autores árabes que Abderrahman Annaser pasó en Medina Azzahrá los últimos meses de su vida, solazándose con la buena conversacion de los sabios y alfaquíes de su córte, y sobre todo con las palabras cariñosas, dulces y discretas de su amada Azzahrá, de *Mozna*, que era su secretaria; de *Aixa*, doncella cordobesa, la mas honesta, hermosa y sabia de su siglo, y de *Safia*, poetisa sevillana, muy bella é ingeniosa. Al lado de ellas pasaba el califa las ardientes horas del mediodia, á la sombra de aquellos bosquecillos y vergeles, que como dice un historiador, ofrecian mezclados en vistosa confusion racimos de uvas y de dátiles, naranjas, granadas y otras frutas á cual mas bellas y vistosas, alzándose

(1) Almaccari, I, 232.

en medio de cuadros de flores surcados por arroyos cristalinos. Allí las armoniosas voces de las esclavas, formando agradable concierto con los cantos de los ruiseñores, huéspedes de la espesura, y con el murmullo de las fuentes, recreaban el ánimo del emir, que ya se sentia poseido de cierta melancolía, presagio de su muerte cercana. Pero todas aquellas delicias no pudieron aliviarle del peso de sus muchos años, que abrumándole al fin, le hizo caer para no levantarse mas.

La sultana puesta en gran cuidado y angustia por la noticia de su enfermedad, abandonó de nuevo su retiro, y entró por segunda vez en Medina Azzahrá. Fué su venida á tiempo que agravándosele su mortal dolencia, cayó Annasser en un espantoso delirio y *Xaithan* vino á atormentarlo con extrañas visiones para hacerle dudar de la misericordia divina. Creyó, en el desórden de su imaginacion delirante, que volvia á los tiempos en que levantaba la fábrica de Medina Azzahrá, y celebraba su inauguracion con grandes festejos. En medio de aquel alborozo y regocijo, imaginó que oia los lamentos de millares de muslimes, que padecian cautivos en las partes de Afranch y alzaban contra él sus gritos y maldiciones, que no solo resonaban sobre el estruendo de la popular alegría y la música de las zambras, sino que subian hasta el mismo pabellon ó trono de Alláh en medio del *Genn Annaim* (1), acusándole ante su justicia. Si el emir almumenin apartaba sus aterrados ojos del airado semblante de Yehovah, se le aparecian por otra parte génios disformes y de espantable aspecto que silbaban lúgubremente como si fuesen aves siniestras que rodeasen su tumba.

El califa ya se sentia desfallecer con tal angustia, cuando sintió como el soplo de una aura fresca y suave, que pasó acariciando su abrasada frente. Era el aliento de Murchana, que asustada de la funesta expresion del rostro de Annasser, se acercó á él para calmar, si pudiese, su delirio con sus caricias, é imprimió en la frente del moribundo un beso mas dulce y consolador que el rocío

(1) *El vergel de las delicias*: es uno de los nombres que dan los árabes al Paraiso.

que bajaba en la aurora á refrescar los vergeles de Medina Azzahrá.

Annasser sintióse trasportado, como por encanto, del infierno á las deliciosas moradas del Eden, y volviendo con aquella impresion de su penoso ensueño, vió á Murchana inclinada sobre él en compañía de su hijo mayor el príncipe Alhacam, y ambos mostrando en el abatimiento del semblante el profundo dolor de sus almas. Abderrahman, cuando esto vió, lanzó de su pecho un hondo y profundo suspiro, y una lágrima de arrepentimiento rodó por sus extenuadas megillas. Despues alzó sus ojos al cielo y bendijo á Alláh, como si la intercesion de aquellos génios del bien le permitiera ya volver la vista á su Criador.

Pero ya la mano inexorable de *Israfil* el ángel de la muerte, le habia herido con su inevitable espada; y todos los cuidados de Murchana y de Azzahrá, juntas allí por un mismo sentimiento de amor, no bastaron para arrancar á la muerte aquella noble presa. Abderrahman Annasser murió, pues, entre los solícitos cuidados de sus mugeres é hijos, á los setenta y cuatro años de su edad, el dia segundo ó tercero de la luna de Ramadhan, ó sea el 14 ó 15 de octubre del referido año 350 de la hegira, 961 de nuestra era. A pesar de su largueza y magnificencia, dejó inmensos tesoros en las arcas del erario público (1). Hé aquí el relato que hacen algunos autores árabes de su pompa fúnebre y de la elevacion al trono de su hijo y sucesor *Alhacam Almostanssir Billah* (2).

Al dia siguiente, que fué jueves, Alhacam, antes de todo, se hizo proclamar en el alcázar de Córdoba por los eunucos slavos de la servidumbre y guardia del califa, cuyo gefe era Chafar Ebn-Otzman Almushafi, á la sazon caballerizo y guarda-joyas mayor. Despues ordenó sus escuadrones y gente de guerra en dos trozos, acaudillados el uno por *Musa Ebn-Ahmed*, y otro por *Abul Assbag*; y él á la cabeza de todos, marchó á Medina Azzahrá, acompañado

(1) Ebn-Jaldun, citado por *Almaccari*, I, pág. 245.
(2) El favorecido por Alláh ó el que impetra su ayuda.

de los emires sus hermanos, y muchos xeques y varones principales. Todos llegaron á Medina Azzáhará por la noche, y entrando en el alcázar se formaron en dos órdenes ó filas sobre la gran azotea ó explanada que dejamos descrita, entre las dos alas ó pabellones oriental y occidental. Ocuparon todos los asientos que les estaban destinados segun su clase y gerarquía; y el nuevo califa Alhacam Almostanssir Billah se asentó tambien sobre el trono real en el albahú ó pabellon dorado meridional que ocupaba la parte inferior del pequeño alcázar llamado del califado, en medio de la azotea.

Celebróse con toda solemnidad la ceremonia de su proclamacion, llegando primeramente á los pies de su trono para apellidarle califa y jurarle fidelidad y obediencia los ocho príncipes sus hermanos, despues los wacires y sus hijos, y luego los caballeros slavos de su *axxortha* ó guardia, y la gente de su servidumbre. Entonces los príncipes, wacires y demás personajes de cuenta ocuparon sus asientos, unos á la derecha y otros á la izquierda, y solo *Isa Ebn-Fothais*, que desempeñaba las funciones de heraldo ó rey de armas, permaneció de pie para dirigir las palabras solemnes de la proclamacion á la muchedumbre del pueblo que se habia agolpado en la espaciosa plaza á que daba frente el palacio. Y en verdad que era espectáculo magnífico y grandioso el que ofrecia aquella proclamacion, pues primeramente, á un lado y otro del solio real se veian asentados los príncipes y gente principal, vestidos con trages blancos, en señal de duelo (1), y sobre ellos ceñidas sus espadas, llegando desde el *albahú* dorado oriental hasta el occidental opuesto. Bien delante de aquellos, y ordenada en dos filas sobre la azotea, se miraba parte de la lucida guardia de los slavos, cubiertos con anchas lórigas y armados con sus espadas. Delante de estos slavos formáronse en otras dos filas los slavos tiradores de dardos ó saeteros, con sus arcos tendidos y sus aljabas,

(1) Es cierto que bajo la dominacion de los califas de esta dinastía de los Benu-Umeyas, el color blanco se usaba para el luto y duelo, asi como entre nosotros el negro. Asi lo afirma *Almaccari*, en la relacion de este suceso, I, 251.

hasta que se miró ordenada toda aquella lucidísima guardia de mancebos apuestos y armados con gran bizarría. Despues de los slavos, desde la azotea y por las escaleras y zaguanes del régio alcázar hasta el átrio y plaza vecina, formáronse en sus hileras los negros esclavos que asistian asimismo en la guardia del califa. Estos iban armados de pie á cabeza de la manera mas lucida, pues vestian sus lórigas de acero y encima túnicas blancas, cubrian sus cabezas con bruñidos capacetes, y en sus manos llevaban tarjas (1) de diversos colores y otras armas muy brillantes y vistosas. En la *Assudda* ó puerta principal del palacio asistian los porteros y sus ayudantes, y por fuera de la puerta se formaron los negros á caballo, hasta la otra puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas. Seguia mas adelante la caballería de los domésticos ó libertos del califa, y despues otros cuerpos de milicias y otros negros y saeteros: todos los cuales fueron marchando unos tras otros hasta que llegaron á las puertas de Córdoba. Cuando tuvo fin la ceremonia de la proclamacion, ordenó Alhacam, que todos aquellos guardias y escuadrones acabasen de despejar el alcázar, marchando á la ciudad para preceder y acompañar al régio cadáver del califa, sin quedar en aquel recinto mas que los príncipes sus hermanos, los wacires y servidumbre (2).

Entretanto, con la muerte del emir almumenin habia acabado el imperio de su favorita; y la gran señora Murchana, presentada allí por su hijo el emir Alhacam, habia vuelto á recobrar el puesto y autoridad que merecia. Azzahrá en medio de su mismo dolor, no pudo menos de comprender el cambio de su destino, y que de señora iba á ser sierva; mas siéndole forzoso acomodarse al tiempo, arrojóse á los pies de Murchana, y la suplicó que la perdonase el haberle robado el cariño de su real esposo. La sultana, al verla así humillada ante ella, no pudo evitar que se pintase en su ros-

(1) En árabe *tors ó tars*, de donde vino el castellano *tarja*.
(2) *Almaccari*, I, 250 y 51.

tro una expresion de venganza satisfecha. Azzahrá lo advirtió, y no pudiendo mas que llorar, dió rienda suelta á sus lágrimas. Pero luego Murchana, con su bondad natural, reprimió aquel mal impulso, resto del pasado enojo, y la mandó levantar. Azzahrá llorosa la confesó cuán culpable se juzgaba, no solo por las amarguras y dolores con que habia acibarado su vida, sino por haber hecho levantar aquella costosísima fábrica en perjuicio de la redencion de los cautivos muslimes. La sultana respondió con dulzura:

—Erraste, hija mia; mas enjúguese para siempre ese llanto inútil. ¡Oh, flor! no quiero arrancarte de estos jardines; yo te los doy nuevamente con estos régios alcázares, para que derrames en ellos tus últimos aromas.

Azzahrá la replicó:

—¡Oh, señora mia! ya flor marchita, solo debo prestar mi desfallecido perfume al vergel de un sepulcro. Permíteme que vaya á morir á la *Raudha* de los califas (1) en el alcázar de Córdoba. Allí regaré con el rocío de mis lágrimas la palmera que Annasser plantó en otro tiempo para que diese sombra á su tumba, y las azucenas pálidas y melancólicas como yo que crecen á su orilla.

—¡Oh, Azzahrá! dijo Murchana, no acrecientes mi pena con tus sentidas palabras. Yo de buen grado compartiria contigo esas solitarias vigilias sobre su sepulcro, porque le amaba como tú; pero además fuí su esposa, y no quiero ceder á nadie ese derecho. Tú prosigue habitando en estos lugares hasta morir, que hartos motivos encontrarás en ellos para llorar.

—Permitidme al menos, replicó Azzahrá, que le acompañe hasta su sepulcro, y le dé mi postrera despedida.

—No te lo prohibo, respondió la sultana; cumpliremos juntas tan triste homenaje.

Así dijo Murchana, y se adelantó con paso magestuoso para

(1) Los árabes suelen llamar á los sepulcros y cementerios con el nombre de *Raudha*, ó lugar ameno y florido, porque en su poética imaginacion los consideran como vergeles donde acuden á derramar su fecundante rocío las nubes de la mañana.

unirse á la fúnebre comitiva de Annasser, rodeándola sus mugeres y esclavas. Azzahrá besó humildemente la orilla de su vestido, expresó con un suspiro su obediencia y resignacion, y se confundió con la muchedumbre de las mugeres, que semejando con sus blancos vestidos á una bandada de palomas, seguian las huellas de su señora Murchana.

En este momento, el régio cadáver, colocado en su ataud, salia en hombros de sus esclavos por la puerta de Medina Azzahrá, y entonces su hijo, el nuevo califa Alhacam, salió tambien del alcázar, acompañado de sus hermanos, wacires y servidumbre, siguiendo todos al cuerpo del emir almumenin (de quien Alláh haya misericordia), hasta que llegó al alcázar de Córdoba para ser enterrado allí en la torba ó cementerio de los califas (1).

Concluida la triste ceremonia, Murchana permaneció en el alcázar cerca del cuerpo de su real esposo, y consagró dichosamente el resto de sus dias al cariño de su hijo el califa Alhacam. Azzahrá volvió á los alcázares de su nombre, donde se despojó de todas sus esclavas y servidumbre, y vivió casi solitaria con los recuerdos de su amante á quien sobrevivió pocos años.

A pesar de las inmensas sumas que el difunto califa habia empleado en Medina Azzahrá, todavía fábrica tan prodigiosa no pudo concluirse enteramente hasta quince años despues de la muerte de Abderrahman Annasser, é imperando su hijo Alhacam, que fué el segundo de este nombre, y disfrutó con igual ventura del poder hasta su muerte, acaecida en el año 366 de la hegira, 976 de nuestra era. Este emir, á imitacion de su padre Abderrahman, no solo prosiguió embelleciendo mas y mas aquel real sitio, sino que siendo príncipe mas aficionado á las letras que á las armas y guerras, empleaba allí su tiempo en los dulces cuidados y acaso en las delicias del amor que le inspiraba la hermosa *Radhia* (2). Esta

(1) La palabra *torba*, que quiere decir *tierra*, se usa por algunos historiadores árabes de España y muchos de Africa, en el mismo sentido que entre nosotros panteon ó sea enterramiento particular de algunos personajes ó familia.

(2) *Radhia*, significa la complaciente, la que complace con su vista.

doncella, natural de Córdoba, habia entrado en otro tiempo en la servidumbre de la sultana; y como se señalase no menos que por su belleza, por su ingenio para la poesía, el emir Abderrahman se la habia dado como gran presente á su hijo Alhacam, que por tales prendas la llegó á profesar el mas ardiente cariño, y la llamaba con el nombre de la *Estrella feliz*. A la muerte de Alhacam, Radhia hizo un viaje al oriente y en todas partes fué admirada y aplaudida por su extraordinario ingenio, que la dió gran celebridad en su siglo (1).

En los alcázares de Medina Azzahrá, recibió con gran ostentacion el emir Alhacam á los rasules ó enviados del rey de Galicia (2) y el conde de Castilla (3) que vinieron á concertar con él un tratado de paz. Festejólos el califa espléndidamente en aquellos palacios y jardines, con que quedaron no menos pagados de su cortesía y magnificencia, que maravillados de las riquezas y bellezas artísticas que se ostentaban, especialmente en el gran alcázar. Al despedirlos despues de ajustadas las paces, envió con ellos el emir á uno de sus wacires con cartas para el rey de Galicia, y con el presente de dos generosos corceles ricamente enjaezados, dos halcones muy adiextrados para la caza y algunas espadas de gran precio, fabricadas en las armerías de Toledo y Córdoba. Aquellos emires, sino por grangearse el afecto de otros príncipes muy inferiores á ellos en poder, todavía por hacer gala de sus riquezas y liberalidad, nunca escaseaban tales demostraciones y regalos.

Asimismo cuentan los historiadores árabes, que en el año 356 de la hegira, 957 de nuestra era, el califa Alhacam, ocupando su trono en el alcázar de Azzahrá, recibió á los embajadores de los emires Idrisitas de Africa, que vinieron á tratar con él alianza y reconocerle vasallaje (4).

(1) Escribió muchos libros de oratoria y elocuencia, y murió en 423 de la hegira, 1032 de J. C., á la edad, segun se cuenta, de 107 años.
(2) Sancho I, que murió en 966 de nuestra era.
(3) Garci-Fernandez, que gobernó en Castilla desde 969 á 996 de J. C.
(4) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 251.

En Medina Azzahrá tambien hospedó y alojó Alhacam, como príncipe tan amante de las letras, á muchos de los ingenios mas célebres de aquel tiempo para poder disfrutar así mas de cerca de su trato y conversacion. En el recinto. de aquel sitio real regaló una hermosa casa á su cronista, el célebre escritor *Ahmed-Ebn-Said-el-Hamdani*, que escribió á la sazon una historia de la España árabe (1).

Los califas que sucedieron á Alhacam hasta la caida del imperio y dinastía de los Umeyas ú Omiadas, siguieron frecuentando el alcázar de Medina Azzahrá, como á sitio real y residencia de verano.

Medina Azzahrá, á imitacion de su madre Córdoba, fué patria de algunos ingenios á quienes con el espectáculo de sus bellezas subministró las luces del saber y las inspiraciones de la poesía (2).

Tambien con los recuerdos amorosos y poéticos que dejaron de sí aquellos alcázares, se mezclan algunas historias tristes y lastimosas. En las mazmorras ó cárceles de estado de Azzahrá estuvo preso el tan celebrado hagib Chafar Ebn-Otzman-Almushafi, árbitro algun dia de los destinos del imperio de Córdoba y que vino á parar en un fin desastrado, víctima de la venganza del hagib Almanzor, y triste testimonio de las mudanzas y caidas del mundo. Desde allí Chafar, que era poeta, escribió en vano á Almanzor muchas cartas en versos, pidiéndole clemencia, pues sordo el inexorable hagib á toda voz de piedad, le hizo matar en su mismo encierro con ponzoña, segun los historiadores mas dignos de fé (3).

(1) Este Ahmed, llamado tambien por sobrenombre Alhendi, natural de Córdoba, fué gran jurisconsulto é historiador. Murió en 399—1009.

(2) Véase el núm. V del Apéndice.

(3) Véase la crónica de Almanzor, cap. V.

CAPITULO VI.

Destruccion de Medina Azzahrá.—Su restauracion por el emir Almostacfi y sucesor desdichado de este.—Encuentro del poeta Ebn-Zeidun con la célebre Wallada en las ruinas de Azzahrá.—Viajeros ilustres que visitan estas ruinas.—Elegías con que los poetas árabes lamentan su desolacion.

Mas á pesar de todo el empeño de los hombres por conservar aquel lugar de delicias, forzoso era que con su desolacion se cumpliesen las maldiciones que sobre él habia lanzado Alláh. Este suceso acaeció el miércoles 25 de la luna de chumada segunda del año 399 de la hegira ó sea el 24 de febrero del año 1009 de nuestra era. Fué así; que imperando Hixem II, nieto de Abderrahman III, se alzó contra él cierto *Mohammed Ebn-Hixem* y se tituló con el sobrenombre régio de *Almahdi* (1). Era á la sazon *hagib* ó ministro de Hixem, *Abderrahman* el *Amerita*, hijo del famoso Almanzor; y que á la muerte de su hermano mayor Abdelmelic habia entrado en el gobierno del estado; pero el nuevo hagib, tan sobrado de ambicion y arrogancia, cuanto falto del talento político de su padre, dejó hundirse el trono de los califas. Mohammed Almahdi, pues,

(1) El predestinado, el dirigido por Dios.

con la gente de su parcialidad, cercó al califa Hixem en su misma capital Córdoba. La gente de guerra que la guarnecia, descontenta del hagib Abderrahman, le entregó á los enemigos; de manera que Almahdi pudo entrar en Córdoba, donde desposeyó al califa, le echó en prisiones y procuró la muerte de su hagib. Los partidarios y milicia de Almahdi, que eran negros y gente foragida, entraron al saqueo en el alcázar de Córdoba y en el de Medina Azzahrá, y no solamente los despojaron de gran parte de sus alhajas y riquezas, sino que destruyeron y asolaron cuanto pudieron (1).

Los estragos de aquellas alteraciones y guerras que prosiguieron largo tiempo todavia, al par que apresuraban la ruina del poderoso imperio de los Benu-Umeyas, completaron la desolacion del monumento mas grandioso que fundaron aquellos emires. Apenas habian pasado cuatro meses que Mohammed Almahdi destronando al califa Hixem se alzara con el trono de Córdoba, cuando, imitando su ejemplo, se levantaron para disputarle el poder otros caudillos y varones principales, como sucede en semejantes tiempos de revueltas, en que lo venturoso del resultado autoriza, sino justifica, la ambicion y la rebeldía. El rival de Almahdi fué Suleiman, gefe del partido bereber en Córdoba, el cual proclamado emir por los de su bando el dia 6 de la luna de xawal de la hegira 309 (el 3 de junio de 1009), despues de varios sucesos y contiendas de armas con su contrario Almahdi, al fin en tal aprieto le puso, que le obligó para sostener su causa, á llamar en su socorro á los condes Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel (2). Con esta ayuda Almahdi logró prevalecer contra su enemigo Suleiman venciéndole y derrotándole en la famosa jornada de *Acaba Albacar* (3), acaecida en el mes de junio del año 1010 de nuestra era. Sulei-

(1) Cuenta estos sucesos *Almaccari*, I, 379. (Véase tambien lo que dejamos dicho en la leyenda de *Almanzor*, cap. XIV.)

(2) Fueron hijos del conde Borrel, á cuya muerte, acaecida en el año 993 de J. C., se repartieron aquellos estados, tocando á Raimundo el condado de Barcelona, y á Armengol el de Urgel.

(3) Es decir, la cuesta de las Vacas, lugar á diez millas de Córdoba. Otros dicen *Dar Albacar*. (Véase la pág. 183, nota 4).

man desbaratado, se retiró con sus bereberes á Medina Azzahrá, de donde, no mirándose seguro, aquella misma noche salió con su gente para buscar asilo en parte mas lejana y exenta de peligro.

Entre tanto el pueblo y gente de armas de Córdoba, que profesaba gran odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra Medina Azzahrá en persecucion de Suleiman, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente y entregar al despojo y á la ruina cuanto quedaba intacto en los alcázares de Azzahrá (1). Así fué como quedó destruida aquella famosa fábrica, prodigiosa morada de placer y maravilla del arte, á los setenta años ó poco mas de su fundacion.

Algunos años despues el califa *Mohammed, III* de este nombre, por sobrenombre *Almostacfi Billah*, penúltimo soberano de la dinastía de los Benu-Umeyas, que imperó por los años de 416-1025, restauró en parte el alcázar y jardines de Medina Azzahrá. Allí este califa, débil y afeminado, como todos los príncipes destinados á ser los postreros de sus dinastías y linages, se entregó á su aficion favorita de la música y la poesía, descuidando entre tales ocupaciones y los placeres el gobierno de sus estados y la guarda de sus fronteras. Su mayor gusto y solaz se cifraba en conversar y aun rivalizar en certámenes de ingenio con los varones mas ilustres en letras y en poesía que florecian á la sazon entre los árabes españoles y aun de allende el estrecho. Entre estos ingenios que frecuentaban la córte y trato de Almostacfi, citan las historias con elogio al célebre wacir

(1) Hé aquí las palabras con que el arzobispo don Rodrigo cuenta estos sucesos en el cap. XXXV de su *Historia Arabum*: «*Zuleman cedens hostibus fugit ad Azafram in qua fuerat aliquamdiu demoratus... Cordubenses autem Azafram communiter invaserunt et eos qui fugerant peremerunt et cœtera rapuerunt.*» Es de notar que aquel historiador designa con el nombre de Azafra á Medina Azzahrá, pues sabida es la facilidad con que en aquellos siglos se permutaba la letra *H* en *F* ó viceversa, sobre todo en ciertas palabras tomadas del árabe como en *Alhomra* que se corrompió en alfombra. Merece asimismo advertirse el error en que han incurrido algunos historiadores que al hallar en el arzobispo y en Mariana este nombre de Azafra, creyeron que hablaban de la villa de Zafra en Extremadura; aunque la mucha distancia de aquel pueblo ofrece prueba suficiente contra tal opinion.

Ebn-Zeidun, de quien volveremos á hablar mas adelante; á *Abdelmelic* el *Tabeni*, famoso por sus versos en Africa y Oriente; al wacir y *Alcatib* (1) *Abdelwahib Abulmoguira;* al cordobés *Abdelwahed* que habia sido *walilcodhá* ó juez supremo en Xatiba; á *Abu Jaled Ebn-Attares* y *Abul Jaulani* el de Beja.

A este emir por su flaqueza y por su intento de restaurar las delicias de Medina Azzahrá, alcanzó tambien la maldicion de Alláh. A los diez y siete meses de su gobierno se hizo tan aborrecible á sus vasallos que le destronaron, y de Medina Azzahrá le obligaron á refugiarse en Ucles, castillo de moros en tierra de Toledo, y segun otros en Somonte, alquería cerca de Medina Selim, donde murió envenenado, segun se cuenta, por uno de sus antiguos familiares. Con este suceso y las guerras y estragos de tiempos tan revueltos, los alcázares de la ciudad de las flores vinieron á quedar enteramente desolados y desiertos (2).

Asi se cumplieron los inmutables decretos de Alláh. Los vientos del otoño arrebataron las últimas hojas de aquel nido de cisnes, risueñamente recostado sobre la frondosa ladera del monte. La encantadora sultana de los alcázares, bella aun despues de su muerte, quedó ostentando tempranas ruinas coronadas con algunas flores solitarias, últimos restos de sus asolados vergeles.

Los poetas árabes de Andalucía, y aun los príncipes y reyes que tambien eran poetas en aquella nacion, acudieron á buscar inspiraciones en aquellas pintorescas ruinas, llenas de deliciosos recuerdos de amor y gloria, y elocuentes testigos de la vanidad de

(1) Secretario.

(2) Debemos notar que si bien los alcázares de Medina Azzahá, fueron completatamente destruidos en la época á que nos referimos, la poblacion inmediata que llevaba el mismo nombre, se conservó aunque en decadencia, por lo menos hasta fines del siglo XIII. Así consta de varias memorias posteriores á la desolacion del alcázar; pues además de hacer mencion de Azzahrá el geógrafo Nubiense que floreció hácia fines del siglo XI y de que á fines del XII vivia un escritor natural del mismo sitio, se lee en la historia de los Benimerines que el emir de esta dinastía, Abu-Yusuf Yacub, marchando contra Córdoba en el año 676-1278, tomó por asalto el vecino castillo de Azzahrá y degolló á su guarnicion.

las cosas mundanas. Entre los ilustres viajeros que visitaron aquellas ruinas, se contaron la noble poetisa *Wallada* y su amante *Ebn-Zeidun*. Wallada era hija del mencionado califa *Mohammed Almostacfi*, y puesto que con la desgracia y muerte de su padre viniese á decaer de su estado y grandeza, todavia alcanzó mucha estimacion entre los cordobeses por su extremada hermosura y su gran ingenio para la poesía. Habitó en el alcázar de Medina Azzahrá despues de su restauracion por el emir su padre, y encantada por la hermosura de aquellos lugares poéticos, aun despues de su segunda desolacion, acudió á frecuentarlos y á evocar las dulces memorias de lo pasado, celebrándolas en sus inspirados versos. Allí acudió tambien atraido por su amor y por el hechizo de aquellas solitarias ruinas, el famoso *Abulwalid Ahmed Ebn-Abdallah Ebn-Zeidun*. Habia nacido en Córdoba en el año 394-1004, alcanzando gran renombre en la poesía y en la oratoria; pero habiendo incurrido en el desagrado del príncipe *Abulwalid Ebn-Chehwar* (1), uno de los emires que gobernaron en Córdoba despues de la caida de los Benu-Umeyas, se vió precisado á huir, pasando algun tiempo en Medina Azzahrá. Entonces fué cuando hallando en medio de aquellas poéticas ruinas á la bella é ingeniosa Wallada, concibió por ella la ardiente pasion que alimentó hasta su muerte. Cuenta un historiador que Ebn-Zeidun en el tiempo de su ostracismo, llegó una mañana á visitar á Medina Azzahrá. Allí despues de recordar los tiempos venturosos en que el placer y las fiestas reinaban en aquellos lugares habitados por las hermosas huríes y los gallardos mancebos, compuso una poesía que empezaba así:

« Amigos mios: ni el tiempo de la *alfitra* (2) me alegra, ni el dia sereno y apacible, porque no hay solaz ni reposo para el que ve llegar la mañana y llegar la tarde con el corazon turbado por el amor. »

(1) Mohammed Abulwalid Ebn-Chehwar gobernó en Córdoba desde 1043 á 1058 de Jesucristo.

(2) Fiesta de los mahometanos que viene despues del ayuno del mes de Ramadhan.

No traduciremos íntegra esta poesía, por interés de la brevedad: pero sí diremos que Ebn-Zeidun, despues de manifestar la pasion que le abrasaba, pasa á elogiar aquellos parajes de delicias, comparándolos al paraiso. Celebra sus tersos y brillantes mármoles, que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudian en bandadas á poblar las sombras de sus frondosas arboledas.

Aquella pasion no hizo dichoso á Ebn-Zeidun. Wallada que le amó en su juventud, le desdeñó despues, como lo manifiesta Ebn-Zeidun en muy sentidos versos (1). Ebn-Zeidun, herido por los desengaños y por buscar su fortuna, pasó á Sevilla, donde se grangeó el afecto de su rey *Abbad-Almotadhid*, que le nombró su primer wacir ó ministro, encargándole todos los negocios del gobierno, y despues de su muerte mereció las mismas consideraciones á *Almotamid*, hijo y sucesor de Abbad, hasta que murió en Sevilla el año 463-1071, á los sesenta y dos años de su edad. Compuso un *Diwan* ó coleccion de poesías y un epistolario muy apreciado; y por la claridad y belleza de sus conceptos y estilos, fué llamado el *Bohtori* de occidente (2). En cuanto á Wallada, despues de desdeñar á Ebn-Zeidun, se enamoró del wacir *Ebn-Abdus*, y con varia fortuna; pero siempre con la gloria debida á su ingenio, permaneció en Córdoba hasta su muerte, acaecida en esta ciudad año 484-1091 (3).

Otro peregrino ilustre que visitó las ruinas de Medina Azzahrá fué el alfaquí *Abulhusein*, *Ebn-Sirag*, wacir ó ministro del rey de Sevilla *Almotamid-Ebn-Abbad*, que por este tiempo dilató sus señorios hasta Córdoba. Cuenta el mismo Abulhusein, citado por el his-

(1) Véanse estos versos en el *Catalogus codicum orientalium Bibl. Acad. Lugduno-Batavœ*, por *M. Reinhart. Dozy*. Leiden, 1851; t. I, pág. 250.

(2) Así lo dice el historiador *Ebn-Nobatha*, copiado por *Dozy*. Ibidem, pág. 242. *Alwalid-Ebn-Obaid*, llamado el *Bohtori*, es uno de los grandes poetas y literatos árabes, y de los mayores ingenios que ha producido el oriente. Murió en 284—897.

(3) Acerca de Wallada véase á M. Dozy en su mencionada obra, pág. 244 y siguientes; y á *Casiri*. Bibl. Hisp. Arab. Escur. I, 106 y II, 149.

toriador Ebn-Jacan (1) que él vino cierto dia con otros wacires y alcatibes á Medina Azzahrá, donde se detuvieron recorriendo de uno en otro, los desiertos alcázares y moradas de recreo. Allí apurando las copas del generoso vino por los oteros y cenadores, brindaron á las risueñas memorias de aquellos lugares deliciosos. Al fin se detuvieron á meditar, dice el autor árabe, en ciertos *raudhas* ó sitios frondosos y amenos, y reposaron sobre las verdes alfombras que tiende la primavera, esmaltadas con flores, y bordadas con las imágenes de las fuentes y arroyuelos, y del frondoso follaje de las arboledas, cuyas ramas se doblaban bajo la mano de los vientos. Las luces de la historia alumbraban ante sus ojos aquellos lugares, y se renovaban en su imaginacion los dias en que sus alegres moradores venian á reposar en sus sombras y espesuras, y cultivar sus florestas y jardines. Mas ¡ay! que en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba otro eco que el graznido de los cuervos ó cornejas posados sobre los ruinosos muros. Ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados, y habian envejecido sus mancebos, y de toda aquella grandeza y poderío solo quedaban piedras derruidas y la nada.

Asi pasaron la mañana los nobles viajeros entregados á tales pensamientos, hasta que ya entrada la tarde llegó en busca de ellos un mensagero del rey Almotamid, que les entregó un papel donde se leian estos dos versos:

«El alcázar de los reyes envidia por causa de vosotros al de »Azzahrá; y por mi vida y por la vuestra no sin razon.

»Pues habeis aparecido aquí como soles de la mañana, apare- »ced tambien entre nosotros como luna de la tarde»

Recibida tan galante invitacion, luego Abulhusein y los otros wacires abandonaron las ruinas de Medina Azzahrá para reunirse con su soberano Almotamid en el alcázar llamado del *Bostan* ó del huerto, junto á la puerta de Córdoba, nombrada *Bab Alatharin*, ó sea puerta de los perfumistas. En aquel palacio que era en extre-

(1) En su biografía del mismo rey Ebn-Abbad, citado por *Almaccari*, I, 411.

mo delicioso, pasaron el resto del dia en alegre festin, apurando las copas de generosos vinos, y renovando allí como dice el autor árabe, los placeres de los famosos palacios el *Jawarnac* y el *Sedir* (1).

Entre los poetas árabes que visitaron á Medina Azzahrá no debemos pasar en silencio á *Abu Ishac Ebn-Jafacha*, que como dice el mismo Almaccari (2) era en extremo feliz para la descripcion de los objetos de la naturaleza, como los arroyos, las flores, los lagos y los vergeles. Este árabe, recorriendo la Andalucía, se detuvo algun tiempo en Córdoba, en donde admirando sus bellezas y particularmente las de Medina Azzahrá, compuso, entre otros, estos versos que respiran el sensualismo, tan propio de la poesía árabe.

«¡Oh! andaluces; bien haya vuestra tierra con sus aguas y sombras, y arroyos y arboledas (3).

»El jardin del paraiso no existe sino en vuestras moradas, y no concibo que pueda imaginarse cosa mas bella.

»No temais pues al fuego del infierno; porque despues de entrar en el paraiso, no es posible condenarse (4).»

(1) Nombre de dos alcázares ó palacios que segun lo dejamos apuntado en otro lugar, estuvieron situados antiguamente cerca de Hira, ciudad del Irac ó Caldea, y son muy celebrados en las historias orientales como maravillas del arte y moradas del placer. Noman I de este nombre, emir árabe que reinó en Hira desde el año 390 al 418 de J. C. los hizo edificar por mano del famoso arquitecto Sennamar para recibir y hospedar en ellos al príncipe *Bahram Gur*, hijo del rey de Persia *Yezdegerd*. Sedir es un nombre árabe compuesto de las palabras persas *seh* y *dir*, que significan *los tres pabellones*. En los poetas árabes se halla frecuente mencion de estos alcázares, como puede verse en la anthología árabe de *Juan Humbert*. Paris 1819 en las páginas 98, 99, 261, y 263. (Véase tambien á Causin de Perceval: *Essai sur l'histoire des árabes avant l'islamisme*, etc. París, 1847, tom. II. págs. 54 y 55).

(2) Tomo I, pág. 452.

(3) La poesía árabe, nacida en clima tan seco y ardiente, no concibe imágenes mas bellas que las de fuentes, praderas, nubes, el rocío de la mañana y todo lo que es sombra y frescura. Arroyos y sombras son los mayores encantos con que Mahoma embellece la mansion dichosa del paraiso. Cuando los árabes en sus conquistas señorearon á España y otros paises mas amenos que la cuna de su nacion, realizaron en ellos aquellos sueños de su poesía, fundando á Medina Azzahrá, el Genalarife y otras tantas moradas llenas de las delicias de la naturaleza, ricas en aguas y en frondosidad.

(4) *Almaccari*, I, 451.

Pero no fueron los árabes los únicos en admirar las bellezas artísticas y naturales de aquel sitio de recreo. Tambien se cuenta que un monarca cristiano, el ilustre conquistador don Alonso el VI de Castilla, en una entrada que hizo por Andalucía hasta cerca de Córdoba, puso sus tiendas cerca del ruinoso alcázar de Azzahrá. Prendado el rey cristiano de la belleza del lugar, envió un mensage al rey Almotamid de Sevilla, que á la sazon mandaba en Córdoba y era su aliado, pidiéndole que le diese á Medina Azzahrá para residencia y sitio de recreo de su esposa la reina doña Constanza. Pedia tambien don Alonso una parte de la aljama de Córdoba para que en ella diese á luz la reina su muger un niño que llevaba en sus entrañas, y como escuchase estas peticiones el rey moro, dicen que se indignó tanto que mandó matar al judío portador del mensage y rompió su alianza con el rey castellano.

Los poetas árabes, en fin, ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas hallaron inspiracion para muchas y sentidas elegías á su catástrofe y desolacion: hé aquí los fragmentos de algunas.

De un poeta anónimo (1).

«Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, moradas del juego y del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios.

»Las aves vuelan en derredor gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras.

»Y pregunté á una de aquellas aves cantoras que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazon.

»Y la dije: ¿porqué te quejas y suspiras, ó ave? Y ella me respondió:

—»Por el tiempo que pasó, y no ha de volver jamás.»

Si estos versos rebosan en meláncolica poesía, no se advierte

(1) Citado por *Almaccari*, I, 344.

menos dulzura y sentimiento en los siguientes del célebre *Abulcasim Assomaisir* (1).

»Me detuve en Azzahrá para meditar y tomar ejemplos (de la vanidad de las grandezas humanas); y entregado á tales consideraciones lloré á los que perecieron.

»Y dije: ¡oh Medina Azzahrá! reanímate y torna á tu vida y esplendor.» Y ella me respondió:—¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?

»Y no dejé de llorar y llorar por ella: mas no es razon el proseguir mas tiempo en tan inútil llanto.

»Porque ya de la pasada hermosura solo restan vanas huellas y lágrimas por los que murieron (2).»

Mas elocuentes todavía, si mas breves, son los siguientes versos con que lloró la ruina de Medina Azzahrá el famoso poeta y wacir *Abulhazm Ebn-Chehwar* (3).

»Dije cierto dia á la casa, cuya familia desapareció:—¿Dónde están tus moradores que eran ilustres y potentes sobre nosotros?»

»Y respondió:»—Aquí se detuvieron breve tiempo; pero despues marcharon y no sé adonde (4).»

Pero donde se ven expresadas y reunidas tales ideas en un cuadro mas completo de sentimiento y aun de filosofía, es en la breve elegía que vamos á traducir, cuyo original se halla en prosa

(1) *Abulcasim Jalaf Ebn-Farag*, llamado *Assomaissir*, floreció en el último tercio del siglo V de la hegira, XI de nuestra era, y fué uno de los muchos poetas que merecieron los favores del rey de Almería *Mohammed-Ebn-Somadih Almotassim*, gran protector de las letras, que reinó desde el año 443 hasta el 484 de la hegira 1041 á 1091 de J. C. (Véase á Dozy, *Recherches sur l'histoire pol. et litter de l'Espagne pendant le moyen âge*, tomo I, pág. 106 y siguientes.

(2) *Almaccari*, I, 346 á 347.

(3) Fué wacir ó ministro de los últimos califas Benu-Umeyas, y á la caida de estos monarcas fué elevado á la presidencia del Diwan de Córdoba, que ocupó desde el año 421—1030, al 435—1043. Por las grandes prendas que le adornaban, en especial por su prudencia, ingenio y erudicion, es muy celebrado de los historiadores de aquel tiempo. Este Abulhazm fué padre de Abulwalid-Ebn-Chehwar, de quien hicimos mencion mas arriba.

(4) *Almaccari*, I, 345.

rimada y que pondrá fin dignamente á nuestras tareas y estudios sobre Medina Azzahrá.

«Tales fueron, dice el escritor *Abu Nassr Alfath* (1), los luga-»res habitados por los Benu-Umeyas; en ellos gozaron de poder, »de reposo, de prosperidad y de placeres; mas ya los arrebató de »allí la mano de la muerte. Hoy solo viven en las historias; y todo »su alimento se reduce á los aromas que se queman por los »muertos y al polvo de los sepulcros. Los azares y alteraciones de »la fortuna han desfigurado su rostro. Ya en sus desiertos alcáza-»res no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves »y el lúgubre silbido de los genios; y ya despojados de sus brillan-»tes adornos, solo el buho viene á visitarlos cuando anochece. »Allí donde reinaron en otro tiempo la magestad y la fortuna, hoy »se miran igualmente confundidos el héroe y el flaco de corazon, »el poderoso y miserable. Tal es el mundo; sus obras de hoy no »son mas que ruinas para mañana, y sus esperanzas, en lo fugaces »y engañosas, se asemejan al vapor del *sarab* (2). Perecieron las »mugeres dotadas de graciosos hoyuelos en sus megillas, y todo »pasó para nunca volver.»

Al poner fin á nuestro relato de la fundacion, sucesos y ruina de Medina Azzahrá, creemos del caso advertir que no debe confundirse á esta poblacion y sitio real con otro llamado *Medina Azzahira* ó la florida, que suena en la historia de Córdoba, durante el reinado de Hixem II, y del cual hicimos larga memoria en la leyenda de *Almanzor*.

(1) Citado por *Almaccari*, I, 415.

(2) El *sarab* es una especie de niebla ó vapor que suele aparecer en los desiertos á la hora del medio dia, semejando á larga distancia un estanque ó arroyo de agua. El caminante sediento, engañado por la apariencia de lo que mas anhela, suele apresurar su marcha hácia aquella parte; pero despues que la fatiga aumenta su ardor y sed, es mas triste el desengaño que sufre al reconocer su error.

FIN DE MEDINA AZZAHRÁ.

APÉNDICES

DE

MEDINA AZZAHRÁ.

APENDICE NUMERO PRIMERO.

Teniendo ya escrita la mayor parte de esta leyenda, vino dichosamente á nuestras manos un trabajo en extremo curioso é importante sobre los monumentos de Medina Azzahrá (1). Su autor el señor don Pedro Madrazo, atento principalmente á esclarecer la historia de las bellas artes durante el período mas ilustre de la dominacion árabe en España, ha investigado y descubierto al fin los vestigios y ruinas que se conservan de aquel portento del arte. Su inteligencia y buen celo han prestado en verdad un señalado servicio á la arqueología y la historia, determinando y probando con indudables datos y testimonios el verdadero asiento que tuvo Medina Azzahrá, aunque no del todo ignorado, puesto en controversia hasta entonces (2). Es cierto que la version del autor árabe *Almaccari*,

(1) Este trabajo forma parte de la descripcion histórica y artística de Córdoba por el señor don Pedro Madrazo, que ha visto la luz pública en un tomo de la excelente obra monumental titulada *Recuerdos y bellezas de España*.

(2) Sabido es que Ambrosio de Morales tuvo por romanas las ruinas de Córdoba la Vieja. Conde en su Historia (Parte 2.ª, cap. 79) puso á Azzahrá á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo. Los mismos historiadores árabes no convienen en su situacion. El geógrafo Nubiense (Edicion de Madrid, 1799, pág. 97) dice, que estuvo á cinco millas de Córdoba; Ebn-Jallican (Almaccari I, 344), que á cuatro millas y un tercio; Sidi Mohieddin (Ibid. 343), que á tres millas al N., y esta es la opinion que seguimos por las razones que en el texto exponemos.

publicada algunos años antes (1), ayudó á corregir el error en que habian incurrido Conde y otros historiadores, pero hoy, gracias al amor al arte y buena diligencia con que aquel distinguido escritor ha examinado por sus ojos el terreno, puede fijarse con toda evidencia la verdad del caso. El señor Madrazo, pues, reconoció los vestigios de Medina Azzahrá en una dehesa situada en el lugar llamado vulgarmente *Córdoba la Vieja* (2), como tres millas al N. O. de la ciudad y al pié de la sierra, que es el paraje adonde le encaminaron las noticias de Almaccari y las indicaciones de algunas personas ilustradas de aquella capital. La dehesa de Córdoba la Vieja es, como observa el señor Madrazo, un llano descampado, con leves sinuosidades y recuestos hácia la parte de la sierra, en cuya falda se apoya, y por lo tanto corresponde exactamente á la noticia que sobre el asiento de Medina Azzahrá nos ha legado un árabe andaluz, que la contempló sin duda cuando se conservaban todavía recientes sus ruinas y memorias. Este testigo, digno de todo crédito, porque fué un xeque ó anciano de Córdoba, de quien lo oyó el escritor *Sidi Mohieddin Ebn-Alarabi* (3), citado por *Almaccari*, dice claramente que Medina Azzahrá estuvo situada como tres millas al norte de Córdoba, entre la falda meridional del monte *Gebal Alarús* y la llanura (4). Hoy en aquel terreno y en el mismo asiento de aquellos suntuosos alcázares, se ve una eminencia llana y cuadrangular como de ciento y setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, occidente y mediodía, y por

(1) La traduccion inglesa de *Almaccari* por el *señor don Pascual de Gayangos*. Londres 1840, 2 tomos folio.

(2) Mas adelante haremos notar con el señor Madrazo y los mismos autores árabes el error que cometió Ambrosio de Morales, en tomar por romanas las ruinas árabes de Córdoba la Vieja.

(3) Autor que floreció en la primera mitad del siglo VII de la hegira XIII de nuestra era.

(4) Hé aquí el texto de este curioso pasaje puesto en caractéres vulgares á falta de los arábigos: «*Medina Azzahrá... Fabanáha* (Abderrahman Annasser) *tahta Gebal »Alarús min quibla algebal waxamal Corthoba; wabeinaha wabein Corthoba alyau»ma tzalatz amyal au nahu dzálica wahia bein algebal wassahli.»* Almaccari, I, 343.

el norte, unida á la sierra por varios montecillos de figura irregular. Así estos montecillos, como la eminente planicie mencionada, revelan fácilmente que no se formaron por obra de la naturaleza, sino de los escombros amontonados de las ruinas, pues con solo apartar el espeso ramaje que allí ha brotado, se descubren entre la tierra trozos de piedras labradas con gran primor, lastras de mármoles rotos, mosaicos y otros despojos de la pasada destruccion. Por tales fragmentos de magnífica arquitectura, que en gran parte son trozos de la preciosa filigrana llamada *foseifesa*, y por la traza y figura de las ruinas, que todavía dejan entrever la antigua planta, muros, puerta principal y cubos angulares ó alas del gran alcázar, se colige de un modo indudable que aquellos restos, hundidos entre el polvo de los siglos, son las venerables reliquias del monumento mas prodigioso encumbrado por el poder y galantería de un monarca (1).

APÉNDICE NÚM. II.

Descripcion de la aljama ó mezquita de Medina Azzahrá (texto árabe de Almáccari, I 370 y 371).

«Azzahrá fué una ciudad régia, que fundó el emir almumenin Abderrahman Annasser ledin Alláh, de la cual ya hicimos mencion, y fué de las ciudades poderosas é ilustres.

»Cuentan *Ebn-Alfaradh* y otros, que cuando se empezó á edificar su aljama, se empleaban cada dia en esta obra mil artífices, de ellos trescientos albañiles, cien carpinteros y quinientos en-

(1) Sobre los fragmentos artísticos hallados en Córdoba la Vieja, véase al señor Madrazo en la pág. 424 y siguientes de sus mencionados estudios sobre Córdoba y Medina Azzahrá, y á don Pascual de Gayangos en las muy curiosas noticias que sobre antigüedades arábigas dá en el tomo VI del *Memorial histórico español*, págs. 322, 23 y 24.

tre peones y demás jornaleros. Asi su construccion se llevó á cabo en cuarenta y ocho dias, y vino á ser de las fábricas mas extremadas (en belleza). Componíase de cinco naves de maravillosa arquitectura: la de en medio contaba quince codos de longitud desde la quibla (ó mediodia) hasta el norte, sin incluir la macsura, y trece de anchura de oriente á occidente: de las cuatro naves laterales, cada una medía doce codos de anchura. La longitud de su patio descubierto desde mediodia á norte era de cuarenta y tres codos, y su anchura de oriente á occidente de cuarenta y uno: todo él estaba pavimentado de mármol rojo, y en su centro habia una fuente que manaba agua. La longitud de toda la mezquita de mediodia á norte, sin contar el mihrab, era de noventa y siete codos, y su anchura de oriente á occidente de cincuenta y nueve. Su assoma se levantaba en el aire cuarenta codos, y su anchura era de diez. Mandó (el califa) Annasser ledin Alláh que se hiciese un precioso mimbar para esta mezquita, y asi se ejecutó de extremada hermosura. En derredor de él se hizo una macsura de obra admirable, y este mimbar se colocó en su sitio en esta mezquita cuando se concluyó, que fué un jueves, á 22 de la luna de xaban del año 329 (21 de mayo de 941 de J. C.)...»

Debemos notar que esta mezquita fué tenida en mucha veneracion, y que en ella, como en la de Córdoba, sin duda por ser ambas poblaciones residencia de los califas, se solian leer públicamente los partes de las victorias conseguidas contra los cristianos para júbilo de los buenos muslimes.

APÉNDICE NÚM. III.

Trazada la descripcion de Medina Azzahrá segun las noticias que hemos hallado en los cronistas árabes, restábanos solo, aunque de corrido, como punto menos acomodado á nuestro objeto, el entrar en algunas consideraciones artísticas sobre aquellos monu-

mentos, para mayor ilustracion del episodio histórico que nos hemos propuesto examinar. El señor Madrazo, que ha tratado ex-profeso este asunto, fundándose en el exámen ocular de los vestigios y fragmentos que ha consultado de aquellas ilustres ruinas, deja fuera de toda duda el que la arquitectura de Medina Azzahrá y otros monumentos de Córdoba, como la capilla nombrada todavia del Mihrab, pertenecen á la arquitectura árabe bizantina, es decir, la que á imitacion de los griegos adoptaron los árabes en la época mas floreciente del imperio de Córdoba. Imitáronla los árabes proponiéndose por modelo las columnas y filigranas llamadas *foseifesa* traidas en gran copia de Constantinopla y adoptadas por ellos bajo la direccion de arquitectos venidos tambien de aquellas partes, embelleciéndolas mas y mas con las galas que supieron hallar en su imaginacion ardiente y amiga de lo maravilloso. Así fué como aquellas mismas gentes se ilustraron con las letras y civilizacion de los griegos, traduciendo sus mejores libros de filosofía, medicina y otras ciencias, ó mas bien ajustándolos á las ideas y poéticas formas del genio oriental, al destinarlos para la enseñanza en las famosas madrisas ó academias de Córdoba: «Ahí teneis (dice el señor Madrazo) todos los elementos de la ornamentacion mas bella y graciosa que creó el »oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que figuran las olas de la mar; los meandros ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos, los enlaces ó entrelazados, combinacion preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las palmetas, en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y »hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro y otras hácia fuera, »imitacion feliz del loto asirio, y de las palmas fenicia y tebana; »el acanto silvestre, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el »tulipan y la flor del loto, graciosa importacion del arte de Persépolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Nínive y Babilonia (1).»

(1) Pág. 422 á 23.

A vista de estos detalles y vestigios, el señor Madrazo no pudo menos de combatir la opinion de nuestro célebre Ambrosio de Morales, que tomando aquellos restos de arquitectura por de carácter romano, afirmó haber estado allí la Colonia Patricia fundada por M. Marcelo (1), error que adoptaron despues otros muchos escritores. «El erudito cronista de Felipe II (añade) que vivió algunos años »en el monasterio de San Gerónimo de la Sierra (2), obcecado por »el error vulgar, no vió lo que saltaba á la vista, esto es, que los »fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y bar»ro diseminados por la dehesa de Córdoba la Vieja, eran de la »misma casta que la ornamentacion del Mihrab de la mezquita »mayor (3).»

APENDICE NÚM. IV.

Como en la leyenda de Medina Azzahrá á que corresponde este apéndice y antes en la de Almanzor, hayamos hecho mencion del famoso poeta y guerrero de la antigüedad árabe *Antar* ó *Antara*, parécenos oportuno dár á nuestros lectores una noticia biográfica sobre este personaje tan celebrado en la historia de aquellas gentes por su ingenio y sus proezas. Este héroe pertenece á la época primitiva y romancesca de los árabes, es decir á los tiempos

(1) Es cierto que la Córdoba romana no estuvo situada en la pendiente de la sierra, sino mas al S. E. y en la llanura, correspondiente en parte á los dos arrabales que los árabes llamaron *Medina Secunda*, al mediodia, y *Medina Alatica* ó ciudad antigua, al oriente, ambas sobre la orilla derecha del Guadalquivir, como consta por Almaccari y otros historiadores. Claro es que la parte de aquella poblacion llamada por los árabes Medina Alatica ó *ciudad antigua*, no pudo ser otra que la Córdoba romana.

(2) En la huerta de este monasterio yacen todavia algunos capiteles y otros fragmentos de Medina Azzahrá, que acreditan el gusto árabe bizantino de aquella fábrica.

(3) Pág. 421 de su obra mencionada.

anteriores al islamismo, y asi en la noticia de su vida y hechos veremos los orígenes de los sentimientos belicosos, caballerescos y poéticos que animaron despues á los árabes españoles héroes de nuestras leyendas.

El verdadero nombre de este héroe árabe fué *Antara Ebn-Xeddad el Absita*. Como el ciego de *Smyrna* á los tiempos fabulosos de la Grecia, el *Abul Fawaris* (1) del Arabia se remonta á la edad llámada por los adeptos del profeta *Alchahilia* (2) ó del gentilismo. Antara el caballero de los caballeros (3) no solamente ofrece el tipo del poeta, sino tambien el del héroe; es al par el Homero y el Aquiles de su nacion. Por su vida, juntamente poética y guerrera, podemos compararle con los Ercillas y Garcilasos españoles, y los Camoens lusitanos, pero su lira es, por decirlo asi, mas militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocia otra profesion que la de acometer excursiones y empresas de armas contra enemigos y extraños. Si hay algun tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Tirteo. Ambos héroes valerosos, desgraciados, dotados de virtud y de abnegacion, amantes en extremo de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid. Sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido: son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media; especie de Bayardo oriental, en quien se mira personificado aquel espíritu de honor, de lealtad, de portentoso valor, de proteccion para el débil y de adoracion al sexo hermoso, que

(1) El padre de los caballeros, honrosísimo dictado que dieron los árabes á Antara.
(2) *Alchahilia*, significa propiamente la ignorancia.
(3) *Fares Alfawaris*, el caballero por excelencia.

animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se extendió desde el Asia á los pueblos de Europa, ennoblecido y engrandecido luego en ella por las creencias y moralidad cristiana.

La gloria que en pos de sí dejó Antara, fué grande, como lo habia sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda llena de abnegacion y heroismo. Los árabes llegaron á considerarle como el modelo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debian proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavía Antara llegó á alcanzar otra gloria mas envidiable. En aquellos tiempos de costumbres desenfrenadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil excesos, nacidos de la falta de leyes y de religion, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados, únicas virtudes que florecian entre ellos, Antara descolló y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderacion, y el amparo que concedia al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara despuntó para los árabes una brillante aurora de moralidad y de civilizacion. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe, es la epopeya de esta nacion (1). Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el oriente al occidente, encendiendo una antorcha de ilustracion en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Irac, el Hichaz y el Yémen, cuna del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de *Ebn-Alcuthia* (2), *Ebn-Jacan* (3), *Ebn-Hodzail* (4), *Ebn-Be-*

(1) Este poema es la Sira que mencionaremos despues.
(2) Famoso historiador de España y natural de Córdoba.
(3) Célebre literato andaluz, nacido en Sajra alwalad, alqueria cerca de Alcalá la Real. Murió en el año 529 de la hegira, 1135 de J. C. (Véase el fragmento de sus obras, publicado por Dozy en sus *Scriptorum arabum loci* de Abbadidis. Leiden, 1846, págs. 57 y siguientes del tomo I).
(4) Famoso escritor de arte militar en el cap. XIX de su obra titulada: *Regalo de las almas y clamide de los habitantes del Andalus*. M. S. de la biblioteca del Escorial. Nació en Granada hácia mediados del siglo XIII de la hegira, XIV de nuestra era.

drun (1), *Abu-Thaib* el Rondi (2) y de otros muchos árabes españoles, se hace gloriosa mencion del héroe del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la gineta, son proverbiales entre los escritores árabes de todos tiempos. Como poeta, sus versos fueron para los árabes lo que para la nacion griega los de Homero, animando á aquellos conquistadores en las primeras expediciones y guerras que les llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba la fama sin rival que gozó Antara entre los árabes, es el conocerse desde lo antiguo en oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *Antaries* (3), cuya única profesion es la de leer y cantar, ya en los aduares, durante las veladas y diversiones nocturnas, llamadas *zambras* (4), ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poeta guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado: *Sira Antara* (5). Los árabes, formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura, si con profunda atencion y religioso recogimiento, mostrando con sus ademanes el vivo interés y admiracion que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la Iliada y la Odisea.

Antara llegó á alcanzar el honor supremo á que en aquella nacion y en aquellos tiempos podia aspirar un poeta, distincion que por cierto solo merecieron otros seis entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara esta honra sin par, trazando con caractéres de oro uno de sus

(1) Literato árabe natural de Silves en Portugal, en su Comentario al célebre poema de *Ebn-Abdun*, publicado por M. Dozy en Leiden, 1846 y 47.

(2) Es decir, el Rondeño; en sus Misceláneas de historia y literatura árabe.

(3) Sobre estos recitadores del poema de Antar, véase á *Niebuhr*: Viage á la Arabia; *La martine*: Viage á Oriente, etc.

(4) Derívase este nombre de la raiz árabe *Sámara*, que significa conversar por las noches á la luz de la luna.

(5) Es un poema épico ó mas bien por sus formas una novela histórico-caballeresca.

poemas (1) sobre las paredes de la famosa *Caba*, el mas venerado de sus templos y consagrado por aquella nacion á la deidad de la poesía. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admiracion con aquellas notables palabras que han contribuido á acrecentar y extender la reputacion de Antara entre los árabes islamitas. Dijo en cierta ocasion: «Nunca he oido nombrar á árabe del desierto á quien haya deseado conocer, sino es á Antara.»

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos genios marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de poder sobrehumano y fuerza irresistible, se alzan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto, y á cumplir la mision que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos límites que nos es forzoso dar á este apéndice, no nos permiten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes que á este propósito nos subministran, no ya las tradiciones y los cuentos, sino los historiadores árabes mas dignos de fé.

Antara (2), hijo de Xeddad, y de linage Absita ó natural de la tribu de Abs (3), una de las mas poderosas que moraban á la sazon en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 540 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desventuras le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de padre emparentaba con lo mas

(1) Este es el poema llamado *Moallaca*, de que hablaremos despues.

(2) Antara significa en la lengua árabe la fortaleza y el heroismo en la guerra, nombre que siendo niño dieron á nuestro héroe, como pronóstico de lo que habia de ser.

(3) La genealogía de Antara, segun el comentario de sus poesías que tenemos á la vista, es la siguiente: Antara hijo de Xeddad, que fué hijo de Moawia y este de Querad, este de Majzúm, este de Rebia, este de Malic, este de Cothaya y este de Abs el progenitor de aquella tribu.

noble de la tribu de Abs y con el mismo rey Zoheir, su madre era una esclava habisinia por nombre *Zebiba*, á quien habia cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Un autor árabe cuenta asi el nacimiento del héroe: «Llegó el momento señalado por el Criador de los séres, y Zebiba dió á luz un hijo varon: era negro como el ébano, de nariz roma, de torvo ceño, fruncido entrecejo, cabellera crespa, labios gruesos y piernas firmes como dos columnas. Por el color de su tez y lo informe de su cuerpo, se asemejaba á un grupo de nubes, aumentando mas esta semejanza sus centellantes ojos que parecian exhalar llamas, como el relámpago cuando rasga el seno de las preñadas nubes. Por lo demás, en el aire y expresion de su rostro recordaba á su padre el emir Xeddad, el cual regocijándose al verle exclamaba: «Glorificado sea el que le crió.» —Y mas adelante refiere el mismo historiador, que presentado el niño Antara por su padre Xeddad á vista de los árabes, todos gritaban con asombro: —«Es un leon de las selvas.»

Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente libre: los que incurrian en esta nota (1) dificilmente lograban la libertad; no debian ceñir espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu, y servir á los demás. Antara, sin embargo, desde su misma infancia, comenzó á dar notables muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales prendas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo. Siendo esclavo, y casi niño todavia, se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada, y en blandir la lanza, en cabalgar y domeñar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto, y finalmente en componer canciones y poesías, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza en desagravio, sin duda, de haberle dado tez atezada y la ruda fisonomía de un etiope, le habia dotado de gran robustez y de fuerzas hercúleas. Con tales ventajas

(1) A estos mestizos los llamaban con el dictado despreciativo de *hachines*.

logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas que le acarreaba su humilde condicion.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguido el tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente, por quien empeñarse en empresas y aventuras (1). La amante de Antara fué Abla. Digna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constante, Abla, en la historia de estos amores, ofrece un tipo seductor y celestial de muger con todos los encantos y el idealismo que debian entusiasmar la imaginacion poética de su amante. Antara, que no repara en imposibles, dáse á conocer en una gloriosa hazaña á esta Abla, doncella noble y hermosa, hija del emir *Malic*, y enamórase ciegamente de ella. Atrévese á aspirar á su mano, sin pensar en que todavía es un miserable esclavo, porque su mente ve en presentimiento el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasion ardiente y profunda, concebida en los dias de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hiciesen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso y la heróica abnegacion con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipacion y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazon de la tierna y dulce Abla.

Ella fué la heroina de sus cantos amorosos y guerreros. Su imágen siempre fija en el corazon del héroe le acompañaba á todas partes, y en lo mas revuelto y encarnizado de las batallas. Así es que al dar la vuelta de un sangriento combate, Antara dirigió á Abla estos versos:

(1) Ya observamos mas arriba, que el espíritu caballeresco que tanto su extendió en Europa en la edad media, trae su orígen de los árabes, y particularmente de nuestro Antara, el padre de los caballeros.

«De tí me acordaba, en tanto que las lanzas bebian en mi cuerpo y los aceros de la India (1) se bañaban en mi sangre.

»Y ansiaba con ardor imprimir mis besos en las espadas, porque su brillo me recordaba al de tus dientes cuando sonries (2).»

Por lo mismo el nombre de Abla, si resonaba en los labios del valeroso campeon como objeto de brindis en los regocijos y festines, en las batallas era su grito y apellido de guerra, juntamente con el nombre de su tribu y progenitores. Cuenta el autor de la Sira, que al trabar lucha con un leon, exclamó:—¡Por Abs, por Adnan! Yo soy el constante adorador de Abla.

Este amor fué tambien el iman y poderoso vínculo que le conservó por mucho tiempo en la compañía de su tribu, por mas que en ella viese pagados primeramente con humillaciones y desdén y despues con ingratitud y persecuciones, los grandes servicios que les prestó con su ánimo invencible y su heróico ardimiento. El autor de la Sira pone en la boca de Antara estos versos.

«Los absitas son injustos y pérfidos contra mí; pero en vano, porque el amor me impone la ley de ampararlos á riesgo de mi propia vida. A no ser por la hermosa doncella que mora bajo estas tiendas, yo pasaria á habitar en cualquier aduar lejano.»

Sin embargo, hubo una época en que la persecucion de los parientes de Abla y varias reyertas suscitadas por otros motivos entre él y los absitas, le obligaron á desamparar por algun tiempo aquellos aduares. Entonces tomando sus camellos y demás hacienda, pasó á establecerse en los dominios de la gran tribu de Thai que moraba en los montes de Acha y Selma. Hallábanse en guerra á la sazon dos cabilas de aquella gente llamadas Chadila y Tzoal, y como Antara se uniese con los primeros, los ayudó tan esforzadamente en una batalla, que les alcanzó la victoria contra sus enemigos. Sucedió algun tiempo despues que Antara se enemistó con los Benu Chadila y en otro encuentro dando ayuda á

(1) En el texto *Bidh alhind*. Las espadas de la India son muy celebradras de los poetas árabes, por lo bien templado y cortante de su acero.

(2) Los árabes consideran la blancura y brillantez de los dientes como una cualidad indispensable para la hermosura.

otra cabila con quien estaban en guerra, causó en ellos gran mortandad. Ambos sucesos fueron celebrados por Antara en dos cantos que se leen en la coleccion de sus poesías. Despues Antara, atraido por el amor patrio y por el de Abla, volvió á vivir con sus naturales los de Abs.

El autor del mencionado poema Sira consagra parte considerable de su libro á la novelesca relacion de estos amores, mezclando á los trances de las guerras, aventuras, empresas y batallas, los sucesos y escenas de amor entre Antara y Abla. Estas dos grandes figuras del poema y en quienes recae su mayor interés, tan ideales y perfectas cada una en su género, se ven admirablemente reunidas en un cuadro encantador en los siguientes versos de la Sira, que forman parte de una cancion que las esclavas de Abla entonaron en su elogio:

«Abla es la gacela, que caza al leon con sus ojos enfermos de amor; pero puros.

»Antara es el caballero de los caballeros, el leon de la selva cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

»Y nosotras somos flores fragantes, con el perfume de las violetas y de la camelia.

»Y Abla entre nosotras como una rama del ban (1), sobre la cual se alza la luna ó el sol de la mañana.»

Antara halla al cabo la venturosa ocasion de conseguir su libertad. Los guerreros absitas le habian rehusado siempre el honor de admitirle consigo en sus expediciones y empresas. Sucedió, empero, que los Benu Thai, sus enemigos, acometieron de sobresalto el real de los absitas, en tanto que se miraban ausentes la mayor parte de los guerreros. Las mugeres y la hacienda de los hijos de Abs halláronse en grave riesgo de ser presa de los thaitas. En tal conflicto, Xeddad, uno de los pocos guerreros que habian quedado en los reales, llamó en su socorro á su hijo Antara, que segun

(1) Esta comparacion es muy usada por los poetas árabes, quienes en el ramaje sobremanera vistoso y flexible de este árbol movido por el viento, hallan la imágen de una muger, cuyo talle esbelto se mueve con gracia.

costumbre, guardaba los camellos de la tribu.—«Corre á combatir, oh Antara,» le dijo. Antara, rehusando en apariencia, le replicó:—«El esclavo no es de provecho para pelear contra el enemigo, sino para cuidar del ganado y ordeñar la leche.»—Volvióle á llamar su padre, exclamando:—«Corre á combatir; de hoy en adelante no eres ya mi esclavo, sino mi hijo.»—Cuanta fuese la alegria que sintió Antara con estas palabras y el denuedo y valor que al oirlas encendieron su ánimo, excede á todo encarecimiento. Como furioso leon, arrojóse sobre los enemigos, los desbarató, hizo gran mortandad en ellos, y ayudado de los demás absitas, animados por su ejemplo rechazó á los hijos de Thai, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Libre Antara, miró abrirse ante sus ojos todo un porvenir de gloria. La victoria alcanzada contra los thaitas no fué sino el preludio de mil triunfos y hazañas, con que se señaló en adelante. Los obstáculos que se oponian á sus altas miras, se disminuyeron, y comenzaron á realizarse sus sueños de grandeza. Sus proezas y su ingenio le acarrearon, al par que admiradores, no menos rivales y enemigos.

Peleando en cierto trance en compañía de los guerreros de su tribu contra los *Benu Temim*, su valor dió la victoria á los hijos de Abs. *Cais*, hijo de *Zoheir*, caudillo de los absitas, dijo á los suyos con ironía cuando volvieron del combate:

—El hijo de la negra ha salvado á los nuestros.

Antara, á cuyos oidos llegaron las palabras de Cais, dictadas sin duda por la envidia, recitó entonces, entre otros, estos versos notables.

«Yo soy un hombre que tengo de bueno, por mi linage absita, la mitad de mi persona; pero la otra mitad la defenderé con mi acero.

»Cuando la flor de nuestros ejércitos flaquea y retrocede, y los mas fuertes guerreros toman la fuga, en aquel trance combato yo por los mios mejor que los que cuentan excelsos é ilustres todos sus progenitores.»

En otra ocasion altercando con un absita, que le echaba en

cara su color negro, y su nacimiento de una esclava, improvisó Antara, para confundirle, el mejor y mas apreciado de sus poemas, que se nombró *Moallaca* y *cassida adzahebia*, porque obtuvo el singular honor de ser escrito con oro y expuesto á la pública admiracion en el templo de la Mecca (1). Este poema se reduce casi todo á elogiar á su amada Abla y á celebrar sus propias hazañas, Hé aquí un trozo de la Moallaca.

«Yo te saludo, oh mansion de Abla en Alchewá (2) responde á mis preguntas y háblame del objeto querido.

»Aquí he parado mi camello alto como una torre, para consolar mi corazon con el solaz de los recuerdos.

»Bien hallados seais, vestigios de una morada desierta hace largo tiempo y que la partida de Omm Alhaitzam (3) ha trocado en triste soledad.

»¡Oh hija de Majrem (4): hoy moras en una tierra enemiga en donde no puedo ir á buscarte!

»Una casualidad engendró en mí este amor despues de haber hecho armas contra tus deudos ¿y todavia he podido concebir esperanzas? ¡Oh, por la vida de tu padre que no debo esperar!

»Pero sin embargo, su amor ha señoreado mi pecho y no dudes que en él tendrá siempre el puesto mas distinguido.

»¡Cómo pudiera no recordar sus encantos! la deslumbrante blancura de sus dientes (5) y aquellos hermosos labios en que tan dulces deben ser los besos!

»¿Y aquellos ojos que miran con la ternura y languidez de la gacela?

. . . .

(1) Añadiremos aquí á lo dicho antes sobre estos poemas Moallacas, que se veneraron en la Caba de la Mecca hasta que Mahoma los hizo borrar el dia que entró vencedor en esta ciudad.

(2) Nombre de un valle.

(3) Quiere decir la que imita á un collado de arena en la redondez de sus formas.

(4) Dictado de su padre Malic.

(5) Véase la nota 2 de la pág. 423.

»Amanece y anochece Abla recostada muellemente sobre blandos cojines, y yo en tanto paso las noches sobre mi negro corcél siempre enfrenado.

»¡Oh Abla! ¿porqué dejas caer tu velo? ¿porqué te escondes á mis ojos? ¿Por ventura no sé triunfar de los guerreros cubiertos de aceradas armaduras?

»Y tu sabes que me adornan otras prendas; que mi natural es dulce y suave cuando no me quieren oprimir.

»Cuando me inflama el ardor del vino, disipo mi hacienda en prodigalidades; pero conservo entera mi reputacion, sin dar motivo á que ande en lenguas.

»Al recobrar la razon no soy menos liberal y desprendido: bien sabes, Abla, qué mi índole es noble y generosa.

»Bien te podrán decir los que se han hallado conmigo en las batallas, que soy tan pronto y diligente para entrar en la pelea como tardo y negligente cuando se reparte el botin.

»¡Oh hija de Malic! si por acaso ignoras mis hazañas, pregúntalas á nuestra gente.

»Cuántas veces he acometido á un caballero armado de punta en blanco, con el cual no osaban medirse los mas valientes, y que no sabia huir ni rendirse.

»Presto le acerté un golpe terrible con mi larga y enhiesta lanza formada de una caña nueva y recia, y atravesé su armadura, pues el hierro no respeta al valeroso.

»Y le dejé postrado sin vida sobre la arena para servir de pasto á las bestias salvajes que despedazaron sus hermosos miembros.

. . . .

»Pero bien sé yo que mis hechos y mis servicios no son agradecidos por Amru (1), y por cierto la ingratitud hace odiosos los obsequios y beneficios.

»Yo cumplí los mandatos de mi tio (2) en medio de la encar-

(1) Hermano de Abla.
(2) El padre de Abla: Malic.

nizada refriega, cuyos remolinos no amedrentan á los héroes, ni los hacen murmurar medrosos.

»Cuando mis compañeros me han dejado solo delante de las lanzas, no he desmayado, antes bien he permanecido firme, haciendo frente á muchos enemigos.

»Mas si animándose entonces nuestra gente, se ha adelantado para sostenerme, me he lanzado en la lid con mayor brio.

»Y en tanto que todos gritaban ¡Antara! las lanzas brillaban como las luces de los relámpagos sobre la nube de mi negro corcel.»

Los sentimientos de ternura, abnegacion y rendimiento amoroso, de esfuerzo, largueza y desinterés que se notan en estos fragmentos de la Moallaca de Antara, bastan de por sí para hacer de este poeta guerrero un tipo caballeresco, no menos interesante que el de los Amadíses, Macías y Bayardos. Pero en otros pasajes de sus poesías resaltan mas aun tales ideas y sentimientos, como en los versos siguientes con que concluye una de sus poesías mas notables:

«Tan solo en presencia de sus esposos entro á ver las mugeres de nuestra tribu; mas si el marido ha marchado con la hueste á la gazúa, me abstengo de entrar.

»Cuando la muger extrangera confiada á mi proteccion se presenta ante mi vista, bajo los ojos hasta que ella me oculta sus encantos, retirándose á su tienda.

»Yo soy un varon de natural benigno y carácter noble, y no dejo á mi alma que se obstine en obedecer sus pasiones.

»Si preguntais á Abla, ella os dirá, que no amo á otra muger sino á ella.

»Si ella me llama para empeñarme en alguna empresa difícil, luego respondo á su llamamiento; la amparo contra todo peligro, y me guardo mucho de causárselo yo mismo.»

Muchos son los versos que se conservan de Antara, dirigidos á la reina de su corazon, Abla. Pero en donde mejor se expresan los sentimientos caballerescos que animaban á los árabes de su época es en los siguientes versos, que compuso en memoria de una jornada célebre:

«Nosotros defendimos en Alforuc á nuestras mugeres, y apartamos de ellas el fuego de la encendida lid.

»En lo mas reñido de la pelea, cuando la sangre brotaba á raudales de los pechos de nuestros caballos, nosotros juramos no dar reposo al enemigo mientras que blandiésemos una lanza.

»¿No sabeis que los hierros de nuestras lanzas han de asegurarnos la inmortalidad, si el tiempo respeta alguna cosa?

»Nosotros somos guardas del honor de nuestras mugeres, y nuestro mayor afan es por asegurarles reposo y gloria.»

No nos extenderemos aquí en la relacion de todos y cada uno de sus gloriosos hechos. Diremos, empero, que á pesar de la contradiccion de los padres y parientes de Abla, que miraban como afrentoso el emparentar con el hijo de la esclava, logró este al fin su amor y su mano.

Antara tuvo por rival en estos amores al gallardo *Omara* llamado el *Wahhab* (1), hijo de uno de los emires ó príncipes mas poderosos de la misma tribu de Abs, como se ve por la sátira mordaz y sangrienta que contra él compuso. Sin embargo, Antara con sus nobles prendas, su ingenio y heroismo, logró inclinar en favor suyo el corazon de la hermosa absita.

Muchos fueron los combates, jornadas y hechos de armas en que Antara se distinguió por su valor y proezas, decidiendo siempre la victoria en favor de su cabila. Por los años 571 de nuestra era, y durante la famosa guerra de *Dahis* (2), se halló en la batalla de Dzulmoraiquib (3), trabada por los absitas y sus aliados los *Benu Abdallah Ebn-Gathafan* contra los *Benu Fezara* y *Benu Morra*. En este memorable encuentro, Antara mató por su mano, entre otros muchos de sus enemigos, á *Dhámdam* uno de los mas

(1) El liberal ó el magnífico.

(2) Esta guerra suscitada de resultas de una apuesta sobre la velocidad en la carrera de dos caballos llamados *Dahis y Algabra,* duró cuarenta años con gran exterminio de las dos tribus contendientes de Abs y Dzobyan.

(3) Llamóse así esta batalla, por un lugar de aquel nombre en la tierra de Xarabba donde se riñó.

valerosos capitanes de Morra. De este suceso hace memoria Antara en su Moallaca cuando incripando á los hijos de Dhámdam, sus constantes perseguidores, les dice:

«Yo dejé á vuestro padre sobre la arena del desierto para pasto de los leones y las águilas rapaces.»

Algunos años despues y corriendo el 576, Antara contribuyó con su valor al notable triunfo que alcanzaron los absitas contra sus enemigos los Benu-Dzobyan, junto á la cisterna de Habaa, vengando con la muerte del caudillo enemigo Hodzaifa Ebn-Bedr, la afrentosa muerte que este habia dado á Tomadhur viuda de Zoheir, emir que habia sido de la tribu de Abs. Ahuyentados los hijos de Abs en el primer encuentro, Antara permaneció solo enfrente de sus enemigos, defendiendo á las mugeres de la tribu, hasta que volviendo la demás gente recobrada de su pavor, renovaron la pelea venciendo á los dzobyanitas. Hallóse tambien en esta pelea Xeddad el padre de Antara, conocido con el sobrenombre de *Fares Charwa* ó el ginete de Charwa, á causa de una yegua de este nombre en que solia cabalgar, el cual siendo de los mas valientes guerreros de aquella cabila, ejecutó por su propia mano con la muerte del terrible Hodzaifa la venganza de su antigua reina.

No mucho tiempo despues de la jornada de Habaa, el esfuerzo de Antara fué mucha parte para vengar en el campo de batalla un notable agravio hecho á la de Abs por otra tribu con quebrantamiento de los sagrados deberes de la hospitalidad. Fué el caso que los *Benu Sad-Ebn-Zaid Mána*, despues de unirse en amistad y alianza con los absitas y concederles asilo en sus tiendas, intentaron despojarles de ciertos camellos y caballos generosos que consigo llevaban. Los absitas se vieron obligados á tomar las armas para castigar la rapacidad de sus huéspedes, y con tal motivo vinieron con ellos á las manos en *Alforuc*, que era un valle situado entre la region del Yemama y Bahrein. En aquel encuentro Antara usó de su acostumbrado valor, protegiendo á las mugeres de su tribu, cuyo paladin era, y matando por su mano á *Moawia Ebn-*

Annazál, uno de los principales guerreros saditas. Antara celebró este suceso en una de sus mas notables poesías, de la que poco antes dejamos citados algunos versos.

Además de las jornadas que hemos celebrado, Antara se señaló por sus hazañas en el combate de *Orair* (1), en el de *Acran* (2), y en otros muchos, cuyos difusos pormenores no caben cumplidamente en el breve cuadro que trazamos. Algun dia consultando mas detenidamente los documentos históricos que han quedado de los árabes en aquella época, podremos ilustrar con mas copiosos datos la biografía de Antara, que ahora trazamos mas á la ligera, recordando entonces otros muchos de los hechos gloriosos que llevó á cabo en la larga carrera de su heróica vida (3).

En efecto, Antara llegó á una edad muy avanzada; pero sin que la flaqueza de la vejez abatiese el esfuerzo de su corazon, ni la entereza y energía de su espíritu se doblegase al peso de los muchos años, arrostrando siempre infatigable los riesgos y trabajos de la guerra. Asi lo dice el mismo Antara en los siguientes versos que se lee en una de sus últimas poesías:

«No son en verdad las incesantes fatigas de los combates las que van amenguando mis fuerzas, sino los numerosos dias que he vivido.»

Despues de una vida sembrada de mil alternativas, de grandes desventuras y grandes triunfos, de gran humillacion y gran alteza, Antara vió llegar el fin de sus dias con la satisfaccion del que mira realizados sus ensueños de amor y gloria, del que contempla cumplirse su destino y mision. La mision de Antara fué la de salvar á su pueblo en mil ocasiones, la de elevarle á grandeza y

(1) Nombre de una fuente ó arroyo, en cuyas márgenes los absitas combatieron con los calebitas, enojados de que no les habian querido permitir el uso de aquellas aguas, y les mataron á su caudillo *Masud Ebn-Masad*.

(2) En esta pelea los absitas vencieron á los de Temim y mataron á su caudillo *Amr Ebn-Amr el Daremi*.

(3) Sobre los hechos militares de Antara se encuentran otras muchas noticias en las notas históricas á la coleccion de sus poesías de que haremos mencion mas adelante.

gloria, haciéndole respetar por los demás pueblos y cabilas del Arabia; fué la de ofrecer á sus compatriotas acciones notables y heróicas que imitar; y fué, en fin, la de contribuir poderosamente á su civilizacion.

Sin embargo, la fortuna que cobijó á Antara en lo postrero de sus dias, no correspondió á sus altas prendas y merecimientos ni á los servicios prestados por él á su tribu. Segun se colige de ciertos documentos históricos, la extraordinaria largueza y desinteres de que usó siempre, fué parte para que se hallase pobre y desvalido en los dias de su larga vejez, cuando ya su trémulo brazo no le permitia manejar la espada en la pelea para ganar la porcion siempre pequeña, que él solia tomar del botin adquirido en las victorias.

En tal pobreza y estrechez, se cuenta que el capitan poeta de la Arabia murió hácia los años 615 de la era cristiana. En las circunstancias de su muerte no concuerdan los historiadores, pues el autor del *Quitab alaghani* (1), uno de los mas antiguos y autorizados, el cual recogió las tradiciones de los siglos anteriores al islamismo, apunta sobre aquel suceso tres versiones harto diversas entre sí.

Segun la primera, que tomó de cierto narrador ó tradicionista llamado *Suleiman*, Antara, que á pesar de lo avanzado de su edad, tomaba parte siempre que sus fuerzas se lo permitian en las expediciones militares, acompañó á sus hermanos los de Abs en una jornada contra los *Benu-Nebhan*, cabila de la gran tribu de Thai. Terminada la expedicion, Antara se volvia al aduar de los absitas, recitando los siguientes versos en loor del buen suceso de aquel dia.

«Los nebhanitas han tragado el polvo de la refriega.

»Y sus pasos sobre las vastas llanuras del desierto

»Semejan á las huellas del avestruz fugitivo sobre las secas explanadas de los arenales.»

(1) *Abulfarag Ali Ebn-Husein*, el Ispahanense, célebre escritor y colector de los monumentos mas importantes de la antigua poesía arábiga, que murió en el año 356 de la hegira 967 de J. C.

Cuando saliendo de repente cierto nebhanita llamado *Wezar Ebn-Chaber* (1), su particular enemigo que le acechaba en el camino, le disparó una flecha con que le hirió mortalmente, gritándole al propio tiempo:—Ay de tí, yo soy el hijo de Selma.—Dicho esto huyó precipitadamente, como si temiese que el herido aun tuviese brios para castigar su traicion.

Aunque herido de muerte, Antara tuvo alientos para llegar al campamento de su gente y dirigirles los siguientes versos:

«Sabed que es el hijo de Selma á quien debeis pedir cuenta de mi sangre; ¡mas ay, que mi sangre no ha de ser vengada!

»Porque luego que se haya refugiado en los montes de Thai, donde moran las Pleyadas (2), mi matador se hallará á salvo de toda persecucion.

»El me ha herido, en ocasion que nada tenia que temer de nuestras azules lanzas, cuando bajábamos esta tarde de los montes Naf y Majram.»

Segun otro recitador de tradiciones llamado *Abu Amr* el *Xaibani*, el hijo de Xeddad, con otros caballeros de su tribu marchó de gazúa contra los Benu-Thai. Desbaratados en esta pelea los absitas, huian á todo correr, cuando cayendo Antara de su caballo, no pudo por su vejez y debilidad volver á ganar la silla. Entonces trató de huir y ocultarse; pero apercibiéndole un descubridor de los thaitas, y no osando tomarle prisionero, le disparó un dardo con que le mató.

La tercera version sobre la muerte de Antara, no es mas gloriosa para el héroe, aunque acaso mas verdadera. Segun esta tradicion, conservada por *Abu Obaida*, Antara en su ancianidad, muy acabado por los años y enfermo, y por lo tanto sin poder concurrir á las algaras y excursiones, vivia pobre y miserable. Acosado por la estrechez, marchó en busca de cierto varon de la tribu

(1) Otros le llaman Ward Ebn-Chaber.

(2) Es decir que, por su altura, aquellos montes eran vecinos á la constelacion de las Pleyadas ó Cabrillas.

Jalaf Ebn-Abbas Abulcasim el *Zahrawi* el *Corthobi*, es decir, cordobés del arrabal de Medina Azzahrá, celebérrimo autor de obras de medicina y cirugía, que murió en 500—1107.

Este es el conocido entre los europeos con el nombre de Abulcasis, ó Albucasis, y sus obras andan traducidas en latin.

Abdallah Ebn-Abderrahman el Anssari el Zahrawi, varon muy docto en la filología y antigüedades árabes. Murió en 600—1203.

FIN DE LOS APÉNDICES DE MEDINA AZZAHRÁ.

CÁMAR.

JUAN JOSÉ MARTINEZ, EDITOR.

CÁMAR.

LEYENDA ARABE

POR

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

MADRID:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ,
calle del Arco de Santa María, núm. 7
1858.

A SU QUERIDO TIO

EL SR. D. JOSE BACA Y MUÑOZ,

En memoria y prenda del mas afectuoso cariño, ofrece este pobre ensayo de su pluma

EL AUTOR.

Madrid octubre 1858.

CÁMAR.

LEYENDA ARABE (1).

CAPITULO I.

—Hurí de los jardines del profeta, aparicion hermosa, que te elevas entre los vapores de la mañana... ¿Eres el astro de la ventura y de los amores que se oculta entre los blancos rayos de la aurora, ó la última imágen de un sueño delicioso, que se dispone á volar sobre sus leves alas antes que la razon recobre su imperio sobre los sentidos?... Tú amas el reposo y el silencio de la noche y los rayos de la luna que no ofenden tu tímida pupila. Pero el sol aparece ya en su triunfante carroza entre velos de oro y púrpura. Te alejas con las brisas del alba, y tus últimos acentos se mezclan á los armoniosos suspiros que modulan entre el follaje. ¡Ah! vuelve á reposar á la sombra del loto y de las palmeras de racimos de oro, en el huerto delicioso del Eden (2), donde entre fuen-

(1) Esta leyenda no tiene por objeto el aclarar puntos y hechos históricos, como las tres anteriores, aunque haya algo de árabe en el colorido y en las descripciones Por esa diferencia la hemos reservado para fin del tomo.

(2) El paraiso: voz hebrea: en árabe *Adn*.

tes y flores tienes tu morada de deleite, y donde los celestiales cánticos embarguen de felicidad tu espíritu.

—¡Jóven cantor! Tu mente divaga y se pierde en las regiones sin límites del pensamiento. Yo soy la princesa *Cámar* (luna), á quien acabas de sorprender en su harem. Reconozco tu voz por las canciones que has alzado bajo el agimez (1) de mi morada... Pero teme la cólera del Sultan. Tu cuello será dividido por el alfange si te llegan á encontrar en este apartado asilo de los placeres de mi Señor.

—¡Por Alláh! no me recuerdes peligros, encantadora hurí, cuyo talle se dobla y cimbrea cual la rama del ban (2) al soplo de la brisa, y cuyos pies se deslizan sin tocar el césped que les sirve de alfombra. Permíteme que te pregunte, hija del placer, ¿por qué abandonas el muelle lecho de tu voluptuosa mansion antes de haber acudido el ruiseñor al follaje que dá sombra á tu ventana para despertarte con sus amorosos trinos? ¿Has venido á embriagarte en los aromas de la mañana, y coger las nacientes flores, símbolo de tu belleza, ó quieres gozar el ambiente de la libertad que dilate tu oprimido seno... Una sonrisa veo dibujarse á través de la gasa que te envuelve: sin duda vienes á fomentar en el seno de la naturaleza las ilusiones que encantan tu alma. ¡Oh! sultana, tú tocas en la primavera de tu juventud, y tu vida es pura y serena como ese cielo azul y trasparente que inundan los primeros rayos del sol. Eres bulliciosa y festiva cual esa mariposa que ondea y revuela, ostentando por primera vez el deslumbrante matiz de sus alas á los reflejos del luciente astro. Pero eres tambien inexperta y delicada cual ella. ¡Feliz sino te alejas de la vistosa flor en cuyo seno gustaste la dulzura depositada allí por el rocío!

—Tú eres jóven tambien y tus palabras parecen brotar de un corazon apasionado, mas una ligera nube de tristeza empaña tu

(1) Ventana morisca de doble arco.

(2) Arbol de ramas muy elegantes y flexibles. Es comparacion muy frecuente en los poetas árabes.

rostro. ¿Eres de los que ya han gustado el acíbar en la copa de la vida?

—¡Por mi mal!

—Pero ¿no conservas alguna dulce memoria de tus pasados dias, ó el pasado y el porvenir se confunden igualmente entre las sombras que oscurecen el horizonte de tu vida?

—¿A quién no le acompañan sus recuerdos?

—La felicidad, pues, de tus recuerdos regocijará tu presente: un dia sereno en el pasado es una gota de agua en el desierto.

—Sí; pero esa gota suele secarse antes de llegar á los labios. Mas tu no comprendes el lenguaje del dolor, y mis penas no pueden empañar el nácar de tu rostro sereno. Además, ¿no soy yo bastante feliz cuando tan bella aparicion encanta mi sueño? Tú eres uno de los genios benéficos que traen la esperanza y el consuelo á los mortales. Tus ojos brillan con el fuego de la pasion; pero una pasion dulce y tranquila es la que agita con leves ondulaciones tu seno. ¿Amas por ventura, sultana?

—El amor es para mí una de esas deliciosas ilusiones que se desvanecen en cuanto se tocan. Mi corazon ha adivinado tanta felicidad sin atreverse á buscarla. Pero tú, cantor del amor y sus misteriosos placeres, ¿sientes acaso el imperio de esa pasion que pintas con expresiones tan dulces y seductoras?

—¡Oh! ¿y eso me preguntas tú, la mas bella de las huríes, beldad de delicadas formas que el genio del bien trae sobre sus diáfanas alas para encantar el sueño del poeta? Recibe al menos el homenage de mi adoracion, y cuando vuelva en mí, celebraré en dulces cantos el delicioso ensueño de mi mente. Alláh me envia su inspiracion para cantar los tesoros de su magnificencia y las maravillas de su mano creadora. ¡Gloria á Alláh á quien ensalzan las criaturas y que refrigera mi corazon con las suaves copas de su benignidad! El te trasporte en brazos de las benignas auras, sobre las nubes que vierten el apacible rocío, y á las felices mansiones que riegan los manantiales perennes de su gloria.

—Cantor, tu imaginacion ardiente te entrega á la ilusion y el

desvarío y crées hallarte bajo la influencia de un mágico ensueño. Mas vuelve en tí y repite á mi oido las palabras de armonía y pasion que has pronunciado durante tu letargo. Tal vez no sea la realidad menos grata para tí que las quimeras á que te abandonas.

—Plegue á Alláh que tu seas el ángel de mi esperanza. La veo brillar en tus negros ojos detrás de la gasa que los cubre. ¡Ah! aparta por un instante el cendal que envuelve tus gentiles formas. Con el fuego del amor relumbran esos tus ojos, que tímidos se esconden tras las espesas y sedosas pestañas, como los luceros en la oscuridad de la noche.

—Te miro á mis pies, jóven cantor... ¡Oh! ¡qué impresion tan profunda causa en mi corazon la inefable ternura con que tus miradas buscan las mias! ¡Y qué vaga expresion de tristeza reemplaza á la sonrisa de mis labios!

—¡Cámar! tus labios aparecen húmedos y brillantes, como el clavel purpúreo que acaba de recoger las gotas del rocío. Un irresistible impulso me atrae á tu seno, y tiemblo á tu lado como la leve hoja al soplo del aura. Mi alma se siente desprender del cuerpo para ir á morar en tu corazon.

—¿Tú me amas? ¡Oh cantor!

—Sí, te amo como á una flor, como al sonoro murmullo de una fuente, como á la ideal imágen de mi felicidad. ¡Ah! tiéndeme tus brazos y sentirás dentro de mis venas estremecerse la sangre con el fuego que en ella infundes. El mundo todo desaparece ante este sueño de felicidad.

—Yo tambien te amo... Pero ¡por Alláh! vuelve en tí... huye... sálvate. Escucho los pasos de los eunucos y los jardineros sobre el pavimento de mármol de las contiguas habitaciones... Si un instante permaneces, somos perdidos!

CAPITULO II.

—¡Buen anciano, depositario de los secretos de Alláh y de los tesoros de su sabiduría: ministro de aquel que es la lumbre del cielo y de la tierra, y bajo cuyas plantas duermen callados los siglos; el que solo es fuerte y poderoso, y que mientras todas las criaturas terminan y se suceden unas á otras, dura y permanece siempre eterno é inmutable, luz de los astros y gloria del firmamento! El te ha revelado el misterio de mi existencia, y yo le bendigo por haber confiado á tu prudencia y virtud un arcano que debo encubrir á los ojos del mundo. Imam (1) é intérprete de la ley de los creyentes, has merecido la alta estimacion y la honra á que te ha sublimado el soberano príncipe de los muslimes, el mas augusto de los monarcas, el rey clemente *Mohammed Abu Abdallah* (2) á quien Alláh ensalce y cuyo imperio sea feliz y glorioso; has renunciado á los mas elevados puestos que su generosidad te ha confiado, y solo ocupas el de su *alcatib* y *wacir* (3). Pero tú eres la columna mas firme de sus estados. Los pueblos creen en la doctrina que les predicas y te ofrecen los dones de su alabanza y su entusiasmo por la verdad, que es el espíritu de Alláh, que des-

(1) Sacerdote y doctor del Coran.
(2) Subió al trono de Granada en Xaban de la hegira 701, año 1302 de J. C.
(3) Secretario y consejero ó ministro.

ciende sobre tí cuando le elevas el incienso de tus plegarias. Mas te suplico que me dejes permanecer en mi oscuridad y seguir las leyes de mis destinos. Tú dirige al monarca por el camino del bien y el acierto, y muéstrate indiferente conmigo á sus ojos, y á los de cuantos obedecen su ley.

—En vano seria querer apartar los rayos del sol que bajan á iluminar la tierra ú obligarle á permanecer constantemente sumergido en los abismos de la noche. El fuego encerrado en el seno de las montañas vomita despues con mayor violencia, y al anunciarse, estremece al universo. Tú, excelso príncipe de la sangre de los califas y vástago del árbol prodigioso de la generacion del Profeta, con el humilde trage de un morabito y con la luenga barba de un *dervix* (1) encubres la gloria que te circunda y los alientos de tu corazon jóven y fogoso. En mis largas peregrinaciones en otra época, en que mis cabellos poblaban todavia mi cabeza, como el ramaje frondoso de un árbol, que ha desnudado despues el helado viento de la ancianidad, pude conocerte en Sanáa (2), en el Cáhiro, en Bagdad y en Damasco, ciudades bendecidas y purificadas con el rocío de la gracia del Eterno. Entonces eras aun muy niño; pero ya las dotes del ingenio brillaban en tu frente, y admirado yo de los dones que Alláh te habia conferido, le supliqué que me concediera el volver á hallarte en la senda de mi porvenir. El viento de la fortuna te arrojó lejos del seno de tu patria, y Alláh por su misericordia te trae hoy á mis brazos para cubrir con tu sombra la desnudez de mis dias. El fruto copioso de mi experiencia, la sabiduria que dan los años, las excursiones á climas lejanos y las ilusiones desvanecidas de la vida, serán en mi mano la luz que guie tus pasos, y te aparte de los precipicios de la juventud. Yo hé aprendido el lenguaje de casi todas las tribus que pueblan el universo, para estudiar despues sus costumbres, su religion, sus tendencias y pasiones, y sondear los misterios

(1) Santon ó ermitaño.
(2) Capital del Yemen ó Arabia Feliz.

del corazon humano: trabajo lleno de aridez, de amargura y desengaños. Pero la luz de mi inteligencia ha permanecido pura y brillante en medio de tantas sombras, y á la edad en que toco, se halla penetrada mi razon de los reflejos de la eternidad. Mas ¡oh jóven poeta! que has consagrado tus horas á cantar en el lenguaje de los celestes espíritus, las gracias y encantos que presentan las diversas fases de la naturaleza animada ó material, cuéntame la historia de los años trascurridos para tí durante el largo período de nuestra ausencia.

—No creas ¡oh sabio! que la historia de mi existencia se cuente por años ó por dias. El viajero que cruza los vastos arenales del desierto, solo suspende su marcha al pie de la rara palmera, del manantial que brota bajo un monte de arena trasportado por el *semum* (1) ó en el solitario *oasis*, hasta que llega el término anhelado de su peregrinacion, y en la historia de su viaje no forman época sino los lugares en que se ha detenido. Yo he recorrido asi los fértiles paises como los desiertos de la Arabia, del Xam (2), de las Indias y de Missr (3), y enderezando despues mi camino por las regiones de Almaghreb (4), he atravesado á Sahara y Berbería, hasta llegar por último á esta tierra del Andalus (5). En la gran mezquita de Almedina (6), he visitado el glorioso sepulcro del Profeta de

(1) *Semum*, viento abrasador del desierto, mal llamado *Simoun* por los que toman de libros franceses nombres pertenecientes á otras lenguas, sin saber la pronunciacion y escritura que les corresponde en nuestro castellano.

(2) *Xam*, la Siria, llamada así por haberla poblado la descendencia de *Xem ó Sem*, hijo mayor de Noé.

(3) Los árabes llaman así al Egipto, del nombre de su poblador Missraim, hijo de Ham ó Cham.

(4) Así nombran los árabes á las regiones occidentales que conquistaron en Africa y España, de la raiz gharaba: ponerse el sol.

(5) Los árabes dieron este nombre á la España, corrompiéndole de la palabra *Vandalus*, porque sin duda creyeron ser de orígen vándalo la nacion goda, que sojuzgaron en España.

(6) *Almedina ó Medina Annabi*: la ciudad del Profeta, famosa poblacion de la Arabia en la parte del Hicház. Llámanla tambien *Medina Axxarifa*: la ciudad noble.

los creyentes, y en la Mecca la famosa Caba (1) fundacion de *Ibrahim* (2), magnífico y venerable santuario, con quien solo competia la Aljama de Córdoba (3). En tan largos viajes y peregrinaciones, ya he cabalgado sobre el fogoso corcél de la Tartaria ó del desierto, ya sobre el dromedario, ó ya sobre el soberbio elefante, ora en las floridas praderas de *Serendib* (4), ora en las sierras de *Addaran* (5), ya en las orillas del Gánges, ya en las del Degla (6) y el Nilo. He peleado con las tribus indómitas y salvajes de todos los desiertos, y el deseo de conocer el amenísimo vergel de Granada, donde se encantan las criaturas y el Omnipotente derrama los tesoros de su magnificencia, me ha encaminado á la mas bella de las ciudades de occidente. Siempre cantor y poeta, aunque ya vistiendo el trage del sofí, del brahma, del beduino ó del dervix, he cantado los amores soñados por un corazon vírgen y las hazañas de los guerreros al pie de los terrados, alminares y celosías de los palacios y haremes de todos los pueblos que ilumina la luz de la creencia y la verdad de Alláh y Mohammed su Profeta.

—Alláh se dignará manifestarte para su gloria y el premio debido á tus virtudes y á tu laboriosidad en el camino de la salvacion. ¡Loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso! En tu corta edad has adquirido grande caudal de conocimientos y has encontrado el arte de calmar las tumultuosas agitaciones de un corazon ardiente con las suaves melodías de tu lira. Pero dime, excelso príncipe Abu-Said Ebn-Abdallah, ¿ningun acontecimiento ha turbado todavia la calma de tu espíritu? ¿ningun se-

(1) Famosísimo templo de la Mecca adonde los musulmanes acuden en peregrinacion una vez al menos en la vida. Tambien le llaman *Beital haram*: la Casa Santa.

(2) Abraham. Los árabes atribuyen á este patriarca la primitiva fundacion de la Caba.

(3) La mezquita mayor, hoy catedral de Córdoba. (Véase sobre ella el cap. III de la leyenda *Medina Azzahrá*).

(4) La isla llamada hoy de Ceilan.

(5) Los montes Atlas en la Mauritania.

(6) Nombre árabe del rio Tigris.

creto se oculta en los recónditos pliegues de tu corazon? ¿ni pasion alguna poderosa inspirada por un objeto real ha brotado en tu seno? Por mi carácter de hombre anciano y consagrado á la religion, bien puedo ser para tí un confidente, nada peligroso ni indiscreto de los sentimientos de tu corazon.

—Por tus labios hablan la dulzura y la verdad del espíritu de la eternidad y de la clemencia infinita. Creo deberte descubrir una herida recien abierta en mi alma, y que me parece incurable. El bálsamo de tu sabiduría es consolador y poderoso, pero mi mal es demasiado grave y profundo.

—Tal vez son exagerados tus temores. El enfermo duda y tiembla, cuando ignora el remedio de una enfermedad complicada ó de desconocidos síntomas; pero su confesion ilustrada por la luz de la ciencia, manifiesta al médico la causa del mal que le aqueja, y una vez conocida, se procede á su curacion y se adivina el resultado. Mancebo, cuéntame tu mal.

—¡Ay! mi mal tiene una de aquellas causas que aunque sean conocidas, no por eso están al alcance del que pretende examinarlas ó medirlas. En mi existencia ningun suceso real ha afectado profundamente mi corazon; mi mente siempre ha vagado por las ilimitadas regiones de la fantasía, y la historia de mi vida es la historia de mis sueños. Ya me he adormecido al pie de una palmera balanceada por los huracanes, sin que estos me despertasen con el fragor de sus crugientes alas; ya al murmullo de un torrente, halagado por su frescura y mecido mi pensamiento por las brisas que se deslizaban sobre su líquida superficie; ora en la punta de un cabo batido por las marítimas olas que se estrellaban á mis pies; ora entre el follaje de los bosques y florestas que murmuraban agitados por el viento, y todos los rumores y todas las armonías han pasado sobre mi mente, cual los génios benéficos que vagan en las nubes del rocío y en los vapores que rodean las crestas de las montañas, para trasportarme en sus alas á otro mundo en que el placer es eterno. ¡Oh! ¡cuán terrible ha sido para mí el volver de ensueños tan deliciosos otra vez á los desiertos de la vida, á las zozobras é inquie-

tudes que la acompañan y al deseo siempre nuevo y renaciente de una felicidad, que se va alejando cada vez mas de nosotros desde los dias risueños de la infancia que nos arrulló y deleitó en la cuna y en el dulce seno de la madre, hasta las tinieblas del porvenir en que se pierde como el sol en las turbias ondas del Océano.—Mas voy á referirte mi último ensueño.

Pocos dias han pasado desde aquel que, siempre presente en mi imaginacion, parece negarse á seguir el curso comun de los demás de mi vida: tambien trascurriera entonces corto tiempo de mi llegada á la ciudad que fecunda el Darro con sus arenas de oro, y que con sus blancos edificios sobre un mar de verdor, parece un nido de cisnes sobre el espeso follaje de la enramada. Discurria hechizado con la vista de tantos portentos y prodigios que se mostraban en derredor, y en muda admiracion no hallaba palabras para expresar en mis cantos las ideas de magnificencia, hermosura y esplendor que ofrecia á mi mente ese mágico y prodigioso conjunto de las perfecciones de la naturaleza y del arte, de vergeles y de palacios, de albercas y de fuentes, de flores y verdor que se admira en los régios alcázares. Cruzaba aéreos pórticos, patios y galerías construidos de mármoles y de jaspes con el mas exquisito primor y elegancia, mansiones voluptuosas y poéticas inundadas de oro, de nácar y de colores, cual nunca hasta entonces habia visto en tan gran esplendidez. Atravesando de contínuo entre bosquecillos, cenadores de jazmines y rosales, cuadros de yerbas aromáticas y flores, surcados por torrentes de aguas cristalinas, llegué á una prolongada y espesa bóveda de laureles, á través de cuyas hojas penetraban, ya en haces, ó ya en torrentes luminosos, como una lluvia de oro, los rayos del sol que aparecia en el oriente. Arrobado en dulce éxtasis, me adormecí entonces sobre un lecho de hojas de rosa y de flores de granado, cuyos frondosos arbustos formaban un pabellon en torno de mí. En aquel estado, en que las ideas se presentaban vagas y confusas á mi mente, me encantaban los ecos de una deliciosa armonía que regalaba mis oidos y me embriagaba el perfume de las rosas, que

ascendia en diáfanas espirales para embalsamar el ambiente que yo respiraba. En tal punto mostróseme una aparicion leve y misteriosa, que parecia envuelta en los espléndidos rayos del sol naciente, que inundaban la verde alfombra de la tierra como un mar de luz. Cambié con ella algunas palabras de inefable pasion, que se han borrado con el sueño, y de improviso me hallé en los brazos de mi bella hurí, que abrasaba mis ojos con el fuego de sus pupilas y que apartó un instante el cendal de su velo, para que pudiese yo contemplar su beldad y sus gracias fascinadoras. Con profundo y vivo sentimiento de amor estrechaba contra el mio su mórbido seno; pero un viento áspero y abrasador como el semum del desierto, repentinamente me despertó, y en vano tendí mis manos hácia la vírgen de mis amores. Todo habia desaparecido, y me encontré al pie de un sombrío torreon cercado de zarzales, oyendo el agudo silbido del viento que azotaba las peladas cimas de algunas palmeras y cipreses, que se elevaban á través de los muros y torres de la Alhambra.

—¡Extraño sueño!... Mas ¿no conservas algun vago recuerdo, alguna idea cuyo hilo nos guie á penetrar en el confuso laberinto en que se pierde tu mente?

—Los sueños no tienen enlace alguno con la realidad.

—Tu alma ¡oh jóven! es una planta fecunda y generosa que con el rocío de la poesía ha florecido sobre los campos del pensamiento. Mas la razon y la reflexion son indispensables para aquellos momentos en que el hombre debe velar y meditar despues de haberse desvanecido las ilusiones de su ventura.

—¡Que el cielo te bendiga, buen morabito Abderrahman Ebn-Alhaquim!... ¡Gloria eterna al poderoso Alláh! Una palabra que es como un emblema de felicidad para mi alma, ha despertado en mi memoria. El nombre que la dulce voz de mi hurí repitió á mi oido es *Cámar*.

—¡Cámar!... ¿Ese era su nombre?... ¡Ah! pienso hallar, hijo mio, una verdad entre tantas confusiones; creo adivinar el misterio que un impenetrable velo ocultaba. Mas siempre es peligroso

tocar la realidad, y no sé cual de ambos peligros es mayor: el que mate tus esperanzas y marchite para siempre el vergel de tus ilusiones, ó el que te haga buscar en un objeto real los tesoros de dicha que te prometió un sueño. Cámar es el nombre de una bellísima doncella, hija de uno de los mas poderosos príncipes del Africa, el emir *Ahmed Ebn-Alí Ebn-Yahya*, prometida esposa de nuestro soberano, y el palacio cuyos jardines has visitado es el de *Darlarosa* (1), en donde ella aguarda, mientras se hacen los preparativos para celebrar la boda con la magnificencia digna de nuestro muy excelso monarca, el dia de union tan feliz.

—¡Una de las muchas huríes destinadas al placer del soberano de los creyentes!... No, no puede ser la vírgen de mis ensueños. No es de la tierra aquella celestial hermosura de su rostro, ni las beldades de cuantos paises he visitado, han podido como ella dominar mi espíritu y cautivar mi corazon. Esa hurí pertenece al paraiso del Profeta; es una de las doncellas inmortales que mezclan sus voces armoniosas en los celestes conciertos y los cánticos que entona el ángel Israfil.

—Tu la amas, ¡oh jóven, y renuncias á la dulce esperanza de volverla á ver!... En tal caso, adoptas el partido de la prudencia.

—No. Es mayor el peligro que lo que tu imaginas, sabio imam. Mi anhelo es juntarme con ella en el paraiso para siempre.

—La crees una hurí de las mansiones de la eterna dicha... La barrera de la muerte te separa pues de ella. Mas eres jóven y debes vivir.

—La vida daria por ella.

—De todos modos la arriesgas... Pero si sabes ser prudente, tal

(1) *Dar al arús*; casa de la novia: en el Genalarife. Hoy este nombre se ha corrompido en el de Darlaroca, y así lo escribe Zorrilla en aquellos hermosos versos:

«Mas allá sobre pilares
»de alabastro, Darlaroca
»con su frente al cielo toca
»que la sufre su altivez.»

vez tu valor y la ventura de tu destino te deparen la felicidad que anhelas, antes que la mano irresistible del ángel de la muerte te arrebate á las moradas eternas de la otra vida. ¿Me prometes bajo inviolable y sagrado juramento observar la mayor cautela y discrecion para no comprometer tu cabeza y la mia?

—¡Por Alláh que lee en los corazones, y por su Profeta!

—Descansa entonces y reflexiona mientras dispongo los medios para que la vuelvas á ver. El afecto que me inspiras me fuerza á cometer un gran yerro; pero es preciso. ¡Alláh sea sobre todo!

CAPITULO III.

Bajo las galerías de aéreas columnas de jaspe de uno de los palacios del Genalarife (1) que sombrean laureles y naranjos, y á que prestan frescura saltadores que brotan en tazas de alabastro, la princesa Cámar vaga lenta y silenciosamente en una deliciosa tarde de la primavera.

Absorta en profunda meditacion, sus miradas, que no se fijan en objeto alguno de cuantos la rodean, parecen concentrarse en su interior, para contemplar alguna imágen errante en su fantasía, y sus manos se posan á veces sobre el corazon, cuyos violentos latidos se manifiestan en las ondulaciones de su seno, aun á través del oro, sedas y perlas que forman su adorno. De vez en cuando estas miradas, vagas ó melancólicas, se dirigen á uno de los arcos que dan entrada á aquel recinto, sostenido por dobles columnas de prodigiosa esbeltez y sutileza, y desde donde arranca una bóveda y galería de verde follaje que comunica con los jardines y palacios de los régios alcázares. La perfumada brisa de la tarde,

(1) Asi es como debiera pronunciarse este nombre, y como lo escribian nuestros autores castellanos del siglo XVI y XVII. *Genalarife* en árabe significa jardin del arquitecto.

batiendo blandamente las hojas de los fragantes arbustos, ó murmurando al cruzar entre las bóvedas de verdor, con sus armoniosos rumores despertaba repentinamente á la jóven de su contemplacion, y entonces parecia aguardar algun objeto, que debiera asomar á través del arco donde se clavaban sus ojos; pero la brisa volvia á dormirse lánguidamente en la sombrosa espesura, y se extinguian con ella los rumores que trajera en sus alas. Mil pintadas avecillas venian á las flores, cuyo tallo se doblaba con su peso cuando la princesa arrancaba distraidamente algun tulipan (1) ó anémona (2) y jugueteaban á sus pies; pero la angustiada beldad no prestaba atencion al canto de sus aves favoritas, y ellas sorprendidas de su esquivez, volvian á repetir tristemente sus trinos en la copa de los plátanos á la márgen de la corriente. Solo cuando alguna cándida paloma, revoloteando, agitaba sus alas en torno de ella, solia acariciar á la inocente ave, que respondia con amorosos arrullos á las palabras apasionadas y misteriosas de la jóven Cámar.

La tristeza que empaña el brillo de sus ojos, debe provenir de una dolencia del corazon. Los recuerdos que evoca en su mente la hermosa hija del Africa, que comienza á amar con toda la intensidad y vehemencia del primer cariño, le presentan la imágen del jóven y gentil poeta, á quien no ha vuelto á ver desde la misteriosa escena que describimos al principio de esta historia.

Destinada al augusto tálamo del sultan, con quien habia esperado ser feliz cuando su pecho tranquilo no habia sentido aun las ardientes emociones del amor, temblaba ahora al pensar en el instante en que habian de celebrarse sus bodas y en que debia conceder sus favores al hombre cuya imágen no tenia impresa en su corazon.

Pero de repente el jóven emir Abu-Said Ebn-Abdallah, guiado

(1) Tulipan, flor oriunda de la Persia, y sin duda traida á nuestro suelo por los árabes.

(2) Anémona. Los árabes llaman así estas flores, por el nombre de uno de sus antiguos reyes Noman ó Annoman, que fué muy aficionado á ellas.

por los eunucos que habia sobornado á fuerza de oro, y por las instrucciones del imam, se presentó á la entrada del templete donde comienza la bóveda de los laureles, y Cámar, por un movimiento involuntario é instintivo, corrió á arrojarse en sus brazos, mientras dos líquidas perlas se deslizaban por el nácar de su semblante. Ninguna palabra se escapaba de sus labios húmedos y ligeramente entreabiertos, que parecian aspirar el ambiente del amor y la felicidad. Una aura fresca, que se comenzaba á levantar con la caida de la tarde, agitando su transparente velo, dejaba contemplar á los ávidos ojos del príncipe, la belleza de su rostro encantador y puro como el de un ángel, de su garganta de alabastro y de sus torneados hombros, donde caian en desiguales ondas los flotantes grupos de sus negros cabellos. Abu-Said la contemplaba en sus brazos con cierta mezcla de asombro y ternura. ¡Estaba tan hermosa! ¡Era tan dulce la expresion de sus negros y rasgados ojos templados por un velo de pudor! Sin atreverse á hacer el menor movimiento, Abu-Said sentia desfallecer sus brazos bajo la presion del talle flexible y esbelto de la tierna doncella, que se cimbreaba y estremecia de contínuo como á impulsos de la viva emoción que sentia en aquel instante, y parecia interrogarla con la expresion de su vista. Cámar levantó un instante hácia él sus húmedos ojos, y con voz armoniosa le dijo:

—¿Me preguntas quién soy?... ¿no reconoces á la princesa Cámar, que te entregó su corazon? ¡Ah! aprovechemos este instante el placer de encontrarnos juntos. Ven, lumbre de mis ojos, espejo de los sentimientos de mi alma; ven y conversaremos de nuestros amores en esta mansion deliciosa, cuya luz trémula convida á las ilusiones del amor, bajo las sombras de los jazmines y rosales que forman sobre este cenador un dosel de flores.

—Tú eres la mas hermosa de las hermosas, y tus ojos son mas puros y radiantes que la luz de los cielos; pero la beldad que yo busco, solo tiene el asilo de sus encantos en las deliciosas mansiones del paraiso, y bebe el licor de la inmortalidad en las copas de estrellas y en manantiales que brotan en grutas de ámbar y de

perlas (1). Dime, ¿qué lazos te unen á la tierra? porque la hurí de mis ensueños, no puede ser la sultana destinada á brindar sus placeres al soberano que compra su amor y paga sus caricias al precio de favores y bienes terrenales.

—Jóven cantor: cuando mi corazon te ama, ¿temes que prefiera las caricias de mi señor á las del hombre que quiero mas que á mi vida? ¿A qué pensar mas que en nuestra dicha, en la dicha que en este instante disfrutamos y que mañana tal vez nos negará la suerte?

—Tú eres una muger de un corazon ardiente y harto sensible á las emociones del amor, y cedes á tus impetuosas pasiones. Para tí la vida es el dia de hoy, y mañana darás al olvido ú hollarás á tu ídolo. Pero mi cariño es eterno y digno solo de un objeto celeste é inmortal, cuya belleza nunca pueda contemplar marchita en mis brazos, y cuyo amor sea un manantial inagotable de ternura y amorosas delicias. ¡Por Alláh! dime, ¿quién eres, sultana?

—Me llenas de confusion y me haces temblar y sobresaltarme. Yo soy la princesa Cámar, hija del ilustre varon *Ahmed-Ebn-Ali-Ebn Yahya*, emir de Sus, y debo celebrar mi enlace con el rey de Granada Mohammed. ¿Pero amándote con tantos riesgos, tu ingratitud no estima mi sacrificio? Aunque con peligro de mi honra y de mi vida, ¡no puedo decidirme á huir contigo á algun lejano pais donde el amor nos haga felices!

—No, sultana: el fuego de tus pasiones es una llama fugaz que pronto se apaga ó desaparece. El ensueño ideal de mi imaginacion no está sujeto á esas debilidades y miserias. ¡Alláh te guarde!

Y diciendo tales palabras, el príncipe Abu-Said, como asaltado de un repentino vértigo, desató sus brazos de la voluptuosa cintura de Cámar, y con la vista extraviada y arrebatado el paso se alejó de allí, desapareciendo por la bóveda de los laureles.

El golpe que dió á Cámar era mortal.

(1) De las magníficas y maravillosas descripciones que el autor del Coran y sus comentadores nos hacen del Paraiso, tomamos estos y otros rasgos, que ponemos en boca de los personajes de esta leyenda.

La ingenua y apasionada africana le habia estrechado en sus brazos con toda la franqueza y efusion de su carácter y de su amor, y al abandonarla el jóven emir, sintió vacilar la tierra bajo sus pies. Pero sostenida por las fuerzas de la fiebre y herida en lo mas vivo de su amor y de su orgullo, reprimió las lágrimas dentro de sus ojos, que lanzaron una luz siniestra. Apoyando el rostro sobre las manos en el borde de un estanque inmediato, cuyas orillas adornaban boj y arrayanes, sus miradas se dirigieron maquinalmente al fondo de la cristalina corriente donde se retrataba su bellísimo semblante. De repente levantándose exclamó:

—¿No soy yo acaso bastante hermosa para merecer el afecto del hombre que he amado y á quien por efecto de esa pasion insensata he elevado hasta mí, princesa y futura esposa del sultan? Tal vez mi venganza le haga arrepentir de su yerro.

Sintiéronse entonces pasos en derredor, y á poco apareció la figura noble y magestuosa del monarca granadino, el poderoso y excelso príncipe de los muslimes Mohammed Abu-Abdallah.

Al advertir en la princesa, pareció animarse su energía y varonil fisonomía, y acercándose, con voz apasionada la dijo:

—Hermosa Cámar: el dia de nuestra union se aproxima. Tú serás mi sultana favorita, y los príncipes de nuestro tálamo se sentarán sobre el sólio de Granada. En este lugar de delicias goza y disfruta á placer de tu libertad en tanto que llegue la hora de elevarte al honor y felicidad que tus gracias merecen. Mas ven un instante conmigo, y te haré ver el lujo y la magnificencia que he ordenado desplegar en las moradas que han de encantar nuestros amores.

Cámar le dirigió una mirada de benevolencia, graciosa como la sonrisa que asomó en sus labios, y el rey quedó encantado de su belleza y de la dulce expresion de sus ojos seductores.

CAPITULO IV.

La gracia del rey se ha extendido sobre la princesa Cámar y su corazon generoso la ha concedido su prediliccion. El leon de Granada se duerme bajo las alas de la paloma de la hermosura, y doblega su altiva cabeza bajo el yugo del amor. Fiestas, zambras (1), regalos, todo cuanto pueda agradarla, otro tanto emplea la ternura del monarca para conquistar su corazon, y quiere hacerse amar de ella antes que entre en la posesion de sus derechos por medio de una union legítima. Ella le manifiesta de su amor y de sus gracias cuanto pueda contribuir á empeñarle y avivar cada vez mas su afecto naciente; y cierta reserva y esquivez en unas ocasiones, y un amor ardiente y efusivo mostrado en otras, le alejan ó atraen á sus plantas, pero siempre ébrio de amor y deseo, y discurriendo en su ardorosa mente los medios de lograr una conquista, tanto mas grata y deliciosa, cuanto que quiere deberla tan solo al amor que la inspire. Las gracias reunidas de todas las huríes de su harem, no tienen el encanto para él que una sola sonrisa de Cámar. Pero la herida recien abierta en el corazon de la hermosa doncella, no ha podido cerrarse tan presto, y el des-

(1) Veladas ó diversiones nocturnas, llamadas así del verbo *samara* que en la lengua árabe significa conversar por la noche á la luz de la luna.

pecho y el orgullo son los motivos que la obligan á observar semejante conducta. Ella quisiera ver al jóven príncipe, á quien sin embargo no conoce sino por un mero cantor ó poeta, rendido y humillado á sus pies, pero con el corazon rebosando aun de amor, y besando las manos de la que en su ingratitud habia antes despreciado.

La conducta del príncipe ha parecido de todo punto extraña é inexplicable al sabio y anciano imam, quien ha llegado á persuadirse que la razon del jóven es presa de un delirio, y vé con pesar cerrarse aquel camino que quedaba á su salvacion.

Ciertamente Abu-Said ha perdido la razon por algunos dias; pero luego que ha vuelto en sí, ha sentido templarse aquella fuerza de imaginacion, aquel anhelo de sublime felicidad, que le hace desechar la que halla en una criatura de la tierra, como si el mundo de ilusiones y ensueños que forja en su mente, pudiese realizarlo en su existencia. El es mortal y perecedero: ¿por qué, pues, confunde la felicidad presente con la futura, y esta ventura ideal quiere hallarla en un mundo cubierto por los abrojos del dolor? El tranquilo reposo del alma y el afecto desinteresado de dos corazones que junte el amor, son los mayores bienes que en él se pueden disfrutar.

Cámar le ama; pero Cámar es para él una muger, cuyas pasiones la arrastran á los pies del que adora en el momento de su frenesí, para olvidarle acaso despues. Mas se acerca el tiempo en que debe mirar las cosas por el prisma de la realidad, y no dilatar demasiado la ambicion de una ventura cuyos goces están reducidos para el hombre á círculo tan estrecho.

La intimidad de Cámar con el rey, que ha llegado á su noticia, le ha confirmado en sus ideas. Cree que la constancia de un amor ideal debe estar á prueba del mismo insulto y el desprecio con que él la ha tratado, y que si ella le amase verdaderamente, llevaria su sacrificio hasta no buscar en otro la felicidad que él, junto con su amor, la habia negado.

Pero el aguijon de los celos ha herido su alma, y aun cuando

no se lo quiera confesar á sí propio, no puede menos de sentir que la jóven beldad conceda sus favores al monarca: prueba evidente de que la ama todavía. Mas el amor es de tal naturaleza que en su egoismo se ofende de la menor muestra de interés que á otro objeto se dirija por el que amamos. Hé aquí que una barrera insuperable le separa por siempre de ella.

Entonces experimenta cierto remordimiento por su proceder, y se acusa de haber abandonado el tesoro que le deparó la fortuna. Mas si no es aquel el bello ideal de su mente, ¿por qué piensa en ella? ¡Oh! las dos imágenes de su pensamiento insensiblemente parecen haberse confundido en una, luego que la razon ha iluminado su alma. Ya se detiene con terror; aquel es un punto de descanso en la carrera de su vida, y mira dejarse atrás un mundo de ilusiones, en que si no pensaba con serenidad y fria reflexion, era en cambio mas feliz.

Por mas que lo procura, Cámar no le puede ser ya indiferente. Cámar es para él un ángel bueno ó malo, pero que de todos modos ha de ejércer necesariamente gran influjo en su porvenir. Tal vez no sea culpable, tal vez al admitir agenos obsequios no conceda los suyos.—Pero ¿hay mayor delirio, piensa ahora el jóven poeta, que censurarla porque no sacrifique el bello porvenir que la espera, por el hombre que la ha ultrajado? ¡Ay! la misma idea de que ella no le ama ya, es la que le convence del interes apasionado que comienza á profesarla. ¡Tal vez su destino es amar siempre sin esperanza!

El príncipe se resigna á veces ante el poder de la fatalidad, y llama al ángel de la muerte para que extienda su fúnebre sudario sobre su cabeza juvenil. Pero no debe morir tan pronto. Los primeros dolores son los que mas se sienten, y los que mayor herida abren en el corazon; pero ¡ay! que no son mas que el principio de nuestras desgracias.

Abu-Said, arrastrado á pesar suyo por el amor, y deseando estar cerca de Cámar, ya que despues de lo pasado, no osase llegar hasta ella, solia pasear solitario al pie de los mil torreones que

rodean el alcázar de los reyes moros. Desde allí, á través de los almenados muros, buscaba con los ojos el alminar (1) del palacio de Darlarosa, mansion de Cámar, entre los otros palacios, templetes, mezquitas y demás edificios encerrados en aquel delicioso recinto, y que descollando sobre los floridos vergeles y frondosos bosques, semejaban las blancas velas de mil navios sobre un mar de verdor. Pues como cierto dia Abu-Said, mas abatido que de costumbre, contemplase aquel pintoresco paisaje, recostado sobre la verde alfombra del césped cerca de la puerta llamada *Bab Lauxar* (2), el alfaquí Abderrahman Ebn-Alhaquim se acercó al príncipe y con la punta de su báculo le hizo volver de su distraccion.

—Mancebo, le dijo: tu edad no es la del reposo y el descanso: es la de obrar y preparar el porvenir. Los yerros de la primera edad de la vida, no por ser menos meditados son de menor peligro. Sé el dolor que padeces, y sé tambien que mis reflexiones y consejos son inútiles para convencer un entendimiento que no alumbra la razon. Además, tu corazon no se puede medir por el de los demás hombres: tu alma privilegiada y poética te aparta de ellos y vives en el mundo que te ha creado tu noble inteligencia. No debo reconvenirte, no debo ahogar los gérmenes de sublime inspiracion que brotan en tu mente. ¿Qué valen los consejos, qué el desengaño anticipado con anunciarle, para un corazon jóven é inocente, que solo ambiciona gozar la felicidad y pureza de sus primeros dias: dias cuya serenidad debe acaso terminar prontamente ó reflejarse despues como un inefable y delicioso recuerdo sobre el porvenir?

—¡Ah! mi corazon ya no disfruta de esa calma y esa serenidad!

(1) Alminar significa lumbrera. Los árabes llaman así las torres de las mezquitas y otros edificios, porque en ciertas ocasiones servian de faros para comunicar señales y avisos por las noches.

(2) Puerta de la Alhambra que dá á la calle de los Gomeres.

—Escúchame, pues: vengo á traerte una importante nueva. No te es desconocido que el soberano de los creyentes, á quien Alláh confirió el poder y la dominacion sobre su pueblo, báse apartado de sus santos caminos y entregado á lúbricos placeres, en apariencia al menos, consume á los pies de su favorita las horas en que debia velar por la salvacion de sus dominios. Un poderoso ejército de los cristianos ha invadido las fronteras de nuestro pais, cautivando nuestras mugeres é hijos, quemando las mieses y talando nuestros campos, como el viento abrasador que sale de la boca de Alláh para exterminar cuanto tiene vida en las tierras que maldice. La espada del *Islam* (1) se desprende de las manos de un monarca corrompido y á quien Alláh niega en castigo de sus excesos su sublime proteccion. Sé tú el apoyo de los muslimes y el fiel defensor de la ley de Alláh y su Profeta. El pueblo, alborotado con la noticia de la próxima invasion de los infieles, y acaudillados por los emires, alcaides, xeques y demás personages de alguna valía, llega hasta las puertas del alcázar. Yo, en nombre del pueblo que reconoce y acata la sabiduría que Alláh por sus altos juicios se dignó concederme, voy á proponer al rey que acaudillando el ejército de los creyentes marche luego á rechazar la invasion enemiga, para desvanecer de esa suerte las sospechas que se conciben contra él, porque tal vez, á no hacerlo, un tumulto le hará descender del trono. Si él se niega ¿accedes tú á aceptar la honrosa cuanto difícil empresa de escarmentar al insolente infiel que ha osado provocar á los leones granadinos?

—Sí... necesito hacer algo... y en arroyos de sangre infiel apagaré acaso la fiebre que me devora. Dispon lo que quieras, buen alfaquí: todo me es ya indiferente y quiero aguardar el porvenir sin preveerlo.

—Bien. Entonces espera, voy á hablar al sultan.

Permaneció el príncipe despues que se retiró el imam, absorto

(1) Islam: la ley musulmana. Este nombre significa salvacion, de la raiz árabe y hebrea *salima*: salvarse.

y confundido en el caos de un millon de ideas que se cruzaban en su mente, y sin que le arrancara de su meditacion el murmullo, que iba creciendo sucesivamente hasta convertirse en espantoso tumulto, causado por inmenso gentío del pueblo que se iba agrupando con ademanes hostiles en las avenidas de la Alhambra. Mirábanse brillar bajo los albornoces, almaizares y alquiceles las relucientes hojas de los alfanges, las cimitarras y los jacos, y algunos ya sacaban, ya ocultaban apresuradamente afilados puñales en las mangas de sus aljubas. Tambien se veian ciertos judíos que iban repartiendo monedas de oro entre los grupos del populacho, del cual salian luego mil estentóreas voces que gritaban:

—¡Caigan las cabezas de los traidores y enemigos del Coran! —¡Muera el wazir Alí el Hachí (1) y todos los que hacen alianza con infieles!—¡Alláh los condena á su execracion y á nuestra venganza!

Entonces apareció de nuevo el viejo imam acompañado de algunos wazires, emires, xeques y otros caballeros de la córte del monarca, y escoltado por una guardia de eunucos y negros armados. Llamó junto á sí al jóven emir, y dirigiéndose al pueblo con severo ademan y noble continente, le habló así:

—El rey clemente y magnánimo, príncipe de los muslimes y soberano de los creyentes, á quien Alláh ensalce, se halla impedido por el grave estado de su salud para mandar y dirigir el ejército que debe exterminar las hordas infieles. En su lugar desea compartir la gloria y el honor del combate con vosotros, y á vuestro frente, el hijo del príncipe de los fieles nuestros hermanos en el oriente, el sultan excelso de la ilustre rama de los califas y soberanos de la estirpe de Mohammed, el emir Abu-Said Ebn-Abdallah, príncipe generoso y leon fuerte, delicia de los hombres que gozan su presencia, y á quien Alláh entrega la espada del Islam para que en su mano vencedora se tiña con la sangre de los infieles. La

(1) Mohammed Ebn-Alí-el-Hachí, primer ministro á la sazon del rey Mohammed Abu-Abdallah.

mano liberal del Señor derrama en él y en todos sus hijos de salvacion los tesoros de su misericordia. En el estandarte con que el príncipe os guie á la batalla se leerá la divisa adoptada por el muy alto y poderoso rey *Mohammed Abu-Abdallah Ebn-Yusuf* el Nassrita (1), de glorioso recuerdo, y sus descendientes: *Wa la Ghaleb illa Alláh* (No hay mas vencedor que Dios) (2). Sea Alláh con vosotros, y las gracias y los dones de bendicion de El y de su Profeta caigan en saludable rocío sobre vosotros. Por Alláh, que por su medio nos concederá el triunfo, á vos y á todos vuestros amigos salud y salvacion infinitas veces.

Murmullos generales de aprobacion y prolongados vivas resonaron al terminar el anciano alfaquí su arenga. Y él y Abu-Said fueron llevados en triunfo hasta fuera de las puertas de la ciudad, donde escuadrones lucidos y bien ordenados de musulmanes solo aguardaban la llegada de su caudillo para marchar á la guerra. Luego que el emir Abu-Said partió con la hueste granadina, el imam dijo á los wacires y cortesanos que le acompañaban:

—Venid á la casa de la oracion para implorar la ayuda de Alláh en favor de nuestros hermanos, que van á verter la sangre por su fé. Allí se eleva el *mihrab* (3) donde á la voz del muedzin acude la córte de los reyes Nassritas á invocar al poderoso Alláh.

(1) Este es el famoso Alahmar de Arjona, fundador de la dinastía de los Nassritas, que reinaron en Granada hasta su conquista por los Reyes Católicos.

(2) La frase *Wala Ghaleb illa Alláh*, divisa de estos reyes de Granada, se lee, en efecto, en algunas monedas acuñadas por estos príncipes, que tenemos á la vista.

(3) Aunque el *mihrab* era una parte del templo, aquel nombre se extendió á significar el oratorio ó capilla particular de los soberanos, situado cerca de sus alcázares.

CAPÍTULO V.

En una extremidad del Genalarife, que domina el camino que une su recinto con el de la Alhambra, se eleva un magnífico templete sobre un pórtico de dobles arcos, y cuya parte superior, donde se abre un ajimez doble tambien, mírase adornada de inscripciones en caractéres arábigos entrelazadas de cintas y de flores. Inmediato á este *mihrab* ú oratorio se encuentra el estanque de las purificaciones, y mas allá, subiendo una escalinata sombreada de álamos, granados y limoneros en flor, entre un grupo de cipreses, se esconde un sepulcro de blancos mármoles. Es la hora del *Assobh* (1) ó de la oracion matutina. Una sombra se desliza entre los cipreses, en cuyo poblado ramaje penetran con dificultad los rayos del sol naciente, al par que estos iluminan el rostro blanco y sereno de un venerable anciano, que asoma entre las columnas del templete, donde ha asistido á la salá ú oracion. Es el imam Abderrahman Ebn-Alhaquim, que acude á aquel santuario para suplicar á Alláh que conceda el don de la victoria al príncipe Abu Said, á quien ha sido confiada la espada del Islam y el mando del ejército de los creyentes.

(1) Assobh ó Sabbah en árabe es la mañana.

El imam se dirigió hácia la sombra que se movia entre los cipreses, como un blanco vapor alzado por el aura de la mañana, y al hallarse cerca de ella se detuvo con vacilacion. Mas luego alzando la voz la dijo:

—Flor de la mañana: no es la sombra de los funerales cipreses la que debe cobijar tu naciente hermosura; el sol, la luz, el aire, no las tinieblas y los retiros solitarios deben acompañar á los dias de tu primavera.

La doncella Cámar, pues era ella, se hallaba tan profundamente distraida en aquel momento, que solo el murmullo de las palabras del imam llegó á su oido.

—¿Quién sigue mis pasos? preguntó en un tono de voz entre altivo é impaciente, y sin dignarse volver la cabeza.

—Quien te ha visto suspirar y afligirte durante la ausencia del que debia ser el encanto de tu vida, y quien puede ofrecerte los consuelos de la misericordia de Alláh.

Cámar se volvió entonces, y con ademan triste se dirigió al imam.

—Perdona ¡oh buen anciano! nunca creí ofender tu santidad; mas puesto que sabes ó adivinas mi dolor, no creo que puedan caber en tí la indiscrecion ó la imprudencia. Yo padezco... ¡no me preguntes el por qué!

—¡Por Alláh que es sabio en todas las cosas! Yo respeto tu dolor y tus secretos, y te suplico me perdones si mi presencia ha acrecentado tu pesar.

—Nada tengo que perdonarte, alfaquí. Tus palabras revelan tu bondad; pero si conocieras la violencia de mi dolor, no me acusarias por la injusticia con que te he tratado. ¡Ay! busco la soledad porque en ella puedo dar rienda suelta al llanto que oprime mis ojos.

—¡Alláh acbar! (¡Dios es muy grande!) exclamó el imam: él calmará tus angustias. Mas no aumenten tu tristura esas perlas que ruedan por tus megillas. Las lágrimas son la fuente vivificadora que rejuvenece el corazon del hombre, y las tuyas son serenas como el rocío del cielo.

Bendigo tus saludables consuelos y los reclamo para mi tristeza. Tu sabiduria es cual la de Alláh, grande.

—No blasfemes, hija mia. Sin embargo, soy docto en las tradiciones de los ulemas (1) y alfaquíes, y poseo todos los secretos del humano saber que atesoran las aljamas (2). Mas ¿qué alivios puedo prestar á un mal que ignoro? ¿Cómo podré yo adivinar las penas que anublan la frente de la hermosa Cámar, la flor de mas galas y aromas del pensil granadino, la futura esposa del sultan en quien reposan todas las gracias y bendiciones de las criaturas terrenas y de los celestes espíritus

Y como Cámar callase, cubierto su semblante de rubor y tristeza al par, el imam continuó:

—Y sin embargo los pesares que marchitan las flores de una juventud tan pura, no pueden ser otros que los primeros y misteriosos impulsos del amor. Verdad es que no ha mucho parecian hacerte bien dichosa los favores del monarca. Mas no creas que soy inflexible y que te acuso. Si tu tristeza cuenta el orígen que imagino, y me revelas todo tu secreto, yo te juro por la verdad de Alláh y de Mohammed su profeta, de que respetaré tus amorosos misterios y los ocultaré en mi corazon como en un sepulcro.

—Y yo me confio en tu santidad, esperando que han de desvanecerse esas sospechas acusadoras que has concebido contra mí. Pero antes te quiero confesar que son desventuras de amor las que afligen mi juvenil existencia. Mas, ¡ay! ignoro hasta el nombre del que me ha inspirado ese cariño. El traje con que se presentó á mi vista era el humilde de un peregrino, pero su gallardía y su corazon me han revelado un hijo de la sangre del Profeta.

—Y no te ha engañado tu instinto de muger. Es un emir, y su nombre que ignoras el de Abu-Said Ebn-Abdallah. Reune á las prendas mas sublimes del ingenio, la fortaleza del leon y la altiva

(1) Ulemas, plural de la voz árabe alim, docto, sabio, particularmente en las tradiciones alcoránicas.

(2) En las bibliotecas de las aljamas ó mezquitas, guardan los árabes africanos sus mejores libros.

magestad del águila. Nacido bajo el ardiente sol del Asia, y de la ilustre estirpe de los califas, su alma noble y su brazo valeroso le han conducido á buscar aventuras y empresas en el occidente.

—¡Ah! sí: merecia mi amor y el corazon no me engañaba al concebir por él tan violenta pasion. Si él te hubiese confiado sus secretos segun creo, sabrás como ha correspondido á mi afecto con el desprecio y la humillacion.

—Es que su alma ardiente le habia trasportado á las regiones de la fantasía. Despues ha reconocido su error; mas desesperado de verte entregada al amor del sultan, ha corrido á buscar la muerte en la guerra. Sin embargo, en aquel momento se ha acordado de tí, y despues de pedirme su bendicion, abrazándome exclamó:—No merezco su perdon si es inocente, ni ella el mio si es culpable; pero puesto que marcho al campo de la muerte, si perezco dila que la he amado hasta el postrer momento. No lo olvides, buen alfaquí.

Los ojos de Cámar lanzaron un rayo de amor; pero luego se eclipsaron como si pasára sobre ellos una nube repentina de dolor, y con acento de inexplicable angustia preguntó al imam.

—¿Y ha llegado quizás esa hora funesta que tu esperabas para anunciarme su afecto?

—No, hija mia.

Al oir estas palabras, el alma de la jóven princesa pasó rápidamente de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Sus ojos, en que se pintó este cambio repentino, brillaron con una alegría inexplicable. ¿Quién al verle pudiera negar que su corazon amaba todavía al ingrato poeta?

—¡Ah! ¡si aun vive, si aun vive! dijo al imam con ardor, si vive, cuando te halles á su lado dile que soy inocente, y si un instante volví mis ojos hácia el monarca, fué un consejo que me inspiró el amor para atraer al ingrato, hiriendo su corazon con un desden aparente. ¡Cuánto siento los motivos de sospecha que le he dado con esta especie de venganza amorosa! El valor me abandonó para proseguir en mi plan luego que no pude conseguir el

resultado que esperaba. ¡Ay! nunca seré yo la esposa del sultan: prefiero la muerte á sus caricias.—¿No es verdad, sabio alfaquí, que hay un lugar en la mansion del paraiso para las almas de los que se profesaron un amor puro y tierno durante su vida?

—Así está escrito. Pero el dia de tu muerte no está aplazado para una época tan cercana. El amor y los brazos del que adoras te esperan por una larga serie de años felices para encantar tu existencia. Hoy debe haberse reñido en las riberas del Wadalorce la batalla entre las tropas encomendadas á su mando y el ejército de los infieles que invadió nuestras fronteras. Desde ese alminar que corona el santuario, se descubren en un dilatado horizonte los caminos que conducen á la ciudad. En ellos tal vez dentro de poco veremos ondear nuestra bandera triunfante entre las filas de los creyentes que vuelven victoriosos del Chehád (1) ó al menos algun nuncio vendrá á contarnos el resultado del combate.

(1) Chehád ó algihed: la guerra santa.

CAPITULO VI.

El príncipe Abu-Said Ebn-Abdallah ha partido á la guerra aconsejado de su desesperacion; pero Alláh en sus altos designios no ha querido borrarle del libro de los vivientes, y de regreso de la expedicion, en que su valor y arrojo le han salvado de los peligros que él mismo buscara y dádole la victoria, es recibido con gritos y transportes de júbilo y entusiasmo. Conducido sobre un magnífico caballo árabe, que la munificencia del soberano le concede, y bajo arcos de triunfo alzados en todas las calles de su tránsito, llega hasta los alcázares del monarca. El imam y gran número de emires, alcaides, alfaquíes y caballeros le acompañan, y el pueblo, que á cada instante prorumpe en vivas y aclamaciones, le quiere exaltar por rey, cómo libertador de la tierra de su promision. Las bellas moras entonan cantos de victoria, y los príncipes y emires le ofrecen la mano de sus mas hermosas hijas. El rey Mohammed Abu Abdallah sale á recibirle á la puerta principal de la Alhambra, precedido de una lucida guardia de eunucos y negros con espadas y lanzas, y rodeado de su córte, su *hagib* (1), wacires, cadhíes é imames, todos engalanados con riquísimas vestiduras, y brillando la seda, el oro y las perlas en sus turbantes, sus capellares y marlotas. Gran número de músicos con añafiles, ali-

(1) Mayordomo mayor, y segun otros, primer ministro.

líes, alaudes (1), atabales y otros instrumentos, y no menor de cantores y cantatrices mezclan sus armoniosas voces con la gritería y alboroto popular, mientras el príncipe es llevado á la magnífica y soberbia mansion que le está destinada en el mismo real alcázar. Entre todos aquellos rostros mas ó menos alegres y animados que felicitan á Alláh, á Mohammed, al príncipe y al imam, por la fausta victoria obtenida contra los enemigos, solo hay dos que permanecen constantemente cubiertos por una nube de pesar: son el de Abu Said y el del rey. Aquel bajo el pretexto de necesitar descanso, consigue desembarazarse del copioso número de cortesanos que se apresuran á presentarle sus repetos, mientras el monarca, como olvidado de todos, y aun casi amenazado por los revoltosos, se ve obligado á presenciar los homenajes dirigidos á á su rival. La angustia del rey era mayor por conocer, que si aprovechaba el príncipe el favor de aquel aura popular, podria arrebatarle la corona de Granada aquel mismo dia que él se humillaba hasta el punto de tributar régios homenajes á un desconocido. El veia en el príncipe á un sucesor del trono: el príncipe en el rey, al dueño del objeto de su adoracion. No apreciaba el príncipe su actual posicion que le daba ventajas sobre el soberano, antes le miraba con envidia, porque al vacilar sobre su sólio, le creia no obstante disfrutando de la felicidad del amor: felicidad que debia haber gozado en los brazos de la bella sultana, en tanto que él buscaba la muerte entre las filas de los escuadrones cristianos.

Tal vez si el alfaquí le hubiese referido la escena que habia mediado entre él y la jóven princesa, se le hubiera disminuido su dolor; pero el buen anciano aguarda una ocasion en que la misma inocencia de esta la justifique ante los ojos del que habia ofendido solo en la apariencia quizás.

Preocupados con tales imaginaciones, bien presto el rey y el príncipe se separan, anhelando poder desahogar en la soledad

(1) El nombre de laud ó alaud es árabe, así como los de añafiles, (aunafir), atabales y alilíes que mencionamos en el texto.

la angustia que los oprime. Abu Said no quiere penetrar en la lujosa habitacion, donde crecido número de eunucos y de esclavos le esperan para brindarle las delicias y regalos del régio hospedaje, y prefiere vagar solitario por las silenciosas y sombrías calles terminadas por murallas, por alamedas y jardines. Al cabo de algunos instantes de paseo se detiene á la entrada de un elegante templete sostenido por varios arcos, que forman en el techo graciosas bovedillas con adornos caprichosos de estuco sobre fondos de azul y oro. El príncipe ora algunos momentos en este mihrab, que es uno de los muchos del real alcázar. Al volver de su profunda oracion, una paloma que ha venido á posarse á sus pies, despues de batir sus alas con alegre estrépito, remonta su vuelo por los aires, pero cerniéndose siempre en ellos sobre las sendas que sigue el príncipe.—Nuncio fiel del amor, la dice este; iré en pos de tus alas, y ¡ojalá me encamines á las deliciosas mansiones del paraiso!—Y atravesando nuevas alamedas y bosquecillos llegan hasta una explanada cercada por do quiera de tajos y precipicios, y tortuosas sendas abiertas en la ladera de los peñascos, los cuales están coronados por torres y jardines, derrumbándose desde su cima espumosas cascadas hasta el pie de los arbustos que brotan en la falda.

Abu-Said cree hallarse bajo el imperio de un celeste encanto y recordando las tradiciones orientales que escuchó en su infancia, piensa que en aquella paloma se oculta el genio (1), cuyo mágico poder le trasporte al paraiso donde debe encontrar su ventura. Imagina hallarse embargado de un apacible ensueño, y recuerda haber visitado en otro tiempo aquellos frondosos parajes que se continúan sin fin. De repente la paloma se posa sobre las orillas de un cristalino arroyuelo, donde se solaza y bebe de sus aguas un instante, y volviendo á levantar el vuelo, desaparece bajo una espe-

(1) La creencia en genios ya benéficos ó ya maléficos que asisten al hombre, ora invisibles, ora bajo formas corpóreas, interviniendo en los sucesos mas importantes de la vida, está muy en boga en todo el Oriente.

sa bóveda de verdor, cuya entrada se vé casi cubierta por una enramada de jazmines y rosales. El jóven emir se introduce tambien en ella y la reconoce perfectamente; es la bóveda de los laureles, paraje por donde al penetrar en otra ocasion se encontró en los brazos de la bella Cámar.

Entretanto el rey Mohammed habia determinado ir á calmar sus penas é inquietudes al lado de su futura sultana.

Cámar, sumamente inquieta y temerosa por la suerte del mancebo príncipe, habia esperado en largas horas de angustia y sobresalto las noticias que habian de librarla de su cruel incertidumbre. El monarca que la habia visto constantemente afligida durante aquella ausencia, empero ignorando la causa de su melancolía, no habia querido afligirla mas con sus amorosas instancias, y por una abnegacion harto costosa para un amante, la habia permitido que llorase en la soledad penas que tal vez no tendrian objeto, esperando verla con prontitud feliz y risueña en sus brazos, luego que se disipara aquella fugaz tormenta que habia estallado en la primavera de su vida.

Desde el alto alminar, de que mas arriba hicimos mencion, habian recorrido los ojos de Cámar durante largas horas, todo el vasto horizonte que se descubria en lontananza, aguardando la llegada de Abu-Said con el ejército muslim. Al fin su génio tutelar, para endulzar su amargura y engañar aquellos crueles momentos de ansiedad é impaciencia, la infundió con el sonoro batir de sus alas un ensueño apacible, de que no despertó Cámar sino al estruendo del regocijo popular. Todavía ignorando si aquellos clamores eran el eco de un triunfo ó de una derrota, sentia la jóven princesa fluctuar su corazon entre el temor y la esperanza, cuando viendo llegar al soberano al pie del alminar que le servia de atalaya, bajó de allí con rapidez, procurando leer en el semblante del rey la realidad de los sucesos.

—¡Terrible adversidad! esclamó el emir dejándose arrebatar por el torrente de sus ideas: la mano de Alláh ha humillado al príncipe de los muslimes, al soberano de los creyentes!

—¿Han sido rotos nuestros escuadrones? ¿ha muerto su caudillo á mano de los infieles? preguntó Cámar con dolor.

Cámar no podia adivinar que los motivos de la tristeza del monarca fuesen otros que la derrota de su ejército y el peligro de sus dominios amenazados. El sultan por su parte, no comprendia el vivo interés que aquella manifestaba por la suerte de un príncipe á quien no debia conocer; pero á fuerza de reflexionar, una leve sospecha cruzó por su imaginacion.

—¿Tanto sentirias, la preguntó, la desgracia de un príncipe rebelde, que inducido de torpe ambicion, ha venido á sembrar en mis estados la division y la ruina, y levantando al pueblo ha querido derribarme del trono de mis excelsos progenitores?

Cámar calló: el dolor embargaba su lengua. Mohammed quiso aventurar un golpe decisivo y con voz solemne y apagada:

—Pues bien, la dijo: nuestros guerreros han sido barridos por los contrarios como las débiles aristas de un campo de mieses por el viento abrasador del Africa, y el emir Abu-Said ha perecido con la flor de los valientes.

La acongojada amante cayó sin conocimiento sobre el suelo de alabastro.

Entre tanto el príncipe presenciaba esta escena oculto detras del espeso follaje de la bóveda de los laureles, adonde le habia conducido la misteriosa ave, la cual, luego que vió á la princesa desmayada, voló á sus pies acariciándola con su pico y sus alas, al propio tiempo que exhalaba un lastimero arrullo.

Un ligero grito se escapó de los labios del jóven emir, que en vano trató de abrirse camino entre el ramaje con el acero de su puñal damasquino para salvar á su adorada.

Pero el sultan, despues de vacilar un instante y golpearse el pecho con desesperacion, alzando su vista al cielo para implorar la misericordia de Alláh y su Profeta que multiplicaban los sinsabores en su vida, corrió á tomar agua en el hueco de sus augustas manos de una fuente cercana, y rociando á la jóven en la frente y en los ojos, la hizo volver en sí.

—¡Abu-Said! ¡Abu-Said! fueron las primeras palabras, que al tornar de su desmayo, asomaron involuntariamente en los trémulos labios de Cámar, revelando el inmenso dolor de su alma.

—¿Con que es cierto, la preguntó el rey con mal segura voz, que tú amabas á ese príncipe y por eso has rechazado con esquivez mi afecto?... ¿Y has podido verle, profanando con tu infame conducta el sagrado asilo de mis alcázares y el retiro de mi harem?

—¡Sí, le amaba! exclamó ella con el acento de la desesperacion; mas la mano del ángel de la muerte le arrebató á mi amor y al mundo. Yo soy tu esclava; si tu justa cólera me condena á una muerte afrentosa, no me quejaré de tu rigor. En vano querria oponerme á las desgracias que están escritas en el libro de mi destino. Sin él, ya no aprecio en lo mas mínimo la vida.

—¡Mi imperio! ¡la muger que yo amo!... ¡oh! todo me lo arrebata la fatalidad; yo seré el último de los príncipes de mi raza. ¿Qué conseguiria con verter tu culpada sangre? El emir alzaria los pueblos en su favor y enviaria mi cabeza á ser pasto de los cuervos y otras aves de rapiña. ¡Que no permita el Señor que yo toque á uno solo de tus cabellos! Tú eres para mí sagrada é inviolable; yo en tanto aguardo tranquilo la ejecucion de los decretos de Alláh.

—¡Era inocente! ¡me amaba y no me ha hecho traicion! exclamó Abu-Said al mismo tiempo que la hoja de su puñal le acababa de abrir paso entre el espeso follaje. Cuando salió de allí encontró á la princesa arrodillada todavía ante el rey como una víctima ante su verdugo.

El ruido de sus pasos alarmó á Mohammed, que se volvió pintándose la magestad en su indignado semblante.

—Hé aquí, le dijo el príncipe con voz firme y sonora, un esclavo, cuya cabeza puede segar tu alfange, en vez de la hermosa de la que adoro. El arrogante y fuerte leon pretendió, durante la ausencia de su consorte, aprisionar en sus garras la paloma de la hermosura; pero á la vez tu débil rival se ha convertido en robusta y poderosa águila, que postrará á sus pies al leon.

—Emir, respondió el monarca; la paloma de la hermosura

ha escapado intacta y sin mancilla de las garras del leon, aunque soberbio, generoso. Ahí la tienes: Alláh es quien te la entrega, no yo, que soy débil para resistir á su voluntad. Tambien puedes desceñir la corona de mi frente; ¿qué decide tu magnanimidad?

—Tú eres un monarca muy digno de conservar el sólio de tus padres; yo solo puedo amar la vida libre y aventurera, pues considero la soberanía como una carga harto pesada para que puedan sustentarla mis hombros. Conserva tu imperio; la princesa Cámar será el único trofeo de mi victoria. La ama mi corazon, y la haré mi esposa ante Alláh, que lo ve todo y que lee en los corazones.

—Generoso y magnánimo príncipe: tus acciones revelan la ilustre sangre que corre por tus venas. Pero tú solo y el imam que te ha revelado al pueblo de los creyentes, podeis asegurarme en el poder que me restituyes. Ambos mereceis mi alta estimacion y la de la córte y el pueblo, y ambos solamente podeis con vuestra mediacion devolverme la autoridad que á sus ojos he perdido. Al imam le nombro desde ahora mi primer wazir, y alcanzará otras mil distinciones de mi mano. Tú puedes escoger, sino te agrada vivir en la córte, el mejor punto de mis dominios, donde mis vasallos sean tus súbditos, y obedezcan sin contradiccion tu ley. Cámar será tu esposa, y el dote que la señalo, además de las joyas y alhajas que, como sultana mia la han pertenecido, es este palacio suntuoso en que ahora habita, ú otro, si lo abandona, en la ciudad donde fije su residencia.

El corazon de Cámar rebosaba de placer y de amor.

Para el jóven emir fué este el dia mas feliz de su vida, y cuando volvió á hallarse en los brazos de Cámar, solo pensó en corresponder mas y mas con su afecto á su bella y apasionada hurí.

El rey y el emir, ambos se cumplieron religiosamente su palabra, y el pueblo continuó largo tiempo gustoso y tranquilo bajo la dominacion de aquel monarca, dirigido por los consejos de su sabio primer ministro el imam Abderrahman Ebn-Alhaquim. Cuentan las historias árabes que el rey Mohammed, no pudiendo amar

á muger alguna, despues de su infortunado amor á Cámar, se consagró enteramente á asegurar la ventura de su pueblo y á dilatar sus dominios con contínuas gazúas y algaras contra los cristianos fronterizos (1).

Abu-Said y la princesa Cámar permanecieron algun tiempo disfrutando las delicias de su amorosa union en el palacio de Darlarosa en el Genalarife. Despues el príncipe, fiel á su espíritu aventurero, hizo largos viajes por España, Africa y el Oriente acompañado de su esposa.

El emir Abu-Said Ebn-Abdallah escribió la historia de sus aventuras y viajes en elegantes versos, muchos de los cuales aun se conservan por tradicion oral entre árabes y moriscos.

(1) Este soberano, Abu-Abdallah Mohammed, tercero de este nombre, reinó hasta últimos de Ramadhan de la hegira 708—1309 de J. C., en que fué destronado por su hermano Nassr I.

FIN DE CÁMAR.

INDICE DE ALMANZOR.

Paginas.

INDICE DE MERIEM.



Lit. de J. J. Martinez Arco de Sta. Ma. n.º 7 Madrid.

Encontró á la princesa arrodillada ante el Rey como una victima ante su verdugo.

INDICE DE MEDINA AZZAHRA.

INDICE DE CAMAR.

ERRATAS

Y CORRECCIONES DE MAS IMPORTANCIA.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
2	11	efrece	ofrece
3	14	muzárabe	mozárabe
7	22	Aihacam	Alhacam
12	22	Cartago	Cartagena
35	9	jetta	jotha
42	32	alalí	alalá
51	18	maulo	maulí
id.	22	ó	y
59	3	sirviéndoles	sirviéndole
71	30	aladaní	aladná
id.	31	alalí	alalá
79	3	presas	preseas
151	26 y 27	cerca de	cercada
id.	32	do	de
163	1	Ruy Gonzalez	Ruy Velazquez
165	20	al	la
176	20 y 21	Ebn-Almaan	Ebn-Man
193	21	Almunia	*Almunia Achab* ó huerta de la admiracion
id.	25	Hamam Elvira	Hamam Elbiri
194	3	Ayehud	Alyehúd
206	22	Ebn-Floriso	Ebn-Alfolú
id.	29	el Harizi	el Geziri
207	27 y 28	compuso	compendió y enmendó
id.	29	330—942	379—989
208	8 y 9	Abu Beer Ebn-Alcodhai	Abu Abdallah Ebn-Abi Becr Alcodhai
210	16	Ebn-Aladzari	Ebn-Adzari
262	32	Arx udomina	Arx domina
275	1	Assoradie	Assoradic
303	1	recavado	recabado
336	4	Connith	Cannith
337	13	existieron	exieron
375	4	Alhacam I	Alhacam II
397	2	sucesor	suceso
400	27	Azzahá	Azzahrá
426	20	su	tu
427	22	acerté	asesté
430	2	incripando	increpando
450	28	Beital haram	Beit alharam
452	3	que	en que
461	18	energía	enérgica
474	26	verle	verla

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.